

EL SER DE DIOS, Y SUS ATRIBUTOS

(Herber Carlos de Campos)

DEDICATORIA

*A Zeli, mi amada esposa y amiga,
le dedico los primeros frutos de mi labor.*

ÍNDICE

Presentación.....	pág. 4
Prefacio.....	pág. 5
Introducción	
<u>EL SER DE DIOS</u>	pág. 7
Capítulo 1	
LA EXISTENCIA DE DIOS.....	pág. 18
Capítulo 2	
EL DIOS CONOCIBLE.....	pág. 42
Capítulo 3	
DIOS ES INCOMPENSIBLE.....	pág. 51
Capítulo 4	
LOS NOMBRES DE DIOS.....	pág. 61
Capítulo 5	
LA TRINIDAD DE DIOS.....	pág. 76
Capítulo 6	
LOS ATRIBUTOS DE DIOS.....	pág. 122
Parte 1	
ATRIBUTOS INCOMUNICABLES.....	pág. 128
Capítulo 7	
LA ESPIRITUALIDAD DE DIOS.....	pág. 130
Capítulo 8	
LA INDEPENDENCIA DE DIOS.....	pág. 136
Capítulo 9	
LA INMUTABILIDAD DE DIOS.....	pág. 143

Capítulo 10	
LA INFINIDAD DE DIOS.....	pág. 153
Parte 2	
ATRIBUTOS COMUNICABLES.....	pág. 160
Capítulo 11	
EL CONOCIMIENTO DE DIOS.....	pág. 168
Capítulo 12	
LA SABIDURÍA DE DIOS.....	pág. 178
Capítulo 13	
LA VERACIDAD Y LA FIDELIDAD DE DIOS.....	pág. 189
Capítulo 14	
LA BONDAD DE DIOS.....	pág. 194
Capítulo 15	
EL AMOR DE DIOS.....	pág. 199
Capítulo 16	
LA PACIENCIA DE DIOS.....	pág. 209
Capítulo 17	
LA MISERICORDIA DE DIOS.....	pág. 220
Capítulo 18	
LA GRACIA DE DIOS.....	pág. 231
Capítulo 19	
LA SANTIDAD DE DIOS.....	pág. 247
Capítulo 20	
LA JUSTICIA DE DIOS.....	pág. 260
Capítulo 21	
LA VOLUNTAD SOBERANA DE DIOS.....	pág. 281
Capítulo 22	
EL PODER SOBERANO DE DIOS.....	pág. 307
BIBLIOGRAFÍA.....	pág. 327

PRESENTACIÓN

El vacío en el mercado evangélico brasileño de un libro que tratara de forma académica y teológicamente correcta el Ser de Dios, acaba de ser ocupado con la publicación de esta obra de Heber Carlos de Campos. Comprometido con la veracidad y la autoridad de las Escrituras, profundo sin ser incomprensible, académico sin ser pedante, conservador sin ser hermético, pastoral sin ser superficial, Heber Campos reunió en este volumen los conocimientos de quien investiga y enseña sobre este asunto hace ya muchos años. Los que ya conocían y apreciaban la obra clásica de J. I. Packer, *El Conocimiento de Dios*, ciertamente recibirán con entusiasmo el trabajo de Heber, que sigue en la misma tradición calvinista, además de abordar mucho más exhaustivamente el asunto e interactuar con corrientes y pensamientos de autores más modernos.

Heber explora en esta obra los principales temas relacionados con el Ser de Dios. En la parte introductoria, él trata la existencia de Dios, la posibilidad de conocer a Dios, de su trascendencia e incomprensibilidad, los nombres de Dios y su trinidad. En la Parte 1, Heber aborda de forma competente los atributos incommunicables de Dios, analizando y discutiendo la independencia de Dios, temas relacionados con el concepto de la inmutabilidad del Ser Divino y la infinitud de Dios. En la Parte 2, es el turno de que la doctrina de los atributos comunicables pasen por el análisis metódico del autor, que examina el conocimiento, la sabiduría, la veracidad y la fidelidad de Dios, haciendo cuidadosa distinción teológica entre la bondad, el amor, la paciencia, la misericordia y la gracia de Dios. La santidad y la justicia de Dios son tratadas luego, concluyendo la obra, con una discusión sobre la voluntad y el poder soberanos de Dios. El índice de los textos bíblicos y una bibliografía seleccionada, enriquecen el libro.

En una época de tanta superficialidad doctrinal y alejamiento de las doctrinas bíblicas, libros como éste son bienvenidos, no sólo para los estudiantes de seminarios e institutos bíblicos, sino también para todos los que deseen, bíblicamente, adquirir un conocimiento profundo sobre el Dios de las Sagradas Escrituras.

Heber es doctor en Teología Sistemática, pero es ante todo un intérprete de las Escrituras. Es a ellas a donde él recurre insistentemente para argumentar y definir un punto, muy a pesar de que conozca el pensamiento y las ideas de otras autoridades en teología. Además de esto, cada capítulo concluye con diversas aplicaciones prácticas para los conceptos discutidos, revelando la preocupación pastoral del autor.

Es esta combinación de exégesis bíblica, sensibilidad teológica, compromiso con las Escrituras, desarrollo lógico y preocupación pastoral, que hará que *El Ser de Dios* sea incluido entre las obras más importantes y relevantes producidas hoy en día por la Academia Evangélica Reformada Brasileña.

Augustus Nicodemus Lopes
São Paulo, Junio de 1999

PREFACIO

Desde hace mucho tiempo que vengo trabajando para producir una obra que hablara de Dios de una forma que todos los creyentes pudieran entender, una obra que fuera una especie de teología coloquial. Sin embargo, esto es muy difícil de conseguir. No se puede huir de ciertos términos clásicos, de algunas citas en griego (con traducción) y de unas pocas expresiones técnicas en latín, de tal manera, que el lector no necesite ser un erudito para comprender el texto.

La doctrina de Dios, su Ser y sus atributos, prácticamente no aparecen en las publicaciones en portugués, excepto en la traducción de la *Teología Sistemática* de Louis Berkhof, abordado eso sí con menor profundidad. Éste es un intento de llenar el vacío en la literatura evangélica brasileña en esta área. Todas las otras publicaciones afines, disponibles en nuestra lengua, no tratan la doctrina de Dios con la extensión que le intenté dar. Es un intento, también, en el sentido de ayudar a los ministros de la Palabra, sean ellos ordenados o no, profesores de Escuela Dominical y otros que se interesan en el aprendizaje del Dios en el que creen, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Dios que las Escrituras presentan. Traté de ser leal en todo lo que pude a la Revelación Divina y a los principios de la fe reformada que sustento.

Este trabajo comienza con el estudio del Ser Divino trinitario y termina con el estudio de sus atributos. Son dos secciones que engloban muchas cosas de Dios que merecen y deben ser conocidas por todos aquellos que lo aman. Para mí siempre fue una gran alegría enseñar lo que aprendí sobre Dios, tanto en los libros como en la experiencia cristiana. El estudio del Ser Divino y sus atributos han sido de gran consolación para mi vida devocional. Cada vez que alzo mi voz para transmitir lo que aprendí de Dios en la sala de clases, en la Escuela Dominical o en el púlpito de mi iglesia, tengo profundas emociones, pues este asunto es más que una serie de meras informaciones sobre Dios. Es consuelo para mi alma, esperanza para mi corazón, delicia para mi mente, energía para mi cuerpo. Dios ha sido mi esperanza desde mi niñez, cuando fui educado en la fe evangélica. Le pido a Dios que estas mismas sensaciones se produzcan en la vida del lector que se apropia de las verdades infalibles de Dios que están registradas en las Sagradas Escrituras, y que las observaciones de este libro sean útiles y de gran bendición para todo lector atento a lo que Dios es y hace.

Este libro es el primer fruto de un arduo trabajo, el resumen de muchas clases ministradas en el Seminario Presbiteriano Rev. José Manoel da Conceição y de investigaciones realizadas donde trabajo la mayor parte de mi tiempo – el Centro Presbiteriano de Post-Graduación Andrew Jumper. Mi deseo es que el lector conozca al Dios que las Escrituras presentan, y no que tenga una idea distorsionada de Él. Hay muchos que enseñan sobre un Dios que no refleja al Dios de las Escrituras, un Dios creado por la imaginación o por el deseo de los hombres, una proyección mejorada de lo que ellos mismos son. Mi intención es dar informaciones importantes sobre el Dios Creador, Redentor y Señor de señores con base en las informaciones que Él mismo da de sí.

Espero que Dios ayude al lector a conocer lo que de Él puede ser conocido, a creer en lo que Él dice de sí mismo y a enseñar y a proclamar lo que Él ordena, a fin de que su iglesia crezca sana y fuerte, y sea libre de engaños. Éste es mi deseo y oración en favor de todos lo que buscan el conocimiento de Dios.

INTRODUCCIÓN

EL SER DE DIOS

Las doctrinas de la revelación y de la inspiración de las Escrituras, generalmente consideradas bajo el título “Prolegómenos a la Teología”, que se deben estudiar antes de este libro, nos preparan para el estudio de la doctrina de Dios, que es la teología propiamente dicha. No podríamos conocer a Dios si Él no se revelara en las obras de la naturaleza, en el transcurso de la historia, en la constitución de la naturaleza humana y, especialmente, en lo que dice relación con su Palabra. Las primeras son una revelación no verbal, sin ninguna connotación redentora. La última, esta sí, es verbal y tiene, en gran medida, una connotación eminentemente redentora. Es esta revelación verbal que nos proporciona todo el material para el estudio propuesto en este trabajo. El Ser Divino debe ser objeto de nuestro estudio mediante la investigación que hacemos de su revelación. No podemos tener ninguna noción de la Divinidad a no ser por su propia revelación. Por lo tanto, el objeto de estudio no es propiamente Dios, sino Dios a través de su revelación.

Cuando estudiamos el conjunto de la revelación divina, formulamos conceptos que, después de ser debidamente organizados, se les denomina “teología” o el conjunto de doctrina que aceptamos.

Por desgracia, muchas personas en nuestra época han tomado aversión a la palabra “doctrina” o “teología”. Para estas personas, la “doctrina” es una cosa árida, y la “teología” sólo es el pensamiento o la opinión de los hombres respecto a Dios. Es verdad que la teología es una elaboración humana, pero la teología sana es una tentativa seria y justa de entender correctamente la revelación que Dios hace, en las Escrituras, de sí mismo. Es cierto también que, en algunos círculos, la doctrina se ha presentado como algo árido, y la teología sólo como pensamiento de hombres, pero este trabajo tiene la finalidad de mostrar que tanto una cosa como la otra son perfectamente legítimas, y muy útiles para la vida saludable de la iglesia de Jesucristo, si se formulan debidamente.

La teología cristiana no es un montón de pensamientos de los teólogos acerca de Dios, sino más bien es una teología formulada con base en la revelación divina, que trata de un Dios que tuvo a bien darse a conocer a los hombres. Por lo tanto, la tarea del estudiante de teología es conocer aquello que Dios dijo de sí mismo en su revelación especial, mediante la investigación de las Santas Escrituras y de la revelación de la creación, también conocida como revelación general. No obstante, en el estudio de la teología, no se debe eliminar la opinión de los teólogos a lo largo de la historia, pues la historia es la manera en que Dios muestra como condujo el pensamiento de los cristianos a través de los siglos. No podemos ignorar lo que ellos pensaron, con el fin de no incurrir en los mismos errores que algunos de ellos cometieron.

Sin embargo, la fuerza de la teología no está en el pensamiento de los hombres, sino en el resultado del análisis —cada vez más refinado— que ellos y nosotros hacemos de lo que Dios reveló de sí mismo.

Las nociones que tengamos del Ser Divino y de sus obras serán el fundamento para todas las demás doctrinas de la fe cristiana. Todo lo que estudiemos en teología estará

asociado a nuestra concepción de Dios. Lo que creemos sobre Dios determinará nuestros patrones de moralidad, porque la Palabra de Dios es el patrón de la moralidad. Todo lo que podamos saber sobre Dios determinará todas las otras relaciones en variados campos de la teología.

EL IMPACTO DEL ESTUDIO DEL CARÁCTER DE DIOS EN NUESTRA VIDA

Cuando estudiemos el Ser de Dios y sus atributos, estaremos estudiando sobre el carácter de Dios. Mientras estudiemos los atributos de Dios, veremos algunas cosas que suceden en nosotros, por el impacto que nos trae el conocimiento del Ser Divino.

1. La única manera de conocer a Dios hoy en día, es a través del estudio de su carácter conforme a como se revela en las Escrituras

Actualmente nadie puede tener otro tipo de conocimiento. Es verdad que hay muchos que proclaman un conocimiento que viene directamente de Dios, a través de las “últimas revelaciones provenientes del cielo” y que la “doctrina de la suficiencia de las Escrituras es demoníaca”¹. Pero esto no es lo que las propias Escrituras dicen. Éstas afirman que “en estos postreros días (Dios) nos ha hablado por el Hijo” (He. 1:1-2). Y el propio Hijo dice que “El que me ama, mi palabra guardará” o “el que no me ama, no guarda mis palabras” (Jn. 14:23-24). Por lo tanto, la mejor manera de conocer el carácter de Dios es conocer lo que de Él está revelado en las Escrituras, que nos muestran la mente de Dios. Debemos creer en la suficiencia de las Escrituras y en la revelación de la naturaleza para mostrarnos todo lo que se puede conocer del carácter de Dios. Lo que se desvía de esto, ciertamente proviene de fuente maligna:

2. El carácter de Dios se debe usar como fuente para toda la moralidad humana

Todas las cosas que se digan en este estudio deben servir para que las personas conozcan a Dios y sean influenciadas en su conducta por lo que Él reveló de sí. Los hombres de nuestro tiempo viven más o menos de la misma manera que vivían los jueces en Israel: “Cada uno hacía lo que bien le parecía” (Jue. 21:25). No había norma, ni había patrón fijo de comportamiento, porque no había un rey que les indicara el camino. Hoy, con el advenimiento del post-modernismo, se cuestionan los patrones morales históricamente establecidos para la conducta humana. El relativismo moral influyó en la sociedad de tal manera, que cada uno hace lo que le place, pues se cree que no debiera existir una ley moral externa a nosotros. La sociedad contemporánea está perdida moralmente, sin parámetros. Por esta razón, se hace extremadamente necesario un estudio serio de los atributos de Dios. Al conocer el carácter de Dios, las personas pueden ser influenciadas en su conducta. Y por esto oramos a Dios: que sus hijos aprendan de Él, y que los impíos sean influenciados por el santo comportamiento de los hijos de Dios, que conocen el carácter de su Dios.

¹ Expresiones usadas por Jack Deere (un ex-profesor del Seminario Teológico de Dallas) en una conferencia del Vineyard Movement, en Australia, en 1990, citadas por John H. Armstrong en el libro editado por Michael Scott Horton, *Power Religion* (Moody Press, 1992), 77.

3. *La falta de conocimiento del carácter de Dios conduce a la idolatría y a otros pecados abominables.*

Debido a que las personas no conocen al Dios verdadero, terminan adorando falsos dioses, deidades de su propia imaginación. El corazón del idólatra proyecta a sus dioses como considera que ellos deberían ser. Cuando esto ocurre, afloran pecados mayores en la vida de las personas. La ignorancia en cuanto a Dios es la raíz de muchos otros males. Tozer dijo: “yo creo que rara vez hay un error en la doctrina o una falla en la aplicación de la ética cristiana, que no se puedan atribuir finalmente a los pensamientos imperfectos e innobles referente a Dios”². Si hay muchos ignorantes con respecto a Dios dentro de la iglesia cristiana, ¡imagínese fuera de ella! Esta ignorancia lleva a los seres humanos a practicar abusos y a vivir en impiedades aún mayores. Por lo tanto, es muy importante enseñar sobre el carácter de Dios, a fin de que las personas, conociendo a Dios, dejen la idolatría y sus pecados consecuentes.

4. *Conociendo el carácter de Dios, disfrutaremos de una mejor relación con Él.*

Cuando conozcamos quien es Dios realmente, disfrutaremos, con mucho más fervor y alegría, de nuestra relación con Él. A medida que conocemos al Dios de las Escrituras, es más fácil tener una relación personal con Él. El conocimiento que tenemos de una persona nos facilita el modo de como debemos relacionarnos con ella. Con Dios, que es un Ser personal por excelencia (por cierto, ¡trino!), no es diferente. Aprenderemos a disfrutar de su compañía a medida que sepamos mejor quien es Él.

Cuando estudiemos sus atributos, nos vamos a regocijar en lo que Él es y, ciertamente vamos a querer conocerlo aún más. Por lo menos, ésta ha sido mi experiencia personal. El estudio de los atributos de Dios me ha ayudado en mi relación con Él. Me enriquezco cada vez que soy confrontado con su carácter, lleno de tan bellas características.

5. *Conociendo el carácter de Dios vamos a mejorar mucho nuestra adoración corporativa.*

Uno de los grandes males de nuestro tiempo es la forma en como le rendimos culto a Dios, como resultado de nuestra ignorancia de su carácter. Muchas personas que lideran el culto en sus iglesias, no poseen un conocimiento debido del Dios de las Escrituras. Si lo tuvieran, no cometerían tan grandes distorsiones en el culto. La ignorancia respecto a Dios lleva a otros errores. Y tal vez el más evidente en nuestros días sea lo de la adoración.

Por esta razón, es extremadamente necesario que estudiemos el carácter de Dios – a fin de que le rindamos un culto que le sea grato y que esté de acuerdo con lo que Él mismo estableció. La naturaleza de Dios es la que determina el culto que le debemos. **¡Cuanto más conozcamos su naturaleza, o su carácter, mejor le rendiremos culto!** “Así que, recibiendo nosotros un reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos (“rindamos culto”) a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor” (He. 12:28-29). Estos dos versículos, por sí solos, son suficientes para mostrar cuan ignorantes somos del Dios de la Biblia, pues la forma en que le rendimos culto no se relaciona con su naturaleza. Nuestro culto tiene que ser agradable a Él, con reverencia, porque Él es fuego consumidor. Y ésta, no es la idea que tenemos de Él cuando le rendimos culto.

² A. W. Tozer, *The Knowledge of the Holy* (Nueva York: Harper & Row, 1961), 10.

6. *El conocimiento del carácter de Dios nos hace ver la vida y el universo que nos rodea, con una nueva perspectiva.*

Dios nos enseña a ver todo lo que nos rodea a través de su punto de vista. La ignorancia respecto a Dios afecta nuestra cosmovisión. ¡Cuanto más conocemos a Dios, mejor percibimos las cosas como son realmente!

Mientras Asaf (en el Salmo 73) encaró la vida sin la perspectiva de Dios, vio las circunstancias de su vida de un modo irreal. Vio todo distorsionado. El lente que usaba para ver el mundo era defectuoso y su visión no era correcta. Cuando fue confrontado con Dios, entonces su cosmovisión cambió. Comenzó a ver las cosas con la perspectiva divina. Percibió a Dios y a las situaciones de la vida de un modo diferente. Cuando él ingresó al santuario de Dios (que fue su confrontación con Dios), entonces percibió cual era el destino real de los impíos, de aquellos que se mofaban de Dios y de su pueblo (v. 17). La visión correcta de las cosas proviene de nuestro conocimiento del carácter de Dios.

Cuanto más conocemos su carácter, mejor conocemos a los hombres, las consecuencias de sus actos y el mundo que nos rodea. Nuestra cosmovisión se altera, el lente a través del cual miramos el mundo a nuestro alrededor se vuelve cristalino ¡y pasamos a ver las cosas como realmente son!

Por esta razón, el estudio del carácter de Dios es muy necesario en los tiempos en que vivimos. Pasemos, pues, al estudio del Ser de Dios y, posteriormente, a los atributos que revelan quién es Dios realmente.

LA SINGULARIDAD DE DIOS

La teología llama a este aspecto de Dios, *Unitas Singularitatis*. Esta unidad tiene relación con la singularidad de Dios; es decir, Él es único, sin igual. Dios es uno, no hay ningún otro fuera de Él. Todos los demás seres tienen existencia por causa de Él, y en Él.

Hay muchos textos de la Escritura que muestran este aspecto singular de Dios. Él es uno – Dt. 6:4; 32:39; 1 R. 8:60; por lo tanto, sólo a Él le debemos adoración – 1 R. 8:61; Is. 37:16; 43:10-11; 44:6, 8; Mr. 12:29-32; 1 Co. 8:4, 6; Gá. 3:20; Ef. 4:6; 1 Ti. 2:5.

Si hubiera más de un Dios, de hecho no habría Dios. **El politeísmo niega lo Absoluto, niega la Última Causa, niega la independencia, la inmutabilidad y la eternidad de Dios. La unidad de Dios singulariza la religión revelada. Ninguna otra religión afirma categóricamente la unidad de Dios.**

LA INMANENCIA Y LA TRASCENDENCIA DE DIOS

El Dios de las Escrituras es el Dios del teísmo, Aquel que es al mismo tiempo inmanente (que se relaciona con la creación) y trascendente (que está por sobre toda la creación).

Éstas dos ideas teístas deben estar en equilibrio en la mente de todo aquel que estudia las Sagradas Escrituras. Si hay un énfasis exagerado en una de las dos ideas, la creencia teísta se perjudica. Si, por un lado, se enfatiza exageradamente la inmanencia, se pierde la noción de un Dios personal, porque existe el peligro de caer casi en una identificación de Dios con su creación, como sucede con los que tienen tendencia panteísta.

Si, por otro lado, hubiera un énfasis excesivo en la trascendencia, se incurre en el error de perder la noción de un Dios activo en la historia, como es el caso de aquellos que tienen tendencias deístas.

La idea que tengamos de la inmanencia y de la trascendencia de Dios, afectará otros muchos aspectos de nuestra creencia, aún en nuestra vida práctica.

La inmanencia y la trascendencia, dice Millard Erickson,

no se deberían considerar como atributos de Dios. Por el contrario, estos dos conceptos atraviesan varios atributos de la grandeza y de la bondad de Dios. Algunos de los atributos, para ser exacto, expresan inherentemente más su trascendencia, y otros que expresan más su inmanencia; pero, en general, la trascendencia y la inmanencia se deberían considerar indicadores de como Dios, con todos sus atributos, se relaciona con este mundo.³

INMANENCIA

La inmanencia de Dios tiene que ver con su relación con el mundo creado, especialmente con el ser humano y su historia. Dios está profundamente involucrado con la historia humana. Él actúa de modo simple, directa e indirectamente, e incluso interviene de manera especial en la vida de los seres humanos que creó, especialmente con los cuales tiene una relación de pacto, a quienes Jesucristo vino a redimir.

Hay algunos versículos de las Escrituras que muestran la preocupación de Dios hacia el universo creado; y esto es inmanencia:

Jer. 23:24 - ¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?

Aunque este versículo enfatice una cierta noción de la grandeza de Dios, de su inmensidad, en verdad él habla de la preocupación de Dios por los seres humanos. Es decir, Dios está involucrado con ellos de tal manera que ninguno escapa de su vista.

Éx. 3:7-8 – Dijo luego Jehová: Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exatores; pues he conocido sus angustias, y he descendido para librarlos de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel...

Dios muestra aquí su relación afectiva con las personas que eran parte del pueblo de Israel, en sus necesidades, mostrándose interesado en ellas, a pesar de su inmensa grandeza.

Job 34:14-15 - Si él pusiese sobre el hombre su corazón, y recogiese así su espíritu y su aliento, toda carne perecería juntamente, y el hombre volvería al polvo.

Si Dios se volvieran sólo hacia sí mismo, sin preocuparse por los seres humanos, todos perecerían, porque todos dependen de la acción inmanente de Dios. En general, podemos decir que, sin Dios, los hombres y la naturaleza son semejantes a nada. Todos son dependientes de Dios.

³ Millard J. Erickson, *Christian Theology* (Grand Rapids: Backer, 1990), 302.

Sal. 104:27-30 –Todos ellos esperan en ti, para que les des su comida a su tiempo. Les das, recogen; abres tu mano, se sacian de bien. Escondes tu rostro, se turban; les quitas el hálito, dejan de ser, y vuelven al polvo. Envías tu espíritu, son creados, y renuevas la faz de la tierra.

La ausencia de Dios de este mundo sería la muerte de todos los seres vivientes. La vida y la renovación de la misma dependen enteramente de la relación de Dios con él. Todas las obras de Dios, en la creación, en la providencia y en la redención, muestran como Dios está directamente relacionado con nosotros. Dios actúa de acuerdo con los patrones regulares de la naturaleza, activo tanto en los organismos como en las organizaciones.

Los peligros de la Inmanencia

Las Escrituras confirman la inmanencia de Dios, pero dentro de ciertos límites. Cuando estos límites son sobrepasados, se pueden generar distorsiones teológicas.

Identificar a Dios con Satanás

Si enseñamos un inmanentismo exagerado en nuestra teología, corremos el riesgo de no distinguir, de manera correcta, la acción de Dios de la de Satanás, y enfrentaremos grandes distorsiones de teoría y de conducta.

Quien trabajó bastante este asunto fue Karl Barth. Él mencionó dos casos en la historia de Alemania, en el siglo pasado, que evidencian los errores de un inmanentismo exacerbado. El primero de ellos, tuvo relación con la Primera Guerra Mundial, cuando ciertos cristianos alemanes identificaron la política de guerra de Kaiser Wilhelm como si fuera la obra de Dios cumpliendo sus propósitos. El segundo caso surgió en los años treinta, cuando algunos cristianos consideraron las políticas de Adolfo Hitler y del Nazismo como una actividad de Dios en el mundo.⁴ En ambos casos,

la suposición de que cualquier cosa que ocurre es la voluntad de Dios, llevó a cristianos sinceros a endosar y dar apoyo al que era realmente malo y anticristiano. Éste es uno de los peligros de afirmar exageradamente la inmanencia de Dios... Cuando enfatizamos demasiado la inmanencia en perjuicio de la trascendencia, Dios se vuelve, virtualmente, un rótulo para las aspiraciones, los ideales y los valores más altos de los hombres.⁵

Por lo tanto, debemos tener una noción correcta de la inmanencia de Dios, sin originar problemas para la ética cristiana.

Identificar a Dios con el universo creado

Si no tenemos un entendimiento correcto de la inmanencia de Dios, podemos caer en el serio error del panteísmo, que identifica a Dios con el mundo. Éste es una extensión de Dios y Dios pasa a poseer una sustancia física. La energía física presente en el mundo es Dios. Quien se identificó con el mundo físico. Cuando se acepta a un Dios así, Él pierde su propia personalidad, manifestándose en la existencia de todas las cosas.

⁴ Karl Barth, *The Church and the Political Problem of Our Day* (Nueva York: Scribner, 1939), citado por Erickson, 310.

⁵ Erickson, *Christian Theology*, 310.

Muchos en el pasado trabajaron con el panteísmo de varias maneras. Actualmente, existen defensores de la idea de que Dios está dentro de nosotros. Los adeptos de la Nueva Era y algunos círculos del neo-pentecostalismo han adoptado este pensamiento herético.

La importancia de la Doctrina de la Inmanencia

Esta doctrina es esencial para el cristianismo, pues si Dios no fuera inmanente, no podría relacionarse con nosotros, ni el Verbo podría encarnarse para realizar nuestra redención. Es necesario que creamos en un Dios separado de los hombres, santo, distinto de los pecadores, pero también, en un Dios que se revela y se involucra con el universo que Él mismo creó.

Si negamos la inmanencia de Dios, negamos la doctrina de la providencia divina, negamos la doctrina de la personalidad divina, negamos la doctrina del amor de Dios. Por lo tanto, como cristianos teístas que somos, tenemos que afirmar la doctrina de la inmanencia de Dios; sin, con esto, caer en los múltiples errores del panteísmo.

Además de las ideas dichas anteriormente, hay algunas cosas que necesitamos deducir de la correcta doctrina de la inmanencia de Dios:

De parte de Dios

- Dios no necesita necesariamente trabajar de manera inmediata (es decir, sin el uso de medios) para cumplir sus propósitos. La creación y todos los seres racionales están al servicio de Dios. Por ejemplo: Dios puede usar los elementos de la naturaleza o la propia medicina para curar a alguien, o puede usar las causas secundarias o causas naturales para llevar a cabo sus fines.
- Dios, en virtud de su relación con la creación, puede usar personas u organizaciones no cristianas para cumplir sus planes. Fue así como lo hizo con Asiria y con Babilonia para tratar con Israel.

De nuestra parte

- Deberíamos tener una apreciación por todo lo que Dios creó y tiene preservado, pues la creación pertenece a Dios y está activo en ella. Por esta razón, debemos usarla para nuestras necesidades legítimas, sin explotarla indebidamente. Por lo tanto, “la doctrina de la inmanencia de Dios tiene una aplicación ecológica”.⁶ Necesitamos tratar respetuosamente a la creación de Dios y a los que son hechos a su imagen y semejanza.
- Debemos aprender algo sobre Dios en su creación. Ella nos da una buena idea de quien es Dios. Observemos como la naturaleza funciona, y meditemos en las perfecciones de Dios.

TRASCENDENCIA

La doctrina de la trascendencia de Dios está presente en todas las religiones teístas. Esta idea se destaca en el judaísmo, en el islamismo y, de una manera especial, en todas las

⁶ Erickson, *Christian Theology*, 311.

manifestaciones del cristianismo. Es la doctrina que dice que Dios está sentado en las alturas, en su trono, siendo un Dios separado de su creación e independiente de ella.

Dios, al estar separado y ser independiente de nosotros, está por sobre toda su creación. Las Escrituras se refieren a Dios como el “Altísimo”, como Aquel que está sobre todas las cosas, “elevado”, indicando su superioridad sobre todas las cosas que vemos y de las cuales sabemos. Dios no está limitado a las mismas cosas que los seres humanos, es decir, el tiempo y el espacio, por esto, no se puede medir por ellos.

Las Escrituras tienen algunas informaciones preciosas respecto a la trascendencia de Dios. Su trascendencia se puede observar en la grandeza de sus pensamientos, de su poder y de sus conocimientos.

Is. 55:8-9 –Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.

Estos versículos nos dicen que el Señor está por sobre nuestro conocimiento y por sobre nuestra capacidad de comprenderlo, pues Él está por sobre nuestras relaciones y de nuestro nivel. Por esta razón, Zofar dijo a Job: “¿Descubrirás tú los secretos de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso?” (Job 11:7).

Dios es un ser absolutamente distinto a su creación y a todas las demás personas. Dios es infinitamente superior, en todo, a todas las cosas que podemos percibir o imaginar. A. A. Hodge dice que si

Dios no fuera extramundano, si no fuera una persona trascendente y separada, revelándose a sí mismo objetivamente, ordenando todo desde arriba y trabajando con sus criaturas desde afuera, resultaría que no podría mantener con nosotros las relaciones gubernamentales, así como también las sociales.⁷

La trascendencia es una necesidad absoluta de Dios. Negar su trascendencia es quitarle su esencia, confundiéndolo con su creación y haciéndolo semejante a nosotros. Quien niega la trascendencia en Dios, lo humaniza. Él, por necesidad, tiene que ser de afuera, extramundano, a fin de que pueda relacionarse con los seres de este mundo creado.

Karl Barth es el teólogo contemporáneo que más enfatiza la trascendencia de Dios. En su teología, Dios es el “Totalmente Otro”, el “Desconocido”, el “Escondido”, y la separación entre Él y la criatura se expresa en la *distinción cualitativa e infinita* que hay entre ambos, un concepto que Barth⁸ tomó prestado de la teología de Kierkegaard.

El énfasis de Barth en la trascendencia de Dios es una reacción al liberalismo en que fue formado, que enfatizaba un inmanentismo peligroso en donde Dios se confundía con el proceso natural de las cosas, sin haber ninguna manifestación sobrenatural de su parte. Para Barth, el “Totalmente Otro” invade el mundo, sin, no obstante, ser parte de él. Barth llevó la trascendencia al extremo, al negar toda posibilidad de revelación natural, pues Dios no puede ser confundido con otra cosa que no sea Él mismo. Nada revela a Dios sino que Él mismo lo hace, pensaba Barth.

Sin embargo, este trascendentalismo exagerado de Barth puede llevar a un camino sin salida a la teología y a la religión. Erickson dice que

⁷ A. A. Hodge, *Evangelical Theology* (Banner of Truth, 1976), 17.

⁸ Karl Barth en su *Comentario a los Romanos*, versión original alemana, 315.

si, al igual que Barth, consideráramos el concepto de Kierkegaard de la distinción cualitativa entre Dios y los hombres, como infinita en su diseño, la religión y la teología serían imposibles. Pues, si la diferencia entre Dios y el hombre es infinita, si Dios es infinitamente diferente al hombre en su naturaleza, entonces ni el mismo Dios podría traspasar este abismo para alcanzar al hombre.⁹

¿Cómo podríamos establecer algún concepto sobre Alguien que es totalmente extraño y diferente a nosotros? La crítica que se hace al trascendentalismo de Barth es la siguiente: Si Dios es el “Totalmente Otro”, “el Desconocido”, ¿cómo Barth puede hablar tanto de Él?

Kierkegaard tiene algunas ideas interesantes que nos ayudan a entender la trascendencia de Dios. Para él, la noción de la distinción cualitativa e infinita entre Dios y los hombres es mucho más que una simple diferencia de grado. Dios no es simplemente mayor que el hombre, sino que se trata de dos seres total y fundamentalmente diferentes. Las cualidades que Dios tiene, no son simplemente cualidades del hombre amplificadas.

Siendo cualitativamente distinto, Dios no se puede extrapolar a las ideas que el hombre tiene, ni de las cualidades de la personalidad o del carácter del hombre... No es el cúmulo de cantidad adicional que puede dar una nueva cualidad.¹⁰

Según Kierkegaard, Dios está dimencionalmente muy por encima de nosotros, no en el sentido de otra medida espacial, sino por causa de la diferencia cualitativa. Este concepto de que Dios está dimencionalmente muy por encima de nosotros, nos permite pensar conjuntamente en la trascendencia y en la inmanencia. Dios está en el mismo lugar donde nosotros estamos, sin embargo, Él no es accesible a nosotros de un modo simple, porque tiene una dimensión diferente, incluso estando junto a nosotros, de tal forma que no puede ser percibido, a menos que Él se haga percibir. La trascendencia de Dios tiene mucho que ver con su naturaleza diferente que lo capacita para estar con nosotros, no obstante, en una dimensión mucho más diferente y superior.

Un peligro que se debe evitar

Debemos tener cuidado de que aún creyendo en la doctrina de la trascendencia de Dios, podamos caer en la enseñanza errónea de los deístas que, enfatizando exageradamente esta doctrina, creyeron en un Dios distante y sin ninguna relación con el mundo creado, negando la doctrina de la providencia divina o la doctrina de la revelación general, como sucedió con Karl Barth. También debemos evitar llevar a extremos el pensamiento de Kierkegaard con respecto a la “distinción cualitativa e infinita entre Dios y los hombres”, porque, haciendo esto, negaríamos la posibilidad de que haya religión. Esto indica que puede haber comunicación entre Dios y los hombres.

⁹ Erickson, *Christian Theology*, 315-16.

¹⁰ Ibid., 315.

La necesidad de la Trascendencia

Esta característica de Dios es absolutamente necesaria. Dios es un espíritu infinito que posee existencia necesaria. Es parte de su esencia. El Creador debe estar por sobre toda su creación. Aún más: antes de la creación, Él ya existía. Esto tiene que ver con su trascendencia. Por lo tanto, si Dios no es trascendente, Él es un ser dependiente y tiene necesidades, igual que sus criaturas. El estudio de la trascendencia de Dios es absolutamente necesario, para que comprendamos algunos de sus atributos que estudiaremos posteriormente. La trascendencia de Dios nos ayuda a ver claramente su superioridad sobre el universo, y la dependencia que tiene todo el universo en relación a Él.

Los resultados de la Trascendencia

La creencia en la trascendencia de Dios produce ciertas influencias en nuestra actitud religiosa-comportamental. Hay algunas cosas que reconocemos:

- Existe algo muy por encima de nosotros. El hombre no es el más alto bien del universo, ni la medida más alta de verdad o de valor.¹¹ La creencia en la trascendencia es un golpe al orgullo del humanismo.
- Este Dios que está por encima de nosotros no puede ser percibido, a menos que Él se deje hallar o que se revele. Los conceptos humanos no pueden expresar lo que Él es, a menos que los conceptos emitidos por los hombres tengan base en la propia revelación que Dios hace de sí mismo. Dios va más allá de nuestro entendimiento, pero lo que podemos saber sobre Él se adapta a nuestra capacidad de conocimiento; que refleja de algún modo que Él nos hizo, en algún sentido, parecidos a Él. Por esto podemos saber algo sobre Dios.
- El abismo que existe entre nosotros y Dios no es meramente moral o espiritual, sino metafísico. Aún después de nuestra redención, continuaremos siendo hombres, y no seremos iguales a Él. Seremos siempre hombres, mientras Él será siempre Dios. La salvación que Dios nos da nos restaura a la condición original en que fuimos creados, pero nunca nos iguala a Él.
- La idea de la trascendencia de Dios debe llevarnos a una enorme reverencia para con Él. Esta reverencia debe ser manifestada incluso en nuestra adoración, porque cuando lo adoramos, no lo hacemos como hijos del Padre Celestial, sino, ¡cómo criaturas delante del Dios altísimo y todopoderoso!

INMANENCIA Y TRASCENDENCIA CODO A CODO

Las Escrituras contienen algunos pasajes donde estos dos importantes aspectos de la Divinidad están juntos.

El texto de Isaías 6:1-5 habla de Dios como Aquel que está en “un trono alto y sublime”, indicando que Dios está en una posición elevada sobre su creación, como el Soberano altísimo e inefable. Al mismo tiempo, el texto dice que “¡Toda la tierra está llena

¹¹ Erickson, *Christian Theology*, 317.

de su gloria!”, mostrando el carácter inmanente de este Dios que se hace presente de manera gloriosa en la plenitud de su creación.

El texto del Salmo 113:5-7 presenta a Dios como el que habita las alturas, el Trascendente, tiene preocupación por lo que sucede en el mundo de los hombres. Observe el pasaje: “¿Quién como Jehová nuestro Dios, que se sienta en las alturas, que se humilla a mirar en el cielo y en la tierra? Él levanta del polvo al pobre, y al menesteroso alza del muladar”. Perciba que la palabra “alturas” (v.5) excede lo que conocemos como “cielo” (v.6). Estos son creados, y las “alturas” no. El término “alturas” no es designativo de lugar, pues Dios habita la eternidad, sino que es significativo de lo que está más allá de lo creado, pues Dios ya estaba allí antes que hubiera cielo y tierra. Su trono existe desde siempre. No obstante, a pesar de ser elevado por sobre toda la creación, y separado de ella, se preocupa con lo que ocurre aquí y está involucrado en todos los acontecimientos de la historia, socorriendo de un modo especial a los que son parte de “su pueblo”, que en este texto se les llama “pobres” y “menesterosos”.

El pasaje de Isaías 57:15 es aún más claro en la demostración de las dos verdades en conjunto. La primera verdad, la de la trascendencia, se revela al comienzo del versículo: “Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: “Yo habito en la altura y la santidad...” Esta parte evidencia la grandeza, la altura y la sublimidad de Dios que está fuera de la esfera espacial y temporal, las dos categorías propias de las cosas creadas. En la segunda parte del versículo, podemos ver el carácter inmanente de Dios relacionándose con el mundo creado, especialmente con los seres humanos carentes de su asistencia: “... y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados”.

Jesucristo deja claro que hay un gran abismo entre lo que pertenece a la esfera de las cosas creadas y el de las cosas no creadas, entre las cosas temporales y las eternas, pues dijo: “Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo” (Jn. 8.23). Sin embargo, a pesar de haber una gran distancia entre estas dos esferas, Dios, en el Verbo Divino, cruzó el abismo que había entre la esfera de la eternidad y la del tiempo, haciéndose uno de nosotros e involucrándose con nuestro mundo. Teniendo compasión de nosotros, se unió para siempre con esta esfera temporal y finita, a fin de que pudiéramos ser redimidos y el cielo y a la tierra fueran unidos.

Este es el Dios que vamos a estudiar en este libro: El Ser que es trascendente e inmanente (su existencia, sus nombres, su carácter tripersonal, sus atributos) y sus obras (sus decretos: creación, predestinación y providencia).

CAPÍTULO 1

LA EXISTENCIA DE DIOS

Las Escrituras trabajan con algunas presuposiciones básicas las cuales no están en discusión: la de que Dios existe, que es creador y que es soberano. Éstas no tienen la preocupación de probarlas, sino simplemente las afirman. En este capítulo trataremos sólo de la primera de ellas, que es la más importante para nuestros propósitos aquí.

La primera gran presuposición de las Escrituras y de la teología cristiana es que Dios existe.

La Biblia fue escrita con la perspectiva de que Dios existe y que Él es vivo y activo en el mundo que creó. Esta perspectiva combina plenamente con la idea generalizada de la conciencia humana sobre la existencia de la Divinidad.

No es necesario que en la teología cristiana exista la preocupación de probar la existencia de Dios, porque las propias Escrituras no tienen este propósito. Sin embargo, en la iglesia hubo siempre, a través de los siglos, el intento de probar su existencia, en razón de aquellos que intentaron negarla. La existencia de Dios es el punto crucial de toda manifestación religiosa. Si no existe la noción de divinidad, no existe la noción de religión, de culto y de relación con ella. Toda manifestación religiosa carecería de significado si no existiera la noción de la existencia de una divinidad. Las manifestaciones religiosas siempre aparecen como producto de las ideas que los hombres tienen de la Divinidad y como resultado del impacto que la revelación de la naturaleza les causa. Como existe el pecado en lo más íntimo de los seres humanos, las ideas que tienen de la Divinidad no reflejan exactamente como es el Dios verdadero. Es por esto, que las ideas sobre Dios son muy diferentes en muchas de las religiones existentes en el mundo. Las nociones sobre el Ser Divino son producto de la naturaleza religiosa del hombre, sin que éste piense necesariamente en la adoración al Dios verdadero. No obstante, al contrario de todas las otras religiones no monoteístas, el cristianismo habla de la existencia de un Dios que se revela, dándose a conocer a los seres humanos.

A decir verdad, no podemos probar la existencia de Dios, sólo creer en su revelación. Dios no puede ser detectado por la experiencia en un laboratorio, ni por ningún otro tipo de demostración científica. Dios no está sujeto a verificación. El que en Él cree, admite y tiene plena seguridad de su existencia.

La teología cristiana cree en lo que el propio Dios informa acerca de sí mismo. Es por esto que, en nuestra vida, todas las cosas relacionadas con Dios tienen que ser por fe, “pero sin fe es imposible agradar a Dios” (He. 11:6).

El teólogo holandés Abraham Kuyper dijo con mucha propiedad:

El intento de probar la existencia de Dios puede tener un resultado inútil e innecesario. Inútil, si el investigador cree que Dios es galardonador de los que le buscan; innecesario, si se busca forzar a una

persona que no tiene fe, haciendo que, a través de argumentos, llegue al convencimiento en el sentido lógico.¹²

Aunque la existencia de Dios no se pueda demostrar científica y lógicamente para producir fe en las personas, no se puede decir que el cristiano cree de manera ciega, es decir, sin alguna evidencia de la fuente de información que, para él, es confiable. Ésta es otra materia de fe. Se parte de la suposición de que las Escrituras son fuente de autoridad, la Palabra de Dios.

Este capítulo trata la afirmación de la existencia de Dios en tres partes: 1) La afirmación de la existencia de Dios en las Escrituras; 2) La afirmación de la existencia de Dios en la constitución de la naturaleza humana; y 3) La afirmación de la existencia de Dios en los argumentos racionales. A continuación, trataremos la negación de la existencia de Dios entre los ateos teóricos y prácticos.

1. LA AFIRMACIÓN DE LA EXISTENCIA DE DIOS EN LAS ESCRITURAS

Como ya vimos, las Escrituras no se proponen probar la existencia de Dios. De hecho, la existencia de Dios no puede ser probada como se prueba algo en un laboratorio, a través de la observación de las experiencias. Su gran presuposición es la de que Dios existe. Así comienzan las Sagradas Escrituras: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”.¹³ La Biblia fue escrita por personas que creían incuestionablemente en la existencia de Dios. Aún cuando, dichas personas hicieron hincapié en demostrar que Dios se revela. La revelación que Dios hizo de sí mismo se volvió el fundamento de todo lo que creemos respecto a Él y es la base para la formulación de la teología cristiana.

No hay nada tan evidente en las Escrituras como la existencia de Dios. En ellas esto es un hecho consumado, simplemente porque comienzan con la afirmación categórica de la existencia de Dios. En ningún lugar de las mismas hay alguna sugerencia de lo contrario. ¿Cuál es la razón de esto? La razón es la abundante evidencia acerca de la existencia de Dios encontrada en el propio universo, el hecho de que los cielos “cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Sal. 19:1). Las Escrituras también acentúan la existencia de Dios al mostrar que los hombres tienen el deber de creer en Dios de la forma en como Él se revela. El ser humano requiere fe para aproximarse a Dios. Es por esta razón que el autor de Hebreos dijo:

He. 11:6 – “Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan”.

La evidencia bíblica más fuerte de la existencia de Dios viene a través de Jesucristo. Él afirma de manera categórica quien es Dios. De hecho, su misión principal fue revelar a su Padre Celestial. El Hijo unigénito es el Revelador supremo de Dios. Él es la expresión exacta del Ser Divino. Negar la existencia de Dios es repudiar al Cristo revelado en las Santas Escrituras. Por desgracia, esto es exactamente lo que muchos han hecho. “Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre...” (1 Jn. 2:23). Esta afirmación de Juan es absolutamente verdadera.

¹² Citado por Louis Berkhof, *Teología Sistemática*, 5ª ed. español (Grand Rapids: T.E.L.L., 1981), 21.

¹³ Gn. 1:1 (ver también Salmo 19; Ro. 1:18; Hch. 14:14; 17:16; He. 11:6; Mt 11:27; 1 Jn. 2:23; Gá. 4:8-9)

Además de la evidencia que trajo Jesucristo, existe la gran evidencia proporcionada por el Espíritu Santo. Él, personalmente, comunica a nuestro espíritu que somos hijos de Dios (Ro. 8:16). La función del Espíritu Santo es traernos convicción, no solamente de la existencia de Dios, sino también que le pertenecemos por derecho de filiación.

2. LA AFIRMACIÓN DE LA EXISTENCIA DE DIOS EN LA CONSTITUCIÓN DEL SER HUMANO

En la humanidad existe una idea generalizada con respecto a la existencia de la Divinidad, un Ser superior, del cual ninguno de los seres humanos puede escapar debido a como el Creador los hizo. En teología, a estas ideas se les llaman “ideas innatas”, porque todos los seres humanos nacen con ellas.

LAS IDEAS INNATAS SOBRE LA EXISTENCIA DE DIOS

La idea de Divinidad es prácticamente una creencia de toda la raza humana en su estado natural. Todos los seres humanos que vienen al mundo nacen con la idea de un Ser superior, aunque no sepan formular correctamente conceptos sobre Él. Hay ciertas cosas sobre la Divinidad implantadas en el alma humana que son comunes a todas las razas, por más distantes y aisladas que estén unas de las otras, y que llamamos “civilización cristiana” o “mundo occidental”. Cuando Dios creó al hombre, éste quedó con la imagen de Dios estampada en él. Incluso la caída en el Edén no destruyó completamente las cosas que Dios colocó en el corazón de los seres humanos, pues sus leyes morales básicas están implantadas dentro de ellos, y serán juzgados por ellas, según la enseñanza de las Sagradas Escrituras (ver Ro. 2:11-16).

La perspectiva de la existencia de Dios puede ser ilustrada por la referencia a la creación del hombre (Gn. 2:7-8). Estos dos versículos nos dicen algo muy importante con respecto de la experiencia humana con Dios. El primer hombre, Adán, tuvo una conciencia absolutamente clara de la existencia de Dios, porque éste se le reveló proposicionalmente, es decir, con palabras al conversar con él en el lugar donde fue creado y colocado. Desde el comienzo de su existencia, Adán tenía una conciencia de Dios. Ésta era inevitable en Adán, por causa de la constitución de su naturaleza. Él no podía huir de la presencia de Dios ni relacionarse en el Edén sin una fuerte noción de la presencia divina.

Aún después de la caída del hombre, la idea de la conciencia de Dios no desapareció del ser humano. Con la Caída se quebró la relación espiritual. El hombre quedó separado de Dios, muerto espiritualmente, pero permaneció en él la conciencia divina.

Calvino usa dos expresiones aclaratorias con respecto a la idea de Dios, que aún los paganos tienen. Éste atribuye estas ideas innatas a dos cosas naturales en el hombre, cosas que la Caída no destruyó porque Dios las implantó de forma indeleble en el corazón humano: *semen religionis* y *sensus divinitatis*.

Semen Religionis¹⁴

La semilla de la religión fue implantada en el corazón del hombre cuando Dios lo creó. Ningún hombre es ateo por naturaleza. Ningún hombre llega al mundo sin esta semilla de la religión. Calvino dijo que “como la experiencia demuestra, Dios plantó una semilla de la religión en todos los hombres”.¹⁵

Todos tienen una religión natural como resultado de la idea innata de Dios. Pero esta religión no es suficiente para las necesidades del hombre en el estado de pecado en que se encuentra. En este tipo de religión el hombre tiene miedo, porque sólo conoce la justicia de Dios y no tiene noción alguna de su misericordia. De ahí la idea de ofrecer sacrificios, en todas las religiones de pueblos primitivos, para aplacar la ira de los dioses. La religión natural inspira miedo, no esperanza ni confianza.

La religión natural muestra que hay un Dios con atributos como poder, divinidad, justicia, como se enseña en Romanos 1. Estos son atributos que Dios manifiesta en la naturaleza, pero su misericordia, amor, gracia, etc., son expresiones de su voluntad, y Él las manifiesta cuando quiere. Aunque estos atributos sean parte de la esencia de Dios, su manifestación depende del ejercicio de su voluntad. Esto no es parte de las ideas innatas de Dios, que la religión natural trae.

Sensus Divinitatis¹⁶

La semilla de la religión existe porque el ser humano nace con el sentido de que existe un Ser Divino detrás de todo lo que ve y siente. La idea de Dios está implantada en el alma humana, aunque por causa de la perversión del corazón humano, no haya una relación de armonía con el Dios verdadero.

Calvino dijo que esta “conciencia de divinidad” fue implantada por Dios en todos los hombres “para evitar que alguien se refugie en una supuesta ignorancia”.¹⁷ Él continúa diciendo: “Los hombres de sano juicio siempre estarán seguros de que el sentido de divinidad, que no puede ser borrado jamás, está grabado en la mente de los hombres.”¹⁸ Al concluir su idea sobre el *sensus divinitatis*, Calvino dice:

Por lo tanto, visto que desde el comienzo del mundo no ha habido ninguna religión, ninguna ciudad, en resumen, ninguna familia que pudiera vivir sin religión, en esto descansa la tácita confesión de que el *sensus divinitatis* está inscrito en los corazones de todos los hombres.¹⁹

El texto de Hechos 17, en el episodio del Areópago de Atenas, muestra que todos los hombres, sin tener la luz de la revelación especial, tienen el sentido de que hay un Ser

¹⁴ Esta expresión es usada por Calvino en varios de sus escritos. En su comentario de 1 Juan 1.5, Calvino afirma: “Hay dos partes principales de la luz que aún permanecen en la naturaleza corrupta: primeramente la *semilla de la religión* que es implantada en todos los hombres; en segundo lugar, la distinción entre el bien y el mal, que está grabada en sus conciencias”.

¹⁵ *Institución*, 1.4.1.

¹⁶ Calvino dice: “Existe dentro de la mente humana, y, de hecho, por instinto natural, una *conciencia de la divinidad*” (*Institución*, 1.3.1)

¹⁷ *Institución*, 1.2.1.

¹⁸ *Institución*, 1.3.3.

¹⁹ *Institución*, 1.3.1.

mayor que ellos, al cual adoran, aunque esta semilla de la religión y el sentido de divinidad sean perjudicados debido a los efectos del pecado. Por causa de la corrupción del corazón, ellos perdieron las informaciones necesarias respecto a Dios, pero aún tienen la conciencia de divinidad y la expresan en los cultos que rinden, aún sin conocerlo debidamente.

El texto de Romanos 1.18-22 muestra el *semen religionis* y el *sensus divinitatis* de manera inequívoca. En él, Pablo afirma claramente que el hombre “*suprime la verdad* de Dios y la cambia por la injusticia” (v.18).²⁰ Los hombres caídos son culpados por suprimir la verdad. ¿Qué quiso decir Pablo con esto? Él afirma que la verdad suprimida es el conocimiento de Dios que les fue manifiesto (v.19). Dios se les reveló, pero ellos no quisieron la verdad de Dios, prefiriendo su injusticia (o su mentira). Es este conocimiento de Dios que el hombre suprime. Dicho conocimiento, que es la conciencia de su existencia, el hombre busca negar. Todo hombre tiene esta conciencia de Dios, muy a pesar de que luche desesperadamente por negarla.

En la versión Almacida Revisada y Actualizada²¹ el versículo 18 habla de que la perversión de los hombres “*detienen la verdad*”²². La palabra griega usada para “detener” (*katecho*) más bien debe ser traducida como *suprimir*. Ella da la idea de que el hombre posee alguna cosa, pero algo lo lleva a luchar contra lo que es natural en él – el conocimiento de Dios. La depravación humana conduce al hombre a la supresión de lo que es propio en él: la conciencia de la existencia de Dios, que lo lleva a ser un ser religioso. Por más que el hombre luche, este conocimiento de Dios no puede ser borrado. Esta noción de la existencia de Dios es intrínseca en él. Sin embargo, el hombre es condenado porque intenta negar lo que no puede ser negado: la existencia de Dios. La corrupción de su corazón lo lleva a invertir el orden de las cosas, pero no borra de él la conciencia de divinidad y la semilla de la religión. El hombre no puede escapar de la conciencia de Dios. Él sólo suprime el conocimiento verdadero de Dios, pero no huye de la conciencia de Dios.

Todos los hombres viven en un ambiente que revela la existencia de Dios, y no pueden escapar de esta presencia que les impacta el ser. Pueden hasta suprimir el conocimiento verdadero de Dios y pueden batallar contra la idea del Dios verdadero, pero no pueden huir de la conciencia de su existencia.

Por lo tanto, con el estudio del *semen religionis* y del *sensus divinitatis*, no es difícil entender por que hay ciertas ideas innatas con respecto a la Divinidad. Éstas son naturales en un ser creado. Por definición, un ser creado no puede funcionar como si no lo fuera. Por lo tanto, la existencia de Dios, aunque no podamos probarla, debe ser supuesta y asumida.

Esta idea innata de la existencia de Dios es el resultado de la constitución de la naturaleza humana, de lo que Dios plantó en ella. Esta idea es innata como lo son también las ideas de espacio y tiempo en la mente humana. La intensidad de esta idea varía de acuerdo con las razas y civilizaciones, pero son ideas universales.

Los atributos invisibles de Dios, que no pueden ser percibidos por los sentidos humanos, son vistos claramente por la mente humana en la revelación de la naturaleza.

La enseñanza de Pablo con respecto a la idea innata de Dios se confirma e ilustra en el pensamiento monoteísta de filósofos paganos:

²⁰ Según varios autores esta traducción es más fiel al original que la que encontramos en otras traducciones.

²¹ N. del T: Almacida Revisada y Actualizada es la versión más leída en Brasil.

²² N. del T: El verbo (“detener”), es el mismo verbo que se utiliza en la Versión Reina Valera del 60, versión en español.

El monoteísmo de los paganos prueba la enseñanza sobre las ideas innatas con respecto a Dios.

Aún después de la caída del hombre el monoteísmo no desapareció de la religión humana. El monoteísmo no es propiedad exclusiva de la religión revelada, que es el judaísmo y el cristianismo. Ésta existe incluso entre paganos. Por lo tanto, la existencia del monoteísmo en el alma de los hombres aún es una evidencia de que hay ideas innatas sobre Dios.

1) Los paganos más antiguos demostraron un monoteísmo

Muchos de los filósofos paganos fueron “teístas”, monoteístas y reconocieron a un sólo Ser supremo. La multiplicidad de dioses en muchas culturas no denota la creencia en divinidades auto-existentes, sino todas ellas, como divinidades inferiores, fueron creadas por un Dios mayor y más poderoso. La palabra “dioses” muchas veces fue empleada por los paganos de la misma forma como se usa en la Biblia (Jn. 10:34), refiriéndose a ángeles, príncipes y autoridades humanas.

El monoteísmo es la religión original de todos los hombres. El politeísmo, como veremos más adelante, es una corrupción del panteísmo. La naturaleza del hombre reclama la existencia de un único Dios. Sólo la pecaminosidad voluntaria hace al ser humano salir de esta condición monoteísta, una posición contra la cual él, del modo en como Dios lo hizo, lucha frenéticamente. Calvino dijo:

El nombre de un Dios Supremo ha sido universalmente reconocido y celebrado. Porque los que solían adorar a una multitud de dioses, donde quiera que hablaran de acuerdo con el sentido genuino de la naturaleza, usaron simplemente el nombre de Dios en número singular, como si estuvieran conteniendo con el propio Dios.²³

Sin citar el nombre, pero refiriéndose claramente a Cicerón (106 a.C.– 43 a.C.), Calvino dice:

Aún cuando no hay, como dice el eminente pagano, ninguna nación tan bárbara, ningún pueblo tan salvaje, que no tenga una convicción profunda de que hay *un* Dios. Y ellos, que en otros aspectos de la vida parecen al menos diferir de los animales, aún continúan reteniendo alguna semilla de religión.²⁴

En su obra *De Legibus*, I, 8, Cicerón escribió:

No hay ningún animal, excepto el hombre, que tenga alguna noción de Dios; y entre los hombres no hay ninguna tribu tan salvaje que, aunque no conozca que especie de Dios tiene, no sepa que debe tener uno.²⁵

Los apologistas cristianos de los primeros siglos, Tertuliano y Clemente de Alejandría, sustentaron universalmente la posición de que la mente humana es naturalmente y por creación, monoteísta.

2) El monoteísmo natural de los paganos es probado por datos bíblicos.

²³ *Institución*, 1.10.

²⁴ *Institución*, 1.3.1 (itálico aumentado).

²⁵ Citado por W. G. T. Shedd, *Dogmatic Theology* (Grand Rapids: Zondervan, 1971), vol. 1, 200 (ver Hechos 17:24-28).

Además de los hebreos, otros pueblos mencionados en la Biblia dan claros indicios de su monoteísmo. Los ejemplos están en Agar, que era egipcia (Gn. 16:1-13), en Abimelec, el rey filisteo (Gn. 20:3-8) y, en el Faraón, rey de Egipto (Gn. 41:38).

La idea de Dios no es exactamente la misma en dos culturas o en dos personas diferentes de una misma nación. No obstante, su constitución mental sea la misma. Un hombre puede tener un sentido de la justicia de Dios más marcada, mientras que otro puede tener una idea mayor del poder de Dios, o de su sabiduría. Depende con que ojos él observe los fenómenos de la creación que están a su alrededor.

Es importante observar que la apostasía y el ateísmo son un intento de esconder esta idea innata de Dios. La condición embrutecida del mundo idólatra no contradice a la existencia de la idea innata de Dios. La idea fundamental existente en la mente humana puede que no se desarrolle, o que se vicie por el pecado, pero aún existe en el hombre, incluso después de la Caída.

El *monoteísmo* fue la forma original de religión; el panteísmo y el politeísmo fueron formas subsiguientes. Según las Escrituras, el hombre fue creado monoteísta. Su primer estado fue su mejor estado. Él cayó de un estado más alto a uno más bajo que se relaciona al carácter y al conocimiento.

- La primera fase de la corrupción del monoteísmo primitivo es el *panteísmo*. Aquí la unidad de Dios permanece, pero se niega la diferencia entre Él y el universo creado, porque el panteísmo cree que el universo es una extensión de Dios. El hecho de que la unidad de Dios es preservada prueba que esta idea es natural en la mente humana. En esta fase el sol, la luna y las estrellas fueron adorados como una extensión de la Divinidad. Todo era Dios. Ésta fue la primera fase.

- La segunda fase en la caída del monoteísmo primitivo es el *politeísmo*. En este caso, la unidad o la sustancia única del panteísmo se subdivide, y las subdivisiones son personificadas. La personalidad de Dios perdida en el panteísmo se devuelve en el politeísmo, sólo que en una multiplicidad de dioses. En esta fase, los hombres comenzaron a hacer representaciones de Dios. Como los planetas u otros cuerpos celestes, eran visibles solamente durante la noche, ellos inventaron imágenes para representarlos. Esto produjo la adoración de imágenes. Se hicieron imágenes de Júpiter, Saturno, Marte, Apolo, etc. Ésta es la fase final, la idolatría.

3. LA AFIRMACIÓN DE LA EXISTENCIA DEL DIOS DE LAS ESCRITURAS EN LOS ARGUMENTOS RACIONALES

Aun sabiendo de la gran presuposición de las Escrituras que afirman de que Dios existe, y sabiendo también de las ideas innatas de Dios en el alma humana, aparecieron en la historia de la Iglesia aquellos que intentaron elaborar pruebas sobre la existencia de Dios, por causa del intento que algunos tuvieron de negarla. Estos argumentos se conocieron como “pruebas racionales de la existencia de Dios”. A decir verdad, estos argumentos son innecesarios para los cristianos e innecesarios, además de ineficaces, para los incrédulos, pues no hay ningún argumento lógico que los haga creer en Dios. No obstante, es prudente que no ignoremos estos argumentos, pues son importantes aún para gran parte de los cristianos.

Los argumentos de la Filosofía

Los intentos de probar la existencia de Dios son muy antiguos. Las pruebas sobre la existencia se derivaron de la filosofía. Podemos encontrar en Anaxágoras, Platón, Aristóteles, Plutarco, Séneca y Cicerón argumentos racionales en la tentativa de demostrar la existencia de Dios.²⁶ En este sentido, podemos decir, sin duda alguna, que la teología cristiana sufrió fuertemente la influencia del pensamiento griego.

Los argumentos de la Historia de la Teología

A pesar de que algunos padres de la iglesia han negado la posibilidad de que los paganos posean un conocimiento propio de Dios por medio de la luz de la naturaleza, a través del uso debido de la razón, no siendo, por lo tanto, posible probar la existencia de Dios, con el pasar de los siglos, estos argumentos gradualmente llegaron a ser parte de la teología cristiana y llegaron a tener un carácter religioso. Hubo ya en la época de la patrística la asimilación de algunos de los argumentos.²⁷ En la Edad Media, los argumentos racionales fueron incorporados a la teología cristiana de manera mucho más fuerte.²⁸ Más tarde, después de la Reforma, en el Escolasticismo Protestante, no hubo rechazo a estos argumentos lógicos, aunque ellos se hayan vuelto menos importantes en el tiempo del escolasticismo de la Edad Media. Algunos teólogos reformados usaron estos argumentos lógicos para combatir el ateísmo.²⁹ La teología cristiana se convenció más y más de que las verdades acerca de la religión natural podían ser demostradas de la misma manera que las verdades de la lógica y de la matemática.³⁰ Este raciocinio se dio más fuertemente en el tiempo del Iluminismo, que atribuyó gran importancia a las pruebas racionales de la existencia de Dios. No obstante, poco a poco, ya en el siglo XIX, la fuerza de estos argumentos disminuyó en la teología evangélica, pero permaneció fuerte dentro de los círculos católicos romanos.

Estos argumentos usados por algunos cristianos son producto de la observación de datos proporcionados por la revelación natural que muestran que Dios existe. Cuando miramos el mundo que está a nuestro alrededor, hacia la historia y hacia nuestra propia naturaleza constitucional, encontramos evidencias naturales sobre la existencia de Dios.

Hay varios argumentos que son considerados como pruebas naturales de la existencia de Dios. De todos ellos, usaremos sólo cinco: el Argumento Ontológico, Moral, Teleológico, Cosmológico y del Consenso Universal.

Los dos primeros argumentos, el ontológico y el moral, están basados en la naturaleza del alma humana:

²⁶ Herman Bavinck, *The Doctrine of God* (Banner of Truth, 1991), 65.

²⁷ Diodoro de Tarso (que murió alrededor del año 390) adoptó el argumento cosmológico; Juan de Damasco (675-749) también lo usó en su obra *Exposição da Fé Ortodoxa*, I, 3 (citada por Otto Weber, *Foundations of Dogmatics*, vol. 1) [Eerdmans, 1988], 218.

²⁸ Ver Tomás de Aquino, *Suma Teológica* (I, ii, 2 y 3, vol. 1).

²⁹ Weber, *Foundations of Dogmatics*, vol. 1, 219.

³⁰ Herman Bavinck, *The Doctrine of God* (Edimburgo: Banner of Truth, 1991), 65.

ARGUMENTO ONTOLÓGICO

Este argumento parte del supuesto que la existencia real de Dios resulta de su existencia necesaria en nuestro pensamiento. Si tenemos la idea de Él en nuestra mente, es prueba de que Él existe. Fue Anselmo quien produjo su formulación más clásica.³¹

Los seres humanos no solamente tienen en su conciencia la idea de un Dios, sino que les gusta la idea de un Ser Supremo. No se contentan con un Dios, sino tiene que ser un gran Dios. La tendencia de todos los seres humanos es tener un Dios mayor y más poderoso que el de los otros pueblos. ¿De dónde viene la idea de un Ser Supremo, poderoso y altísimo? Según los defensores del argumento ontológico, la idea de un Dios absoluto está presente inherentemente en el alma humana. Ciertamente, esta idea muestra que realmente existe un Dios así. De la constitución de la naturaleza del alma humana podemos concluir que Dios realmente existe.

Este tipo de comportamiento es común en todas las civilizaciones. Esta creencia en un Dios mayor es típica aún incluso en las civilizaciones más primitivas. Más del 90% de las religiones del mundo reconocen la existencia de un Ser Supremo. Históricamente se puede probar que las religiones más antiguas fueron monoteístas.

¿Cómo estas ideas pueden estar en la mente de los hombres si Dios no existe? Siempre hay algo para satisfacer los deseos comunes de la raza humana. Si quisiéramos afirmar este argumento en forma de silogismo, usaríamos las siguientes premisas:

Premisa Mayor – Una creencia intuitiva universal entre los hombres debe ser verdadera.

Premisa Menor – La creencia de que hay un Dios es universal e intuitiva entre los hombres.

Conclusión – La creencia de que hay un Dios es verdadera.

Sin embargo, no podemos admitir que el simple hecho de que las personas crean universalmente que hay un Dios todopoderoso pruebe que realmente exista. La existencia de Dios en el *pensamiento* de las personas es diferente de su existencia en la *realidad*. “La existencia en el *pensamiento* y la existencia en la *realidad* son dos categorías distintas y diferentes.”³² El hecho de alguien piense en un objeto o lo imagine no significa que exista en realidad. El hecho de que las personas crean en alguna cosa no hace que tal cosa exista. Por ejemplo, aunque todo los hombres conciban un caballo con alas, esto no significa que existe. Por lo tanto, el argumento ontológico, no importa cuán lógico sea, no prueba la existencia de Dios. No obstante, es admirable que el hombre necesariamente tenga una idea de Dios y piense en Dios como realmente existente. Aún así, esto no es prueba de que Dios realmente existe, por lo menos para aquel que no cree en Él.

³¹ En su *Proslogion*, II- IV.

³² Bavinck, *The Doctrine of God*, 72.

ARGUMENTO MORAL

El argumento moral se deriva de la existencia de un Legislador Supremo, que es Dios, y del hecho de que hay una ley moral presente en el universo.

El ser humano tiene una naturaleza intelectual y moral que presupone la existencia de un Creador y Legislador. Algunas personas le dan énfasis al hecho de que hay una voz de la conciencia actuando en cada ser humano, de la cual nadie puede librarse. Esta conciencia, que es la ley de los seres humanos, exige que haya un Dador de esta ley. Otros ponen énfasis en la capacidad que las personas tienen de distinguir entre lo bueno y lo malo, entre el pecado y el castigo, y terminan concluyendo que existe Alguien que da orden y armonía a toda la creación, ahora y en el futuro. Nuestra constitución moral, que nos permite saber lo que es bueno y malo, nos lleva a entender que ningún gobierno moral sería posible si no hubiese Alguien que imprimió estas leyes en nosotros.

La naturaleza constitucional del hombre (o sea, su mente, emociones y voluntad) requiere a alguien que tenga, en lo mínimo, estas mismas cosas, pero en un grado mayor. Este alguien es Dios.

A pesar de que los seres humanos puedan tener su conciencia cauterizada (1 Ti. 4:2 y Tit. 1:15), en alguna medida todos ellos poseen esta facultad con la capacidad de distinguir entre el bien y el mal. Aún los gobiernos más corruptos tienen la conciencia común de lo que es justo, aunque casi nunca procedan correctamente. ¿De dónde proviene la capacidad de esta distinción? La única explicación lógica es la de que hay un Gobernador moral del universo, que creó a los seres humanos con una constitución moral.

Por lo tanto, el argumento moral se deriva de la observación de los fenómenos éticos del universo. Mientras tanto, hay algunas observaciones que se deben hacer cuando analizamos el argumento moral.

Aquí se puede decir lo mismo que fue dicho del argumento ontológico: el argumento moral para la existencia de Dios no tiene el valor de una *prueba*. Como afirma Bavinck: “Mientras tanto, este argumento es tratado con tanto respeto por Kant y por muchos otros después de él... esto no se debe a su fuerza lógica, sino al testimonio irresistible de la conciencia moral del hombre.”³³ El argumento de la conciencia humana no tiene la fuerza lógica suficiente para llevar a alguien a reconocer la existencia de Dios. Sin embargo, no se puede negar la fuerza de este testimonio en la conciencia humana, lo que puede llevar a la convicción de que habrá una victoria moral del bien sobre el mal. De cualquier modo, aún contra todas las objeciones que puedan ser sustentadas por la ciencia o por el evolucionismo, el hombre siempre permanecerá un ser moral. Si esto prueba la existencia de Dios, es algo que se puede discutir, pero es un argumento extremadamente interesante.

Los siguientes dos argumentos, el teleológico y cosmológico, se basan en la naturaleza del universo:

³³ Ibid., 75.

ARGUMENTO TELEOLÓGICO

El argumento teleológico afirma que hay un propósito en el universo. Por lo tanto, debe haber Alguien que estableció este propósito, que es Dios.

La palabra “teleológico” tiene que ver con designio o fin (*telos*). El universo tiene un propósito. Él no es caótico y fue hecho para un determinado fin, lo que implica que hay un Designador de este fin. Si entendemos que todas las cosas existen para determinados fines, es lógico y correcto pensar que existe Alguien que determinó estos fines. Si este mundo es perfecto en sus fines y propósitos, debe haber Alguien mayor que lo haya creado. Si quisiéramos formular un silogismo para mostrar este argumento, usaríamos las siguientes premisas correctas, para llegar a una conclusión razonable:

Premisa Mayor – El orden y la armonía del universo sólo se pueden explicar cuando presuponemos un arquitecto inteligente, o una causa inteligente mayor.

Premisa Menor – El universo como un todo y en todas sus partes es un gran proyecto que demuestra orden y simetría.

Conclusión – El mundo tiene un arquitecto o diseñador inteligente que es Dios.

Este argumento teleológico es fuerte porque las Escrituras nos muestran que existe un propósito en todas las cosas, sobre todo en la creación.

ARGUMENTO COSMOLÓGICO

La palabra griega *kosmos* significa una “composición ordenada”. Este argumento se remonta al tiempo de Aristóteles y también se encuentra en otros escritores antiguos, por ejemplo, Cicerón. En el tiempo del escolasticismo, este argumento fue desarrollado por Anselmo³⁴ y por Tomás de Aquino.³⁵

Tomás de Aquino enumera cinco modalidades de esta prueba cosmológica, pero paso a citar sólo cuatro de ellas:³⁶

1) Todo movimiento está en un proceso de transición de poder para un acto (*potentia* para *actus*). Todo lo que encontramos como un acto se deriva de un motor o puede que, a su vez, es un acto derivado de otro poder por detrás de él. Este pensamiento nos lleva a la idea del Primer Motor, que es Dios, idea que se remonta al tiempo de Aristóteles, de quien Aquino tomó muchos conceptos.

2) La segunda modalidad tiene que ver con la causa eficiente: todas las cosas en la realidad se vuelven hacia una causa, una larga cadena de relaciones entre causa y efecto. Pero esta cadena no es infinita. Ella termina en Dios, la causa eficiente, que es la Causa Primera. Cada efecto debe poseer una causa adecuada. La única causa adecuada del universo es Dios. ¿De dónde vino el universo, sino de un Creador? Si quisiéramos afirmar este argumento en forma de un silogismo, usaríamos las siguientes premisas:

³⁴ *Monologion*, I-VII.

³⁵ *Suma contra os Gentios*, I, xiii.

³⁶ Algunos aspectos de estos argumentos de Tomás de Aquino están en la obra de Weber. *Foundations of Dogmatics*, vol. 1, 219-20.

Premisa Mayor – “Cada nueva existencia o cambio en cualquier cosa previamente existente debe haber tenido una causa preexistente y adecuada.”³⁷ En otras palabras, cada efecto tiene una *causa* adecuada.

Premisa Menor – “El universo como un todo y en todas sus partes es un sistema de cambios.”³⁸ Es decir, el mundo es un *efecto*.

Conclusión – “El universo debe haber tenido una causa exterior a sí mismo; la causa última o absoluta debe ser externa, no causada e inmutable.”³⁹ Por lo tanto, el mundo tiene una causa adecuada, fuera de sí mismo, que lo produjo – Dios.

3) La tercera modalidad usa la distinción entre la existencia necesaria y la posible. Toda cosa sujeta al proceso de cambio y de decadencia (es decir, nuestra realidad presente) tiene fundamentalmente una posible existencia: puede existir, pero puede también no existir. En otras palabras, todo lo que es posible que exista, en algún punto del tiempo existió. Esto quiere decir que todas las cosas que existieron, porque su existencia era solo una posibilidad, no existe por necesidad. Dios es la existencia necesaria. Todas las cosas necesarias se vuelven hacia la existencia necesaria, que es Dios.

4) La cuarta modalidad es totalmente dominada por la tercera: en todas las cosas hay grados de excelencia. Todas las cosas que existen en un grado menor tiene como causa lo que existe en grado mayor. En otras palabras, los hombres y todo lo que existe tienen su causa en lo que existe más excelentemente – ¡Dios! El grado de excelencia mayor da origen a los de excelencia menor.

Básicamente, los principios elaborados por Tomás de Aquino son los mismos. Todos tienen que ver, en última instancia, con el principio de causa y efecto, del Primer Motor o de la Causa Última.

Los dos últimos argumentos tienen relación con la historia:

ARGUMENTO DEL CONSENSO UNIVERSAL

Este argumento deriva la existencia de Dios de la universalidad de la religión. No hay noticia de que haya existido alguna tribu en el mundo, por más remota que fuera, que no haya tenido una religión. El factor religión está inserto en el alma humana y ningún ser humano puede escapar del fenómeno religioso. La religión es intrínseca en el ser humano. Cicerón, el gran pagano admirado por Calvino, consideró este argumento de gran valor, y el estudio de la religión ha fortalecido la relevancia de este argumento.⁴⁰ A. A. Hodge afirma:

La historia total de la raza humana revela un orden moral y un propósito que no pueden ser explicados por la inteligencia o propósito de los agentes humanos. Estas cosas existentes revela la unidad de un plan que incluye todas las razas en todas las épocas. Los fenómenos de la vida nacional y de la distribución etnológica, del desarrollo y de la difusión de las civilizaciones y de las religiones, se pueden explicar sólo por la existencia de un gobernador y educador sabio, justo y benévolo de la raza humana.⁴¹

³⁷ Formulada por A. A. Hodge, *Outlines of Theology* (Edimburgo: Banner of Truth, 1983), 33.

³⁸ Ibid.

³⁹ Ibid.

⁴⁰ Bavinck, *The Doctrine of God*, 76.

⁴¹ A. A. Hodge, *Outlines of Theology*, 42.

Sin embargo, el hecho de considerar a la religión como un factor universal no significa que todas las personas tengan un concepto correcto sobre Dios y ni que la divinidad que adoran sea verdadera. No obstante, el argumento del “consenso universal” es un argumento que no puede ser despreciado, pues una vez más muestra el *semen religionis* y el *sensus divinitatis* presentes en el alma humana, aludiendo a un Ser Superior.

ARGUMENTO ESTÉTICO

Hay belleza en el universo. Los seres humanos son creados con la gran capacidad de apreciar la belleza de la creación. Ahora, si hay tanto una cosa como la otra, es decir, la creación y el hombre, sólo puede haber una inteligencia y una sabiduría para hacer algo tan bello, o sea, Dios.

Crítica

Personalmente, creo que estas pruebas racionales de la existencia de Dios solamente funcionan para aquellos que, por gracia, ya creen que Él existe. Este ejercicio racional siempre es hecho por los teólogos que ya creen en el Dios de las Escrituras. Difícilmente encontramos personas completamente ajenas a la fe cristiana haciendo tales ejercicios. Si los hicieran, todas las personas que ejercitan su razón de manera razonable creerían en Él. Además, las encuentro innecesarias para que creamos en Dios, pero la exposición de estos argumentos es razonable y saludable para que veamos como se creó en un determinado período de la historia, y como muchos aún creen, en este argumento. Al contrario de considerarlos como pruebas racionales de la existencia de Dios, sería mucho más plausible y justo considerarlos más bien como fuertes testimonios de la existencia de Dios.

4. LA NEGACIÓN DE LA EXISTENCIA DE DIOS

La existencia de Dios se puede negar de diversas maneras, pues no involucra sólo al ateísmo. El asunto del ateísmo en sí mismo, ya es complicado. Se vuelve aún peor cuando encontramos la negación de la existencia de Dios de forma disfrazada tanto en el deísmo como en el panteísmo. Estas son las formas más importantes que vamos a tratar en este capítulo.

LA NEGACIÓN DE LA EXISTENCIA DE DIOS EN EL ATEÍSMO

El intento de negar la existencia de Dios es algo muy común especialmente en una sociedad que es permeada por los efectos del Iluminismo, que buscó primero minar la idea de que lo sobrenatural se involucra con el mundo de los hombres. Este intento resulta de la corrupción, de la alienación, de la ignorancia, de la rebelión y de la perspectiva distorsionada que el hombre tiene de Dios y del mundo, como resultado de su incapacidad de razonar conforme a los dictámenes de su creación.

Con esta perspectiva distorsionada de Dios y del mundo, veo la cosmovisión asimilada de los tiempos del Iluminismo, que facilitó, en muchos seres humano, el intento de negar la existencia de Dios, especialmente al Dios de los cristianos.

No obstante, la negación de la existencia de Dios no es algo que se originó en la sociedad contemporánea, sino es una preocupación muy antigua, como veremos más adelante.

a) El nacimiento del Ateísmo

El ateísmo no vino de ser humano tal como Dios lo hizo, sino del corazón pecaminoso que el hombre llegó a tener. Eclesiastés 8:11 dice que “...el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal”. Es como si el veneno de la serpiente hubiera sido injertado en el corazón de los hombres, capacitándolos, así, para todo tipo de maldad. El *corazón*, en singular, parece indicar que toda la humanidad tiene un solo corazón, como si actuara bajo los impulsos de un solo corazón regente. La lepra del ateísmo ha infectado a todo el conjunto de la naturaleza humana.

Aún existiendo el *semen religionis* o el *sensus divinitatis* en el corazón humano, puede haber disposición interior, por causa del pecado, que lleva a los hombres a ignorar a Dios o a negar su existencia. El ateísmo existe debido a la perversión del corazón humano. No existe ateísmo de nacimiento, sino que los hombres se vuelven ateos por un proceso de raciocinio lógicamente pernicioso. Su deseo (que no es natural en ellos, sino es producto de su pecado) es escapar de Dios y vivir independientemente de Él. La gran lucha del alma del ateo es contra la propia semilla de divinidad que en él fue implantada.

b) La Universalidad del Ateísmo

Ningún hombre, sea judío o gentil, tiene por sí mismo algún interés en Dios. El ateísmo está presente de manera seminal y fundamental en todos los seres humanos. La inclinación de la naturaleza pecaminosa de todos los seres humanos los lleva a pensar en la inexistencia de Dios, y a ignorarlo. El cáncer del ateísmo infectó todos los miembros de la raza humana. Es como un veneno que causa la infección generalizada en todos aquellos que aun no han sido alcanzados por la gracia reveladora de Dios. Solamente la bondad de Dios es la que puede liberar a los seres humanos de esta enfermedad maldita. Todos los seres humanos, en alguna medida, fueron mordidos por la serpiente del ateísmo. Por esto, el escritor bíblico dice: “No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda. No hay quien busque a Dios” (Ro. 3:10-11).

Nadie busca a Dios como regla, como fin, como su alegría, que es una deuda que la criatura naturalmente tiene para con Dios. Nadie desea tener comunión con Dios, sino que la alegría del ateo está en algo inferior a Dios; él prefiere cualquier cosa antes que al propio Dios, y glorifica a todo lo que no sea Él... Ama su propia inmundicia antes que a la santidad de Dios; sus acciones están teñidas con su egocentrismo, y están vacías de aquel respeto que se le debe a Dios.⁴²

⁴² Stephen Charnock, *The Existence and the Attributes of God*, 2 vols. (Grand Rapids: Baker, 1990) vol. 1, 91.

c) Lo inevitable en el Ateísmo

Ningún ser humano escapa a alguna forma de ateísmo, aunque disfrazadamente. Por ateísmo, no me refiero aquí al ateísmo clásico de los siglos XVIII y XIX, producto del racionalismo iluminista, sino de la indisposición espiritual que hay en el hombre, por causa de la Caída, intentando negar todo lo que tiene que ver con Dios. Tenemos que recordar que lo inevitable en el Ateísmo no se debe a la naturaleza constitucional del hombre (pues lo lleva a la idea de que Dios existe), sino a su naturaleza pecaminosa. El pensamiento de la inexistencia de Dios es una inclinación pecaminosamente voluntaria.

Generalmente, el ateísmo es secreto y casi nunca se confiesa.

d) Tipos de Ateísmo

El ateísmo tiene varias formas de manifestación. Para nuestros propósitos didácticos, discutiremos sólo las dos más importantes, porque abarcan todas las otras formas. Dividiremos a los ateos en dos categorías: ateos teóricos y ateos prácticos.

Ateos Teóricos

Los ateos teóricos son aquellos que niegan la existencia de Dios, pero tienen un nivel intelectual más elevado. Estos han sido producto de la influencia de la cosmovisión iluminista desde el siglo XVIII. El racionalismo alemán produjo muchos hombres y mujeres contrarios a la idea de la existencia de Dios. Ellos usan argumentos racionales para justificar su negación de Dios. A estos ateos se les llama también “ateos dogmáticos”, pues niegan la existencia de un Ser Divino. Ellos afirman categóricamente que Dios no existe. Dice Berkhof:

Esta afirmación significará una u otra cosa: Quien no reconoce a Dios como especie alguna, ni levanta ídolos para sí mismo, o que no reconoce al Dios de la Biblia. Existe en realidad, si es que los hay, muy pocos ateos que no creen alguna especie de Dios para sí mismos. Hay un número muy grande que teóricamente rechaza toda clase de Dios y, sin embargo, hay otro número mucho mayor que no quiere nada con el Dios de la Biblia.⁴³

El ateísmo no es natural en el hombre, sino es producto de su naturaleza pecaminosa. El ateísmo nace de una rebelión del corazón que busca huir de la idea de postrarse delante de alguien superior.

Sin embargo, el ateísmo no es producto únicamente de estos últimos dos siglos de nuestra historia, sino es muy antiguo. No es de hoy que el hombre ha negado la existencia de Dios. El salmista hace referencia a personas que hicieron esto desde tiempos inmemoriales. El Salmo 14:1 afirma: “Dice el necio en su corazón: no hay Dios...”.

Este salmo trata de la corrupción de las facultades del alma humana que ya no funcionan de la misma manera como antes de la Caída. Por causa de sus ratiocinios falaces, el ser humano llega a decir lo que está escrito en este versículo. Analicemos el texto:

“*Necio*” es un término utilizado para describir al impío. El necio es aquel que perdió su sabiduría, que perdió la noción correcta de los valores espirituales que fueron comunicados al hombre en su creación. Esta pérdida de valores se debe al uso incorrecto de

⁴³ Berkhof, *Teología Sistemática*, 24.

la razón humana que, a su vez, es producto de la corrupción del ser más interior, el corazón. Su insensatez está vinculada a su negación de la existencia de Dios. Es una gran necedad negar a Dios.

De hecho, el ateo es un gran tonto. Si no fuera un tonto, no imaginaría una cosa tan contraria a lo que todo el mundo cree. La idea de divinidad está tan claramente impresa en el alma humana que no puede ser ignorada. Dios no puede ser comprendido en su esencia, pero no se puede negar su existencia, sin que sea a través de un proceso de raciocinio falaz y perverso. De hecho el ateo es un gran tonto, pues el propio Diablo cree en la existencia de Dios y tiembla (Stg. 2:19).

“Dice en su corazón” – Es posible que el autor del salmo haya mencionado al *“corazón”* porque, en su mentalidad hebraica, el corazón es el centro de la personalidad humana. Del corazón proceden todas las inclinaciones morales del hombre. Todos los hombres tienen algún tipo de ateísmo secreto en el corazón, que es la fuente de todos los males en sus vidas. Observe que el impío no dijo con su boca, sino se trata de un acto del corazón, algo secreto. Él reflexiona secretamente sobre la no existencia de Dios. Por causa de su naturaleza depravada, ningún hombre está libre de tener pensamientos sobre la negación de la existencia de Dios. El pensamiento de la inexistencia de Dios ya pasó alguna vez por el corazón de todos los mortales, justamente por causa de la pecaminosidad que permea el corazón humano.

En su naturaleza pecaminosa el hombre siempre deseó que no hubiera Dios. El hombre no puede borrar la idea de Dios de su corazón, pues Dios la implantó, pero él intenta convencerse de que Dios no existe.

“No hay Dios” – Esta es la afirmación categórica de todo ateo teórico, frecuentemente es producto de un raciocinio falaz y engañoso. Hacer esta afirmación de manera categórica es luchar contra la naturaleza constitucional del ser humano, en quien fue implantado el *semen religionis* y el *sensus divinitatis*. Esta afirmación revela el impulso de la naturaleza pecaminosa que intenta evadir a Dios.

La negación de Dios es una manifestación de la decisión de Adán de esconderse de Dios, como producto de su transgresión. Adán sabía que Dios existía, pero intentó huir de su presencia, en medio del miedo y la vergüenza. Por causa de sus pecados los descendientes de Adán, en un proceso engañoso de sus mentes, intentan eliminar a Dios de sus corazones. La negación de Dios es un medio de esconderse de Él; es el medio de aplazar el encuentro con Dios; es un medio de suprimir el conocimiento de Dios, que es parte de la herencia de nuestra constitución original y de la observación de las obras de la naturaleza. Aún con toda su argumentación llena de falacia, el ateo no puede huir del conocimiento de Dios, porque su preocupación mayor es Dios. La idea de la existencia de Dios lo incomoda y, por esto, es el asunto del que más habla. Vive intentando probarse a sí mismo lo contrario de lo que está impreso en su alma: la conciencia de la existencia de Dios. Es inevitable la idea de Dios en el alma humana. ¡Incluso los ateos teóricos difícilmente logran evadir esta idea! Sin embargo, su lucha desesperada es probarse a sí mismos y a los demás que Dios no existe.

Cuando los ateos teóricos afirman que *“no hay Dios”*, están mostrando el deseo pecaminoso de la autonomía humana. Intentan demostrar que no necesitan a nadie. No aceptan la intervención de nadie soberano sobre ellos. La monarquía divina les es absolutamente detestable. Prefieren la democracia donde Dios queda fuera de sus decisiones. En algunos círculos, la democracia ha sido para los ateos un elemento que

favorece el ateísmo. Al final de cuentas, ellos prefieren escoger su propio destino sin tener a alguien que esté al control del universo y de la historia.

Ateos Prácticos

Éste es el tipo más común de ateísmo, ya que, es producto del estado corrompido del ser humano. El ateísmo práctico siempre fue una tónica en el mundo. De hecho, la única vez en el Nuevo Testamento en que la palabra griega *ateus* (que literalmente significa “sin Dios”) aparece, tiene que ver con el ateísmo práctico. Pablo se está dirigiendo a los gentiles que no habían sido participantes en varios de los aspectos soteriológicos⁴⁴ que los judíos participaban. Entonces les dice:

Ef. 2:12 – “En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios (*atheoi*) en el mundo”.

Esta expresión griega *atheoi* (“sin Dios”), puede referirse a todos los individuos que andan en incredulidad, pero lo que Pablo está diciendo es más que esto: los creyentes de Efeso, en su pasado de incredulidad, vivieron como ateos prácticos. Los ateos prácticos no niegan necesariamente la existencia de Dios con sus palabras, sino viven como si Dios no existiera. Así vivían los gentiles a quienes Pablo escribió, antes de que fueran traídos a Cristo Jesús. La palabra *atheoi* indicaba el *modus vivendi* de las personas. Aunque no negaran abiertamente la existencia de Dios, se comportaban de modo que ignoraban al verdadero Dios. No tenían ningún sentido de reverencia hacia Él, ni le rendían culto. Éste era el más profundo estado de miseria en que vivían los paganos: sino afirmaban la inexistencia de Dios, simplemente no daban la más mínima importancia a su existencia. Vivían sin Dios en este mundo. Dios no entraba en sus planes.

De manera muy sabia el salmista muestra cual era el comportamiento de los ateos prácticos ya en su tiempo:

Sal. 10.4 – “El malo, por la altivez de su rostro, no busca a Dios; *no hay Dios* en ninguno de sus pensamientos”.

Este versículo no está diciendo necesariamente que los malos no admiten la existencia de un Dios, sino que Dios no está en el pensamiento de ellos. Viven enajenados como si no hubiera Dios. Aquellos que no tienen a Dios en sus pensamientos obviamente no lo reconocen. Simplemente lo ignoran. Y donde Dios no es honrado, no es reconocido. El ateísmo práctico se evidencia en el hecho de que el ser humano se olvida de Dios, como si Él no existiera.

Tit. 1:16 – “Profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados en cuanto a toda buena obra”.

Sus hechos hablan más alto que sus palabras. En este caso, el hombre debe ser medido más por lo que hace que por lo que dice. Todas las impiedades que comete son ramas del ateísmo nacido de la depravación del corazón. Todas las pestilencias espirituales son expresiones de una sangre contaminada, porque esta sangre es bombeada del corazón y

⁴⁴ N. del T: Referente a la doctrina de la salvación en el sentido de la religión cristiana.

alcanza todas las venas del ser humano. Esta infección generalizada, o septicemia espiritual, imposibilita al hombre para reaccionar positivamente, y de hacer buenas obras.

Las malas obras de los hombres son resultado de su negación práctica de Dios. La profesión que muchos hacen de Dios no se relaciona con su práctica. Esto es ateísmo práctico: niegan a Dios con sus obras.

Ef. 2:12 – “En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y *sin Dios en el mundo*”.

El ateo práctico vive como si fuera el dueño del mundo, sin ninguna connotación espiritual, ausente de Dios, por esto, sin esperanza. Muchos hombres intentan vivir sin Dios en este mundo, como si nunca le fueran a rendir cuentas a nadie.

Los ateos prácticos también pueden no creer en las acciones de Dios en el mundo (Sal. 10:11,13), revelando su deísmo. Aquellos que niegan los actos providenciales de Dios o cualquier otro de sus atributos esenciales, niegan también su existencia.

e) Las consecuencias del Ateísmo Teórico

Cuando los hombres niegan la existencia de Dios, su comportamiento tiene algunas consecuencias inevitables:

1. Los ateos quedan sin patrones éticos confiables

Friedrich Nietzsche fue un filósofo que criticó violentamente la moral cristiana. Él atribuyó las raíces de la decadencia de la sociedad de su tiempo a la “moralidad esclava” generada por el cristianismo.⁴⁵ En la mentalidad de Nietzsche, “no hay ningún Dios que proteja al débil y dé seguridad a la justicia, pero el hombre aún afirma que Él existe, haciendo que la debilidad parezca ser algo bendecido. Pero visto que Dios realmente no existe, ¿por qué deberían la debilidad y la mansedumbre ser aplaudidas?”⁴⁶ Ésta es otra manera en que Nietzsche dice lo que afirmó Dostoyevski: “Si no hay ningún Dios, ¿todo es permitido!”⁴⁷ La conclusión de los seguidores de esta filosofía es la siguiente: “Si Dios existe, todo es su voluntad y de su voluntad yo no puedo escapar. Si Él no existe, todo es mi voluntad y estoy obligado a mostrar sólo mi voluntad.”⁴⁸

2. Los ateos crean la ética de la independencia moral

Esta es una consecuencia lógica del primer punto. La creencia en la inexistencia de Dios causa en el hombre el libertinaje moral. Nada es pecado porque no existen paradigmas fuera del propio hombre que exijan de él un patrón de comportamiento. Cuando no hay patrones objetivos o valores establecidos, los hombres crean los suyos propios. Para los ateos es una locura dar oídos sino sólo a sus propias reglas. El sueño de los ateos es librarse de Dios. La autonomía moral es el resultado de su ateísmo. Ellos piensan que si Dios existe,

⁴⁵ R.C. Sproul, *If There's a God, Why are there Atheists?* (Wheaton, III: Tyndale House Publishers, 1988), 131.

⁴⁶ Ibid., 132.

⁴⁷ Ibid.

⁴⁸ Paul Roubiczek, *Existentialism for and Against* (Cambridge: Cambridge University Press, 1964), 32.

ellos no pueden ser ley para sí mismos. Sólo la idea de la existencia de Dios, ya estorba el sueño de la autonomía o de la independencia moral.

3. *Los ateos se rinden culto a sí mismos*

Como no es posible constitucionalmente que los seres humanos se queden sin el fenómeno del “*sensus divinitatis*”, pues esto está impregnado en su alma, al no aceptar a alguien superior fuera de ellos, los ateos actúan como sus propios dioses, pues forman sus propias reglas y siguen sus propios dictámenes. Se postran delante de su propia autoridad.

4. *Los ateos caen en gran impiedad*

Cuando el hombre insensato dice en su corazón “No hay Dios”, porque no tiene ley, sirviendo de patrón para sí mismo, él cae en impiedad. Por esto en el Salmo 14:1 dice: “Se han corrompido, hacen obras abominables”. Cuando los ateos ignoran a alguien que es superior a ellos, cuando buscan independencia moral, cuando terminan rindiéndose culto a sí mismos, caen en una impiedad aún mayor. Su vida está llena de corrupción y practican abominación. El salmista dice que

Sal. 14:3 – “Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”.

Ellos pierden los escrúpulos y salen en busca de la lujuria, ya que no tienen que rendirle cuentas a nadie.

- El ateo no busca a Dios como regla de vida, como norma, como fin, como alegría, como una deuda que la criatura naturalmente tiene con su creador.
- El ateo no desea ninguna comunión con Dios.
- El ateo deposita su alegría en un objeto inferior; él prefiere cualquier otra cosa que no sea Dios y glorifica cualquier otra cosa fuera de Dios.
- El ateo no tiene deseo alguno de conocer a Dios; él ama su propia impureza en lugar de amar la santidad de Dios.

Todos los pecados están fundamentados en una especie de ateísmo secreto. El ateísmo es el espíritu de todo pecado. Todos los diluvios de impiedad en el mundo nacen en la cuna del ateísmo secreto.

La gran variedad de pecados en contra de la primera y la segunda tabla de la ley, las negligencias hacia Dios y las violencias contra los hombres, se derivan, en última instancia, de la frase dicha secretamente en el corazón: “No hay Dios” (Salmo 14:1). Es por ello que el versículo continúa, diciendo: “Se han corrompido, hacen obras abominables”.

f) Las consecuencias del Ateísmo Práctico

Todos los pecados están fundamentados en este ateísmo

A decir verdad, todos los pecados, en último análisis, nacen del ateísmo secreto de las personas. Generalmente el ateo práctico es un ateo secreto. Él nunca habla de su ateísmo. Su ateísmo está muy escondido. Sin embargo, cada pecado practicado por él en contra de la primera y la segunda tabla de la ley tiene relación con su olvido de Dios y el desprecio que siente hacia Él, en última instancia. Si el ateo práctico tuviera temor de Dios,

no practicaría el mal (Pr. 16:6b). Si él no niega a Dios con los labios, disfruta en su corazón el desprecio hacia Dios, pues no se cansa de imaginar cosas vanas y de maquinarse el mal. Por algún tiempo se le puede ver como a un creyente, mientras consigue esconder las intenciones de su corazón.

De hecho, la única manera de que el ateo práctico esconda su ateísmo, si no quiere ser reconocido como tal, es vivir de manera hipócrita. No obstante, no puede esconder su ateísmo por mucho tiempo. Ésta es la tónica del punto siguiente.

Sus actos niegan sus palabras

El testimonio de sus obras niega sus palabras. Ellos pueden hasta confesar que conocen a Dios, pero se contradicen por sus actos. Lo que Pablo dijo de los impuros se puede decir también de todos los ateos prácticos: “Profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados en cuanto a toda buena obra”(Tit. 1:16). Los impíos pueden incluso hacer profesión de su fe, pero tropiezan en lo que ellos mismos condenan. En este caso, de la abundancia del corazón no habla la boca, sino que sus obras hablan de lo que está dentro de su corazón, pues Pablo dice: “Todas las cosas son puras para los puros, mas para los corrompidos e incrédulos nada les es puro; pues hasta su mente y su conciencia están corrompidas” (Tit.1:15). A estas personas se les puede llamar, ateos prácticos.

Al final de cuentas, los ateos prácticos muestran su ateísmo secreto porque todas las cosas que están en el corazón del impío se ponen en evidencia a través de las obras, aunque la boca confiese lo contrario.

Todo pecado destruye la idea de Dios

Cuanto más el ateo práctico ignora a Dios o vive como si Él no existiera, más expulsa de su corazón la idea del verdadero Dios.

Todo pecado es una manera de maldecir a Dios en el corazón. El hombre intenta destruir y desterrar a Dios del corazón, no en la realidad, sino virtualmente; no en la intención consiente de cada pecador, sino en la naturaleza de cada pecado.⁴⁹

No hay nada que el ateo práctico desee más que desterrar la idea de Dios de su mente. Es contra la naturaleza del hombre hacer esto, pero no lo es en contra de su naturaleza pecaminosa. A pesar de que el ateo práctico no haga esto abiertamente, no obstante, este es el deseo continuo en lo más profundo de su corazón. Las Escrituras dicen acerca del impío que Dios vio “que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Gn. 6:5). Las Escrituras dicen que Dios se reveló a los hombres, desde el principio, a través de las cosas que fueron creadas y que desde el principio Él fue conocido de los hombres. Sin embargo, los hombres impíos, los ateos prácticos, rechazaron el modo en que Dios se dio a conocer. En lugar de tener los pensamientos de Dios en relación a sí mismos, suprimieron el conocimiento de Dios y cambiaron la verdad de Dios por su propia injusticia (lea Ro. 1:18-32). Por esto, Pablo dice: “ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos” (Ro. 1:25). Note, que ellos negaron la idea de Dios, que Él mismo les había dado en la creación y, sin poder negar su propia

⁴⁹ Charnock, *The Existence and the Attributes of God*, vol. 1, 93.

naturaleza, continuaron siendo seres adoradores. ¿Qué hicieron? Rindieron culto a la criatura en lugar de rendírselo al Creador. Desde la Caída, el intento de los seres humanos, según su naturaleza pecaminosa, es expulsar de sus mentes al Dios verdadero. Esto lo pueden conseguir, pero nunca podrán expulsar de ellos la idea de lo divino.

Todo pecado muestra a Dios como un ser tonto

¿Con qué base hago esta afirmación? Los seres humanos que son ateos prácticos desobedecen las leyes de Dios, realizan actos contrarios a ellas. Con certeza es porque piensan que sus leyes son mejores que las de Dios. En última instancia, ellos piensan que las leyes de Dios son tontas y que es absurdo tomarlas en cuenta.

La moral de los ateos prácticos, según ellos, es mejor que la de Dios. Si consideraran mejor la ley de Dios, la seguirían. A ellos no les falta inteligencia. Al contrario, su inteligencia es aguda, pero esto no es simplemente un asunto de inteligencia. Ellos tienen una indisposición real contra Dios y, consecuentemente, contra sus leyes. Por esto, desprecian lo que Dios hace y dice, prefiriendo lo que hacen y encontrando que son mejores y más inteligentes que Dios. Odian y consideran tonto especialmente al Dios de las Escrituras. Si lo consideraran inteligente, santo, sabio, poderoso, etc., no harían con sus leyes lo que hacen. En lo íntimo, ellos no creen en el Dios de las Escrituras, y por esto, desprecian sus leyes. Si no lo hallaran tonto, creerían en Él y obedecerían sus palabras.

g) Juicio contra el Ateísmo Práctico

El Ateísmo Práctico es peor que la idolatría

Es cierto que la idolatría se condena vehementemente en las Escrituras, ya que ella cambia la gloria de Dios incorruptible en semejanza de hombre corruptible (Ro. 1:23), pero por lo menos muestra que el individuo cree en algo que piensa que es superior a él. Él adora a la criatura, sin embargo, se coloca en una posición inferior.

Pero no es así con el ateo, pues ignora a un ser superior a él. El orgullo de su corazón le impide postrarse delante del Todopoderoso, muy a pesar de que no niegue su existencia. Él hasta consiente que Dios existe, pero lo ignora.

El Ateísmo Práctico es peor que el Ateísmo Teórico

Es mejor negar la existencia de Dios que negar sus perfecciones. Es menos malo pensar que Él no existe, que saber que existe e ignorarlo. Es menos malo no pensar nada con respecto a Dios que, existiendo Él, vivir como si no existiera. Es en este sentido que ellos “viven sin Dios en el mundo”. Es el desprecio de Dios, aún sabiendo que Él existe.

h) Advertencia contra el ateísmo que está en nosotros

Cuidémonos para que el ateísmo no se manifieste en nuestras actitudes interiores. Si hay alguna raíz de ateísmo en nuestros corazones, dudando de Dios, de su existencia y de su providencia, reprendámosla con la Palabra de Dios que está en nosotros. Oremos a Dios para que Él nos saque del corazón, todo sentimiento de ateísmo práctico.

¡Consideremos cuán triste es tener manifestaciones de ateísmo en el corazón! ¡Cuán ingratos somos cuando esto sucede!

Cuidémonos para que nuestro corazón no sea propicio en el surgimiento de cualquier duda sobre Dios. Leamos su Palabra, tengamos el deseo de conocerlo mejor, y comprobemos su bondadosa providencia en nuestra vida. No le demos lugar al diablo en nuestros pensamientos y evitemos las ideas impías.

La existencia de Dios no se niega sólo en el ateísmo, sea este teórico o práctico, sino también en otro movimiento que permeó la vida de la Iglesia desde el nacimiento del movimiento racionalista, es decir, en el deísmo.⁵⁰

LA NEGACIÓN DE LA EXISTENCIA DE DIOS EN EL DEÍSMO

Existen, sin embargo, los que niegan no la existencia de divinidades, sino la acción del Dios de la Biblia, negando lo que la Biblia afirma sobre Él. A ellos se les llama, deístas. Teóricamente, los deístas no niegan la existencia de Dios, sino dudan de su existencia, por la simple razón de que Él no se comunica con el universo creado. Por lo tanto, aún no negando abiertamente su existencia, niegan el ejercicio de sus actividades en el mundo. Ahora, sin su actividad, nada se puede saber de Él, si es que Él existe. Este es el pensamiento del deísta.

Un Dios Trascendente e Impersonal

El teísmo siempre ha creído en un Dios que es al mismo tiempo trascendente e inmanente, pero han existido, en la historia del pensamiento religioso, otros movimientos que huyen totalmente de este teísmo.

En contraste con el teísmo, el deísmo saca a Dios del mundo y afirma su transcendencia a expensas de su inmanencia. El deísmo es un sistema que rechaza toda especie de revelación divina. Dios no se comunica con los hombres. El mundo es como un reloj al cual Él dio cuerda y dejó funcionar. Los deístas, no obstante, creen en Dios, considerándolo sólo como una fuerza infinita, la causa de todos los fenómenos del universo. No hay ningún concepto que relacione a Dios con la criatura. Por lo tanto, Dios no es un ser personal. Ahora, si el deísmo niega lo esencial de Dios – su capacidad relacional –, niega su propio Ser.

Lo mínimo que se puede decir es que el deísmo niega al Dios trascendente e inmanente de las Escrituras, que al mismo tiempo que está por sobre todo el universo creado, se involucra relacionalmente con Él.

⁵⁰ El término “deísmo” viene de la palabra latina *deus*, que corresponde a la palabra griega *theós* = Dios. Este sistema reconoce que hay un Dios, pero niega cualquier tipo de relación de Él con el universo. Él creó el mundo, lo puso en movimiento, pero no tiene ninguna inferencia en él. Dios es el Creador, pero no el Sustentador del universo. El deísmo rechaza las Escrituras y la actuación sobrenatural y providencial de Dios en el mundo.

LA NEGACIÓN DE LA EXISTENCIA DE DIOS EN EL PANTEÍSMO

Un Dios Inmanente e Impersonal

El panteísmo caminó en dirección contraria. Éste enfatizó tanto la inmanencia de Dios al punto de identificar a Dios con el mundo, y de negarse a reconocerlo como Ser Divino personal, dotado de inteligencia y voluntad, distinto de su creación e infinitamente superior a ella.

Hay una enorme diferencia de concepto en el teísmo y en el panteísmo, con relación a Dios y a la naturaleza. Millard Erickson dice que:

En el teísmo, la naturaleza sin Dios es igual a nada, y Dios puede vivir perfectamente sin la naturaleza. En el panteísmo, la naturaleza sin Dios también no es nada, pero Dios sin la naturaleza no es nada, también. Dios no tiene un *status* de independencia en el panteísmo. La creación del teísmo no tiene lugar en el esquema panteísta, ya que, de acuerdo con el panteísmo, Dios no puede haber existido antes de la creación del orden natural.⁵¹

La existencia del verdadero Dios se niega claramente en el panteísmo. Dios no pasa de ser lo que reconocemos que Él creó. Él es confundido con la creación y su infinitud no va más allá de la infinitud del universo. Dios y el universo son una sola cosa. Para decirlo de otra manera, el universo es la extensión de Dios. Dios es uno solo en el pensamiento panteísta, pero Él pierde totalmente su característica personal, ya que no es separado, sino que es idéntico a la naturaleza. No existe relación entre Dios y el universo porque los dos son una misma cosa. Dios no piensa, no siente, no tiene voluntad. Es destituido de todas las propiedades de un ser personal. Creer en un Dios así es negar todo lo verdadero y absolutamente sagrado. Afirmar las cosas que los panteístas afirman es negar la existencia de la Divinidad y, especialmente, la del Dios verdadero.

LA NEGACIÓN DE LA EXISTENCIA DE DIOS EN EL POLITEÍSMO

Un Dios Finito y Personal

La idea de uno o más dioses finitos no es nueva; es tan antigua como el politeísmo o el henoteísmo (la creencia preferencial en un Dios, sin dejar de creer en los demás dioses).⁵² Todos los politeístas tienen la idea de un Dios personal, pero finito, ya que para ellos, existen varios dioses y estos no pueden ser todos infinitos, lo que sería una contradicción de términos. Aunque finitos, estos dioses pasan a ser personales, lo que distingue al politeísmo del panteísmo. Los dioses reciben nombres y poseen ciertos poderes personales, pero todos los poderes que tienen se los conceden aquellos que los imaginaron. Por consiguiente, los hombres, que son finitos, sólo pudieron atribuirle a los dioses, a gran escala, algunos poderes que ellos mismos poseían, a menor escala.

⁵¹ Erickson, *Christian Theology*, 303.

⁵² Berkhof, *Teología Sistemática*, 25.

Tanto los panteístas como los politeístas niegan la existencia del Dios de las Escrituras, que afirma categóricamente que no existen otros dioses fuera de Él. Aunque los henoteístas afirmen la existencia de un dios menor o preferencial, la tendencia siempre es la de negar al Dios de la Biblia.

CAPÍTULO 2

EL DIOS CONOCIBLE

En el primer capítulo consideramos la idea de la existencia de Dios. En este capítulo trataremos la posibilidad de que Dios sea conocido. Sin embargo, a pesar de este conocimiento posible, Dios no puede ser comprendido, como veremos en el próximo capítulo. Estas dos cosas son perfectamente plausibles, aunque aparentemente se contradigan. Decir que Dios es conocible significa que, aunque incomprensible, algún conocimiento de Él es posible, y este conocimiento puede crecer cada vez más, según la medida de la revelación divina y de nuestra relación con Él.

Las Escrituras nos revelan quién es el Dios verdadero, y nuestro conocimiento acerca de Él es básico para el conocimiento que tenemos de nosotros mismos, como veremos posteriormente.

1. LA AFIRMACIÓN DEL CONOCIMIENTO DEL DIOS DE LAS ESCRITURAS

EL CONOCIMIENTO DE DIOS PRESUPONE REVELACIÓN

El conocimiento de Dios presupone incuestionablemente el hecho de que Dios se revela. Es imposible algún conocimiento de Él sin que Él se revele. Si Dios no se revelara, por causa de su naturaleza infinita y majestuosa jamás podríamos tener algún conocimiento de Él. Él se despojó a sí mismo a fin de que los hombres pudieran conocerlo. Los seres humanos serían totalmente ignorantes de Dios si Él se enajenara. La mente humana, aunque tenga el *sensus divinitatis*, no puede concebir a Dios, a menos que Él se revele. Los seres humanos jamás podrían emitir concepto alguno sobre Dios si no fueran impactados por las obras de la naturaleza, que son una revelación silenciosa, o por la revelación verbal.

Dios creó a todos los hombres con la capacidad de conocerlo, pero se les tuvo que revelar de varias maneras. A fin de que los seres humanos pudieran conocer a Dios, éste no solamente les dio un conocimiento que está impreso en su propia constitución natural, sino también un conocimiento que viene a través de las obras de la creación, y de su conducción de la historia, además, del conocimiento que se deriva de la revelación especial, la revelación verbal, que está registrada en las Sagradas Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento.

Todo conocimiento que el hombre tiene, viene de afuera. No hay ningún conocimiento que sea inherente al ser humano. Por lo tanto, hay un sentido en que todo el conocimiento es adquirido. Solamente la capacidad de conocer es innata. No obstante, como veremos más adelante, el conocimiento de Dios en el hombre puede venir a través de la revelación general (que está más vinculada a lo que se llama tradicionalmente, *conocimiento innato*) y de la revelación verbal (que está más vinculada a lo que se llama tradicionalmente, *conocimiento adquirido*).

Conocimiento Innato

Este conocimiento tiene relación con el conocimiento *a priori* (el *semen religionis* y el *sensus divinitatis*, ya estudiados anteriormente), que no tiene nada que ver con la revelación verbal de Dios.

La palabra “innato” indica la procedencia del conocimiento, que es nuestra naturaleza. Nacemos con este conocimiento. Entre los protestantes escolásticos, este conocimiento se llama *cognitio insita* (conocimiento implantado)⁵³ que se vincula a lo que Calvino denomina *semen religionis*.

1. *El conocimiento innato de Dios es intuitivo, y no un producto elaborado por el alma humana*

Al conocimiento innato también se le llama “conocimiento intuitivo”, pues reposa en la aprehensión inmediata de las cosas, sin que exista un proceso de raciocinio de premisas y conclusiones. Todos nuestros sentidos son percepciones o intuiciones. Podemos aprehender inmediatamente muchas cosas, es decir, sin el uso de medios, pero nunca podemos expresar algún conocimiento de Dios sin su previa revelación. Cuando somos estimulados por las obras de la creación, todo nuestro conocimiento intuitivo aflora. Percibimos las verdades y las realidades con la convicción intuitiva. Podemos incluso sacar conclusiones erradas, por causa de la corrupción de nuestro ser interior, pero existe una cierta percepción de la verdad dentro de nosotros, producto del modo en como Dios nos hizo constitutivamente.

Este conocimiento no significa que el ser humano, al ser concebido, ya posee conceptos preformados sobre Dios. Este conocimiento se demuestra a medida que el ser humano se desarrolla mentalmente. Ningún bebé tiene un conocimiento conceptual de Dios, porque esto es imposible a su edad, pero cuando se desarrolla, es impactado por las cosas que lo confrontan y lo llevan a tener algún conocimiento de la Divinidad. Los conceptos tienen que ser desarrollados, pero el conocimiento potencial de Dios está en el ser humano, debido a la manera en como Dios lo creó.

2. *El conocimiento innato de Dios tiene que ver principalmente con la constitución de la mente humana*

Dios hizo al hombre de tal modo que es capaz de conocer a Dios, y este conocimiento resulta de la constitución de la mente humana, y no de sus otros sentidos. La idea de la divinidad está intuitivamente colocada en la mente del hombre. Este conocimiento no es producto de la observación o de la deducción en virtud de factores externos al ser humano. Hay ciertas verdades que la mente percibe inmediatamente, sin necesidad de la demostración lógica. El conocimiento innato tiene que ver con la constitución de la mente de modo que “ella percibe ciertas cosas como verdaderas sin la necesidad de prueba o instrucción”.⁵⁴ Este conocimiento puede ser desarrollado a medida que ocurre el desarrollo mental. Sin embargo, no nos olvidemos de que todo conocimiento de Dios presupone la revelación general. Éste no es producto del raciocinio de la mente.

⁵³ Richard A. Muller, *Dictionary of Latin and Greek Theological Terms* (Grand Rapids: Baker, 1986), 70.

⁵⁴ Charles Hodge, *Systematic Theology* (Grand Rapids: Eerdmans, 1981), vol. 1, 192.

Cuando Pablo escribe en Romanos 1:20, habla de los atributos de Dios como “siendo entendidos”, pero la expresión griega se relaciona con un conocimiento que es producto de la mente, sin que haya un proceso de raciocinio engañosamente elaborado. Este conocimiento es producto intuitivo de la mente en contacto con las obras de la creación.

W. G. T. Shedd dice que

Pablo describe la naturaleza de la percepción usando el participio *noumena* [“siendo entendidos”], que denota una intuición directa e inmediata de la razón. Los atributos invisibles de Dios, que no son objeto de los sentidos, y no pueden ser conocidos por ellos, son claramente vistos por la mente (*nous*), dice Pablo.⁵⁵

La percepción de los atributos de Dios siempre se vincula a la capacidad que Dios dio al hombre de conocerlo, pero nunca se disocia directamente con las obras de la naturaleza. La idea de la existencia de Dios está impresa en el alma humana, pero no los conceptos. Éstos son emitidos por la mente cuando el ser humano es expuesto al impacto de la naturaleza. Sin embargo, estas ideas sobre los atributos de Dios no necesitan ser analizadas, sino simplemente se despiertan en la mente cuando el ser humano es confrontado con las obras de la creación. “La razón es estimulada a actuar por los estímulos de los sentidos; pero cuando se estimula de esa manera, percibe por su propia operación las verdades y hechos que los propios sentidos no perciben”.⁵⁶ Este conocimiento de Dios tiene relación con la naturaleza de la mente humana.

3. *El conocimiento innato de Dios se prueba por las leyes morales que implantó en nuestro interior*

Las ideas morales que tenemos revelan al Santo Legislador que nos creó. Los conceptos morales básicos están impresos en nuestra alma. Cuando un niño es concebido, él ya los tiene en su alma, aunque no los pueda expresar ni formular antes de su desarrollo mental. Pablo dice claramente que aún los impíos, que nunca fueron confrontados con la revelación especial de Dios, tienen noción de las cosas morales y son juzgados por ellas.

Ro. 2.14-15 – “Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos”

Este conocimiento revela que los impíos tienen una noción de la Divinidad que está dentro de ellos, porque la conciencia de lo bueno y lo malo está intuitivamente grabada en ellos y los hace conscientes de su Creador. La conducta de los gentiles conforme a la ley es una muestra del conocimiento innato de Dios. Este conocimiento tiene que ver con la naturaleza moral del hombre.

En ambos casos, el conocimiento innato de Dios es un don divino. Éste viene desde nuestra concepción. Las ideas sobre Dios quedan latentes hasta que se vuelven patentes a través del contacto con las obras de la naturaleza que proclaman sin palabras la gloria de Dios. A medida que nuestra mente y otros sentidos se desarrollan, también se percibe un desarrollo de la demostración del conocimiento innato.

⁵⁵ W. G. T. Shedd, *Dogmatic Theology*, vol. 1, 198-99.

⁵⁶ *Ibid.*, 199.

4. *El conocimiento innato es espontáneo, pero no “conciente”*

La teología cristiana nunca ha enseñado el conocimiento innato como un conocimiento consciente de Dios con el cual la persona nace. Es un conocimiento implantado por Dios en el alma de los seres humanos. Este término se usa para decir que el conocimiento es espontáneo, y no el resultado de un proceso de raciocinio o de argumentación.

La conciencia del conocimiento viene con el crecimiento del ser humano con el pasar de los años. Un bebé pequeño, que posee el conocimiento innato, no lo posee, de manera consciente. Solamente después de crecer y ser expuesto a la revelación de la creación es que llega a tener conciencia de Dios.

5. *El conocimiento innato es conocimiento de respuesta*

Es importante que se recuerde que el conocimiento innato es algo más que simple potencialidad para conocer. Es una actividad que el hombre ejerce siempre que tiene contacto con la naturaleza. Este conocimiento es siempre producto de la revelación divina que ejerce influencia sobre la mente humana. Es la influencia externa de las obras de la naturaleza sobre la capacidad interna que Dios dio al hombre de conocerlo.

6. *El conocimiento innato favorece a la “teología natural”*

El conocimiento que el ser humano tiene de Dios no ocurre fuera de la revelación divina. Una vez que el hombre es expuesto a la revelación de la naturaleza, ya puede emitir algún tipo de idea sobre Dios, lo que habitualmente ha sido llamado “teología natural”. La teología que es producto, no del recibimiento de la revelación especial, sino de la contemplación de las obras de la naturaleza. Es bueno que se enfatice que no existe ninguna formulación de una teología natural sin el impacto de la revelación de las obras de la naturaleza. No es posible ninguna formulación de los conceptos sobre Dios sólo con el uso de la razón, sin que el ser humano sea expuesto al misterio de la revelación de la naturaleza. Lo que se llama regularmente “teología natural”, no es sólo el producto del raciocinio humano. Con el conocimiento que viene de nuestra constitución, que es implantado por Dios, podemos formular una teología natural.

7. *El conocimiento innato se corrompe por el pecado*

El conocimiento innato y la posibilidad de formulación de una teología natural tropiezan con el problema del pecado.

Hay un *semen religionis* implantado en el hombre, de forma que el hombre fue creado con la potencialidad de conocer a Dios por la naturaleza de su constitución, pero el pecado afectó a la totalidad del ser humano, incluyendo su mente. Este factor no puede ser olvidado. Los efectos noéticos del pecado, es decir, los efectos del pecado sobre la mente, se tienen que tomar en cuenta. Por esta razón, este conocimiento se corrompe por el pecado y el ser humano no puede percibir a Dios correctamente. Él observa las obras de la creación, pero el resultado no es satisfactorio, porque no consigue ver claramente al Creador más allá de las obras de la creación, en virtud de tener el corazón corrompido por el pecado. El texto de las Escrituras en Romanos 1:18 dice que, por causa de la impiedad y la perversión de los hombres, hay una supresión del conocimiento verdadero de Dios, “que detienen con injusticia la verdad”.

8. *Conocimiento responsabilizador*

El conocimiento innato de Dios, a pesar de haber sido afectado por la Caída, es un conocimiento que hace al hombre responsable delante de Dios. A pesar de todas las dificultades que el pecado causó al hombre, las Escrituras afirman que tuvo desde el principio de las cosas creadas, el conocimiento de Dios. No quiso el conocimiento que Dios le dio de sí mismo. Él cambió la verdad de Dios por mentira, pero no se puede negar que tuvo este conocimiento. Por esta razón, después de haber argumentado sobre este asunto, Pablo dice: “de modo que (los hombres) no tienen excusas. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido” (Ro. 1:20b-21). Por la actitud que tomaron delante del conocimiento de Dios, estos hombres tuvieron el juicio parcial de Dios sobre sus vidas, cuando fueron entregados a la inmundicia (Ro. 1:24). Este castigo ocurrió porque habían recibido un conocimiento que los hacía responsables delante de Dios.

9. *Conocimiento Universal*

Este conocimiento responsabilizador es universal; no se refiere sólo a los hombres del tiempo de Pablo. Todas las personas que son negligentes en la correcta adoración del Dios verdadero son culpables delante de Él. Todas las personas que están en contacto con las obras de la naturaleza, donde sea que estén, son impactadas por la revelación divina y, sin embargo, se mantienen rebeldes contra Dios. No hay ni una sola persona que esté fuera de la esfera de esta revelación.

Todos los seres humanos están bajo el gobierno moral de Dios, porque Dios implantó sus leyes en los corazones de todos ellos. Este conocimiento de Dios es intrínseco en todos los seres humanos. Todos poseen la noción de lo que es bueno y de lo que no lo es. Pablo menciona que “cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dándoles testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos” (Ro. 2:14-15). Nadie puede alegar no tener noción del gobierno moral de Dios, porque Dios les implantó una ley que les muestra que existe un Gobernador moral. Por lo tanto, todos los seres humanos son inexcusables si no rinden la honra debida al Creador.

Conocimiento Adquirido

Este conocimiento se relaciona con el conocimiento *a posteriori*, es decir, el conocimiento que viene después de la observación de la creación y de los eventos redentores demostrados en las Sagradas Escrituras. Son producto de la revelación verbal de Dios a los hombres.

El *conocimiento innato* y el *conocimiento adquirido* no están en oposición el uno con el otro, aunque haya distinción entre ellos. El conocimiento *innato* es inherente a la constitución del alma humana, mientras que el conocimiento *adquirido* se deriva o es producto de la observación, estudio o reflexión. Él es producto de la argumentación y del raciocinio, siempre con base en la revelación de Dios, particularmente la revelación especial. Este conocimiento se le llama técnicamente *cognitio Dei acquisita*.

1. *Conocimiento limitado*

Obviamente, todo conocimiento humano es limitado por causa de la propia naturaleza finita del hombre. No obstante, el conocimiento innato es aún más limitado, mientras que el conocimiento adquirido es más desarrollado y detallado, por causa del proceso de raciocinio, argumentación y reflexión. El conocimiento adquirido es también limitado, aún a pesar de las mejores investigaciones, porque Dios se reveló de manera limitada. Dios no reveló todo acerca de sí mismo. Y, aunque lo hiciera, el hombre jamás tendría condiciones de aprehenderlo. Las dos cosas se juntan para hacer el conocimiento limitado: la limitación humana y la limitación de la revelación divina.

2. *Conocimiento de reflexión*

Mientras en el conocimiento innato la mente está inactiva, sin la necesidad de raciocinio, en el conocimiento adquirido la mente está activa, produciendo formulaciones y conceptos sobre la Divinidad, como producto del impacto de la revelación. La reflexión es consciente y no tiene nada de intuitivo. El ser humano toma las nociones de Dios por medio de la contemplación de la revelación de la naturaleza y trabaja reflexivamente. El mismo proceso sucede con las informaciones que recibe de Dios en forma de palabras. Él las toma y formula conceptos sobre Dios. El resultado de esto se le denomina teología propiamente dicha. De ahí vienen los intentos de explicar el “cómo” y el “por qué” de todos los conceptos que el ser humano formula con respecto a Dios.

3. *Conocimiento de acomodación*

Dios se revela de acuerdo con la capacidad que Él mismo concedió al ser humano. Dios se acomoda a nuestra limitación y a nuestra naturaleza. Él no puede ser comprendido por nosotros debido a la finitud de nuestra mente y, por lo tanto, existe en nosotros la incapacidad de aprehenderlo completamente. Por esta razón, Calvino dice que Dios “se acomoda (*attemperat*) a nuestros patrones”.⁵⁷

Esta acomodación a nuestro conocimiento es necesaria por dos razones: primero, por causa de la gran distancia que hay entre el Creador y la criatura; en segundo lugar, por causa de la separación existente entre el Dios Santo y la humanidad pecadora. Son dos distancias de naturaleza diferente. La primera resulta de la naturaleza, la segunda resulta del pecado. Por esta razón, piensa Calvino, que Jesucristo es el enviado de Dios que cruza esta gran distancia entre el Creador y la criatura y rompe la barrera del pecado entre ambos, como Redentor divino-humano que es.⁵⁸

No obstante, es bueno recordar que, al cruzar esta gran distancia, Cristo no nos hace divinos. Cuando nos redime, Él elimina la gran distancia que el pecado produce, pero no nos arranca la distancia que la propia naturaleza nos dejó. Siempre seremos criaturas y siempre tendremos la revelación divina adecuada, acomodada a nuestra condición de criaturas.

⁵⁷ Calvino, *Commentary on Ezequiel* 9.3,4.

⁵⁸ Esta idea está en su *Institución*, 2.16.5.

4. *Conocimiento correlativo*

Como se dijo al principio de este capítulo, no existe la posibilidad de disociar el conocimiento de nosotros mismos del conocimiento que tenemos de Dios. Calvino dijo que “toda sabiduría que poseemos, la sabiduría verdadera y sana, consiste en dos cosas: el conocimiento de Dios y de nosotros mismos.”⁵⁹ Para él, no existe el conocimiento de Dios sin el conocimiento de nosotros mismos, ni el conocimiento de nosotros mismos sin que exista el conocimiento de Dios. Existe una interdependencia entre estos conocimientos. A fin de que nos conozcamos como realmente somos, es necesario que tengamos el conocimiento de quién es Dios. El conocimiento de su santidad nos hará ver lo que somos; el conocimiento de su bondad nos hará ver lo que debemos ser, y así sucesivamente. Por otro lado, a fin de que conozcamos a Dios tenemos que tener un conocimiento de nosotros mismos, pues reflejamos, en alguna medida, su imagen. No hay como escapar de esta imagen en nosotros, pues aún reflejamos, en alguna medida, lo que Él es. Sin embargo, este tipo de conocimiento de nosotros mismos nos lleva a ver cuan diferentes somos de Él, especialmente en la esfera moral y ética. Cuando miramos hacia nosotros mismos, vemos la distancia que existe entre Él y nosotros, distancia que es aumentada y agravada por nuestros pecados. En este caso, podemos aprender más por contraste que por semejanza.

De cualquier forma, estos dos conocimientos deben ser inseparables. Ellos son correlativos y necesarios para que tengamos una idea mejor sobre Dios.

2. LA NEGACIÓN DEL CONOCIMIENTO DEL DIOS DE LAS ESCRITURAS

Algunos niegan la posibilidad de conocer a Dios debido a las limitaciones de las facultades humanas del conocimiento. El principal argumento es que la mente humana es incapaz de conocer las cosas que están más allá de los fenómenos naturales, es decir, las cosas suprasensibles y divinas. Generalmente los deístas son partidarios de esta idea, porque niegan que Dios se revela o que interviene en el universo. Por consiguiente, el hombre no puede conocer ni concebir nada acerca de Dios.

Los que niegan la posibilidad de que Dios pueda ser conocido se llaman *agnósticos*. El agnosticismo es una doctrina filosófica que declara que el Absoluto es inalcanzable para el espíritu humano. No obstante, a los agnósticos no les gusta que les llamen ateos porque no niegan la existencia de Dios, sino que no saben si existe. Sin embargo, niegan categóricamente que Dios pueda ser conocido, o, si no son tan radicales, afirman que no se puede tener certeza de que el conocimiento que se obtiene de Dios corresponde a la verdad.

En última instancia, los agnósticos, aunque no les gusta ser llamados ateos, niegan la revelación divina y afirman, además de esto, que la mente humana tiene la imposibilidad de tener alguna idea de Dios. Dios es inaccesible para el espíritu humano.

Hume no negó la existencia de Dios, pero afirmó que no conocemos verdaderamente sus atributos. Todo lo que conocemos de Él no pasa de ser ideas antropomórficas. No podemos estar seguros de que lo que le atribuimos a Él corresponda a la verdad.

Kant estimuló tremendamente el pensamiento agnóstico, pues dividió el universo en dos esferas: la del *númeno* y la del *fenómeno*. Afirmó que la razón pura conoce sólo los fenómenos, lo que es visible, que es mensurable y detectable por la razón. Estas cosas están

⁵⁹ *Institución*, 1.1.1.

a nuestra vista o son palpables a nuestros sentidos. Además, el hombre no puede conocer. Las realidades fuera de la esfera de los fenómenos son imposibles de ser conocidas. Por lo tanto, visto que Dios está en la esfera que escapa a nuestros sentidos, que Él pertenece a la esfera del *númeno*, no puede ser observado por nuestros sentidos, ni conocido por la razón pura. De Dios no podemos tener ningún conocimiento. Kant no intentó probar que Dios no existe, sino concluyó que la existencia de Dios no puede ser probada, simplemente porque Él no puede ser conocido. Para Kant, ninguna prueba de la existencia de Dios puede ser considerada válida. Por lo tanto, además de que Dios nunca se revela, Él nunca será descubierto por la mente humana. En su libro *La Crítica de la Razón Pura*, Kant afirmó los límites de la razón humana. Es un problema epistemológico. Como supuestamente es un Ser puro, Dios no puede ser alcanzado por las mentes finitas, porque está fuera de nuestras sensaciones y percepciones.

Los agnósticos formularon algunas tesis para negar la posibilidad de que Dios sea conocido. Es bueno que se tenga en mente que todos estos argumentos son producidos por la negación de la idea de la revelación divina.

Tesis del argumento agnóstico:⁶⁰

1) El hombre sólo conoce por analogía

Los agnósticos afirman que nosotros conocemos sólo lo que guarda alguna analogía con nuestra naturaleza o experiencia.

Sin embargo, no es verdad que conocemos sólo lo que tiene analogía con nosotros. Podemos aprender también por contraste. Muchas veces son las diferencias las que nos llaman la atención.

No obstante, es bueno recordar que el hombre fue hecho a la imagen de Dios, y algunas de las semejanzas aún permanecen. Por lo tanto, existe la posibilidad de mirar los rasgos de la imagen de Dios que aún permanecen y se proyectan en el Ser Divino. Los escolásticos de la Edad Media enseñaron que Dios puede ser conocido por tres métodos racionales: *via negationis*, *via eminentiae* y *via causalitatis*.⁶¹ Pero, no podemos negar que esta manera de conocer a Dios no es la más aconsejable, porque siempre parte de abajo hacia arriba. La única manera de conocer a Dios no es por analogía o por contraste, sino confiar en su revelación.

2) El hombre realmente conoce lo que puede abarcar en su totalidad

El hombre no puede comprender a Dios porque éste es infinito. Si el conocimiento verdadero es solamente aquel que podemos tener de la totalidad del objeto conocido, entonces no conocemos nada, pues no conocemos exhaustivamente cosa alguna. Los hombres dijeron que conocían muchas cosas, pero hoy, después de todo el desarrollo tecnológico, comienzan a admitir que conocen muy poco.

Sin embargo, no podemos olvidarnos que el conocimiento parcial también es verdadero. Aunque nuestro conocimiento no sea exhaustivo, es, no obstante, verdadero, pues lo que conocemos de Dios viene de Él mismo. Podemos conocer algunas pocas cosas

⁶⁰ Berkhof, *Teología Sistemática*, 35.

⁶¹ *Ibid.*, 59-60.

de Dios, hasta donde Él se deja conocer, pero lo que conocemos de Él corresponde a la realidad, pues es información digna de confianza, que viene del propio objeto conocido.

3) *Todas las afirmaciones que se hacen de Dios son negativas y, por lo tanto, no proporcionan un conocimiento verdadero*

El Absoluto y el Infinito sólo pueden concebirse como negación de lo que es conocido, lo que significa que no podemos concebir ninguna cosa de Dios. Por cierto, el argumento agnóstico se basa en el argumento escolástico del conocimiento de los atributos de Dios llamado *via negationis*.

Aunque muchas cosas que sabemos de Dios sean a través de la negación, esto no significa que no haya ideas positivas con respecto a Dios. Cuando negamos en Dios todo lo que es malo o finito en nosotros, automáticamente estamos afirmando cosas positivas en Dios.

No obstante, nuevamente afirmamos que el cristiano no puede afirmarse en el argumento *via negationis* para afirmar las cualidades de Dios. El Dios del cristianismo es aquel que se desnuda, dejándose hallar por los seres humanos. Éste es otro modo de afirmar la suficiente revelación de Dios.

4) *Todo nuestro conocimiento está relacionado con el sujeto investigador*

En otras palabras, todo lo que proyectamos en Dios es el conocimiento que tenemos de nosotros mismos. Ciertamente, el argumento agnóstico nuevamente está relacionado al argumento *via causalitatis* usado por el escolasticismo para establecer los atributos de Dios. Este argumento afirma que partimos de los efectos que hay en el mundo a la idea de la primera causa.

Puede parecer interesante, pero nuestra idea de Dios puede ser muy subjetiva, y no corresponder a la verdad. Freud enseña, de modo general, que la idea de paternidad divina es la que tenemos en virtud de nuestra relación con nuestros padres. Ésta es una inversión de valores. Por lo tanto, si creemos que el conocimiento de alguna cosa sólo es válido cuando se relaciona con nosotros, difícilmente vamos a tener una idea de Dios que corresponda a la realidad, especialmente en la condición de pecado en que los seres humanos, incluso redimidos, aún viven. La crítica hecha por los agnósticos al conocimiento de Dios que los cristianos dicen tener es sólo una proyección de lo que ellos mismos son.

Pero no nos podemos olvidar de que somos reflejo de la creación, a la imagen de Dios, y proyectamos en Él lo que de Él recibimos. Sin embargo, volvemos a la tesis de que podemos tener un verdadero conocimiento de Dios solamente por la revelación.

CAPÍTULO 3

DIOS ES INCOMPREENSIBLE

Dios puede ser conocido, como vimos en el capítulo anterior, pero lo que nos intriga es que Dios, aún siendo conocido, no puede ser comprendido. En su esencia, Dios es incomprensible, aunque conozcamos muchas cosas que Él reveló de sí.

La incomprensibilidad de Dios es un misterio de la dogmática cristiana. Nuestro conocimiento de Él es limitado a las informaciones que de Él recibimos. En otras palabras, Dios puede ser conocido hasta donde Él se nos revela, pero no puede ser comprendido, porque la comprensión de su Ser interior involucra un conocimiento exhaustivo, y esto, obviamente, no es posible, por dos razones: 1) porque no nos dio a conocer todo lo que es; 2) porque no seríamos capaces de absorber todo lo que es, debido a nuestra finitud.

Todo el conocimiento de las doctrinas de la dogmática cristiana está, de alguna forma, relacionado a la doctrina del conocimiento de Dios. La doctrina de la cognoscibilidad de Dios es el punto de partida del conocimiento de todas las otras doctrinas. El estudio de la revelación de Dios, aunque no nos lleve a un entendimiento de Él, causa en nosotros un sentido de profunda reverencia y adoración. Cuanto más meditamos en la revelación divina, más sentimos admiración y respeto por Él. Por lo tanto, todo hombre debería ansiar el conocimiento de Dios, pues esto es lo que caracteriza la verdadera naturaleza del hombre, que no puede vivir ajeno a Dios y separado de Él. Agustín dijo con mucha precisión: “Yo deseo conocer a Dios y a mi propia alma. ¿Nada más? Nada”.⁶²

Sin embargo, aunque conociendo a Dios, no podemos comprender su Ser interior, pues su naturaleza es muy diferente a la nuestra y mucho más compleja. La pregunta que se puede hacer es: “¿Cómo es posible tener algún conocimiento de Dios y, aún Él, mantenerse incomprensible?” Sören Kierkegaard decía que “existe una distancia cualitativa e infinita entre Dios y los hombres...”⁶³ Esta distinción es de tal naturaleza que nos impide comprender al Dios de las Escrituras. Hay una enorme distancia entre los seres humanos y Dios, la distancia de lo finito a lo infinito, la distancia que existe entre el tiempo y la eternidad, entre la nada y el todo. No obstante, es necesario recordar que la noción de la gran distancia que existe entre el Creador y la criatura viene de la revelación que Dios hace de sí mismo. Nuestro conocimiento de Dios viene de nuestra propia investigación o capacidad inherente de conocerlo. Si Dios no se nos hubiera revelado de manera ordinaria (revelación general) y extraordinaria (revelación especial), no sabríamos que gran Dios tenemos y tampoco sabríamos de la distancia que hay entre Él y nosotros. Es a través de su revelación que Él se nos hace conocible y, al mismo tiempo, nos muestra su incomprensibilidad.

⁶² Citado por Bavink, *The Doctrine of God*, 14.

⁶³ Barth dice esto algunas veces en su Comentario a los Romanos.

1. BASE BÍBLICA DE LA INCOMPENSIBILIDAD DE DIOS

La incompensibilidad de Dios se deriva de ciertos textos de las Escrituras que tratan de algunos de sus atributos incompensicables, como su inmensidad y omnipresencia (1 R. 8:27). Sin embargo, la doctrina de su incompensibilidad se afirma claramente en textos como:

Job 26:14 – “He aquí, estas cosas son sólo los bordes de sus caminos; ¡Y cuán leve es el susurro que hemos oído de él! Pero el trueno de su poder, *¿quién lo puede comprender?*”

Veamos algunas verdades relativas a la incompensibilidad de Dios:

DIOS ES INCOMPENSIBLE POR LO QUE ES

Job 36:26 – “He aquí, Dios es grande, y nosotros no le conocemos, ni se puede seguir la huella de sus años.”

La naturaleza de Dios es infinitamente distinta a la nuestra, cuantitativa y cualitativamente. No hay en nosotros posibilidad de comprender aquello que está muy por encima de nosotros. No podemos comprender la grandeza de Dios, porque nuestro concepto de grandeza está ligado a la mensurabilidad. Dios no es mensurable espacial ni temporalmente. Él es infinito en su grandeza. Por esto, no podemos tener noción de su grandiosidad majestuosa. ¡Dios excede a nuestro entendimiento!

DIOS ES INCOMPENSIBLE POR LO QUE HACE

Job 37.5 – “Trueno Dios maravillosamente con su voz; él hace grandes cosas, que nosotros no entendemos”.

Los hechos de Dios incluyen las grandes cosas que no existían, pero que llegaron a existir por su palabra, como el universo creado y los seres vivos (Is. 41:4).

No solamente los atributos incompensicables (como autoexistencia, inmutabilidad, eternidad e infinidad) hacen a Dios incompensible para nosotros. Aún los atributos comunicables que más se cantan en la iglesia tienen una cierta dosis de incompensibilidad.

Vea lo que Pablo dice del amor de Dios, que es el atributo más deseado de todos los creyentes: “... y de conocer el amor de Cristo, que *excede a todo conocimiento*, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios” (Ef. 3:19). No podemos comprender cómo Dios ama, pues el modo en que ama es muy diferente al nuestro. La base de su amor está en Él mismo, y nunca en las razones que el objeto amado ofrece. Con nosotros pasa exactamente lo contrario y, por esto, lo que Él hace por nosotros se vuelve incompensible.

Vea aún lo que se dice de la paz de Dios, que es una de las cosas que más disfrutamos: “Y la paz de Dios, que *sobrepasa todo entendimiento*, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Fil. 4:7). Esta sensación maravillosa que viene de lo que Cristo hizo por nosotros va más allá de lo que podemos comprender. Dios es incompensible, en su profundidad y en todo lo que hace.

DIOS ES INCOMPREENSIBLE POR CAUSA DE SUS PROFUNDIDADES INSONDABLES

Las profundidades de Dios no pueden ser sondadas por nosotros. Los pensamientos de Dios están muy por encima de nuestros pensamientos y sus caminos son mucho más altos que nuestros caminos (Is. 55:8-9). Por esta razón, Pablo, después de exponer los misteriosos caminos del Señor en la soberana salvación de algunos, así como en la reprobación de otros, dice:

Ro. 11:33-34 – “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero?”

La mente de Dios es absolutamente insondable por la simple razón de que es infinita. Los filósofos llegaron a esta conclusión a través de su propia ignorancia en el intento de alcanzar a Dios, pero los apóstoles comprendieron esta verdad por la revelación de Dios mismo. Fue exactamente esta verdad que Pablo declaró en los versículos ya leídos. Después de tratar las doctrinas de la gracia en los capítulos anteriores, ¡la mente de Pablo se maravilla de la sabiduría insondable de Dios! En estos versículos Pablo se sobrecoge con las doctrinas de la gracia, que son incomprensibles porque están vinculadas a la mente y a la sabiduría inasequible de Dios. Esta sabiduría de Dios se presenta de múltiples formas (Ef. 3:9-11), y el ser humano queda sorprendido delante de ella, sin siquiera comprenderla. Las mentes más brillantes de este mundo encuentran un gran misterio en la mente sabia de Dios. Algunos enseñan que el pecado es la causa de este misterio con respecto a la mente de Dios. Personalmente, creo que el misterio crece por el pecado, porque este produce efectos noéticos (sobre la mente), pero nuestra finitud es la respuesta más correcta. Cuando estemos todos completamente redimidos, la mente de Dios aún será un misterio para nosotros. No seremos capaces de comprender a Dios después de consumarse la redención. Aún cuando la imagen de Dios sea totalmente restaurada en nosotros, aún así no comprenderemos a Dios. La negación de esta verdad equivale a la idea de que nos consideramos semejantes a Él, ¡esto nunca sucederá, ni siquiera en la gloria!

La manera en que Dios actúa en la historia del mundo también es incomprensible, no porque su modo de operar no sea razonable, sino porque nuestra mente es incapaz de alcanzar su raciocinio y acompañar su pensamiento. ¡El *modus operandi* de Dios escapa a nuestro entendimiento y esto nos maravilla! La razón del encantamiento está en la limitación de nuestro entendimiento en comparación con la profundidad de los juicios y de los caminos de Dios, ¡que son inescrutables!

Ningún hombre puede penetrar las profundidades de Dios. Éstas son conocidas solamente por el Espíritu de Dios ¡que escudriña todas las cosas! Isaías dice de manera inequívoca que su entendimiento no hay quien lo alcance (Is. 40:28). Sólo el Espíritu de Dios mismo puede sondear su interior. ¡Nadie más!

DIOS ES INCOMPREENSIBLE PORQUE ES INCOMPARABLE

Dios no es solamente infinito, sino también es absolutamente singular, ¡incomparable! Ningún ser creado puede ser igualado a Dios, o tener su propio raciocinio. Nadie tiene tantas condiciones como para ser el consejero de Dios o para decirle lo que tiene que hacer.

Dios mismo desafía a los seres humanos orgullosos y vanidosos a encontrar a alguien que pueda ser comparado a Él. Dios estaba por encima de cualquiera de los dioses imaginados por los hombres más sabios del mundo. Este fue el mensaje que Pablo intentó dejar a los intelectuales de su tiempo. Es acerca de este Dios insondable e inescrutable que les habló a los filósofos que andaban en busca de novedades en el Areópago de Atenas. El Dios que Pablo presentó era absolutamente independiente y no necesitaba absolutamente de nada (Hch. 17:24-25,28). Todos los dioses de los griegos fueron creados a la imagen y semejanza de los hombres, pero el Dios presentado por Pablo sobrepasaba a todos ellos juntos. ¡Él era inigualable!

En los versículos que vienen a continuación, Dios se ríe de la pequeñez de los hombres en comparación a su infinita grandeza y singularidad. Los reyes y las naciones son como gotas de agua o como polvo delante de la majestad divina (Is. 40:15).

El profeta Isaías deja registrado varias veces que Dios desafía a los hombres a encontrar a alguien semejante a Él, demostrando su desprecio por la soberbia de los hombres.

Is. 40:18, 25 – “¿A qué, pues, haréis semejante a Dios, o qué imagen le compondréis?... ¿A qué, pues, me haréis semejante o me comparéis? dice el Santo.”

Estas preguntas de Dios revelan la necedad y la soberbia de los hombres. Estos hacían imágenes de escultura, pensando que Dios podía ser comparado a ellas. Las imágenes estaban violando los dos primeros mandamientos ordenados por Moisés. Los contemporáneos de Isaías eran idólatras, y Dios siempre fue intolerante con esta depravación de la verdadera y única Divinidad. El Invisible no puede ser tratado como si fuera una criatura, con apariencia y con forma. Él es un ser eminentemente espiritual, infinito en su espiritualidad, y ¡esto lo distingue absolutamente de las otras criaturas! ¡Ninguno de los dioses creados por los paganos puede ser comparado a Dios porque Él es sin igual! No existe copia de Dios o alguien que se asemeje a Él. Después de hacer una apología de sí mismo, Dios hace a los hombres que miren a su alrededor y averigüen las grandes obras de la naturaleza, ¡para que vean quien estaba por detrás de toda aquella grandeza! Solamente alguien mayor que su propia naturaleza. ¡Éste es el Dios singular! (Is. 40:26).

Is. 46:5 – “¿A quién me asemejáis, y me igualáis, y me comparáis, para que seamos semejantes?”

Es algo totalmente absurdo hacer que lo infinito sea representado por la apariencia de una criatura. Es un intento de transformar la verdad en mentira. Dios no puede ser representado por nada, porque no hay nada que se compare a Él. Sólo lo igual puede representar. ¡Aquel que está por sobre toda criatura y por sobre toda la creación es inigualable! Lo finito no puede ser confrontado con lo infinito. Por lo tanto, nadie puede ser comparado con Dios, ¡porque nadie es semejante a Él!

Dios es absolutamente inigualable (Is. 44:6-8) y esto ¡lo hace incomprensible! Ningún otro ser es capaz de acercarse al único Dios y Señor de toda la tierra.

DIOS ES INCOMPENSIBLE POR ESTAR MÁS ALLÁ DE LOS LIMITES ESPACIALES Y TEMPORALES

Is. 40:12 - ¿Quién midió las aguas con el hueco de su mano y los cielos con su palmo, con tres dedos juntó el polvo de la tierra, y pesó los montes con balanza y con pesas los collados?

Él es tan grande que todo el universo, que es considerado como “infinito” por los estudiosos, cabe en la palma de sus manos, y todo es tan pequeño si se compara con el Creador.

La distancia entre el Creador y la criatura es aún más evidente, cuando Dios, a través del profeta Isaías, se compara con las naciones más poderosas, que son consideradas como absolutamente nada en su presencia. Observe el lenguaje del profeta: “He aquí que las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas le son estimadas; he aquí que hace desaparecer las islas como polvo” (Is. 40:15).

DIOS ES INCOMPENSIBLE PORQUE ES EL ÚNICO DIOS

Dios es absolutamente singular. Nada se compara a Él, como ya vimos anteriormente. Su singularidad lo distingue de todo lo que existe, y las palabras, sentimientos e imaginaciones humanas no pueden describirlo ni definirlo.

Ex. 20:2-3 – “Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí”.

Dios inicia sus mandamientos cortando toda posibilidad de que alguien que le haga competencia. Dios es único y no admite ningún otro ser que tome la gloria que le es debida. Por esta razón, nadie consigue entender los propósitos y el Ser interior de Dios. Su singularidad niega la posibilidad misma de ser conocido (si no se revelara), y ciertamente incluye su incomprensibilidad.

“Yo soy el Señor tu Dios” – Esto significa que no existe la posibilidad de que pertenezcamos a otro “dios” o que creamos en otro “dios” que nosotros mismos hacemos con nuestras propias manos. Porque el Dios único nos posee y, en pacto, se reveló a nosotros, y como celoso que es, no admite que otro “dios” pueda ocupar nuestro pensamiento. Sin embargo, a pesar de su actitud revelacional en el Monte Sinaí, Él permanece un *Deus absconditus*, como enseñaba Lutero. Aún estando delante del rostro de Dios, Moisés quería ver su esencia, pero éste le respondió que ningún hombre podría continuar viviendo si tuviera algún contacto con su carácter más glorioso, es decir, verlo en su esencia. Ningún otro “dios” o ser creado es semejante a Él. Por esto, este Dios único no puede ser comprendido.

Dt. 4:35, 39 – “A ti te fue mostrado, para que supieses que *Jehová es Dios*, y no hay otro fuera de él... Aprende pues, hoy, y reflexiona en tu corazón *que Jehová es Dios* arriba en el cielo y abajo en la tierra, y *no hay otro*”.

Después de mostrar todas sus maravillas a Moisés y al pueblo, Dios se acerca a Moisés y le dice las palabras expuestas arriba, y éste las transmite al pueblo, que había sido testigo ocular de los poderosos hechos del Señor. Por lo que Dios es y hace, los hombres pueden saber que solamente Él es Dios, pero sus actos y sus palabras no nos pueden dar un conocimiento que nos capacite para comprenderlo. Aunque el hombre llegue a meditar en su corazón sobre la divinidad de Jehová, y reconozca que solamente Él es Dios, su singularidad impide que tengamos comprensión de lo que Él es realmente.

1 S. 2:2 – “No hay Santo como Jehová; porque no hay ninguno fuera de ti, y no hay refugio como el Dios nuestro”.

En una oración llena de angustia, esperando que Dios la escuche y le dé un hijo, Ana apela a la singularidad de Dios. Todos los hombres temerosos de Dios dirían lo que Ana dijo en este versículo, pero todos aún quedarían sin entender los caminos de Dios y sus propósitos. Ellos nos son ocultos y, aún cuando revelados, permanecen sin ser comprendidos. Esta verdad hace al ser humano pequeño, o mejor dicho, es la sensación de pequeñez del hombre que lo hace un verdadero adorador como Ana lo fue. Dios es inescrutable en sus caminos y santo en todas sus obras; nuestra alma lo sabe muy bien y cada vez más ;se admira de su profundidad y de la inmensidad de sus pensamientos!

Is. 44:8 – “No temáis, ni os amedrentéis; ¿no te lo hice oír desde la antigüedad, y te lo dije? Luego vosotros sois mis testigos. No hay Dios sino yo. No hay Fuerte; no conozco ninguno”.

Los hombres siempre intentaron crear dioses para expresar su propia religiosidad, pero todos ellos son falsos. Cuando Pablo comparó a los dioses del Olimpo con el verdadero Dios, desafió a los griegos a creer en el Dios que hacía lo que los otros no podían hacer. Enseñó sobre el Dios creador, proveedor y redentor. Ningún dios creado por los hombres hace lo que Dios hace. Dios es singular no solamente en su esencia, sino también en lo que hace. Es único y, por lo tanto, ¡incomprensible! Sólo podemos comprender lo que tiene alguna semejanza con nosotros. Como somos infinitamente pequeños y Dios es el Dios único, no podemos saber nada de Él más allá de lo que Él nos reveló. Debido a su singularidad, por más que diga algo de sí, Él nunca nos dejará comprenderlo de modo que sepamos quién es realmente.

DIOS ES INCOMPRENSIBLE PORQUE ES INNOMINABLE

No hay ningún nombre que exprese todo lo que Dios es. Todos los nombres que la Escritura da a Dios no son suficientes para darnos una comprensión de Él. Su esencia no se puede descubrir por sus nombres. Dios posee una enorme variedad de nombres justamente porque cada uno de ellos refleja algo de lo que Él es. En la Escritura a Dios se le llama Maravilloso (Gn. 32:29 y Jue. 13:18; Pr. 30:3-4 e Is. 9:6), pero este nombre sólo nos da una idea que en la mente humana puede ser apenas un vislumbre. No obstante, su Ser más interior es innominable. Nada humano podría describir la Divinidad.

Dios es sin nombre porque todo lo que Él dice de sí mismo, aunque sea la verdad absoluta o corresponda a la realidad, no agota lo que es en su esencia. Por lo tanto, aún los nombres que la Escritura atribuye a Dios son insuficientes para explicar su naturaleza.

DIOS ES INCOMPREENSIBLE PORQUE ES INACCESIBLE

Pablo, el apóstol, dice que Dios habita en una esfera en la cual los hombres no pueden aproximarse. Escribiendo a Timoteo, Pablo dice que Dios “habita en luz inaccesible; a quién ninguno de los hombres ha visto ni puede ver”(1 Ti. 6:16). Ningún hombre puede aproximarse a Dios, aún en el estado de gloria que tenga en la consumación final de nuestra salvación. El Ser lleno de gloria, no puede ser confrontado ni visto por la criatura. Cualquier cosa que el hombre sepa de Él será siempre de manera mediata, es decir, por medio del Dios encarnado, Jesucristo. El contacto con la Luz será a través de la Lámpara. Nadie podrá ver la luz sin la lámpara (Ap. 21:23). Nadie conoce a Dios más allá de lo que Cristo Jesús reveló de Él. Juan confirmó la inaccesibilidad de Dios diciendo que “a Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Jn. 1:18). Sólo el Hijo de Dios tuvo condiciones, por causa de su naturaleza divina, de ver al Padre. Por esta razón, Juan afirma: “No que alguno haya visto al Padre, sino aquel que vino de Dios; éste ha visto al Padre” (Jn. 6:46). Por lo tanto, ninguna criatura puede penetrar los secretos de la Divinidad inaccesible, a quién todos deben honra y gloria.

2. LA INCOMPREENSIBILIDAD DE DIOS EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

EN LA IGLESIA DE LA PATRÍSTICA

En los primeros siglos de la iglesia cristiana, la doctrina de la incomprendibilidad de Dios se vinculó a la doctrina de su incognoscibilidad. Algunos exponentes de la patrística adoptaron una idea parecida al agnosticismo o a un semi-agnosticismo. La idea era: Dios no puede ser comprendido porque no es conocido adecuadamente. La revelación que Dios dio de sí mismo en la creación y en la redención no lo hacen comprensible. Por lo tanto, no existe un conocimiento adecuado de Dios que lleve a los seres humanos a su comprensión. Ninguna persona puede dar una definición sintética de Dios porque, ésta sólo es posible si tuviéramos un conocimiento exhaustivo de Él. Ninguna idea que viene del propio Dios nos da un conocimiento abarcado de Él, lo que nos lleva nuevamente a la imposibilidad de comprenderlo.

El apologista Justino Mártir llama a Dios inexpresable, sin posibilidad de movimiento, sin nombre. Las palabras Padre, Dios o Señor no son nombres reales, “sino apelaciones derivadas de sus funciones y de sus buenos actos”.⁶⁴

Ireneo también presenta la antítesis falsa y parcialmente gnóstica entre el Padre (que es escondido, invisible, incognoscible) y el Hijo (quien lo reveló).⁶⁵ Desde la patrística ha existido la tendencia de formular una imagen negativa de Dios. Por negativa, quiero decir

⁶⁴ Bavinck, *The Doctrine of God*, 21.

⁶⁵ Ibid., 21.

que los padres de la Iglesia siempre buscaron eliminar de Dios cualquier cosa perteneciente a la criatura, de tal forma que dijeron más acerca de lo que Dios *no es*, que de lo que sí es. Resumiendo este pensamiento, Atanasio dijo que “Dios es exaltado por sobre todos los seres y por sobre todo pensamiento humano”.⁶⁶ Con esta idea ciertamente todos los padres de la Iglesia concuerdan.

Para Agustín Dios es lo inefable. Nadie puede describirlo porque Él es incomprensible. Es por esto, que para Agustín y para todos los demás personajes de la patrística, “es más fácil decir lo que Él no es que lo que Él es”.⁶⁷ Nada en este mundo creado puede ayudarnos en la comprensión del Dios que tenemos. Él no es nada de lo que vemos, palpamos, sentimos o percibimos en la creación. Agustín dice que Dios es incomprensible y que Él necesita ser así, “porque Dios se piensa más de lo que se expresa, y es más real de lo que se piensa”.⁶⁸

Un poco más adelante en la historia de la Iglesia, Juan Escoto Eriúgena tuvo una idea aún más radical con respecto a la incomprensibilidad de Dios. Sus ideas se aproximan bastante a las del agnosticismo. El pseudo-Dionisio, el Aeropagita, enseñó que “no hay ningún concepto, expresión o palabra por la cual el Ser de Dios puede ser indicado”.⁶⁹ No se puede formar ningún concepto sobre Dios. Por lo tanto, no podemos decir si es unitario, infinito, trascendente, por sobre todas las cosas. Aún reconociendo que los nombres de Dios eran reveladores de cosas positivas sobre Dios, en esta época se creyó que estos nombres no revelaban nada de la esencia de Dios. Por consiguiente, los atributos de Dios no tenían nada que ver con lo que Él era esencialmente. Por esta razón, la teontología de esta época fue más negativa que positiva, pues esta última es solamente metafórica y figurativa, mientras que la primera excede a la segunda. La teología negativa es mejor que la positiva, porque niega en Dios todo lo que hay en nosotros, dándole una trascendencia mucho mayor. Para Eriúgena, por lo tanto, “sabemos solamente *que* Él existe, pero no sabemos *lo que* Él es”.⁷⁰ Este radicalismo dificultó mucho todo intento de admitir algún conocimiento de Dios, llevando posteriormente a la aceptación de una forma de deísmo.

EN LA IGLESIA DE LA EDAD MEDIA

En contraste entre Escoto Eriúgena y el Aeropagita, los teólogos del escolasticismo de la Edad Media hablaron de Dios de manera un poco más positiva que negativa. No obstante, aún así, continuaron con la teoría de la incognoscibilidad de Dios.

Conforme al pensamiento de Alberto Magno, Dios está por sobre cualquier pensamiento humano y no puede ser alcanzado por la mente humana. No hay ningún nombre que exprese su Ser porque es incomprensible e inexpressable.⁷¹

Tomás de Aquino admite algunos tipos de conocimiento de Dios (“visión inmediata de Dios”, “conocimiento de Dios por la fe” y “conocimiento de Dios por la razón”), pero ninguno de ellos nos puede dar una comprensión de Dios. Aquí en este mundo todo conocimiento de Dios es mediato. Por lo tanto, no podemos saber quién es Él realmente.

⁶⁶ Ibid.

⁶⁷ Ibid.

⁶⁸ Ibid., 22.

⁶⁹ Ibid., 22.

⁷⁰ Ibid., 23.

⁷¹ Ibid., 23.

Sólo podemos saber que Él “es la causa primera y más eminente de todas las cosas”. Por esta razón, en el raciocinio de Aquino, podemos partir de lo conocido a lo desconocido, o del efecto a la causa (*via causalitatis*), pero en verdad nunca llegaremos a Él, pues podemos sólo negar en Dios nuestras perfecciones (*via negationis*) o agregarle a Él lo que tenemos de bueno (*via emminenciae*). De cualquier forma, cualquier conocimiento que podemos tener de Él, en este raciocinio de Aquino, siempre parte de lo que el hombre descubre en sí y nunca en lo que Dios revela de sí mismo. La esencia de Dios siempre quedará desconocida, porque esta parte interior de su Ser nunca la ha revelado. Ningún nombre expresa la naturaleza interior de Dios, aquella que permanece exaltada y muy por sobre sus criaturas.

Al contrario del énfasis de Tomás de Aquino, Juan Duns Escoto trató tanto de los detalles del Ser Divino, de su existencia, nombres, personas y atributos, que pareció no dejar lugar para el pensamiento de la incomprensibilidad.

El nominalismo de Guillermo de Occam reaccionó al pensamiento de Duns Escoto. Occam dijo que “ni la esencia divina, ni las cualidades esenciales divinas, ni ninguna otra cosa que pertenezca a la verdadera naturaleza de Dios, ni ninguna otra cosa que en realidad sea Dios la podemos conocer en este mundo”.⁷²

Sin embargo, la posición de la iglesia de Roma fue posteriormente la de Tomás de Aquino. En el Concilio de Latrán, el Papa Inocencio III dijo: “Dios es inefable”, y esto quedó con el sello de la autoridad eclesiástica.⁷³

EN LA IGLESIA DE LA REFORMA

La teología de los reformadores no alteró significativamente a la teología vigente en la Edad Media, en cuando a este asunto. Lutero habló mucho de la distinción entre el *Deus absconditus* y el *Deus revelatus*. En Cristo, Dios se revela, pero el conocimiento que tenemos de Dios no hace que lo comprendamos. Al final de su vida, Lutero dio más énfasis al Dios revelado, que es la Palabra de Dios, Cristo. No obstante, en su teología, aunque revelado, Dios aún permanece escondido “lo que en su naturaleza y majestad es el Dios absoluto”.⁷⁴ Según el pensamiento de Lutero, en el cristianismo no hay ningún nombre para Dios. Dios no puede ser aprehendido de la naturaleza o de la historia, muy a pesar de que Dios se involucre con estas cosas. Aún en su revelación de la naturaleza permanece escondido y distante de los hombres. Posteriormente, en el desarrollo de la teología luterana, los teólogos no enfatizaron lo mismo que Lutero, pero aún así continuaron creyendo que es imposible dar una definición adecuada de Dios, pues Él escapa a los conceptos humanos. Si los conceptos humanos sobre Dios son correctos, éstos no aclaran la idea de la divinidad. Por consiguiente, Dios permanece incomprensible.

Con respecto a este asunto, los teólogos calvinistas no son muy diferentes a los luteranos. La diferencia de énfasis entre luteranos y calvinistas se refería a lo que pertenece a Dios y lo que pertenece a la criatura. Siguiendo la enseñanza de Zuinglio, especialmente con respecto a la presencia de Cristo en la Cena del Señor, los calvinistas aceptaron la tesis filosófica de que “lo finito no puede contener a lo infinito”. Con este pensamiento en

⁷² Ibid., 24.

⁷³ Ibid., 25.

⁷⁴ Ibid.

mente, los calvinistas creían que Dios no puede ser percibido por los hombres. Por lo tanto, no puede ser comprendido en su esencia. Aún los nombres de Dios y sus atributos no son suficientes para darnos una comprensión de Dios, porque lo que Él revela de sí mismo es sólo lo que tenemos la capacidad de comprender. Aunque los atributos revelados de Dios sean expresión real de lo que Él es, sin embargo, no nos explican la naturaleza y la esencia de Dios. Los atributos sólo nos muestran lo que Dios no es en su esencia y en su carácter. Toda su esencia, no obstante, es inefable, y al hombre no le es dado a conocer. Lo que Dios no reveló de sí, probablemente esté ligado a nuestra finitud, que no es capaz de absorber la esencia de la divinidad. Todos los calvinistas afirman que Dios no puede ser definido, que Él no tiene ningún nombre y “que es exaltado por sobre toda nuestra comprensión, nuestra imaginación y nuestro lenguaje”.⁷⁵

3. LECCIONES SOBRE LA INCOMPRENSIBILIDAD DE DIOS

DEBEMOS ADMIRAR A DIOS PORQUE ES INCOMPRENSIBLE

Su incomprendibilidad tiene relación con la distancia que existe entre nosotros y Él. Todos los dioses que los seres humanos crearon no eran más que una proyección de ellos mismos y de sus propias limitaciones. Nótese que en el panteón griego y romano no hay ningún Dios eterno, inmutable e inmenso como vemos en la religión cristiana. ¡La distinción que existe entre nosotros y Dios es muy grande! De ahí la razón de porque Él es incomprendible. ¡Por esto le debemos toda nuestra admiración! ¡Este Dios debe ser contemplado en toda su hermosura, belleza y grandiosidad! Ésta es una actividad que debemos realizar con mayor regularidad en nuestra vida devocional: contemplar con admiración la grandeza y superioridad de Dios.

DEBEMOS AMAR A DIOS PORQUE ES INCOMPRENSIBLE

A pesar de la gran distancia, Dios decidió bajar hasta nosotros en la persona de su Hijo, a fin de que pudiera establecer una relación de amor con nosotros. Él se compadeció de sus hijos y vino a su encuentro. Aún siendo infinitamente superior, y sin ser comprendido “descendió para ver la aflicción de su pueblo” (Ex. 3:7-9), librarlo de su situación de miseria. Aún siendo trascendente, es decir, alto sublime, inaccesible, Aquel que habita en la gloria, Él se compadeció de nosotros en nuestra flaqueza y desolación. Por ser un Dios así, debemos en gratitud amarlo, como respuesta a su gran amor y preocupación. No sólo debemos contemplarlo en su belleza y grandiosidad, sino también dedicar nuestro amor a Aquel que tanto nos ha amado.

⁷⁵ Ibid., 25.

CAPÍTULO 4

LOS NOMBRES DE DIOS

1. LA IMPORTANCIA DE LOS NOMBRES EN LA CULTURA SEMÍTICA

En los días y en la cultura en que vivimos, los nombres personales no son nada más que rótulos que nos hacen distintos a otras personas que conviven con nosotros. Los nombres de las personas no tienen nada que ver con lo que son o con lo que hacen. Algunas veces, los sobrenombres que se les dan a las personas son más significativos que sus nombres, pues dicen algo de lo que la persona es o hace. Aún así, la importancia de un sobrenombre en nuestro mundo occidental está muy lejos de la importancia atribuida a los nombres de las personas en el contexto del Medio Oriente, especialmente en Israel.

Como regla, los nombres que las personas reciben en las Escrituras vienen siempre acompañados de un significado específico relacionado con eventos especiales de su vida.

Dar nombres a las personas en los tiempos de la Biblia era un hecho muy significativo. Tenía mucho que ver con la experiencia de los propios padres y de lo que ellos querían que sus hijos fueran. Dar nombres a las personas era una gran responsabilidad – una especie de poder. Vemos un ejemplo de este poder cuando el oficial del rey Nabucodonozor cambió los nombres de Daniel y de sus tres amigos por Beltsasar, Sadrac, Mesac y Abed-nego. (Dn. 1:6-7).

Estas cosas se vuelven aún más claras cuando se trata de los nombres de Dios. Para algunas personas, los nombres que Dios tiene no significan nada más que simples designaciones del Ser Divino. Por causa de nuestra cultura occidental, no acostumbramos a prestar atención a la relación que hay entre los nombres de Dios y su carácter, su modo de actuar, y el significado de los nombres con respecto a la relación entre Dios y nosotros.

La gran diferencia entre los nombres de los hombres y los nombres de Dios es que éstos últimos fueron dados por el propio Dios. Dios reveló sus propios nombres a su pueblo. No fue su pueblo quien le dio sus nombres, como lo hacían con sus hijos. Es curioso notar que Dios mismo cambió los nombres de algunos de sus siervos, mostrando no solamente su autoridad sobre ellos, sino también la relación de sus nombres con los eventos sobrenaturales producidos por Dios en sus vidas. Véase los ejemplos del cambio de nombre de Abram por Abraham, de Sarai por Sara, de Jacob por Israel. Lo mismo se puede decir del nombre de Moisés y de otros tantos personajes en la vida del pueblo hebreo.

Hay varios ejemplos en las Escrituras donde simplemente se usa la palabra “nombre” refiriéndose a Dios, sin especificar a que nombre se refiere. Con esto podemos entender que la expresión “el nombre” es indicativa de un ser personal o de la totalidad del carácter de Dios.

2. LOS NOMBRES DE DIOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

ELOHIM = DIOS PODEROSO

Elohim es el plural de “*El*”, que significa “aquel que es fuerte”. Este nombre también se le atribuye a los falsos dioses, pero, cuando se refiere al Dios verdadero, es el plural de majestad, y puede ser un gran indicador de la idea de trinidad, cuando se entiende a la luz de otros textos, especialmente del Nuevo Testamento. Este nombre se usa especialmente cuando se trata de la soberanía divina, en el ejercicio de su obra creadora, o cuando opera poderosa y soberanamente en la salvación de Israel. (Gn. 1:1; Dt. 5:23; 8:15; Sal. 68:7; Is. 45:18; 54:5; Jer. 32:27).

Éste es el primer nombre que se le atribuye al Dios verdadero, que aparece en las Escrituras (Gn. 1:1). Enfatiza la idea majestuosa de Dios en un tono superlativo. *Elohim* es el nombre más usado y aparece más de 2.200 veces en el Antiguo Testamento.

Nombres compuestos con “EL”

Ya que el nombre “*El*” es genérico, aparece combinado frecuentemente con otros nombres para ayudar a Israel a distinguir al Dios verdadero de entre los falsos dioses de las religiones extrañas. Por lo tanto, hay varios nombres compuestos con “*El*” en el Antiguo Testamento. Seleccionamos sólo tres de los más importantes, por ser los más significativos y los que más aparecen.

El-Shaddai = “*Dios Todopoderoso*”

Curiosamente, esta designación es más propia del período patriarcal. Fue el nombre que Dios usó para revelarse a Abraham, y tiene mucha importancia pactual. Fue usado por primera vez en el establecimiento formal del pacto de Dios con Abraham (Gn. 17:1-2). El poder de este Dios indica su protección al pueblo del pacto. Dios prometió que guardaría y protegería a su pueblo, que debía adorarlo con exclusividad. En algunas ocasiones, el nombre *El-Shaddai* es usado por los patriarcas para recordar a sus oyentes las promesas de Dios hechas a Abraham y, así, proporcionarles ánimo y consuelo (Gn. 28:3; 43:14; 48:3).

Por lo tanto, el nombre *El-Shaddai* posee una importancia pactual. Dios es el Todopoderoso, y lleno de majestad, que se relaciona con su pueblo en términos de promesas que cumple fielmente. El nombre *El-Shaddai* indica el poder que Él tiene para cumplir todo lo que promete. Antes de revelarse con este *nombre* santo, cuando estaba por libertar al pueblo del cautiverio de Egipto, Dios también se presentó a Moisés como Aquel que es el Todopoderoso (*El-Shaddai*), el mismo Dios que se había revelado pactualmente a los patriarcas (Ex. 6:1-5). Fue bajo la majestad poderosa de *El-Shaddai* que Moisés anunció las plagas que vinieron sobre Egipto y que ocasionaron la liberación del pueblo.

No se sabe el origen de este nombre, pero él enfatiza las cualidades básicas de la Divinidad, que son la majestad y el poder. De cualquier modo, es común la idea de que este nombre muestra el poder absoluto de Dios, que permanece en lo alto corrigiendo y castigando a las naciones y salvando a su pueblo (Gn. 17:1; 28:3; 35:11; Sal. 91:1-2).

El Elyón = “*Dios Altísimo*”

Este nombre indica la fuerza, la soberanía y la supremacía de Dios. Como *El-Shaddai*, *El Elyón* enfatiza la majestad y el poder de Dios. Sin embargo, este término tiene más relación con Dios como el poseedor de todas las cosas. Dios es descrito como el “Altísimo”, Aquel que se eleva por sobre toda la creación o que reina absoluto sobre ella (Dt. 32:8; Sal. 9:2-8ss; Sal. 27; 47:2ss; 57:1ss).

Este nombre se menciona por primera vez en Génesis 14, cuando Abraham regresa de una batalla en la cual rescata a su sobrino Lot y recupera los bienes tomados por los enemigos (Gn. 14:18-24), para luego encontrarse con Melquisedec. Conocemos muy poco acerca de este sacerdote de *El Elyón*. Es mencionado sólo en el Salmo 110 y en la Carta a los Hebreos. Este sacerdote del Altísimo muestra que Dios es poseedor del cielo y de la tierra (Gn. 14:19), por lo tanto, el poseedor de todas las cosas. Abraham también creyó en esta verdad (Gn. 14:22) y esta creencia lo llevó a entender que debía dar el diezmo de sus bienes al Señor (Gn. 14:20), a través de Melquisedec.

El nombre *Elyón* también apareció, especialmente en los Salmos, como designativo de Dios, a medida que crecían las relaciones entre Dios y su pueblo. Esto podría indicar un aumento en la familiaridad entre Dios e Israel a medida que pasaba el tiempo.

El Olam = “*Dios Eterno*”

Hay solamente dos referencias a este nombre en el Antiguo Testamento (Gn. 21:33 e Is. 40:28). Este nombre indica la inmutabilidad y la constancia de Dios, y también se relaciona a la idea de su inagotabilidad. Además, indica que las consecuencias de su eternidad son sustanciales: Dios siempre fue lo que siempre será; nada se esconde de su vista. El *El Olam* dirige el mundo y los asuntos de las naciones, y nunca falla en sus propósitos. Permanece siempre el mismo. Isaías para consolar al pueblo de Dios basa su argumento en *El Olam*, diciendo: “¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno (*El Olam*) es Jehová, el cual creó los confines de la tierra? No desfallece, ni se fatiga con cansancio, y su entendimiento no hay quien lo alcance. Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas” (Is. 40:28-29). Este consuelo es perfectamente posible porque todo lo que el profeta habla está basado en un Dios que sigue siendo el mismo, cual Roca Eterna, siempre firme, invariable, que dura para siempre, en majestad y poder. Él es la fuerza infalible y la fuente de la fuerza eterna.

Lecciones que estos nombres nos entregan:

- Porque Dios es eterno (*El Olam*), conoce todas las cosas, controla todo y trabaja con todas las cosas como mejor le agrada. Nada se puede esconder de Él y nada está fuera de su dominio. Porque es eterno, Él vela por nosotros hoy, y tiene extrema preocupación por sus hijos. Cuando vemos la transitoriedad de todo, nos consolamos al mirar a Aquel que vive eternamente. Los días pasan, las naciones desaparecen y todo se desvanece, pero Dios sigue siendo el mismo.
- Porque Dios es el Altísimo (*El Elyón*), entendemos que es el poseedor de los cielos, de la tierra, y de nuestro destino, sea éste bueno o malo. Todo está en sus manos. Él posee y gobierna todas las cosas de forma que todos sus decretos se cumplen. Porque entendemos

que Dios es Altísimo, tenemos que darle gracias aún cuando Él nos contempla en pobreza y en días de angustia. Porque todo está en sus manos, hace lo que quiere con los hijos de los hombres.

- Porque Dios es Todopoderoso (*El Shaddai*), se nos revela pactualmente, en gracia y misericordia. Él aplica su poder no sólo en la condenación de los impíos, sino especialmente en la salvación de su pueblo. Porque Él es Todopoderoso, nos rescata de las tinieblas y nos lleva a la luz, del cautiverio de Satanás a la libertad en Cristo. El nombre *El Shaddai* siempre se asocia a la bondad salvadora de Dios, que se manifestó en los tiempos patriarcales en dulces promesas que aún hoy resuenan en la vida de su Iglesia. Todos los creyentes somos herederos de estas promesas que *El Shaddai* hizo a Abraham. Porque es Todopoderoso, podemos recurrir a Él en horas de gran necesidad, como lo hicieron nuestros antepasados en la fe. Dependemos y esperamos en *El Shaddai*, en nuestras luchas diarias.

ADONAI = DIOS GOBERNADOR

Este nombre significa “Señor, maestro, poseedor”. La palabra hebraica “*Adon*” también se refiere a los hombres que están en posición de autoridad, de señorío o de dominio. No obstante, este nombre se aplica de manera especial a Dios. Por esta razón, se le llama “Señor” en muchos textos de la Biblia.

La palabra *Adonai* da énfasis a la superioridad del Dios de Israel sobre los otros dioses. Es por esta razón que Moisés señala: “Porque *Jehová* vuestro Dios es Dios de dioses y Señor de señores, Dios grande, poderoso y temible...” (Dt. 10:17). Moisés describe a Dios como el Gobernador último de todas las cosas y como la autoridad máxima de todos los reinos. Este nombre indica que no hay nadie como Él en poder y gloria, y nadie puede desafiarlo. Todos los reinos de este mundo están sujetos a su autoridad suprema. Uno de los grandes pecados de Israel era la adoración a falsos dioses. Por esta razón, *Adon* no admite que su pueblo adore a otros dioses inventados por la imaginación humana, porque nadie puede ser dios como Él y, por lo tanto, digno de adoración y obediencia.

El texto de Dt. 10:12-22 es especial para enseñarnos los nombres de Dios. En todo el pasaje el autor usa de manera interesante los dos nombres del Señor. Él usa el nombre *Jehová* (traducido en otras versiones como “Señor”). De pronto, Moisés cambia a *Adon* (que también se traduce como “Señor”), cuando habla del “Señor de señores”. Estos nombres representan facetas diferentes del Ser Divino. Estos nombres no tienen exactamente el mismo significado, pero hay elementos en ambos que se sobreponen. Dios se dio a sí mismo estos nombres porque cada uno de ellos expresa un aspecto de su carácter. Estos dos nombres, *Jehová* y *Adon* no tienen significados absolutamente distintos, pero el nombre *Adon* da más énfasis a la idea de dominio o superioridad.

Cuando Moisés cambia el nombre divino *Jehová* por *Adon*, está queriendo enfatizar un punto muy importante: la nación que adora a otros dioses puede ser destruida. Cuando dice que “*Adon* es el Señor de señores”, él quiere decir que el Dios de Israel es superior a los dioses de las otras naciones, a los cuales algunos israelitas querían adorar, pudiendo, por esto, sufrir el castigo divino. Cuando el texto dice que *Adon* es el Señor de señores, no se está admitiendo la existencia de otros dioses, sino sólo da énfasis en que el Dios de Israel era mayor que cualquier otro dios que los hombres pudieran crear y adorar. El otro énfasis que da Moisés, es que si sólo el Señor es el Dios verdadero, el Gobernador de los otros

pueblos y superior a todas las otras autoridades, sólo Él debería recibir la obediencia y la adoración de su pueblo.

Lecciones que este nombre nos entrega

Adonai es el nombre del Dios gobernador, que es el Señor de señores. No es un nombre solamente del Dios de los antiguos; Él aún es el mismo Dios. Es importante recordar que Él aún continua siendo el gobernador de los pueblos, el Rey de reyes y Señor de señores. Cuando nos olvidamos de que Él es el mismo Dios, caeremos en idolatría, como lo hicieron los israelitas. Estos, algunas veces pensaron en recibir ayuda de otros dioses, idolatrándolos. Cuando un pueblo se olvida que Dios es *Adonai*, el Señor de señores, el gobernador de todas las cosas, desaparece de él, la verdadera adoración. Cuando un pueblo cae en idolatría es la señal de que dudó de que Dios es *Adonai*. Buscar socorro en otros dioses es señal de la falta de confianza en el Dios *Adonai*. Por esta razón, Moisés declaró al pueblo que Dios era el “Señor de señores”, el Poseedor supremo de todas las cosas.

Hoy en día, aún Dios gobierna las vidas de todos los seres. Esto significa que *Adonai* es la manifestación del gobierno absoluto, desde los poderes más altos a los más bajos del universo. Él supervisa los asuntos de los hombres, determina las circunstancias y los fines de cada acto de la historia, como *Adon* que es.

Si Dios es *Adon*, entonces le debemos toda nuestra adoración, admiración y respecto por ser ¡tan poderoso, altísimo y grandioso! Si Dios es *Adon*, debemos obedecerle y agradarlo en todo lo que hacemos, de la misma manera que son destruidos todos aquellos que se niegan a hacer estas cosas.

***JEHOVÁ* = DIOS REDENTOR**

Jehová es el nombre personal de Dios y, es el más usado en las Escrituras. Aparentemente, la raíz de este nombre tiene relación con el verbo “ser”, enfatizando la presencia y la existencia constantes de Dios.

Dios se reveló con este nombre a Moisés, en la zarza ardiente, mientras pastoreaba las ovejas de su suegro Jetro, diciendo ser el Dios de los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob (Ex. 3:1-4). *Jehová* es un nombre que revela el carácter redentor de Dios, que iba a liberar a los hebreos del cautiverio. Éste era el Dios de la promesa, que estaría con Moisés (el representante de Dios delante de Faraón y el representante del pueblo delante de Dios) y debería ser adorado en el Monte Sinaí (v. 12). En el v. 13 Moisés pregunta cual era el nombre del Dios con quién hablaba, y en el v. 14 Dios responde con el significado del Nombre, que más tarde pasaría a ser el nombre impronunciable, debido a su santidad. ¿Cómo podemos, entonces, saber que la expresión “Yo Soy” explica el significado del nombre *Jehová*? La respuesta está en el v. 15 – “Jehová, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. *Este es mi nombre para siempre*; con él se me recordará por todos los siglos”. Dios toma las cualidades que declara con respecto a sí mismo y las une a su santo nombre, un nombre que indica fidelidad, eterna presencia e interés redentor. Este Dios, que tiene este nombre eterno (*Jehová*), había enviado a Moisés para liberar al pueblo del cautiverio.

El nombre *Jehová* indica una eterna presencia en un contexto de redención, un Dios que cumple las promesas del pacto hecho con nuestros antepasados de la fe. Porque Dios es el YO SOY, el Dios siempre presente, sus promesas de salvación son eternas. Es el nombre que une a Dios con los hijos de Abraham. Este nombre enfatiza la relación infalible entre Dios y la descendencia de Abraham para siempre, porque es el eterno “Yo Soy”. Es bueno recordar que esta relación entre Dios y su pueblo es siempre de carácter redentor. ¡*Jehová* es el Dios de la liberación!

Nombres compuestos con Jehová

Hay muchos nombres compuestos con *Jehová* en el Antiguo Testamento. Sólo a modo de información, daremos algunos ejemplos que por sí explican quien es el Señor:

Jehová Yiré = “*El Señor proveerá*” (Gn. 22:14)

Este nombre enfatiza las provisiones de Dios para la vida de su pueblo. Éste es uno de los nombres más preciosos entre todos los nombres compuestos de las Escrituras. Abraham percibió este nombre de Dios cuando experimentó una gran provisión liberadora de Dios, al ser su hijo sustituido por el cordero, en el monte Moriah. ¡Moriah es el memorial de la intervención providencial divina! Los creyentes siempre son confortados cuando descubren ¡cuán proveedor es su Dios!

Jehová Mecedishken = “*El Señor que los santifica*” (Ex. 31:13)

El Señor no es solamente Aquel que separa a su pueblo para sí, sino también es el que lo santifica, es decir, lo limpia moral y espiritualmente (Lv. 20:8). Dios hace que todas las cosas que están relacionadas con Él o con su culto sean santificadas, es decir, separadas exclusivamente para su servicio, y que no haya en ellas nada impuro, porque todo lo que se relaciona con Él tiene que poseer sus características. ¡Por esto se dice que el Señor es santificador (Lv. 21:8,23; 22:15,16)!

Jehová Nisí = “*El Señor es mi bandera*” (Ex. 17:15)

Las banderas siempre identificaban la lealtad del alma de los hombres que se preparaban para defender a un país o a un reino. Cuando la bandera caía, el ejército era humillado. La bandera en el asta era señal de victoria. Este nombre enfatiza que Dios es el punto de referencia y, al mismo tiempo, el símbolo de victoria en las luchas de su pueblo (Ex. 17:15,16). *Jehová* es el Señor de las batallas y, la victoria es sólo de Él; nosotros somos exhortados a “pelear las guerras del Señor”, ¡luchando del lado de la justicia y de la decencia!

Jehová Rohi = “*El Señor es mi pastor*” (Sal. 23:1)

Este nombre presenta al Señor que tiene preocupación por sus ovejas, dándoles lo necesario para su subsistencia. Tal vez ésta sea la expresión más amada sobre Dios que se afirma en las Escrituras. Dios es la protección, el sustento y el refrigerio de su pueblo. Tanto el Padre como el Hijo se les llama “pastor” de su pueblo (Sal. 23:1 y 1 P. 2:25). Dios es el pastor cualitativamente: Él es el *Buen Pastor* (Jn. 10:11,14) y Él es el *Supremo Pastor* (1 P. 5:4). Como Dios es pastor de su pueblo, así los que son dotados con el don de pastor

deben servir al pueblo de Dios con el mismo interés y preocupación amorosa que Dios tiene para con nosotros.

Jehová Shalom = “*El Señor es paz*” (Jue. 6:24)

Este nombre retrata al Señor como la paz y el descanso de su pueblo. “Paz” aquí es más que la ausencia de beligerancia, sino es la armonía plena e identificada con el propio Dios (Ro. 15:33; 1 Ts. 5:23; He. 13:20). Él es el Dios de la paz, así como su Hijo es Príncipe de Paz y su Espíritu ¡es lo que genera en nosotros el fruto de la paz! La paz es la condición más deseada entre las naciones, dentro de una nación y en el corazón de los hombres. Por esta razón, el gran saludo de los hebreos era: “Paz sea contigo”.

Jehová Tsidkenu = “*El Señor nuestra justicia*” (Jer. 23:6)

Este nombre presenta al Señor como absolutamente recto por naturaleza, que no hace nada contra su constitución santa. Al mismo tiempo, Dios exige que los hombres vivan de manera recta y santa (Lv. 19:35,36). La palabra justicia, cuando se aplica a nosotros, tiene que ver con el andar conforme a la ley de Dios, y es sinónimo de rectitud.

Jehová Shamah = “*El Señor está aquí*” (Ez. 48:35)

Este nombre retrata la presencia constante del Señor en medio de su pueblo.

Jehová Elohim Israel = “*El Señor, Dios de Israel*”

Este es el nombre que distingue al Dios de Israel en contraste con los falsos dioses de las otras naciones (Jue. 5:3 e Is. 17:6).

Lecciones que estos nombres nos entregan

Cuando consideramos el nombre *Jehová*, estamos refiriéndonos al Dios revelador y ejecutor de la salvación, el Dios siempre presente porque es el Eterno, el YO SOY. Es también el Dios de las promesas y éstas se cumplen en las vidas de los herederos del pacto.

A cada momento de nuestra vida, somos objeto del amor redentor de *Jehová*. Él es el Dios salvador, rescatador, libertador y redentor. Todos estos nombres le son totalmente adecuados, pues es esto lo que el santo Nombre sugiere. Como en el tiempo de Moisés, Él desciende (Ex. 3:8-9) hasta nosotros, en Cristo Jesús, y se muestra lleno de compasión mediante su Espíritu Santo que opera en nosotros su salvación.

Este nombre muestra que Él viene en busca de esclavos del pecado que necesitan ser liberados. Él busca y salva al perdido, que es indigno y absolutamente culpable de sus pecados. *Jehová* es el nombre que sugiere que Dios viene en rescate de su pueblo, con quien mantiene para siempre una relación de amor.

3. NOMBRES DE DIOS EN EL NUEVO TESTAMENTO

Los nombres de Dios presentados en el Antiguo Testamento describían varias de las facetas o atributos de Dios. Estos indicaban su personalidad en variados matices. En este sentido, los nombres del Antiguo Testamento eran más ricos en significado que los

presentados en el Nuevo Testamento. La variedad de los nombres divinos es mucho más rica y abundante, especialmente cuando los nombres presentaban una forma compuesta.

En el Nuevo Testamento tenemos nombres más genéricos, que no indican la personalidad de Dios; son más títulos, que nombres propios y, algunos de ellos indican función antes que carácter.

THEÓS = DIOS

Ésta es la palabra griega que se traduce como “dios” sin que se refiera necesariamente al Dios de la Biblia. Todas las personas con algún tipo de autoridad eran llamadas “dioses” (Jn. 10:34). Sin embargo, esta palabra griega “*Theós*”, cuando se usa en las Escrituras con referencia al Dios verdadero, contiene la esencia de los nombres mencionados en el Antiguo Testamento, como *El*, *Adon* y *Jehová*, estudiados anteriormente. No obstante, esta esencia no se especifica por el nombre en sí.

El término griego “*Theós*” abarca mucho en su significado, como todas las connotaciones de los nombres de Dios usados en el Antiguo Testamento, pero esto necesita ser demostrado con otras palabras que dilucidan el contenido que los autores del Nuevo Testamento quisieron dar al término. La palabra “*Theós*” siempre tiene que ser acompañada de un calificativo.

Theós = Todopoderoso (El-Shaddai)

El contexto de algunos versículos muestran que la connotación de *Theós* es la de alguien Todopoderoso. Dios tiene la característica de *El-Shaddai* del Antiguo Testamento. La connotación de *poder* atribuido a Dios casi siempre está ligada a la salvación del pecador (analice los textos de 1 Co. 1:18-24; 15:20-28).

La victoria de Dios en la salvación de los pecadores y en la destrucción de los enemigos de su pueblo es demostración del poder de *Theós*, porque Él es el mismo *El-Shaddai* del Antiguo Testamento. Él tiene dominio sobre todas las cosas, incluyendo a las huestes espirituales de maldad, a quien vence escandalosamente. *Theós* es aquel que pone en sujeción todas las cosas, incluyendo al Hijo encarnado y exceptuando a su propia persona (1 Co. 15:18).

En el texto de 1 Corintios 15 aprendemos que *Theós* es el Dios con autoridad suprema para ejercer gobierno en su universo: Él es el *Theós* por sobre todos los dioses que los hombres puedan crear; Él gobierna sobre todos los principados y potestades. Por esto, es exaltado sobre todas las cosas y es honrado por el propio Hijo cuando éste le devuelve el reino, para que reine eternamente por sobre todo (1 Co. 15:24,27-28).

Theós = Redentor (Jehová)

Hay numerosas referencias a Dios como el Redentor de su pueblo. A pesar de que en un sentido su Hijo encarnado es el Redentor de los hombres, el Nuevo Testamento también aplica la connotación de redentor a Dios, y le llama Padre.

Lecciones que este nombre nos entrega

El nombre *Theós*, con el sentido redentor amoroso y soberano, es un soplo devastador para la teología arminiana que tiene problemas con este tipo de Dios. El arminianismo enseña que el hombre caído busca al Dios verdadero y que éste tiene habilidades para responder positivamente a la predicación del evangelio y que, en última instancia, es el responsable de su salvación. La teología arminiana no se fusiona con la enseñanza de Pablo ni con otros escritores bíblicos cuando tratan a Dios como salvador del pecado. Según la enseñanza de las Escrituras, la salvación del pecador es un asunto exclusivo de *Theós*. Su gran poder es ejercido principalmente en la redención del pecador de modo amorosamente soberano, venciendo las inclinaciones que los pecadores tienen contra Él. Para los que creen totalmente en las enseñanzas de las Escrituras, no hay lugar para la enseñanza arminiana sobre la salvación del pecador.

El nombre *Theós* con la connotación salvadora nos trae un gran alivio ya que todas las cosas referentes a nuestra salvación reposan en Él y de Él dependen. Confiadamente, podemos esperar en Él.

El texto de 1 Corintios 15:20-28 nos enseña dos cosas muy importantes sobre la historia de la salvación: una al comienzo de la misma y la otra en su final. Pablo nos enseña que la redención ya comenzó. Por lo tanto, estamos en medio del proceso en que *Theós* dio el reino a su Hijo para que reine sobre nosotros y sobre el mundo. Nosotros, los que creemos, ya fuimos vivificados por y con Cristo. No obstante, la vivificación es algo que está aún por suceder. La restauración del pecador ya comenzó, pero aún no ha terminado. Dios está limpiando nuestro ser interior, el corazón, pero nuestro ser exterior, el físico, lo limpiará sólo en el día final, cuando Cristo regrese. Todo es hecho y administrado por el *Theós* redentor. Nuestra redención física se producirá cuando sea vencido el último enemigo, la muerte (v.26). Entonces, todas las realidades redentoras serán consumadas. Esta verdad es altamente consoladora para todos los que aguardamos la venida de Jesucristo, el Hijo de *Theós*.

Por lo tanto, nada debe llamar tanto la atención del cristiano como el término de la redención que *Theós* hará de manera gloriosa, mostrando su gran poder, manifestándose como el *El-Shaddai*, para que todos los hombres vengan a su gloria y los cristianos tengan, finalmente, esta experiencia personal. Estos, y solamente estos, ¡verán la manifestación gloriosa y salvadora del reino de *Jehová* y de su Hijo Jesucristo!

Toda la historia, desde el comienzo hasta el fin, refleja el poder y la gloriosa redención de *Theós*. Él se manifestará triunfalmente y ¡toda rodilla se doblará delante de Jesús para que *Theós* sea glorificado!

KYRIOS = SEÑOR

Título atribuido al Padre

Después del nombre *Theós*, que aparece con mayor frecuencia en el Nuevo Testamento, el nombre de mayor importancia es *Kyrios* = Señor. La palabra *Kyrios* tiene relación con “aquel que legalmente posee poder”. *Theós* también recibe este título en el Nuevo Testamento. Éste acredita a *Theós*. Si relacionamos este título con los nombres de Dios en el Antiguo Testamento, comprobamos que tiene las mismas cualidades de *Adon* y

Jehová. Como *Adon*, *Kyrios* se asocia con la idea de señor, gobernador, poseedor. *Adon* es identificado en el Antiguo Testamento como el que gobierna todas las cosas y que posee un poder inigualable. Como *Jehová*, el título *Kyrios* se asocia con la idea de su presencia y de sus promesas consoladoras, aquel que está preocupado de su pueblo. De esta manera, el nombre *Kyrios* está asociado a estos dos nombres del Antiguo Testamento que tienen la noción de redentor.

Título atribuido al Hijo

El título *Kyrios* no es prerrogativa exclusiva de Dios, el Padre. Al Hijo de Dios también se le llama Señor. En el texto de Lucas 10, los discípulos llaman a Jesucristo, Señor (v.17). Jesús, como *Señor*, comparte con su Padre el poder de liberar a los hombres del dominio de los demonios (v.17). Es bueno recordar que Jesús fue enviado por el *Kyrios*, el Padre, y su poder no está vinculado sólo a su mesianidad, sino también al hecho de que es, en su totalidad, el reflejo exacto del Ser Divino ahora encarnado. Aquí se le llama Señor como Dios-hombre. Si Él no hubiera tenido el poder que tenía, jamás hubiera sido reconocido por sus discípulos como *Kyrios*.

El texto clásico de Filipenses 2 nos muestra el señorío de Jesucristo de forma incuestionable. Después de haber completado la obra de la redención de los pecadores, en la resurrección, Dios “lo exaltó hasta lo sumo”, dice Pablo (v.9). El resultado de esta exaltación es que el Hijo encarnado recibió un nombre que es sobre todo nombre (v.10). ¿Cuál es este nombre? Yo no creo que Pablo se esté refiriendo al nombre “Jesús”. Él ya tenía este nombre desde el momento en que se encarnó. El nombre que Él recibió de su Padre tiene que ver con la autoridad y la dignidad que pertenece al Redentor exaltado. Pablo apunta al título que Jesucristo recibió de su Padre. Y el título es *Kyrios*. ¿Cuál es el propósito de este nombre? “Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (v.10-11). Dios le dio este título al Redentor victorioso y lleva a que todos los seres humanos reconozcan este título. El señorío de Jesucristo es de carácter universal.

Todos se postran delante del *Kyrios*, el Hijo encarnado y exaltado, porque su autoridad vino de *Kyrios*, el Padre. Desde su exaltación en adelante, el Hijo ejerce el señorío del universo, lo que coincide con la tesis bíblico-reformada de que Jesucristo ya reina en el cielo y en la tierra. Él tiene el dominio legal sobre todo el universo y lo ejercerá hasta que la redención de los pecadores concluya, es decir, cuando entregue el reino al Dios y Padre (1 Co. 15:24).

Título atribuido al Espíritu Santo

La divinidad de una persona es la que la califica para este título. Como veremos más adelante, Dios es tripersonal y el Espíritu Santo es una de las personas de la Trinidad, recibiendo, por lo tanto, el título de Señor.

El texto más claro con respecto al señorío del Espíritu Santo está en 2 Corintios 3:17-18:

“Porque el *Señor es el Espíritu*; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por *el Espíritu del Señor*”.

En la esfera de la redención, la tercera persona de la Trinidad es Señor absoluto. Él es el administrador de la redención. Es curioso que en este texto la palabra *Kyrios* se atribuya al Hijo, de un modo inferencial, y al Espíritu Santo, de modo directo. La imagen a la que estamos siendo renovados es a la del Señor, el Hijo (que tiene nuestra misma naturaleza, la humana), y nuestra transformación a la imagen del Hijo es obra del Señor, el Espíritu Santo. Es maravilloso como las tres personas del Dios trino operan perfecta y armoniosamente, en especial en lo concerniente a nuestra redención.

Lecciones que este nombre nos entrega

En general el nombre Señor no es bienvenido, especialmente en una época como la nuestra, en la cual la idea de monarquía o de soberanía es absolutamente despreciada. El énfasis de las Escrituras no es en un gobierno injusto y sin caridad. Al contrario, el Señorío del Dios trino es altamente benéfico para los cristianos.

Título relacionado con la redención de los pecadores

En el Nuevo Testamento, la idea de *Kyrios* está íntimamente ligada a la idea de redención (como en *Adon* y *Jehová* en el Antiguo Testamento). Hay varias ilustraciones en el Nuevo Testamento, pero me voy a referir a sólo una de ellas, para justificar mi punto. Jesús estaba enseñando a sus discípulos acerca de la necesidad que todas las personas tienen de oír el evangelio, pero lo angustiaba la idea de que eran pocos los anunciadores de las Buenas Nuevas. Entonces, Él instó a sus discípulos a pedir por predicadores: “La mies a la verdad es mucha, mas los obreros pocos; por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies” (Lc. 10:2). A continuación, Jesús les da instrucciones sobre como ellos deberían comportarse en su misión (v.3-11). Después del regreso de los setenta discípulos, Jesús les corrige los enfoques erróneos de alegría que tenían con respecto a su trabajo (v.17-20). Entonces, Jesús levanta los ojos al cielo, con gran gozo, y da gracias a aquel que oculta la verdad a algunos y la revela a otros. En esta oración, Él llama a su Padre “*Señor del cielo y de la tierra*” (v.21). Jesús enseña a sus discípulos a rogar al “Señor de la mies” y, Él mismo llama a Dios “Señor del cielo y de la tierra”. Jesús no le pide a sus discípulos algo que Él mismo no haga. En el versículo 21, Jesús afirma delante de sus discípulos la autoridad que el *Kyrios* tiene sobre toda la creación y sobre la redención. Recuerde que esta palabra griega tiene el sentido de poder legal, autoridad de propietario o poseedor. Nadie está sobre Él. La redención de los pecadores es ejecutada por el *Kyrios* a través del Hijo encarnado, que también es *Kyrios*. Aquí percibimos la misma identidad de poder entre el Padre y el Hijo, pero éste último subordinado en función del primero. La subordinación es sólo de función en la esfera de la redención, no una subordinación de esencia.

En este texto de Lucas, el término *Kyrios* aparece con dos distinciones con relación al Padre: es Él quien envía a los obreros a la cosecha (v.2), y es Él quien revela sus verdades a algunos hombres, así como las esconde de otros (v.21). En el *Kyrios* está el poder para salvar a los hombres. Él es el que determina todo lo que respecta a su redención. En este pasaje, Dios Padre comparte con Dios Hijo encarnado el privilegio de la revelación

y de la redención de los pecadores. Sin embargo, no podemos olvidar que quien aplica esta redención es el Señor, el Espíritu Santo, que “nos transforma a la imagen de Cristo” (2 Co. 2:18).

Título relacionado con la victoria sobre el mal

El Señorío de Dios va a hacer que todo el mal sea vencido al final. Si Dios no fuera Señor, no tendría poder sobre el mal y este permanecería para siempre en el universo de los hombres.

Cuando Pablo dice en Filipenses 2 que “Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (v.11), él está afirmando que no habrá nadie que no esté sujeto a Jesucristo. Todos van a glorificar a Dios sujetándose a Cristo. Los que pertenecen a Dios se someterán a Cristo en obediencia y gratitud por lo que Él hizo por ellos; los que no pertenecen a Dios redentoramente, tendrán que rendir cuentas delante del poder majestuoso de Jesucristo. Ellos serán subyugados por el poder de Jesús, el *Kyrios*.

Además de los seres humanos, todos los seres celestiales rebeldes serán subyugados completamente por Dios. Su sujeción no será de obediencia voluntaria, sino una sujeción de seres inferiores en poder y dominio. Los demonios ya estaban atormentados con la presencia santa de Jesús mientras Él vivió en el estado de humillación entre los hombres (Mt. 8:28-29), pero, al final, cuando Jesús se manifieste con poder y gloria, todos ellos serán lanzados en la condenación (Ap. 20:10), siendo vencidos por la presencia del juicio del Señor de la gloria y de Aquel que está sentado en el trono.

La victoria del *Kyrios* sobre el mal es de gran consolación para los creyentes que ahora sufren y que aún sufrirán por causa del nombre de Jesucristo. Pablo consuela a estos creyentes, diciendo: “Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Ro. 8:18). Pablo está hablando de la renovación de todas las cosas que sucederá en el día final. Esta renovación incluye la victoria final y total sobre las huestes malignas.

Un día, el mal nunca más estará en el mundo de los hombres. Tanto los demonios como los seres humanos impíos serán expulsados de la faz de la tierra por el poder del *Kyrios*. Éste será glorificado tanto en la redención de su pueblo como en la extirpación del mal del mundo que Él transformará totalmente.

Título relacionado con nuestra condición de siervos

Si Dios es *Kyrios*, esto implica obligatoriamente que todos nosotros somos siervos. No existe la noción de Señor sin la consecuente noción de siervos. En el texto de Lucas 10, a Jesucristo se le llama Señor y, sus discípulos obviamente son los siervos que proclaman las Buenas Nuevas del reino. Los siervos realizan sus tarea de acuerdo con las órdenes de su Señor.

Por lo tanto, este nombre de Dios es responsabilizador, llevándonos a la necesidad de obediencia. Ésta se la debemos incuestionablemente a Él. Cuando los cristianos entienden que son siervos de Dios en Cristo, entonces, están listos para saber que la voluntad de Dios es prioridad en sus vidas. Como siervos que somos, luchemos para conocer más y más la voluntad de Dios a través de la lectura de su Palabra, para tener comunión con otros siervos y para ser serviciales los unos con los otros. Cuando hacemos estas cosas somos siervos obedientes. ¡Esto es lo que la iglesia necesita y lo que todos desesperadamente ansiamos!

PATER = PADRE

La palabra griega *Pater*, que significa Padre, es un título distintivo de Dios en el Nuevo Testamento. Sólo el Nuevo Testamento revela este aspecto de Dios tan amado por todos nosotros, los cristianos. Es verdad que a Dios se le llama Padre de la nación israelita en el Antiguo Testamento⁷⁶, pero la noción de la paternidad divina está explícita en el Nuevo Testamento por enseñanza directa de su Hijo Jesucristo. No obstante, esta enseñanza está explícita en el Nuevo Testamento e implícita en el Antiguo. El comportamiento de Dios como Padre en el Antiguo Testamento se recuerda en el Salmo 103:13, donde dice “como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen”, pero a Él no se le llama comúnmente Padre de sus hijos en el Antiguo Testamento, aunque se comporte como tal.

El uso que Jesús hace del nombre “Padre”

La Escritura llama a Dios “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef. 1:3). Esta paternidad, como veremos más adelante en el estudio sobre la Trinidad, refleja las relaciones intratrinitarias, especialmente en lo que concierne a nuestra redención. Jesús llama a Dios, Padre, en un sentido en que nadie más puede hacerlo. Considerando esto, Dios no es Padre de nadie más.

En Juan 5, Jesús sana al paralítico en el estanque de Betesda y, después del milagro, es interpelado por los judíos que lo perseguían por sanar en el día sábado. Entonces, Jesús responde haciendo uso del nombre “Padre” de una manera singular, que Juan registra con preciosos comentarios:

Jn. 5:17-18 – “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo. Por esto los judíos procuraban matarle, porque no solo quebrantaba el día de reposo (sábado), sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios”.

A través de su respuesta, Jesús dejó muy claro en los oídos de los judíos cual era la relación entre Él y Dios. Él no era simplemente un hombre como ellos, sino su relación era de alguien que poseía la misma esencia. El “Padre” era de Él como de ninguna otra persona, porque era una paternidad exclusiva, de naturaleza divina, sin igual. Y los judíos percibieron la diferencia de la paternidad de Dios con relación a Cristo en comparación con la paternidad común entre ellos. Esta filiación de Cristo con el Padre era algo mucho más profundo, pues lo dejaba al mismo nivel de igualdad con Dios. Jesús fue muy enfático en decir que Dios era su “Padre”, cosa que ningún judío se aventuraría a decir de sí, con relación a Dios. Jamás alguien se haría igual a Dios.

Para aumentar el odio de los judíos, Jesús aún se hizo igual al Padre al pretender hacer las mismas cosas que el Padre hacía (Jn. 5:19-22), además de afirmar con claridad que la honra que el Padre recibe, el Hijo debe también recibir (Jn. 5:23).

Por lo tanto, Dios es Padre de Jesucristo en una connotación totalmente diferente de la relación de Padre que Dios tiene con nosotros.

⁷⁶ Ex. 4:22; Dt. 32:5-6; Jer. 31:9; Os. 11:1; Mal. 2:10.

El uso que nosotros hacemos del nombre “Padre”

El nombre Padre, referido a Dios, es muy querido para nosotros. Es un nombre extremadamente cariñoso que nos trae mucho consuelo. Jesús nos enseñó a llamar a Dios “nuestro Padre”. Sin embargo, el uso que hacemos de este nombre no tiene la misma connotación que tiene para Jesús. Para Él es un asunto de esencia, pues el Hijo es de la misma naturaleza del Padre. Es único el uso que Jesucristo hace de este nombre, pues Dios es nuestro Padre en una connotación muy diferente. Gracias a nuestra salvación es que podemos llamar a Dios, Padre. En amor, Dios nos adoptó como sus hijos. No obstante, Jesús insistió en decir que Dios era “mi Padre y vuestro Padre”.

Uno de los mejores textos sobre esta materia está en Gálatas 4:1-7. En este texto, Pablo habla con respecto a la obra redentora de Cristo Jesús, que siendo el unigénito de Dios, murió bajo la ley para rescatar a los que estaban bajo la esclavitud y, como consecuencia, también bajo la maldición de la ley, a fin de que recibieran la adopción de hijos (v.1-5). La ley de Dios representa su patrón de justicia y tendría que ser cumplida. Por consiguiente, Cristo nos substituyó, pagando todo el castigo de la ley, a fin de rescatarnos del yugo de la ley, en la condición de esclavos (v.7), y colocarnos en la posición honrosa de hijos de Dios. Por lo tanto, Pablo usa dos expresiones para “padre”, una griega (*Pater*) y la otra aramea (*Abba*). Estas expresiones, usadas por Pablo, tienen una connotación de ternura, docilidad y proximidad de un padre con sus hijos. En estos versículos, el apóstol enseña que entramos en el estado de filiación por la obra de Cristo, que nos asegura el recibimiento del Espíritu del Hijo. Este Espíritu es el que nos hace clamar *Abba* de manera tan tierna y bondadosa (v.6). Como consecuencia de esta filiación, Dios nos hace sus herederos (v.7), haciéndonos participantes de todas las cosas que un Padre lleno de ternura, concede a sus hijos.

Lecciones que este nombre nos entrega

La primera aplicación de los textos analizados más arriba tiene que ver con la actitud de Jesucristo hacia su Padre, frente a lo que Él hacía, como Dios-hombre que era. Aunque Cristo fuera Dios y habiendo hecho todo lo que hizo (incluso la cura del paralítico de Juan 5) por causa de su propia divinidad, Él atribuyó todas las cosas que hizo a su Padre, porque era sumiso a Él. El poder era de Jesucristo, pero Él supo colocarse en el debido lugar. Él atribuyó la gloria de todas las cosas que hizo al Padre. ¡Qué actitud de Hijo delante de su Padre! Cuan diferentes han sido los pretendidos hacedores de milagros hoy en día, que proclaman su propio poder y se dejan invadir por una gran dosis de personalismo, al punto de dar órdenes al propio Dios y exigir la liberación y la cura de las personas. ¡Que diferencia de actitud! Quien no necesitaba tener dependencia, pues era “Dios con nosotros”, la tuvo; y aquellos que necesitan mostrar dependencia, ¡no la muestran!

Otra aplicación de los textos de más arriba, especialmente la de Juan 5, apunta a la relación entre Dios, el Padre, y Dios, el Hijo. Es posible perfectamente decir que la relación entre ellos sirve como ejemplo a los padres terrenales y a sus hijos. Había plena armonía entre ambos, pues ellos son de la misma esencia numérica (son *un* sólo Dios). Los padres terrenales y sus hijos que son cristianos, aunque no sean de la misma esencia numérica (pues son individuos distintos), son de la misma naturaleza humana; y ésta, aunque

pecaminosa, sin embargo, redimida por Cristo. Dichos padres e hijos deberían seguir el ejemplo de la relación entre el Padre y el Hijo.

Los hijos deberían obedecer a sus padres, como Jesús obedeció a su Padre. El amor de los hijos a los padres no elimina su deber de obedecer. De hecho, porque aman es que obedecen. También los padres, por el hecho de amar a sus hijos, no deberían prescindir de su obediencia. La relación de un Padre sabio con su Hijo obediente, reafirmo, es el patrón para los hogares de los cristianos, hijos adoptivos del Padre Celestial.

El hecho es que Dios es nuestro Padre produce un gran cambio en nuestro *status*. De esclavos pasamos a ser hijos (Gal. 4:7). La pena que debería caer sobre nosotros fue retirada y, por el hecho de ser adoptados como hijos, nunca más pagaremos cosa alguna, porque Jesús, el Hijo unigénito, pagó todo, además de darnos el derecho de ser coherederos de Dios con Él.

Poder llamar a Dios “Padre” significa que Él restableció la relación rota que había entre Él y nosotros. Ahora somos tratados como si nunca hubiéramos pecado contra Él, por causa de Cristo. Somos colaboradores en la gran familia de los redimidos. Por lo tanto, cuando llamamos a Dios “Padre” estamos diciendo que Dios fue benevolente para con nosotros, y que sus ojos bondadosos están sobre sus hijos. Ahora podemos orar a Él y pedirle las cosas que tanto necesitamos.

“Padre” es el nombre más confortable y dulce para nosotros, sus hijos. De todos los grandes, excelentes y gloriosos nombres de Dios, “Padre” es el que más nos toca íntimamente y más estimado es a nuestro corazón. Tener a Dios como Padre significa que estamos protegidos y guardados en su amor. Como acto reflejo de gratitud, todos sus hijos deberían amar a su Padre Celestial. La mejor forma de hacer esto es imitar al Hijo Unigénito, teniendo los mismos sentimientos que Él tuvo para con su Padre, siéndole obediente en todas las cosas.

CAPÍTULO 5

LA TRINIDAD DE DIOS

Un capítulo sobre la Trinidad es extremadamente esencial para el estudio del Dios de las Escrituras. Esta materia, que es propio del cristianismo, siempre ha sido motivo de ataques por parte de otras religiones por causa de las grandes dificultades que presenta. Éste es uno de los mayores misterios de la fe cristiana. Sin embargo, a pesar de ser un asunto de difícil comprensión, justamente porque excede a nuestro entendimiento, merece ser estudiado, porque las Escrituras nos proveen datos importantes y algunos de sus textos dan muestra inequívoca de la existencia de tres personas en un solo Ser. Este capítulo no promete resolver todos los problemas relativos a la Trinidad, pero se esfuerza en analizar la mayoría de los datos bíblicos que, de una manera u otra, tratan del Dios que subsiste en tres personas de forma que, al contrario de ver un triteísmo, podemos ver una sola unidad. Por esta razón, trataremos en este capítulo de la Trinidad de Dios.

No obstante, antes de tratar de las tres personas que subsisten en una sola, tenemos que enfrentar el problema de la personalidad de Dios y del problema mayor que es su tripersonalidad.

1. EL PROBLEMA DE LA PERSONALIDAD DIVINA

Tanto el panteísmo clásico como sus formas modernas (como lo es, el movimiento de la Nueva Era) afirman que Dios es una “fuerza”, la “base de todos los seres” o incluso una especie de “conciencia planetaria”. Por causa de la influencia de las religiones orientales en el mundo occidental, el misticismo panteísta ha invadido algunos sectores de la iglesia cristiana. Dave Hunt describe el movimiento de la Nueva Era como “una nueva apertura de una persona hacia otra, hacia nosotros mismos, hacia la naturaleza, hacia una “Fuerza” universal que penetra la totalidad del cosmos – que produce un despertar de poderes inimaginados por la mente”.⁷⁷ Este panteísmo oriental ha enseñado que la materia o sustancia es Dios, que todo es Dios, descartando cualquier idea de la existencia de personalidad en Él. A Dios se le identifica con la naturaleza, sin ser independiente o separado de ella. Él es simplemente una fuerza inconsciente que opera en el mundo y que es una extensión del mismo. Un ejemplo de este panteísmo es la idea de que “Dios es amor y el amor es Dios”. La primera parte es correcta, porque las Escrituras lo afirman, pero la segunda parte es incorrecta porque hace a Dios un principio impersonal que está disperso por el mundo.

Contra estas concepciones panteístas impersonales de Dios, la fe cristiana tiene que fortalecer la creencia de la personalidad divina. Dios no es una fuerza impersonal, sino un ser personalizado que, de modo absolutamente singular, existe tripersonalmente.

⁷⁷ Dave Hunt, *Peace, Prosperity and the Coming Holocaust* (Eugene, Oregon: Harvest House, 1983), 62.

No solamente el panteísmo, sino también el deísmo ha negado la personalidad de Dios en lo que respecta a su aspecto relacional. Dios está distante del mundo que creó. No tiene ninguna intervención en el mundo al cual dio cuerda y puso a funcionar. Por lo tanto, si Dios es personal para algunos deístas, no podemos saber nada de su persona, porque no existe ninguna relación entre Él y nosotros.

Contra estas ideas panteístas y deístas el cristianismo tiene que luchar, pues una de las mayores características de Dios es el hecho de que Él se involucra con la creación y, principalmente con la gloria de la creación, que son los hombres creados a su imagen y semejanza.

CARACTERÍSTICAS DE UNA PERSONALIDAD

Nosotros no podemos dar aquí una definición exhaustiva de personalidad, pero podemos señalar algunas características de la personalidad en general, que se aplican perfectamente a Dios.

Veamos este asunto de una manera más sistemática. Estudiando los atributos de Dios, podemos percibir que Dios es un Ser eminentemente espiritual. Una de las características de un ser espiritual es su personalidad. Dios no es sólo un Ser personal, sino también es tripersonal. No obstante, hay cuatro cosas muy importantes que caracterizan a la personalidad divina, pero que no son exclusivas de la misma: autoconciencia, inteligencia, autodeterminación y afectos.

Una personalidad posee autoconciencia

Autoconciencia es la capacidad que una persona tiene de estar consciente de su propia identidad, de saber quien es. Es más que simple conciencia. Un animal puede tener conciencia, es decir, tiene conciencia de las cosas que están a su alrededor, pero no tiene conciencia de sí mismo, es decir, autoconciencia. Ésta la tiene solamente un ser personal. Cuando Moisés recibió la orden de ir a Egipto para liberar al pueblo de la esclavitud, le preguntó a Dios: “He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿Qué les responderé? Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY... Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros.” (Ex. 3:13-14). Esta respuesta divina muestra de manera inequívoca su gran autoconciencia.

Todos los espíritus racionales, entre los que se cuentan a ángeles y hombres, tienen la capacidad de saber de la existencia de las cosas y, principalmente, de su propia existencia. Toda conciencia implica una dualidad de sujeto y objeto: un sujeto para conocer y un objeto para ser conocido. Si hay un sujeto, pero no objeto, la conciencia es imposible. No existe conciencia a parte de algo que ha de ser conocido. El hecho de estar absolutamente solo es fatal para la idea de conciencia. Nadie puede estar consciente de algo, si este algo no existe.

Hay una distinción importante entre conciencia y autoconciencia. En la conciencia, el objeto es una cosa diferente, o bien, un ser que existe además del sujeto. El objeto de conocimiento es distinto del sujeto. Sin embargo, en la autoconciencia, el objeto de conocimiento es de la misma sustancia que el sujeto.

La autoconciencia es mucho más compleja que la conciencia. Ésta última, tanto en el hombre como en el animal, es comparativamente clara y explicable. Cuando observamos un objeto que no somos nosotros mismos, como un árbol o el firmamento, no es muy difícil de comprender. Conocer algo fuera de nosotros es mucho más fácil que el conocimiento de nosotros mismos. La auto-inspección es mucho más difícil que la inspección de algo externo a nosotros. En el acto de la auto-inspección, no existe la realidad objetiva que podemos contemplar.

En el acto de la autoconciencia es la misma alma individual que percibe y es percibida. No hay diferencia entre el investigador y el investigado. Toda conciencia implica un sujeto y un objeto. En la autoconciencia no hay diferencia entre los dos. Éste es el poder que el espíritu racional tiene, a diferencia de los irracionales. Si el hombre pierde esta capacidad, deja de ser hombre. Dios, que es Espíritu supremo, posee esta capacidad de autoconciencia en un grado infinitamente mayor y, por lo tanto, perfecto. Éste es el poder que Dios tiene, en grado de perfección, que lo hace a sí mismo su propio objeto de conocimiento, siendo un Ser eminentemente personal; mejor dicho, tripersonal.

Comparación entre el animal, el ser humano y Dios.

Como ya hemos anunciado, veamos una comparación entre el animal, el hombre y Dios.

1) El animal tiene una especie de conciencia en el sentido de tener percepción o sensación de las cosas que están a su alrededor, sin distinguir exactamente qué o cuáles son, aunque pueda estar familiarizado con ellas. Sin embargo, un animal no tiene conciencia de sí mismo. Él no sabe quien es, y tampoco sabe que existe. Él puede quedar impresionado con los objetos que están a su alrededor, que obviamente no son parte de su esencia, pero nunca se impresiona consigo mismo. Si usted coloca al animal frente a un espejo, no sabrá que lo que está viendo es su propia imagen. El animal nunca se contempla, pero es capaz de contemplar a otros, aunque no pueda hacer las debidas distinciones. La razón de este comportamiento es que él no es una persona. Tiene conciencia de las cosas a su alrededor, pero no tiene autoconciencia.

Ésta es la razón por la cual un animal percibe las cosas, pero no es capaz de formular conceptos sobre la percepción de lo que lo rodea. El animal no es capaz de formular una noción objetiva de sus sensaciones, y no puede distinguir su “ego” de sus sensaciones. Básicamente, tiene todos los órganos para hablar y cantar, como los hombres, pero no tiene la capacidad de autoconciencia para hacer estas cosas.

2) Un ser humano tiene conciencia en el sentido de percibir, como el animal, las cosas que están a su alrededor. La diferencia entre ambos es que el hombre es capaz de verse a sí mismo, de contemplarse y de saber que aquel que está reflejado en el espejo es él, y no alguna otra cosa que lo impresiona. A diferencia de los animales, el hombre puede tener pensamientos y sentimientos espontáneos, sin que necesite ejercitar su mente o sus emociones. No obstante, esto es conciencia y no necesariamente autoconciencia. La autoconciencia es más profunda que la conciencia. Todo hombre sabe y tiene conciencia que hace cosas malas, pero sólo cuando el Espíritu Santo lo convence de sus pecados él pasa a ejercer la autoconciencia de lo que es y de lo que hace.

3) El Ser Divino, al contrario de los animales, no tiene el mismo tipo de conciencia, porque Él existía antes de las cosas que son diferentes a Él mismo. Es decir, Dios ya existía antes que hubiera alguna cosa que no sea Él. Dios no necesita de este tipo de conciencia para ser lo que es. Él no tiene cuerpo, ni partes y no lo afecta nada que esté fuera de Él. Es

auto-existente e independiente de todo lo que hay en la creación, porque Él ya era antes de todas las cosas.

El Ser Divino, en contraste con los seres humanos, no tiene la autoconciencia que proviene de la sola conciencia, ni posee un proceso mental no pensado, como es propio de la mente humana. Nada viene a su mente de manera no pensada, espontánea, sin que haya sido deseado o planeado por Él. Dios siempre ejercita su mente en lo que piensa. En nosotros, se puede hacer una distinción entre conciencia y autoconciencia, pero no en Dios. Estas dos cosas están absolutamente unidas, y es difícil entender la autoconciencia de Dios ya que su naturaleza personal es más superior y compleja que la nuestra. Por consiguiente, la autoconciencia de Dios es mucho más perfecta y tiene un grado más elevado que en los hombres o en los ángeles, que son los seres racionales creados.

Es aquí donde la doctrina de la Trinidad arroja algún tipo de luz sobre este profundo misterio de la autoconciencia divina. Dios es un ser tripersonal, pues las tres personas comparten la misma esencia divina.

La revelación de las Escrituras muestra a Dios como el que “es bendito eternamente”, absolutamente independiente, con vida propia y teniendo todas las características de un ser personal, que vive relacionándose. Por lo tanto, como tal, tiene todas las propiedades dentro de sí, y no fuera de su ser, porque Él ya era antes de que fueran todas las otras cosas. Él nunca ha necesitado al universo para relacionarse. Esta facultad se encuentra dentro de su propio Ser, que subsiste tripersonalmente. Él no necesita conocer su creación a fin de que pueda tener un objeto para conocer y amar, y con quien pueda regocijarse y tener comunión. Él hace esto dentro del mismo Ser Divino. Esta propiedad es imposible en el hombre, que es unipersonal. Para que el ser humano pueda relacionarse, amar y tener alegría, tiene que haber otra persona. Por esta razón, Dios hizo a Eva para ser una compañía idónea para Adán. Dios no necesitaba de nadie para ser lo es. Dios no necesita a nadie fuera de su Ser. Él se basta a sí mismo, porque es tripersonal.

Perciba como la autoconciencia de Dios es complejamente bella. El Padre “conoce al Hijo” (Mt. 11:27); Él “ama al Hijo” (Jn. 3:35); el Hijo fue generado por el Padre (Jn. 1:18). Todas estas relaciones existen desde antes de la creación del mundo. El propio Hijo encarnado, mientras estaba en el estado de humillación, le pidió al Padre que le restaurara a la gloria que Él tenía junto al Padre, antes de la fundación del mundo (Jn. 17:5). Hubo un tiempo (antes del tiempo) cuando la creación no existía. Si Dios dependiera de las cosas creadas para tener su autoconciencia, Dios no sería “bendito eternamente”, porque no podría tener alegría, gozo y conocimiento de sí mismo. Pero Dios tiene una perfecta autoconciencia. Aún antes de que hubiera otra cosa, además del Ser Divino, las personas de la Trinidad ya se relacionaban, teniendo amor una por la otra y alegrándose mutuamente.

Esta relación se daba dentro de la esencia divina. La autoconciencia divina es diferente y superior en Dios, porque Él no necesita de ningún otro ser para relacionarse. El ser humano necesita de otro ser para tener interacción y para poder conocerse, pero Dios no. Él es independiente y tiene un pleno autoconocimiento en la interacción de la subsistencia de las tres personas de la misma esencia divina, que es numéricamente una y la misma.

Comparación entre cristianismo y panteísmo

En este punto el cristianismo se distingue absolutamente del panteísmo que se fortalece en nuestros días. Este tipo de panteísmo, que tiene su origen en Hegel, incluso admite que Dios se distingue del mundo, habiendo una relación entre Él y su creación. La

visión de Hegel es que “como Dios es personalidad eterna, así eternamente Él produce su otro yo, es decir, la Naturaleza, a fin de ser autoconciente”⁷⁸. En este tipo de panteísmo, lo Infinito está atado a lo finito. Sin este último, Dios no puede ser autoconciente. Dios se vale del mundo para ser una personalidad real. Por consiguiente, Dios y el mundo deben ser, en última instancia, una y la misma sustancia. En cierto sentido, Dios se adecua a nosotros, que para ser autoconcientes necesitamos de algo con que relacionarnos. Con certeza, todos los panteístas niegan la realidad de la existencia eterna y tripersonal de Dios, que es exclusiva del cristianismo.

En la concepción cristiana de la Trinidad, los medios para la autoconciencia están absolutamente dentro de la propia esencia divina, siendo todos ellos independientes del universo finito que fue creado y existió con el tiempo. Dios es distinto dentro de sí mismo, y no de algo que no es Él.

Una personalidad tiene inteligencia

Los animales tienen cerebros, pero éstos carecen de una función que solamente los seres racionales tienen: la capacidad de relacionar las cosas, de establecer metas y alcanzarlas de manera inteligente. Los animales no tienen la capacidad de asociación y de conectar los hechos, como algunos de los seres humanos pretenden que los animales tengan. No es difícil percibir la tendencia contemporánea, en las películas, en los dibujos animados y en las novelas, de humanizar a los animales y de animalizar a los hombres. Varios estudiosos están protegiendo a los animales (lo que no está mal), pero no están estudiando a los seres humanos como deberían hacerlo. Se olvidan de verlos como seres hechos a la imagen de Dios. Sólo brutalizan sus tendencias, olvidándose de que los seres humanos deben ser tratados con honra por el hecho de ser seres personales. Sin embargo, contra hechos no hay argumentos. Por más que los estudiosos de la sociología o de otras ciencias insistan en el intento de humanizar a los animales, la inteligencia de los seres humanos, es una de las características de la imagen de Dios en ellos. Por lo tanto, ellos reflejan en alguna medida al Creador que es un Ser personal supremamente inteligente. La inteligencia y el entendimiento de Dios son infinitos, como se puede deducir de innumerables textos de las Escrituras (Sal. 147:5; vea también Is. 40:12-14; Ro. 11:33). La inteligencia es típica de los seres personales y los califica como tales. Así son los ángeles, los hombres y el Creador de ambos.

Una personalidad tiene autodeterminación

Esta capacidad no tiene que ver simplemente con la elaboración inteligente de un plan, sino con su ejecución. Es la capacidad de mirar hacia el futuro y preparar un curso inteligente de acción. Esto significa que éste ser personal tiene la capacidad de decidir sobre lo que quiere hacer. Dios tiene mucho más autodeterminación que sus criaturas, porque Él es, además de inteligente, todopoderoso. Nadie le impide hacer lo que le quiere. Por esta razón, el profeta Isaías señala: “Mí consejo permanecerá, y haré todo lo que

⁷⁸ Citación de W.G.T. Shedd, *Dogmatic Theology*, vol. 1, 213.

quiero” (Is. 46:10b). Dios es un Ser con infinita capacidad de autodeterminación, pues Él está en el cielo, y “todo lo que quiso ha hecho” (Sal. 115:3).

Una personalidad tiene afectos

La personalidad de un ser está en gran medida relacionada con su capacidad de tener afectos o sentimientos. Dios posee esta capacidad de manera extraordinaria, teniendo sensaciones de tristeza y alegría, dolor o placer, odio o amor. Estos afectos mezclados con la inteligencia y con la capacidad de determinación no son típicas de otros seres vivos, sino solamente de los seres personales.

2. EL MAYOR PROBLEMA DE LA TRIPERSONALIDAD DIVINA

En el seno de las iglesias cristianas no hay muchos problemas con respecto a la personalidad divina, sino que hay un problema mayor que el sólo mostrar que Dios es personal: el hecho de que Dios subsiste en tres personas. No obstante, a pesar de la dificultad en esta materia, es mejor hablar de la tripersonalidad de Dios que hablar de su simple personalidad.

La gran tarea de la teología cristiana es afirmar, sin el apoyo de ninguna otra rama religiosa o filosófica, la misteriosa doctrina de la tripersonalidad de Dios. Es un tema de pura confianza en la enseñanza general de las Santas Escrituras, sin ninguna similitud con otra religión. Y el propósito de este capítulo es mostrar la visión bíblica de la tripersonalidad divina, una doctrina singularmente cristiana.

BASE BÍBLICA DE LA DOCTRINA DE LA TRINIDAD

El término “Trinidad” no se encuentra en la Biblia. Es un término teológico usado por primera vez probablemente por Tertuliano, alrededor del año 220. A pesar de que este término no aparece en las Escrituras, lo que este capítulo intenta, es hacer justicia a su enseñanza global sobre esta manera tan decisiva para el cristianismo ortodoxo; y demostrar bíblica, teológica e históricamente que la Trinidad existe. Ambos Testamentos hacen referencia a esta materia, y nosotros la estudiaremos de manera sistemática, aunque algunas veces adoptemos, de manera muy clara, el método de la teología bíblica.

Cuando examinamos las Sagradas Escrituras en su totalidad, percibimos que la evidencia de la doctrina de la Trinidad en el Nuevo Testamento es mucho más clara que en el Antiguo Testamento. Esta comprensión que es más clara en el Nuevo Testamento se debe al carácter progresivo de la revelación redentora de Dios. Por lo tanto, a la luz de los textos del Nuevo Testamento es que entenderemos los textos del Antiguo Testamento, a cerca de la Trinidad. Tenemos que hacer justicia a los énfasis y a las limitaciones específicas del Antiguo Testamento con relación a esta materia.

Examinaremos la base bíblica en el orden inverso de los Testamentos, por la simple razón de que la doctrina de la Trinidad está más clara en el Nuevo Testamento que en el Antiguo. Por lo tanto, los datos entregados en el Nuevo Testamento servirán de base para el

entendimiento de los textos alusivos a la Trinidad, en el Antiguo Testamento. Éste es sólo un intento metodológico diferente para estudiar esta doctrina.

La doctrina de la Trinidad en el Nuevo Testamento

La doctrina de la Trinidad es más fácil que se elabore a partir de dos grandes eventos redentores, es decir, la encarnación del Verbo y el derramamiento del Espíritu Santo el día de Pentecostés, que elaborarla a partir de la enseñanza del Antiguo Testamento. En el Nuevo Testamento, la revelación ya está completa, por lo tanto, nuestro punto de partida es un entendimiento retroactivo, partiendo de lo más claro a lo más oscuro. Al contrario de seguir el camino del carácter progresivo de la revelación, haremos lo inverso. Partiremos de lo que fue revelado más plenamente, volviendo por el camino de la revelación histórica, con el fin de ver los elementos de la doctrina de la Trinidad en sus inicios en el Antiguo Testamento. La tentativa de este estudio es partir de lo que está patente en el Nuevo Testamento a lo que está latente en el Antiguo Testamento.

Una presentación plena de la evidencia de la doctrina de la Trinidad requiere un estudio de todos los pasajes que hablen tanto de la divinidad de Cristo, como la divinidad y personalidad del Espíritu Santo, pero esto lo haremos posteriormente. Como no tenemos espacio para un estudio exhaustivo, estudiaremos sólo los textos más importantes que nos ayuden en nuestro propósito.

Como ya mencioné, hubo dos grandes eventos neotestamentarios reveladores que nos ayudan mucho en la elaboración de esta doctrina y, que no pueden quedar en el olvido: la encarnación de Cristo y el derramamiento del Espíritu Santo. Si se olvidaran éstas dos grandes revelaciones, tendríamos la misma dificultad de elaborar la doctrina de la Trinidad, si contáramos sólo con las informaciones del Antiguo Testamento.

A continuación veremos algunas evidencias textuales de la doctrina de la Trinidad en el Nuevo Testamento.

Los textos sobre el bautismo de Jesús

Mt. 3:13-17; Mr. 1:9-11; Lc. 3:21-23; Jn. 1:32-34. Estos pasajes hablan del Hijo encarnado que está frente a Juan Bautista para ser bautizado, mientras el Espíritu Santo baja del cielo tomando la forma corpórea de una paloma, y al mismo tiempo se oye la voz del Padre diciendo algo sobre el Hijo amado. En estos textos se perciben tres personas que aparecen simultáneamente, y no tres maneras distintas de la misma persona, como piensan los modalistas. Aunque el énfasis mayor de la idea de persona recaiga sobre el Padre (que habla) y el Hijo (que está siendo bautizado), no obstante, el Espíritu se presenta de forma distinta a las otras dos personas.

Los textos sobre la Fórmula Bautismal

Mt. 28:16-20 (Mr. 16:15-18). Los textos sobre el bautismo de Jesús muestran la presencia simultánea de las tres personas de una manera muy distinta. Pero la unidad de estas tres personas no es evidente en aquellos pasajes. Sin embargo, la unidad del Ser Divino se evidencia en el hecho de que los atributos de la Divinidad son aplicados indistintamente a cada una de las tres personas. Y el hecho que cada una de ellas presente obras puramente divinas es, otra vez, la evidencia de la divinidad de cada una. La

singularidad de la fórmula bautismal está en el énfasis que se le da a la unidad de las tres personas en el nombre de aquella que es bautizada.

Los textos sobre la Bendición Apostólica

2 Co. 13:13 muestra de manera clara a las tres personas como las favorecedoras de los redimidos de Dios. Se debe observar que este texto muestra que las funciones bendecidoras de cada una de las personas tiene un carácter personal. La gracia, el amor y la comunión son propiedades de personas, no de energías o poderes. Hay tres personas distintas señaladas claramente en este pasaje.

Ap. 1:4-5 muestra también a las tres personas juntas, pero con nomenclaturas diferentes. En este texto, al Padre se le llama “el que es y que era y que ha de venir” y “quién está en el trono”; al Hijo, Jesucristo, se le llama “el testigo fiel”, “el primogénito de los muertos” y “el soberano de los reyes de la tierra”; al Espíritu Santo se le llama “los siete espíritus”. Por lo tanto, gracia, paz y amor vienen de este Dios trino.

Lo curioso es que la bendición aarónica de Números 6 también muestra una especie de trinidad, si la vemos a la luz derramada por la enseñanza del Nuevo Testamento, pues en ella el nombre santísimo aparece tres veces, cada vez que aparece una promesa de bendición.

Textos generales sobre la Trinidad

1 Co. 12:4-6 – En este pasaje nuevamente se menciona las tres personas ejerciendo funciones diferentes en la capacitación de la iglesia. El *Espíritu Santo* es el mismo que distribuye los dones a los miembros del cuerpo (v.4); el *Hijo*, que aquí se le llama Señor, es quien determina el lugar donde los miembros del cuerpo van a trabajar (v.5), y el *Padre* es quien da la diversidad de operaciones de los miembros del cuerpo (v.6), determinando el éxito del trabajo de los mismos.

Ef. 4:4-6 – En este pasaje, Pablo trata de la unidad del cuerpo, dando varias evidencias de la misma. La característica importante es que esta unidad gira en torno a las tres personas de la Trinidad. Hay un solo Espíritu, un solo Señor y un solo Dios y Padre de todos. La Trinidad, como en el texto de 1 Co. 12:4-6, es el eje de la vida del cuerpo. Sin las personas de la Trinidad el cuerpo no puede funcionar.

1 P. 1:1-2 – Mientras los dos pasajes anteriores tienen que ver con la capacitación de la iglesia, éste tiene relación con la obra soteriológica de las personas de la Trinidad. El *Padre* es el responsable de la elección, según su presciencia; la obra de la redención de los pecadores se realiza por medio de la “aspersión de la sangre de Jesucristo”, el *Hijo*; y la santificación de los escogidos y redimidos la hace el *Espíritu Santo*.

Judas 20-22 – Este pasaje nuevamente muestra a las tres personas ejerciendo funciones diferentes en la vida de los santos. El Padre es quien guarda a los santos en su amor. El Hijo es la expresión de la misericordia divina, en la cual los santos deben esperar. El Espíritu Santo es el que edifica a los santos en la fe santísima, es decir, en la doctrina recibida, la misma “fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas v.3).

1 Jn. 5:7 – Bavink da algunas informaciones preciosas sobre el desarrollo del pensamiento cristiano en cuanto a este pasaje:

La autenticidad del texto de 1 Jn. 5:7 permanece dudosa. Puesto que, no se encuentra en ninguno de los registros griegos, excepto en unos pocos datos del siglo XVI. Tampoco aparece en ninguno de los

registros latinos anteriores al siglo VIII y, está ausente de casi toda las versiones. Además de esto, nunca es citado por los padres griegos, ni aún durante el período de la controversia ariana, ni por los padres latinos: Hilario, Ambrosio, Jerónimo, Agustín, etc. Si es citado o presupuesto por Tertuliano, debe haber existido desde aproximadamente el año 190; y si es citado por Cipriano se debe haber conocido alrededor del año 220. Si la Versión Africana contenía este texto – como se afirma en un manuscrito del siglo V y por otro del siglo VII – podemos volver aún más en el tiempo, porque la Versión Africana data de alrededor del año 160 y fue traída a Italia alrededor del 250. Con seguridad, podemos afirmar que este texto apareció en los escritos de Vigilio, a finales del siglo V, aproximadamente. En el siglo XVI, se incluyó en el N. T. Griego Complutenciano, por Erasmo en la tercera edición de su obra, por Robert Estienne (Estefano), por Teodoro Beza, y en el *Textus Receptus*. Definitivamente, el pasaje no se exige por el contexto y sería muy difícil explicar su omisión y subsiguiente desaparición. Aún hay algunos que defienden este pasaje como genuino. En 1897, la cuestión de si 1 Jn. 5:7 era rechazado con certeza, o por lo menos omitido por ser de origen dudoso, fue rechazada por la congregación del Santo Oficio, en Roma, decisión que fue ratificada por el papa. Pero aparentemente este veredicto no resolvió el tema de la autenticidad del texto... De cualquier modo, aunque después de esta declaración oficial (de la Iglesia de Roma), muchos teólogos católicos romanos han defendido con muchos argumentos la falsificación de 1 Jn. 5:7.⁷⁹

La enseñanza de Cristo muestra la doctrina de la Trinidad

En varios lugares de los evangelios Jesús dice que Dios es su Padre y, que este Padre es un Espíritu que tiene vida en sí mismo (Jn. 4:24 y 5:26); al mismo tiempo Jesús enseña que Él y el Padre son de la misma esencia, afirmando ser igual a Él (Jn. 5:18), pues hace las mismas obras (10:37-38). La enseñanza de Cristo nos muestra, en su conjunto, la armonía que existe entre las personas de la Trinidad.

Base en el Antiguo Testamento

Todos los textos del Antiguo Testamento que serán citados aquí, quedan mucho más claros cuando los entendemos a la luz de una revelación posterior. Ellos se entienden mejor cuando reciben la luz que viene de los textos más claros del Nuevo Testamento, donde la revelación progresiva se vuelve mas evidente.

Textos generales que indican la pluralidad de personas

Is. 48:16 – Nos parece que las palabras de este versículo fueron puestas en la boca de la segunda persona de la Trinidad, el Verbo aún no encarnado. Dios envió a su Hijo y a su Espíritu Santo para realizar la obra de salvación en la historia del mundo y en la vida personal del pecador. Obviamente, la primera obra le corresponde al Hijo encarnado y, la segunda, al Espíritu Santo que opera en lo íntimo del pecador.

Is. 59:20-21 – Estos versículos son palabras directas de *Dios*, el Padre, aquí llamado “Jehová”, que establece un pacto con su pueblo. Como parte de este pacto, el *Espíritu Santo* estaría sobre el mediador del pacto, el Salvador Jesucristo que es el *Redentor* que viene de Sión.

Is. 61:1-3 – Las tres personas aparecen en forma clara en este pasaje. Éste es citado en el Nuevo Testamento (Lc. 4:16) para mostrar la unción del Mesías por el Espíritu que viene de Dios. Por lo tanto, al comienzo del versículo 1, el texto dice: “El *Espíritu* de Jehová el *Señor* (Dios el Padre) esta sobre *mí* (el Hijo, Cristo)”.

⁷⁹ Bavinck, *The Doctrine of God*, 265-166.

Textos que indican la pluralidad de personas por el nombre de Dios

En los textos que vienen a continuación, aunque aparezca la idea de pluralidad de personas, no existe necesariamente la indicación de que sean tres personas. No obstante, no podemos dejar de notar que en el judaísmo había un fuerte énfasis en el monoteísmo. El énfasis en el monoteísmo y, al mismo tiempo, la pluralidad de personas involucradas en el nombre de Dios, prueban que Él es un Ser que tiene más de una personalidad.

Sin embargo, la conclusión acerca de la doctrina de la Trinidad en estos textos es inferencial o deducida de la idea de la Trinidad ya probada en el Nuevo Testamento.

Aunque hay un énfasis en la unidad de Dios, las Escrituras indican la pluralidad de personas en la Divinidad. El nombre incommunicable de Dios, Jehová, siempre está en singular enfatizando la naturaleza esencial de Dios que es la misma en las tres personas, mientras que el primer nombre de Dios mencionados en las Escrituras revela la pluralidad de personas que hay en Él. El nombre usado por Dios en Gn.1:1 (*Elohim*) es un plural de majestad. Aunque este texto no indique que son tres personas, ciertamente indica la pluralidad de personas en la Divinidad. Entendiendo este versículo de acuerdo con el contexto general de las Escrituras, incluyendo al Nuevo Testamento, es como si Moisés hubiera dicho: “en el principio, cada una de las personas de la Divinidad (*Elohim* = plural de majestad) creó los cielos y la tierra”. Esto es perfectamente posible, pues podemos ver en las enseñanzas de la Biblia que tanto el Padre como el Hijo y el Espíritu Santo, participaron activamente de la obra de la creación, como veremos más adelante. La pluralidad de personas en la Divinidad se manifiesta desde inicio de la revelación bíblica.

En textos como Job 35:10; Sal. 149:2; Ec. 12:1 e Is. 54:5, la traducción en nuestra lengua presenta al Creador en singular, pero el texto en hebreo presenta el término en plural – Creadores. El mundo fue hecho por un solo Dios, pero fue hecho por el Padre, por el Hijo y por el Espíritu Santo. La pluralidad en el nombre de Dios indica la pluralidad de las personas que existen en Él, si consideramos la materia a la luz de la revelación neotestamentaria ya estudiada.

Textos que indican la pluralidad de personas por la triple repetición del nombre Jehová

Nm.6:24-26 – “*Jehová* te bendiga, y te guarde; *Jehová* haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; *Jehová* alce sobre ti su rostro y ponga en ti paz”.

Puede hasta parecer coincidencia o una cuestión de combinación numérica, pero en la bendición aarónica, el nombre *Jehová* aparece repetido tres veces, indicando la misma bendición apostólica, donde las tres personas de la Trinidad se mencionan claramente. En el Antiguo Testamento, la bendición también es trinitaria, pero entendemos que la Trinidad se menciona aquí de una manera embrionaria, que sólo puede ser entendida a la luz de la revelación neotestamentaria.

Obsérvese también Daniel 9:19 e Isaías 33:22. En estos textos, el nombre santísimo se repite tres veces, así como en la celebración de los serafines en la visión de Isaías (Is. 6:3), y de los seres vivientes en Apocalipsis (Ap. 4:8). Puede hasta parecer accidental, pero no hay nada en la Escritura que no haya sido escrito con algún propósito definido. Si el nombre aparece siempre tres veces, ciertamente hay un propósito específico para ello.

Textos que indican la pluralidad de personas por la relación de comunicación

En este asunto, la manera de abordar Gn. 1:26 es diferente que en el anterior. Gn. 1:26 muestra nuevamente la idea de pluralidad de personas por la idea de comunicación interpersonal, pues Dios se dice a sí mismo: “*Hagamos* al hombre a *nuestra* imagen, conforme a *nuestra* semejanza”. Cuando Dios habla, sin que haya un ser creado con quien hablar, lo cierto es que Él habla con alguien dentro de sí mismo. Las personas de la Trinidad siempre se han comunicado, antes que el mundo y sus criaturas racionales existieran. El hecho de que Dios sea tripersonal es lo que hace a esta comunicación relacional posible.

En Gn. 3:22 la idea de pluralidad también está presente en la comunicación intratrinitaria. Después de verificar que el pecado había entrado en el universo de los hombres, viendo la condición de ceguera de nuestros primeros padres y, su huida de la gozosa presencia de Dios, éste dijo de sí mismo para sí: “He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal”. Es como si Dios dijera en la asamblea de la Trinidad: “He aquí que la situación del hombre, a quien Satanás prometió ser uno de nosotros y, quien esperó llegar a ser semejante a una de las personas de la Divinidad. Vean si él se nos parece. ¡Ahora está queriendo huir y está temblando de miedo, cubriéndose con hojas de árbol!”

Esta observación que Dios se hace a sí mismo, lo que indica pluralidad de personas, muestra la decepción que tuvieron nuestros primeros padres cuando oyeron el consejo de Satanás, que dijo: “seréis como Dios” (Gn. 3:5).

Génesis 3:22 refuerza inmensamente la idea de la Trinidad en el Antiguo Testamento, pero no sin la ayuda de la revelación más completa que es evidente en el Nuevo Testamento.

Otro ejemplo se encuentra en Génesis 11:7, en el evento de la construcción de la torre de Babel, donde se hablaba el mismo idioma: “*Ahora, pues, descendamos, y confundamos* allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero”. Esta comunicación intratrinitaria se manifiesta una vez más, en consonancia con las obras de Dios que siempre son hechas en un acuerdo de pluralidad y de acción.

Otro texto que también muestra la pluralidad de personas, en comunicación, es el de Isaías 6:8, donde Dios se pregunta a sí mismo, obteniendo con prontitud el servicio de Isaías: “Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por *nosotros*? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí.” (Examinar también Isaías 41:21-23). Es la Trinidad quien envía a las personas para ejercer un ministerio, y esto es implícito en este texto y queda explícito a medida que la revelación prosigue.

Esta pluralidad demostrada en la comunicación de personas distintas, también es explícito en la enseñanza de Jesucristo en Juan 14:23. El entendimiento de estos textos del Antiguo Testamento se debe a la luz dada, por ejemplo, por textos como Juan 1:1, donde dice que el “Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”, indicando que al mismo tiempo en que era la Palabra de Dios, Él era, también, el propio Dios.

Bavinck afirma:

El hecho de que el nombre *Elohim* es plural en su forma, en verdad no prueba la Trinidad. No obstante, el hecho adicional de que los defensores del monoteísmo nunca han objetado el uso de este nombre prueba que ésta (la Trinidad) no debe ser explicada como una reminiscencia del politeísmo, sino que indica la riqueza y la plenitud del Ser Divino. El Dios de la revelación no es un elemento abstracto, sino es el Dios vivo y verdadero, que tiene las más altas distinciones dentro de una esencia

divina, infinito en plenitud. Esto ya es evidente en la obra de la creación. *Elohim* crea por medio de la Palabra y del Espíritu Santo.⁸⁰

Tenemos que reconocer que la idea de pluralidad contenida en el nombre *Elohim*, no prueba en sí misma la doctrina de la Trinidad, a menos que la entendamos a la luz de la fuerza mayor de los textos del Nuevo Testamento. Lo mismo se puede decir de la siguiente argumentación, que dice relación a las referencias del Ángel de Jehová.

Textos que indican la pluralidad de personas por la obra que Dios hace

Gn. 1:26 muestra claramente que la obra de la creación es compartida por la pluralidad de personas de la Divinidad. Ninguna de las personas de la Trinidad opera sola las grandes obras *ad extra*, las obras que son hechas fuera del Ser Divino, es decir, las obras de la creación y de la redención.

Hablando de la majestad poderosa del Señor en la creación del universo, el profeta pregunta: “¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole? ¿A quién pidió consejo para ser avisado? ¿Quién le enseñó el camino del juicio, o le enseñó ciencia, o le mostró la senda de la prudencia?” (Isaías 40:13-14). Ciertamente al crear el universo *ex nihilo*, Dios consultó a su propio Ser, en la asamblea de la Trinidad. Él nunca podría haberse referido a ninguna de sus criaturas, aún a los ángeles. Cuando Dios decide hacer algo, lo hace consultándose a sí mismo. Esto sólo es posible en la existencia de una pluralidad de personas. Si fuéramos unitarios, no podríamos creer en la posibilidad de que Dios se hable a sí mismo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza”.

Textos que indican la pluralidad por las referencias al Ángel de Jehová

Los ángeles siempre han sido mencionados en la Biblia, pero nos parece que existe una mención específica de un Ángel que no tiene nada que ver con los seres creados por Dios, lo que indica que hay otra persona dentro del Ser Divino, que no es aquella que conocemos como Dios, el Padre, ya mencionado en la enseñanza embrionaria sobre la Trinidad en el Antiguo Testamento.

En la Biblia, los ángeles siempre fueron considerados seres creados (2 S. 24:16ss; 1 R. 19:5-7; 2 R. 19:35, además de otras citas en el Nuevo Testamento como Mateo 1:20; Lucas 1:11; 2:29, etc.). Sin embargo, hay otros pasajes, especialmente en el Antiguo Testamento, que tratan de la aparición del Ángel del Señor, los cuales, al parecer indican, que se refieren a un ser no creado. Tales menciones de este Ángel están vinculadas a las manifestaciones teofánicas que, en la teología de muchos, se identifican con la manifestación del *Logos* (Verbo) o de la segunda persona de la Trinidad.

Génesis 16:7-13 – Este texto se trata del encuentro en el desierto del Ángel de Jehová con Agar, la sierva de Abraham. En este evento, el Ángel del Señor es aquel que causa la multiplicación de la descendencia de Agar (v.10), hecho atribuido en las Escrituras sólo a Dios. Nos parece, también, que Él mismo es objeto de adoración, pues Él la veía a ella, así como ella lo veía a Él (v.13). Al mismo tiempo que el Ángel habla del Señor, Él mismo es visto como Señor, lo que indica la dualidad personal.

Génesis 18:1, 2:22; 19:1 – Estos versículos indican que tres seres aparecieron en forma humana delante de Abraham. Con certeza, uno de ellos era el Señor, pues el v.1 lo

⁸⁰ Bavinck, *The Doctrine of God*, 256.

dice y el v.22 lo confirma, además de que sus prerrogativas (18:25-33) y obras (19:24) lo demuestran.

Génesis 22:15-16 – “Y llamó el Ángel de Jehová a Abraham por segunda vez desde el cielo, y dijo: Por mí mismo he jurado, dice Jehová, que por cuanto has hecho esto, y no me has rehusado tu hijo, tu único hijo...”

Estos versículos muestran una vez más que este Ángel es más que un simple ministrador de los que van a heredar la salvación, como es el caso de los otros ángeles, conforme a lo que enseña He. 1:14, sino que Él es Dios mismo.

Génesis 28:13-17 trata de la escalera que Jacob vio en sueños, en la cual los ángeles de Dios subían y bajaban. El texto dice dos veces que el Señor estaba allí, aunque Jacob no lo supiera. Compare este pasaje con el de Juan 1:51, donde Jesús dice anticipadamente: “De aquí en adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre”. Es muy cierto que la figura aquí está más relacionada a la *escalera*, en la cual los ángeles suben y bajan, que al Ángel de Dios propiamente dicho; pero la idea queda más clara cuando leemos otros textos que pueden ser de mayor ayuda, como los que vienen a continuación.

Génesis 31:11-13 – “Y me dijo el Ángel de Dios en sueños: Jacob. Y yo dije: Heme aquí. Y él dijo: Alza ahora tus ojos, y verás que todos los machos que cubren a las hembras son listados, pintados y abigarrados; porque yo he visto todo lo que Labán te ha hecho. *Yo soy el Dios de Bet-el*, donde tu ungiste la piedra, y donde me hiciste un voto. Levántate ahora y sal de esta tierra, y vuélvete a la tierra de tu nacimiento”.

En este texto, hay una afirmación de la divinidad del Ángel de Dios. Dios alude a un evento anterior en la vida de Jacob, donde Él mismo se le había aparecido en sueños, en el episodio de la escalera. Este Dios que, al mismo tiempo, es el Ángel de Dios, indica que hay más de una persona en el Ser Divino. El Ángel de Dios dijo que era Dios. Como creemos en la unidad del Ser Divino, tenemos que admitir la pluralidad de personas en Él.

Génesis 32:24-30 – En este texto, se dice que Jacob luchó con un hombre. No obstante, si lo comparamos con el texto de Oseas 12:4, veremos al profeta diciendo que Jacob luchó con un *ángel*. En ambos textos se afirma que Jacob tuvo la conciencia de que, luchando con un hombre o con un ángel, estaba luchando con Dios.

Éxodo 3:2,4,6 – “Y se le apareció el Ángel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía... Viendo *Jehová* que él iba a ver, lo llamó *Dios* de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés!... *Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob*. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a *Dios*”.

Una vez más las Escrituras muestran que el Ángel del Señor es el propio Señor. Al final de su vida, Moisés, dando la bendición al pueblo, hace referencia a Aquel “que apareció en la zarza” (Dt. 33:16) como Dios, el Señor. El Evangelio de Marcos también confirma este evento histórico y muestra que el Ángel del Señor es Dios mismo (Mr. 12:26). La segunda persona de la Trinidad, ciertamente, es la persona de la comunicación divina. Por esta razón, se le llama “Verbo” o “Palabra” en el lenguaje del evangelista Juan. El mismo que estaba con Dios, era Dios. Las teologías de Moisés y de Juan concuerdan perfectamente.

Éxodo 14:19 habla de la protección dada por el “Ángel de Dios” al pueblo que caminaba por el desierto. Este Ángel que era enviado de Dios, era Dios mismo. ¿Cómo Dios puede enviar a otra persona identificada como Dios, si no hay otro Dios fuera de Él? El pensamiento cristiano de este texto siempre ha sido que el Ángel se refiere en las manifestaciones pre-encarnadas del Verbo Divino, la segunda persona de la Trinidad. La misma idea aparece Ex. 23:23; 32:34; 33:2; Nm. 20:16.

Isaías 63:8-9 – Refiriéndose a los actos salvadores-providenciales de Dios en un pasado ya distante, el profeta Isaías proclama el mensaje de Dios: “Porque dijo: Ciertamente mi pueblo son, hijos que no mienten; y fue su Salvador. En toda angustia de ellos él fue angustiado, y el Ángel de su faz los salvó; en su amor y en su clemencia los redimió, y los trajo, y los levantó todos los días de la antigüedad”. ¿De quién se podría decir algo así, sino del Verbo que se habría de encarnar? Sólo de Él se afirma, lo que Isaías dijo.

Malaquías 3:1-2 – no hay duda que este texto se refiere a dos personajes que comienzan la historia del Nuevo Testamento: Juan Bautista y el propio Jesucristo. El primero es el precursor del segundo. Aquí, el “Ángel del Pacto” es una referencia inequívoca, a Jesucristo, pues el mismo texto lo llama “Señor”. Pocos comentaristas serios dudan de esta interpretación. Al mismo tiempo que se dice que el Señor de los Ejércitos lo envía, el “Señor” es el enviado. Estas dos personas poseen la misma característica esencial – la divinidad.

Los padres de la iglesia, aún antes de Agustín, eran unánimes en el pensamiento de que el “Ángel de Jehová” era el *Logos*, o el Verbo Divino, apareciendo teofánicamente. Dios es un Ser invisible, inaccesible e inefable, que se comunicó con los hombres revelacionalmente, siempre a través de la segunda persona de la Trinidad en el periodo del Antiguo Testamento, y que se encarnó “en la plenitud de los tiempos”. Aunque distinto de *Jehová*, el Hijo (o el “Ángel del Pacto”) es de la misma naturaleza que Él.

Bavinck dice que “aunque distinto de Jehová, este Ángel de Jehová tiene el mismo nombre, tiene el mismo poder, efectúa la misma liberación, dispensa las mismas bendiciones y es objeto de la misma adoración”.⁸¹

Textos que indican la pluralidad de Cristo en el Antiguo Testamento

No hay duda alguna entre los cristianos ortodoxos de que Jesucristo actuó en el período del Antiguo Testamento, aunque de manera no encarnada. La preexistencia del Verbo, actuando juntamente con Dios, el Padre, se ve claramente en:

Juan 8:56-58 – “Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó. Entonces le dijeron lo judíos: Aún no tiene cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? Jesús les dijo: de cierto, de cierto os dijo: *Antes que Abraham fuese, yo soy.*”

Probablemente, la referencia que Jesús hace al hecho de que Abraham ha visto su día, está vinculada a la manifestación de la Divinidad en los días que precedieron a la destrucción de Sodoma y Gomorra. En Génesis 18 hubo una manifestación teofánica y Abraham estuvo en la presencia del Señor (v.2,3,22). Dios, el Hijo (así se cree), se manifestó claramente a Abraham, mostrando facetas de su poder omnisciente (v.11-14). Por lo tanto, en la promesa del nacimiento de Isaac (v.10), la preexistencia del Verbo es

⁸¹ Ibid., 257.

perfectamente inteligible. Este pasaje parece comprobar la preexistencia del Verbo (además de lo que está probado en Jn. 1:1-5).

1 Co. 10:4 – “... y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y *la roca era Cristo*”.

Este versículo habla de la obra providencial de Jesucristo, pre-encarnado, en la vida peregrina del pueblo del Antiguo Testamento. A través de la acción del Verbo Divino, había providencias físicas y espirituales. Esta roca sobrenatural protegía y sustentaba al pueblo en el desierto, preservándolo de la destrucción. Está claro que la protección es de Dios, pero Pablo aclara que esta protección venía de Dios, el Hijo, que, en el tiempo de Pablo, ya se había hecho hombre.

Hch. 7:30,35 – “Pasados cuarenta años, *un ángel* se le apareció en el desierto en el monte Sinaí, en la llama de fuego de una zarza... A este Moisés, a quien habían rechazado, diciendo: ¿Quién te ha puesto como gobernante y juez?, a éste lo *envió Dios* como gobernante y libertador *por mano del Ángel* que se le apareció en la zarza.”

Todos entendemos que fue Dios quien apareció en la zarza para hablar con Moisés. Esto es verdad, pero nos parece que no fue la primera persona de la Trinidad, y sí la segunda, que era el agente de la Divinidad en materia de comunicación y acción. El texto transcrito muestra nuevamente al *Ángel*, que aparece en escena, pero ahora actuando de manera clara en la liberación del pueblo de la esclavitud de Egipto, haciendo señales y prodigios (v.36). No es difícil mostrar que el *Ángel* no se refiere a la primera persona de la Trinidad. Dios, el Padre, envió al *Ángel* para comunicarse con Moisés, y para que este *Ángel* estuviera asistiendo todo lo que Moisés hacía para liberar al pueblo.

1 Co. 10:3-4 – “y todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y *la roca era Cristo*.”

Este *Ángel* de Jehová iba delante del pueblo de Dios, guardándolo, guiándolo y tomando todas las providencias para su sustento físico y espiritual. Este *Ángel* era el propio Jehová, el Hijo, quien se hizo Cristo.

BASE HISTÓRICA DE LA DOCTRINA DE LA TRINIDAD

La doctrina de la Trinidad experimentó un desarrollo ya en los primeros siglos de la iglesia cristiana, pues las controversias sobre la naturaleza de las personas trinitarias generó una formulación más elaborada en el Credo Apostólico y en los credos subsiguientes de los primeros concilios ecuménicos, como el de Nicea (325), el de Constantinopla (381) y el credo de Atanasio.

La historia de la doctrina de la Trinidad fue más importante y significativa en los períodos de las controversias en torno al Monarquianismo,⁸² del Arianismo y del Macedonianismo.

⁸² Monarquianismo es todo intento de explicar el elemento divino en Cristo sin violentar la unidad de Dios.

Las controversias trinitarias del Monarquianismo

Hubo dos tipos de monarquianismo en la historia de la iglesia. El monarquianismo siempre estuvo ligado a controversias con respecto a la persona de Cristo, pues fue un intento de explicar el elemento divino en Cristo, pero sin caer en el error del triteísmo. Todo monarquianismo era unitario, es decir, creía en la existencia de un solo Dios, no obstante, unipersonal, no tripersonal. Siempre se intentó demostrar que solamente hay un Dios, pero la dificultad era mostrar como podría haber tres personas en una sola esencia numérica.

Los dos tipos de monarquianismo se conocieron como: Modalista y Dinámico.

Monarquianismo Modalista

Este monarquianismo también se denominó Sibelianismo en la iglesia oriental y, Patripasianismo en la occidental. Tuvo como exponentes a Noeto (c.200), Praxeas (c.200) y Sabelio (c.215), todos ellos de Roma.

El monarquianismo modalista tenía una tendencia docética en su cristología. Para estas personas, Cristo no era realmente hombre, sino sólo tenía apariencia de hombre. La tendencia de este tipo de modalismo era presentar a Cristo como divino, pero no una persona distinta del Padre y del Espíritu Santo. Sin embargo, no hay ninguna preocupación en el modalismo de mostrar su humanidad. Por lo tanto, todo monarquianismo modalista niega, en algún grado, la humanidad de Cristo.

Hay algunos puntos claros en el monarquianismo modalista:

- 1) Dios es esencialmente uno. El monarquianismo modalista comienza con la unidad de Dios, afirmando la creencia en un sólo Dios, pero también en una sola persona. Niega, por lo tanto, su tripersonalidad.
- 2) La Trinidad es vista solamente de manera revelacional o económica. Dios se reveló de tres formas diferentes y actuó de tres modos distintos. No existe la Trinidad ontológica o esencial.
- 3) Padre, Hijo y Espíritu Santo no son personas, sino modos de manifestación o modos de revelación del Ser Divino. Ellos no son co-eternos, sino sucesivos cronológicamente.
- 4) El primer modo de manifestación es el Padre, en la creación y en la entrega de la ley a su pueblo; la segunda forma de manifestación es el Hijo, en la encarnación; y la tercera forma es el Espíritu Santo, en la regeneración y en la santificación. Nunca las tres formas aparecen simultáneamente en la historia de la revelación, sino sucesivamente.

Monarquianismo Dinámico

El monarquianismo dinámico tuvo como exponente a Paulo de Samosata (260). En contraste con el monarquianismo modalista (que niega la plena humanidad de Cristo), éste tiene una tendencia ebionita, pues comienza por negar la divinidad esencial de Jesucristo.

Hay algunas proposiciones básicas en este tipo de monarquianismo que justifican su designación como “dinámico”. No debemos olvidar que todo tipo de monarquianismo es unitarista:

- 1) Dios es esencialmente uno, pero también es una sola persona. Como es típico del monarquianismo, el fundamento esencial es el unitarismo y no el trinitarismo. Hay

una monarquía (*mono + arche*), es decir, el gobierno de una sola persona y una sola esencia.

- 2) El *Logos* (Hijo) y el Espíritu Santo no son personas divinas distintas. El Espíritu Santo es un atributo, una especie de *dynamis* (poder) de Dios, un atributo impersonal de Dios. El Hijo no es ontológicamente Dios, sino recibe el *dynamis* de Dios en su experiencia de bautismo, siendo elevado a una categoría divina. Por lo tanto, se le llama monarquianismo dinámico porque el Jesús hombre recibe el *dynamis* de Dios y es elevado a una posición que no tenía antes.

De esta forma, Pablo de Samosata asegura que el *Logos* se hace *homoousios* (de la misma esencia) o *consustancial* con el Padre, pero el *Logos* no es una persona distinta de la Divinidad. Pablo de Samosata entendió el término “*ousia*” en el sentido de persona, y no de naturaleza o esencia. Por lo tanto, en su pensamiento, el *Logos* es una persona con el Padre, siendo de la misma “*ousia*”. Su uso *homoousios* significó que el *Logos* (Hijo) era una persona con el Padre, negando, así, la Trinidad. El *Logos* podría ser identificado con Dios porque existía en Él de la misma forma que la razón existe en el hombre. El *Logos* es, por lo tanto, un poder impersonal presente en todos los hombres, pero particularmente en el Jesús hombre.

En el año 268, el Sínodo de Antioquia rechazó este término “*ousia*” con el sentido que Pablo Samosata le dio. El Concilio de Nicea, en el 325, usó el término *homoousios* en el sentido de esencia, no de persona, para combatir a Ario. Obsérvese que el Concilio de Nicea ordenó el rebatismo de los seguidores de Pablo de Samosata, y de esta manera, los trató como no-cristianos por causa de su unitarismo. Es decir, negaron la doctrina de la tripersonalidad de Dios. Es bueno recordar que en la Escuela de Antioquia, Ario y Nestorio tuvieron la misma tendencia de Pablo Samosata.

- 3) Jesucristo es *adoptado* como el Hijo de Dios. Originalmente, Jesús era sólo un hombre. En el momento de su bautismo, el *dynamis* de Dios, que es el Espíritu Santo, descendió sobre Él en forma de paloma y lo capacitó para su tarea especial, de tal modo que podía realizar milagros y tenía otros poderes. Es bueno tener en mente que el *Logos* (*dynamis*) vivió en Jesús como en un templo. Así cuando el *dynamis* descendió sobre Jesús, éste se convirtió en un Hijo de Dios adoptado, en virtud de la capacitación especial y la obra que el *Logos* realizó en Él.

La divinidad de Jesucristo es, no obstante, una divinidad de honra, de adopción, pero no una divinidad esencial. La deificación de Jesucristo sucede por gracia. Hay divergencias entre los estudiosos sobre si esta deificación fue completada en el bautismo o en su resurrección. El *Logos* progresivamente penetró la naturaleza humana de Jesucristo y estuvo presente en Él más plenamente que en cualquier otro ser humano. Por esta razón, es digno de la honra divina. Todos los monarquianistas dinámicos son adopcionistas.

Por lo tanto, la cristología de Pablo de Samosata evita que exista una tripersonalidad de Dios, afirmando su monarquianismo, es decir, su idea de un solo principio, una sola persona.

Las controversias trinitarias del Arianismo

El creador del movimiento conocido como arianismo fue Ario (250-336), un presbítero de Alejandría que alrededor del año 318 se volvió un adversario teológico de su obispo, Alexandre (†328). Ario recibió el gran apoyo, fuera de los límites de Egipto, del gran Eusebio de Nicomedia (†342), el primer obispo prominente de la era constantiniana.

Para Ario, Dios era “no-generado, único eternamente, el único en poseer la inmortalidad, el único sabio, el único bueno, el único soberano”.⁸³ Estos elementos que eran parte de su esencia no podrían, de forma alguna, ser atribuidos a otra persona sin caer en el error del politeísmo. Para Ario, sólo el Padre era verdaderamente Dios. Como unitario que era, Ario rechazó la doctrina de la Trinidad.

He aquí algunos puntos de su doctrina cristológica:

- 1) Sólo Dios es sin comienzo, no-generado, no-originado. Éste es el sentido de eterno para Ario.
- 2) Dios no fue eternamente Padre. Hubo un tiempo en que Él estaba solo. Dios fue Padre solamente cuando creó al Hijo.
- 3) El Hijo es originado, el unigénito, el primogénito. El Hijo, por lo tanto, tuvo un comienzo. Hubo un tiempo en que Él no era. Antes de su concepción Él no existía.
- 4) El comienzo del Hijo fue una creación a partir de la nada, antes de la existencia del mundo material. El Hijo fue creado por el poder y por la voluntad del Padre. La expresión usada por Ario de que Él fue “sin comienzo” se debe a la expresión contraria usada por su adversario, el obispo Alexandre, que había dicho que así como Dios fue “siempre Padre”, el Hijo fue “siempre Hijo”.
- 5) El Hijo, aunque creado, vino de arriba. Era considerado como una criatura especial para ejercer una función específica. El Hijo se hizo el creador del Espíritu Santo y del universo físico. La razón de que la creación del universo sea obra del Hijo es porque, en la visión de Ario, el universo no podría haber venido inmediatamente de la mano de Dios. Así, el papel más importante de Cristo era ser el siervo de Dios en la obra de la creación. De esta forma, viniendo directamente de la mano de Dios, para ejercer la obra de la creación, Cristo vino de arriba. En este sentido, la cristología de Ario es considerada “from above” (que viene de arriba).
- 6) Por lo tanto, el Hijo no es verdaderamente Dios. Él no es *homoousios*, co-esencial o consubstancial con el Padre. Jesucristo es un *tertium quid*, un ser intermediario; sin embargo, en vista de sus méritos previstos y en vista de su futura gloria a Él se le llama Hijo de Dios y es venerado por los hombres. En este sentido, la cristología de Ario es adopcionista.

Por lo tanto, con esta visión de cristología, Ario anula la doctrina de la Trinidad, pues el Hijo no es esencialmente Dios.

El arianismo fue condenado en el Concilio de Nicea, en el año 325, pero no desapareció. Sobrevivió subterráneamente en las tres décadas siguientes y tuvo un fortalecimiento entre los años 353 y 378, porque en este tiempo tuvo apoyo imperial. Su decadencia ocurrió al perder el apoyo real, en el año 378, y con el Concilio de Constantinopla, en el 381, que sustentó y fortaleció la ortodoxia afirmada en Nicea.

⁸³ Ver el término “Arianism”, en el *New Dictionary of Theology*, editado por Sinclair Ferguson y otros (Downers Grove, III.: InterVarsity Press, 1989), 42.

Las controversias trinitarias del Macedonianismo

En contraste con los monarquianos y los arianos, la cuestión del macedonionismo tiene que ver con la divinidad del Espíritu Santo. Atanasio afirmó que el Espíritu Santo era *homoousios* (de la misma esencia) con el Padre, teniendo el apoyo de los padres capadocios. Haciendo esto, en el año 362, en el Concilio de Alejandría, Atanasio aseguró la doctrina de que el Espíritu Santo no era una criatura del Hijo, como enseñaron los arianos, sino que era inseparable del Padre y de la misma sustancia que Él. Esta afirmación era necesaria porque había algunos que enseñaban que el Espíritu Santo era una especie de “energía” de Dios, y no una persona divina, en igualdad con el Padre.

Los opositores de la plena divinidad del Espíritu Santo se conocieron como macedonios (o pneumatomaquianos = “luchadores contra el Espíritu”). La primera designación, que se puso de moda después del año 380, recuerda el nombre de Macedonio, obispo de Constantinopla, que fue depuesto por los arianos en el año 360, pero históricamente no hay nada que indique que él tiene algo que ver con los macedonios.⁸⁴

El segundo nombre, pneumatomaquianos, se refiere a aquellos que probablemente Atanasio tenía en mente cuando insistió sobre el hecho de que el Espíritu Santo era *homoousios* con el Padre.

FUNDAMENTO TEOLÓGICO DE LA DOCTRINA DE LA TRINIDAD

Significado de Esencia y de Persona

Éste es uno de los aspectos más difíciles de explicar en la teología cristiana. Él sobrepasa toda lógica y raciocinio, pues trata del ser más interior de Dios, que no puede ser comprendido, aunque se pueda conocer a medida en que Él se revela. Dios dio a conocer pocas cosas acerca de la Trinidad. Como ya vimos, las Escrituras afirman la existencia de las tres personas, pero no nos da ninguna indicación que nos ayude a entender la verdadera naturaleza de las mismas, ni como realmente se relacionan.

El significado de Esencia

La palabra griega *ousia* (esencia, sustancia), que fue usada en los credos primitivos de la Iglesia para designar al Ser Divino, se entendió, en la historia de la teología, como sinónimo de *physis* (naturaleza). No obstante, este uso fue objeto de crítica por derivarse de “*phynai*”, que da la idea del ser que viene a existir, así como la palabra “natura” se deriva de “*nasci*”.⁸⁵

Aún a pesar de la crítica anterior, fue éste el significado que prevaleció históricamente. La palabra “naturaleza”, por lo tanto, ha sido la más común y constante para indicar la esencia divina. Ella habla de lo que Dios es, pero nada dice de su carácter tripersonal. Esto tiene que ver con otra palabra técnica usada por los teólogos: subsistencia.

⁸⁴ J. N. D. Kelly, *Early Christian Creeds* (San Francisco: Harper & Row, 1978), 259.

⁸⁵ Bavinck, *The Doctrine of God*, 297.

La palabra “naturaleza” se relaciona a lo que es común en las tres personas de la Trinidad, y no a la particularidad de cada una de ellas. Hay una sola esencia (o naturaleza) de Dios, que es compartida por las tres personas.

En 2 P. 1:4, las Escrituras usan la palabra *physis* para hablar de lo que Dios es. Por esta razón, en la teología, la palabra técnica *ousia* se toma como sinónimo de *physis*. Pedro dice que todos nosotros “somos co-participantes de la naturaleza divina”. ¿En qué sentido podemos entender esta afirmación de Pedro? Bavinck dice que existe una analogía entre la naturaleza divina y la humana. En nosotros hay reflejos de lo que Dios es, especialmente en aquellos que somos redimidos por Cristo, porque su imagen se está generando en nosotros. Hay una semejanza no de esencia, sino de comportamiento, que refleja al Creador. Consecuentemente, por causa de la imagen de Dios que se está restaurando en nosotros, tenemos una noción clara de lo que Él es, y podemos hablar de su naturaleza.

Sin embargo, cuando hablamos de la naturaleza humana y de la divina, tenemos que hacer las distinciones debidas. Nosotros dos, el escritor y el lector de este estudio, somos de la misma naturaleza – la humana. Esta naturaleza está presente en nosotros dos, y en cada miembro de la raza humana. Cada uno de nosotros comparte de esta naturaleza, pero de modo diferente a como comparten de la naturaleza divina las personas de la Trinidad. La naturaleza humana está presente en cada uno de nosotros, no obstante, de modo finito. Somos participantes de la misma naturaleza (*physis*), pero no somos numéricamente un individuo. Al contrario, somos individuos distintos y separados. Sin embargo, esto no se puede decir del Ser Divino.

Cada una de las personas de la Trinidad comparte de la misma naturaleza, la divina. No obstante, esta naturaleza no solamente está presente en cada una de ellas, sino también cada una de ellas es numéricamente una y la misma. Por lo tanto, las personas de la Trinidad son distintas, pero no separadas. Esta naturaleza divina está presente en su totalidad en cada una de las personas, y en todas, colectivamente.⁸⁶

Por lo tanto, por esta razón, hay tres personas que subsisten distintamente en el Ser Divino, hay una sola voluntad, una sola mente y un solo poder. La naturaleza de Dios apunta hacia su *unidad*, que es muy enfatizada en las Escrituras.

En nosotros, los seres humanos, existe una naturaleza de la cual todos compartimos. Somos también personas distintas, pero la gran diferencia es que no somos numéricamente uno. Somos individuos distintos. Sin embargo, no es así con Dios. Él subsiste en tres personas distintas, pero no separadas. Él es numéricamente uno. Ésta es la gran e infinita diferencia que existe en la manera en que todos los seres humanos comparten de la misma naturaleza y en el modo en como las personas de la Trinidad comparten de la misma naturaleza divina: es la unidad del Ser Divino, que no existe en nosotros.

El significado de Persona

Mientras el término *esencia* (o naturaleza) apunta hacia la unidad de Dios, el término *persona* (o subsistencia) apunta hacia las distinciones que existen en el Ser Divino.

¡El maravilloso misterio que existe en el Ser Divino es que su unidad no excluye su distinción o diversidad! Su naturaleza permite que Dios exista tripersonalmente, sin que

⁸⁶ Ibid., 298.

esto afecte su unidad, aunque no podamos explicar este fenómeno, por el hecho de que sobrepasa nuestro entendimiento.

La palabra griega usada para expresar “persona” en la iglesia oriental fue *prósopon*. Pero su sentido era ambiguo. Sabelio la interpretó como “manifestaciones”, dando origen al sabelialismo, que trató de las “formas de manifestación” de Dios y no de las personas del Ser Divino. Se usó también la palabra griega *hypóstasis* (que significa fundamento, subestructura, firmeza, aquello que existe en la realidad), pero la palabra *prósopon* prevaleció. En la iglesia occidental, se usó la palabra latina *persona* (que significa máscara, el papel que un actor representa – de ahí la palabra “personaje”). En teología, la palabra *persona* significó “la condición, cualidad, capacidad en la cual la persona funciona”.⁸⁷ En el occidente prevaleció la palabra *persona* (que fue la traducción de *prósopon*) al contrario de *hypóstasis*, porque no había en latín una palabra que fuera una traducción adecuada de ésta última. Al final las palabras *hypóstasis* y *prósopon* significaron la misma cosa. Bavinck dice que hasta el tiempo de Atanasio y de los tres capadocios, “en el lenguaje de la Iglesia el sentido de autoexistencia, *hypóstasis*, subsistencia, individualidad subsistente y, *suppositum* se volvió la característica esencial del término *prósopon* o persona.”⁸⁸ Posteriormente, después de las controversias cristológicas, la palabra *persona* adquirió una connotación aún más específica. Una persona era aquella que poseía una sustancia individual de naturaleza racional. Por lo tanto, de acuerdo con esta idea, una persona es quien tiene autoexistencia y racionalidad o autoconciencia.⁸⁹ Si esta definición es correcta en su totalidad, los seres humanos no pueden ser considerados como personas, porque ellos no poseen autoexistencia, sólo autoconciencia, que los diferencia de los animales. “En la doctrina de la Trinidad, la palabra ‘persona’ simplemente expresa la verdad de que las tres personas de la Deidad no son simples modos de manifestación, sino que tienen una existencia real y distinta.”⁹⁰ La preocupación de las definiciones de los padres de la Iglesia no era explicar lo inexplicable, sino negar la doctrina unitaria de los sabelianos. A decir verdad, la gran dificultad está en la explicación de la subsistencia tripersonal en la unidad del Ser Divino. ¡Éste es el gran e inexplicable asunto!

La única cosa que podemos decir es que Dios tiene más que un modo triple de existencia. Son realmente tres personas distintas que coexisten o subsisten en el Ser que es numéricamente uno. No son tres individuos separados, sino un solo individuo subsistiendo en tres personalidades distintas, sin ser separadas. Las tres constituyen al Dios único, vivo y verdadero. El Ser Divino, por causa de su infinitud, eternidad, poder, etc., exige ser de la forma que es, tripersonal, sin que nos sea posible penetrar los misterios de la naturaleza interior de Dios.

Atanasio y los tres padres capadocios definieron las “*hypóstases* como ‘formas de subsistencia’, y con esto quisieron decir que, aunque las personas sean un solo ser o esencia, ellas se diferencian en la manera de existencia”.⁹¹

⁸⁷ Ibid., 299.

⁸⁸ Ibid.

⁸⁹ Ibid.

⁹⁰ Ibid., 300.

⁹¹ Ibid., 301.

Trinidad Ontológica

La Trinidad ontológica tiene que ver con lo que Dios es, es decir, con su esencia o naturaleza. En la Trinidad ontológica estudiaremos el tema de la subsistencia de las tres personas y de las relaciones entre ellas.

El tema de la subsistencia tripersonal

La doctrina bíblica de la subsistencia tripersonal en una sola esencia, es decir, en una esencia que es numéricamente una, muestra como la autoconciencia de Dios es independiente del universo y existe desde siempre.

La doctrina de la subsistencia personal probada por las “opera ad intra”

Opera ad intra son las obras que suceden dentro del Ser Divino. Técnicamente, se denominan *opera ad intra* porque estas obras ocurrieron en el interior del Ser Divino en la eternidad. Dichas obras ocurren independientes de cualquier otra relación con algo externo a la Divinidad y, ésta, la Divinidad, las presenta en su unidad. Estas obras *ad intra* son eternas e inmutables, además de ser personales y esenciales.

Ellas no son el producto del ejercicio de la voluntad de Dios. Dios no deseó ser lo que es, sino que siempre ha sido lo que es. No obstante, su naturaleza exigió que Él hiciera lo que hizo en la eternidad. Esta doctrina es producto de un raciocinio lógico, pero puede ser explicada bíblicamente.

Estas obras que serán estudiadas separadamente no son producto de la voluntad de Dios. Dios no decidió ser lo que es, ni hubo un tiempo en el cual Él no ha sido lo que siempre fue. Por lo tanto, estas obras no tienen nada que ver con el decreto de Dios, que tiene su ejecución en el tiempo.

Las *opera ad intra* tienen que ver con: 1) la paternidad de Dios, 2) la generación del Hijo por el Padre, y 3) la procesión del Espíritu del Padre y del Hijo. En Dios, estas obras no son accidentales, sino esenciales. Ellas tratan de la subsistencia de las personas en el Ser Divino.

1. Paternidad

Ser padre es una obra exclusiva de la primera persona de la Trinidad. Cuando una persona se hace padre, su esencia no cambia, permanece igual. También esto se aplica en relación a Dios. Sin embargo, hay una diferencia fundamental entre ser padre para los hombres y serlo para Dios. Él es Padre eternamente. Nunca ha habido época en que la primera persona de la Trinidad no haya sido Dios, el Padre. Él nunca ha sido lo que no era antes.

En los siguientes párrafos, en donde analizaremos los pensamientos de los teólogos con respecto a este difícil asunto, aparecerán términos técnicos para los cuales es necesaria mucha atención. De lo contrario, el asunto no se comprenderá debidamente.

En la historia de la iglesia, hay dos palabras que se escriben de manera parecida, pero que, en el transcurso de la historia de la teología, adquirieron un sentido muy diferente una de la otra. La primera es *gennetos*, del verbo griego *gennan*, que produce al latín “*gignere, generare*”, engendrar. La otra palabra muy parecida es *genetos*, del verbo *gignesthai*, en latín *fieri*. Este último término tiene un sentido más global y denota todo lo que tiene un principio, que resulte de la creación, generación o propagación. Ahora, la distinción entre las dos palabras no siempre se entendió debidamente. Al principio se

reconoció que ambas tenían un doble sentido, uno de ellos aplicable al Hijo, pero el otro no. Gradualmente, las dos palabras se hicieron distintas.⁹²

Posteriormente, el término *agenetos* (sin comienzo o increado) se vio como una propiedad de las tres personas de la Trinidad. La propiedad de ser increado no tuvo un comienzo en la historia. Por lo tanto, la *agenesia* es una propiedad del Ser Divino, común a todas las Personas. No obstante, este término *agenesia* debe ser distinto a *agennesia*, que es un atributo exclusivo del Padre. El Hijo es *gennetos* (engendrado), pero no en el sentido de ser creado en el tiempo, como las criaturas lo son. Él vino de la esencia del Padre eternamente. En contraste con el Hijo, el Padre es *agennetos* (no engendrado). Banvick, además, comenta: “los padres de la iglesia fueron cuidadosos en afirmar que *agennesia* es una propiedad perteneciente a una Persona, y no al Ser”.⁹³ Las tres personas poseen *agenesia*, pues es atributo del Ser Divino, pero sólo el Padre posee *agennesia*, es decir, Él no es engendrado ni procede de nadie.

Por lo tanto, la *agennesia* es una cualidad atribuida solamente a la primera persona de la Trinidad, como algo exclusivo de ella. Se dice que el Hijo es “engendrado por el Padre”, el “unigénito del Padre”. Del Padre se dice que Dios es *agennetos* (es decir, que no es engendrado). No obstante, este término *agennesia* es un término negativo, porque no dice lo que la Primera persona es, sino lo que no es. Él sólo afirma que el Padre no es como el Hijo, es decir, engendrado. A decir verdad, el término *agennetos* no tiene nada que ver con la designación bíblica de *Padre*. Estas son distinciones eminentemente teológicas, elaboradas en el transcurso de los siglos para intentar explicar lo casi inexplicable.

Para explicarlo de manera mucho más simple, y sin querer profundizar más allá de lo que ya hicimos, la solución más apropiada es aceptar la pequeña información dada por las Escrituras. Sin las dificultades de las elaboraciones teológicas, lo mejor es usar el término empleado por las propias Escrituras para la Primera persona de la Trinidad: *Padre*. Éste es su atributo personal. Este atributo es mucho mejor porque implica una relación positiva con la Segunda persona que se le denomina, Hijo.

Como Padre, por lo tanto, la primera persona de la Trinidad también se considera como poseedor del atributo de la *geratio ativa*, haciendo que el Hijo fuera engendrado de su esencia.

Este asunto se debe tratar lógica y no cronológicamente. Nunca ha habido un “tiempo” cuando la primera persona de la Trinidad no haya sido Padre. Por lo tanto, nunca intente colocarle a Dios la idea de que “un día se hizo padre”, como sucede con nosotros, seres finitos y temporales.

2. Filiación

Este atributo personal es única y exclusivamente relativo al Hijo, no al Ser Divino en su totalidad. Solamente Él es Hijo del Padre, no el Espíritu. Él es el Hijo eterno de Dios. Lo mismo que dijimos anteriormente acerca del Padre, también lo decimos del Hijo: nunca ha habido “tiempo” en cual el Hijo no haya sido Hijo. Él no llegó a ser Hijo con el tiempo. Él es Hijo desde siempre. El Hijo es eternamente engendrado de la esencia del Padre. Él no existió como las otras criaturas. Nunca se debe entender de esta forma.

Debemos afirmar esta verdad (aunque no la comprendamos totalmente), porque la divinidad del Hijo fue muy cuestionada por los arianos y por todos los unitarios en la

⁹² Ibid., 306.

⁹³ Ibid.

historia de la iglesia, una vez que la idea de filiación tropezó con el problema de la eternidad. Si Cristo es Hijo, hubo un tiempo en el cual no lo fue, ni Dios fue Padre. Los unitarios siempre atacaron la divinidad del Hijo por causa de esto.

Sin embargo, aún a pesar de las protestas contra esta doctrina en la historia, es absolutamente lícito y propio hablar en teología de la generación del Hijo, por causa de las afirmaciones de las Escrituras con respecto a la segunda persona de la Trinidad.

La doctrina de la generación del Hijo se apoya en los textos en los cuales Cristo es llamado Hijo por su Padre, e Hijo de Dios, por diferentes testimonios:

Hijo – El Padre da testimonio con respecto al Redentor como su Hijo (Mt. 3:17; 17:5; He. 1:8).

Hijo de Dios – Jesús se declaró a sí mismo Hijo de Dios (Mr. 14:61-62; Jn. 19:7). No obstante, si Jesús sólo diera testimonio de sí mismo, su testimonio no sería verdadero. Pero, además, del testimonio de su Padre, hay una nube de testigos que reconocen su filiación divina. Los ángeles dan testimonio que Cristo es el Hijo de Dios (Lc. 1:31,35); los propios demonios testificaron que Jesús es el Hijo de Dios (Mt. 8:28-29; Mr. 3:11; Lc. 4:41); los discípulos testificaron de su filiación divina (Mt. 16:15-16; Jn. 1:34,49; 11:27, Hch. 8:37); aún los hombres impíos reconocieron la filiación divina de Jesucristo (Mt. 27:54).

El testimonio de la predicación apostólica incluía el reconocimiento de Jesucristo como Hijo de Dios (Hch. 9:20; 2 Co. 1:19). Además de todo esto, Jesús muchas veces llamó a Dios “mi Padre” (Jn. 8:18).

Todos los seres racionales no dudaron en ver en Jesús al Hijo de Dios, muy a pesar de que no todos creyeran en Él. No obstante, esta prueba es una manera irrefutable de mostrar la necesidad de afirmar la generación del Hijo de Dios.

La doctrina de la generación eterna del Hijo, es apoyada por otros textos que hablan de un modo más directo:

Primogénito – Esta expresión aparece en algunos textos del Antiguo Testamento e incluso del Nuevo (Sal. 89:20,26-27; He. 1:6). Ésta recuerda la idea de que Jesucristo es el primero y el que poseía la primacía.

Unigénito (Jn. 1:14-18) – Estos versículos muestran no solamente que el Hijo es engendrado, sino también evidencian que el Hijo viene de la misma esencia del Padre, porque dicen que Él “estaba en el seno del Padre”. Todos los cristianos ortodoxos creen que la palabra “sabiduría” en Pr. 8:24-25 se debe aplicar al Hijo de Dios como la sabiduría personalizada. Si esto es así, está claro a partir de este texto que Cristo fue engendrado desde la eternidad.

La doctrina de la eterna generación del Hijo es apoyada aún por otros textos que hablan de ella de manera casi literal, pero que deben ser correctamente entendidos dentro de sus contextos (Sal. 2:7; He. 1:5; 5:5).

La idea de Hijo implica, obviamente, que hay un Padre. Tanto lo que engendra como lo que es engendrado, son de la misma esencia. La palabra generación, con respecto al Hijo, puede ser perfectamente usada, pues el texto analizado anteriormente muestra que Jesucristo es el “Unigénito” de Dios. Y la palabra griega *monogenes* (“unigénito”) es lo mismo que el “único engendrado”. Del mismo modo que se dice que Isaac es el “único hijo” de Abraham, también se dice que el Hijo es engendrado por el Padre. La diferencia

más fundamental aquí, es que este último es divino, porque es eternamente engendrado por el Padre.

A pesar de que yo crea en la generación eterna del Hijo por el Padre como una excelente formulación teológica, yo no me arriesgaría, como algunos teólogos lo hacen, a usar textos como el Salmo 2:7 “Mi *hijo* eres tu; yo te *engendré* hoy”, y He. 1:5;5:5, que son una especie de repetición del mismo Salmo, para probar la generación eterna del Hijo. La razón de mi reticencia en el uso de estos textos está en el hecho de que ellos, en sí mismos, no clarifican sobre la materia, y también por la única interpretación que las propias Escrituras dan de esta idea de la generación del Hijo, que se encuentra en Hch. 13:33. Cuando Pablo cita el Salmo 2:7, él aplica la generación del Hijo como algo que se refiere a la resurrección de Jesús. En He. 5:5 el mismo Salmo es citado en el contexto del llamamiento de Cristo para ser Sumo Sacerdote, sin mayores explicaciones. Por lo tanto, el texto de Hch. 13:33 es la única luz que tenemos sobre el sentido de la expresión “yo te engendré hoy” en las citas ya mencionadas. Exegéticamente es temerario afirmar que se refieren a la generación eterna del Hijo.

Con seguridad creemos que el Padre eternamente engendra al Hijo de su propia esencia. El Hijo es “Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, no hecho, siendo una sustancia con el Padre” (como afirma el Credo de Nicea). Sin embargo, los arianos “enseñaban que, por la voluntad del Padre el Hijo fue engendrado de la nada. Esto, no obstante, no sería una generación, sino creación”.⁹⁴ Si el Hijo fue creado de la nada, significa que Él existió con el “tiempo”, porque Él es producto de la voluntad del Padre. Ahora, si Él fue engendrado por la voluntad del Padre, esto implica que hubo un decreto lógicamente anterior, pues la realización de la voluntad es subsiguiente al decreto que determina el ejercicio de su voluntad. La idea ariana, además, agrega que Él no vino de la sustancia del Padre, sino de la nada. Si el Hijo vino de la nada, no tiene la misma esencia del Padre, no siendo, por lo tanto, verdaderamente Dios. Éste fue el raciocinio falaz de los arianos.

La Iglesia cristiana, desde el tercer siglo, confesó abiertamente la generación eterna del Hijo, combatiendo la herejía de los arianos. Estos también dijeron que “hubo un tiempo en que Él no era”, pero que llegó a ser. Para probar la no-eternidad del Hijo, apelaban a Pr. 8:22-24, que dice que “Jehová me poseía en el principio, ya de antiguo, antes de sus obras” y “antes de los abismos fui engendrada...”. Si el Hijo no fue engendrado eternamente, la primera persona de la Trinidad también no es Padre eternamente. Por consiguiente, en este raciocinio, Dios cambió, su esencia fue alterada, porque, en un “tiempo” determinado, Él llegó a ser Padre cuando antes no lo era, y el Hijo llegó a ser lo que no era. En este caso, en esencia Dios no es Padre, ni el Hijo es eterno.

Bavinck usa una figura que al parecer nos ayuda en la comprensión de la generación eterna del Hijo. Él afirma que “así como es natural para el sol dar luz y para la fuente derramar agua, así también es natural para el Padre engendrar al Hijo”.⁹⁵ No existe sol sin luz, así como no existe Padre sin Hijo. Nunca ha habido un tiempo en que el Padre no haya sido Padre y tiempo en que el Hijo no haya sido Hijo. Es en este sentido que el Hijo es eternamente engendrado por el Padre.

⁹⁴ Ibid., 309.

⁹⁵ Ibid.

La cualidad de ser engendrado por el Padre no es una cualidad del Ser Divino, sino de la segunda persona de la Trinidad. Por lo tanto, el atributo de la *generatio pasiva* pertenece únicamente al Hijo, no al Espíritu ni al Padre.

Este artículo de la filiación divina de Cristo siempre ha sido de gran importancia en la vida de la Iglesia cristiana. Es un dogma vital de la misma. Sin la doctrina de la filiación eterna de Jesucristo, no podría haber soporte para la doctrina de la Trinidad. Por esta razón, debemos enfatizar mucho, nuestra enseñanza y predicación de esta verdad incuestionable para los cristianos.

3. *Procesión*

El atributo de proceder del Padre y del Hijo es propiedad personal del Espíritu Santo, no de la totalidad del Ser Divino. El Espíritu Santo procede (o es espirado) tanto del Padre (Jn. 15:26) como del Hijo (Jn. 16:7). Las Escrituras hablan algunas veces del Espíritu Santo como el Espíritu de Dios, y también hablan de Él como el Espíritu del Hijo. Nunca ha habido un tiempo en que el Espíritu Santo no existiera o que no hubiera procedido de las otras dos personas.

La doctrina de la procesión del Espíritu Santo de parte del Padre nunca recibió ninguna objeción dentro de la Iglesia cristiana. Sin embargo, cuando se sostuvo la procesión del Espíritu Santo de parte del Hijo hubo un cisma en la iglesia. El Credo de Niceno tenía incorporado la cláusula de que el Espíritu Santo procedía del Hijo, lo que causó la división de la Iglesia en dos bloques: el occidental y el oriental, culminando en la separación definitiva en 1054.

La causa del cisma fue la introducción en el Credo del término latino *filioque*, que significa “y del Hijo”. A decir verdad, en el Credo de Nicea (325) aparece solamente la expresión “procede del Padre”. Solamente en el 589, en el Concilio de Toledo (España), en la iglesia occidental, es que la expresión *filioque* fue adicionada a la expresión “procede del Padre”. Esta expresión “se agregó gradualmente al Credo, a pesar de que no haya sido aceptada como parte del credo en Roma hasta algunos siglos después”.⁹⁶ Gruden observa que la aceptación final del Credo Niceno con la cláusula incorporada se dio en el año 1017. Agrega que aunque “toda la controversia fue complicada por la política eclesiástica y luchas por el poder, y este punto doctrinario aparentemente insignificante fue el principal tema doctrinario en la división entre el cristianismo occidental y el oriental en el año 1054”.⁹⁷

La iglesia occidental terminó aceptando *filioque* con base en el texto de Juan 16:7. ¿Qué peso tiene esta evidencia? Los argumentos de la iglesia occidental parecen tener una cierta ventaja sobre los de la iglesia oriental. Además de Juan 16:7, hay otra afirmación en Juan 15:26, donde Jesús nuevamente dice: “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, *el cual procede del Padre*, Él dará testimonio acerca de mí”. El texto habla que el Espíritu Santo procede del Padre (que debe ser entendido como aquel que el Padre envía), así como habla que el Espíritu Santo es enviado por el Hijo.

Es importante observar que estos textos de Juan no hablan necesariamente que el Espíritu Santo procede del Hijo o sobre el origen del Espíritu (porque Él es el Espíritu

⁹⁶ John H. Leith, ed., *Creeds of the Churches* (Atlanta: John Knox, 1982), 32.

⁹⁷ Wayne Gruden, *Systematic Theology* (Grand Rapids: Zondervan, 1994), 246.

eterno), sino sobre el hecho de que el Espíritu Santo es enviado por el Hijo para ejecutar la obra de la consolación.

No obstante, la palabra *procesión* en la teología de la iglesia occidental no debe ser entendida como el origen del Espíritu Santo o que su Ser se deriva del Padre y del Hijo; antes, ella denota el modo por el cual el Espíritu Santo eternamente se relaciona con el Padre y con el Hijo.⁹⁸

Sin estas enseñanzas sobre las *opera ad intra*, es decir, sobre la paternidad, la filiación y la procesión, no podríamos tener ninguna sustento para la doctrina de las distinciones personales en la Divinidad.

Trinidad Económica

La palabra *economía* se relaciona al modo en como las personas de la Trinidad hacen las cosas. Aunque las tres personas co-esenciales trabajen como una unidad, tienen un *modus operandi* que es propio y exclusivo de cada una. Todas estas obras tienen que ver con la relación que las personas tienen con el mundo creado, sea en la esfera de la creación, providencia o redención.

El Padre siempre actúa a través del Hijo y del Espíritu Santo. De esta forma, el Padre es la fuente de actividad, que opera dentro de sí mismo y por sí mismo. El Hijo es el medio por el cual el Padre trabaja, que opera no por sí mismo, sino hace todas las cosas a pedido del Padre, y el Espíritu Santo es el límite de actividad, que opera no por sí mismo, sino hace lo que es del Padre y del Hijo.

El problema de la subordinación de función

Ario tenía la concepción de que el Hijo era inferior al Padre y que, por esto, era subordinado al Padre. Afirmaba que las personas eran de esencia diferente (*heteroousios*), teniendo, por lo tanto, una especie de subordinación de esencia. Contra este pensamiento se sublevó Atanasio y el Concilio de Nicea (325), argumentando a favor de la consubstancialidad de las tres personas.

Por lo tanto, la ortodoxia, que cree en la co-igualdad de las tres personas y niega la subordinación de esencia, afirmó la subordinación de función, que es propia de la llamada “Trinidad Económica”. El Dios trino trabaja de forma que cada una de las personas hace una obra y en ellas, el Hijo y el Espíritu, están en una función de subordinación, para que los decretos de Dios se cumplan. Es característica del Padre estar en una función de mando y de dirección que el mismo término le confiere.

¿Qué es esta subordinación de función? La subordinación se relaciona con las *opera ad extra* de las personas de la Trinidad.

La subordinación del Hijo al Padre

La subordinación se evidencia en el hecho de que el Hijo ha sido enviado por el Padre. El orden de las cosas no sería el Hijo enviando al Padre, ni el Espíritu Santo enviando al Hijo o al Padre. Es una cuestión de precedencia del Padre sobre el Hijo, por esto, uno envía al otro. Y la Biblia es clara en esta materia. En muchos textos esta verdad se

⁹⁸ En su *Proslogion*, II-IV.

Menciona (por ejemplo: Jn. 7:29). Si esto es así, entonces el Hijo está bajo la autoridad funcional del Padre.

No solamente el Hijo es enviado por el Padre, sino que también Él obedece la voluntad de su Padre (Jn. 4:34; 14:31). Esta función no se podría invertir, pues es propio del Padre ser obedecido. Cabe al Hijo la función de estar en sumisión al Padre. De lo contrario, el Padre dejaría de ser Padre y el Hijo de ser Hijo. Él habla las palabras de su Padre (Jn. 14:24), recibe la herencia de su Padre (Jn. 16:15) y recibe la autoridad de su Padre (Jn. 17:2). Esta autoridad que el Hijo recibe del Padre, por causa de la Trinidad económica, será devuelta al Padre, cuando todas las cosas de la redención sean completadas (1 Co. 15:28). La subordinación de función también se expresa en las peticiones que el Hijo le hace al Padre (Jn. 14:16).

La subordinación del Espíritu Santo al Padre y al Hijo

El Espíritu Santo fue enviado por el Hijo (Jn. 16:7) y por el Padre (Jn. 14:26) para consolar a los cristianos, y sólo les revela lo que el Hijo le ordenó. En este sentido, el Espíritu Santo está subordinado tanto al Padre como al Hijo, de quien procede.

No solamente el Espíritu Santo fue enviado por el Padre y por el Hijo, sino que Él sólo hace lo que el Hijo le ha designado (Jn. 16:13-14).

Estas funciones denotan una subordinación del Espíritu Santo con relación al Padre y al Hijo. No obstante, se debe entender claramente que esta subordinación de función no implica subordinación de esencia, que fue el gran error del arianismo de los primeros siglos. El Hijo y el Espíritu Santo no son inferiores al Padre o de importancia menor en las relaciones interpersonales.

La doctrina de la Trinidad económica probada por las “opera ad extra”

Las *opera ad extra* son las obras que Dios hace, es decir, obras externas, que no son hechas dentro de su Ser. Ellas tienen que ver con la creación, la providencia y la redención. Para usar una manera técnica de hablar, estas obras son la *opus naturae* y la *opus gratiae*, es decir, la obra de la naturaleza y la obra de la gracia, respectivamente. La *opus naturae* tiene que ver con la creación y con la *continuata creatio* (creación continuada), que es la obra de la providencia. La *opus gratiae* tiene relación con la obra especial de la redención de los pecadores. Todas ellas son producto de la voluntad divina. Éstas existen porque el Dios trino decidió hacerlas. No son esenciales en Dios, porque Él podría existir sin ellas; sin embargo, decidió hacerlas.

Estas obras son comunes a las tres personas de la Trinidad. No obstante, por una cuestión de *modus operandi*, una obra puede ser atribuida más a una persona que a las otras.

1. La obra de la Creación

La creación es una obra de la Trinidad, pero la primera persona es quien parece tener más preeminencia en ella. Veamos de forma sistemática la obra de la creación como una obra trinitaria.

a) En las Escrituras se dice que Dios, el Padre, es el creador de todas las cosas (Gn. 1:1; Sal. 33:6-9; Is. 54:5). El profeta Malaquías afirma la paternidad y la creación de Dios, preguntando: “¿No tenemos todos un mismo padre? ¿No nos ha creado un mismo Dios?” (Mal. 2:10). Dios, el Padre, es el Dios creador. Los libros del Nuevo Testamento confirman

esta verdad con respecto al Padre. En una bella oración registrada por Lucas, la Iglesia de Jerusalén se dirige a Dios, el Padre, diciendo: “Soberano Señor, tu eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay” (Hch. 4:24). ¿Cómo sabemos que el texto trata del Padre? Porque en esta misma oración, la iglesia dice: “Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste...” (v.27). Está clara la distinción entre el Padre y el Hijo Jesucristo.

b) Las Escrituras también afirman que el Hijo es el creador de todo. Él es más que un agente de la creación; como Dios que es, también es creador, pues Juan dice que “Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Jn. 1:3). Pablo agrega que en Cristo “fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él” (Col. 1:16). El autor de la Epístola a los Hebreos dice que Dios lo “constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo” (He. 1:2).

c) También en las Escrituras se dice que la vida del universo es dada por el Espíritu Santo, cuando Génesis menciona que “el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas” (Gn. 1:2). La tierra era sin forma y vacía. Sin embargo, el Espíritu Santo generaba vida en el universo creado por la Divinidad. Mientras el Padre creaba las cosas, por medio del Hijo (o la Palabra), el Espíritu Santo daba vida a las cosas existentes. Uno de los amigos de Job confirma esta verdad sobre el Espíritu creador, de la siguiente manera: “el espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida” (Job 33:4).

Por lo tanto, la creación es una obra de toda la Trinidad, una *opera ad extra*, producto de la voluntad de Dios, hecha primeramente para la gloria de la Divinidad y, en segundo lugar, para el deleite de las criaturas racionales.

2. La obra de la Providencia

Las obras de la providencia también pertenecen a la Trinidad y, no solamente a una de las personas. La creación es una obra terminada; Dios de ella descansó, pero no dejó de trabajar. Jesús dijo: “mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo” (Jn. 5:17). El Dios trino continua su obra de manutención de la creación. Por esta razón, es común que se hable en teología de la *creatio continuata* o de la providencia. Después de que la creación fue terminada, la obra de la providencia comenzó, pues todo lo que es creado tiene que ser mantenido. No hay nada independiente, excepto el propio Creador. Él se basta consigo mismo, pero la creación no. Por consiguiente, tiene que ser preservada y gobernada, y estas funciones no son exclusivas de una sola persona de la Trinidad.

La liberación de la esclavitud de Egipto y la conducción del pueblo hasta Canaán son una muestra de la participación de las tres personas en una obra providencial de Dios, aunque la segunda persona aún no se había encarnado en la historia humana. Si se examina atentamente el texto de Isaías 43:7-14, muestra a las tres personas actuando providencialmente: se menciona el nombre de “Jehová”, pues a los hijos de Israel se les llama ese nombre. Éste nombre es el santísimo que califica a los hijos de Israel, que Dios había creado y formado (v.7). En el versículo 10, se menciona al “Siervo”, que también se le llama “Señor”. Con certeza, se refiere al Ángel de la Alianza, que no es la primera persona. A este siervo se le llama “escogido” (lo que concuerda con 1 P. 2:6). La palabra “salvador” en el v.11 se le atribuye con más frecuencia, en las Escrituras, al Hijo encarnado. El Espíritu Santo aparece de modo indirecto, cuando Dios actúa en su obra

salvífica y nadie puede impedirlo (v.13). Lo curioso es que, cuando se trata de *Jehová*, del Siervo o del Espíritu, siempre se afirma la idea tan común en Isaías: “fuera de mí no hay quien salve”. El “mí” se refiere al Dios trino y no simplemente a la persona del Padre.

Hay algunos textos que nos ayudan a ver de manera diferente la obra de la Trinidad en la preservación de su pueblo y del universo.

La obra de la providencia pertenece al Padre

Aunque sea una tarea de la Trinidad, la creación del universo se le atribuye más al Padre. Lo mismo se puede y se debe decir en relación a las obras providenciales.

La obra de la providencia pertenece al Hijo

Jesucristo se menciona en las Escrituras como Aquel que “sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (He. 1:3).

La obra de la providencia pertenece al Espíritu Santo

Hablando de la majestad creadora y gobernadora de Dios, el profeta Isaías afirma la participación del Espíritu de Dios, haciendo las siguientes preguntas:

Is. 40:13-14 – “¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole? ¿A quién pidió consejo para ser avisado? ¿Quién le enseñó el camino del juicio, o le enseñó ciencia, o le mostró la senda de la prudencia?”

Todos los propósitos sabios que gobiernan al mundo son atribuidos también al Espíritu de Dios. Las *opera ad extra* son indivisibles, perteneciendo a las tres personas de la Trinidad.

3. La obra de la Redención

Las tres personas de la Trinidad están involucradas en las obras de la gracia, que se evidencia en la preparación de las Escrituras para el anuncio de la redención en todas las épocas, tanto en la economía de la salvación como en la resurrección de Jesucristo, que tiene que ver con la consumación de su obra redentora.

En la inspiración de las Escrituras

La revelación redentora de Dios fue registrada para que el pecador pudiera tomar conocimiento de la redención que hay en el Dios trino. Por lo tanto, la revelación de la verdad de Dios y su registro, que tiene que ver con la inspiración, es una dádiva por gracia de Dios. Sin dicho registro, las generaciones nunca habrían sabido de la historia de la redención de Dios.

Este registro inspirado es una obra de la cual nuevamente participan las tres personas de la Trinidad. Pablo afirma categóricamente que “toda la Escritura es inspirada por Dios” (2 Ti. 3:16), no refiriéndose únicamente al Espíritu Santo, la tercera persona de la Trinidad. No obstante, es común en teología atribuir esta obra de la inspiración, a la tercera persona, porque Pedro dice que “los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 P. 1:21).

Por otro lado, podemos decir que lo mismo sucedió con los profetas, pero está escrito que Cristo estaba hablando a través de ellos. Veamos lo que el mismo Pedro dice:

“Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el *Espíritu de Cristo quien estaba en ellos*, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos” (1 P. 1:10-11).

Es muy cierto que podemos decir que este “Espíritu de Cristo” es el mismo que el Espíritu Santo, si consideramos que el Espíritu Santo también procede del Hijo.

Aún considerando que la obra de la inspiración es más propia de la tercera persona de la Trinidad, no debemos pensar que es exclusiva de la misma. Un texto de 2 Samuel muestra que la Trinidad toda, está involucrada en esta tarea. El texto dice:

2 S. 23:2-4 – “El *Espíritu de Jehová* ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua. El *Dios de Israel ha dicho*, me habló la *Roca de Israel*: habrá un justo que gobierne entre los hombres, que gobierne en el temor de Dios. Será como la luz de la mañana, como el resplandor del sol en una mañana sin nubes, como la lluvia que hace brotar la hierba de la tierra.”

El texto menciona primero al “Espíritu de Jehová” que habla por medio del profeta (v.2), que es la tercera persona de la Trinidad. Después el texto menciona que el “Dios de Israel ha dicho” (v.3). Obviamente, el “Dios de Israel” es el Padre de Jesucristo, según la enseñanza general de las Escrituras. Al mismo tiempo habla que este Dios es la “Roca de Israel”, que habla de Aquel que “gobierna con justicia entre los hombres, que gobierna en el temor de Dios” (v.3), pareciendo ser una referencia clara al Hijo de Dios aún no-encarnado que reinaba en la vida de los profetas y de los hombres en general. El Hijo es entendido en las Escrituras como el que domina y, también como la Roca de Israel que habla a los profetas.

Estas Escrituras, inspiradas por el Dios Trino, son el resultado de la “pacto perpetuo, ordenado en todas las cosas, y será guardado (bien seguro)” (v.5; ver Hag. 2:4-5), que se hizo entre el Dios Trino y el pecador escogido en Cristo Jesús.

Por lo tanto, es prudente tratar de la revelación y de la inspiración como algo que proviene de la Trinidad, y no como una obra exclusiva del Espíritu Santo.

En la economía de la Salvación

Las tres personas de la Trinidad participan activamente de la salvación del pecador, ejerciendo tres funciones distintas. El texto de 1 P. 1:2 muestra el plan de salvación en términos de la elección en amor de Dios, el Padre: muestra la ejecución de la salvación en términos del “rociamiento (aspersión) de la sangre” del Dios-encarnado, el Hijo; y muestra la salvación en la vida del creyente como un proceso, gracias a la “santificación del Espíritu Santo”.

Esta misma idea aparece en el texto de 2 Ts. 2:13-14. El texto dice que nosotros, los amados de Dios, somos escogidos desde el principio para salvación. Dice también que somos escogidos para la “santificación por el Espíritu” y para “alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo”.

Ningún aspecto de la salvación del pecador debe ser atribuido exclusivamente a una persona de la Trinidad, como si las otras no tuvieran nada que ver con ella. El texto de Efesios 1:1-14 muestra las mismas ideas: Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, escogiéndonos (v.4-5); habla del “Amado” de Dios, “en quien tenemos redención por su

sangre” (v.6-7), y habla de la obra del Espíritu Santo que asegura nuestra redención, siendo el sello y las arras (garantía) de nuestra salvación (v.13-14).

Por lo tanto, la administración de la salvación del pecador es obra de las tres personas divinas, aunque haya una distinción en lo que cada una de ellas hace.

La doctrina de la Trinidad no es una doctrina especulativa. Cuando analizamos la redención del pecador, es fácil percibir como las tres personas están activas, ¡haciendo realidad la misteriosa y maravillosa restauración del pecador! Éste percibe, en su miseria, que era necesario que una persona divina decidiera salvarlo, escogiéndolo para vida; también percibe que el Dios ofendido providenció a otra persona divina para satisfacer sus exigencias por causa de las ofensas del pecador; percibe, además, que existió la necesidad de una tercera persona divina para santificar personalmente su vida, a fin de que pueda disfrutar de la redención planeada por el Padre y asegurada por el Hijo. Ésta es la obra por gracia de la Trinidad que reconoce todo pecador redimido, después de ser instruido en la enseñanza de las Sagradas Escrituras.

La Trinidad en su totalidad está involucrada en todas las obras relativas a nuestra creación, preservación y redención. ¡Las observaciones de las Escrituras y la experiencia de los santos de Dios, ha mostrado que las obras de la Trinidad son una realidad incuestionable!

En la resurrección de Cristo

Las tres personas de la Trinidad participan del acto glorioso de la resurrección de nuestro Salvador Jesucristo.

LAS TRES PERSONAS ESTUDIADAS SEPARADAMENTE

La primera Persona

Sería un pleonasmo teológico afirmar la divinidad del Padre. La única cosa que se podría hacer en esta parte del trabajo es afirmar que solamente hay un Dios, pero esto también se puede afirmar sobre el Hijo. No se trata de pluralidad de dioses, sino de pluralidad de personas en un solo Dios.

La divinidad del Padre en el Antiguo y Nuevo Testamento

Que el Padre es Dios es claramente evidente en cada versículo de las Sagradas Escrituras, a partir de su primer versículo: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra”. También es evidente que, aunque exista la Trinidad, la divinidad del Padre no es superior a la del Hijo ni a la del Espíritu Santo. Sin embargo, hay una cierta subordinación funcional de las otras dos personas hacia Él. Pero esto no lo hace más Dios que ellas. Es sólo una cuestión del *modus operandi* de la Trinidad, como ya hemos visto.

La segunda Persona

La divinidad de Jesucristo afirmada en el Antiguo Testamento

Aunque el Verbo se hizo carne solamente en el período del Nuevo Testamento, hay algunas profecías en el Antiguo Testamento que mencionan la divinidad del Mesías que iba a venir. Los más clásicos son los siguientes:

Is. 9:6 – “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, *Dios Fuerte*, Padre Eterno, Príncipe de Paz.”

Desde el comienzo del capítulo, el profeta Isaías, bajo inspiración divina, está hablando del nacimiento del Mesías que habría de venir. Habla de la tierra que sería honrada con su venida (v.1); habla de la gran luz que el pueblo tendría (v.2); habla de la alegría que este pueblo experimentaría (v.3); habla de la liberación del yugo humano (ésta era la esperanza judaica), (v.4-5). Luego, hay un anuncio del nacimiento de un niño que tiene los nombres propios de alguien que es más que sólo un hombre. Sin tomar en cuenta el orden que el texto presenta, analicemos las dobles expresiones de este versículo:

Dios Fuerte – Inconfundiblemente, este título le atribuye plena divinidad. Y esta divinidad viene adjetivada con “fuerte”. Jesucristo es un Dios poderoso. Por esta razón, varias veces en el Nuevo Testamento a Jesucristo se le llama “Señor”, Aquel que posee dominio absoluto sobre el universo.

*Consejero*⁹⁹ – Este título divino que Jesucristo recibe en el Antiguo Testamento se comprueba de manera extraordinaria en el Nuevo Testamento. A mi entender, este título se refiere a la suprema tarea que Jesucristo tiene como Pastor de su pueblo. La tarea de “consejero” es eminentemente pastoral. El consejero es aquel que conforta, anima y alienta a las personas en horas de tristeza, desánimo y debilidad. Además, Él habría de ser “admirable” en el cumplimiento de esta tarea. Es por esta razón que el Nuevo Testamento habla de Cristo como el “Supremo Pastor” de nuestras almas (1 P. 5:4; 2:25). Así como su Padre era el “pastor maravilloso (admirable)” de su rebaño (Ez. 34:15-16), Dios, el Hijo encarnado, habría de ejercer la misma función de una manera profundamente maravillosa.

Padre Eterno – Este título se puede traducir como “Poseedor de la Eternidad”. Indica de modo eminente la divinidad de Jesucristo. Solamente alguien eterno puede traer a la existencia cosas eternas. Con su Padre, Él genera cosas eternas, como la vida y sus bienaventuranzas. Él es el Padre de la redención perpetua de su pueblo.

Príncipe de Paz – Jesús vendría a establecer la paz entre los hombres. Los ángeles anunciaron esta paz como producto de la encarnación del Verbo (Lc. 2:11-14). Él creó la paz entre los judíos y los gentiles, que Pablo declara maravillosamente, derrumbando el muro de separación que había entre ellos (Ef. 2:14-16). Él crea la paz entre los pecadores redimidos y Dios (Ro. 5:1). La tarea de ser el Príncipe de Paz es divina, porque solamente Dios puede restaurarnos a su favor y, Cristo es el Dios encarnado para poder establecer esta paz entre el ofendido y los ofensores. Es paz de Dios porque el propio Dios tomó la iniciativa de crearla. Como Cristo es el agente de esta paz, se le llama “Príncipe de Paz”.

⁹⁹ N. del T.: Aquí se menciona la palabra “maravilloso”, ya que en la versión brasileña, Almeida Revida y Actualizada, Isaías 9:6 usa la expresión “Maravilloso Consejero” en lugar de “...Admirable, Consejero...”, como vemos en la Versión Reina Valera del 60.

Por ser, Cristo, Dios Fuerte y tener otros nombres analizados más arriba, puede hacer perfectamente otra cosa propia de la Divinidad: tener gobierno sobre el mundo. El texto dice que “el principado (está) sobre sus hombros”. Desde que vino al mundo, Él tiene este gobierno en las manos y lo ejercerá hasta que finalice toda la redención de la creación y de los hombres, entonces, finalmente, devolverá el gobierno a Dios, el Padre (1 Co. 15:24).

Mi. 5:2 – “Pero tu, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor de Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad.”

El primer punto importante de este versículo es el Mesías, que Juan llama el Verbo encarnado, que está en el seno del Padre, es decir, procede de Dios. El texto de Miqueas dice: “...de ti (Belén) *me* (Dios, el Padre) saldrá”. Señalando, simultáneamente, la humanidad y la divinidad del Redentor. Él vino de Belén como había venido del Padre. El segundo punto importante es la eternidad del Rey de Israel. Al mismo tiempo que es temporal, pues nació en Belén (esto muestra su humanidad), Él es atemporal, eterno (lo que indica su divinidad). No se puede negar que el atributo “eternidad” indica de manera inequívoca su divinidad.

La divinidad de Jesucristo afirmada en el Nuevo Testamento

Hay varios textos en las Escrituras del Nuevo Testamento que afirman directamente la divinidad de Jesucristo. Haremos un rápido análisis de cada texto, a fin de que podamos explorar este asunto tan determinante para la fe cristiana.

Mt. 1:23 – “He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre *Emanuel* (que quiere decir: *Dios con nosotros*).”

Mateo está citando a Isaías 7:14. El nombre hebraico está compuesto de dos palabras, *Immanu* + *El*, que significan “el Dios que está con nosotros”, y corresponde al Verbo encarnado de Juan 1. En el Antiguo Testamento, Emanuel es señalado como el libertador que traería liberación del período de tinieblas y de tribulación. Él sería la inauguración del período mesiánico tan ansiado por los justos de Israel. En el Nuevo Testamento, Mateo indica la venida de Jesucristo como el cumplimiento de esta promesa mesiánica. Jesucristo es Dios entre los hombres.

Jn. 1:1-3 – “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y *el Verbo era Dios*. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.”

Éste es el texto más clásico sobre la divinidad del Redentor. Juan comienza describiendo quien es Aquel que debería encarnarse. Él no era hombre. Él no solamente era eterno, porque existía en el principio (palabra que en Juan designa el “tiempo” antes de la existencia del mundo), sino también vivía con Dios. No obstante, el texto deja claro que la existencia no es todo lo que se puede decir de Él. Él era Dios mismo. ¿Cómo puede vivir con Dios y ser el propio Dios? ¿dos dioses? No. Aquí comienza el claro raciocinio de la coexistencia y de la subsistencia de personas en el mismo Ser, el divino. El verbo (que vino a encarnarse) es Dios. La prueba de esto está en el hecho de que Él hace lo mismo que Dios

hace. Él creó el universo y nada de lo que existe pudo existir sin Él. Por lo tanto, este texto es una prueba cabal de la divinidad de Aquel que es Redentor.

Jn. 20:28 – “Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y *Dios mío!*”

Era la segunda vez que Jesús aparecía a sus discípulos después de resucitar. Tomás había sido incrédulo en cuanto a la resurrección de Jesús (v.24-25). Entonces, Jesús entra en el aposento donde todos están reunidos y le dice a Tomás, esta vez presente en la reunión: “Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente” (v.27). Entonces, Tomás se rinde ante las evidencias y llama a Jesucristo “Señor mío, y Dios mío”. Si ésta era la creencia apostólica, tiene que ser también nuestra creencia. ¡Jesucristo es Dios!

Ro. 9:5 – “de quienes (judíos) son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es *Dios* sobre todas las cosas, *bendito* por los siglos. Amén.”

En este texto, Pablo afirma las dos naturalezas de Cristo: su humanidad está de manifiesto en el hecho de que el apóstol dice: “...y de los cuales, según la carne, vino Cristo”. *Carne* aquí es sinónimo de naturaleza humana. La humanidad de Cristo era aceptada sin problemas porque los judíos sabían que era hijo de José y María. Sin embargo, Pablo va más allá, afirmando que Él es “bendito por los siglos”, enfatizando así la eternidad de la Segunda Persona que se encarnó. Ésta afirmación de Pablo jamás sería aceptada por los judíos ortodoxos, porque ella afirma claramente la divinidad de Jesucristo. No obstante, ahora Pablo escribe a los judíos creyentes que vivían en Roma y estaban altamente necesitados de nociones soteriológicas. No es de extrañar que Pablo afirme claramente el argumento fundamental para que se entienda la salvación: ¡Cristo es Dios!

Tit. 2:13 – “...aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro *gran Dios* y Salvador Jesucristo.”

Pablo apunta hacia la gran esperanza escatológica que es la venida de Jesucristo, que significa la redención completa del pueblo de Dios. Al señalar esta venida, Pablo llama a Jesucristo, Salvador y “nuestro gran Dios”.

2 P. 1:1 – “Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que habéis alcanzado, por la justicia de *nuestro Dios* y *Salvador Jesucristo*.”

Este texto de Pedro es semejante al de Pablo, pues también llama a Jesucristo “nuestro Dios y Salvador”.

He. 1:8 – “*Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo...*”.

Esta afirmación es extraordinaria porque la hace el propio Padre, que es Dios. Éste declaró a gran voz la divinidad de su Hijo. Si hay alguien que no se equivoca en su apreciación es Dios. Aún así, Él no titubeó en llamar a su Hijo “su igual”. Además de esto, el Padre mismo le ordenó a los seres celestiales que lo adoraran (v.6). Ahora, si Dios el Padre, la Primera Persona de la Trinidad, dio testimonio de la divinidad de la Segunda Persona, ¿quiénes somos nosotros para dudar que el Redentor de los hijos de los hombres no sea Dios?

1 Jn. 5:20 – “Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su *Hijo Jesucristo. Éste es el verdadero Dios*, y la vida eterna.”

La tesis principal de Juan en sus cartas es mostrar el contraste entre la falsa enseñanza y la verdadera. Jesucristo es el que unge a los creyentes con la verdad. La verdad del evangelio es la unción de los creyentes, y esto viene de Jesús, el Santo de Dios (1 Jn. 2:18-29).

En el versículo anterior, el Hijo viene a mostrar que el que habla la verdad es su Padre. Por esto, se le llama el Verdadero. Al mismo tiempo, el versículo dice que “estamos en el verdadero” y el verdadero aquí también es el Hijo. Lo que el Padre es, el Hijo también lo es. Porque es verdadero como el Padre, es reconocido por Juan claramente como Dios. Por lo tanto, Juan dice: “Éste (Jesús) es el verdadero Dios, y la vida eterna”. La divinidad de Cristo siempre fue fundamental para la enseñanza correcta de los apóstoles. Sin esta convicción, todo lo que Jesucristo hizo y dijo no tiene significado. Pero porque Él es igual a su Padre en esencia, todo lo que su Padre hace, Él lo hace; todo lo que su Padre es, Él también lo es, excepto en las distinciones personales, es decir, el Padre no puede ser el Hijo y viceversa.

Evidencias de la divinidad de Jesucristo

Jesús recibe títulos divinos

Señor

Is. 40:3 – “Voz que clama en el desierto: Preparad camino a *Jehová*; enderezad calzada en la soledad a nuestro *Dios*.”

En este texto, al Verbo que habría de encarnarse en la “plenitud de los tiempos” se le llama *Jehová*, palabra usada por los hebreos para denominar al Dios único. En la parte final del versículo de arriba el paralelismo hebraico aparece, y nuevamente el Verbo que se iba a encarnar se le llama “nuestro Dios”. Todos sabemos que este texto se refiere al ministerio de Juan el Bautista, que preparó el camino para el entrada de Jesucristo en su ministerio público, como el propio texto de Mateo 3:3 nos lo muestra.

Alfa y Omega

Esta expresión, que significa el principio y el fin – otro nombre para eternidad –, se le atribuye a la divinidad, pero más específicamente a Dios el Padre. Apocalipsis 21:5-6 dice: “Y el que está sentado en el trono dijo: ... Hecho está. Yo soy el *Alfa* y la *Omega*, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida”. Se debe observar que “el que está sentado en el trono” es Dios, el Padre. Él dijo de sí mismo: yo soy el Alfa y la Omega. La eternidad y la renovación de todas las cosas es atribución exclusiva del “Yo Soy”; sin embargo, como el Hijo también es “Yo Soy”, consustancial con su Padre, habló de sí mismo dos veces de manera muy enfática: Ap. 1:5-8; 22:12-13.

En el primer texto, Juan habla que Jesús “...nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre”, y que Él “...viene con las nubes, y todo ojo lo verá...” (Ap. 1:5-7). A continuación, el propio Jesús dice: “Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso” (Ap. 1:8). Algunos pueden pensar que se trata de Dios Padre, pero el texto descarta esta posibilidad, por dos razones: el contexto está hablando totalmente de Jesucristo (vv.5-7); y el único que ha de *venir* es el Hijo encarnado y glorificado. Es extremadamente significativo que éste que ha de venir sea llamado “Señor Dios” y “Todopoderoso”. Lo mismo que el Padre dice de sí, también lo dice del Hijo.

El segundo texto está en Apocalipsis 22:12-13 – “He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último”. Nuevamente es Jesús quien está hablando, y en este versículo el significado de la expresión “Alfa y Omega” se explica de dos maneras: Jesucristo, el Hijo de Dios, co-esencial con su Padre, puede decir lo mismo de sí; ser “el Alfa y la Omega” no es propiedad de una sustancia personal, sino del Ser Divino. Por esto, esta expresión denota la divinidad de Jesucristo.

Rey y Juez Justo

Jr. 23:5 – “He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra.”

La realeza es atributo divino que Cristo ejerce con maestría, pues las Escrituras tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento hablan del reinado del Mesías. La realeza del Mesías siempre ha sido tipificada en el reinado de David. De hecho, Jesús es conocido como David en virtud de su carácter real, pues David era el símbolo de la realeza de Israel. La gran diferencia con David es que Jesús habría de ser un Renuevo justo que actuaría con justicia en la tierra. En un gobierno teocrático, la tarea de ejecutar juicio era del rey. Él tenía la palabra final. Por lo tanto, Jesucristo no solamente tiene la palabra final sobre el destino de los hombres, sino también es justo en todo lo que hace en la tierra. Es por esto que en el versículo 6 se le llama “Justicia Nuestra”.

Soberano

A Dios, el Padre, se le llama “Soberano Señor” en Hch. 4:24 – “Y ellos, habiéndolo oído, alzaron unánimes la voz a Dios, y dijeron: Soberano Señor, tu eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay.” La palabra griega usada para soberano es *δέσποτα* (*déspota*), es decir, aquel que posee autoridad absoluta. No obstante, ser soberano no es prerrogativa del Padre. En Judas 4, al Hijo encarnado también se le llama *déspota* y *kyrios* (Soberano y Señor). Por consiguiente, Jesucristo, como su Padre, es el Soberano, es decir, Aquel que posee autoridad absoluta sobre el universo y todo lo que en él hay. Esto muestra co-esencialidad con su Padre.

Jesucristo hace cosas propias de la Divinidad

Las afirmaciones de Jesucristo que más provocaban la ira de los judíos fueron aquellas relacionadas con su identidad con Dios. Juan 5 da indicios muy claros de la divinidad de Jesucristo. Cuando Jesús dijo que Dios era su Padre (v.17), Juan comenta la reacción de los judíos: “Por esto los judíos aún más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino también decía que Dios era su propio Padre, *haciéndose igual a Dios*” (v.18). Era nítida la afirmación de Jesús con respecto a su propia divinidad. Además de esto, para aumentar la ira de los judíos, Jesús insistió en hacer cosas propias del Ser Divino, diciendo:

Jn. 5:19 – “Respondiendo entonces Jesús, y les dijo: De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; *porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente*”.

Veamos algunas cosas que hace Jesucristo que lo igualan a su Padre, mostrando su divinidad:

Jesucristo resucita físicamente

Jn. 5:28-29 – “No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.”

Jesús resucitó a personas en su ministerio terrenal, como es el caso de Lázaro, del hijo de la viuda de Naín y de la hija de Jairo, pero en estos versículos Jesús habla con respecto a su poder divino de hacer que todos los hombres, en el último día, resuciten para vida o para juicio (Jn. 6:40,44). En una concesión especial, Dios le dio a hombres (como Pablo y Pedro) la ocasión de resucitar muertos. Pero esta tarea es exclusiva de Dios, pues sólo puede resucitar Aquel que creó y que tiene poder sobre la muerte. Jesús tiene ese poder, aún sobre su propia vida. Él podía dar su vida y también podía volverla a tomar. Este poder lo tenía de parte del Padre (Jn. 10:18). Era una propiedad eminentemente divina.

Jesucristo resucita espiritualmente

Jn. 5:21 – “Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida.”

Los versículos 24 y 25 demuestran que esta resurrección es espiritual, en lugar de física. Jesucristo tiene poder de dar vida eterna (que tiene el sentido de resucitar o vivificar), es decir, la comunión irrevocable. Él ya había dicho: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”. Jesucristo es vida o tiene vida en sí mismo (Jn. 5:26). Por esta razón, puede conceder aquello que le es propio. El texto de anterior dice que Cristo no solamente da vida, sino que también tiene el poder soberano de conceder vida eterna a quien quiere. No es una cuestión de derecho a recibir vida, sino es una cuestión de soberanía divina de conceder vida. La resurrección espiritual es prerrogativa de Jesucristo.

Jesucristo ejerce la función de juez

Jn. 5:22 – “Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo.”

Verifique también los versículos 27 y 30. Estamos tan acostumbrados con la idea de ver a Jesús como Salvador, que es extraña para nosotros la idea de verlo como juez. Para algunas personas parece que el amoroso Redentor no concuerda con la idea de un Juez severo. Sin embargo, las Escrituras afirman en varios pasajes¹⁰⁰ que, en virtud de su divinidad, Jesús tiene la facultad de ser juez de todos los hombres. El juicio es una atribución divina (He. 12:23; Stg. 4:12); no obstante, como Cristo es divino, se dice que Él juzga al mundo y a sus habitantes. Santiago 4:12 dice que “uno solo es el dador de la ley”, y no dos. De ahí podemos inferir que Santiago está hablando no de una sola persona de la Trinidad, sino de un solo Ser, el Divino. Por lo tanto, si Cristo es divino, y Él lo es, Él puede juzgar.

Jesucristo es el creador del universo

He. 1:10 – “Y: Tu, oh *Señor*, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos”.

Citando el Salmo 102:25, el escritor de la Carta a los Hebreos está hablando en este capítulo con respecto a la superioridad de Jesucristo, contrastándola con la inferioridad de los ángeles. Pues de Jesucristo el autor dice: “fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos”. Es propio sólo de la Divinidad hacer de la nada todas las cosas.

Jesucristo perdona los pecados

Perdonar pecados pertenece únicamente a Dios, que es el que ha sido ofendido por los hombres. Es prerrogativa de Dios perdonar pecados. Aún así, Jesús reivindicó para sí esta atribución. Alguna vez Jesús fue tremendamente criticado por sus enemigos como blasfemo, por el hecho de haber dicho que perdonaba los pecados de un paralítico. Después de la crítica, Él dijo: “Pues, para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dice entonces al paralítico): Levántate, toma tu cama, y vete a tu casa.” (Mt. 9:6). Jesús no solamente perdonó los pecados al paralítico, sino también milagrosamente lo levantó. Estas cosas son propias de la Divinidad.

Jesucristo reina sobre el universo

Ésta es una facultad divina. Las Escrituras están llenas de afirmaciones de que el Señor reina y está revestido de majestad (por ejemplo, el Salmo 93). Nadie reina en el universo sino el verdadero Dios. Sin embargo, se afirma que Jesucristo es el “Rey de reyes y Señor de señores” para siempre (2 P. 1:11; 1 Co. 15:25), y que este reino tiene duración eterna (Ap. 11:15). No obstante, si las Escrituras dicen que Jesucristo reina, ésta es una evidencia mucho más clara de su divinidad.

El texto de 2 P. 1:11 dice explícitamente que este reino eterno es del “Señor y Salvador Jesucristo”. No es reino de cualquier otro, sino del Señor que es Salvador.

¹⁰⁰ Hechos 10:42; 2 Timoteo 4:8; Judas 14-15.

Jesús recibe adoración divina

Los apóstoles, con toda la honra que tenían, rechazaron la adoración de los hombres. Es el caso de Pedro cuando fue adorado por Cornelio (Hch. 10:25-26). Así también lo hicieron los ángeles (Ap. 22:8-9). Sin embargo, Jesucristo varias veces aceptó sin dudar la adoración tanto de hombres (como veremos más adelante), como de ángeles (He. 1:6), porque Él no solamente tenía conciencia de su humanidad, sino también de su divinidad. Él recibió adoración cuando aún era niño en los brazos de su madre (Mt. 2:11); cuando iba a curar a un leproso (Mt. 8:2); cuando iba a curar a la hija de Jairo (Mt. 9:18); cuando anduvo sobre las aguas y salvó a Pedro (Mt. 14:33). En muchas otras ocasiones Jesucristo recibió lo que es propio de Dios – adoración. Si Jesucristo fuera solamente hombre, no podría recibir adoración; pero, Él también era perfectamente Dios. Por esto fue adorado.

Un texto clave está en Apocalipsis 5:8-14, donde todos los seres racionales le rindieron adoración. En los versículos 8-9, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos entonaban a Jesucristo el siguiente cántico: “Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tu fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación”. En los versículos 11-12, los seres angelicales, así como los seres vivientes y los ancianos, sumando millones y millones de criaturas, decían a gran voz: “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza”. Los versículos 13-14, todas las criaturas del universo proclaman la gloria del Cordero en un cántico de adoración que es dirigido también a Dios, el Padre: “Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la gloria, la honra, y el poder, por los siglos de los siglos”. Jesucristo comparte con su Padre de la adoración de todas las criaturas, redimidas o no. Finalmente, todos doblarán las rodillas (señal de adoración) delante de Jesucristo y confesarán que Él es *Señor* para gloria de Dios Padre (Fil. 2:11).

La adoración se le rinde exclusivamente a la divinidad y, como Jesús es plenamente Dios, podía recibir la adoración de aquellos que tenían la misma naturaleza humana que Él.

Jesús recibió las oraciones de los hombres

Considerando que Jesucristo es Dios, como ya hemos visto, sería fácil entender que todas las peticiones que los hombres le hicieron mientras Él estaba en este mundo eran verdaderas oraciones. Sin embargo, alguien podría objetar que no eran oraciones porque eran conversaciones con alguien que estaba físicamente presente. Consideremos esta objeción, aunque tengamos la convicción de que aquellos pedidos fueron verdaderas oraciones.

Veamos sólo tres ejemplos de oraciones que fueron hechas al Señor glorificado, de quien los cristianos dependían en todas las cosas.

El primer ejemplo está en la oración de Esteban. Mientras recibía el impacto de las piedras que le lanzaban, él miró al cielo y vio la gloria de Dios Padre y a Jesucristo sentado a su derecha. Entonces, hizo la siguiente oración: “Señor, no les tomes en cuenta este pecado” (Hch. 7:60). La prerrogativa de recibir al espíritu de alguien que muere es divina. En la cruz, Jesús hizo una oración parecida, cuando le dijo a Dios, su Padre: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.” (Lc. 23:46). Tanto en el caso de Esteban como en la del Siervo sufriente, fue una perfecta oración. Lo que nos interesa aquí, es que en el caso de Esteban, Jesús fue el objeto de esta oración. Esto muestra su divinidad.

El segundo está en la triple petición de Pablo en 2 Corintios 12 para que le fuera quitado el “aguijón en la carne”. Es interesante observar que él oró al “Señor”, que sólo

puede ser Jesucristo. La prueba de esto es que Jesús le dijo: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad.” (v.9a). ¿Cómo podemos saber que “Señor” se refiere a Jesucristo? Los versículos 9b y 10 dicen: “Por lo tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”. Cristo es quien lo fortalecía y era prerrogativa suya oír las oraciones de Pablo porque Él era el Dios encarnado, que se le apareció a Pablo y ahora era objeto de sus oraciones.

El tercer ejemplo está en la enseñanza de Pablo con respecto a la salvación de los pecadores, en Romanos 10. En el versículo 13, dice: “Todo aquel que *invocare el nombre del Señor*, será salvo”. En el versículo 9, ya había dicho: “que si confesares con tu boca que *Jesús es el Señor*, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo”. Se debe observar que la expresión “invocare el nombre del Señor” denota una oración, y esta oración debe ser dirigida al Señor Jesús, lo que indica una vez más la divinidad del Redentor, a quien nos podemos dirigir, aunque éste no haya sido el modelo que Él nos enseñó para orar. De cualquier manera, las oraciones que se le fueron hechas, dan testimonio de su divinidad.

La Tercera Persona

La personalidad del Espíritu Santo

Antes de tratar de la divinidad del Espíritu Santo, es necesario que hablemos un poco del Espíritu Santo como persona, ya que como tal, posee los atributos propios de una persona. La gran dificultad histórica fue que muchos estudiosos siempre han visto en el Espíritu Santo una fuerza o energía usada por Dios para realizar sus propósitos. El cristianismo ortodoxo se ha opuesto a esta posición teológica enfatizando la personalidad del Espíritu Santo, para que el concepto de la tripersonalidad de la Trinidad no sea perjudicado.

El Espíritu Santo ejerce ministerios personales en la vida de los seres humanos, sea en la esfera de la redención o no. Veamos algunas cosas propias de una persona, que el Espíritu Santo también hace.

El Espíritu Santo convence a las personas

Ésta es una actividad de una persona, y no tarea de una fuerza, energía o poder. Las Escrituras dicen que el Espíritu Santo convence a los pecadores “de pecado, de justicia y de juicio” (Jn. 16:8-11). El convencimiento implica no simplemente argumentos que trabajan con la razón, sino también una actividad interior que muestra a las personas lo que hicieron o necesitan hacer.

El Espíritu Santo guía a las personas a la verdad

Ésta no es tarea de una energía, sino de una personalidad trabajando con otra. Jesús dijo a sus discípulos que “cuando venga el Espíritu de verdad, él los guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir” (Jn. 16:13). Perciba que esta orientación hacia la verdad presupone oír de la verdad, hablar de la verdad y anunciar eventos que aún estaban por venir. Sólo un ser personal puede hablar a otro ser personal. Esto lo hace el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo consuela a las personas

En varias partes de las Escrituras al Espíritu Santo se le llama Consolador (Jn. 14:16; 15:26; 16:7). Ésta es su función básica al no estar Jesús con sus discípulos. Éstos necesitaban de aliento para enfrentar las persecuciones que estaban por venir. Jesús no los dejó solos, sino que también les prometió una persona que los consolaría. Esta tarea recayó sobre el Espíritu Santo. Y la tarea de consolar es exclusiva de un ser personal. Por lo tanto, se demuestra una vez más que el Espíritu Santo, de acuerdo con las Escrituras, es una de las personas que subsisten en el Ser Divino.

El Espíritu Santo tiene sentimientos

Las Escrituras dicen que cuando pecamos entristecemos a Dios, el Espíritu Santo. Por esta razón, Pablo nos exhorta: “Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención” (Ef. 4:30). Él es la persona que vive en nosotros y, por causa de su amor por nosotros, tiene el sentimiento propio de una persona.

El Espíritu Santo inspira a las personas

Los libros de la Biblia fueron todos inspirados por Dios, el Espíritu Santo. Los profetas, que escribieron la mayor parte de los escritos del Antiguo Testamento, hablaron de parte de Dios “inspirados por el Espíritu Santo” (2 P. 1:21). Esto quiere decir que el Espíritu divino escudriñó en los espíritus de los hombres (1 P. 1:11) para que ellos no sólo recibieran el mensaje y lo transmitieran, sino también para que registraran las verdades oídas. Ésta es una actividad eminentemente personal.

La divinidad del Espíritu Santo

El único texto de las Escrituras que habla claramente de la divinidad del Espíritu Santo es Hechos 5:3-4.

Este texto muestra una vez más que el Espíritu Santo es un ser personal, pues Ananías le mintió al Espíritu (v.3). Ningún ser personal (en este caso Ananías) hace una cosa de esta naturaleza a un objeto, fuerza o energía. Sólo otro ser personal puede recibir y detectar una mentira. Además de ser personal, el texto dice de manera inequívoca que el Espíritu Santo es Dios, pues Pedro le dijo Ananías: “¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentado a los hombres, sino a Dios” (v.4). Más adelante, en el episodio de la mujer de Ananías, nuevamente el apóstol habla de la mentira, de la cual ella fue cómplice, diciendo: “¿Por qué convinisteis en tentar al Espíritu del Señor?” (v.9), indicando la procedencia divina del Espíritu Santo.

Las evidencias de la divinidad del Espíritu Santo

El Espíritu Santo recibe un nombre divino

El mismo título divino, *Señor*, que el Padre y el Hijo reciben en la Escrituras, también lo recibe el Espíritu Santo. El texto de las Escrituras dice así:

“Porque *el Señor es el Espíritu*; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por *el Espíritu del Señor*” (2 Co. 3:17-18).

Es curioso que el texto diga al mismo tiempo que el Espíritu es del Señor y que este Señor sea el Espíritu Santo. Ciertamente el texto habla del Espíritu de Cristo, porque a la imagen en la cual estamos siendo transformados es la imagen de Cristo. No obstante, es el Espíritu Santo, el Señor, quien opera en nosotros esta transformación para que alcancemos la imagen de Cristo, nuestro Señor.

El Espíritu Santo posee atributos divinos

- ***El Espíritu Santo posee el atributo de la omnipresencia***

Sal. 139:7-8 – “¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás.”

Aunque estos versículos no hablan explícitamente de la divinidad del Espíritu de Dios, podemos deducir con mucha facilidad que la tercera persona de la Trinidad posee atributos propios de la Divinidad. En estos versículos la atribución del Espíritu Santo es su omnipresencia. Este atributo no pertenece a la criatura ni a una simple fuerza o energía, sino es propio de las personas de la Divinidad.

- ***El Espíritu Santo posee el atributo de la omnisciencia***

1 Co. 2:10-11 – “Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aún lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios.”

Este texto de 1 Corintios da evidencias claras de que sólo lo igual puede conocer a otro igual. Nadie puede penetrar la esencia divina. En otras palabras, solamente puede conocer a Dios aquel que es igual a Él. Es por esto que al Espíritu Santo se le llama Espíritu de Dios. Además de que Él puede sumergirse en las profundidades del Ser Divino, lo que es propio solamente de Dios, Él escudriña todas las cosas. Ésta es otra manera de hablar del conocimiento perfecto que el Espíritu Santo tiene de todas las cosas, es decir, la omnisciencia.

El Espíritu Santo hace cosas propias de la Divinidad

- ***El Espíritu Santo comunica vida a los pecadores***

Jn. 3:5-6 – “Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.”

Esta obra grandiosa de comunicar vida es una actividad exclusiva de la Divinidad. Juan habla en una de sus cartas que aquel que es “nacido de Dios” no vive en la práctica del pecado (1 Jn. 3:9). Ser nacido del Espíritu es lo mismo que ser nacido de Dios. Por lo tanto, el pasaje ya leído es una indicación clara de que el Espíritu Santo es Dios.

- ***El Espíritu Santo santifica la vida de los pecadores***

El Espíritu Santo no solamente da vida a los pecadores, sino que también trabaja en estas personas, que ahora están vivificadas, hasta que sean completamente santificadas. Es un proceso que ocurre en la vida del pecador por acción del Ser Divino. Es un atributo divino santificar a seres pecadores. Es tarea de la Divinidad, pero recae con más particularidad en la tercera persona de la Trinidad (1 P. 1:2). Él es el Espíritu santificador.

La importancia de la Doctrina de la Trinidad

La doctrina de la Trinidad, que fue extremadamente importante en la historia de la iglesia, llegó a ser cuestionada en algunos círculos teológicos porque algunas personas encontraron que no tenía ninguna relevancia. Aún así, hoy en día están surgiendo muchos libros sobre esta doctrina. ¿Por qué este nuevo interés en el asunto? ¿Es relevante aún sustentar la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo? ¡Obviamente que sí!

Si no le damos la debida importancia a esta doctrina, el asunto de la expiación queda totalmente sin sentido. Si no hay Trinidad, no hay encarnación; y si no hay encarnación del Verbo, la expiación se vuelve sólo una mórbida representación teatral sin ninguna importancia para nosotros. Si sólo fue un hombre quien murió en la cruz en nuestro lugar y en nuestro favor, todavía estamos muertos en nuestros delitos y pecados.

Si no le damos la importancia debida a esta doctrina, el asunto de la justificación por la sangre de Cristo queda totalmente perjudicada. Nuestras culpas continuarían con nosotros, porque un simple hombre no puede llevar la culpa de la humanidad, muriendo en la cruz, sin condiciones de resucitar por su propio poder. Si no existiera la Trinidad, aún estaríamos en deuda. ¿Podríamos depender de la obra de un hombre para poder pagar nuestra deuda? Porque el Redentor es Dios-hombre, podemos tener cancelada nuestra deuda.

Si no le damos la debida importancia a la doctrina de la Trinidad, el objeto de nuestra fe, Jesucristo, es sólo un hombre y nada más. Solamente la doctrina de la Trinidad es la que hace que veamos en Cristo al Verbo encarnado.

Por estas razones, nosotros los cristianos, debemos dar una enorme importancia a la Trinidad, porque ella está en el corazón de la teología cristiana y en el núcleo de nuestra redención. En la historia de la iglesia, hombres y mujeres le dieron mucha importancia a esta materia, porque de ella dependen todos los otros elementos de nuestra fe. Por este motivo, Herman Bavinck dice que “Atanasio entendió mejor que todos sus contemporáneos que el cristianismo permanece o se derrumba con la confesión de la divinidad de Cristo y de la Trinidad”.¹⁰¹

¹⁰¹ Bavinck, *The Doctrine of God*, 281.

Aplicación de la Doctrina

En la mente de algunas personas hay cierto pesimismo en cuanto a la aplicabilidad de esta doctrina. ¿De qué me sirve? ¿Cuáles son los efectos prácticos de la doctrina de la Trinidad para nosotros? ¿Qué implica para mí creer en esta doctrina tan difícil de entender de manera lógica? Cuando alguien dice: “Esta doctrina no es práctica”, tal persona puede estar queriendo decir: “ella no encaja bien en mis gustos o preferencias”. Especialmente en los tiempos en que vivimos, las personas hablan de lo práctico de las cosas pensando en su utilidad. Para mí, una cosa no necesita ser útil para que sea práctica. Ya es bastante con que sea verdadera y real para que yo crea en ella. Y esta doctrina es fundamentalmente necesaria para la vida del pueblo de Dios. Sin dicha doctrina, todo lo que sabemos y recibimos de Dios no existiría.

El hecho es que necesitamos conocer lo que Dios nos ha revelado. No podemos pensar simplemente en utilitarismo o en pragmatismo. Dios no nos enseñó a cerca de Él para que lo usemos para nuestros propósitos o para nuestro deleite. A Dios se le debe creer de la forma en como Él se revela. La doctrina de la Trinidad es de extrema aplicabilidad porque sin ella no podría haber noción de salvación.

Si Dios no fuera trino, el Padre no podría enviar a su Hijo. Si alguien tuviera que morir sería sólo un hombre y no un Dios-hombre. Si no existiera el Hijo para encarnarse, nuestro redentor sería sólo humano. Si fuera sólo humano, no podría morir por los pecados de tantos. Sería sólo un hombre substituyendo a otro hombre, y los demás serían castigados por sus pecados.

Si Dios no fuera trino, mandando a su Hijo para encarnarse y morir por los pecados de su pueblo, y tuviera que sacrificar a un ser humano, Él no sería justo al hacer pagar a uno por los pecados de otros. En el caso de Jesucristo, no fue otro ser, sino el propio Ser Divino, en la persona del Hijo, que asumió nuestros castigos. No fue una injusticia, porque Dios tomó a alguien que vino de sí mismo, para morir en nuestro lugar.

Porque Dios es trino es que Él puede realizar nuestra gran salvación. De otra manera, estaríamos aún muertos en nuestros delitos y pecados.

Si Dios no fuera trino, no podría ser personal. Es bueno recordar que una de las características de un ser personal es que se puede relacionar. “A decir verdad, tanto con respecto a Dios como con nosotros mismos, es que existimos como personas en comunión, en una familia común, viviendo como personas con otros y para otros, no en aislamiento, separación o autocentradas”.¹⁰² Ahora, si Dios no es trino, ni tripersonal, ¿con quién se relacionaba en la eternidad, es decir, antes de que fuera creado el universo? Pero porque Dios es tripersonal, puede relacionarse consigo mismo. Él nunca fue un Dios solitario, sino que vivía en una relación de amor interpersonal.

La naturaleza de las personas exige que ellas se relacionen. Fue por esta razón que Dios, cuando hizo a Adán como una persona, agregó: “No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él” (Gn. 2:18). También en este sentido reflejamos la imagen de Dios. El matrimonio, que es una institución divina, tiene como fundamento la idea de una relación complementaria. Con base en la relación interpersonal de la Trinidad, así las personas se relacionan en la familia. Gruden dice que “en la relación entre hombre y mujer dentro del matrimonio, vemos también una figura de relación entre el Padre y el Hijo

¹⁰² Catherine Mowry LaCugna, *God for Us: The Trinity and Christian Life* (San Francisco: Harper Collins, 1991), 383.

en la Trinidad”.¹⁰³ Pablo dice: “Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo.” (1 Co. 11:3). La idea de cabeza está presente en las tres relaciones mencionadas en el texto. Por lo tanto, así como el hombre tiene una relación de autoridad sobre la mujer en el matrimonio, el Padre también la tiene con relación a su Hijo. A entendimiento de Gruden, “el papel del marido es paralelo al de Dios, el Padre, y el papel de la esposa al de Dios, el Hijo”.¹⁰⁴ A pesar de que las funciones del Padre y del Hijo son diferentes en la economía de la salvación, ellos son esencialmente el mismo Dios, teniendo la misma naturaleza, la divina. De la misma forma, hombre y mujer, aunque diferentes en funciones, poseen la misma humanidad y personalidad, relacionándose en amor y respeto, del mismo modo como sucede entre el Padre y el Hijo.

¹⁰³ Gruden, *Systematic Theology*, 257.

¹⁰⁴ Ibid.

CAPÍTULO 6

LOS ATRIBUTOS DE DIOS

La doctrina de Dios es un asunto fundamental para la comprensión de todas las demás doctrinas de la fe bíblica. No obstante, el punto central de la doctrina son los atributos de Dios porque son la única cosa revelada que nos dice algo sobre la naturaleza del Ser Divino. Como ya vimos, nadie puede penetrar la esencia de Dios – de ahí que sea incomprensible –, pero sus atributos nos indican algo de su naturaleza esencial, como veremos más adelante. Hay muchos conceptos distorsionados sobre Dios, porque también son distorsionados los conceptos sobre los atributos. En nuestra lengua, hay poco material que trate el tema de los atributos de Dios. Este capítulo aborda este asunto de manera seria y esperamos que sirva para elevar el concepto de Dios en la mente de todos los que lo leen.

DEFINICIÓN DE ATRIBUTOS

Los atributos son “cualidades”, “propiedades”, “virtudes” o “perfecciones” de una persona particular o de un ser. Como Dios es un Ser, posee cualidades o características que hacen que Él sea lo que es. Los atributos no son cosas añadidas a Dios, sino son cualidades esenciales en Él. Berkhof define atributos como “las perfecciones atribuidas al Ser Divino en las Escrituras, o las que son visiblemente ejercidas por Él en las obras de la Creación, Providencia y Redención”.¹⁰⁵

RELACIÓN ENTRE EL SER Y LOS ATRIBUTOS DE DIOS

¿Existe alguna diferencia entre los atributos y el Ser de Dios? Depende de lo que se entiende por atributos y por el Ser de Dios. En general, algunos teólogos dicen que Dios se revela en sus atributos.¹⁰⁶ Todos concuerdan que los atributos no son simplemente nombres sin significado, ni partes separadas de un Dios compuesto, sino cualidades esenciales, sin las cuales Dios no puede ser lo que es, en las que el Ser Divino se revela y mediante las cuales se identifica.¹⁰⁷ No existe un modo de separar la esencia de Dios de sus atributos. Los atributos no son algo que se agrega a la esencia de Dios, como si la esencia fuera una cosa diferente. Es exactamente éste el error que algunos teólogos cometen. Ellos piensan que hay diferencia entre la esencia de Dios y sus atributos, provocando confusión en la mente de los estudiantes y de los cristianos en general.¹⁰⁸

¹⁰⁵ Berkhof, *Teología Sistemática*, 59.

¹⁰⁶ Hodge; Bavinck y otros.

¹⁰⁷ Berkhof, *Teología Sistemática*, 46.

¹⁰⁸ Esta observación está en W. G. T. Shedd, *Dogmatic Theology*, vol. 1, 158.

¿Qué es el Ser Divino? Cuando pensamos en Dios, tenemos la tendencia de querer definirlo. Como regla general, cuando definimos alguna cosa, siempre lo hacemos por comparación, pero este sistema no funciona en el caso de Dios, porque Él es incomparable. Dios pregunta: “¿A qué, pues, me haréis semejante o me compararéis? dice el Santo” (Is. 40:25). No hay posibilidad de compararlo por definición. Si pudiéramos definirlo, podríamos comprenderlo perfectamente, pero a Dios no se le puede definir, porque no cabe completamente en nuestras mentes. Su naturaleza excede a nuestro entendimiento.

Sin embargo, aunque no podamos dar una definición sintética de Dios, se le puede describir, lo que se denomina normalmente, definición *analítico-descriptiva*. La única cosa posible es hacer una descripción parcial de algunas cosas que conocemos sobre Dios. Esto significa que podemos enumerar las características de una persona o de una cosa, pero este tipo de definición no nos permite conocer la esencia del ser. Esta especie de definición es parcial, ya que no podemos dar una definición exhaustiva y positiva de Dios (opuesta a la negativa). Esta definición consiste en presentar una lista de todos los atributos conocidos de Dios, que son en gran parte negativos, es decir, decimos lo que Él no es, al contrario de afirmar de manera positiva lo que sí es.

LOS ATRIBUTOS DE DIOS REVELAN SU SER

De la simplicidad de Dios se deduce que Dios y sus atributos son uno solo. Los atributos no pueden ser considerados como parte que entran en la composición de Dios, pues Él no está compuesto de varias partes como los seres humanos.¹⁰⁹

Se acostumbra a decir en teología, que los atributos de Dios son Dios mismo según como se revela.¹¹⁰ No está mal decir, sin embargo, que la esencia de Dios se encuentra en cada uno de sus atributos.

Naturalmente debemos estar atentos contra la idea de separar la esencia divina de sus atributos o perfecciones, y también contra el falso concepto de la relación que guardan entre sí. Los atributos son verdades determinantes y cualidades inherentes del Ser Divino.

LOS ATRIBUTOS REVELAN SU CARÁCTER

Aunque el conocimiento de Dios sea proporcional a lo que Él revela de sí, los atributos de Dios revelan como es, como funciona y su carácter. Las Escrituras revelan la mente de Dios, abren nuestros ojos para que veamos de manera correcta. Todas las informaciones que las Escrituras dan acerca de Dios corresponden a la realidad. Por esto, Gruden afirma que “aunque todo lo que las Escrituras nos dicen acerca de Dios sea verdadero, no es, sin embargo, exhaustivo”.¹¹¹

¹⁰⁹ Berkhof, *Teología Sistemática*, 50.

¹¹⁰ *Ibid.*, 51.

¹¹¹ Gruden, *Systematic Theology*, 160.

DIOS ES INCOMPREENSIBLE PERO CONOCIBLE

A fin de que entremos en el tema de los atributos, vamos a repetir las ideas de los capítulos anteriores. La manera de recordar la materia es haciendo dos preguntas distintas: ¿A Dios se le puede conocer? ¿se le puede comprender? En respuesta a la primera pregunta, podemos decir “sí”. No obstante, en cuanto a la segunda, tenemos que decir “no”.

¿Al Ser de Dios se le puede conocer? Sí, hasta donde Él mismo se quiere revelar. Sin embargo, en su Ser más interior Dios es incomprensible, porque no lo conocemos perfectamente. La incomprensibilidad está directamente relacionada a la falta de un pleno conocimiento de Él.

Es necesario que se establezca la diferencia entre “conocer” y “comprender”. Normalmente se hacen tres preguntas: “¿Quién es Dios?”; “¿Cuál es la naturaleza de su constitución íntima?”; “¿Qué lo hace ser lo que es?”. La respuesta a estas preguntas requiere una comprensión exhaustiva del Ser de Dios que jamás podremos tener. Lo finito no puede comprender a lo Infinito (ver la pregunta de Zofar en Job 11:7).

Fuera de la revelación de Dios y sólo por medio de sus atributos, no podemos tener ningún conocimiento de su Ser. Podemos conocerlo hasta donde Él se quiere revelar en sus atributos, aunque este conocimiento esté condicionado a nuestra limitación humana.¹¹²

Calvino piensa que a Dios no se le puede conocer en su perfección, pero no niega que podamos conocer algo de su Ser o naturaleza. Sin embargo, este conocimiento no puede ser *a priori*, y sí *a posteriori*, mediante la observación de los atributos, que son indicativos de la naturaleza de Dios. Ellos nos dan una idea de quien es Dios, especialmente en lo que se refiere a su relación con nosotros.¹¹³ No podemos comprender a Dios porque tiene una naturaleza muy diferente a la nuestra y está por sobre nuestro entendimiento. Sólo comprendemos a alguien cuando lo conocemos exhaustivamente. Este punto nos lleva a creer, por lo menos, que Dios puede ser conocido en alguna medida. No podemos comprenderlo, pero sí podemos conocerlo. Y el conocimiento de Dios es una condición *sine qua non* para que el hombre pueda ser salvo (Jn. 17:3; 1 Jn. 5:20).

Lutero habló mucho del *Deus Absconditus*, para distinguirlo del *Deus Revelatus*. A pesar de que el Dios revelado, a veces, permanece escondido porque no podemos conocer de manera exhaustiva sobre Él.

Calvino pensaba que para el hombre es imposible conocer a Dios en sus profundidades. Él dijo que la esencia de Dios es incomprensible, de tal manera, que el conocimiento pleno de su divinidad escapa completamente a nuestros sentidos.

La teología reformada afirma que a Dios se le puede conocer, pero que es imposible para el hombre tener un conocimiento exhaustivo de Él. El conocimiento que el hombre tiene de Dios se limita a lo que Él revela de sí mismo en la naturaleza y en las Escrituras.

Si pudiéramos tener un conocimiento exhaustivo de Dios, seríamos iguales a Él. Solamente un ser igual puede conocer a otro de manera exhaustiva. El axioma reformado es: *Finitum non possit capere infinitum* (lo finito no es capaz de captar o contener a lo Infinito).

A pesar de que no podamos tener un conocimiento exhaustivo de Dios, creemos que podemos tener un conocimiento adecuado de Él, es decir, un conocimiento que corresponde

¹¹² Berkhof, *Teología Sistemática*, 49.

¹¹³ Ibid.

a la realidad. Este conocimiento es adecuado porque las informaciones sobre Él provienen de Él mismo.

LA DETERMINACIÓN DE LOS ATRIBUTOS DE DIOS EN EL ESCOLASTICISMO

En su intento de formular una teología natural, los escolásticos afirmaban tres maneras de determinar los atributos de Dios:

1. *Via Causalitatis* – Partimos de los efectos, observando al mundo que nos rodea, hasta la idea de la primera causa. Por la contemplación de la creación podemos llegar a la idea de un Creador Todopoderoso; por la observación del gobierno moral del mundo llegamos a la conclusión de que hay un Gobernante sabio y moral.

2. *Via Negationis* – Eliminamos de nuestra idea de Dios todas las imperfecciones que vemos en las criaturas, como dudando de la idea de un Ser perfecto, y le atribuimos a Él las perfecciones opuestas. Con base en este principio, podemos decir que Dios es incomprensible, independiente, infinito, incorpóreo, inmenso, eterno, etc.

3. *Via Eminentiae* – Atribuimos a Dios, en un grado mucho mayor, las perfecciones relativas que vemos en nosotros mismos. El principio es: si hay algo bueno en las criaturas, el Creador lo tiene en un grado mucho mayor. Ejemplo: bondad, amor, poder, etc.

Hay dos maneras, por lo tanto, de describir a Dios o de conocerlo: por el modo de afirmación, que es la *via eminentiae*, mostrando la excelencia de las cosas buenas que hay en la criatura, y por negación, cuando eliminamos de Dios lo que hay de imperfecto en la criatura. La primera le atribuye lo que es excelente; la segunda le niega todo lo que es imperfecto. El modo de negación, de cierta forma, es lo más fácil de entender: es mucho más fácil negar en Dios nuestras imperfecciones que afirmar las cosas buenas que Él tiene en mayor grado, porque las conocemos muy poco. Aún cuando decimos que Dios es infinito, inmenso, inmutable, etc., estamos negando en Él la finitud, pequeñez, mutabilidad, etc. Y aún cuando decimos que Él es Espíritu, estamos diciendo que Él no tiene cuerpo.

Este método escolástico puede ser conveniente para algunos, porque parte de lo conocido a lo desconocido, pero no es el método más adecuado para la teología dogmática, conforme la entiende el estudioso reformado. Este método tiene su punto de partida en el ser humano y formula sus conclusiones partiendo de lo que se encuentra en el ser humano, para llegar a lo que posee Dios. En este sentido, se puede decir que Dios es la medida del ser humano.¹¹⁴ Pero es curioso que este método escolástico haya influenciado a muchos teólogos reformados, especialmente del período post-Reforma, que fueron conocidos como los teólogos del Escolasticismo Protestante.¹¹⁵

El único camino adecuado para tener un conocimiento fidedigno de Dios es estudiar la revelación que Dios dio de sí mismo. El método escolástico es el *a priori*, porque deduce las perfecciones de Dios de la noción anticipada de un Ser Perfecto. El método aconsejable

¹¹⁴ Berkhof, *Teología Sistemática*, 61-62.

¹¹⁵ Ver Charnock, *The Existence and Attributes of God*, vol. 1, 181-182.

es el *a posteriori*, el que es producto de nuestro examen de la revelación divina. Éste es el mejor método porque tiene su punto de partida en el Ser que se revela. Por lo tanto, a la luz de esta revelación podemos conocer al Ser Divino.

CLASIFICACIÓN DE LOS ATRIBUTOS DE DIOS

Varias clasificaciones han sido sugeridas en la historia de la teología sistemática:

1. **Atributos Naturales y Morales** – Los naturales son atributos tales como: auto-existencia, simplicidad e infinidad, que no dependen de la voluntad de Dios. Los morales son atributos como bondad, verdad, misericordia, justicia y santidad, que caracterizan a Dios como un Ser moral.

La objeción a esta clasificación es que todos los atributos son naturales en Dios y son parte de su constitución.

2. **Atributos Absolutos y Relativos** – Los primeros corresponden a la esencia de Dios considerado en sí mismo (auto-existencia, inmensidad, eternidad, etc.), mientras que los atributos relativos corresponden a la esencia divina, en relación a la creación (omnipresencia, omnisciencia).

La objeción contra esta clasificación es que todas las cualidades de Dios tienen que ver de algún modo con el mundo que creó, aunque ya existieran en Dios antes de que el mundo haya sido creado. Todas son parte del Ser de Dios.

3. **Atributos Inmanentes (intransitivos) y Emanentes (transitivos)** – Los primeros son atributos que no se proyectan ni operan fuera de la esencia divina (inmensidad, simplicidad, eternidad, etc.); los segundos son aquellos que se proyectan y producen efectos externos a Dios (omnipotencia, benevolencia, justicia, etc.)

La objeción contra esta clasificación es que si algunos atributos fueran estrictamente inmanentes, el conocimiento de los mismos sería totalmente imposible.

4. **Atributos Comunicables e Incomunicables** – Estos últimos son aquellos que no encuentran ninguna analogía en el ser humano, y tienen que ver con el Ser Absoluto de Dios (auto-existencia, inmensidad, simplicidad, etc.), señalando a Dios como el *Deus Absconditus* (Dios escondido); los primeros son los que encuentran significación en los seres humanos. Estos se transmiten, de alguna manera, a los seres humanos, y tienen que ver con el Ser Personal de Dios (poder, amor, bondad, justicia, etc.), indicando al *Deus Revelatus*, el Dios revelado que se nos da a conocer con más facilidad.

LOS ATRIBUTOS DE DIOS EN LOS SÍMBOLOS DE WESTMINSTER

La definición contenida en la respuesta del *Breve Catecismo de Westminster* a la pregunta 4 (“¿Quién es Dios?”) dice lo siguiente: “Dios es espíritu infinito, eterno e inmutable en su Ser, sabiduría, poder, santidad, justicia, bondad y verdad”.

La *Confesión de Fe de Westminster* muestra los atributos incomunicables y los comunicables (aunque no use esta distinción clásica) en las siguientes palabras:

“Existe un solo Dios vivo y verdadero, el cual es infinito en su Ser y *perfecciones*. Él es un espíritu purísimo, invisible, sin cuerpo, miembros o pasiones; es *inmutable, inmenso, eterno, incomprensible*,

omnipotente, omnisciente, santísimo, completamente libre y absoluto, haciendo todo para su propia gloria y según el consejo de su propia voluntad, que es recta e inmutable. Es *lleno de amor y gracia, misericordioso, longánimo, muy bondadoso* y verdadero galardonador de los que le buscan y, no obstante, *justísimo y terrible en sus juicios*, pues odia todo pecado; de igual modo no tendrá por inocente al culpable” (II, 1)

La primera lista de palabras en cursiva, en la cita anterior, dice relación a los atributos incommunicables, mientras que la segunda muestra los atributos comunicables. En el próximo capítulo comenzaremos con el estudio de los atributos incommunicables, pues expresan la singularidad de Dios, es decir, en lo que es absolutamente sin igual.

PARTE 1

ATRIBUTOS INCOMUNICABLES

En la iglesia, frecuentemente, los atributos incommunicables de Dios son mal entendidos, justamente porque nos indican aspectos menos familiares con respecto a Dios y, por tanto, menos conocidos para nosotros, porque no tienen nada que ver con nuestra experiencia.

DEFINICIÓN

Los atributos incommunicables son aquellos que distinguen a Dios como tal, siendo sin igual en aquello que es y hace. Estos atributos son la marca distintiva del Altísimo ¡que lo hace absolutamente inigualable! Dichos atributos son exclusivos de Dios y no tienen ninguna correspondencia con la criatura. Los atributos de Dios no pueden ser transferidos a los seres humanos, pues la finitud de éstos lo impide. Los teólogos del escolasticismo protestante entendieron la imposibilidad que Dios tiene de comunicar estas cualidades a los hombres y usaron un axioma latino que expresa esta idea: *Finitum non capax infiniti* (lo finito es incapaz de lo infinito). Con esto, ellos pretendieron decir que los seres humanos son incapaces de captar, comprender o recibir lo infinito.¹¹⁶

Estos atributos se llaman incommunicables porque indican que, de ningún modo, podemos ver trazos de ellos en nuestra personalidad. Dios no nos transmitió o comunicó ningún aspecto de ellos. No hay ninguna analogía en nuestro ser, con aquello que es propio y exclusivo de la Divinidad. Por lo tanto, los atributos incommunicables pertenecen solamente a Dios, sin ninguna correspondencia con la criatura. Estos atributos presentan la singularidad de Dios.

LOS ATRIBUTOS INCOMUNICABLES MUESTRAN A DIOS COMO UN SER ABSOLUTO

Estos atributos hablan del Ser de Dios como un Ser absoluto. Este “Absoluto” no es equivalente al “Absoluto” de la filosofía que significa la base última de todas las cosas. El Dios de la filosofía y del teísmo no son necesariamente el mismo, aunque haya trazos en los que se identifican. El “Absoluto” de la filosofía es el que está libre de todas las limitaciones e impedimentos, es decir, aquel que está libre de todas las condiciones (el Incondicionado, el que existe por sí mismo), libre de todas las relaciones (el Irrelacionado), libre de todas las imperfecciones (el Perfecto), libre de todo fenómeno de diferencia o distinción, tales como materia y espíritu. Sin embargo, el Dios de la teología cristiana, aunque sea el “Absoluto”, no es irrelacionado, ni es libre para hacer cualquier cosa contraria a su propia naturaleza.

¹¹⁶ Muller, *Dictionary of Latin and Greek Theological Terms*, 119.

En algunos de estos sentidos el “Absoluto” de la filosofía puede ser identificado con el “Absoluto” de la Teología, pero no en todos los casos.

En este capítulo, veremos básicamente cuatro atributos incommunicables: Espiritualidad, Independencia, Inmutabilidad e Infinitud.

CAPÍTULO 7

LA ESPIRITUALIDAD DE DIOS

Dios es un Ser espiritual, purísimo e infinito. En este sentido Él es sin igual, diferente incluso a los ángeles, que también son seres espirituales. En la conversación de Jesús con la mujer Samaritana se registra la afirmación del propio Jesús a cerca de la naturaleza de su Padre. Él dijo: “Dios es espíritu” (Jn. 4:24) – esto significa que Él no tiene naturaleza corpórea como los hombres, y que no hay en Él mezcla alguna con lo que es físico o material.

Obviamente, hay otras criaturas cuyas que también son seres únicamente espirituales, sin ninguna connotación corpórea; como por ejemplo, los ángeles (He. 1:13-14). Pero Dios es un Espíritu muy diferente a los otros seres espirituales, porque al mismo tiempo que es un Espíritu purísimo, Él es también infinito, inmensurable, omnipresente, omnipotente, teniendo todos los demás atributos incommunicables, precisamente, porque es un Ser eminentemente espiritual.

Exploremos esto a través del análisis de los diversos modos de ser que tiene un espíritu:

LOS DIVERSOS MODOS DE EXISTENCIA DE UN ESPÍRITU

El espíritu humano

A las almas de los hombres se les llama, “espíritus” (Ec. 12:7). La parte inmaterial de los hombres se le denomina también “espiritual”, que se contrapone y, al mismo tiempo, es la parte complementaria del hombre material que se evidencia en el cuerpo. Este espíritu humano, a pesar de poder vivir sin cuerpo (cuando el hombre muere), sin embargo, no es la expresión del ser humano completo.

El Espíritu de Cristo

Las Escrituras dicen que el Redentor tiene un espíritu. Aquí no se trata del Espíritu Santo, la tercera persona de la Trinidad, sino del alma humana del Redentor (Jn. 19:30). Como hombre que era, Jesús tenía cuerpo y alma verdaderamente humanos. Jesucristo no era un Ser puramente espiritual, como algunos piensan. Él tenía todas las propiedades de un verdadero y completo ser humano, aún después de resucitar. Vea el concepto que Jesucristo da de un espíritu: “...un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo” (Lucas 24:39).

Los ángeles son espíritus

El Salmo 104:4 muestra la espiritualidad de los ángeles. Aún los ángeles caídos son seres espirituales (Mr. 1:17). Los ángeles u otros seres celestiales, son puramente espirituales, sin ninguna connotación física. Todas las veces que los hombres vieron a los

ángeles (en las Escrituras), estos asumieron una forma visible a fin de que pudieran comunicarse con los seres humanos, pero son seres eminentemente espirituales.

Un espíritu, por lo tanto, es un ser inmaterial que actúa por sí mismo. Un simple cuerpo no puede actuar por sí mismo. Él tiene que ser animado por un espíritu.

Dios es el más espiritual de todos los seres. Como Él excede a las criaturas, también lo hace en la manera de ser espiritual, porque es el Padre de los espíritus (He. 12:9).

LA IMPORTANCIA DE QUE DIOS SEA UN SER ESPIRITUAL PURÍSIMO¹¹⁷

1) Si Dios no fuera un Ser Espiritual, no podría ser Creador

La materia fue creada de las cosas que no existían. La materia es creación, tuvo un comienzo. Toda creación es *ex-nihilo*, es decir, “vino de la nada”, aunque sea preferible decir, que ella fue hecha sin ningún material preexistente.

Solamente un Espíritu infinito podría crear la materia y los espíritus finitos. Ningún ser corpóreo podría haber creado la materia, si él fuera materia. La materia es temporal, así como los seres espirituales. Todos tuvieron un comienzo. Nada que es finito puede engendrar a otro igual. Solamente el Dios-Espíritu infinito puede ser Creador.

2) Si Dios no fuera un Ser Espiritual, no sería Infinito

Todos los cuerpos tienen una naturaleza finita. Todo lo que es material tiene un límite, aún el universo que Dios creó. El universo no es infinito.

Si tuviera un cuerpo, Dios estaría compuesto por partes, lo que lo limitaría. Para considerarlo libre de limitaciones, tenemos que creer en la espiritualidad pura de Dios. Él excede a su propia creación (2 Cr. 2:6). Dios posee una esencia que sobrepasa los límites de su propia creación.

Si Dios tuviera partes, las partes finitas nunca podrían componer un ser Infinito. Y lo que es infinito no puede ser dividido.

3) Si Dios no fuera un Ser Espiritual, no podría ser Independiente

Un ser corpóreo es un ser compuesto y todo lo que es compuesto, depende integralmente de las partes. Así como la esencia del hombre depende de la conjugación o de la unión del espíritu con el cuerpo, pues sino, deja de ser lo que es, así Dios dependería del debido ejercicio de las partes para ser Dios, sin embargo, dependiente.

Si en Dios hubiera algún elemento corpóreo, Dios dependería del buen ejercicio de las partes del cuerpo para poder ser lo que es. Suena muy extraño que Dios tenga partes de las cuales depender. Un Dios así se parece más a nosotros, y no al Dios que la Biblia presenta, el gran “Yo Soy”. El dijo: “Yo soy el primero, y yo soy el postrero” (Is. 44:6).

¹¹⁷ Ver Charnock, *The Existence and the Attributes of God*, vol. 1, 182-188.

Nada ha habido antes de Él, y nada habrá después de Él. Dios no depende de nada, sin embargo, todo depende de Él.

4) Si Dios no fuera un Ser Espiritual, no sería Inmutable

Su inmutabilidad depende de su simplicidad. Él es inmutable en su esencia, porque es puro y es un Ser espiritual no mezclado con partes finitas.

Si Adán hubiera obedecido, no habría muerto. Hubiera quedado inmutable en su condición de santidad en la que fue creado, de la misma manera que los redimidos en el cielo o en la tierra nueva. Su estado de santidad no será alterado, porque permanecerán conservados por la bondad de Dios. La inmutabilidad de su estado proviene de la voluntad de Dios; no una inmutabilidad de esencia. Los redimidos continúan aún, allá en el cielo, teniendo una naturaleza mutable. Sólo serán preservados en santidad por el amor y gracia de Dios. La inmutabilidad de esencia pertenece solamente a Dios porque Él es eminentemente espiritual, y por esto, increado, independiente y poderoso.

5) Si Dios no fuera un Ser Espiritual, no sería Omnipresente

Él está arriba en el cielo y abajo en la tierra. Él llena el cielo y la tierra (Jr. 23:24). Esta propiedad es imposible para un ser corpóreo. Solamente un ser eminente y puramente espiritual, puede tener esta capacidad. Ya que Dios está en todas partes, Él ciertamente debe ser espiritual.

Si Él tuviera cuerpo, no podría penetrar todas las cosas, estaría circunscrito a un sólo lugar. Él no podría estar en todos los lugares con todo su Ser, sólo podría hacerlo en partes: un miembro en un lugar, y otro en otro. Si Él fuera solamente cuerpo, no podría haber ninguna otra cosa en el universo, sino Él mismo. Dos cuerpos no pueden ocupar el mismo espacio al mismo tiempo. Uno excluiría al otro.

6) Si Dios no fuera un Ser Espiritual, no sería el Ser más Perfecto

Si Él no fuera un espíritu purísimo, otras de sus criaturas podrían ser más perfectas que Él. En general, hay más nociones de imperfección y limitación en las criaturas corpóreas que en las espirituales. Dios, como Ser espiritual, no puede ser menos perfecto que sus propias criaturas.

Es su plena naturaleza espiritual la que le da el carácter perfecto que tiene. Todas las otras criaturas, aún las espirituales, están sujetas a limitaciones, imperfecciones y cambios, pero Dios es un Espíritu perfecto, no un ser circunstancial.

Podemos, por lo tanto, observar que los atributos incommunicables de Dios son, de algún modo, dependientes del hecho de que Dios sea puramente espiritual. Es muy importante que esta espiritualidad infinita de Dios sea conocida y proclamada, porque en esto Él difiere absolutamente de todas las criaturas.

DIOS ES UN SER INCORPÓREO

Como un Ser espiritual purísimo, Dios es un Ser incorpóreo. Éste es uno de los conceptos más obvios en el Dios de las Escrituras. Él no tiene forma, no es mensurable espacialmente, no tiene ningún tipo de apariencia. Esta verdad está subyacente en el segundo mandamiento. Por esta razón, Él abomina cualquier forma que el ser humano le pueda dar. De ahí, la prohibición en los mandamientos de hacer imágenes que lo representen (ver Ex. 20).

Dios puede tomar formas de manera temporal, como lo hizo varias veces¹¹⁸ para comunicarse con los hombres revelacionalmente, sea con el propósito de redención o de juicio. Estas formas que Dios adopta son llamadas *teofanías*, pero no son formas esenciales de Dios. Él las asumió en el pasado sólo para darse a conocer a los seres humanos. No obstante, nosotros no podemos atribuirle formas a Dios, porque si lo hacemos negamos su naturaleza espiritual que es esencial en Él. Un ser corpóreo, como ya se dijo anteriormente, elimina otros atributos como infinitud, inmutabilidad, omnipresencia, independencia, etc.

DIOS ES UN SER INVISIBLE

Una de las características de la espiritualidad es ser invisible. Un ser corpóreo no puede tener la propiedad de la invisibilidad, aunque haya cosas materiales que no sean visibles: el viento es material y, sin embargo, invisible. Todo cuerpo que tiene miembros, como cuerpo, es visible. Como Dios no tiene corporeidad, es invisible. De una manera muy clara, Pablo dice:

1 Ti. 1:17 – “Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, *invisible*, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén”.

Él no solamente es invisible sino también es imperceptible a nuestros sentidos, al contrario del viento. No vemos al viento, pero lo sentimos, porque la invisibilidad del viento no evita que él choque con los seres corpóreos. En contraste con ellos, Dios es incapaz de ser visto y percibido por los sentidos humanos, a menos que se comunique con los seres humanos y se haga perceptible.

Si Él es invisible es porque es espiritual. Sus obras son visibles, pero no su Ser. Jesús nos muestra lo que su naturaleza humana es (Lc. 24:39), pero Él no podría decir lo mismo de su naturaleza divina, que es eminentemente espiritual. Por lo tanto, es imposible para el ser humano ver a Dios, porque éste no puede ser percibido por nuestros sentidos visuales. No es una cuestión de falta de oportunidad, sino de incapacidad. Es característica divina no poder ser contemplado por ojos humanos (1 Ti. 6:16). Esto se debe al hecho de que Él es un ser eminentemente espiritual, que no tiene forma (Jn. 5:37). Si Dios tuviera una sustancia corpórea, podría ser visto por nuestros ojos físicos.

¹¹⁸ Dios tomó forma de hombre (Gn. 18:1-15), de fuego (Ex. 3:2-4) y de humo (Ex. 20:18-21) para revelarse a los hombres, pero estas teofanías no pertenecen a su naturaleza, pues él es un espíritu purísimo e infinito.

DIOS ES UN SER INMORTAL

El mismo texto de 1 de Timoteo 6:16 dice que Dios es el “único que tiene inmortalidad”. Literalmente, Él es el único ser Inmortal. Todos los otros seres, hombres y ángeles, son mortales,¹¹⁹ es decir, pueden ser separados de Dios. Los hombres son mortales no solamente porque son separados de Dios por causa de sus pecados, sino también son separados de sí mismo, cuando el cuerpo (que es el hombre) se separa del espíritu (que es el hombre). El ser humano muere espiritualmente hasta que sea regenerado, es decir, hasta que venga a la vida espiritual; él muere (separado de sí) hasta el tiempo de la resurrección final, cuando resucita. Existe el caso de los hombres que no fueron regenerados y murieron. Estos, después de la resurrección, morirán para siempre, cuando sean lanzados al lago de fuego.

No obstante, Dios no es separado de nada. Él es inmortal. Dios es el origen de todas las cosas y la vida está en Él. La vida de Dios no es recibida, sino que se origina en Él, eterna e indestructible. Los hombres mueren porque reciben vida y la vida se les quita, porque dicha vida no es parte de su esencia. Pero la vida es esencial en Dios. Si Dios muere, pierde su propia esencia. Por esto es que Él es el único Inmortal. Su inmortalidad está ligada al hecho de que es un Ser infinito, espiritual, independiente, etc.

DIOS ES UN SER SIMPLE

Por “simple” queremos decir sin composición. Si Dios tuviera alguna connotación corpórea, sería como nosotros, compuesto, y, por lo tanto, posible de división. Las partes serían su parte finita. Si existe en partes, no es completo, ni simple. Si las partes son finitas, no pueden ser parte de Dios, pues un conjunto de partes finitas no pueden componer lo Infinito; si las partes son infinitas, son más de una divinidad, y si hay infinitos, es una contradicción de términos, porque es una imposibilidad que haya más de un Infinito.

Berkhof habla de esta característica de la espiritualidad de otra forma. Él la llama *Unitas Simplicитatis*.¹²⁰

Esto significa que la esencia de Dios es indivisible. No se puede afirmar que parte de Él es bondad, justicia, amor, etc. La esencia de Dios es indivisible porque Él no está compuesto de partes o de atributos.

Esta cualidad de ser simple está íntimamente relacionada con la idea de la verdadera espiritualidad de Dios y de su eternidad. La simplicidad es resultado directo del hecho de que Dios es un Espíritu purísimo y eterno. Todo aquello que tiene comienzo y fin es compuesto, pero Dios es eterno y, por esto, simple, sin división.

Dios es simple, es decir, tiene la condición de ser libre de toda composición o división. Las tres personas de la Trinidad no son partes de un Dios. Es importante notar que no hay diferencia entre la esencia de Dios y sus atributos, y que sus atributos no son una añadidura a su esencia.

¹¹⁹ En la teología, hay un sentido en que se dice que el hombre es inmortal, pero no en el sentido literal. Si por inmortalidad entendemos que el hombre va a existir para siempre, es decir, él nunca dejará de existir, entonces es inmortal. Pero si por inmortalidad se quiere decir que él no muere, entonces este atributo no le corresponde, porque él literalmente muere.

¹²⁰ Berkhof, *Teología Sistemática*, 72-73.

Aplicación

Esta característica del Ser Divino lo hace absolutamente distinto de sus criaturas, aún de los ángeles; que son seres espirituales, pero finitos. Él se hace mucho más distante de nosotros, pues además de ser un Espíritu infinito, nosotros somos seres físicos, totalmente insertados en un contexto del cual no podemos salir. Dios, por consiguiente, en su bondad, decidió dársenos a conocer. Al principio, Él usó teofanías y, después, profecías. Sin embargo, más tarde, a su debido tiempo, envió a alguien que reflejó exactamente lo que Él era, pero que tuvo que hacerse un hombre como nosotros.

Esta característica nos coloca en una posición de total dependencia de Él, para que lo conozcamos. Es por esta razón, que el Hijo se encarnó – para revelar quien era su Padre. Si Cristo no se hubiera encarnado, nunca habiéramos conocido, de hecho y de verdad, a su Padre.

La espiritualidad de Dios nos obliga a postrarnos delante de su invisibilidad, inmortalidad y simplicidad para pedirle clemencia, perdón y gracia sobre gracia, para que continuemos existiendo como seres visibles, mortales y compuestos; por lo tanto, finitos. Dependamos enteramente de su bondad, en una actitud de sumisión a su naturaleza espiritual y totalmente distinta a la nuestra.

CAPÍTULO 8

LA INDEPENDENCIA DE DIOS

Este atributo incommunicable de Dios, también se conoce como auto-existencia. Dios es un Ser que existe necesariamente, como es sabido, nunca existió por voluntad propia o de alguien. Él existe por sí mismo y siempre ha sido de la manera como es, sin necesitar de nada y de nadie fuera de sí mismo. El ser humano no existe necesariamente. Él existió por voluntad de alguien, pero no se puede decir lo mismo de Dios. El hombre existe, pero Dios es. La naturaleza de Dios exige que Él sea auto-existente, porque todas las otras cosas existieron por su voluntad (Ap. 4:11). Dios es el Creador increado y libre de toda necesidad. Él es auto-suficiente, mientras que todas las cosas que existieron son siempre dependientes. La finitud aquí está en contraste con la infinitud de Dios que se evidencia en su auto-existencia.

La independencia de Dios puede ser vista de varias maneras:

DIOS ES INDEPENDIENTE EN SU EXISTENCIA

Los seres humanos existen porque un día fueron creados por la voluntad de otro, pero no es así con Dios. Él existe por necesidad, no porque Él u otro ser quiso que existiera. No hay nada a nuestro alrededor – familia, casa, árboles, montañas y todo lo que pueda ser imaginado – que no haya sido creado, pero Dios es distinto de todo lo que existe, que es producto de su creación. Todo en este mundo tiene una causa, excepto Dios. Él no tuvo comienzo. Él es Creador increado y no depende de nada fuera de sí mismo. En otras palabras, Dios *es*, pero su criatura *fue creada*.

La Escritura muestra la independencia y la auto-existencia de Dios, por lo menos, en dos ocasiones: cuando Moisés fue enviado a Faraón, fue “yo Soy el que soy” quien lo envió (Ex. 3:13-15); Él es el Dios vivo que tiene “vida en sí mismo”, y dice que la persona del Hijo también tiene “vida en sí mismo” (Jn. 5:26). Dios existe por sí mismo y, por lo tanto, independiente de todo. Él se basta. Él existe por la necesidad de sí mismo, es decir, existe necesariamente. La naturaleza de Dios requiere que Él exista, aunque sólo existiera.

La independencia es el atributo que lo hace ser conocido aún en la filosofía humana como la Primera Causa de todas las otras cosas que fueron creadas. Él es el originador (el planeador) y el ejecutor de todo lo que hay. Nada de lo que existe fue creado sin Él, pero el mismo no depende de nada y de nadie. A los hombres no les gusta hablar mucho de este atributo de Dios, porque la idea de la independencia de Dios los humilla. No hay nada que le desagrade más al hombre que el hecho de ser dependiente. Es ésta una de las infinitas diferencias entre el Creador independiente y la criatura totalmente dependiente. Dios no transmitió nada de su independencia al hombre. Por esto, a este atributo se le llama “incommunicable”. No obstante, una de las cosas que más le encanta al ser humano es la idea de ser independiente de Dios. Tal vez, esta voluntad pecaminosa proviene del hecho de que

él quiere ser igual a Dios, desde el comienzo. Pero ésta es una imposibilidad lógica, pues no puede haber dos infinitos o independientes.

El nombre latino para este atributo divino incommunicable es *aseitas*, que significa “aquel que tiene origen en sí mismo”. Cuando el Dios auto-existente es la razón de la existencia de todas las cosas, es decir, Aquel que voluntariamente entra en relación con el universo creado, entonces Él se puede identificar con el Absoluto de la filosofía.

Otro aspecto de la independencia de su Ser es que Él no necesita de nada. Él se basta a sí mismo. Antes de que todas las cosas existieran, Él ya era y se bastaba. Los dioses del panteón griego fueron creados por la imaginación humana, por causa de esto, eran dioses dependientes de sus creadores. Contrastando al verdadero Dios con estos dioses dependientes, Pablo dice que Él:

Hch. 17:25 – “ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas”.

Aunque Dios tenga la base de su existencia en sí mismo, no se puede decir que es auto-causado o auto-originado, porque Él es eterno y no tiene origen ni fin. La independencia de Dios incluye más que la idea de su auto-existencia. Su independencia se caracteriza no solamente en su existencia, sino también en todo su Ser y atributos, sus decretos y sus obras de la creación, providencia y redención.

Este atributo distingue a Dios de todas las criaturas. Por esencia, Dios es diferente de los seres creados, porque Él es auto-existente, independiente, la fuente y el origen de todas las cosas. Absolutamente auto-existente en su Ser y en sus obras.

DIOS ES INDEPENDIENTE EN SU RELACIÓN CON OTROS

Dios es absolutamente independiente, y no necesita relacionarse con nadie, además de sí mismo. Él hizo el mundo porque así lo quiso, pero el mundo no era necesario para la existencia de Dios. Dios siempre vivió relacionado consigo mismo antes de crear al mundo, porque Él se basta así mismo.

Sin embargo, como es un Ser de carácter personal, necesita relacionarse; pero no necesita hacerlo con alguien fuera de su propio Ser. Él es independiente en su relación con otros, porque Él se basta a sí mismo en su propio Ser. Dios siempre ha estado relacionándose, porque Él existe tripersonalmente. Su carácter tripersonal es auto-suficiente. Observe la expresión del Hijo encarnado, Jesucristo, conversando con el Padre sobre el “tiempo” en que los dos se relacionaban antes de que la creación existiera:

Juan 17:5 – “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”.

Dios nunca ha necesitado del mundo ni de las personas del mundo para que pudiera, como ser personal que es, relacionarse; porque siempre se bastó en esta área, debido a su carácter de subsistencia tripersonal.

DIOS ES INDEPENDIENTE EN SUS PENSAMIENTOS

Dios es independiente en sus pensamientos. Por pensamientos, me estoy refiriendo a la mente del Señor. Nadie se iguala al Señor en el proceso y en el contenido de su raciocinio. Simplemente Él es sin igual. Ésta fue la sensación que Pablo tuvo cuando comenzó a hablar de los misterios redentores de Dios:

Romanos 11:33-34 – “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán *insondables* son sus juicios, e *inescrutables* sus caminos! *Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero?*”.

Al describir los pensamientos redentores de Dios, ¡Pablo queda extasiado! Ellos demuestran una sabiduría sin límites y sin paralelo. La obra redentora de Dios involucra una inteligencia que está más allá de nuestra comprensión. Pablo usa dos palabras para describir la sabiduría de los planes de Dios: “insondables” e “inescrutables”. Estas dos palabras demuestran que la sabiduría de la mente del Señor no puede ser investigada por los hombres y, por lo tanto, ¡no la pueden comprender!

Con estas palabras sobre la inteligencia de Dios y sus planes redentores, Pablo no solamente dice que este asunto es difícil de comprender, sino afirma que dichos planes son imposibles de que sean comprendidos. Es importante señalar que Pablo no está hablando aquí de los “misterios escondidos” de Dios, sino simplemente de aquello que Él reveló sobre la salvación. Aún estas cosas reveladas muestran la infinita sabiduría de Dios, que excede toda comprensión humana. A estas cosas son las que Pablo llama “insondables” e “inescrutables”. Entonces, ¿qué adjetivos el apóstol usaría para tratar las cosas secretas de Dios!?

Sin embargo, no estamos diciendo que las cosas que Dios revela sean totalmente incomprensibles. Muchas de ellas las podemos entender, pero lo que Pablo dice es que el modo en como Dios opera la redención de los pecadores es “insondable” e “inescrutable”. No podemos comprender el proceso del raciocinio de Dios porque la mente de Dios es infinita en sus recursos. Es imposible captar el *modus operandi* de la mente divina. No obstante, si el hombre quiere conocer alguna cosa de lo que Dios está haciendo, debe depender enteramente de su revelación. Aún así, después de conocer la revelación de la redención, Pablo se asombra con la grandiosidad insondable e inescrutable de la mente divina. La revelación no implica necesariamente entendimiento, sino ciertamente ¡asombro y santa admiración!

Esto fue, exactamente, lo que Pablo percibió cuando escribió estas palabras con respecto a la mente de Dios, que es absolutamente independiente:

Ro. 11:34 – “Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero?”.

Dios no depende de nadie para planear las cosas que planea, ni para pensar lo que piensa, ni para hacer lo que hace. Él es absolutamente auto-pensante, libre de cualquier influencia. Él no necesita instrucción de quien quiera que sea. El proceso de su pensamiento es absolutamente suficiente en sí mismo, perfecto y completo; planeando y conociendo a cabalidad todas las cosas de una manera infinita.

La mente del Señor no se puede conocer separada de su revelación, porque nadie conoce la mente del Señor ni puede ser su consejero. Él no le debe explicaciones a nadie de

lo que piensa. Por esta razón, Él no complace a nadie con sus ideas ni necesita justificarlas delante de los seres racionales.

La conclusión de la doxología de Pablo es que Dios es un Dios auto-existente, auto-suficiente, independiente en todos sus pensamientos, teniendo de sí mismo conocimiento y sabiduría infinitos, independiente de las cosas creadas.

DIOS ES INDEPENDIENTE EN LA FORMULACIÓN DE SUS PLANES

Sal. 33:10-11 – “Jehová hace nulo el consejo de las naciones, y frustra las maquinaciones de los pueblos. El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones”.

En realidad, los designios de los hombres son considerados nada por Dios. Él simplemente ignora los planes de los hombres, porque son sus planes los que prevalecen. ¡Estos duran para siempre!

Cuando Dios decide hacer algo no le consulta a los hombres. Él planea todas las cosas como mejor le agrada. En sus consejos, no le pide consejo a nadie, pues Él es suficiente en sí mismo en conocimiento y en sabiduría. Por esta razón, dice el profeta en tono enfático:

Is. 40:13-14 – “¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole? ¿A quién pidió consejo para ser avisado? ¿Quién le enseñó el camino del juicio, o le enseñó ciencia, o le mostró la senda de la prudencia?”.

Toda la historia humana es la realización de los designios del Señor previamente trazados. Nadie le dijo al Señor lo que debía hacer, porque todas las cosas están perfectamente claras en su mente auto-suficiente. Dios es absolutamente independiente en la elaboración de sus proyectos. Nadie es semejante a Dios, también, en este aspecto. Por esta razón, el profeta pregunta a los hombres: “¿A qué, pues, haréis semejante a Dios, o qué imagen le compondréis? ¿A qué, pues, me haréis semejante o me compararéis? dice el Santo” (Is. 40:18,25).

DIOS ES INDEPENDIENTE EN LA EJECUCIÓN DE SU VOLUNTAD

Dios no es solamente auto-suficiente en la elaboración de sus planes, sino también en la ejecución de ellos.

Él ejecuta todas las cosas de acuerdo con el consejo de su voluntad (Ef. 1:5,11; Ro. 9:19); en este sentido, Él también es incomparable (Is. 40:18). Dios es totalmente independiente de sus criaturas en todo lo que decide hacer. Él no necesita de sugerencias de los hombres para realizar lo que realiza. Él no necesita del apoyo de los hombres o de la aprobación de ellos para el ejercicio de su voluntad.

La independencia de la voluntad de Dios se ilustra de manera clara en el libro del profeta Daniel. En el capítulo 4 de Daniel está la historia que narra la honra y el loor que el rey Nabucodonosor rinde al Señor Dios por el ejercicio de su voluntad independiente. El rey había sido extremadamente orgulloso y arrogante mientras dominó sobre el pueblo

cautivo. Entonces, la pesada mano de Dios vino sobre él, haciéndolo vivir como un animal sobre la tierra (4:33). Luego, vino el tiempo cuando el rey fue restaurado a su condición normal de hombre, volviendo al entendimiento (4:34). Después de recobrar la razón, el rey alabó al Señor y reconoció su soberanía sobre los reyes de la tierra y sobre toda la creación. Estas son sus palabras:

Dn. 4:35 – “Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?”.

Dios podría destruir el designio de las naciones de un modo inmediato, es decir, sin el uso de medios, como lo hizo con Nabucodonosor. No obstante, Él no siempre actúa de manera inmediata. El rey Nabucodonosor muestra aquí que Dios puede usar medios para cumplir sus designios. El rey estaba absolutamente seguro cuando dijo que Dios usa instrumentos humanos para ejecutar su voluntad. En el texto anterior Nabucodonosor dice que Dios opera con el ejército del cielo, lo que probablemente se refiere a los ángeles, y con los moradores de la tierra, es decir, los ejércitos de los hombres, para cumplir sus designios de derrumbar y abatir a las naciones.

Nabucodonosor además dice que la voluntad decretiva de Dios no puede ser contrariada o impedida. “No hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?” – La voluntad de Dios no puede estar sujeta a nuestro escrutinio. No podemos impedir que su voluntad se realice. Esto es así porque Dios es independiente en la ejecución de su voluntad. Él hace todas las cosas como mejor le plazca y nada fuera de Él mismo puede interferir en la ejecución de sus planes. Fue exactamente en esto que Nabucodonosor, antes orgulloso, rindió respeto a la voluntad independiente de Dios. Como resultado de un amargo episodio, debajo de la poderosa mano de Dios, el rey de Babilonia confesó su voluntad infinitamente disminuida delante de la voluntad independiente de Dios.

¿Cómo podría Dios cumplir todos sus designios usando los medios de la propia creación para resistir la soberbia de los hombres? La respuesta está en el siguiente punto.

DIOS ES INDEPENDIENTE EN SU PODER

Dios es independiente en la ejecución de su voluntad porque es independiente en su poder. La ejecución de su voluntad requiere un poder y dominio absolutos. Por esta razón, el salmista dice: “Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho” (Sal. 115:3).

Él no necesita de nadie para poner en práctica lo que decretó. Su poder se demuestra de manera extraordinaria en las Escrituras. Él puede todo, mientras que sus criaturas no pueden hacer nada sin Él.

Dios no es poderoso de la forma como los hombres dicen serlo. Y su poder es incomparable. Los hombres sólo pueden hacer cosas con lo que tienen (si así Dios se los permite), pero Dios hizo que todas las cosas existieran cuando aún no había nada. Él reivindica este derecho inalienable para sí, cuando trata de las cosas visibles y de las invisibles, de las cosas de la creación y de la redención:

Isaías 41:4 – “¿Quién hizo y realizó esto? ¿Quién llama las generaciones desde el principio? Yo Jehová, el primero, y yo mismo con los postreros”.

No hay nadie como Dios en materia de poder, porque su poder le es inherente, mientras que el de las criaturas es recibido. Su poder es infinito, mientras que el de las criaturas no. ¡Ambos poderes son absolutamente imposibles de comparar! Cuando ejercen su poder y energía, los hombres se cansan, pero el Señor no. Por esto Dios dijo:

Isaías 40:28-29 – “¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno es Jehová, el cual creó los confines de la tierra? No desfallece, ni se fatiga con cansancio, y su entendimiento no hay quien lo alcance. El da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas”.

Estos versículos muestran el poder independiente de Dios y el poder dependiente de los hombres. ¡Qué distancia enorme existe entre el Creador y la criatura!

Aplicación

Una relación apropiada con Dios exige que creamos en su independencia. Todos los otros atributos incommunicables van a estar ligados íntimamente a éste. Si usted niega este atributo de Dios, ciertamente tendrá que negar su inmutabilidad, eternidad e infinitud.

Ya que Dios es auto-existente, Él no es afectado por la ley científica de la *entropía*, es decir, Dios no envejece. Él no participa de lo que es propio de las cosas creadas. Esta segunda ley de la termodinámica, que afirma el deterioro de toda materia/energía, es una prueba que indica que Dios es muy diferente a su criatura. Todo el cosmos sufre desgaste y necesita ser mantenido por la providencia divina, pero el Dios Providente no necesita ser mantenido porque no sufre desgastes. Esto se debe a su auto-existencia, que es inmutable.

Ya que Dios es auto-suficiente en sus pensamientos, siendo su conocimiento y sabiduría infinitos, debemos tener mucho respeto y consideración por sus palabras expresadas en las Sagradas Escrituras. Ellas revelan esta mente infinita de Dios. Por esta razón, no solamente en nuestras iglesias, sino también en nuestras familias, la Palabra de Dios debe tener preponderancia. Las palabras de este Dios auto-suficiente deberían hacernos inclinarnos delante de Él en santa reverencia. Nunca podremos reflejar la mente de Dios a menos que tengamos su mente que nos es comunicada, por la convivencia seria y comprometida con las Escrituras.

El atributo de la independencia de Dios debe advertirnos contra el sueño humano de ser independiente. Éste fue el sueño que Nabucodonosor, antes de ser humillado, alimentó en su mente. Antes de la triste experiencia de su humillación, el rey de Babilonia era el centro de su preocupación, auto-confiado, jactancioso, arrogante, orgulloso y convencido de que tenía el mundo en sus manos. Después de esto, él pastó como un animal del campo, hasta reconocer que sólo *Jehová* era el Señor. La independencia o auto-suficiencia es propiedad exclusiva de Dios, un atributo que no es compartido con ninguna criatura. Este atributo debería hacernos más humildes y cada vez más carentes de la bondadosa gracia de Dios, tanto en el sustento de nuestra vida natural como en la creación y en el perfeccionamiento de nuestra vida de relación con Él. La gracia no es parte de la naturaleza. Ella tiene que ser dada por Dios. Por esta razón, debemos entender que toda gracia que necesitamos procede de Aquel de quien proceden todas las cosas y que no necesita de nada.

Por lo tanto, no espere pasar por una experiencia humillante para reconocer quien es el que posee la independencia. Sométase a Dios sólo por lo aprendido de su Palabra y viva dependiente de su orientación y gracia.

CAPÍTULO 9

LA INMUTABILIDAD DE DIOS

Este atributo incommunicable es una consecuencia de su independencia (Ex. 3:14). Solamente aquel que es independiente puede ser inmutable. Un ser sujeto a cambios, es un ser dependiente. Por esto, sólo Dios puede ser independiente.

Nada fuera de Él hace que sus decretos, sus promesas, sus atributos, o aún Él mismo, sean alterados. Si pudiéramos definir este atributo, diríamos que la inmutabilidad es aquella perfección por medio de la cual Dios se despoja de todo cambio no sólo en su Ser, sino también en sus decretos, promesas y atributos.

La inmutabilidad de Dios se debe estudiar a la luz de la experiencia de la mutabilidad de las criaturas. El Salmo 102 es un ejemplo vívido del hombre que pasa, en contraste con Dios que permanece. El versículo 12 dice: “Mas tú, Jehová, permanecerás para siempre, y tu memoria de generación en generación”. Es esta inmutabilidad que hace que Dios sea conocido como aquel que es estable y, por lo tanto, digno de confianza; por esto, absolutamente distinto de sus criaturas. Es en este texto que podemos percibir la debilidad, la dependencia y la mutabilidad de los hombres en contraste con la fuerza inmutable y constante de Dios. Dios es la roca que permanece para siempre, nunca cambia y nunca se altera.

DIOS ES INMUTABLE EN SU SER

Dios es perfectamente completo en sí mismo. Por consiguiente, no sufre cambio. Su Ser es inmutable porque Él no tiene ningún progreso ni retroceso. Dios no aumenta ni disminuye en sus capacidades esenciales. De un modo simple, pero claro, el salmista dice:

Sal. 102:26-27 – “Ellos perecerán, mas tú permanecerás; y todos ellos como una vestidura se envejecerán; como un vestido los mudarás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán”.

El salmista está hablando en los versículos anteriores (vv.24-25), de la creación de Dios. En su creación, todo cambia y tiene la tendencia de deteriorarse. Esto se explica por medio de la segunda ley de la termodinámica, que dice que todo se deteriora. No hay nada, que por sí sólo, permanezca para siempre. No obstante, el Creador no es como la creación. El primero permanece para siempre inmutable, existiendo siempre una constancia en Dios; mientras que la creación cambia por el deterioro. Dios permanece el mismo, siendo inalterable en su Ser. ¡Esto lo distingue sobremedida de todos los seres creados!

La inmutabilidad del Ser Divino está conectada con su independencia, eternidad e infinitud. Un atributo conduce a los otros y, a su vez, se relaciona con ellos. Dios no cambia porque es invariable en su naturaleza. Es propio de las cosas finitas alterarse, pero no de Aquel que es infinito. El hombre cayó porque es posible que los seres finitos caigan

del estado en que fueron creados, pero no se puede decir lo mismo del Creador-Redentor. Por causa de esta inmutabilidad, Dios, a pesar de los pecados de su pueblo, no los condena. Él es inmutable en su Ser y en lo que decide hacer.

Stg. 1:17 – “Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual *no hay mudanza, ni sombra de variación*”.

Ésta es la inmutabilidad de un Dios eterno y auto-suficiente. Él es siempre el mismo, lo que nos da la base para que creer en su fidelidad, en sus promesas y en sus decretos. Todo viene de Él, “el Padre de las luces, en el cual *no hay mudanza, ni sombra de variación*”. Él no es deudor de nadie; Él posee todo. Todas las cosas que tenemos vienen de Él, y a Él regresan.

Porque Dios no depende de las cosas creadas y porque su esencia es eterna, no cambia. Las Escrituras presentan a Dios como Aquel que existía eternamente, cuando aún no existía nada; esto lo hace inmutable en su Ser y, de quien provienen todas las cosas. Todo lo que es creado no es eterno y, por esto, está sujeto a cambios. Pero Dios es eterno, inmutable, sin las dificultades de temporalidad y de finitud.

Por causa de este atributo, Dios está libre de todo aumento, disminución, crecimiento o decadencia. Es imposible que Dios cambie, para mejor o para peor, porque es auto-suficiente en todo. Sus órdenes y decretos no varían nunca. Por esta razón, podemos confiar en Él enteramente, pues no cambia.

Si Dios no fuera inmutable no sería Dios. Cualquier cosa que cambia deja de ser lo que es. Pero Dios no altera en nada su Ser.

La razón nos enseña que en Dios ningún cambio puede ocurrir, porque implicaría un cambio para mejor o para peor. Pero estas cosas son imposibles en Dios, porque Él es perfecto en todo lo que hace y es.

Este atributo también distingue a Dios de todas sus criaturas. El hombre es mutable y tiene dificultad de comprender que Dios pueda ser diferente a él.

Sal. 102:25-27 – “Desde el principio tú fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, *mas tú permanecerás*; y todos ellos como una vestidura se envejecerán; como un vestido los mudarás, y serán mudados; *pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán*” (Ver He. 1:12).

La frase fundamental en este texto es: “pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán”. Aquí, se afirma de manera evidente la inmutabilidad de Dios. El texto habla de la singularidad de la constancia de Dios, en contraste con las cosas de la creación que pasan. Es propio que las cosas finitas pasen, pero no en el caso de lo infinito e independiente. La auto-existencia de Dios hace que Él sea inmutable, constante, sin morir ni cambiar nunca.

DIOS ES INMUTABLE EN SUS DECRETOS

Los decretos son las resoluciones que el Señor Dios toma (en la eternidad) a fin de que sean cumplidas o realizadas en la historia del mundo. Él decreta todos los acontecimientos, grandes o pequeños, estén directamente relacionados con la historia de la

redención o no. Todo lo que sucede en nuestro mundo y en nuestra vida personal es producto de la voluntad decretiva de Dios, que es inmutable.

Job 23:13-14 – “*Pero si él determina una cosa, ¿quién lo hará cambiar? Su alma deseó, e hizo. Él, pues, acabará lo que ha determinado de mí; y muchas cosas como éstas hay en él*”.

Nadie puede disuadir a Dios en alguna cosa que Él *decide* hacer. Ni todos los hombres del mundo pueden hacer que Dios cambie de opinión cuando resuelve hacer algo, aunque sea doloroso. El creyente Job tenía la plena conciencia de que el sufrimiento por el que estaba pasando era producto de los decretos inmutables de Dios. Tenía convicción de que todas las cosas que Dios había ordenado, con relación a él, sucederían infaliblemente, porque sabía que Dios es inmutable en sus decisiones. No hay manera de cambiar los planes de Dios.

Job 42:2 – “Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti”.

Job mismo tenía una confianza absoluta en el poder de Dios. Por esto, dijo: “Yo conozco que todo lo puedes”. Sin embargo, su creencia en el poder de Dios no lo llevó a pedir a Dios a que cambiara sus planes. Al contrario, Job tenía también la plena confianza de que ninguna cosa que Dios había determinado hacer podía ser frustrada. Dios es absolutamente inmutable para que alguien estorbe sus planes, quien quiera que sea.

Pr. 19:21 – “Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre; *mas el consejo de Jehová permanecerá*”.

Los seres humanos pueden hacer planes, y los hacen constantemente. Muchos de ellos hoy, cuando se les consulta sobre la realización de dichos planes, responden: “¡Bien!”, sin reflejar la impotencia que sienten. Dios, no obstante, hace que sus planes prevalezcan por sobre los planes de los hombres, porque sólo sus planes son inmutables. Todas las cosas que los hombres planean se ejecutarán mientras estén de acuerdo con los planes del Altísimo. Los de éste último, sin duda alguna, siempre se realizarán.

Is. 14:24,27 – “Jehová de los ejércitos juró diciendo: Ciertamente se hará de la manera que lo he pensado, y será confirmado como lo he determinado... Porque Jehová de los *ejércitos lo ha determinado, ¿y quién lo impedirá? Y su mano extendida, ¿quién la hará retroceder?*”.

Este versículo sugiere, de forma inequívoca, un decreto inmutable de Dios. Todo en la historia se hace en cumplimiento a los decretos divinos. No hay quien haga retroceder a Dios en sus propósitos. Cuando Él *determina* hacer algo, no hay regreso. Los hombres son incapaces de revertir un decreto divino. Por esta razón, el profeta es categórico en su apología del decreto ¡inmutable de Dios!

Is. 43:13 – “Aun antes que hubiera día, yo era; y no hay quien de mi mano libre. *Lo que hago yo, ¿quién lo estorbará?*”.

El profeta Isaías es generoso en sus afirmaciones referente a la inmutabilidad de los decretos divinos. Cuando Dios decide no salvar a alguien, no hay quien lo pueda salvar, pero cuando Dios decide salvarlo, no hay quien lo separe de su gran amor. Esto también

es verdad con relación a la condenación que Dios trae a los seres humanos. Cuando Dios actúa poderosamente, ¿quién lo puede impedir? Ésta es la pregunta que inquieta a los impíos y, al mismo tiempo, ¡consuela a los cristianos que están bajo su acción divina! Que bueno es saber que esta misma idea se puede aplicar en el plano soteriológico: cuando Dios actúa salvadoramente en nosotros, ¿quién nos separará de su amor que está en Cristo Jesús? ¿quién impedirá a Dios que actúe redentoramente en nosotros? ¡Ni siquiera Satanás!

Is. 46:8-11 – “Acordaos de esto, y tened vergüenza; volved en vosotros, prevaricadores. Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: *Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero*; que llamo desde el oriente al ave, y de tierra lejana al varón de mi consejo. *Yo hablé, y lo haré venir; lo he pensado, y también lo haré*”.

El Dios y Padre de Jesucristo, es sin igual en aquello que hace. No hay nadie como Él que, en su inmutabilidad, hace cosas desde tiempos antiguos que permanecen hasta hoy. ¿Por qué permanecen hasta hoy? Porque su “consejo permanecerá”. Entonces, el versículo completa diciendo que “hará todo lo que quiere”. Nadie le impide a Dios que cumpla sus designios, ni aún las oraciones sinceras de sus siervos fieles (Jeremías 11:14;15:1). Cuando Dios “lo ha pensado (un decreto o propósito), lo hará”. Las determinaciones de Dios son infalibles. No hay como escapar de la voluntad inevitable e inmutable de Dios.

He. 6:17 – “Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa *la inmutabilidad de su consejo*, interpuso juramento”.

El autor de la carta a los Hebreos deja claro que Dios hace juramentos (que, generalmente, involucran su propio nombre y su propia santidad) para mostrar firmemente “la inmutabilidad de su consejo”. Dios hace lo que le prohíbe hacer a los hombres (juramentos) porque Él no falla en lo que dice, porque es poderoso para cumplir su palabra. Todo esto para mostrar que Él no cambia en lo que dice y decide hacer.

Por lo tanto, podemos concluir en este aspecto que Dios nunca hace un “plan nuevo”. Dios nunca ha comenzado todo “de nuevo”. Él siempre tuvo una voluntad única e inmutable.

Los hombres cambian sus planes, pero Dios no. Hay dos razones por las cuales los planes de los hombres cambian: la falta de previsión para anticiparse a los acontecimientos, y la falta de poder para llevarlos a cabo. Pero estas cosas no pueden suceder con Dios, de ninguna manera. Él es omnisciente y omnipotente. No está, por lo tanto, sujeto a cambios (Sal. 33:11).

Ésta es una enorme diferencia entre Dios y los hombres, entre lo Infinito y lo finito, entre el Creador y las criaturas. Es una diferencia cualitativa. Creación y mutabilidad son términos análogos, así como Creador e inmutabilidad.

DIOS ES INMUTABLE EN SUS PROMESAS

Cuando Dios promete algo al ser humano, no altera nunca sus promesas. Dios no cambia de opinión en lo que dice. Todos pueden tener la absoluta certeza de que Dios va a

actuar según sus promesas porque esto es la expresión natural de su naturaleza inmutable. Porque Él es inmutable en su Ser, lo es también en sus promesas.

2 Ti. 2:13 – “Si fuéremos infieles, él permanece fiel; él no puede negarse a sí mismo”.

La fidelidad de Dios no debe ser entendida como fidelidad a los hombres, sino a sí mismo. Él hace promesas y permanece fiel a ellas. Su fidelidad es una manera de nunca negarse a sí mismo. Dios no puede mentir, es decir, hablar algo y después decir que no ha dicho nada, o bien, no cumplir lo que dijo. Él tiene el deber consigo mismo de ser fiel en lo que promete. Él actuaría contra sí mismo si no fuera fiel.

Vea una promesa básica y fundamental de Dios – la de bendecir en Abraham a todas las familias de la tierra (Gn. 12:1-3) – cumplida en Gá. 3:14-22. ¡Observe todos los detalles que Dios creó para hacer inmutable su promesa! Porque Él tiene el control sobre toda la historia, le es posible ser inmutable en sus promesas.

Es una tontería pensar en la inmutabilidad de Dios y, no obstante, dudar de sus promesas. La fidelidad de Dios está basada en su inmutabilidad. Porque Dios es inmutable, es fiel. El cumplimiento de sus promesas está vinculado al *poder* para cumplirlas. El hombre, por regla general, no cumple sus promesas porque le falta un atributo llamado omnipotencia, pero este atributo sí pertenece a Dios.

DIOS ES INMUTABLE EN SUS ATRIBUTOS

Inmutable en su Amor

El compromiso del amor de Dios es inviolable, porque es una expresión singular de la naturaleza de Dios que, en ninguna manera, puede cambiar. Cuando Dios pone su amor en una persona, va hasta el fin con este amor. Dios no es como nosotros, que cambiamos nuestra relación con las personas dependiendo de lo que ellas nos puedan ofrecer. El amor de Dios es un amor que no termina nunca, porque está relacionado con su atributo de la inmutabilidad, porque Dios nos ama a pesar de lo que somos. Es parte del carácter de Dios amar sin límite de intensidad y sin límite de tiempo (Jer. 31:3). El amor de Dios es eterno y va hasta las últimas consecuencias (Jn. 13:1). La inmutabilidad de Dios, determina la duración infinita de su amor.

Inmutable en su Verdad

Lo que fue verdad una vez, lo será para siempre. La verdad de Dios no es algo subjetivo, dependiendo de los sentimientos interiores de las personas, sino que su verdad está fundamentada objetivamente en sus leyes, que son inmutables. Dios no es como los hombres, que hacen leyes que son alteradas todo el tiempo, sino que sus leyes permanecen para siempre. Por esto el salmista dice que “Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos” (Sal. 119:89), lo que es sinónimo de perennidad.

La verdad de Dios que está afirmada en las Escrituras, y firmada para siempre en los cielos, ¡es inmutable! Todo se acaba, todo se deteriora, pero no la verdad de Dios. Por esta

razón, Jesucristo dijo “el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Lc. 21:33). Las palabras de Dios permanecen para siempre porque ¡son inmutables!

Inmutable en su Misericordia

Mal. 3:6 – “Porque yo Jehová *no cambio*; por esto, hijos de Jacob, *no habéis sido consumidos*”.

La razón de que no seamos consumidos es porque Dios permanece inmutable en sus atributos. Porque Dios no cambia es que permanecemos no solamente vivos, sino también, sin el castigo que merecemos por nuestros pecados. La misericordia de Dios, por causa de lo que Cristo hizo, es la no-imposición de la penalidad sobre nosotros. A pesar de la continuación de nuestros actos pecaminosos, Dios nos trata misericordiosamente, es decir, mantiene su decisión de no tratarnos más “conforme a nuestras iniquidades” ni de retribuirnos “conforme a nuestros pecados” (Sal. 103:10). De forma semejante, Dios dice a través del profeta Isaías que todas las cosas pueden ser alteradas, cambiadas o removidas, “no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará” (Is. 54:10). Esta misericordia que nunca se aparta de nosotros se basa en la inmutabilidad de Dios, en la expresión de sus bondadosos atributos.

El conocido versículo del Salmo 100:5 nos habla de esta misericordia inmutable, diciendo que ésta nunca termina. El versículo dice que “para siempre es su misericordia, y su verdad por todas las generaciones”. ¿Por qué esto es así? Porque Dios es inmutable en la manifestación de sus atributos.

DIOS ES INMUTABLE EN LA CONCESIÓN DE SUS DONES

Dios es fiel en la distribución de sus dones. Nada de lo que Él concede cambia, por causa de la naturaleza del Dador. La epístola de Santiago dice que:

Stg. 1:17 – “Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación”.

Todos los dones son inmutables por causa de la naturaleza inmutable de Aquel que los concede. ¿Por qué los seres humanos dan cosas y después las quieren de regreso, cuando romper sus relaciones? Porque son mutables en sus sentimientos. Pero no es así con Dios. Dios da sus dones y no los quita, porque es inmutable en su Ser y en lo que hace.

El hombre tiene sentimientos variables. Hoy ama, pero mañana odia. Los que gritaron: “¡Hosanna al Hijo de David!” fueron los mismos que dijeron “¡Sea crucificado! ¡Sea crucificado!”. El ser humano que hoy está de buen humor, mañana estará de mal humor. El hombre es variable en sus pensamientos y en sus sentimientos porque no sabe juzgar rectamente; cambia de opinión fácilmente porque no tiene todos los elementos de una sola vez, porque experimenta sucesión de tiempo y, está sujeto a las condiciones temporales y espaciales. Pero no es así con Dios. Por esta razón, podemos confiar en Él, porque es inmutable, la Roca Eterna que no cambia (Dt. 32:4). Dios siempre permanece igual.

Aquí está la gran consolación: no podemos confiar en los hombres, pero podemos confiar completamente en Dios, porque Él no cambia. Si Dios cambiara en sus sentimientos, actitudes y planes ¿quién podría confiar en Él? Pero Él es el mismo “ayer, hoy y por los siglos”. Él es la Roca Eterna que nunca cambia, ¡segura, firme e inmovible!

Malaquías 3:6 dice: “Porque yo Jehová *no cambio*; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos”. Este versículo muestra que

La inmutabilidad intrínseca del carácter de Dios es el fundamento de la creencia en la verdad y seguridad de su Palabra... La inmutabilidad del carácter de Dios también forma el fundamento para la certeza de la continua fidelidad de Dios a su pueblo del pacto, Israel.¹²¹

Esta concepción soteriológica de los dones de Dios como realidades inmutables también se enseña en las Escrituras. Hablando del amor electivo de Dios demostrado a su pueblo, aún a pesar de sus pecados, Pablo dice “porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios” (Ro.11:29). Los dones de Dios ofrecidos en Cristo y su llamamiento de las tinieblas a la luz son cosas que nunca perdemos, por causa de la inmutabilidad de Dios en la manifestación de su bondad a los seres humanos en quien puso su corazón.

CAMBIOS APARENTES EN DIOS

A pesar de que no haya ningún cambio en su naturaleza, en sus atributos, en sus decretos y en sus promesas, no podemos decir que Dios es inamovible en todo lo que hace. Dios tiene movimientos en su Ser y en su modo de actuar, que no lo hacen un ser estático. Dios cambia de actitud como en sus promesas, por ejemplo, están condicionadas a la obediencia de los seres humanos.

Por lo tanto, si quisiéramos dar una definición aún mejor de la inmutabilidad de Dios, tendríamos que dividirla en dos partes, como lo hizo Gruden: “Dios es inmutable en su Ser, sus perfecciones, sus propósitos y sus promesas; *no obstante*, Dios actúa, y lo hace de modo diferente en respuesta a diferentes situaciones.”¹²² Esta segunda parte de la definición dice relación a los aparentes cambios que las Escrituras atribuyen a Dios y nos guarda contra la idea de la inmovilidad de Dios.

Analicemos ahora algunos cambios aparentes en el Ser de Dios, que deben ser entendidos debidamente sin que hagamos que Dios se parezca con los seres creados, es decir, mutable.

Cambios de actitud en Dios

Las Escrituras muestran muchas veces que Dios cambia de actitud para con el hombre. Estos cambios están relacionados con sus bendiciones o maldiciones condicionales.

¹²¹ Bruce A. Ware, “An Evangelical Reformulation of the Doctrine of the Immutability of God”, *JETS* 29/4 (Diciembre 1986), 433.

¹²² Gruden, *Systematic Theology*, 160.

El Salmo 78 es un ejemplo típico de estos cambios divinos. Dios cambia de actitud en su relación con los seres humanos dependiendo de la actitud, que ellos tienen para con sus mandamientos. Por lo tanto, Dios actúa de acuerdo con los patrones y exigencias de su naturaleza moral. Es el caso del rey Ezequías (Is. 38:1-8). Dios no alteró sus planes en cuanto a la duración de la vida del rey, sino simplemente afirmó que él moriría de una enfermedad mortal. Cuando el rey se arrepintió de sus pecados y suplicó por la misericordia divina, Dios oyó sus oraciones y le dio algunos años más de vida. Estos 15 años más que recibió el rey, estaban en los planes de Dios, que incluye también el arrepentimiento de sus hijos. Por lo tanto, sería una tontería pensar en Dios como alguien que altera sus decretos por causa de la actitud de los hombres. Dios se mueve de acuerdo con sus planes que ya estableció, que incluyen las bendiciones condicionales.

Cuanto el estado moral de los hombres cambia, es decir, cuando los hombres se arrepienten del mal que han hecho, Dios también cambia de actitud, siendo misericordioso con ellos. Este cambio de actitud de Dios, de ninguna manera indica que Él cambió algo en su naturaleza, en sus atributos o en sus promesas.

Dios cambia de ira a misericordia, de maldición a bendición, de rechazo a aceptación. Esta actitud relacional de Dios no provoca en Él ninguna variación. Él sólo actúa de acuerdo con su naturaleza. En un momento Él actúa de acuerdo con su amor, en otro, de acuerdo con su justicia, su soberanía, etc. Fue así como sucedió con el rey Ezequías y con todos los que estamos bajo sus bendiciones condicionales.

El arrepentimiento de Dios

En muchos lugares las Escrituras afirman que “Dios se arrepintió”, como en Génesis 6:5-6; Éxodo 32:10-14; Jeremías 18:8,10; 26:13; Jonás 3:9,10,42; Amós 7:1-3.

Algunos de estos textos dicen relación a un cambio de actitud de Dios, estudiado anteriormente, pero hay otros que parecen indicar un cambio más radical, que merecen un análisis más detallado.

Este fenómeno de Dios de “arrepentimiento” se explica en teología como un *antropopatismo*, es decir, la atribución de un “sentimiento humano” a Dios.

Sin embargo, hay ciertos “sentimientos” de Dios que son propios solamente de Él, y no de las criaturas. Los escritores sacros intentaron expresar un sentimiento que es propio de Dios usando palabras que expresan un sentimiento únicamente humano. Estas palabras humanas, aunque inspiradas, permanecen humanas, y no son suficientes para explicar lo que la Divinidad sintió cuando se dice que Él se “arrepintió”.

Otra verdad con respecto a esta materia, que está muy clara en varios textos de las Escrituras, es que el arrepentimiento atribuido a Dios no tiene el mismo sentido que el arrepentimiento atribuido a los hombres. Los versículos que estudiaremos a continuación prueban esta verdad.

Por un lado, Dios no tiene el “arrepentimiento” que el hombre tiene. Dios no es hombre para arrepentirse. Es obvio que el “arrepentimiento”, que denota error, falta de planificación, incapacidad, etc., no puede ser atribuido a Dios. Estas cosas son propias de los seres creados, a pesar de ser pecadores. El escritor bíblico contrasta al hombre finito y pecador con el Dios eterno e inmutable:

Nm. 23:19 – “Dios no es hombre, para que mienta, *ni hijo de hombre para que se arrepienta*. Él dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?”.

Esto quiere decir que Dios no posee las cosas propias de un ser humano. Dios no planea mal, no se equivoca en sus objetivos y no puede crecer ni disminuir en su conocimiento de todo lo que hay. El arrepentimiento de Dios no se parece en su esencia, en lo más mínimo, al de los seres humanos. En Él está la verdad inmutable y no actúa como lo hacen los hombres, arrepintiéndose; es decir, cambiando sus planes o sus promesas, por causa de su incapacidad, su plan mal hecho o su pecado.

Sal. 110:4 – “Juró Jehová, y *no se arrepentirá*: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”.

Por otro lado, el arrepentimiento de Dios, no es el mismo que tiene hombre. Dicho arrepentimiento, es singular en Él. Es imposible para el hombre tener lo que es propio de Dios. Aún así, la expresión hebraica que se usa es la misma. Una de las evidencias más fuertes de que el arrepentimiento de Dios no es igual al de los seres humanos se demuestra en 1 S. 15:11, que debe ser comparado con 1 S. 15:29. En un mismo capítulo se dice que Dios se arrepiente y que no se arrepiente. ¿Cómo podemos entender esto? En el versículo 11, el escritor se está refiriendo al arrepentimiento de Dios; en el versículo 29, se refiere al arrepentimiento de los hombres. Observe que la palabra hebraica es la misma en los dos casos, pero el sentido no lo es. Yo puedo saber con claridad cual es el tipo de arrepentimiento que los seres humanos tienen, pero no tengo las condiciones para saber como es el arrepentimiento de Dios. Ciertamente, los dos no son de la misma naturaleza.

Por lo tanto, este arrepentimiento, que no es cosa de hombres, no sabemos, exactamente, como pueda ser. Si el hombre pudiera conocer sobre este arrepentimiento, los escritores bíblicos tendrían una palabra más apropiada. Las Escrituras no tienen una palabra apropiada para el “arrepentimiento de Dios” porque ningún ser humano conoce o puede expresar este sentimiento, porque este arrepentimiento es exclusivo de Dios. Por consiguiente, los escritores sacros intentaron expresar un sentimiento que es propio de Dios con una palabra que expresa un sentimiento propio de los hombres. De ahí el nombre técnico *antropopatismo*, al cual ya nos referimos.

Estos aparentes cambios o “arrepentimientos” de Dios no indican que Dios altera alguna cosa en su Ser, propósitos, atributos o promesas.

Aplicación

La inmutabilidad de Dios es de enorme importancia para nosotros, seres humanos mutables y falibles. Hay algunos puntos que merecen ser mencionados:

Aprenda a ver que el fundamento de nuestro bienestar, de nuestra esperanza, de nuestra valentía y de nuestra fuerza está en la inmutabilidad de Dios

En todas esas situaciones de incomodidad, Dios es el único Ser inmutable a quien podemos acudir. Sólo en Dios se puede confiar, descansar y tener esperanza. Nuestra fuerza aumenta cuando percibimos que Dios es siempre el mismo, que su humor no cambia y que siempre es lo que siempre ha sido.

Cuando nos llegan las enfermedades y aún la muerte, ¿a dónde corremos? A Aquel que siempre es el mismo, la Roca de los siglos, ¡siempre firme y segura!

Cuando la debilidad y el desánimo nos atacan, ¿a quién apelamos? A Aquel que es inmutablemente fuerte y que puede revigorizar nuestras almas. ¡Sólo Dios es estable y constante!

Cuando somos asolados por la inseguridad del mañana, ¿en quién nos refugiamos? En Aquel que tiene todas las cosas escritas y seguras desde los siglos de los siglos. Él es inmutable en sus propósitos y por esto descansamos seguros en sus manos, sabiendo que “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28).

Cuando somos víctimas de nuestros pecados, ¿con quién podemos contar? Con Aquel que perdona y que nunca más vuelve atrás, para sacarnos en cara nuestros propios pecados. ¡Él es inmutable en la manifestación de su amor perdonador!

Aprenda a contrastar nuestra mutabilidad de criaturas con su inmutabilidad como Creador

El pueblo de Dios siempre ha sido inconstante en sus promesas de fidelidad y de lealtad a su Señor. La debilidad, la inconstancia y la miseria han sido marcas registradas aún por parte de los creyentes.

La inmutabilidad de Dios se contrasta de forma vívida con todo lo que somos. En este contexto su inmutabilidad ¡brilla de forma fulgurante! Cuanto más débiles, infieles, desleales y miserables somos, más clara se manifiesta la idea de la inmutabilidad de Dios. Cuanto más mostramos nuestra condición de criaturas, más evidente se hace la inmutabilidad del Creador.

Debemos aprender a ver este contraste a fin de que podamos tener una mejor idea de ¡cuán grande es nuestro Dios! Esta comparación trae gran consuelo a nuestras almas y nos ayuda a ver que no necesitamos desesperarnos cuando vienen las pruebas.

El contraste resalta nuestra debilidad y debe aumentar nuestro sentido de dependencia en su inmutabilidad. Sería muy bueno para las familias cristianas si se ejercitaran en la reflexión de este agudo contraste entre lo que somos y lo que Dios es: ¡todos creceríamos en admiración a nuestro gran Dios!

Aprenda a aplicar la doctrina de la inmutabilidad de Dios a su vida y a sus futuras generaciones

Nuestra confianza en el Dios inmutable determinará la manera en como nuestros hijos ven a Dios. Nuestros hijos aprenden a descansar en Dios a medida que nos ven hacer lo mismo. Nuestra confianza en Él ayudará a dar esperanza a los que vienen después de nosotros. Es nuestra confianza en la inmutabilidad de Dios que hará perdurar en nuestras generaciones futuras la continuación, en este mundo, de un pueblo fiel a Dios.

La fuerza, la dependencia, la esperanza y el coraje que la iglesia de Dios tenga en los días futuros, dependerá de cómo vemos y aplicamos la doctrina de la inmutabilidad de Dios hoy. Nuestra creencia en la inmutabilidad de Dios determinará que nuestros hijos continúen en la fe. Por lo tanto, aprendamos a aplicar la doctrina para nosotros mismos, a fin de que nuestros hijos aprendan a vivir como nosotros. La actitud de nuestros hijos y de los hijos de sus hijos, para con Dios, dependerá de cómo entendemos y vivimos con la idea de un Dios inmutable. El concepto correcto que les transmitamos, los ayudará a vivir alegremente en la dependencia de un Ser tan constante, estable y, por tanto, absolutamente ¡digno de confianza!

CAPÍTULO 10

LA INFINIDAD DE DIOS

Todos los atributos incommunicables de Dios están íntimamente relacionados y, estos no se estorban entre sí. Dios es independiente y, por esto, inmutable. Es inmutable porque no es alterado por nada externo, justamente porque es independiente. Estas dos cualidades son posibles en virtud de que Él es un Ser que posee infinitud.

DEFINICIÓN

Cuando hablamos de la infinitud de Dios, nos estamos refiriendo a la imposibilidad de medir o cuantificar las características del Ser Divino. Hay varios atributos que el hombre tiene y que son reflejos de algunos atributos propios de Dios. Estos atributos son llamados “comunicables”. Ellos son finitos y mensurables en todos los seres humanos. Todos nosotros podemos medir el conocimiento, la bondad y el poder de un ser humano, pero no podemos medir estas perfecciones en Dios, porque Dios las tiene de un modo infinito, imposible de ser investigado en toda su profundidad. No obstante, la infinitud es un atributo incommunicable, que ninguna criatura puede tener.

En cierto sentido la infinitud de Dios se relaciona a todo lo que Él es. La infinitud de Dios es un atributo que abarca todos sus otros atributos. En este sentido, la infinitud califica a todos los otros atributos. Por esta razón, podemos decir que su misericordia es infinita, que su poder es infinito, etc.

Berkhof dice que

La infinitud de Dios es aquella perfección por medio de la cual Él queda libre de todas las limitaciones... La infinitud no confunde la identidad de Dios con la suma total de las cosas existentes, ni excluye la coexistencia de las cosas derivadas y finitas con las cuales Dios mantiene relación. La infinitud de Dios debe concebirse como extensiva, pero no como una extensión ilimitada, como si Dios se expandiera por todo el universo, es decir, una parte de su Ser tocándonos aquí y otra más allá, porque Dios no tiene cuerpo y, por lo tanto, no tiene extensión.¹²³

La infinitud de Dios se puede ver de dos maneras: cuando la vemos con relación al tiempo la llamamos *Eternidad*, y cuando la vemos con relación al espacio la llamamos *Inmensidad* u *Omnipresencia*.

¹²³ Berkhof, *Teología Sistemática*, 69.

ETERNIDAD

Nuestros padres en la fe creyeron desde el comienzo en la eternidad de Dios (Gn. 21:33), en contraposición a la transitoriedad de los dioses paganos. Esta creencia en la eternidad atravesó la historia por medio de las Escrituras, haciéndose cada vez más firme en los escritos apostólicos (Ro. 16:26).

Éste es uno de los atributos más difíciles de comprender porque los seres humanos están limitados a dos categorías de las cuales no pueden huir jamás: tiempo y espacio. En todo lo que hacemos, hablamos o imaginamos, estas dos categorías obligatoriamente aparecen. Nunca podemos escapar de la idea de pasado, presente o futuro. La vida siempre será medida por unidades secuenciales de tiempo. Sin embargo, cuando hablamos de Dios, no podemos encuadrarlo en las mismas medidas que las nuestras. Él no está sujeto a las categorías espaciales y temporales.

A fin de evitar mayores confusiones sobre esta materia, vamos a estudiarla desde dos puntos de vista: el popular y el filosófico.

El concepto popular de Eternidad

Este concepto es aquel que está vinculado a un tiempo sin fin. Las Escrituras usan tal concepto para explicar este atributo de Dios. Éste es el lenguaje más simple de comprender.

El escritor del Salmo 90 trata este asunto de forma muy simple, que cualquier persona sin formación académica puede entender. Es el sentido popular de eternidad.

Sal. 90:1 – “Señor, tu nos has sido refugio *de generación en generación*”.

¿Cómo el salmista puede afirmar tan categóricamente que el Señor es el refugio de los creyentes por generaciones sin fin? Por causa de su relación con el tiempo. Dios no se afecta por la noción temporal, como nosotros lo hacemos. La expresión “de generación en generación” muestra el refugio perenne y duradero que Dios es para su pueblo, al mismo tiempo que indica la transitoriedad de los seres humanos en contraposición a la duración infinita de Dios, descrita en el versículo siguiente. La razón de esta seguridad perenne del creyente está basada en la eternidad de Dios:

Sal. 90:2 – “Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, *desde el siglo y hasta el siglo*, tú eres Dios”.¹²⁴

Aquí el autor bíblico retrata a Dios en comparación con la finitud temporal del hombre. La expresión “desde el siglo y hasta el siglo” indica que Dios existe desde siempre y para siempre. Él no tiene principio ni fin. Es por esta razón que los creyentes pueden confiar en Él, porque Él nunca deja de ser lo que siempre fue y es.

Es bueno que recordemos que la noción de eternidad presentada por las Escrituras es muy clara, en razón de nuestra relación inevitable con la noción temporal. Las

¹²⁴ Ver Sal. 102:12,27; 93:2; 41:13; Pr. 8:23; Ap. 4:9-10.

generaciones vienen y se van, pero Dios permanece igual. No obstante, los seres humanos mueren cada vez que Dios lo ordena:

Sal. 90:3-4 – “Vuelves al hombre hasta ser quebrantado, y dices: Convertíos, hijos de los hombres. Porque mil años delante de tus ojos son como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigiliass de la noche.” (ver los vv. 5-6)

Los seres humanos son profundamente afectados por los años, pero no es así con Dios. En estos versículos 3 y 4 se afirma el contraste absoluto entre la criatura y el Creador, con relación al tiempo. Las criaturas, aunque no dejen de existir, sufren el desgaste del tiempo y, por orden divina, mueren. Pero a Dios los años no lo afectan, porque para Él, mil años es lo mismo que el día de ayer que pasó o como la vigilia de la noche. Un milenio, para nosotros, es un espacio importante de tiempo. En este periodo, imperios nacen y desaparecen, y muchos eventos quedan en el olvido. Sin embargo, todos estos años no son nada para Dios. Él existe desde siempre y para siempre. Mil años equivalen a muchas generaciones de seres humanos, pero esto no tiene importancia alguna para la existencia de Dios. El Dios eterno, para quien no existe pasado, presente o futuro, es quien creó el tiempo y que, por lo tanto, existe antes de su creación; y existirá a pesar de que la noción temporal desaparezca. Es por esta razón que para Él ¡mil años representan nada!

El atributo de la eternidad, cuando se relaciona al tiempo, no significa que Dios vive por mucho tiempo o que siempre vivirá, sino que Él es el mismo siempre. Los escritores de la Biblia siempre buscan una manera más humana para describir algo que es parte esencial y singular de Dios, como la eternidad. Por algo las Escrituras ¡exaltan a este único Dios que es independiente, inmutable y eterno!

Acostumbramos a decir que si los siglos del mundo fueran comparados con Dios, no serían más que un segundo para Él. “Los minutos de la creación pueden ser medidos, pero los años de la duración de Dios, son infinitos e inmutables”¹²⁵ (ver Job 36:26).

Dios dura para siempre, sin comienzo y sin fin. En Dios no hay declino con el pasar de los tiempos. Él no envejece (He. 1:12). Él es antes de todas las cosas y el único que esencialmente dura para siempre. Él siempre fue y siempre será lo que es. Él existe desde siempre y dura para siempre. Lo curioso que los dioses de los paganos no poseen esta característica, porque fueron creados por la imaginación humana. Y la eternidad no es algo que sea parte de la mente humana, porque pertenece sólo al Dios eterno.

La existencia de las criaturas es sucesiva, pero la de Dios es permanente, y Él mantiene inmutable cada una de sus perfecciones, con duración infinita. Un hombre no es lo mismo en la noche que en la mañana: algo termina y algo comienza; cada día es un cambio en su vida, un cambio en su sustancia, un cambio en sus circunstancias. Pero Dios tiene su Ser entero e inmutable, sin mudanza ni sombra de variación. Dios siempre es el mismo. Nada se agrega a Él con relación a lo que era antes. Por esto la doctrina de la eternidad está íntimamente ligada a la de la inmutabilidad e independencia.

Dios es la eternidad misma. Él no es eterno por concesión, sino por naturaleza o esencia. La eternidad de Dios no es nada más que la duración de Dios y, la duración de Dios no es nada más que su existencia sin fin. Si eternidad fuera una cosa distinta de Dios, y no su esencia, entonces habría

¹²⁵ Charnock, *The Existence and Attributes of God*, vol. 1, 286.

algo que no es Dios, que necesita perfeccionar a Dios. Como la inmortalidad es la gran perfección de las criaturas racionales, así la eternidad es la perfección de Dios que da honra a todas las otras.¹²⁶

Ésta es la manera más fácil de entender la eternidad porque se relaciona a un número sin fin de días y años, unida a una categoría conocida nuestra, que es el tiempo. En este sentido, por lo tanto, eternidad no tiene comienzo ni fin. Pero el tiempo tiene ambos.

Solamente Dios en este sentido es eterno. Él ya existía cuando el mundo fue creado. El mundo fue creado *cum tempore*, no *in tempore*, como si el tiempo hubiera existido antes de la fundación del mundo. El tiempo también es creación de Dios. Todas las cosas que son creadas, con el tiempo tuvieron comienzo, desarrollo y sucesión de partes. Pero la eternidad en un concepto más filosófico, no.

El concepto filosófico de Eternidad

Debemos concebir la eternidad como algo que hace contraste con el tiempo y que existe independiente de él. “La eternidad en un sentido más estricto de la palabra se atribuye a lo que trasciende todas las limitaciones temporales”.¹²⁷ Berkhof cita al Dr. Orr: “Estrictamente hablando, el tiempo tiene relación con el mundo de los objetos que existen en sucesión. Dios llena el tiempo, está en cada parte de él, pero Su eternidad, sin duda, no es éste existir en el tiempo. La eternidad es, sobre todo, lo que se contrasta con el tiempo”.¹²⁸ Para Dios no existe la noción de pasado, presente y futuro, como existe para nosotros, pues éstas son categorías ajenas a la idea de eternidad. Son categorías de la creación.

No hay como huir de las categorías espacial y temporal cuando hablamos de estos dos atributos incommunicables. Ésta es la razón porque se les denomina “incommunicables”.

Así como el tiempo consiste en la sucesión de partes, por el contrario, la eternidad es un estado que sobrepasa la idea de tiempo y es vista como una duración infinita e inmutable. Se puede percibir que aún en esta concepción de eternidad, la noción “tiempo” está presente, pues usé el término “duración”. Es imposible tratar de esta materia sin usar las categorías que nos son propias. La definición que da Berkhof, no huye tampoco de estas categorías:

Su eternidad puede definirse como aquella perfección divina por medio de la cual Él se eleva sobre todas las limitaciones temporales, todas las sucesiones de momentos y, goza de la plenitud de su existencia en un indivisible *presente*.¹²⁹

Por esto, Berkhof dice que “la relación entre eternidad y tiempo se constituye en uno de los problemas más difíciles de la filosofía y de la teología, tal vez de imposible solución en nuestras condiciones presentes”.¹³⁰

¹²⁶ Ibid., 285.

¹²⁷ Berkhof, *Teología Sistemática*, 70.

¹²⁸ Ibid.

¹²⁹ Ibid.

¹³⁰ Ibid.

Aplicación

Perciba cuan relacionados e interconectados, entre sí, están los atributos incommunicables de Dios

a) Dios es eterno porque tiene vida en sí mismo (Jn. 5:26). Si no tuviera vida en sí mismo, no sería eterno. Él tiene vida en sí mismo, no por participación. Él es el sol que da luz a todas las criaturas y, es luz en sí mismo.

b) Si Dios no fuera eterno en su naturaleza, no podría ser inmutable. Existir sin eternidad es contrario a la naturaleza de la inmutabilidad, porque todo aquello que comienza, sufre cambio y puede dejar de ser lo que es.

c) Si Dios no fuera eterno en su naturaleza, no podría ser perfecto (Job 11:7). La duración finita es inconsistente con la perfección infinita. Todo lo que no es temporal tiene la tendencia de no ser perfecto por causa de las limitaciones.

d) Si Dios no fuera eterno, sería comprensible. Dios es incomprensible, en parte, por su eternidad. La idea de eternidad, aunque tengamos ansias de entenderla, escapa de nuestra capacidad de aprehensión. Por lo tanto, la incomprensibilidad de Dios resulta de su eternidad y de su independencia.

e) Si Dios no fuera eterno, no sería omnipotente. Éstas dos cosas están absolutamente ligadas.

Aprenda sobre la importancia de que el Dios eterno es nuestro “refugio de generación en generación” (Sal. 90:1)

Es muy probable que esta expresión haya sido mucho más significativa para los creyentes del tiempo de Moisés (probable autor del Salmo 90) que para los cristianos del siglo XXI. Hoy la vida es tan confortable y previsible que no necesitamos de refugio como lo necesitaban en el pasado. Ellos no tenían ni siquiera donde reposar, pues no tenían lugar fijo de morada. Vivían en el desierto esperando la tierra prometida. Hoy tenemos todo lo que necesitamos. Si le preguntáramos a algún contemporáneo nuestro, sobre el lugar de su refugio, nos daría la dirección de su casa. El hombre contemporáneo perdió la noción de Dios como su refugio. No obstante, a pesar de todas las comodidades y el desarrollo de la tecnología, la fragilidad de los seres humanos es la misma y sus necesidades básicas no han cambiado, porque aún son los mismos. Ellos tienen una estabilidad sólo de apariencia, pero no real. Dios aún es, y siempre será, el refugio de los cristianos “de generación en generación”, porque Él no cambia, no necesita de nada y ¡existe para siempre!

Entienda que cuando mejor sea la noción de eternidad de Dios que tengamos, mejor enfrentaremos las tempestades que pueden venir sobre nosotros

Cuando usted esté pasando por pruebas, recuerde que también son temporales, pasan. Ellas no duran para siempre porque las circunstancias tampoco duran para siempre. Son momentáneas si se comparan con la eternidad de Dios. Por esta razón, no podemos concentrarnos en la larga duración de los sufrimientos. Es posible que usted sufra pruebas por largo tiempo, y aunque pasen, usted aún se acuerda de ellas con mucho dolor. Sin

embargo, sólo deben ser motivo de nuestra preocupación constante aquellas realidades que de hecho duran para siempre. En este caso, solamente Dios. Es en su eternidad que encontramos, como dice el salmista, “refugio de generación en generación”.

Este sentido de eternidad de Dios, nos trae una gran estabilidad; y los sufrimientos por los cuales pasamos, que nos trae cierta inestabilidad, no duran para siempre. Sólo el sentido de la eternidad de Dios puede llevarnos al bienestar, en las horas de profundo y duradero dolor. Por esta razón, el mismo salmista de quien hemos aprendido afirma: “Alégranos conforme a los días que nos afligiste, y los años en que vimos el mal.” (Sal. 90:15).

Considere la eternidad de Dios para poner fin a su arrogancia

La vida de los seres humanos pasa como la hierba o la flor del campo (Sal. 90:5-6). El hombre no permanece para siempre en la condición en que se encuentra. Esto es un golpe bajo para el orgullo humano, que piensa que va a durar para siempre. “¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece” (Stg. 4:14). Nuestra poca duración (Sal. 90:9-10) nos debe dejar callados ante la eternidad divina. Quienes deben aprender estas cosas son los científicos que se jactan de la antigüedad de los seres humanos y del universo, como si fueran “eternos”. Aún cuando todas las ciencias y las religiones de este mundo enseñaran la estabilidad de los seres humanos y del universo, aún así ¡ellos no son nada en comparación con la eternidad de Dios! El orgullo humano siempre será quebrado por el sentido de eternidad que pertenece sólo al Dios verdadero.

La eternidad de Dios, cuando se compara con la transitoriedad de los seres humanos, siempre traerá humillación a estos últimos, porque siempre los desafiará y los hará pequeños. Ellos nunca estarán exentos de la noción de espacio y de tiempo, categorías bajo las cuales Dios los confinó. Jamás huirán de ellas. Por esto, siempre serán humillados en su arrogancia.

¡Reconozca y glorifique aún más este atributo del Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo!

INMENSIDAD

Cuando hablamos de este aspecto de la infinidad de Dios, aparecen dos palabras: inmensidad y omnipresencia. En cierto sentido son términos sinónimos, no obstante, cada uno de ellos tiene una connotación diferente en relación a las perfecciones divinas.

La *inmensidad* “se refiere al hecho de que Dios trasciende a todo el espacio sin estar sujeto a las limitaciones del mismo”.¹³¹ A. A. Hodge dice que la “inmensidad de Dios es la frase que se usa para expresar que Dios es infinito en su relación con el espacio”.¹³²

La *omnipresencia* “denota que Dios llena cada parte del espacio con su Ser completo”.¹³³

Berkhof además observa que,

¹³¹ Ibid., 71.

¹³² A. A. Hodge, *Outlines of Theology*, 140.

¹³³ Berkhof, *Teología Sistemática*, 71.

Mientras la inmensidad da énfasis a la trascendencia de Dios, la omnipresencia da énfasis a su inmanencia. Dios es inmanente en todas sus criaturas, en su creación total, pero de ninguna manera, encerrado por ella.¹³⁴

Inmensidad

Cuando decimos que Dios es inmenso con relación al espacio, significa que Él trasciende al espacio creado. Dios está más allá del espacio y no se confunde con él. Él llena el cielo y la tierra, pero estos no pueden contenerlo, porque Él está más allá y sobre ellos. La esencia de Dios no se confunde con la de su creación. Está presente en ella por entero, sin mezclarse con ella. Como la luz del sol está presente en el aire, pero no se mezcla con él, así Dios está presente y llena todas las cosas, pero es totalmente independiente de ellas.

Dios está involucrado con sus obras hechas en el tiempo y en el espacio, pero está por encima de toda limitación espacial, aunque la esfera espacial parezca infinita para nosotros. Así como Él existe antes y sobre el tiempo, Él también está por sobre y más allá de todo espacio. Si Él estuviera confinado solamente al espacio creado, no sería mayor que su creación. El universo no puede contenerlo porque es creación de Él. La criatura es siempre inferior al Creador.

1 R. 8:27 – “Pero ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado?”

En este texto Salomón se admira de construir un templo para cobijar a Dios, cuando este Dios no puede ser contenido por el propio universo espacial que creó. *¡Ésta es la inmensidad de Dios!*

Al mismo tiempo, Salomón se maravilla de que un Dios tan grande pueda habitar en un espacio tan pequeño dentro del universo hecho con sus propias manos, llenándolo con toda la plenitud de su Ser. Él se maravilla aún más de que este Dios pueda habitar en un espacio aún menor que es un templo de algunos pocos metros hecho por las manos de los hombres, pero ¡llenándolo también con la plenitud de su Ser! *¡Ésta es la omnipresencia de Dios!*

¡Este texto es la confirmación simultánea de la trascendencia y de la inmanencia divinas! Un Dios tan grande, tan sublime, le pide a los hombres que le hagan una casa ¡donde pueda habitar entre ellos! En el Nuevo Testamento, la misma idea se manifiesta cuando Él habita en el santuario de nuestras vidas, y en cada uno de nosotros individualmente, pero sin estar circunscrito al espacio en el que habita.

Is. 66:1-2 – “Jehová dijo así: El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies; ¿dónde está la casa que me habréis de edificar, y dónde el lugar de mi reposo? Mi mano hizo todas estas cosas, y así todas estas cosas fueron...”.

En este texto el escritor sacro muestra la inmensidad de Dios. Dios es mostrado como alguien que posee formas humanas, para que se haga accesible a nuestro entendimiento. Se ha dicho que Él tiene su cabeza en los cielos y sus pies en la tierra, para

¹³⁴ Ibid.

demostrar cuan grande es y, que el espacio físico del universo no lo puede contener, ya que es muy pequeño para Él. Si el universo fuera millones de veces más grande de lo que es, aún así sería pequeño para Dios, porque éste está más allá y por sobre los cielos. Todo salió de sus manos, por esto Él es mayor que su creación.

Hch. 7:48-50 – “si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano, como dice el profeta: El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis? dice el Señor; ¿O cuál es el lugar de mi reposo? ¿No hizo mi mano todas estas cosas?”.

El Nuevo Testamento también tiene el mismo concepto de la inmensidad de Dios al interpretar el texto del Antiguo Testamento.

Dios siempre está por sobre su creación y es independiente de ella. Los espacios del universo no pueden contener a Dios, porque Dios ya existía cuando aún no había espacio. Una esencia infinita no puede estar circunscrita a un espacio finito.

Este atributo divino es *incomunicable* a la criatura. La noción de inmensidad escapa al entendimiento de los hombres. Estamos limitados al factor espacio y es difícil que pensemos más allá de esta categoría.¹³⁵ No podemos tener una noción real de la inmensidad divina, porque somos seres creados, limitados¹³⁶ y ¡Él es infinito!

Omnipresencia

El término omnipresencia siempre será usado aquí para describir la característica de la infinidad de Dios que hace que Él tenga presencia plena en cada parte del espacio.

Sal. 139:7-10 – “¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra.”

El salmista dice en este texto que Dios se puede encontrar en todas partes sin que esté parcialmente en cada una de ellas. Al contrario, esta capacidad suya de omnipresencia significa que Dios llena cada parte del espacio con la plenitud de su presencia. No hay como huir de su presencia total. Él se encuentra en todas partes sin que ninguna parte de su Ser se fraccione. En cada parte de todo su universo Dios se encuentra en plenitud. Es importante recordar que Él no es el universo, sino que está totalmente en cada parte del mismo. También necesitamos saber que Él no está repartido por el universo, como si cada parte de Él estuviera en un lugar. Él se puede encontrar tanto en las partes más profundas como en las más altas. Nadie escapa de su infinita presencia. Éste es el sentido que el salmista le dio a estos versículos.

Jer. 23:23-24 – “¿Soy yo Dios de cerca solamente, dice Jehová, y no Dios desde muy lejos? ¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?”.

Estos versículos también muestran como el ser humano no puede escapar de la presencia de Dios. Nadie puede ocultarse de Él debido a su omnipresencia. Él es el Dios

¹³⁵ Leer Sal. 145:3; Job 36:26.

¹³⁶ Is. 40:15,17.

siempre presente, un Dios que está cerca, porque nunca nadie puede ausentarse de Él. Ninguna criatura puede huir de los ojos de Aquel que ve todas las cosas. Esto es imposible justamente porque Él “llena los cielos y la tierra” con su presencia.

Hch. 17:27-28 – “...para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos...”.

Dios no está lejos de nadie cuando consideramos su naturaleza presencial. Dios está esencialmente presente en todas partes, en el cielo y en la tierra. No hay lugar donde Él no esté. Él penetra hasta incluso en los lugares más ocultos. La criatura no puede huir de su presencia “Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: porque linaje suyo somos” (Hch. 17:28).

Dios está presente en cada parte del universo con su Ser completo. Éste es el sentido de omnipresencia.

Hay varias maneras de estar presente en un lugar

Hay algunas cosas que necesitamos decir con respecto a la presencia de las cosas en un determinado lugar. No existe sólo una única manera de estar presente. La presencia de un objeto o de un ser, depende de su naturaleza:

Los cuerpos están presentes en el espacio circunscriptivamente

Esto quiere decir que ellos están limitados por el espacio. Esta manera de estar presente es propia de las cosas cuantitativas, dotadas de extensión física. Un cuerpo llena un espacio particular donde él está; su espacio es la medida de su tamaño y otro cuerpo no puede ocupar este mismo espacio simultáneamente.

Los espíritus finitos están presentes definidamente

Los ángeles o los demonios están esperando en algún lugar definido, pero no están en todas partes, sino sólo en un lugar. Su manera de estar presente es diferente a la forma en como los cuerpos ocupan espacio. Muchos espíritus pueden estar en el mismo espacio, pero no ocupan espacio del mismo modo que los cuerpos lo hacen. No se puede negar, sin embargo, que ellos están presentes en algún lugar.

Dios está presente repletivamente

Esto quiere decir que Él llena todo espacio. Las limitaciones del espacio no son una referencia para Él. Él no está más presente en un lugar que en otro. La extensión es propiedad de la materia, no de Dios. Cuando decimos que Dios está *totus* en todo lugar, queremos decir que Él no está en todo lugar por partes, como los cuerpos lo están. Él llena todo el espacio con la plenitud de su Ser. Sobre esto, A. A. Hodge dice:

Esta llenura del espacio no se debe a la multiplicación infinita de Su Espíritu, ya que Él es eternamente uno e individual; tampoco es resultado de la difusión infinita de Su esencia a través del espacio infinito, como el aire es difuso sobre la superficie de la tierra, ya que Dios, siendo un Espíritu, no se compone de partes, ni es capaz de extensión, sino toda la Divinidad en una indivisible

esencia está igualmente presente en cada momento de eterna duración a la totalidad del espacio infinito, y en cada parte de él.¹³⁷

Hay diferentes formas en las que Dios puede estar presente

Dios está presente en todas las cosas, pero en cada una de ellas de manera diferente; dependiendo de la capacidad del objeto en el cual está:

a) Dios está presente en la naturaleza de un modo diferente que en los hombres. El cuidado que Dios tiene con la naturaleza es diferente al cuidado que tiene con los seres humanos, porque la naturaleza de ambos es diferente.

b) Dios está presente en el creyente de un modo diferente a como lo está en otros seres humanos. El modo de habitar es diferente. Él está presente en todos los hombres por causa de su omnipresencia, pero está presente en los corazones de los cristianos por causa del especial cuidado y protección que tiene hacia los mismos. Ellos son el templo de Dios, donde Dios habita de manera especial (Jn. 14:23). Él está presente en todos en virtud de su esencia divina, pero sólo con su pueblo, está de manera espiritualmente eficaz.

c) Dios está presente en el cielo (Mt. 6:9) de manera diferente a como lo está en el templo de Israel o en el tabernáculo (Sal. 76:2; Hab. 2:20). El tabernáculo era sólo una muestra muy pequeña de su gloriosa presencia en el cielo. La diferencia está en la intensidad de influencia y de impacto por causa de nuestra propia naturaleza pecaminosa. Allá en el cielo percibiremos cuan diferente es su gloria comparada con su presencia localizada en el templo.

La presencia de Dios puede o no ser benévola

Presencia sin benevolencia

En la vida de los impíos su presencia es sin ninguna benevolencia. Por un lado, Dios está presente en la vida de los impíos refrenando sus pecados, mientras viven en esta presente condición. Dios está presente en ellos a fin de que no pequen de la manera en la cual son potencialmente capaces. Dios refrena su pecaminosidad estando presente en ellos.

Por otro lado, su presencia en ellos puede ser de juicio parcial en esta vida, aún estando con ellos, Él los entrega a sus pasiones, demostrando su descontento. El hecho de que Dios los entregue a sus pasiones no significa que su presencia se haya ido de ellos. Su bondad refrenadora es la que se va de ellos, no su presencia. No obstante, por su omnipresencia, Dios está presente en sus vidas. Éstas son las diferentes maneras en que Dios está presente en la vida de los impíos.

Además, en la vida de los impíos, la presencia de Dios es de juicio, cuando dicha vida termina. Esta presencia ocurre de modo negativo cuando Él no manifiesta ninguna bondad para los que están en el infierno. De modo positivo, su presencia les causa dolor. Esto ocurre cuando manifiesta su justicia en el infierno o en el lago de fuego. Dios estará presente en el lugar de castigo, sin ninguna manifestación de bondad. Será una presencia que inspire terror, causando tormentos en la existencia de los condenados. Es su presencia de ira y de retribución.

¹³⁷ A. A. Hodge, *Outlines of Theology*, 140-41.

Presencia con benevolencia

Ésta es su presencia benévola que puede existir tanto en la vida de los no redimidos como en la vida de los redimidos, en lo que dice relación a su providencia.

Providencialmente, Dios está presente en todas sus criaturas porque Él las creó y las preserva¹³⁸, y ellas no pueden escapar de este cuidado¹³⁹. Dios puede tener una presencia providencial especial con algunas personas para que sean instrumentos en la ejecución de sus planes.¹⁴⁰

Charnock dice que esta

presencia influyente de Dios se puede comparar a la del sol, que, aunque a gran distancia de la tierra, está presente en el aire y en la tierra con su luz, y dentro de la tierra por su influencia en forjar aquellos metales que están en sus profundidades, sin pertenecer sustancialmente a ninguno de ellos.¹⁴¹

Todos están expuestos a la luz del sol y reciben su calor. Así, Dios envuelve a todos los seres con su presencia providencial y gobernadora. La diferencia es que sentimos sólo los efectos del sol, pero éste aún continua distante. Por el contrario, Dios está lejos pero al mismo tiempo está junto a nosotros y en nosotros.¹⁴² No sólo se sienten sus efectos, sino que su presencia también.

Como la fragancia de un perfume penetra los lugares más escondidos a nuestra vista, así Dios penetra los lugares con toda la plenitud de su Ser.¹⁴³ Nada escapa de la presencia providencial de Dios. La gran diferencia es que el perfume pierde su aroma de acuerdo con el tamaño del ambiente en donde está, pero la presencia providencial de Dios abarca todo el universo y dura para siempre.

La presencia esencial de Dios con sus criaturas es la base de subsistencia de las mismas. Sin ésta presencia, todo moriría. Él las creó y da subsistencia a todo.¹⁴⁴ Su providencia alcanza a todas las criaturas, sean éstas redimidas o no, racionales o irracionales.

No obstante, hay algunas maneras en que Él está presente únicamente en aquellos en quienes colocó su corazón, amándolos. Dios está presente en ellos:

Salvadoramente: Dios está presente solamente con los de su pueblo y sólo ellos son objeto de su presencia especial. Todos los impíos que serán salvos lo buscan porque Él está cerca. Por su gracia especial, está presente en los escogidos, regenerándolos – dándoles vida.

Santificadoramente: Esto es, cuando Él realiza la tarea de limpiar la vida de su pueblo. A decir verdad, la santificación es la salvación en proceso. Dios está presente de manera maravillosa, trayendo la restauración de su pueblo hasta que todo se complete y prepare para entrar en la gloria.

¹³⁸ Sal. 36:6; He. 1:3.

¹³⁹ Hch. 17:28.

¹⁴⁰ Is. 45:1-2 – el ejemplo de Ciro: “Yo iré delante de ti”; Jr. 27:6 – el ejemplo de Nabucodonosor: “mi siervo”.

¹⁴¹ Charnock, *The Existence and the Attributes of God*, Vol. 1, 369.

¹⁴² Is. 55:6.

¹⁴³ Sal. 139:7-9.

¹⁴⁴ Leer Is. 40:12-31.

Gloriosamente: Cuando todo su pueblo esté completamente redimido, su presencia se percibirá de manera sin igual, como en ninguna época en el pasado, pues ahora su pueblo estará preparado para poder verlo como es realmente. Su pueblo estará apto para una comunión absolutamente plena, por la simple razón de que éste, su pueblo, estará preparado para su presencia, ¡cosa que no ocurre en este momento!

Sin embargo, en todos los lugares Dios está presente plenamente. Él está totalmente presente con la infinitud de su Ser en toda su creación.

Relación que la infinitud tiene con los otros atributos

La infinitud de Dios manifestada en su eternidad, en su inmensidad u omnipresencia está relacionada íntimamente con todas las otras perfecciones divinas; porque todas ellas son la esencia de Dios: su infinitud está relacionada con su sabiduría (Jn. 11:7-9); con su poder (Job 5:9; Sal. 147:5); con su eternidad (Job 36:26).

“Como la eternidad es la perfección por medio de la cual Dios no tiene comienzo ni fin y, como la inmutabilidad es la perfección por la cual Él no aumenta ni disminuye, así la inmensidad u omnipresencia es la perfección por la cual Él no tiene frontera ni limitación. Como Él está presente en todo tiempo, también está sobre y más allá del tiempo; así como Él está en todos los lugares, no obstante, está por sobre toda limitación espacial”.¹⁴⁵

Se puede decir que la eternidad “es un atributo negativo de Dios, porque es la negación de cualquier medida de tiempo en Él, así como la inmensidad es la negación de cualquier límite físico. Tal como, la inmensidad es la difusión de su esencia, la eternidad es la duración de la esencia”.¹⁴⁶

Así como la eternidad es la perfección divina que lo relaciona con el tiempo, la inmensidad es su perfección que lo relaciona con el espacio, las dos categorías sin las cuales no podemos ser, pensar, ni vivir. Aunque en la otra vida, seremos seres con las mismas categorías, aún seremos seres humanos. Es por esto que la parte final de la redención humana será en el cielo nuevo y en la tierra nueva, donde dichas categorías estarán presentes, aunque ciertamente en un plano mucho mayor.

Aplicación

Para los incrédulos

Cuan terrible es para los impíos saber que no pueden ocultar nada de Dios, que todo es de manifiesto ante sus ojos porque ¡Él está presente en todas partes!

¡Qué tonto es pensar que los hombres pueden huir de la presencia de Dios! Cuando los hombres entran en sus lugares más secretos, Dios está allí en medio de ellos. Ellos no pueden ni aún pecar escondidos, pues todo lo que hacen es evidente a los ojos del Dios omnipresente (He. 4:13). Todos los impíos van a rendir cuentas al Omnipresente de sus actos ocultos. Nadie huye de la presencia de Dios. Él está presente hasta en lo más secreto

¹⁴⁵ Charnock, *The Existence and the Attributes of God*, vol. 1, 367.

¹⁴⁶ Ibid., 280.

de sus corazones (Pr. 15:3). El Señor observa todo, ¡porque está en todas partes! ¡Los hombres deberían temer a un Dios así!

Para los creyentes

Mientras que la omnipresencia de Dios es terror para los impíos, es consuelo para los creyentes. Charnock dice que “Él llena el infierno con Su severidad, los cielos con Su gloria y Su pueblo con Su gracia.”¹⁴⁷

a) *La omnipresencia de Dios es consuelo en horas de grandes tentaciones*

El hecho de saber que Dios está presente cuando somos tentados, nos da una sensación de seguridad, de protección. Él está cerca nuestro para confortarnos. Ésta fue la experiencia de Jesús cuando fue tentado (“el Padre está conmigo” Jn. 16:32) o cuando los ángeles vinieron a confortarlo.

b) *La omnipresencia de Dios es consuelo en horas de terribles aflicciones*

El consuelo de Dios se evidencia gracias a su omnipresencia confortadora en las horas de gran aflicción (leer Is. 43:2). En las horas en que nuestros seres más queridos nos faltan, la presencia de Dios es nuestro consuelo (Sal. 27:10); en las horas de aflicciones inimaginables, Dios es nuestro refugio, porque Él está con nosotros (Sal. 46:1-5). El Señor no desampara a aquellos que tienen el corazón en Él en las horas de aflicción (2 Cr. 16:9).

c) *La omnipresencia de Dios es consuelo en las horas de adoración*

Dios está presente para observar, oír nuestras peticiones y aceptar nuestro culto. Adoramos al Dios que está en los cielos, pero que, al mismo tiempo, está presente con nosotros.

Is. 57:15 es una demostración de que el Altísimo, el Sublime, está con nosotros para consolarnos en la hora de adoración. Este momento es uno de los más sublimes en la vida del cristiano, porque es usualmente el lugar y el momento donde Dios habla de manera consoladora a su pueblo. Él habla porque está presente en medio de ellos, y su presencia en la hora de la adoración es extremadamente consoladora, pues sabemos que Él no está lejos de nosotros, sino en medio y en nosotros (2 Co. 6:6).

Si usted tiene conciencia de que Dios está presente, entonces, cuando peque, sepa que Él está junto a usted. Usted no peca solo, de manera secreta. Sepa que Él se entristece por los pecados de sus hijos. Por lo tanto, que la omnipresencia de Dios sea un estímulo para su vida de santidad.

¹⁴⁷ Ibid., 398.

PARTE 2

ATRIBUTOS COMUNICABLES

(Dios como un Ser relacional)

Mientras los atributos incommunicables enfatizan el Ser Absoluto, los comunicables indican la naturaleza personal de Dios, que se evidencia en su actitud relacional para con aquellos que están fuera del Ser Divino.

DEFINICIÓN

El término “comunicables” indica que podemos encontrar en nuestra personalidad trazos de los atributos divinos. Dios nos creó y nos comunicó estos atributos a nuestro ser, aunque en una medida infinitamente menor.

En estos atributos Dios se presenta como Aquel que se relaciona con su criatura, que es inteligente, libre, un ser moral conciente.

DIVISIÓN DE LOS ATRIBUTOS COMUNICABLES

Atributos intelectuales

1. El conocimiento de Dios;
2. La sabiduría de Dios;
3. La veracidad de Dios.

Atributos morales

1. La bondad de Dios,
El amor de Dios,
La paciencia de Dios,
La misericordia de Dios,
La gracia de Dios;
2. La santidad de Dios;
3. La justicia de Dios.

Atributos de la soberanía

1. La voluntad soberana de Dios;
2. El poder soberano de Dios.

ATRIBUTOS INTELECTUALES DE DIOS

1. El conocimiento de Dios;
2. La sabiduría de Dios;
3. La veracidad y la fidelidad de Dios.

CAPÍTULO 11

EL CONOCIMIENTO DE DIOS

DEFINICIÓN

Berkhof define el conocimiento de Dios como “aquella perfección divina por medio de la cual Él, en una manera completamente singular, se conoce a sí mismo y conoce a todas las cosas posibles y reales en un acto muy simple y eterno”.¹⁴⁸ El conocimiento de Dios tiene, por lo tanto, varios nombres, dependiendo del objeto conocido. Con respecto a los hechos presentes, éste se le puede llamar “simple conocimiento o visión”; con respecto al pasado, se le denomina “memoria”; con respecto al futuro, se le conoce como “presciencia”; con respecto a la universalidad de los objetos, se le llama “omnisciencia”.¹⁴⁹

CARACTERÍSTICAS DEL CONOCIMIENTO DE DIOS

Aunque exista alguna similitud con el conocimiento humano, el conocimiento de Dios difiere considerablemente en varios sentidos.

Es un conocimiento que abarca

Dios conoce todas las circunstancias. Nada escapa a su conocimiento. Él conoce todo el pensamiento de los ángeles, de los hombres y de todo lo que hay en Él mismo. El hombre conoce un poco de los ángeles, de Dios y de sí mismo, porque recibió revelación de Dios sobre esto, pero Dios tiene todo el conocimiento de la creación y de su propio Ser. “Él se conoce a sí mismo, sus propias operaciones, todas sus criaturas y las nociones y pensamientos de ellas; su entendimiento está por sobre todo entendimiento, su mente sobre todas las mentes, luz de luces”.¹⁵⁰

Es un conocimiento exhaustivo

Más allá de conocer todos los procedimientos, Dios tiene un conocimiento exhaustivo de todos ellos. Él no los conoce parcialmente. Todo es transparente a los ojos de Aquel que todo lo ve. Por esta razón, el salmista dice: “Grande es el Señor nuestro, y de mucho poder; y su entendimiento es infinito” (Sal. 147:5).

¹⁴⁸ Berkhof, 77.

¹⁴⁹ Stephen Charnock, *The Existence and Attributes of God*, vol 1 (Baker, 1990 edition), 410.

¹⁵⁰ Stephen Charnock, *The Existence and Attributes of God*, vol. 1 (Baker, 1990 edition), 409.

Es un conocimiento *infinito*

Aún más allá de tener un conocimiento exhaustivo de todo lo que existe (obras finitas), su conocimiento es infinito, es decir, trasciende todas las cosas creadas. Exhaustivo no es lo mismo que infinito. Teóricamente podemos conocer exhaustivamente una materia, pero será siempre un conocimiento finito; esto es diferente al modo infinito en que Dios conoce. En este sentido se puede inferir que éste es el conocimiento que Dios tiene de sí mismo. Así como Él es infinito, también lo es su conocimiento.

Es un conocimiento *arquetipo*

El conocimiento arquetipo significa que Dios conoce el universo tal como éste fue pensado por Dios, en su propia y eterna idea, antes de que existiera como realidad finita en el tiempo y en el espacio. El conocimiento de Dios no es como el nuestro, recibido externamente. Es un conocimiento caracterizado por la perfección absoluta.

El conocimiento que un arquitecto tiene del edificio que va a construir es limitado, pues la idea más acabada viene después que el edificio ha sido construido. Él está sujeto a errores de cálculo y de proyección. Pero Dios tiene un conocimiento perfecto en su eterna idea. La creación del mundo es sólo la manifestación histórica de su idea eterna.

Es un conocimiento *intuitivo*

Dios no usa medios o instrumentos para conocer alguna cosa. Dios no tiene un conocimiento *a posteriori*, que es propio de los seres finitos. Ningún conocimiento de Dios es adquirido.

Es preferible hablar de que este conocimiento es *intuitivo* antes que *demostrativo* o *discursivo*.¹⁵¹ En este sentido se le llama también *innato* o *inmediato*, y no resultado de la observación.

Es un conocimiento *simultáneo*

Dios ve todas las realidades en su totalidad y no poco a poco o de modo sucesivo. Aún así, es un conocimiento completo y enteramente consciente, mientras que el del hombre siempre es parcial, frecuentemente confuso, y casi siempre fracasa en llegar a la plena luz del saber.

Es un conocimiento *libre y necesario*

El conocimiento libre de Dios es aquel que incluye todo lo que hace – los asuntos del pasado, del presente y del futuro. Este *conocimiento libre* se basa en el ejercicio de su voluntad. Él conoce las cosas, por haber determinado hacerlas. Por lo tanto, este

¹⁵¹ Discursivo es lo que procede por medio de un raciocinio.

conocimiento se asocia con su decreto, siendo el resultado de su voluntad. Si la voluntad de Dios no decreta alguna cosa, Él no puede conocer lo que no resolvió hacer. Por lo tanto, este conocimiento es producto directo de su voluntad.

Sin embargo, no es así con el *conocimiento necesario*. A este conocimiento también se le conoce como *conocimiento de la simple inteligencia*, que no se asocia con el ejercicio de la voluntad de Dios. Dios podría continuar siendo Dios sin conocer el mundo que creó, pero el *conocimiento necesario* es esencial en Dios, ya que no puede ser lo que es, sin este conocimiento, que no depende de un decreto suyo. Es el caso del conocimiento que Dios tiene de sí mismo, el conocimiento de la divina inteligencia que nunca exige un ejercicio de su voluntad (1 Co. 2:10-11). Dios no necesita ejercer su voluntad para conocerse. Él simplemente se conoce. Él no necesita moverse para conocerse. Él no depende de ninguna moción de su intelecto para poder conocerse. Este conocimiento se denomina también *especulativo*, para distinguirlo del *conocimiento práctico*. “El *conocimiento especulativo* es el conocimiento que Dios tiene de sí mismo y de las cosas posibles; el *conocimiento práctico* es el conocimiento que Él tiene de sus criaturas y de las cosas gobernables”.¹⁵² Dios conoce el mal sin el *conocimiento práctico*, sin ser el Autor, sino que lo entiende perfectamente por su simple inteligencia. Se llama *conocimiento necesario* porque no está determinado por una acción de su voluntad.

LOS OBJETOS DEL CONOCIMIENTO DE DIOS

Dios se conoce a sí mismo

A éste conocimiento también se le denomina “conocimiento simple” o “simple inteligencia”. Es un conocimiento que Dios posee de sí mismo sin que haga ningún esfuerzo para conocerse. Es propio de la Divinidad, y el hombre no lo tiene naturalmente. Éste necesita esforzarse para conocerse a sí mismo, pero Dios no necesita observarse para conocerse. Él se conoce exhaustivamente sin que haya ningún progreso en este conocimiento como producto de la observación. Este conocimiento está presente sólo en una mente infinita.

Las Escrituras dicen que “el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios” (1 Co. 2:10). Dicho “escudriño” no debe ser entendido como si fuera una investigación, sino como un conocimiento simple y perfecto del Espíritu infinito. Dios no adquiere conocimiento. Su conocimiento no tiene causa. Su conocimiento es siempre *a priori*. Este Espíritu infinito penetra la esencia, los motivos profundos del Ser Divino, conociéndolos perfectamente. Nada del Ser Divino se esconde de Él mismo. No hay partes que Él ignore de sí mismo. Tanto, el conocimiento, como el entendimiento que Dios tiene de sí, son infinitos.

Es propio de los seres racionales conocerse a sí mismos. Pablo da el ejemplo de los hombres y de Dios como seres que se conocen, aunque el grado de conocimiento que cada uno tiene es muy diferente.

¹⁵² Charnock, 412.

1 Co. 2:11 – “Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios”.

Aunque el ser humano tenga conocimiento de sí mismo, dicho conocimiento es, tanto incompleto como incorrecto. Esto se debe no solamente a la finitud de su conocimiento, sino además, por causa de los efectos del pecado sobre su mente en el estado presente. Aún cuando la redención se complete, el conocimiento que el hombre tenga de sí, será incompleto, porque solamente Dios conoce todo a cabalidad. Así como, Él conoce todas las realidades de manera completa, solamente Él puede conocerse de manera completa y perfecta como ningún otro ser puede hacerlo.

No obstante, a fin de que podamos conocernos de modo razonable y lo que Dios hizo en nosotros, es necesario que tengamos el Espíritu de Dios. Por esta razón, Pablo dice: “Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido” (1 Co. 2:12). El ser humano sólo puede conocerse con la ayuda de Dios, y Dios, a su vez, no necesita la ayuda de nadie para conocerse.

Dios conoce todos los motivos imaginados

Dios no solamente se conoce, sino además conoce todo lo que está fuera de su Ser; es decir, toda la creación. Dios conoce el corazón del hombre. Cuando se dice que Dios examina los corazones de los hombres, no se debe entender que Dios realiza una investigación porque ignora lo que pasa en el corazón de ellos. Cuando el salmista dice: “Oh Jehová, tú me has examinado y conocido” (Sal. 139:1-2), estaba admitiendo que solamente Dios podía penetrar su interior, no que Dios tendría una noción de él posterior a la que tenía al comienzo de la indagación. Dios tiene un conocimiento exhaustivo de lo más íntimo del ser humano, sin realizar ningún ejercicio de aprendizaje.

Dios conoce las acciones escondidas que suceden

Todas las acciones que están ocultas de los hombres, están de manifiesto a los ojos de Aquel que todo lo ve. El incidente con Acán muestra el conocimiento que Dios tiene de lo que está oculto (Josué 7:1-26). El gran atributo de la omnisciencia hace que todo esté presente ante los ojos del Altísimo. En Hebreos 4:13 dice que “no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta”. Nada escapa al conocimiento de Dios.

Dios conoce las cosas que podrían haber ocurrido

Dios conoce lo que hipotéticamente habría ocurrido, *si...* Esta partícula “si” indica que Dios sabría lo que hubiera ocurrido aún bajo otras circunstancias. Este conocimiento se llama también “conocimiento de las cosas posibles”. Jesús demuestra este conocimiento al hacer la siguiente afirmación, en las ciudades judaicas que habían oído sus palabras y visto sus señales y milagros:

Mt. 11:21 – “Ay de ti, Corazín! Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se hubieran arrepentido en cilicio y en ceniza”.

Jesús sabía lo que hubiera ocurrido en aquellas ciudades gentílicas si los milagros se hubieran realizado allá. Era algo perfectamente posible, pero no sucedió porque no fue el propósito divino, pero Dios tiene conocimiento aún de la posibilidad.

EL ALCANCE DEL CONOCIMIENTO DE DIOS

El conocimiento de Dios es perfecto en su alcance. A este conocimiento divino se le puede llamar *omnisciencia*, cuando se relaciona a la universalidad de los objetos conocidos, porque abarca todo simultáneamente. Dios se conoce así mismo y a todas las sustancias que vienen de Él. ¡Su conocimiento es infinito! (Sal. 147:5).

No hay lugar donde el conocimiento de Dios no penetre (Dn. 2:22), y el hombre se asombra de él (Sal. 139:1-6); nada escapa a su conocimiento (He. 4:13), ¡ni aún las profundidades del corazón humano! (1 S. 16:7; 1 Cr. 28:9; Jer. 17:10). Él conoce perfectamente los pensamientos y las intenciones del corazón (Ez. 11:5; Sal. 139:2-4), y esto se ejemplifica en el pasaje que habla de Sara (Gn. 18:12-15 – “¿Por qué se ha reído Sara...?”). Ella se había reído en su corazón secretamente, pero el Señor lo supo; otro ejemplo es el de Acán. A pesar de que nadie lo vio robar el botín de los enemigos, Dios trajo todo a la luz (Jos. 7:1-26).

Si por un lado esta perfección divina causa admiración, asombro y consuelo a los creyentes, por otro lado, causa pavor y miedo a los incrédulos; pues ellos piensan que pueden esconder sus maldades de Dios. Éstos odian esta perfección divina pues quedan al descubierto en sus malas acciones e intenciones. Desearían que el Testigo ocular de sus vidas, que el Escudriñador de sus corazones no existiera. E intentan vivir ignorando a este Dios conocedor de todos los hechos (Os. 7:2). ¡Cuán solemne y majestuoso es el texto del Salmo 90:8!

Conocimiento de los asuntos pasados

Este conocimiento también se le puede denominar “memoria”, pues Dios jamás ha borrado de su mente ningún evento o personaje del pasado, aún en sus detalles más mínimos. Esto es real porque todas las cosas que ocurrieron en el pasado fueron producto de la voluntad de Dios. Él las conoce como si éstas estuvieran ocurriendo en este momento. Para Dios no existe la noción temporal, pero yo no puedo tratar estos asuntos sin considerar la noción temporal. Por esta razón, estoy tratando los asuntos pasados que Dios conoce.

Todas las realidades que han ocurrido están registradas en la memoria activa de Dios, de manera que tiene conocimiento de todo. Por esta razón, varias veces en la Biblia los escritores le dicen a Dios: “Acuérdate...”, reivindicando una promesa para recibir (Sal. 119:49), una profecía para cumplir (Sal. 105:8), bendiciones del pacto para ser distribuidas (Lc. 1:70-72) o aún un juramento hecho en el pasado (Lc. 1:54-55; 72-73). Dios no tiene un lapso de memoria porque su mente no falla. Cuando a Dios se le dice que recuerde, no

quiere decir que Él tenga mala memoria, sino que es una expresión humana, una manera de decir, para recibir de Dios lo que sólo Él puede dar.

Conocimiento de los asuntos presentes

Nada de lo que ocurre en el presente escapa al conocimiento de Dios. Su omnisciencia es tal que el escritor a los Hebreos dice que:

He. 4:13 – “Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta”.

Porque Dios se conoce a sí mismo perfecta y completamente, no es difícil de entender que Él conozca todas las cosas presentes, pues éstas son finitas. Si Él conoce el infinito de manera correcta y perfecta, con mayor razón, conoce lo que es finito.

1. El texto anterior dice que “no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia”

Él conoce a todas las criaturas, desde las mayores hasta las menores. El texto no está hablando referente a los seres vivos solamente, sino de toda la creación incluyendo las cosas inanimadas, tanto las que están próximas como las que están distantes. Este pasaje también enseña que no hay ningún aspecto humano que no sea del conocimiento divino. Su omnisciencia (que está vinculada a su omnipresencia y omnipotencia) abarca cada una de las propiedades de sus criaturas. Si Dios no tuviera conocimiento de las circunstancias que existen y están sucediendo, Él perdería el control del universo. Porque Él creó todo lo que existe, conoce todo de la creación. “Todas las cosas son patentes a los ojos” de Dios.

2. Dios no solamente conoce las criaturas, sino conoce también todas sus acciones

Teniendo una noción muy clara de esta verdad, Job declara: “¿No ve él mis caminos, y cuenta todos mis pasos?” (Job 31:4; cf 34:21). El salmista tuvo la misma percepción cuando dijo: “Mis huidas tú has contado; pon mis lágrimas en tu redoma; ¿no están ellas en tu libro?” (Sal. 56:8). Salomón también percibió con mucha claridad estas verdades. He aquí su afirmación: “Porque los caminos del hombre están ante los ojos de Jehová, y él considera todas sus veredas” (Pr. 5:21). Todos estos versículos enseñan que elementos mínimos que ocurren con el ser humano son captados y registrados por Dios.

3. Dios no solamente conoce las acciones de los hombres, sino también lo que están pensando o maquinando, aunque nunca las hagan

En este momento, todos lo que los seres humanos están pensando o imaginando de manera secreta, es del conocimiento de Dios. Dios desciende hasta las profundidades de los corazones de los hombres para ver claramente todo lo que ellos maquinan, y todo los motivos escondidos, para Él, se hacen claros como el cristal. Todos los secretos que los seres humanos ignoran, Dios los conoce de manera perfecta.

La actividad de “probar la mente y el corazón” (Sal. 7:9 cf Jer. 17:10) es exclusiva de la mente divina (Sal. 94:11). David, delante de Dios, reconoció que “Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos.” (Sal. 139:2). Salomón capitula delante de la grandeza de este conocimiento, diciendo que si “El Seol y el

Abadón están delante de Jehová; ¡cuánto más los corazones de los hombres!” (Pr. 15:11). En otras palabras este versículo está diciendo que si Dios conoce lo grandioso y lo distante, perfectamente conoce lo menor y lo más cercano.

4. Dios no solamente conoce los pensamientos de los hombres, sino también las intenciones de sus designios, sean éstos buenos o malos

Moisés dice que “vio Jehová... que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo el mal” (Gn. 6:5). El Señor conoce todas las intenciones de los hombres porque fue Él quien formó el corazón de todos ellos (Sal. 33:15). Nada de lo que los hombres maquinan se esconde del Señor. El más profundo desvío del corazón es descubierto a los ojos del Señor y todo lo que los hombres están haciendo en este momento será revelado. Observe lo que Pablo dice con respecto a este asunto:

1 Co. 4:5 – “Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios.”.

Sólo al final, Dios hará manifiestos los designios, pero Él ya conoce todas las motivaciones que son secreto al resto de los seres humanos. Lo que los hombres ignoran los unos de los otros, finalmente, se sabrá porque Dios lo traerá a la luz.

Conocimiento de los asuntos futuros

Al estudiar sobre la omnisciencia de Dios, no podemos evitar el asunto de la *presciencia* divina o al conocimiento anticipado que Dios tiene de todas las acciones libres de los hombres, que son acciones futuras.

El tiempo no es impedimento para el conocimiento de Dios. La noción temporal no es parte de la naturaleza esencial de Dios, porque Él es anterior al tiempo, está por sobre el tiempo y fuera de él. Él no se mide por las unidades de tiempo. Él es eterno, y eternidad en el sentido más filosófico es lo que hace contraste con lo que es temporal. Sin embargo, no podemos dejar de hablar del conocimiento que Dios tiene de las cosas futuras porque estamos tratando de las relaciones de Dios con nosotros, y somos seres finitos y temporales. Nuestra comprensión solamente existe con la noción temporal y esta categoría es inevitable.

En un sentido todo el conocimiento libre de Dios fue futuro. Hubo un “tiempo” cuando nada existía, y solamente era Dios. Por lo tanto, no había pasado y ni presente, sino que todos los designios estaban en el futuro. A pesar de que ninguno de ellos existiera, Dios ya conocía a todos porque eran parte de su eterno propósito. Él los planeó y los conoció antes de que existieran, porque todas las cosas tienen su causa en Dios. Ellas no son parte de su esencia, pero vienen de Él. Dios las conoce antes de que existan, porque antes de que realmente existan en el tiempo, ellas existieron eternamente en su mente infinita. Es en este sentido que todo el conocimiento de Dios, con relación a los designios fuera de Él mismo, es futuro.

Es importante enfatizar que el asunto de la presciencia divina está ligado a los actos de Dios en la historia; y estos actos están asociados a las acciones libres de los hombres y no a los seres humanos propiamente tal.¹⁵³

La presciencia divina se evidencia en las profecías

Las Escrituras enseñan claramente que Dios conoce todas las cosas antes que ellas sean conocidas (1 S. 23:10-14; Is. 41:26; 42:9; Jer. 38:17-20). Todas las profecías son evidencia del pre-conocimiento de Dios.

Dios desafía irónicamente a los hombres instándolos a hacer lo mismo que Él hace, diciendo:

Is. 41:22-23 – “Traigan, anúnciennos lo que ha de venir; dígnanos lo que ha pasado desde el principio, y pondremos nuestro corazón en ello; sepamos también su postrimería, y hacednos entender lo que ha de venir. Dadnos nuevas de lo que ha de ser después, para que sepamos que vosotros sois dioses...”.

Nadie hay como Dios que conoce todo lo que existe desde la eternidad y las anuncia de manera que ellas realmente ocurran. El profeta reconoce humildemente la imposibilidad humana, al mismo tiempo que acepta solamente en Dios la capacidad de antever los misterios:

Is. 41:26-27 – “¿Quién lo anunció desde el principio, para que sepamos; o de tiempo atrás, y diremos: Es justo? Ciertamente, no hay quien anuncie; sí, no hay quien enseñe; ciertamente no hay quien oiga vuestras palabras. Yo soy el primero que he enseñado estas cosas a Sion, y a Jerusalén daré un mensajero de alegres nuevas”.

Dios no se cansa de afirmar su singularidad en la capacidad de conocer los asuntos futuros. Él no discute esta capacidad de predecir los misterios futuros, y se burla de los otros pueblos que tienen sus dioses; pero que, en verdad, no lo son. Refiriéndose a la incapacidad de los dioses de los persas y babilónicos, el Señor dice:

Is. 46:9-10 – “Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncie lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho...”.

La presciencia divina es producto de su decreto

Si algo pudiera suceder sin la asistencia o el permiso de Dios, el futuro sería independiente de Dios y dejaría de ser Dios.

El conocimiento anticipado de las acciones no es una simple adivinación de Dios. Este conocimiento que Dios tiene de nuestro futuro es algo que no se puede separar de su propósito. Dios sabe porque resolvió hacer las cosas que sabe, antes de que éstas ocurran. Dios mismo designó todo lo que ha de ser, y todo lo que designó ciertamente sucederá (Dn. 4:35; Pr. 19:21). Dios sabe todas acciones de manera anticipada simplemente porque Él las determinó.

Nada de lo que ocurre en el mundo es sin motivo. No hay ningún acontecimiento futuro que sólo sea una simple y mera probabilidad, es decir, algo que pueda o no suceder.

¹⁵³ El asunto de la presciencia con relación a los hombres específicamente (no como a los actos de ellos) será tratada en el capítulo sobre la predestinación.

Todo lo que Dios decretó es infaliblemente cierto, ¡porque en Él no hay ninguna mudanza ni sombra de variación!

Véase el ejemplo de las profecías con respecto a Israel, del cautiverio, de Jesucristo, todo cumplido en sus más mínimos detalles, conforme al decreto de Dios.

Es importante que se enfatice que no es una mera omnisciencia de Dios (que incluye el conocimiento de nuestro futuro) a causa de todo lo que ocurre. Jamás sucederá algo solamente porque Dios lo sabía. La *causa* de todas las cosas es la *voluntad de Dios*. Así, el conocimiento de Dios no proviene de los acontecimientos futuros, sino que ellos ocurrirán por causa de la orden de Dios.

Sin embargo, hay un punto que no se puede olvidar en el estudio de la omnisciencia divina: *la omnisciencia de Dios, del punto de vista de las criaturas, es presciencia, pero no es presciencia del punto de vista de Dios*.

La Mente Infinita abarca todas las condiciones en una intuición simultánea y, consecuentemente, no hay para ella un “antes” o un “después”. Este conocer todas las condiciones simultáneamente es para la mente *finita* el equivalente a conocer antes del evento.

Presciencia o *conocimiento anticipado*, estrictamente hablando, implica la existencia de un intervalo temporal entre el conocimiento del evento y el evento propiamente tal.

Veamos un ejemplo de lo que acabamos de decir: Si los ninivitas no se hubieran arrepentido, Nínive ciertamente habría sido destruida, según la profecía de Jonás. Cuarenta días habrían transcurrido entre el preconocimiento del evento y el evento en sí. Una serie de acontecimientos y experiencias sobrevinieron, y fueron gradualmente conocidas para Jonás. Pero esto no es verdad con respecto a la mente Divina.

Otro ejemplo se puede extraer de la muerte de Cristo. En la mente Divina no hay intervalo de millares de años entre su conocimiento de la muerte de Cristo y de la muerte en sí. Para ella, Cristo fue crucificado desde la eternidad (1 P. 1:19-20), y el evento fue conocido y real desde toda la eternidad. El intervalo de siglos sólo existe para las mentes finitas que están confinadas a la categoría temporal, pero Dios es eterno.

La *omnisciencia* excluye a ambos: la *presciencia* y el *conocimiento subsiguiente*. Para Dios no existe la idea de futuro porque Él conoce todas las realidades simultáneamente. En Dios el conocimiento de algo no es anterior al de otro. Dios no conoce un hecho primero y, luego, otro. Un acto de conocimiento no genera otro. En la mente de la criatura hay sucesión, pero no en la Mente Infinita.

Aún sabiendo que no existe presciencia en la mente de Dios, necesitamos estudiar este asunto porque somos seres finitos y temporales. Por esto, será siempre necesario hablar de la presciencia divina.

Aplicación

El conocimiento de Dios debería hacer temer a los hombres. La simple idea de que Dios conoce los pensamientos y maquinaciones de los seres humanos debería hacernos obedientes a Él, porque Él es Dios vengador. Para los cristianos, el conocimiento que Dios tiene ¡debería llenarnos de asombro y admiración! ¡cuán ilimitadamente superior es Dios en comparación al más sabio de los hombres! Ninguno de nosotros sabe lo que sucederá

mañana, pero ¡todo está descubierto a los ojos de Dios! Por esta razón, es que ¡este “conocimiento es demasiado maravilloso para mí!”. Lo que nos hace ¡admirarlo y adorarlo!

CAPÍTULO 12

LA SABIDURÍA DE DIOS

La sabiduría de Dios es otro atributo intelectual del Ser Divino. Juntamente con el conocimiento, Dios posee la sabiduría. Quedamos maravillados cuando vemos la sabiduría en un hombre, al resolver un problema o al responder una pregunta muy difícil. Ahora, si nos sorprende la sabiduría humana, ¿qué podríamos decir, entonces, de la sabiduría divina, que tiene un carácter infinito? La belleza del carácter de Dios se estampa en cada uno de sus atributos, complementándose mutuamente. Ya estudiamos sobre el conocimiento infinito de Dios y, ahora, pasaremos al conocimiento aplicado, que es la sabiduría.

DEFINICIÓN DE SABIDURÍA

La sabiduría de Dios se puede concebir como un aspecto particular de su conocimiento. Charnock dijo que Dios “debe tener conocimiento o no podría ser sabio; la sabiduría es la flor del conocimiento, y el conocimiento es la raíz de la sabiduría”.¹⁵⁴ En Dios, el conocimiento es la causa y la sabiduría es el efecto. Es evidente que conocimiento y sabiduría no son la misma cosa, aunque estén íntimamente ligados. Vemos como ejemplo de esto, los dones que Dios da a los hombres; pues Dios habla del conocimiento y de la sabiduría como dones diferentes, pero muy relacionados (1 Co. 12:8; ver Dn. 5:14; Is. 11:2). No siempre estos dones se encuentran juntos en una misma persona. Un hombre inculto puede superar en sabiduría a un erudito. Los hombres adquieren conocimiento por medio del estudio, pero la sabiduría es el resultado del conocimiento intuitivo de las cosas. El primero es teórico y el segundo es práctico. Normalmente la sabiduría usa el conocimiento para algunos propósitos determinados. El conocimiento es el entendimiento de las reglas generales, mientras que la sabiduría es el extraer conclusiones de reglas particulares para un propósito definido. La sabiduría es el conocimiento intuitivo aplicado.

Sin embargo, no puede haber sabiduría sin algún tipo de conocimiento. Toda manifestación de sabiduría se deriva de un conocimiento adquirido o intuitivo. Muy a pesar de que la sabiduría y el conocimiento no sean lo mismo, ellos no pueden estar disociados.

En el caso de Dios, en quien la sabiduría es infinita, también se presupone un conocimiento infinito. En Dios, la sabiduría no puede existir sin el conocimiento de todos los hechos pertinentes a su propósito. Tanto la sabiduría como el conocimiento son imperfectos en el hombre, pero en Dios ellos se caracterizan por su perfección e infinitud. La sabiduría de Dios es su inteligencia manifiesta en la adaptación de los medios a los fines. Berkhof describe a la sabiduría:

“Es aquel atributo de Dios por medio del cual el propio Dios produce los mejores resultados posibles con los mejores medios posibles”. Otra definición mejorada es: “aquella perfección de Dios por

¹⁵⁴ Charnock, *The Existence and Attributes of God*, vol. 1, 410.

medio de la cual Él aplica su conocimiento para la obtención de sus fines de la manera en que más lo glorifique”.¹⁵⁵

El conocimiento es el fundamento de la sabiduría y la antecede. Estas dos cualidades aparecen mencionadas juntas en Romanos 11:33. Los hombres pueden tener conocimiento sin sabiduría, pero nunca sabiduría sin conocimiento. El conocimiento es la comprensión de los asuntos, mientras que la sabiduría pone en orden los asuntos, actuando prudentemente en ellos.

CARACTERÍSTICAS DE LA SABIDURÍA DIVINA

La sabiduría es *esencial* en Dios

Como todos los otros atributos, la sabiduría también es esencial en Dios. Dios no puede ser lo que es sin ella. Ella no es propia sólo de una de las personas divinas, sino de toda la Trinidad. Por esencia, lo que pertenece a una persona, pertenece a la otra. Por lo tanto, lo que se puede decir del Padre, también se puede decir del Hijo y del Espíritu Santo. Por esta razón, entonces, es que las Escrituras dicen que todos los tesoros del conocimiento y de la sabiduría están escondidos en Dios y en Cristo Jesús (Colosenses 2:3).

La sabiduría no se puede separar de Dios

El hombre tiene sabiduría, pero dicha sabiduría fue colocada en él, siendo añadida por alguien de afuera. Sin embargo, la sabiduría no es algo añadido a Dios y que luego le perteneció. Los hombres tienen sabiduría y Dios es sabiduría. Como el sol y su esplendor son una misma cosa, así lo es Dios y su sabiduría. Los dos están siempre juntos. Al mismo tiempo que la sabiduría es un atributo de Dios, Dios es la propia sabiduría. Por lo tanto, la sabiduría es un atributo esencial de Dios sin el cual no puede ser lo que es y, nunca se separan.

La sabiduría es propiedad *sólo* de Dios

En un sentido sólo Dios es sabio. A los hombres se les puede llamar *filósofos* (amigos de la sabiduría), pero solamente a Dios se le puede llamar *Sophos* (de *sofia*, sabiduría) pues es el único sabio. El nombre *filósofo* surgió del respeto que los hombres tuvieron a esta perfección trascendente de Dios.¹⁵⁶ Ser sabio es una propiedad exclusiva de Dios. Él la puede conceder a otros, pero es una propiedad que le pertenece.

¹⁵⁵ Berkhof, 80.

¹⁵⁶ Charnock, *The Existence and the Attributes of God* (Grand Rapids: Baker, 1990 edition), 509.

La sabiduría es *originaria* de Dios

La sabiduría de los hombres se obtiene por la experiencia de los años, basada en la suma de las informaciones recibidas. Pero con Dios no es así. Él es sabio esencial y necesariamente. Dios no puede ser lo que es sin su sabiduría. Su sabiduría es eterna y no recibida. Él no necesita del consejo de nadie (Ro. 11:34; Is. 40:14). ¡Él es la fuente original de toda la sabiduría! Los ángeles y los hombres tienen la sabiduría comunicada, pero ¡Dios es la sabiduría original!

La sabiduría es *necesaria* en Dios

Dios no escoge ni decide ser sabio. Ser sabio no depende del ejercicio de su voluntad. Así como Él no decide conocer todas las cosas, ya que las conoce necesariamente, tampoco decide ser sabio. Ser sabio en Él es algo que le es esencial. Él no puede dejar de ser sabio, sino deja de ser lo que es. En este sentido Él es el “único y sabio Dios” (Ro. 16:27). La sabiduría es la parte vital de la acción de Dios. En todas sus operaciones la sabiduría actúa de manera necesaria.

La sabiduría de Dios es *incomprensible*

Es evidente que la infinidad de Dios califica a todos sus otros atributos. Las Escrituras son claras cuando hablan de la sabiduría infinita de Dios. “Grande es el Señor nuestro, y de mucho poder; y su entendimiento es infinito” (Sal. 147:5). ¡Su sabiduría es inmensurable! Como esta sabiduría no puede ser medida, también es incomprensible.

Extasiado, contemplando la sabiduría de Dios en la creación, el salmista exclama: “¡Cuán grandes son tus obras, oh Jehová! *Muy profundos son tus pensamientos*” (Sal. 92:5). La misma expresión contemplativa profirió Pablo cuando se refirió a la mente de Dios “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” (Ro. 11:33). Los hombres pueden medir lo que les es común, pero no pueden comprender la sabiduría divina porque ésta sobrepasa a sus entendimientos. Aunque Dios decidiera revelar su sabiduría, el hombre sería incapaz de comprenderla. Observe la meditación de Zofar en cuanto a esto:

Job 11:5-9 – “Mas ¡Oh, quien diera que Dios hablara, y abriera sus labios contigo, y te declarara los secretos de la sabiduría, que son de doble valor que las riquezas!.. ¿Descubrirás tú los secretos de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso? Es más alta que los cielos; ¿qué harás? Es más profunda que el Seol; ¿cómo la conocerás? Su dimensión es más extensa que la tierra, Y más ancha que el mar”.

La sabiduría de Dios está más allá de la comprensión humana porque ella es profunda como el abismo, ¡alta como los cielos y vasta como el mar! Son expresiones que muestran la inmensidad inalcanzable de la sabiduría divina que el ser humano no puede comprender. Hay una profundidad impenetrable en la sabiduría divina que hace que los seres humanos queden perplejos y pequeños. Muchos secretos de Dios están aún escondidos en su sabiduría, y aunque Dios las revelara, los seres humanos, incluso los creyentes, no podrían comprenderlos, porque ellos exceden a su entendimiento.

La sabiduría de Dios es *eterna*

Dios es eterno y su sabiduría es esencial en Él, por tanto, su sabiduría también es eterna. El autor del libro de Proverbios registra una sabiduría personalizada, que dice estar presente antes de todas las cosas. Ésta sólo puede ser la sabiduría del Señor Dios (Pr. 8:22-31). La sabiduría es inseparable de Dios y por esto ella es eterna con Él (Job 12:12-13). La sabiduría de Dios es durable como su esencia, por consiguiente, no puede crecer ni disminuir.

LA REVELACIÓN Y LA PROCLAMACIÓN DE LA SABIDURÍA DIVINA

La sabiduría divina se *revela* en Cristo

Col. 2:1-3 – “Porque quiero que sepáis cuán gran lucha sostengo por vosotros, y por los que están en Laodicea, y por todos los que nunca han visto mi rostro; para que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de *Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento*”.

Hay algunas verdades que se deben resaltar en este texto de Pablo:

En este pasaje, Cristo es el misterio de Dios. Pablo ya había hablado de este misterio en Colosenses 1:26-27.

En este texto, toda sabiduría y conocimiento están escondidos en Cristo.

Todo lo que Dios dio a conocer a los hombres está encerrado en Jesucristo. Jesucristo, “según su naturaleza divina, conoce todas las cosas. Este conocimiento, siendo divino, abarca todo, y es directo, simple, inmutable y eterno”.¹⁵⁷ Sin embargo, en Cristo, a diferencia de los otros hombres, el conocimiento nunca viene separado de la sabiduría. La sabiduría escondida en Cristo dice relación a la aplicación del conocimiento de la mejor manera. Además de esto, no hay ningún tipo de sabiduría verdadera fuera del Hijo de Dios encarnado. Esta sabiduría escondida en Cristo se origina en Él, además, es creadora, planificadora, orientadora, directora y redentora. Ningún otro tipo de sabiduría se iguala a ésta. En Él está escondida la sabiduría de Dios que “reconcilia lo que parece irreconciliable”.¹⁵⁸

Ef. 1:7-9 – “en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda *sabiduría* e inteligencia, *dándonos a conocer el misterio* de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo”.

El eterno propósito de Dios con respecto a todas las realidades se revela en Cristo. Según Calvino, en este texto Pablo trata de la “causa formal, la predicación del evangelio, por la cual la bondad de Dios es derramada sobre nosotros”.¹⁵⁹ Esta manifestación de la bondad divina viene en forma de “sabiduría y prudencia”. Esta sabiduría (*sophia*, en

¹⁵⁷ William Hendricksen, *Philipians, Colossians and Philemon* (Grand Rapids: Baker, 1979), 105.

¹⁵⁸ Ibid.

¹⁵⁹ John Calvin, *Commentaries on the Epistles of Paul to the Galatians and Ephesians* (Grand Rapids: Eerdmans, 1948), 203.

griego) se asocia al entendimiento claro con respecto a los acontecimientos de los últimos días que ya había comenzado en el tiempo en que Pablo escribió su carta.

No obstante, esta sabiduría estaba escondida en Dios– “un misterio de la voluntad divina” –que, posteriormente, en la plenitud de los tiempos, en Cristo, se “reveló”. Este misterio oculto, por decreto divino, necesita ser revelado. A Cristo, por lo tanto, se le llama “sabiduría de Dios” (1 Co. 1:24). Cristo es la sabiduría personal de Dios porque Él nos revela los secretos del Ser Divino.

De esta manera Dios quitó el velo para que la iglesia pudiera comprender esta sabiduría (1 Co. 2:6-7, 12) y, la proclamara al mundo y a las potestades.

La sabiduría divina es *proclamada* a través de la Iglesia

Ef. 3:8-11 – “A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio *escondido desde los siglos en Dios*, que creó todas las cosas; para que la *multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia* a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor”.

Hay algunas verdades en este texto que necesitamos analizar:

1. La sabiduría de Dios es un *misterio* encerrado u oculto en Dios, Jesús, como ya lo vimos en el punto anterior.

2. Cristo es el *revelador* de esta sabiduría. Las Escrituras dicen que todas las cosas ocurren “en Cristo” (v. 11b). Nada viene a nosotros de parte de Dios a no ser en y a través de Cristo Jesús. Todas las bendiciones de Dios para nosotros no pueden ser concedidas sin Cristo. Él es quien nos revela a Dios y a su sabiduría.

3. Esta sabiduría se denomina “las inescrutables riquezas de Cristo” (v. 8b). Calvino habla de estas “riquezas inescrutables de Cristo” como “los extraordinarios tesoros de la gracia, que Dios repentina e inesperadamente les concedió a los gentiles”.¹⁶⁰ Ciertamente, los gentiles nunca esperarían una manifestación tan grande de la gracia divina, pero éstas vinieron de manera abundante y sorprendente sobre ellos. Un misterio que se reveló primero a sus santos apóstoles y profetas (Ef. 3:1-6), y al final, a toda la iglesia de Dios.

4. La iglesia de Dios es la *proclamadora* de la sabiduría de Dios al mundo; sabiduría, que estuvo oculta en Cristo. Dios privó a los ángeles de ser portadores de esta sabiduría, sin embargo, concedió a la iglesia el privilegio de ser la portadora del mensaje de la sabiduría divina. Los ministros de la Palabra son los portavoces de Dios para que la proclamación de la sabiduría de Dios pueda ser posible.

¹⁶⁰ John Calvin, *Commentaries on the Epistles of Paul to the Galatians and Ephesians* (Grand Rapids: Eerdmans, 1948), 253.

5. Pablo era el *ejemplo* de la proclamación de la sabiduría de Dios. “A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio” (v. 8). Pablo sólo fue uno de los que predicaban el evangelio a los gentiles, sin embargo, él había sido destinado por Dios de antemano para realizar esta tarea, siendo portavoz de los misterios de Cristo. Y Pablo se aplica a sí mismo una profecía que también se puede entender como refiriéndose a Jesús (Hch. 13:46-47). Por decreto divino él fue el predicador del misterio oculto desde los siglos a los gentiles de su tiempo.

6. La proclamación de esta sabiduría es producto del *decreto* divino. La iglesia es el vehículo que Dios destinó para la propagación de su sabiduría. Por esta razón, Pablo anuncia que esta manifestación de la sabiduría por medio de la iglesia es el resultado del “*propósito eterno que (Dios) hizo en Cristo Jesús nuestro Señor*” (v. 11). Para entender un poco de esta materia, imaginemos a Dios como Aquel que hizo el *guión* para una pieza. En la eternidad pasada, toda la historia humana fue escrita de antemano. Fue un plan trazado por su bondadosa sabiduría. Todos los miembros de su pueblo fueron los actores en el pasado y nosotros lo estamos siendo en el presente. Un día todos presenciaremos la manifestación de su gloria en la vida de la iglesia. Y todas estas cosas fueron escritas de antemano. Dios, así, hace que toda la historia se cumpla en varios actos, hasta culminar con el clímax de la historia redentora apocalíptica, momento en que Dios será glorificado.

7. Esta sabiduría divina será *conocida* por todas las *autoridades*: “para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los *principados y potestades* en los lugares celestiales” (v. 10). Estos son los ángeles. Calvino dice que la idea de Pablo en este versículo es la siguiente: “La iglesia, compuesta tanto de judíos como de gentiles, es un espejo en el cual los ángeles contemplan la extraordinaria sabiduría de Dios demostrada de un modo jamás visto por ellos”.¹⁶¹ A pesar de su gloria los ángeles son seres finitos, que aún necesitan aprender mucho con respecto al Dios que siempre adoran y sirven. Por esta razón, Findlay declara que “las revelaciones de los últimos días – la encarnación, la cruz, la publicación del Evangelio y el derramamiento del Espíritu Santo – llenaron de sorpresa a los observadores celestiales”.¹⁶² Es curioso que Dios no le haya dado a los ángeles el privilegio de ser portadores de la sabiduría, sin embargo, los hizo oír de ella. Los ángeles adquieren el conocimiento de parte de la iglesia, de las muchas maneras en que Dios manifiesta su sabiduría. La función de la iglesia no es sólo predicar para que los pecadores se conviertan, sino también anunciar a las autoridades celestiales la gloria de Dios manifestada en su sabiduría multiforme. La iglesia es el medio que Dios usa para que Él pueda ser glorificado. Esta proclamación, por medio de la iglesia a los ángeles, incluye el anuncio de la sabiduría divina desde la creación hasta la consumación de todas las cosas, que es cuando las condiciones vuelvan a estar como eran primeramente. Dios es alabado por los ángeles cuando éstos conocen lo que Dios hace por medio de la iglesia.

Curiosamente, los ángeles, a pesar de ser seres santos, no conocían la sabiduría por gracia de Dios, pues ellos nunca han sido objeto de la gracia perdonadora de Dios, porque nunca han pecado. Ellos no conocían esta faceta de Dios y este misterio de la salvación de los gentiles que fue anunciado a través de los ministros de Dios, a fin de que todos los

¹⁶¹ Ibid., 256.

¹⁶² G. C. Findlay, *The Epistle to the Ephesians* (New York: A. C. Armstrong and Son, 1903), 172-73.

principados y potestades conocieran de manera más evidente este atributo de la Divinidad. Me parece que ésta fue la única vez que la tierra le enseñó a los cielos, ¡los hombres le enseñaron a los ángeles las maravillas de la redención de Dios!

8. Esta sabiduría divina se manifiesta de muchas maneras: “la *multiforme* sabiduría de Dios”. La sabiduría de Dios posee varias facetas, muchos colores. Dios no se manifestó al pueblo de Israel, en el pasado, simplemente en el anuncio de su ley llena de sabiduría; además, anunció el evangelio de manera plena con la venida de Cristo, y este evangelio es la sabiduría de Dios demostrada. Dicha sabiduría tiene múltiples manifestaciones, que trasciende a nuestra capacidad de percibir todas sus facetas. Sin embargo, se pueden distinguir algunas de ellas: manifestadas en amor, misericordia, perdón, reconciliación, liberación, al mismo tiempo que lo hace en la muerte de Cristo por judíos y gentiles como odio al pecado y, por lo tanto, con ira en justicia y juicio. Todo esto es sabiduría de Dios, pues muestra como Dios hace arreglos extraordinarios para que pudiera haber salvación para el pecador, sea éste judío o gentil.

EVIDENCIAS DE LA SABIDURÍA DIVINA

La creación es evidencia de la sabiduría divina

El salmista no deja dudas con respecto a la sabiduría divina, cuando habla de la creación del universo. “¡Cuán innumerables son tus obras, oh Jehová! *Hiciste todas ellas con sabiduría*; la tierra está llena de tus beneficios.” (Sal. 104:24). Salomón estuvo de acuerdo con el salmista cuando reconoció: “Jehová con *sabiduría* fundó la tierra; afirmó los cielos con inteligencia.” (Pr. 3:19). El profeta Jeremías completa con un “amén” a los escritores ya citados cuando expresa su admiración por la creación del mundo: “El que hizo la tierra con su poder, el que puso en orden el mundo con su saber, y extendió los cielos con su *sabiduría*” (Jer. 10:12; ver 51:15). Esta sabiduría divina y creadora es personalizada en Pr. 8:22-36, al punto de dar consejos a los hijos de los hombres.

Los seres humanos son evidencia de la sabiduría divina

Dios creó a nuestros primeros padres con sabiduría. No obstante, misteriosamente, ellos pecaron. Con el pecado, perdieron la sabiduría divina que tenían antes de la Caída. Por esta razón, se les insta a los hijos de los hombres a buscar sabiduría para poder vivir de manera grata a Dios.

- La verdadera sabiduría se debe buscar (Pr. 2:1-4).
- La verdadera sabiduría se encuentra en Dios (Pr. 2:6; 3:5-7).
- La verdadera sabiduría sólo la poseen los rectos (Pr. 2:7).
- La verdadera sabiduría se internaliza (Pr. 2:10).
- La verdadera sabiduría proviene del temor del Señor.
- La verdadera sabiduría se asocia con guardar los mandamientos (Pr. 3:1).

- La verdadera sabiduría hace que el ser humano no confíe en sí mismo (Pr. 3:5-8).
- La verdadera sabiduría incluye la disciplina como prueba de amor (Pr. 3:9-12).
- La verdadera sabiduría es de alto valor (Pr. 3:13-17).
- La verdadera sabiduría es vida (Pr. 3:18).
- La verdadera sabiduría se evidencia en la creación (Pr. 3:19).

COROLARIO DE LA SABIDURÍA

Sin la sabiduría de Dios, sus otras virtudes no brillarían

La sabiduría de Dios es la virtud que destaca a las otras virtudes de Dios. Charnock coloca esta idea en términos muy claros: la sabiduría es la más eminente de todas las virtudes; todas las otras perfecciones de Dios, sin ésta, serían como un cuerpo sin ojos o como el alma sin entendimiento. Las virtudes de los cristianos necesitan ser pulidas cuando están destituidas de la dirección de la sabiduría. Sin la sabiduría, la misericordia es una debilidad; la justicia, una crueldad; la paciencia, timidez y, el coraje, una locura. De la misma manera la paciencia de Dios sería una cobardía; su poder, opresión y, su justicia, una tiranía. Sin la sabiduría como la fuente y, la santidad como una regla, ningún atributo de Dios podría brillar con el debido esplendor.¹⁶³

Sin la sabiduría, Dios no podría gobernar el universo que creó

El mundo sería un caos sin ningún control. Dios no podría ser Gobernador del universo sin la sabiduría universal perfecta.

Ejemplo: Hay muchos gobernantes con inteligencia (por lo menos, con mucha información), pero pocos son sabios. Ser sabio es dirigir con fines provechosos. Los gobernantes, en general, quieren el poder y lo buscan, pero no están preocupados de la sabiduría. Por esto no la piden. No obstante, fue exactamente esta cualidad que el rey Salomón pidió y Dios se la concedió. Por esta misma razón, Santiago nos exhorta a buscar la sabiduría que Dios da libremente (Stg. 1:5).

Dios es tanto poder, como sabiduría. Es curioso que en varios pasajes de las Escrituras los términos *poder* y *sabiduría* están juntos (Job 12:13,16; Dn. 2:20; 1 Co. 1:24 así también, cuando se trata de la *sabiduría recibida*, el *poder* aparece junto a ella; Dn. 2:23). El poder y la sabiduría necesitan andar juntos porque ellos son el fundamento de toda verdadera autoridad y gobierno. Un gobernador con poder pero sin sabiduría es un déspota (usando aquí la palabra en el sentido peyorativo); un gobernador con sabiduría pero sin poder es un débil. Dios es ambos, ¡poder y sabiduría infinitos!

Textos: 1 Samuel 2:3; Job 28:12-28; Daniel 2:20.

¹⁶³ Charnock; 515.

Aplicación

La sabiduría divina no es un atributo teórico en Dios que no causa ningún impacto en nosotros. Al contrario. Ella debe despertar en nosotros sensaciones profundas de su grandeza e infinitud. Por lo tanto,

Reflexione sobre la sabiduría divina

Es un gran pecado nuestro, cuando no meditamos en los actos de Dios. Tenemos muchas realidades para observar en la creación y en la providencia divinas. Las obras de Dios, que expresan su sabiduría, son maravillosas y debemos meditar en ellas. ¡El salmista contemplaba las obras de Dios y meditaba acerca de la sabiduría de Dios y de la pequeñez de los seres humanos!

Cuando reflexionamos en las obras de Dios llegamos a admirarlo aún más y a adorarlo más conscientemente. Dios hizo todas las cosas no solamente para el placer y deleite de los hombres, sino para que Él mismo fuera glorificado. Él quiere ser reconocido por hacer todas las cosas y por sustentarlas con su sabiduría. Cuando usted medita acerca de la sabiduría de Dios en la creación, adora de manera más adecuada al Creador. Las obras de Dios son para que el Creador sea debidamente recordado por sus criaturas.

Recuerde que Pablo amonestó a sus contemporáneos por no glorificar a Dios, pues intentaron suprimir el conocimiento que tenían de Dios. Como consecuencia, terminaron adorando a la criatura en lugar de al Creador; terminaron por perder el conocimiento que tenían de Dios, envaneciéndose en sus razonamientos (Ro. 1:21).

Reflexione sobre el atributo de la sabiduría divina. Los creyentes del pasado así lo hicieron. Es importante el ejercicio de esta reflexión. En caso contrario, su concepto sobre Dios será cada vez menor.

Estudie sobre la sabiduría divina

Hasta ahora he hablado de la sabiduría de la creación y de la providencia divina. Por lo tanto, ¿qué podríamos decir de las cosas sabias que Dios hace en la redención de los pecadores? ¡Ya al reflexionar en nuestra redención hay gozo en nuestros corazones! Medite en lo que Dios hizo de manera sapientísima, en el plan maravillosamente creado para nuestra restauración, y ¡prorrumpa en loores al único Dios que es eminentemente sabio!

Intente conocer las obras de Dios hasta donde sea posible. Dios no nos reveló todas las cosas, sin embargo, trate de estudiar aquello que Él reveló con respecto a la restauración del pecador. No sólo sepa que Dios lo redimió a usted sino intente saber cómo Él hizo esto. ¡Cuando usted comience a estudiar va a descubrir los sabios arreglos que Dios hizo para su redención y lo va a admirar y a amar aún más!

Muchos cristianos se conforman en conocer sólo lo básico del cristianismo pero no se adentran en la sabiduría de Dios. Por esta razón, el escritor a los Hebreos dijo: “Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección...” (He. 6:1). La “perfección” aquí está en contraste con los principios elementales, que son las únicas realidades conocidas de aquellos que son niños en Cristo. Por lo tanto, busquemos la “perfección”, lo que dice relación a los asuntos maduros, teniendo un conocimiento profundo de las doctrinas de Cristo, de su persona y su obra.

Pida a Dios sabiduría

La sabiduría que poseemos por naturaleza no basta para que vivamos una vida agradable a Dios, porque ella nace de nuestra propia naturaleza pecaminosa que únicamente busca el interés propio. Esta sabiduría natural es producto de lo que somos. Si somos pecadores, corrompidos en nuestro ser más íntimo, todo lo que proviene de nosotros sufre también la corrupción del pecado. Por lo tanto, esta sabiduría no es suficiente para comprender y aplicar las ocupaciones santas en la vida.

Por causa de la debilidad o de la imposibilidad de nuestra sabiduría natural, las Escrituras nos instan a buscar la verdadera sabiduría de Dios. “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada” (Stg. 1:5). Salomón aplicó este principio antes incluso de la orientación de Santiago. Y la sabiduría que Dios le dio fue su mayor gloria, más que sus vestiduras o su riqueza en oro. Su fama corrió por el mundo por causa de la sabiduría que Dios le había dado. Dicha sabiduría, impresionó a todos los que lo conocieron y se exalta en las Escrituras.

Dios dio al hombre un cierto entendimiento de los cometidos, pero necesitamos de la luz celestial para comprender y aplicar a la vida los principios que aprendemos. El Espíritu de Dios es quien nos capacita para ver las cosas del punto de vista del Creador-Redentor-Rey. Por nosotros mismos nunca tendríamos la comprensión debida de los principios fundamentales de la vida. Necesitamos desesperadamente de esta luz y, esta luz de entendimiento es un don de la gracia. Por lo tanto, todos necesitamos pedir al Iluminador de nuestras mentes esta sabiduría para vivir en este mundo de acuerdo con su voluntad. Necesitamos pedir como el salmista: “Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley” (Sal. 119:18). La sabiduría viene por la Palabra de Dios, pero esta necesita ser comprendida con la luz de la gracia de Dios. Necesitamos de ella y debemos pedir por ella.

Sométase a la sabiduría divina

No cuestione la sabiduría de Dios. Cualquier cosa que Él le mande a hacer, hágalo. Todas sus órdenes son producto de su voluntad sabia. Es verdad que la verdadera sabiduría tiene algo de incomprensible, pero usted debe estar bajo su autoridad. No importa cuan extraños puedan parecer los caminos de Dios, pero ellos conducen a la vida. Nunca serán caminos de muerte las acciones que Dios le ordene hacer. Las palabras de Dios son sabiduría y vida.

Sométase a la sabiduría de sus revelaciones. Él reveló asuntos santos y sabios para nuestro deleite y para su gloria. No tenga ningún temor de estar bajo la autoridad de la sabiduría revelada de Dios. No tenga temor en creer en todo lo que Dios dice, porque Él es sabio y verdadero en todas sus palabras.

Sométase a todos sus decretos en la historia del mundo. Nunca cuestione los decretos de Dios ni el modo en como Él los ejecuta. Él es santamente sabio. Sólo guarde silencio ante su majestuosa sabiduría, aún sin entender muchas cosas de ellas. Sométase al Dios único y sabio. Esta es la cosa más sabia que usted puede hacer.

Sométase a los decretos de Él en su vida personal. Dios no se equivoca en las cosas que hace. Todo tiene un propósito debajo del sol. Nada es en vano. Muchas veces recibimos aflicciones que nos llevan a la desesperación y a la sensación de que Dios está lejos. Sepa que, de acuerdo con la sabiduría de Dios, todo lo que ocurre en nuestra vida “ayuda a bien a los que aman a Dios”. Sométase a la voluntad sabia de Dios y todo estará bien.

Nunca confíe en su propia sabiduría

Dios nos puso en el mundo con una especie de sabiduría que podemos llamar “natural”. Pablo llama a esta sabiduría “locura”: “¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?” (1 Co. 1:20). Además, en esta misma carta, Pablo advierte:

1 Co. 3:18-21 – “Nadie se engañe a sí mismo; si alguno entre vosotros se cree sabio en este siglo, hágase ignorante, para que llegue a ser sabio. Porque la sabiduría de este mundo es insensatez para con Dios; pues escrito está: El prende a los sabios en la astucia de ellos. Y otra vez: El Señor conoce los pensamientos de los sabios, que son vanos. Así que, *ninguno se gloríe en los hombres*; porque todo es vuestro”.

Por esta razón, no nos podemos jactar en la sabiduría del mundo, porque se afectó mucho con la Caída, de forma que nuestra sabiduría se le denomina “locura” si se compara con la de Dios.

Muchos hombres se jactaron de su propia sabiduría y cayeron en ruinas. Ésta fue la experiencia de Babilonia que se juzgó sabia al punto de despreciar la sabiduría divina. Veamos lo que Dios dijo a Babilonia: “Porque te confiaste en tu maldad, diciendo: Nadie me ve. Tu sabiduría y tu misma ciencia te engañaron, y dijiste en tu corazón: Yo, y nadie más” (Is. 47:10). Así Babilonia se arruinó por su propia ciencia y sabiduría.

Lo mismo le puede suceder a usted. Si usted confiara en su propia sabiduría, caerá en ruinas espirituales. Por esta razón, el predicador insiste:

Pr. 3:5-7 – “Fíate de Jehová de todo tu corazón, y *no te apoyes en tu propia prudencia*. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas. *No seas sabio en tu propia opinión*; Teme a Jehová, y apártate del mal”.

En este aspecto el predicador debe ser incuestionablemente obedecido. No confiar en la propia sabiduría, ya es sabiduría divina. ¡Y esto viene del cielo! Por lo tanto, pídale a Dios.

CAPÍTULO 13

LA VERACIDAD Y LA FIDELIDAD DE DIOS

DEFINICIÓN

Algunos teólogos acostumbran a hablar de la fidelidad colocándola en medio de los atributos morales, pero aquí yo la coloco entre los atributos intelectuales porque la fidelidad siempre se relaciona con la verdad. Estos dos atributos son inseparables, a pesar de que algunos estudiosos intenten distinguirlos, como es el caso de Dagg. Él hace una ligera distinción entre veracidad y fidelidad: “la veracidad es la declaración de las cosas como ellas son, y la fidelidad es el cumplimiento exacto de sus promesas y amenazas”.¹⁶⁴ Con todo, podemos argumentar que en las Escrituras la palabra “fidelidad” está ligada íntimamente con la “verdad”. No puede haber noción de fidelidad sin que esté ligada a la verdad (Sal. 145:13). Las palabras de Dios “son fieles y verdaderas” (Ap. 22:6). Cuando la Biblia dice que Dios es “fiel”, está afirmando que Él es verdadero en todas sus afirmaciones. En contrapartida, está el ser humano que miente y no es verdadero en todo lo que habla. Por esta razón, Pablo, hablando de la fidelidad de Dios, dice: “antes bien sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso” (Ro. 3:3-4). Todo lo que hay en Dios corresponde a la realidad; todo lo que Él habla refleja la realidad (Sal. 36:5; 89:8; Is. 11:5; 2 Ti. 2:13).

Gruden explica que “la veracidad de Dios significa que Él es el Dios verdadero, y que todo su conocimiento y palabras son, ambos, patrones de fe verdaderos y patrones de fe finales”.¹⁶⁵ Aquello que Dios expresa externamente corresponde a lo que Él es internamente. Todas sus afirmaciones están de pleno acuerdo con su Ser. Berkhof define la veracidad de Dios como “aquella perfección de su Ser en virtud de la cual Él cumple perfectamente la idea de la Divinidad, es perfectamente digno de nuestra confianza en su revelación y ve todas las cosas como son en la realidad”.¹⁶⁶ Para Berkhof la veracidad está ligada a la esencia de la Divinidad y es lo que lo hace confiable.

La verdad de Dios, registrada en las Escrituras, está muy por encima de nuestra comprensión finita. Por esto necesitamos de su gracia para poder entender algo de ella. Todo lo que concierne a Dios es vasto, grande, incomparable, ¡más allá de nuestro entendimiento! No obstante, Él es fiel con nosotros y nunca se olvida o falta a su Palabra, siendo fiel, inclusive, en iluminar a su pueblo al leer las Escrituras.

¹⁶⁴ J. L. Gagg, *Manual of Theology*, (Harrisonburg, Va.: Gano Books, 1990), 83.

¹⁶⁵ Wayne Gruden, *Systematic Theology*, 195.

¹⁶⁶ Berkhof, 81.

CARACTERÍSTICAS DE LA VERACIDAD DE DIOS

La veracidad de Dios es esencial

El hombre miente porque en él la veracidad no es esencial. Él puede seguir siendo un ser humano, a pesar de no ser verdadero. Pero “Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. Él dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?” (Nm. 23:19). Dios no puede continuar siendo Dios si no es fiel a sus promesas, porque la veracidad es su esencia. Perciba que el hombre puede *tener* fidelidad, porque dicha fidelidad es recibida, pero Dios *es fiel* (He. 10:23). El hombre puede hablar verdad, pero Dios es la verdad. Él no puede ser diferente. Si Él hiciera alguna cosa que no corresponda a la verdad, Él se niega a sí mismo, dejando de ser lo que es.

La veracidad de Dios es grande

Ninguno de nosotros puede imaginar cuan grande es la veracidad de Dios porque no estamos muy acostumbrados a la verdad. Por causa de nuestra humanidad caída, mentimos constantemente. Además de la mentira no cumplimos nuestros tratos, fallamos en nuestras promesas y frecuentemente no cumplimos nuestras amenazas. Éste es el ambiente en el cual vivimos, y la veracidad no es parte esencial ni constante en nuestra vida. Pero Dios es grande en su veracidad. El profeta Jeremías, hablando de las misericordias de Dios que no tienen fin, pero se renuevan cada mañana, anuncia: “Grande es tu fidelidad” (Lm. 3:22-23). El salmista, al hablar de la grandeza de la fidelidad del Señor, usa una expresión, por cierto, muy común también en sus días, para expresar algo inmensurable: “Jehová, hasta los cielos llega tu misericordia, y tu fidelidad alcanza hasta las nubes.” (Sal. 36:5).

La veracidad de Dios es eterna

La verdad de Dios está afirmada para siempre en los cielos (Sal. 89:2). Por esto, ella permanece válida indefinidamente. Pedro dice que la “la palabra de Dios que vive y permanece para siempre. Porque: Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del Señor permanece para siempre” (1 P. 1:23-25).

La verdad de Dios no es mutable ni se determina por el contexto histórico. Ella no es una verdad sólo para una generación, sino para todas las generaciones (Sal. 119:90). Lo que fue verdad ayer, permanece verdad para siempre. Jesús dijo que todo en este mundo puede pasar, mas la palabra de Dios no pasará (Mt. 24:35). Como la verdad de Dios es eterna, también es eterna su veracidad y fidelidad.

EJEMPLOS DE LA VERACIDAD DE DIOS

La veracidad de Dios con respecto a sus palabras tienen varias facetas. Vamos a estudiar rápidamente algunas de ellas. El Señor Dios prometió cumplir cada promesa, cada pacto establecido y cada amenaza hecha, porque la fidelidad es esencial en Dios.

Dios es fiel en sus pactos

Dios es quien establece los pactos con su pueblo. En sus pactos hay promesas para el bienestar de su pueblo. Estas promesas pactuales son fieles y verdaderas. Dirigiéndose al pueblo de Israel que peregrinaba en el desierto, Moisés les recordó: “Conoce, pues, que Jehová tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones” (Dt. 7:9).

El Salmo 89 (versículos 1,2-4,5,8,24,33-34,49) tal vez sea el texto de las Escrituras donde más se hable a cerca de la fidelidad de Dios. En él leemos de la fidelidad revelada en relación a la promesa pactual de redimir a su pueblo a través de Jesucristo, el Rey: “Para siempre será edificada misericordia; en los cielos mismos afirmarás *tu verdad*. Hice pacto con mi escogido; juré a David mi siervo, diciendo: Para siempre confirmaré tu descendencia, y edificaré tu trono por todas las generaciones” (v. 2-4; cf 33-34). Dios no se desdice en sus promesas pactuales. Él las cumple cabalmente porque es de su esencia ser fiel a la palabra que promete.

Dios es fiel a sus promesas

Vea un ejemplo de la veracidad de su promesa con respecto a las cosas comunes pero necesarias a la vida de los seres humanos. Hace millones de años Dios le dijo a Noé:

Gn. 8:22 – “Mientras la tierra permanezca, no cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, y el día y la noche”.

Cada día, desde que nos levantamos en la mañana hasta que nos vamos a dormir, vemos el cumplimiento cabal de esta promesa. Cada estación y cada año que pasa son una nueva prueba del cumplimiento de esta promesa por parte de Dios. Nunca sus promesas han faltado en la historia del mundo. ¿Por qué? Porque Dios no puede mentir, Él es verdadero.

Cuando se trata de promesas de carácter soteriológico, ahí es donde la veracidad de Dios brilla con más fulgor. Vea la expresión del profeta Jeremías: “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad” (Lm. 3:22-23). Dios prometió ser misericordioso y cada mañana es una muestra de la fidelidad de Dios, pues nos levantamos y Dios no nos consume en su ira, es decir, Dios no nos castiga conforme a lo que merecemos, porque Él puso nuestro castigo sobre Jesucristo. Por lo tanto, ¡cada día nos acordamos de su gran fidelidad!

Lucas, argumentando acerca de la victoria de Cristo sobre la muerte, registra las promesas de Dios a David como “*santas y fieles*” (Hch. 13:34). Estos dos adjetivos de las promesas vienen juntos porque ellos no pueden estar disociados. La santidad de Dios

califica a todos los otros atributos. Su veracidad también se santifica por el hecho de que es absolutamente fiel.

Dios es fiel en sus amenazas

Así como las promesas, las amenazas de Dios son absolutas. Como Él no falla en sus promesas, tampoco falla en sus amenazas. Lo que Él pretende hacer con sus amenazas, lo cumple.

Algunas de las amenazas de Dios son condicionales y las cumple solamente si los pecadores no dejan sus pecados.

Las amenazas de Dios desean la corrección de sus hijos. Es la fidelidad de Dios a su Palabra que lo lleva a disciplinar a sus hijos. Hay muchos creyentes que sufren disciplina al violar los principios de Dios en la Santa Cena. Por esta razón, Pablo explica: “Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen” (1 Co. 11:30). Dios cumple sus amenazas de disciplinar a sus hijos “porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo” (He. 12:6). El salmista dice que fue afligido de manera justa y que la disciplina de Dios es producto de su fidelidad (Sal. 119:75). Esta disciplina es perfectamente compatible con su amor. Es justamente por causa de que su amor es verdadero que Dios cumple sus amenazas de seria disciplina a aquellos que violan los mandamientos de su Palabra.

Las amenazas de Dios tienen que ver también con el castigo de los impíos. Los impíos deben tener como ciertas las palabras de amenaza que Dios profirió: “Por tanto, juré en mi ira: no entrarán en mi reposo” (He. 3:11). Dios no falla en el cumplimiento de su Palabra, porque ésta viene acompañada de juramento. Él es absolutamente verdadero cuando habla en la manifestación de su justicia.

Dios es fiel en socorrer a su pueblo

Dios formó a su pueblo y le enseñó que es pueblo peregrino sobre la tierra caminando en dirección a la patria celestial. Sin embargo, Él no lo deja a la deriva de las tentaciones de este mundo. Él acompaña todo lo que sucede con los suyos. Además de esto, como afirma Pablo, “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero *fiel es Dios*, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Co. 10:13). Dios no abandona a su pueblo, dejándolo desprotegido.

Aplicación

Podemos tener plena confianza en Él

Dios es veraz. Él no puede engañar a nadie, no puede fallar en su palabra y, como consecuencia, nadie puede dudar de Él.

Nuestra seguridad en todas las condiciones proviene de la veracidad de Dios. Nadie podría tener seguridad de ningún asunto si no existiera la fidelidad de Dios (He. 6:18). Solamente una persona veraz puede ser fidedigna. Pocos hombres con fidedignos (Pr. 20:6)

porque ellos mienten frecuentemente; pero podemos confiar en Dios porque Él es siempre verdadero en lo que dice.

Nunca nos desilusionamos de Dios

Los seres humanos se desilusionan unos a otros, porque prometen cosas y generalmente no las cumplen. Hay muchos matrimonios separados porque uno de los cónyuges no cumplió su promesa pactual; hay hijos desilusionados de sus padres porque estos no cumplen con la palabra empeñada. Pero no podemos decir lo mismo de Dios. La diferencia entre los hombres y Dios es muy grande. Pablo enseña a Timoteo: “Si fuéremos infieles, *él permanece fiel; él no puede negarse a sí mismo*” (2 Ti. 2:13). Como se dijo, la fidelidad es esencial en Dios. Por esto, Él no miente en sus promesas, ni quiebra sus pactos. Dios no desilusiona a nadie. Él siempre responde a nuestras expectativas, como a sus promesas, porque no es hombre para mentir. Todo lo que dice lo cumple.

ATRIBUTOS MORALES

1. La bondad de Dios
 - El amor de Dios
 - La paciencia de Dios
 - La misericordia de Dios
 - La gracia de Dios
2. La santidad de Dios
3. La justicia de Dios

CAPÍTULO 14

LA BONDAD DE DIOS

La bondad es otro de los atributos comunicables de Dios. Podemos definir la bondad de Dios como su disposición favorable para con toda su creación. No obstante, su bondad se manifiesta de un modo particular a aquellos que fueron hechos a su imagen y semejanza.

En Marcos 10:18, Jesús le dice a un joven rico: “¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios”.

Según Jesucristo, la bondad era un atributo y un título propio de la Divinidad. Solamente Dios merecía el título “bueno”. ¿Por qué Jesús le dijo que solamente Dios es bueno? ¿Él no se consideraba Dios? Éste no es el problema. El rico que se acercó a Él no lo consideraba Dios, sino sólo un “Rabí”. Jesús consideraba que ningún hombre merecía el título “bueno” de la forma en como el muchacho lo utilizó. Era como si Jesús le hubiera dicho: “Si tu me consideras sólo un hombre, aunque sea Maestro, no puedo aceptar este calificativo”. Aquí Jesús no negó su divinidad. Él simplemente reprobó al hombre por llamarlo “bueno”, cuando pensaba que Jesús era un simple maestro humano, cuando este título sólo se le aplicaba a Dios.

LA NATURALEZA DE LA BONDAD DE DIOS

La noción de bondad en el mundo es diferente de la noción que las Escrituras presentan con relación a Dios. Se dice que un hombre es bueno porque es santo, o porque es caritativo y liberal en la administración de sus bienes. Es probablemente en este sentido que las Escrituras emplean la idea de “bueno” para el hombre (vea Ro. 5:7) en contraste con el injusto.

Pero Dios es bueno en el sentido de tener “una inclinación para tratar bien y generosamente a sus criaturas”.¹⁶⁷ Dios es bondadoso cuando se relaciona con sus criaturas, y entonces, se complace en sus obras y las beneficia. Esta bondad suya no depende de ninguna motivación que venga de sus propias criaturas. Toda bondad tiene origen en sí misma, por esto, todo lo que Dios creó es bueno (1 Ti. 4:4).

Por causa de la bondad que es esencial en Dios, Él hace el bien. Él no puede dejar de hacer el bien. De hecho, esto era lo que siempre hacía Jesús (Hch. 10:38).

Dios es originalmente bueno

Dios no es solamente el mayor de todos los seres, sino el mejor. Dios es originalmente bueno en sí mismo. Las criaturas pueden ser buenas, pero su bondad es

¹⁶⁷ Charnock, 219.

comunicada, no esencial. En Dios la bondad es parte de su naturaleza. Nadie puede disociar la bondad de la idea de Dios. No hay Dios sin este atributo. Él es bueno esencialmente. Dios no depende de nadie para tener bondad. Él la tiene de sí mismo. Su bondad no es recibida. La bondad que los hombres tienen les es comunicada, pero en Dios la bondad es esencialmente infinita.

Dios es *inmutablemente* bueno

La bondad de Dios no cambia, aunque los hombres cambien de actitud para con Él. Como Dios es inmutable en su naturaleza, así lo es en sus atributos. Dios no cambia de actitud para con nosotros en bondad, a menos que la manifestación de algunas de sus bendiciones sea condicional a la obediencia de sus hijos. Pero aún cuando sus hijos lo desobedecen, su actitud de reprensión está llena de bondad. Dios no se muestra con ira a sus hijos. En la hora de ira, ¡Él se acuerda de su misericordia!

Dios, que es bueno, no puede tener esta perfección alterada. Los hombres pueden ser buenos, pero ellos lo son por algunos momentos, porque el hombre no tiene el hábito de ser bondadoso, pero la bondad del Señor “dura para siempre” (Sal. 52:1).

Dios es *necesariamente* bueno

Nada es necesariamente bueno, excepto Dios. Él es necesariamente bueno, como necesariamente Él es Dios. Ser bueno no depende del ejercicio de su voluntad, sino la manifestación de su bondad depende de ella.

No era necesario para Dios crear al mundo; éste fue producto de su voluntad. Pero cuando hizo el mundo Él manifestó toda su bondad en él, porque Él no podría haber hecho nada malo. Todo lo que Dios hizo fue producto de su bondad. Él no podría haber creado el mundo de otra manera, porque sería contra su naturaleza. Él es bondadoso, y todo cuanto hace está lleno de bondad. Por esto, después de haber terminado la creación, Él se dijo a sí mismo: “Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” (Gn. 1:31).

Desde la eternidad Dios es bueno, muy a pesar de que Él no tuviera, además de sí mismo, a quien manifestar su bondad. Esto es así porque la bondad es parte de su Ser (Sal. 119:68; 145:7; 107:8,15,21,31).

LOS OBJETOS DE LA BONDAD DE DIOS

Bondad para con las criaturas en general

Esta bondad se puede definir como “aquella perfección de Dios que lo mantiene solícito para tratar generosa y tiernamente a todas sus criaturas”.¹⁶⁸ La bondad de Dios

¹⁶⁸ Berkhof, 82.

dirigida a los hombres y a los animales se evidencia en la preservación de todos ellos. El Salmo 36 aclara en cuanto a la benignidad divina que se manifiesta en el deseo de ver a todas sus criaturas sustentadas en sus necesidades. Por esto el salmista alaba al Dios que “al hombre y al animal conserva” (v.6c).

Juntamente con los hombres, los *animales* reciben la porción de la bondad de Dios. Dios tiene gran consideración por los animales que creó. El salmista reconoce que “Los ojos de todos esperan en ti, y tú les das su comida a su tiempo. Abres tu mano, y colmas de bendición a todo ser viviente. Justo es Jehová en todos sus caminos, y misericordioso en todas sus obras” (Sal. 145:15-17). Este salmo, además, declara que el Señor “Bueno es Jehová para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras” (Sal. 145:9). Dios mira a toda su creación que está bajo los efectos de la caída del hombre y la ve en miseria. Entonces, se proclama que Él es misericordioso con su creación, es decir, mira con bondad a los animales y los suple, pues los animales miran a Dios, esperando de Él el sustento para sus vidas (ver Job 38:41; Mt. 6:26 y el Sal. 104). Dios siempre está dispuesto de manera favorable a bendecir bondadosamente a sus criaturas por el hecho de que ellas le pertenecen.

Bondad para con los hombres

Juntamente con los animales, los *hombres* son objeto de la bondad de Dios. El salmista se maravilla con la bondad de Dios, y exclama: “¡Cuán preciosa, oh Dios, es tu misericordia! Por eso los hijos de los hombres se amparan bajo la sombra de tus alas. Serán completamente saciados de la grosura de tu casa, y tú los abrevarás del torrente de tus delicias” (Sal. 36:7-8).

La bondad de Dios para con los hombres no tiene, únicamente, un carácter salvador. Sus bondades incluyen el sustento, la preservación y bendiciones temporales de todo tipo. Incluso el hombre pecaminoso, no regenerado, recibe las bendiciones de la bondad de Dios (Mt. 5:45). Dirigiéndose a los gentiles impíos de Asia, Pablo les anuncia acerca de Dios:

Heh. 14:17 – “si bien no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones”.

En este texto la bondad de Dios es más que simple alimento. Dios concede bendiciones de carácter emocional cuando los corazones de los hombres se llenan de alegría. Esta alegría no pertenece sólo a los cristianos, sino también a los hombres en general, como producto de la bondad divina para con ellos.

El interés bondadoso de Dios se revela en el cuidado que desea el bien de sus criaturas. Naturalmente, la manifestación de su bondad tiene una variación de acuerdo con la capacidad de las criaturas en recibir esta bondad. Aunque los cristianos no sean los únicos en recibir la bondad de Dios, ellos son los únicos en reconocer y en manifestar una apreciación adecuada de sus bendiciones siendo agradecidos por ellas, sirviendo al Señor, lo que resulta en más bendiciones aún.

Pink pinta la bondad del Señor para con los seres humanos, en lindos y vívidos colores:

La bondad de Dios es notoria en la variedad de placeres naturales providenciados para el deleite de sus criaturas. Dios podría haberse contentado en satisfacer nuestra hambre sin que la comida fuera agradable a nuestro paladar. ¡Cuan evidente es su bondad en la variedad de los gustos que Él ha dado a la carne, las verduras y frutas! ¡Esto sí es bondad! La tierra podría haber sido igualmente fértil sin que su superficie fuera tan deliciosamente variada. Nuestra vida física podría mantenerse sin las flores bonitas que dan delicia a nuestra vida y que exhalan dulces aromas. Podríamos vivir sin la música de los pájaros, pero Dios la puso para nuestro deleite. Mas esto es así “de la misericordia de Jehová está llena la tierra” (Sal. 33:5).¹⁶⁹

LECCIONES SOBRE LA BONDAD DE DIOS

El texto del Sermón del Monte nos enseña algunas lecciones sobre la bondad de Dios.

Necesitamos vivir dependiendo de Dios

En el texto de Mateo 6:25-34, Jesús nos enseñó a mirar las aves del cielo que viven despreocupadamente, porque ellas son sustentadas en sus necesidades más básicas. De la misma forma Él quiere que los hombres vivan sin ninguna ansiedad, esperando únicamente en la bondad de Dios. Jesús le ordenó a sus discípulos que miraran los pajaritos, animales frágiles que viven sin preocupaciones. Realmente, ellos no están desamparados por Dios. Literalmente, Dios les da el sustento que necesitan. “Mirad”, argumentó Jesús, “las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?” (Mt. 6:26). Jesús fue aún más lejos en su argumentación. Él tomó como ejemplo la bondad de Dios con la creación inanimada. Si Dios tiene cuidado de la creación inanimada, ¿cómo no la tendrá de los seres humanos hechos a su imagen y semejanza? Fue exactamente esto lo que Cristo quiso enseñar cuando dijo: “Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?” (Mt. 6:30). Por lo tanto, este texto enseña especialmente que los cristianos deben vivir confiadamente, en la dependencia de sustento providente de la bondad divina. Lo que es verdadero en cuanto a los gorriones y la hierba del campo, es verdadero con respecto a aquellos que fueron creados a la imagen y semejanza del Dios bondadoso. Por consiguiente, lo que tenemos que hacer es no vivir con ansiedades, sino esperar completamente en la bondad del Señor. Por esto, Jesús enseña: “No os afanáis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? (v.31)... no os afanáis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán (v.34)”.

Observe que Jesús considera la ansiedad por las cosas esenciales de la vida como “incrédulidad”. Los que no conocen a Dios, los incrédulos (gentiles), son los que andan ansiosos. Los cristianos no deben cultivar este tipo de pecado que evidencia falta de dependencia de Dios.

¹⁶⁹ A. W. Pink, *Los Atributos de Dios*, (Lima: El Estandarte de la Verdad, 1971), 72, 73.

Necesitamos aprender a pensar como Dios piensa

En el texto del Sermón del Monte, en Mateo 6:19-21, inferimos que los seres humanos pueden pensar de manera terrenal o celestial. Lo que quiero decir es que ellos pueden ver simplemente con los ojos de este mundo o con los pensamientos hacia la ética de lo alto, de Dios. Ellos pueden pensar sólo en tesoros de esta tierra o del cielo. Con esto no quiero decir que los cristianos no puedan o no deban pensar en cosas de este mundo, sino la atención de ellos no debe estar primariamente en las realidades que son transitorias. Los cristianos no deben pensar que la totalidad de la vida está compuesta de aquello que vemos o percibimos en esta presente existencia. Necesitamos ser animados a invertir en aquello que tiene valor permanente y es puro.

La bondad de Dios no está limitada sólo a los valores de esta existencia presente, ni se limita a la comida, a la bebida, al vestuario o a la alegría. Estas cosas los incrédulos también las reciben, como ya lo vimos. La bondad de Dios para con los cristianos debe ser vista como una realidad que tiene una aplicabilidad perenne. El objetivo de Jesucristo es mostrarnos que si Dios nos bendice en los asuntos comunes y corrientes, cuan mayor será su disposición bondadosa en áreas que nos enriquecen espiritualmente. Dios ha sido bondadoso con nosotros dándonos bendiciones que duran eternamente y debemos tener la preocupación de hacer que todos conozcan esta bondad, a través de los propios dones que Él nos dio. Es nuestro deber expresar la multiforme bondad de Dios a aquellos con quienes vivimos. Solamente sirviendo a los hermanos y a la comunidad con preocupación celestial ¡es que acumularemos tesoros inagotables!

Tengamos únicamente la preocupación de buscar las cosas del reino bondadoso de Dios que duran para siempre, ya que las otras condiciones, según la promesa de Dios siempre nos serán aumentadas (Mt. 6:33).

LA MULTIPLICIDAD DE LA BONDAD DE DIOS

No obstante, además de la bondad de Dios que se revela en elementos materiales como el alimento, el agua, la salud, las bendiciones que nos dan alegría, etc., Dios también manifiesta una bondad que asume un carácter salvador.

Algunos seres humanos son mayores beneficiarios de la bondad divina que otros. Sobre ellos Dios pone su corazón de un modo especial. Las Escrituras tienen material abundante que enseñan acerca de esta bondad de Dios para con los seres humanos. Para fines didácticos estudiaremos separadamente la bondad de Dios, que se manifiesta de varias maneras.

Cuando la bondad de Dios se manifiesta a los hombres pecadores, ésta se puede ver de varias maneras: como *amor*, *misericordia*, *gracia* y *paciencia*. Estos atributos de Dios serán estudiados separadamente como atributos que revelan su bondad.

CAPÍTULO 15

EL AMOR DE DIOS

Ésta es otra manera que Dios tiene de mostrar su bondad para con los hombres. Actualmente es muy necesario que expresemos una idea correcta del amor de Dios, especialmente cuando en los círculos cristianos la frase que más se ve estampada es: ¡Sonríe, Dios te ama! Necesitamos estar alertas en cuanto a las implicaciones erróneas de este gran y precioso atributo de Dios.

Para algunos cristianos éste es el aspecto más importante de la bondad de Dios, su amor. Este atributo se exalta tanto, que en la teología de algunas personas, los otros atributos de Dios quedan eclipsados. No es verdad que el amor sea el atributo de Dios más importante, pero es ciertamente la manera más dulce en que Dios expresa su bondad, especialmente cuando se trata de la redención de pecadores. Sin embargo, no podemos negar el hecho de que es su amor el responsable de la restauración de su relación con los hombres y de éstos para con Él. Si no fuera por su amor, jamás seríamos restaurados a su propio favor y, para siempre, estaríamos muertos en nuestros delitos y pecados.

EL AMOR ES ESENCIAL EN DIOS

Juan dice que Dios es amor. Amor es la esencia de Dios “porque Dios es amor” (1 Jn. 4:8). Perciba que el texto no dice que el amor es Dios, sino que Dios es amor. Si el amor es esencial en Dios, Él no puede existir sin ser amor. Él no requiere necesariamente manifestar su amor a los hombres, pero en su esencia Él es amor.

Los seres humanos poseen amor porque lo recibieron de Dios, pero el amor no es parte de su propia esencia, porque muchos hombres viven sin amor y no tienen amor para dar. El amor que ellos tienen es recibido, pero el amor de Dios es original, ya que pertenece a su esencia.

NACIMIENTO DEL AMOR DE DIOS

El amor de Dios nace de sí mismo. La razón del amor de Dios nunca está en el objeto amado. El amor es parte de la naturaleza de Dios, por eso Él ama y nunca deja de hacerlo. El texto de 1 Juan 4:16 reitera que el amor está íntimamente relacionado con Dios. Para Juan, permanecer en el amor es lo mismo que permanecer en Dios. Juan no está diciendo que el amor es Dios, sino que Dios es amor. Esta última cláusula no puede ser revertida porque los seres humanos también aman, y a ellos no se les puede identificar con Dios.

LOS OBJETOS DEL AMOR DE DIOS

Es común pensar que Dios ama solamente a los pecadores, porque pensamos sólo en el amor salvador de Dios. Pero las Escrituras muestran que no son solamente los seres humanos los objetos del amor divino. Existe también el amor que Dios tiene por sí mismo. Técnicamente hablando, hay dos tipos de amor en Dios: amor *ad intra* y amor *ad extra*.

El amor *ad intra* es el amor demostrado por las personas de la Trinidad entre sí, es decir, el amor intratrinitario, que es un amor con manifestación interna y eterna, porque se manifiesta antes de la fundación del mundo. En varios pasajes de las Escrituras está registrado el amor del Padre por el Hijo (Jn. 3:35; 10:17, 15:9,10; 17:23-24,26); y el amor del Hijo por el Padre (Jn. 14:31). Sin mucha explicación Pablo habla del “amor del Espíritu” (Ro. 15:30), que ciertamente alcanza a las otras personas de la Trinidad y, también, a los pecadores.

El amor *ad extra* se demuestra en favor de las criaturas caídas. Este amor se llama *ad extra* porque se demuestra fuera del Ser Divino, a seres que no son el propio Dios.

El amor *ad intra* es amor por un objeto digno,¹⁷⁰ mientras que el amor *ad extra* es amor por objetos indignos, que es el amor de salvación.

CARACTERÍSTICAS DEL AMOR DE DIOS

Amor de elección

Dios colocó su amor en algunas personas porque Él las eligió para ser redimidas por Jesucristo. Esta verdad no suena agradable a los oídos de aquellos que piensan que Dios tenía la obligación de amar a todas las personas sin excepción y, así, salvarlas. La palabra elección implica una selección amorosa de Dios. Él le toma cariño a las personas por alguna razón nacida en Él mismo y no en ellas. Dios entonces decidió amarlas, escogiéndolas para que sean salvas de todas las consecuencias de sus pecados.

Las Escrituras rechazan la idea de que Dios tenga la obligación de amar a todos los hombres, por ser sus criaturas. Las criaturas perdieron todo derecho de parte de Dios cuando se rebelaron contra Él. Por esta razón, las Escrituras afirman que la única manera de que los hombres sean salvos es que reciban el amor electivo de Dios. Por esto, las Escrituras registran que “*en amor* habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos...” (Ef. 1:5). La fuente de la elección es el amor de Dios por nosotros. Dios puso su corazón en nosotros, por esto Él escogió a algunos de entre los miembros de la raza humana caída. Cualquier otra idea de nuestra elección, que no sea el amor de Dios, ¡hace que merezcamos nuestra salvación! ¡Lejos esté de nosotros cualquier pensamiento similar!

¹⁷⁰ De una manera muy correcta Leon Morris dice que “el hecho de que el término *ágape* denote un amor espontáneo y no motivado, no significa que él pueda ser dirigido solamente al indigno. Es nuestra tendencia enfatizar este significado porque es solamente así que nosotros pecadores, experimentamos el amor. Pero porque este amor es espontáneo, se ejerce a pesar de la dignidad del objeto, pudiendo ser dirigido para el más digno de los objetos tanto como hacia los que son indignos”. (Leon Morris, *Testaments of Love* (Eerdmans: 1981), 138.

Amor de redención

En el texto de 1 Juan leemos que “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios (nunca entenderemos lo que el amor significa si comenzamos con la respuesta humana),¹⁷¹ sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 4:10). El amor de Dios por los seres humanos siempre se asocia con la redención de los pecadores y que conduce a la salvación de ellos.

La cruz es la mayor demostración del amor de Dios. La cruz fue el medio de amor que Dios usó para tratar con el problema del pecado humano. El amor es la inclinación natural de Dios, no la nuestra.

Dios derrama su amor por los indignos pecadores. El pasaje de Romanos 5:5-8 evidencia el carácter redentor de su amor. Observe las características del objeto del amor de Dios: ellos eran “débiles” (v.6). La palabra griega usada por Pablo es ἀσθενών (*asthenon*), que trae la idea primaria de alguien moralmente enfermo en lugar de alguien físicamente enfermo. Al contrario de ser moralmente bueno, ellos estaban moralmente acabados; eran también “impíos” (v.6); eran “pecadores” (v.8); eran enemigos de Dios (v.10). Todo el texto muestra la condición de miseria del objeto del amor de Dios. Dios nos ama a pesar de lo que somos. Por esto, su amor es de redención, es un amor que recupera, que restaura la dignidad perdida por causa del pecado. Es un amor que nos hace “nuevas criaturas”.¹⁷²

Y este amor de redención se expresa totalmente por el hecho de que Cristo Jesús fue enviado para hacer por los pecadores lo que ellos no podían hacer por sí mismos. No es un amor de sentimentalismo, sino un amor efectivo en obras que es más precioso, para la redención de personas maltratadas y arruinadas por el pecado.

Por lo tanto, de una manera muy simple, podemos definir el amor de Dios como el aspecto de su naturaleza que lo lleva a providenciar la redención de los pecadores.

Amor sacrificial

A diferencia de los amores que los seres humanos tienen, que son en general interesados, el amor de Dios es sacrificial. ¿Qué significa esto? Significa que Él siempre busca el bienestar del ser amado sin importar el costo. El amor de Dios, que tanto nos favorece, le costó muy caro. La salvación que recibimos gratuitamente tuvo un precio muy alto. Juan profundiza en este asunto al afirmar que “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros” (1 Jn. 3:16).

Pablo, admirado por el amor sacrificial de Dios, reconoce que “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros” (Ro. 8:32). Dios no se reservó a su Hijo para que nosotros no fuéramos castigados. Por esto su amor es sacrificial: porque Dios no escogió a Alguien fuera de sí, sino al propio Hijo que es uno con Él en esencia. Pablo experimentó este amor sacrificial de Jesucristo, llevándolo a reconocer que “lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo *por mí*” (Gá. 2:20). La preposición griega *hupper*, que se traduce como “por”,

¹⁷¹ Leon Morris, *Testaments of Love* (Eerdmans: 1981), 129.

¹⁷² Ven en Efesios 2:1-10 la indignidad de los hombres y ¡cómo Dios los amó!

significa no sólo “en favor de” o “en beneficio de”, sino “*en el lugar de*”, lo que implica un sacrificio substitutivo, del santo en el lugar del pecador.

Amor eterno

Dios es eterno así como eternos son todos sus atributos. El amor no escapa a la regla. El amor de Dios por nosotros existe antes de la fundación del mundo y aún existirá después de que este mundo sea renovado.

El texto clásico que enseña esta verdad está en Jeremías 31:3: “Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia”. Aquí, Dios, le enseña al profeta cuán breve es el amor de los hombres. En Jeremías 2:2 Dios le pide al pueblo: “Me he acordado de ti, de la fidelidad de tu juventud, del amor de tu desposorio”. Este amor no permaneció en el corazón del pueblo, a pesar de las continuas bendiciones de Dios sobre él. La transitoriedad del amor de los hombres por Dios se contrasta con la duración del amor de Dios por ellos.

La diferencia del amor de Dios es su calidad. En hebreo, como en el español, no existe la misma riqueza de palabras para expresar amor, como lo hay en el griego. Jeremías usa las mismas palabras para expresar el amor de los hombres por Dios y por otros dioses, y también el de Dios por nosotros. Probablemente, la única manera de expresar el amor de un modo diferente, fue decir que el amor de Dios es duradero, no cambia, permanece siempre el mismo, a pesar de la infidelidad de las personas amadas. El amor de Dios no es un amor de simple tolerancia con los pecados del pueblo, sino es un amor lleno de fervor de comienzo a fin, por causa de su naturaleza santa. Éste es el mensaje extraordinario de amor que Jeremías trae de parte de Dios.

El amor de Dios, por lo tanto, es un amor de constancia, que no depende de las reacciones de la persona amada, que se ilustra en el amor de Oseas por Gomer.¹⁷³ Éste nuevamente es un amor por cosas indignas, pero es amor que va hasta el fin.

Este amor duradero por objetos indignos no significa que Dios no castiga las infidelidades. Oseas percibió la necesidad de castigo, y parte de este castigo está en los propios efectos que el pecado produce. Hay castigos físicos. Israel sufrió enormemente con la invasión de los enemigos. Pero aún en medio de la disciplina, es posible ver el amor de Dios actuando en medio de su pueblo. El capítulo 14 de Oseas es una demostración total del amor de Dios que dura para siempre.

Amor inmenso

El amor de Dios es inmensurable en su grandeza. Maravillado con este amor inmenso Juan exclama: “Mirad *cuál amor* nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1 Jn. 3:1). Juan se admira de que Dios haya convertido a sus enemigos en amigos, llamándolos ¡hijos suyos! Realmente, “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Jn. 15:13). Los que eran enemigos, Dios los consideró amigos gracias a su inigualable y gran amor. Por esto, este amor se le denomina “mayor amor”.

¹⁷³ Vea los textos de Oseas que muestran la actitud impía de Gomer, y como él actuó para con ella: 2:2; 4:12-15, 18; 5:3ff; 6:10; 7:4; 9:1 (vea también en Ez. 16 el mismo énfasis en un amor duradero de Dios por el pueblo).

Pablo en diversas ocasiones describe la grandeza del amor Dios. En Efesios 2:4-5, hablando de la misericordia, expresa: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su *gran amor* con que nos amó... nos dio vida juntamente con Cristo”. Una vez más, hablando aún del asunto de la inmensidad del amor de Dios, describe geométricamente este amor:

Ef. 3:17-19 – “para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la *anchura*, la *longitud*, la *profundidad* y la *altura*, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios”.

Pablo usa cuatro palabras claves: anchura, longitud, altura y profundidad. Estas palabras se utilizan para describir la inmensidad y la plenitud del amor de Dios. Estos cuatro términos pueden indicar algunas condiciones:

Anchura – probablemente apunta al hecho de que no solamente los judíos son objeto de este amor, sino también los gentiles (Ef. 2:11-18).

Longitud – tal vez tenga que ver con la extensión temporal de este amor que viene desde la eternidad y va hasta la eternidad. Es bastante extenso. (Ef. 1:4-5).

Altura – quizás sea una asociación con las “bendiciones espirituales en los lugares celestiales en Cristo” (Ef. 1:3), y que nos haya hecho sentar en esos mismos lugares en Cristo (Ef. 2:6).

Profundidad – probablemente sea una referencia al hecho de que este amor nos alcanzó cuando estábamos en las profundidades del pecado, muertos en transgresiones (Ef. 2:1), en el abismo de tinieblas. Él nos alcanzó cuando estábamos en el fondo del pozo y nos puso en una posición de honra tratándonos como hijos.

Por lo tanto, estas palabras nos hablan de este amor tan grande que va en todas direcciones, que recorre todas las distancias con el fin de alcanzarnos. Este amor es incomprensible (pues, excede a todo entendimiento) no sólo por causa de su naturaleza, sino también por causa de su inmensidad. No obstante, cuanto más involucrados estamos por este amor, más podemos entenderlo. Quien nunca ha sido objeto de este gran amor, jamás podrá comprenderlo. Aquellos de nosotros que ya hemos recibido este amor podemos tener una idea razonable de él, pero nunca lo comprenderemos en plenitud.

Amor que da

El amor de Dios tiene una connotación sin igual, pues no se encuentra en ningún otro lugar o en ninguna otra persona. Todos los amores del mundo quieren alguna cosa a cambio. El amor de Dios es diferente: se ofrece.

El amor *ágape* tiene, por lo menos, dos características en las cuales tropieza con *eros*. Primero, este amor no es necesariamente un amor por cosas dignas, un amor de méritos. Segundo, no comparte con *eros* el deseo de poseer. Es verdad que existe un sentido

en que Dios nos desea, pero en el *eros*, el deseo de poseer es crucial.¹⁷⁴ Pero la noción de poseer está ausente del amor de Dios.

Dios no tiene necesidad de amarnos porque no necesita de nosotros. Él es un Ser completamente independiente y se basta a sí mismo.

El hombre es totalmente diferente en la manifestación de su amor por Dios, porque cada vez que él se acerca a Dios trae alguna cosa como ofrenda. Morris dice que este tipo de actitud

“indica una verdad importante. Hacemos nuestras ofrendas a Dios, ¿pero qué le traemos a Dios que no lo hayamos recibido de Él? No hay nada intrínsecamente nuestro que hace la vida de Dios más rica o más plena. No podemos aumentar en nada sus riquezas”.¹⁷⁵

Amamos a Dios y le queremos dar algo, pero nuestra ofrenda no representa nada de nosotros mismos, y sí lo que Dios mismo ya nos dio.

En el amor de Dios los elementos son muy diferentes. Dios tiene una alegría al dar porque es un amor de un Ser totalmente independiente. Dios da de aquello que nosotros definitivamente no tenemos. Dios da a los pecadores todo aquello que necesitan.

Esta faceta del amor de Dios también era desconocida para los paganos. “Este tipo de amor no se encuentra en religiones no bíblicas”.¹⁷⁶ Emil Brunner destaca que

El mensaje de que Dios es amor es algo totalmente nuevo en el mundo. Percibimos esto si intentamos aplicar esta afirmación a las divinidades de las distintas religiones en el mundo: Wotan es amor; Zeus, Brama, Ahura Mazda, Vishnu, Alá es amor. Todas estas combinaciones son, obviamente, totalmente inútiles. Aún el Dios de Platón, que es el principio de todo Bien, no es amor. Platón habría oído esta afirmación de que “Dios es amor” con un confuso movimiento de cabeza. Del punto de vista de su pensamiento, tal afirmación habría sido totalmente absurda.¹⁷⁷

Dios dio a su Hijo como prueba de su amor. Sin la cruz nunca tendríamos la noción de lo que *ágape* significa. El Hijo perfecto, sin mácula, fue entregado por amor a los pecadores. Él murió por personas que no tenía méritos. Él fue entregado sin que se le hubiera dado nada a Dios. No es amor a cambio de algo, sino que es amor que da.

Amor que busca

El amor de Dios es un amor que va en busca de elementos perdidos. Las tres parábolas de Lucas 15 son un ejemplo muy clarificador de esta cualidad del amor de Dios. Se percibe claramente un aumento en la idea de lo que significa algo perdido y del significado del amor por lo que está perdido. Pero es probable que la más significativa de las tres sea la parábola de la oveja perdida. Esta parábola ha sido objeto de mucho estudio, y de maravillosas representaciones en pinturas. Esta parábola revela muy nítidamente como Dios actúa con los pecadores perdidos, que se apartan de su rebaño. Lo curioso de la

¹⁷⁴ Morris, 141. Véase el ejemplo de un joven amando a una joven. Su amor incluye obligatoriamente el deseo de poseer. El *eros* está presente. Él no puede estar sin ella y depende de ella, por esto la quiere. *Eros* significa necesidad, necesidad que sólo el amado puede saciar (Ibid).

¹⁷⁵ Morris, 142. (Ver 1 Cr. 29:14).

¹⁷⁶ Morris, 142.

¹⁷⁷ Emil Brunner, *The Christian Doctrine of God* (London, 1949), 183.

parábola es que quien está perdido no tiene conciencia de su estado de perdición. Ignora totalmente su condición y no sabe el camino de regreso al redil. Es exactamente éste el punto que la parábola ilustra.

Lo que Jesús quiso resaltar en aquella parábola fue que:

Los líderes religiosos ya habían dado a estas personas como pérdidas. Jesús sabía que estaban perdidas, pero sabía también que podían ser encontradas – encontradas para traer regocijo al corazón de Dios; porque Él sabía que habría “más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento”. En esta búsqueda para encontrar al perdido es donde hay algo nuevo.¹⁷⁸

Ésta es una característica nueva con respecto al amor en la enseñanza de Jesús. ¡Nunca nadie había enseñado un amor que va en busca de aquello que está perdido! Jesús está revelando una faceta del amor de Dios que sus contemporáneos no conocían.¹⁷⁹

Por lo tanto, con este amor decidido, el pastor va en busca de sus ovejas perdidas. Así, Dios va en busca de sus ovejas, como Supremo Pastor que es. Y, ¡todo su pueblo fue alcanzado por este maravilloso amor que va en busca de lo que estaba perdido!

Amor soberano

El amor de Dios no es un sentimiento enfermizo que a menudo se muestra a todas las personas sin excepción, para que se pruebe que Dios es amor. Dios no es influenciado por nada en su amor, a no ser por su propia naturaleza. Nada externo lo impulsa a amar a las criaturas caídas. Él las ama de acuerdo con su propio carácter.

Como Dios es soberano, así también lo es la expresión de su amor. De hecho, todas las *demonstraciones* a favor del hombre caído son demostraciones fundadas en su voluntad. Dios es amor, pero Él decide mostrar amor. Dios no decide ser amor, pero lo es. No obstante, Él resuelve demostrar dicho amor. Él ama a quien quiere porque el amor no es una responsabilidad suya para con los seres caídos. Por consiguiente, si Dios decide amar soberanamente, a quien quiere, ninguno de nosotros puede contrariarlo en sus decisiones de amor.

Veamos la argumentación de Pablo en este sentido, en la cual desafía a los lectores a que llamen “injusto” a Dios, cuando manifiesta su amor soberano. Pablo extrae un texto de Malaquías 1:2-3 que es notable por su claridad. Este texto intriga a aquellos que tienen una nación bastante pobre sobre la naturaleza del amor divino, sobre la soberanía de su amor. El texto muestra que Dios hace las cosas que quiere; y, en él, podemos percibir claramente la libertad absoluta de su amor.

El texto de Romanos 9:11-15 es una ilustración muy clara del amor soberano de Dios.

“(pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama), se le dijo (a Rebeca): El mayor servirá al menor. Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí. ¿Qué, pues,

¹⁷⁸ H. G. G. Herklots, *Publicans and Sinners*, London, 1956, 36.

¹⁷⁹ Morris, 157.

diremos? ¿Que hay injusticia en Dios? En ninguna manera. Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca”.

Resumiendo la idea: había dos gemelos, Esaú y Jacob. Advierta que no hay ningún antecedente en ellos y ninguna actitud consecuente que influencie la manifestación del amor de Dios: “ni habían hecho aún ni bien ni mal”. Nada externo determina el amor o el odio de Dios. Ambas cosas no se pueden explicar por las actitudes de las personas. El texto declara que antes de que ellos nacieran o que practicaran algún acto bueno o malo, uno de ellos fue objeto de su amor, y otro de su odio. La actitud de Dios para con ellos no estaba basada en ninguna cosa que ellos iban a hacer. Simplemente Dios decidió amar a uno y al otro no. Tenían los mismos padres y habían nacido al mismo tiempo. ¿Por qué Dios actuó así? Por el simple hecho de que Él tiene la prerrogativa de amar soberanamente. Así, ama a quien quiere.

Esta idea de que Dios ama según su propia decisión, está explícita aún en Romanos 9:25. Este texto es una cita de Oseas 2:23, la historia de Gomer, la prostituta que Oseas fue obligado a amar. Éste es exactamente el cuadro de la relación entre Dios y los pecadores. El texto de Pablo anuncia que “Llamaré pueblo mío al que no era mi pueblo, y a la no amada, amada”. Nuevamente aquí se enfatiza la libertad que Dios tiene de amar según su voluntad.

Es muy interesante observar que casi siempre este amor soberano está vinculado a la elección divina (Ro. 11:28; Ef. 1:4-5; 1 Ts. 1:4; 2 Ts. 2:13). En estos pasajes, Dios decide amar a las personas, y esta decisión de amor está vinculada a sus propósitos electivos y no a algo que tenga que ver con la actitud de las personas receptoras de este amor.

Amor que triunfa

Generalmente se concibe el amor de Dios como un amor débil, tibio, que no causa nada en las personas amadas, justamente porque se presenta de modo distorsionado. El Dios que varias teologías enseñan muestra que su amor siempre es rechazado por los hombre y que siempre fracasa en sus intentos de amar. Esto ocurre porque las personas son muy testarudas, y deciden no aceptar su amor.

En su enseñanza general, las Escrituras dicen que es imposible ser amado por Dios y, sin embargo, quedar inmutable delante de su amor. El amor de Dios infaliblemente provoca en nosotros cambio, simplemente porque su amor nos alcanza por completo. Dios no pide permiso para manifestarnos su amor. Él simplemente decide amarnos y su amor causa efectos en nuestra vida. Es bueno recordar que el amor de Dios se internaliza, derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Ro. 5:5). Por esto, quedamos inseparablemente unidos a su amor.

En virtud de que el amor de Dios es soberano, penetra en nosotros y nos une a Él. Estamos seguros en este amor, pero no podríamos tener esta seguridad si nosotros fuéramos los responsables de que su amor nos alcance. Al contrario, por causa de que su amor soberano nos ha alcanzado, es que estamos seguros en Él. Las Escrituras aseguran que “en todas estas cosas somos más que vencedores, por medio de aquel que nos amó”. Entonces Pablo continua argumentando que el amor en nosotros es muy fuerte y victorioso, de tal forma que “nada nos puede separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús” (Ro. 8:37-39). El objeto de este amor no resiste a dicho amor, ¡porque el amor de Dios es eficaz! Y porque es eficaz, ¡es un amor que triunfa!

Aplicación

Aprenda a apreciar el amor de Dios

Nunca podremos apreciar el amor de Dios a menos que entendamos quienes éramos, de donde nos sacó, donde estaríamos si no hubiera intervenido milagrosamente en nuestra vida, y donde nos colocó. No se olvide de que el amor de Dios no es un amor *por causa* de las cosas que le ofrecemos, sino *a pesar de* lo que somos (lea ahora Ef. 2:1-4). Dios no tenía ninguna obligación de amarnos, pero en los versículos 4 y 5 Pablo explica que Dios “que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)”. Usted nunca va a apreciar su gran amor a menos que entienda con el corazón el tipo de amor que Él le dio, y entienda la miseria en que usted estaba, cuando Él le amó. El versículo 6 le continúa mostrando donde Dios lo colocó: Él le hizo “sentar en los lugares celestiales”, es decir, en una posición de honra, juntamente con Cristo. ¡Examine estas verdades y aprenda a apreciar el amor de Dios!

Enseñe sobre el gran propósito del amor salvador de Dios

¿Cuál es éste gran propósito? El hecho de que los seres humanos permanecerían perdidos a menos que interviniera el amor divino en sus corazones. Si Dios no internaliza su amor en sus vidas, no hay remedio para ellos. Necesitamos mostrar a otros su real situación. No minimice el asunto del pecado porque si usted hiciera esto, también estará minimizando el amor de Dios. La salvación de los pecadores por el amor de Dios no es una tarea pequeña. Es una gran realización. Por esto, el autor de la carta a los Hebreos advierte: “¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” (He. 2:3). ¿Cómo las personas podrán entender sobre esta gran salvación si no entienden su gran perdición? No sirve simplemente llegar a las personas y decirles: “Dios le ama y quiere salvarlo”, cuando estas mismas personas no poseen ninguna noción de lo que la perdición significa. La perdición, la miseria, la depravación, la corrupción, etc., necesitan ser enfatizadas a fin de que el amor salvador de Dios reciba el debido énfasis en su testimonio y sea comprendido debidamente por ellos.

Ejercer su amor a Dios con todo su corazón

El amor de Dios no debe solamente ser predicado y apreciado, sino debe ser ejercido por nosotros. Si Dios nos amó, dicho amor debe provocar respuesta. Si no amamos a Dios y a nuestros semejantes es señal de que no tenemos en nosotros el amor de Dios.

En varios pasajes de las Escrituras, del Antiguo y Nuevo Testamento, Dios ordena que lo amemos (Mr. 12:28-30). Éste es el primer y el mayor mandamiento, como enseñó Jesús. El segundo mandamiento es el amor por nuestros semejantes (Mr. 12:31; Jn. 13:34-35). Por lo tanto, si no ejercitamos estos dos grandes mandamientos, nuestra vida no es cristiana, porque está falta de aquello que más la caracteriza. Sabiamente Francisco de Assis, dijo: “El cristiano se conoce por el amor”.

Permanezca en el amor de Dios

Dios lo amó a usted en Cristo Jesús y no le ordena sólo que lo ame, sino que también permanezca en Él. Fue esto exactamente lo que Jesús ordenó: “permaneced en mi amor” (Jn. 15:9). ¿Cómo permanecer en su amor? El propio Jesús lo explica: “Si guardareis

mis mandamientos, permaneceréis en mi amor” (Jn. 15:10). Hay muchos que piensan que amar sólo es un sentimiento placentero en el corazón. Esto no es verdad. Nuestro amor hacia Dios se debe evidenciar en obediencia, en sumisión a su Palabra. Es curioso que Jesús nunca le haya exigido a sus discípulos lo que Él mismo no haya hecho. Vea como Él complementa el versículo 10: “así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y *permanezco en su amor*”. No existe el amor a Dios sin obediencia. Éste es el sentido de “permaneced en mi amor”.

CAPÍTULO 16

LA PACIENCIA DE DIOS

La paciencia es otra forma que Dios tiene para expresar su bondad a los hombres. Hay varios términos usados en la Biblia como sinónimos de paciencia. Las Escrituras afirman abundantemente que:

a) Dios es *longánimo*, y la longanimidad también es una expresión de su bondad (Sal. 103:8; Ex. 34:6; 1 P. 3:20; 2 P. 3:15).

b) Dios es *tardo para airarse*, y esta actitud también es expresión de su bondad (Neh. 9:17; Sal. 145:8; Jl. 2:13; Jon. 4:2; Nah. 1:3).

Leamos el pasaje de las Escrituras: “¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?” (Ro. 2:4).

Pero, por desgracia, se ha dicho muy poco sobre esta faceta del carácter de Dios. ¡Hay muchas referencias en las Escrituras sobre este aspecto maravilloso de nuestro gran Dios!

DEFINICIÓN

Pink define la paciencia divina como “el poder de control que Dios ejerce sobre sí mismo, haciendo que Él mismo sea indulgente con el impío y que se detenga por algún tiempo en castigarlo”.¹⁸⁰ Berkhof define la paciencia de Dios “como aquel aspecto de su bondad, en virtud de la cual Él soporta al obstinado y al malvado a pesar de su persistente desobediencia”.¹⁸¹ Esta paciencia se revela en la anticipación del juicio merecido sobre el pecador.

En contraste con los hombres, que son irascibles, que no tienen control sobre sí mismos y que no perdonan fácilmente las ofensas que se les hacen, Dios es paciente y perdonador. ¿Por qué los hombres se enojan fácilmente y no perdonan? Porque ellos no tienen la capacidad de controlarse a sí mismos ante una provocación. Pero con Dios es diferente. Él se enoja, pero tiene poder sobre su propia ira. Él se domina porque uno de sus atributos es el poder. Vea un ejemplo de esta verdad:

Nm. 14:16-19 – “Por cuanto no pudo Jehová meter este pueblo en la tierra de la cual les había jurado, los mató en el desierto. Ahora, pues, yo te ruego que sea magnificado el poder del Señor, como lo hablaste, diciendo: Jehová, tardo para la ira y grande en misericordia, que perdona la iniquidad y la

¹⁸⁰ Pink, op. cit., 77.

¹⁸¹ Berkhof, 85.

rebelión, aunque de ningún modo tendrá por inocente al culpable; que visita la maldad de los padres sobre los hijos hasta los terceros y hasta los cuartos”.

Analicemos estos versículos: Moisés intercede delante de Dios por el pueblo que está peregrinando en el desierto. Es un pueblo rebelde que el Señor “*no puede dejar entrar en la tierra prometida*” porque le desobedeció. Dios no puede dejar entrar en su reposo a un pueblo desobediente. Sin embargo, conociendo a Dios, Moisés le pide la manifestación de su fuerza para que Él sea paciente longánimo con el pueblo. La paciencia, que es el retardo de la ira, es un atributo que Dios ejerce con el ejercicio del poder que tiene sobre sí mismo, a fin de no derramar de inmediato su furor contra los transgresores de su ley. Este poder es la causa de su paciencia; y cuando Dios aplaza la manifestación de su ira, Él muestra gloriosamente el poder que tiene en no ejecutar su ira de inmediato. En el texto anterior, Moisés pide no solamente paciencia, sino también el perdón para su pueblo, apelando a la misericordia de Dios. Luego, más adelante, veremos la distinción entre paciencia y misericordia.

PACIENCIA ES UN ATRIBUTO ESENCIAL EN DIOS

Las Escrituras dicen que Dios es el “Dios de la paciencia” (Ro. 15:5). Se puede decir que la “paciencia” es una de las cualidades esenciales de Dios, porque: (a) Paciencia es lo que Él es. Es una de sus perfecciones, y no puede ser lo que es sin su paciencia; (b) Dios es el autor de la paciencia de la cual los hombres son beneficiarios; (c) En la paciencia Dios es nuestro modelo (Col. 3:2; Ef. 5:1).

Cuando nos sentimos deseosos de expresar nuestra ira contra alguien que nos hirió, recordémonos de lo que Dios dice en Efesios 4:32-5:1. ¡Seamos pacientes!

LOS OBJETOS DE LA PACIENCIA DE DIOS

Dios es paciente con aquellos a quienes quiere salvar

Si por paciencia entendemos la demora de Dios en manifestar su ira, esta paciencia es dirigida, especialmente, a los impíos. Estos son, primordialmente, los objetos de la paciencia de Dios.

Dios es paciente porque quiere salvar a los impíos. Este anhelo se expresa en su paciencia para con ellos. Vea dos textos que tratan de esta materia:

Ro. 2:4 – “¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?” .

Hay algunas cosas que necesitan ser analizadas en este texto:

1) Además, de la palabra *paciencia*, Pablo usa el término *longanimidad*. Cuando Dios es paciente indica que Él temporarily y aparentemente “ignora” lo que los pecadores están haciendo, dándoles oportunidad de arrepentirse; cuando Dios es longánimo, indica que su

paciencia es muy prolongada, aguardando con tranquilidad el tiempo de la restauración de los pecadores.

2) Pablo asocia estas dos palabras con la benignidad de Dios. Ésta es la razón de su paciencia y longanimidad. La benignidad de Dios, por lo tanto, se manifiesta en arrepentimiento para con los pecadores. Todos los que éramos condenados, un día recibiremos la bondad de Dios que causó el arrepentimiento en nosotros.

Si Dios no mostrara su benignidad en forma de paciencia, hace mucho tiempo que Él nos habría destruido.

2 P. 3:9 – “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”.

Pedro está hablando en el versículo anterior de la burla que los impíos hacen acerca de las promesas de Dios que no son cumplidas (v.3-7). Por lo tanto, Él argumenta con sus lectores que Dios nunca retarda sus promesas, ni se demora en cumplirlas. La razón de que Él no emita su juicio inmediatamente sobre los hombres está en su longanimidad. El propósito de dicha longanimidad es la salvación de los suyos, porque no quiere que ninguno muera. Por consiguiente, la benignidad de Dios, que se manifiesta en paciencia, causa en nosotros el arrepentimiento para la salvación.

Dios es paciente para con los impíos impenitentes

En el punto anterior tratamos acerca de los impíos que fueron objeto de la paciencia de Dios, que tenía como finalidad salvarlos. En este caso es una paciencia para aquellos que no serán salvos.

Ro. 9:22 – “¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción...”.

Este versículo merece una atención especial. En los capítulos 8 al 11 de Romanos, Pablo está hablando de la redención de los pecadores elegidos y de la reprobación del resto de los pecadores. Todo como siendo el resultado de la soberanía de Dios; sea en su amor por los que redime o en el odio por aquellos que decide no salvar. En el versículo anterior, Pablo habla de la paciencia de Dios para con éstos últimos. Éstos, que no fueron objeto de su misericordia, son tratados con una paciencia que es muy prolongada. Observe que el texto dice “muchísima paciencia”. Esta paciencia tan prolongada tiene como causa el poder de Dios. Dios le muestra a los impíos el poder que tiene sobre sí mismo, al tardar su juicio. No obstante, a pesar de tener una paciencia tan prolongada, Dios puede interrumpir la manifestación de dicha paciencia. ¿Cuál es el límite de ésta? Dios es paciente hasta que decida mostrar su ira (que es su justicia en acción).

Para estas personas a quienes se les llama “vasos de ira”, que de ante mano “fueron preparadas para perdición”, Dios muestra su paciencia. Es por esta razón, que vemos personas impías que parecen “protegidas” a pesar de sus muchos pecados. Éstas son semejantes a aquellas mencionadas en el Salmo 73 (a quien David, por instantes, envidió). Muchos cristianos, aún hoy en día, piensan que Dios está ausente de la realidad y que no le importa el mundo que creó. ¡No! La razón de que ellas quedan temporalmente “impunes”

es la longanimidad de Dios para con ellas. Sin embargo, dicha longanimidad tiene un fin; no porque Dios pierda la paciencia, sino porque Dios decide manifestar su justicia en ira. Algunos llaman a esta paciencia prolongada, “misericordia temporal”.

Dios es paciente con sus hijos

Los cristianos, a pesar de ser redimidos por Cristo, aún no están redimidos completamente. Ellos aún pecan. Y, ¿cómo los trata Dios? ¿cómo los trata en sus debilidades y frente a sus fracasos?

2 P. 3:15 – “Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación; como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito”.

Dios es paciente con los creyentes cuando los trata con menor rigor que el que debería tratarlos. Dios los castiga menos de lo que merecen por sus pecados. Ésta fue la sensación de Esdras, cuando dijo: “tú, Dios nuestro, no nos has castigado de acuerdo con nuestras iniquidades” (Esdras 9:13b).

En verdad, la paciencia de Dios para con sus hijos se le debe llamar preferiblemente “misericordia”, porque finalmente suspende todo castigo. Dios es tan paciente para con ellos que nunca los castiga. Por esto, Pedro atribuye nuestra salvación a la paciencia de Dios.

LA MANIFESTACIÓN DE LA PACIENCIA DE DIOS

Cuando Dios es paciente muestra demora en manifestar su ira y su indisposición para ejecutar sus juicios sobre los hombres impíos. Dios no se complace en la condenación de los impíos. A Él no le gusta manifestar su juicio, esta es la razón de su paciencia.

La naturaleza de Dios lo obliga a castigar a los pecadores y a derramar su ira porque el pecado transgrede su ley. La ley que es violada exige la manifestación de la justicia y reclama castigo; pero la manifestación de la justicia punitiva no le trae deleite.

Cuando Dios decidió destruir al mundo por causa de la maldad del hombre en Génesis 6:5-7, Él tuvo un tipo de sentimiento representado con la palabra “arrepentimiento” que ciertamente puede tener alguna connotación de disgusto, aunque no sepamos la real naturaleza de su sentimiento. Al mismo tiempo que Dios no tiene deleite en el castigo del impío, tiene la obligación, forzado por su propia constitución, de castigarlo. Pero Él casi nunca lo hace de la forma en como nosotros lo haríamos si fuéramos los gobernantes del mundo. Él espera pacientemente, retardando la manifestación de su ira, porque no quiere ver a toda su creación pereciendo. Por esto, Él es paciente con todos ellos.

Su paciencia es, por lo tanto, el retardo de la manifestación de su ira. Esto lo hace de varias maneras:

La paciencia de Dios se manifiesta a través de sus constantes advertencias por causa de los pecados de los hombres

Antes de derramar su ira Dios exclama contra la impiedad de los hombres. Él amonesta varias veces antes de aplicar el castigo. El texto de Sal. 33:13-14, aclara que Dios “Desde los cielos miró Jehová; vio a todos los hijos de los hombres; desde el lugar de su morada miró sobre todos los moradores de la tierra”. Y ésta no es sólo una observación pasiva delante de la maldad de los hombres. Él les advierte de sus malos caminos y envía un mensaje tras otro. Dios no advierte sólo una vez. Él ha usado a sus profetas y ministros de la Palabra llamando a los hombres al arrepentimiento. Esto demuestra su longanimidad.

Antes de destruir al mundo con agua, Dios le advirtió a los hombres por 120 años a través del “pregonero de justicia” (1 P. 3:20; 2 P. 2:5); el profeta Oseas profetizó por más de 40 años¹⁸² al pueblo de Israel y de Judá. Varios profetas fueron contemporáneos, y todos advirtieron contra la maldad del pueblo, vaticinando el cautiverio. Dios siempre advierte muchas veces antes de hacer llover su ira. Esto es paciencia.

Dios tiene el derecho de castigar inmediatamente después de la primera advertencia, pero Él ha esperado pacientemente. Es “tardo para la ira”. Antes de la ira Él envía a sus heraldos para anunciar su disgusto con el pecador y el castigo sobre ellos.

La paciencia de Dios se manifiesta al castigar con cierta tristeza

Él se tarda en mostrar su ira porque no se goza en el castigo de sus criaturas, ni en “la muerte del impío” (Ez. 18:23).

A Dios no le agrada castigar a los hombres, pues las Escrituras dicen que aunque el Señor “aflige, también se compadece según la multitud de sus misericordias; pues no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres” (Lm. 3:32-33). Nótese que Dios es el creador de todos los hombres y Él no se deleita en el castigo de ellos. La enormidad de la provocación de los hombres y la necesidad de reivindicar sus derechos divinos no lo llevan, aún así, a mostrar su ira con deleite. Su derecho como Gobernador del universo, con sus leyes que son violadas constantemente por los hombres, no lo lleva a tener gozo en la aplicación de su justicia. Y porque esto no le trae placer, es que Él se demora en la manifestación de su ira y muestra tristeza en la aplicación de su justicia.

Vea el texto en Oseas 6:4. Allí Dios pregunta: “¿Qué haré a ti, Efraín? ¿Qué haré a ti, oh Judá? La piedad vuestra es como nube de la mañana, y como el rocío de la madrugada, que se desvanece”. Ésta es una figura que muestra a Dios con cierta tristeza por tener que aplicar su ira a los infractores de la ley. Es como si hubiera dicho: “Yo he usado todos los recursos de la predicación para traerlos a mi redil, he enviado a mis profetas como mis portavoces, pero ustedes no los quieren oír. ¿Qué voy a hacer con ustedes?”. Dios ya sabía lo que debía hacer, pero su corazón estaba pesaroso al manifestar disgusto contra el pecado de ellos. Finalmente, Dios había hecho nacer a Israel, y había cuidado de este

¹⁸² Oseas profetizó en el período de cuatro reyes de Judá (*Uzías* – vivió 38 años después de la muerte de Jeroboam; *Jotam* – reinó 16 años; *Acaz* – reinó 16 años y *Exequías* reinó 29 años) y durante un año del reino de Israel (Jeroboam II).

pueblo. ¡Él no se estaba deleitando en su castigo! Así, Él argumenta: “¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín? ¿Te entregaré yo, Israel? ¿Cómo podré yo hacerte como Adma, o ponerte como a Zeboim? Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión. No ejecutaré el ardor de mi ira, ni volveré para destruir a Efraín; porque Dios soy, y no hombre, el Santo en medio de ti; y no entraré en la ciudad” (Oseas 11:8-9). Dios es paciente al mostrar su tristeza en la condenación de la impiedad, aún en las de su pueblo (ver Sal. 78:38).

La paciencia de Dios se manifiesta al retardar sus juicios de amenaza, aún cuando los pecadores no muestran ninguna señal de arrepentimiento

Dios no desea torturar a sus criaturas, ni desea acabar con ellas inmediatamente. Por esta razón, retarda la manifestación de su ira. Él no termina de inmediato con la alegría de los impíos cuando están en medio de sus pecados. Frecuentemente Dios guarda su ira para el estado final de los hombres. En este tiempo, no siempre los castiga “porque el no se place en la destrucción del impíos”.

Aún a pesar de los continuos pecados de los hombres, Dios espera largo tiempo, dejándolos sin el castigo merecido. Dios sólo permanece en compás de espera para manifestar su justicia que siempre se derrama en el tiempo oportuno.

Es verdad que la manifestación de la iniquidad de los hombres aumenta a medida que ellos perciben que Dios es paciente. Al contrario de retroceder y disminuir su maldad, provocan más a Dios. Vea la observación del Predicador:

Ec. 8:11 – “Por cuanto no se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal”.

Tal vez por causa de la demora en mostrar su ira es que los hombres piensan que Dios no es verdadero en lo que dice en cuanto al tiempo de su juicio (vea el texto de 2 P. 3:4-7). Pero Dios no retarda su promesa; ella se cumple oportunamente. Por esto podemos decir que su larga espera puede estar estrechamente ligada a su deseo de que los hombres, en todas partes, se arrepientan, al igual que aquellos que ya son de Él (2 P. 3:8-9).

La paciencia de Dios se manifiesta al enviar sus juicios gradualmente

Dios no nos muestra todos sus juicios de una sola vez. Sus juicios se anuncian y manifiestan como la luz de la aurora, que va brillando lentamente hasta que el día es perfecto. En Oseas 6:5 leemos que los juicios de Dios son como la luz. Él comienza con advertencias, esperando que las personas se arrepientan de sus pecados y, entonces, comienza con las manifestaciones más drásticas de su ira. El texto de Joel 1:4 ilustra la manera en como Dios actúa en sus juicios. Su ira será externalizada totalmente, pero no de una vez. La manifestación de ella es gradual.

El juicio sobre el pueblo de Israel vino gradualmente. Esto lo vemos ilustrado en Oseas 2, en la relación entre marido y mujer. En primer lugar, Dios retiene su bendición (v.9); en segundo lugar, Dios expone la vergüenza (v.10); en tercer lugar, Dios quita el placer y el gozo (v.11); y finalmente, Dios hace la devastación de todo lo que es

fundamental para la economía de Israel (v.12). El objetivo final de la manifestación gradual de su ira es para que los hombres lleguen al arrepentimiento. Gracias a Dios, esto es lo que sucedió en el texto ilustrado. En los versículos 14-23, hay arrepentimiento y el regreso de Israel por causa de la paciencia misericordiosa de Dios.

La paciencia de Dios se manifiesta al enviar sus juicios tan moderadamente

El texto en el Salmo 78:38 es un ejemplo de la moderación en la manifestación de los juicios de Dios. Si sus juicios fueran distribuidos sin moderación, ningún hombre continuaría existiendo de tan pesados que serían. Dios no enciende el fogón en la plenitud de su calor. De lo contrario los hombres dejarían de existir. Pero Dios no trabaja así. Él manifiesta su ira de una forma suave, moderada, evidenciando su paciencia para con los hombres.

Dios envía su ira como gotas que caen sobre los hombres, no como pesadas lluvias que destruyen absolutamente todo lo que está aquí abajo. Las presentes tempestades, huracanes, maremotos y terremotos que hay en nuestro planeta son sólo gotas en comparación con los temblores cataclísmicos de todos los elementos de la creación cuando se manifieste la ira divina en el día final. Dios actúa de esta forma por causa de su paciencia.

Dios derrama su ira solo como gotas, alcanzando algunas personas individualmente, como es el caso de Herodes, por ejemplo (Hch. 12:22-23); sin embargo, no actúa así con todos los hombres que son merecedores de la manifestación severa de su ira. Él ha tenido paciencia con ellos. Por esta razón, Dios envía sus juicios moderadamente.

Cuando Adán pecó contra Dios hirió la tierra con maldición produciendo “cardos y espinos” (Gn. 3:17-18) pero aún dejó flores y frutos para nuestro deleite. Si fuera a aplicar su ira en plenitud, Él no hubiera dejado nada para que disfrutáramos. Aún en nuestra impiedad recibimos la bondad de Dios manifestada en su paciencia que se evidencia en juicios moderados.

De acuerdo con Esdras, en su oración de confesión, nuestros pecados justificarían un juicio mucho más severo, pero él reconoce que Dios “no nos ha castigado de acuerdo con nuestras iniquidades” (Esd. 9:13) y, según David, “No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados” (Sal. 103:10). Ésta es su paciencia mostrada en juicios moderados.

EJEMPLOS DE LA PACIENCIA DE DIOS

Muchas veces Dios *manifestó* su paciencia con los pecadores. Veamos algunos ejemplos:¹⁸³

- Cuando la humanidad estaba totalmente degenerada en los tiempos de Noé, Dios no la destruyó antes de hacer la advertencia. Dios “esperaba” (1 P. 3:20) el tiempo propicio, que fue por lo menos de 120 años (Gn. 6:3), durante los cuales Noé fue el pregonero de justicia (2 P. 2:5). Dios fue paciente con ellos.

¹⁸³ Algunos ejemplos son sacados de Pink, op. cit., 79-80.

- Más tarde, cuando los gentiles no sólo adoraban a la criatura en lugar de al Creador, sino también cometían maldades y las abominaciones más viles (Ro. 1:19-26), Dios, al contrario de exterminarlos, los dejó “en sus propios caminos”, y les dio “lluvias del cielo y tiempos fructíferos” (Hch. 14:16-17).

- La paciencia de Dios para con Israel se demostró de manera maravillosa en la época del éxodo. Primero “por un tiempo como de cuarenta años los soportó en el desierto” (Hch. 13:18). Más tarde, cuando ya habían entrado en Canaán, los israelitas siguieron las costumbres impías de los pueblos que los rodeaban, cayendo en gran idolatría. Aunque Dios los haya castigado, no los destruyó totalmente y, en su angustia, les mandó libertadores. Cuando su iniquidad llegó a extremos que sólo un Dios de paciencia podía tolerar, Él, sin embargo, aplazó el castigo cientos de años, antes de mandarlos al cautiverio en Babilonia. Finalmente, cuando su rebelión alcanzó el límite máximo al crucificar a su Hijo Amado, Dios esperó cuarenta años para enviar a los romanos a destruir Jerusalén, pues “no eran dignos de la vida eterna” (Hch. 13:46).

Pink resalta con mucha propiedad la longanimidad de Dios:

“¡Cuán maravillosa es la paciencia de Dios para con el mundo hoy en día! Por doquier las personas pecan osadamente. La ley divina es pisoteada y el propio Dios es despreciado. Es verdaderamente asombroso que Él no fulmine en un solo instante a aquellos que se portan tan descaradamente para con Él. ¿Por qué Dios no extermina con un solo golpe al arrogante infiel y al blasfemo, como lo hizo con Ananías y Safira? ¿Por qué Dios no abre la tierra y ésta devora a los perseguidores de su pueblo, como lo hizo con Datán y Abiram? ¿Y qué se puede decir de la cristiandad apóstata que tolera y practica todo tipo de pecado delante del santo nombre de Cristo? ¿Por qué la justa ira del cielo no pone fin a tanta abominación? Solamente una explicación es posible: Porque Dios soporta “con mucha *paciencia* los vasos de ira preparados para destrucción” (Ro. 9:22)”.¹⁸⁴

EL ENTENDIMIENTO DE LA PACIENCIA DE DIOS

No entenderemos la paciencia de Dios a menos que:

Entendamos la enormidad de nuestra provocación

La lentitud de Dios en airarse trasciende infinitamente la paciencia de cualquiera de los seres creados. Ninguna de sus criaturas, ni aún los ángeles, podría soportar por un solo día las iniquidades del mundo, o incluso solamente las iniquidades del pueblo de Dios. Sólo Dios puede soportar la enormidad de ofensas de los hombres por causa del gran poder que tiene sobre sí mismo. Dios tiene un control sobre sí que no podemos comprender de lo grande que es. Él es paciente no sólo con los pecados del mundo, sino especialmente con los pecados de los cristianos, que dicen amarlo (vea Mal. 3:6).

Si Dios se hubiera comprometido en dar el gobierno del mundo a los santos ya glorificados en el cielo, el mundo hace mucho tiempo que habría sido destruido, pero la paciencia de Dios es tan grande con la gran cantidad de pecados de los hombres impíos,

¹⁸⁴ Pink, op. cit., 80.

que hasta los redimidos en el cielo inquietan acerca del tiempo de la venganza (Ap. 6:10). ¡Pero el gobierno del mundo está en las manos del Dios paciente!

No tenemos la paciencia de Dios, pues cuando contemplamos la enorme maldad en el mundo, pedimos a Dios lo que los santos del cielo pidieron, es decir, que Dios destruya a todos los impíos, a aquellos que están en contra de Él y en contra de su pueblo. Menos mal que no somos nosotros los que estamos en el gobierno del universo, ¡pues no tenemos la paciencia de Dios en medio de tanta corrupción!

La enormidad de nuestra corrupción está en el hecho de que los hombres “beben la iniquidad como agua” (Job 15:16). Los hombres han provocado a Dios por quebrantar sus leyes y por desafiar su majestad. Ellos han provocado a Dios cara a cara. ¡Es difícil imaginar a Dios no derramando su ira inmediatamente sobre la gran cantidad de provocaciones de los hombres!

No entenderemos la paciencia de Dios, a menos que entendamos la multiplicidad de nuestra provocación. De muchas maneras los hombres, incrédulos o creyentes, han provocado al Señor de los cielos.

Vea la provocación de los impíos:

Desde la Caída la iniquidad del hombre ha aumentado y ha continuado. El texto de Génesis 6:5 afirma que “que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (ver Gn. 8:1).

A cada momento los hombres provocan a Dios con sus pensamientos, palabras y actos: pecados de omisión, de comisión, de la mente y del cuerpo; pecados de ignorancia y pecados involuntarios. Esto se relaciona a los pecados de un día. ¿Usted puede imaginar los pecados de 30, 40, 70 u 80 años? ¡cuántas provocaciones! ¿quién puede contar todos los pecados de un hombre durante toda su vida? ¡Cuánto más todos los pecados de los hombres durante todas las generaciones!

¿Usted puede imaginar solamente los pecados de nuestra generación? ¡cuántas afrentas a la Palabra de Dios en los medios de comunicación! ¡cuántos consejos éticos erróneos son enseñados a nuestros hijos en las escuelas y en las calles! ¡cuántas provocaciones al Dios de la verdad! ¿cómo se demuestra esto en las Escrituras? Lea Romanos 1:29-31. Los hombres “aborrecen a Dios”. En otras palabras: ¡odian a Dios! He aquí la razón por la cual provocan a Dios de múltiples maneras.

¿Por qué todos no son destruidos de una vez? ¿por qué no son todos condenados inmediatamente? Porque Dios es paciente, longánimo y bastante benigno con ellos.

Is. 65:2-3 – “.... pueblo que en mi rostro me provoca de continuo a ira...”.

Los hombres no han provocado a Dios sólo una vez, sino constantemente. Cada hombre ha cometido pecados en un solo día que serían suficientes para que Dios derrame su ira sobre todos ellos.

Vea la provocación de los creyentes:

Lo peor ocurre con los creyentes: cometemos los mismos pecados que decimos que jamás volveremos a hacer. ¡Y Dios ha sido tan paciente con nosotros! Es por esto que Pablo ve a Jesús, nuestro Redentor, como alguien lleno de “toda clemencia” (1 Ti. 1:16).

Usted debe sumar a esto, los pecados de ingratitud de su pueblo, de los que declaran su nombre. Éstos frecuentemente son desobedientes en sus deberes espirituales y sociales. Por ingratitud, transgreden las leyes del Altísimo, ¡en una multitud de provocaciones!

Cuán irrespetuosos somos en el culto. ¡Nos dirigimos a Él como si fuera nuestro igual! Ya no tenemos el mismo sentido de reverencia. Sin embargo, Él es paciente con nosotros.

La corrupción del corazón aún alcanza la vida de los regenerados pues ellos prestan oídos a su pecaminosidad. ¡Esto afrenta a Dios y lo rebaja!

De esta manera Dios recibe la provocación no sólo de los impíos, sino también de sus santos. ¡Esto es extraordinario! Pero Él es extremadamente longánimo y benigno. Por esto ha sido misericordioso.

Aplicación

Pídale a Dios paciencia

No hay otra cosa más desagradable que vivir en este mundo afectado por la ira no santa y por la amargura, obras de la carne que son producto de la ausencia del atributo divino del cual nos deberíamos apropiarnos por fe. No podemos dar lugar a la ira, sino tenemos que andar “en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne” (Gá. 5:16). Para esto, es necesario que produzcamos el fruto del Espíritu, que incluye la paciencia (Gá. 5:22).

Si usted le pide a Dios paciencia, usted estará pidiendo lo que Él mismo le quiere dar. Él quiere que usted tenga el fruto del Espíritu, y una de las manifestaciones de este fruto es la longanimidad.

Ejercite la paciencia

La paciencia no es una virtud opcional para el cristiano. Dios la ordena de modo que ningún cristiano debe huir de practicarla. Vea la instrucción de Pablo:

Col. 3:12 – “*Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia*”.

El ejercicio de la paciencia como un atributo que deriva de Dios es una orden. Dios nos insta a que seamos pacientes y muestra cual debe ser nuestra motivación; somos “escogidos de Dios”. Como escogidos de Dios nos debemos vestir de esta manifestación del fruto del Espíritu para que podamos vivir de modo agradable a Dios y, en armonía con nuestros semejantes.

Ef. 4:1-2 – “Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con *paciencia* los unos a los otros en amor”.

Como fuimos llamados de las tinieblas a la luz, somos exhortados a proceder de manera digna de esta vocación, andando de modo honroso. Y una de las formas de dignificar la vocación salvadora es mostrar *paciencia* prolongada (longanimidad) con las personas con quienes vivimos, a fin de que haya paz entre los hombres. Se debe recordar que la paciencia es absolutamente necesaria para soportarnos los unos a los otros como prueba de nuestro amor por ellos.

1 Ti. 1:16 – “Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero *toda su clemencia*, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna”.

Para Pablo y para nosotros, Jesucristo es el modelo de “toda clemencia”. Pablo entendió que la paciencia que él debería mostrar lo ayudaría para ser el modelo a fin de que otras personas creyeran en Jesús para su salvación. Los atributos que Dios nos comunica, sirven para que todos seamos ejemplos y evidenciamos a Jesucristo en nuestra vida.

1 Ts. 5:14 – “También os rogamos, hermanos, que amonestéis a los ociosos, que alentéis a los de poco ánimo, que sostengáis a los débiles, que seáis *pacientes para con todos*” .

La orden de que seamos pacientes es inequívoca, también, en este versículo. El ejercicio de la paciencia es fundamental e inevitable en nosotros, como escogidos de Dios que somos. Mostremos, pues, paciencia, a fin de que Dios sea glorificado en nosotros, también, en este aspecto de nuestra vida.

CAPÍTULO 17

LA MISERICORDIA DE DIOS

Otra palabra que expresa la bondad de Dios es misericordia. De hecho, Dios es misericordioso porque es bueno. El salmista dice: “porque tú, Señor, eres bueno y perdonador, y grande en misericordia para con todos los que te invocan” (Sal. 86:5). Bondad y misericordia (Sal. 23:6) están íntimamente relacionadas. Por esta razón, la misericordia es siempre el resultado de la bondad de Dios. No hay duda alguna con respecto a esta materia. La misericordia se relaciona con otros atributos de la bondad de Dios y, a veces, se confunde en su esencia con el amor o con la gracia en el uso común que las personas hacen de la palabra.

Cuando estudiamos sobre la misericordia, podemos ver a Dios teniendo compasión del mundo caído, que incluye a todas las criaturas, animadas e inanimadas. Las canciones y las poesías cristianas cantan las tiernas misericordias del Señor. De los atributos que más se habla entre los cristianos, tal vez sea el primero de la lista. Sin embargo, no ha habido una buena comprensión a cerca del significado teológico de misericordia.

DEFINICIÓN

La palabra “misericordia” es de origen latín, y tiene la idea general de “tener el corazón en la miseria”. En este sentido, “misericordia” es sinónimo de “compasión”, que es el sentimiento que una persona tiene al ver el estado de infelicidad de otra. Dicha persona tiene en cuenta a los necesitados que viven en una condición miserable, sea en los aspectos físicos o espirituales. Podemos definir misericordia como “la bondad o el amor de Dios para con los que se encuentran en miseria y en angustia espiritual, sin considerar el hecho de que lo merezcan o no”.¹⁸⁵

LA MISERICORDIA PRESUPONE LA CAÍDA DEL HOMBRE

Como la misericordia también es un atributo esencial de Dios, podemos decir que el Ser Divino es eternamente misericordioso. Sin embargo, la manifestación de misericordia sólo fue posible después del estado de miseria del ser humano. Por lo tanto, la misericordia siempre presupone pecado. No se puede entender la manifestación de la misericordia fuera de la Caída. Tanto la creación como los seres humanos fueron afectadas profundamente por la caída de nuestros primeros padres. Toda la creación fue afectada por la Caída, y se encuentra en estado de miseria y pecado, carente de misericordia divina. Pablo presenta en Romanos 8:20-22 el estado en que se encuentra toda la creación por causa de la Caída. Pero Dios mostrará misericordia con su creación cuando Él haga todas las cosas nuevas. El

¹⁸⁵ Berkhof, 84.

Salmo 145:8-9 nos recuerda que las misericordias del Señor están en todas sus obras, y no solamente en el ser humano.

LOS OBJETOS DE LA MISERICORDIA DE DIOS

La creación en general

Existe una misericordia general que se dirige a toda la creación y no solamente a los hombres. Dios tiene compasión incluso de sus criaturas irracionales, en sus necesidades y miserias, y las suple con su provisión apropiada.

Toda la creación que está en estado de miseria es objeto de la misericordia de Dios. Vea lo que el salmista dice:

Sal. 145:8-9 – “Clemente y misericordioso es Jehová, lento para la ira, y grande en misericordia. Bueno es Jehová para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras”.

Hay cuatro cosas que se necesitan decir de este texto: 1) perciba que dos veces la misericordia de Dios está vinculada a su bondad; 2) note que el Señor podría destruir y aniquilar a todo el universo físico por causa de los pecados de los hombres. No obstante, porque Él es “lento para la ira” no destruye al mundo y a sus criaturas. En lugar de esto, porque es bueno, actúa misericordiosamente con sus obras. Éstas son el objeto de su misericordia. Él permite que continúen existiendo y, en bondad, cuida de ellas providencialmente; 3) observe que las misericordias para con sus obras están llenas de ternura, expresando su carácter benigno para con ellas; 4) vea que sus misericordias se extienden a la totalidad de su creación, porque el texto dice que sus misericordias “están en todas sus obras”.

Los seres humanos

Existe una misericordia especial de Dios que es dedicada a los seres humanos. Esta misericordia especial de Dios se dedica a tres tipos de personas: a los redimidos, a los que van a ser redimidos y a los no redimidos.

Misericordia dedicada a los redimidos

Ésta se relaciona a los seres humanos caídos, pero redimidos.

Dios los ayuda y los socorre en medio de sus miserias por causa de los pecados que aún practican. Éstos son sus hijos, y le temen. Por esta razón, el salmista describe en el Salmo 103:13: “Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen”. Aquí la misericordia se asocia a la compasión. Este es el tipo de compasión que las personas en estado de miseria le piden a Dios.

Esta verdad se ilustra en la petición que David le hizo a Dios, pues estaba en una situación de miseria interior por causa de sus pecados.

Sal. 51:1 – “Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones”.

Tres observaciones sobre este versículo: 1) nuevamente la compasión divina es producto de su benignidad, lo que prueba el punto de este capítulo, que la misericordia es una más de las expresiones de la bondad de Dios; 2) las misericordias de Dios son muchas, concordando con el pensamiento posterior del profeta Jeremías, que ellas “se renuevan cada mañana”; 3) esta misericordia tiene que ver con el hecho de que David no es tratado según sus pecados (vea Sal. 103:10-11), pues él le pide a Dios: “borra mis rebeliones” (Sal. 51:1). La misericordia de Dios es simplemente la no imposición de la penalidad sobre el pecador, con base en la justicia divina que recae sobre otro que toma el lugar del pecador, éste es Jesucristo.

Misericordia dedicada a los no redimidos

Existe un sentido en que Dios es misericordioso con todos los no redimidos, por lo menos temporalmente. Por algún tiempo Dios soporta sus pecados y no los trata conforme a lo que merecen. La ilustración de este comportamiento divino para con los impíos está en el Salmo 73:1-17. Por la razón expresada en el Salmo muchos de ellos consiguen tener una vida próspera (v.3), sin preocupaciones y con salud (v.4), sin aflicción y sin el afán de los mortales (v.5), siempre tranquilos y aumentando sus riquezas (v.12) – *aún a pesar de todas sus ofensas* a Dios, son arrogantes (v.3), soberbios, burlescos (v.8), atrevidos contra el cielo (v.9). Dios los trata misericordiosamente, no castigándolos tan pronto como pecan. Dios los tolera hasta que decide manifestar su justicia. Cuando Él decide manifestarla ya deja de ser misericordioso con el impío, porque estos dos atributos no se pueden manifestar al mismo tiempo en una misma persona.

Esta misericordia de Dios hacia los no redimidos es temporal. Aquí, se puede identificar con la paciencia que Dios tiene para con los impíos.

Misericordia dedicada a los que van a ser redimidos

A mi entender éste es el aspecto más lindo de la misericordia, porque tiene un aspecto soteriológico.

La Biblia dice que Dios “no quiere la muerte (condenación) del impío” (Ez. 33:11; ver 18:23-32), y su deseo es que venga a la salvación. La única manera de que Él no condene a los impíos es siendo misericordioso con ellos, porque misericordia es la no imposición de la penalidad sobre el pecador, en virtud de que las penas del pecador sean pagadas por otro que lo substituye. La razón por la cual los pecadores no son todos consumidos de una vez es por causa de la misericordia divina (Lm. 3:22).

Una ilustración de la misericordia extendida a los que se encuentran en un estado de lástima física y espiritual se encuentra en el texto del ciego de Jericó. Delante de su miseria física Bartolomeo clamó a Jesús: “Hijo de David, ten misericordia de mí”. Y, a continuación, el texto registra que él pidió misericordia (Mr. 10:47-48). Son dos expresiones similares que refuerzan la idea de miseria en la que se encontraba. Luego, el texto revela que Jesucristo lo curó de su ceguera, que era su miseria física y lo curó del pecado, que era su miseria espiritual. Así, el texto adquiere una connotación soteriológica, diciendo que Bartolomeo fue salvo.

LA MISERICORDIA ES LA CAUSA NEGATIVA DE LA SALVACIÓN

Con la expresión *causa negativa* quiero decir “la liberación que Dios hace sacando el pecado de debajo de su ira”. La misericordia no restaura la condición de pecador a santo, pues ésta es una obra positiva del Espíritu Santo, sino que detiene la penalidad que debería caer sobre él y abre camino para que la obra de la gracia comience a actuar en él.

Mirando de otro ángulo podríamos decir que misericordia es el acto en “el cual Dios deja de darnos lo que merecíamos recibir”. Esto queda de manifiesto en el texto de Lamentaciones 3:22: “por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias”. Dios no nos da lo que justamente merecíamos, es decir, castigo. Cuando decimos que Dios es misericordioso, estamos diciendo que Él no nos trata según nuestros pecados. Al contrario, nos perdona, no dándonos el castigo por nuestras transgresiones. La obra positiva de Dios viene a continuación, cuando Él comienza a hacer en el pecador aquello que es necesario para que sea restaurado a la condición de santificado. Es un proceso que termina solamente en el día de la resurrección.

DURACIÓN DE LA MISERICORDIA

La duración de la misericordia divina depende de quien es el objeto de ella. Pero este tipo de raciocinio puede traer algunas dificultades a la mente de los incautos lectores de las Escrituras cuando leen, por ejemplo, el Sal. 136:1-26, y preguntan: “pero, ¿la misericordia no dura para siempre?”.

Misericordia temporal – Si el objeto de la misericordia divina es el impío, es decir, aquel que no va a ser salvo, entonces esta misericordia es temporal. Dios no castiga al impío tan pronto como peca. Al contrario, Dios suspende temporalmente la penalidad hasta que decide hacer caer la justicia sobre el pecador. En este sentido, la misericordia temporal se parece al ejercicio de la paciencia.

Misericordia eterna – Si el objeto de la misericordia divina es el pecador que va a ser salvo, aquel que teme a Dios, entonces su misericordia dura para siempre (Sal. 86:5; Lc. 1:50; Sal. 136).

Ex. 20:5-6 – Dios dijo: “que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y *hago misericordia por millares* a los que me aman y guardan mis mandamientos”.

Es importante observar la diferencia de trato por parte de Dios con relación a los impíos que lo odian y con aquellos que lo aman. Con los primeros, castigo; con los últimos, misericordia que no termina jamás, pues la idea de mil generaciones puede ser entendida como misericordia inagotable.

Sal. 103:17 – “Mas la misericordia de Jehová es desde la eternidad y hasta la eternidad sobre los que le temen”.

Ésta es una manera muy simple de mostrar la duración de la misericordia divina. Es una manera diferente de decir que las misericordias divinas permanecen para siempre en la vida de aquellos en quien el Señor colocó su amor.

Is. 54:8 – “Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento; pero con misericordia eterna tendré compasión de ti”, dijo Jehová tu Redentor”.

Dios es santo y le importan cuando pecamos. Dios se enoja contra nosotros y vuelve su rostro en un ímpetu de ira; pero es sólo por un instante, dice Él; además, no la derrama sobre nosotros, porque Él se acuerda que nuestros pecados fueron pagados por nuestro Salvador. Por lo tanto, al contrario de hacer caer su ira sobre nosotros, Dios muestra su misericordia interminable y eterna. No nos castiga, por causa de la redención conquistada por el Cordero, para ser bondadosamente misericordioso con nosotros.

Lm. 3:22-23 – “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias: Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad”.

Obviamente, que esta misericordia interminable pertenece únicamente a aquel a quien el Señor decide salvar. Nunca los hijos de Dios están sin misericordia. Cada mañana se despiertan bajo una misericordia renovada.

Las misericordias del Señor para con los que le pertenecen, son distribuidas indefinidamente. Nunca serán consumidos por causa de sus pecados, porque siempre estará sobre ellos la bondadosa manifestación de la misericordia divina.

LAS CARACTERÍSTICAS DE LA MISERICORDIA DE DIOS

La misericordia del Señor es *grande*

Sal. 103:11 – “Porque, como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen”.

Este versículo expone maravillosamente la grandeza de la misericordia de Dios. David era un gran pecador. Había cometido muchos pecados en su vida. Entonces, un día, él mira hacia atrás y ve cuantas veces el Señor lo había perdonado, pues afirma: “Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones” (v.12). Al acordarse de las muchas transgresiones perdonadas, David exalta la grandeza de la misericordia divina.

En el Salmo 108:4 está escrito: “porque más grande que los cielos es tu misericordia...”. En este versículo el salmista muestra la grandeza de la misericordia del Señor usando la grandeza del espacio físico del universo. Es muy grande la misericordia del Señor para con los que lo aman, porque es una misericordia de un Dios que es fiel para siempre (Sal. 117:2).

Las misericordias del Señor *tienen múltiples formas*

El Salmo 119:156 dice: “Muchas son tus misericordias, oh Jehová”. Así como la gracia de Dios es multiforme, así también su misericordia. Dios es inmensamente variado en las manifestaciones de sus tiernas misericordias. Él mira nuestras miserias físicas, emocionales y espirituales y nos trata como un Padre. Cuando nos ve en aflicciones su corazón se conmueve y “se inflama toda su compasión.” (Os. 11:8).

El rey David, en gran angustia por causa de sus pecados, recibió del profeta Gad la oportunidad sufrir tres castigos: 1) tres años de hambre en la tierra; 2) ser consumido tres meses por los adversarios, siendo alcanzado por la espada enemiga; o, 3) sufrir tres días por la espada del Señor, a través de peste y destrucción de la tierra (1 Cr. 21:11-12). Aún sabiendo que “terrible cosa es caer en manos del Dios vivo”, David pidió caer en manos del Señor porque él sabía que sólo allí podría encontrar innumerables misericordias. He aquí sus palabras:

1 Cr. 21:13 – “Entonces David dijo a Gad: Estoy en grande angustia. Ruego que yo caiga en la mano de Jehová, *porque sus misericordias son muchas en extremo*; pero que no caiga en manos de los hombres”.

No hay otro que pueda mostrar misericordia, solamente el Señor. Además de esto, sus misericordias son múltiples y variadas.

La misericordia del Señor es *inmutable*

Is. 54:10 – “Porque los montes se moverán y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia ni el pacto de mi paz se quebrantará”, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti”.

Dios es extremadamente fiel en aquello que promete. La belleza de este versículo es impresionantemente consoladora. En otras palabras, Dios quiso decir que todo puede ser alterado, inclusive la conformación física de la tierra (montes moviéndose y collados temblando), pero la expresión de su bondad, en misericordia, jamás será quitada a aquellos a quienes ama. A veces Dios se entristece y se enoja con sus hijos por un momento, pero con misericordia eterna Él se compadece de ellos (Is. 54:8). Dios no altera sus propósitos misericordiosos para con aquellos en quienes colocó su corazón bondadoso.

Dios no aparta su misericordia de su pueblo porque hizo un pacto con él. En este pacto existe lo que Isaías llama “pacto eterno, las misericordias firmes a David” (Is. 55:3), que consiste en el pleno perdón para su pueblo, entre judíos y gentiles (Is. 55:5). Él jamás alterará este propósito misericordioso porque se lo prometió a David, que es un prototipo de Jesucristo.

La misericordia de Dios es *soberana*

La misericordia de Dios además de ser inmutable, es soberana. Esta misericordia soberana se dirige específicamente a los que van a heredar la salvación, y se les comunica como resultado del pacto (Lc. 1:54-55). Esta bendición viene solamente a los hijos de la promesa, es decir, a la descendencia de Abraham.

Hay diferencia entre la misericordia de Dios y la manifestación de la misma. La misericordia es un atributo esencial de Dios, pero no hay nada que lo obligue a Él a manifestar misericordia. Hay dos cosas que necesitan ser entendidas cuando este tipo de raciocinio aparece:

(a) Dios jamás puede dejar de ser misericordioso porque la misericordia es una cualidad *esencial* de Él. Dios no puede continuar siendo lo que es, si deja de ser misericordioso.

(b) Pero el *ejercicio* o la *manifestación* de su misericordia es regulada por su voluntad soberana. Esto es así porque no hay nada que lo obligue a manifestar misericordia. Dios no está obligado a manifestar misericordia a nadie.

El ejercicio de su misericordia está vinculado directamente a su voluntad. Esto está explícito en Romanos 9:14-18. Dios es necesariamente misericordioso, pero es libre en la manifestación de su misericordia. Él la distribuye a quien quiere. Nada hay en la criatura que lleve a Dios a mostrar misericordia hacia ella.

La causa de la misericordia de Dios no está en la miseria, en la desdicha, en la infelicidad, en el sufrimiento o en el dolor de la criatura humana. Si así fuera, Dios debería tener misericordia de todos, porque todos están en la misma condición y en el mismo estado. Pero la causa de la manifestación de la misericordia divina es su voluntad soberana. Dios, además, no tiene misericordia de sus criaturas por algo bueno que Él haya visto en ellas. ¡Misericordia y mérito son cosas que se excluyen mutuamente! Misericordia merecida es una contradicción de términos (Tit. 3:5).

LA MANIFESTACIÓN SUPREMA DE LA MISERICORDIA

Si le preguntáramos a los cristianos, de modo general: ¿el hecho de qué Dios haya enviado a Jesucristo al mundo, es causa de su misericordia o el resultado de ella? Muchos tendrían dificultades en responder esta pregunta. En otras palabras, la venida de Jesucristo ¿es una manifestación de la misericordia de Dios o la causa de ella? Pensando precipitadamente y considerando el valor de la obra de Cristo, algunos responderían que Cristo es la causa de las misericordias divinas. No obstante, la opinión de las Escrituras es muy diferente. Vea lo que Zacarías dice inspiradamente:

Lc. 1:76-78 – “Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado; porque irás delante de la presencia del Señor, para preparar sus caminos; para dar conocimiento de salvación a su pueblo, para perdón de sus pecados, por la *entrañable misericordia* de nuestro Dios, *con que nos visitó* desde lo alto la aurora”.

Este texto habla de la salvación que trajo Cristo. Sin embargo, la idea del texto es que ni aún los méritos de Cristo son la causa de las misericordias de Dios. Por causa de su misericordia es que envió a Jesucristo para morir en el lugar de su pueblo y, así, los libró de recibir personalmente la condenación que merecían. La venida de Cristo es la manifestación suprema de la misericordia, no la causa de ella. Éste fue el entendimiento que Zacarías tuvo de la misericordia, inspirado por el Espíritu Santo. No obstante, como vimos anteriormente, la causa de la manifestación de la misericordia está escondida en la voluntad soberana de Dios. Dios muestra misericordia a los hombres, pero la manifestación

suprema de esta misericordia es justamente el envío de Jesucristo para que fuéramos libres del castigo de nuestros pecados. La venida de Cristo es la suspensión de la penalidad sobre nosotros, para que así cayera sobre Él.

RELACIÓN ENTRE PACIENCIA Y MISERICORDIA

Pocos le han dado la debida atención a la paciencia de Dios, tal vez porque hay una considerable dificultad en diferenciar la paciencia de la misericordia, pues ambas facetas son muy cercanas, y casi siempre aparecen juntas (Sal. 86:15).

La paciencia de Dios está íntimamente asociada con la expresión de su misericordia. Por esto las Escrituras afirman que “Jehová, tardo para la ira y grande en misericordia, que perdona la iniquidad y la rebelión, aunque de ningún modo tendrá por inocente al culpable...” (Nm. 14:18).

Es por causa de su paciencia que los hombres no son castigados inmediatamente. En este sentido la paciencia se asocia con la misericordia. Sin embargo, la paciencia y la misericordia no son la misma cosa. Lo que atribuimos a una, no lo podemos atribuir a otra. La paciencia es una parte de la bondad de Dios, una especie de manifestación de su misericordia, pero es diferente de ella. Dios nos da una idea de su misericordia al ser lento en la manifestación de su ira (Sal. 145:8), pero la paciencia difiere de la misericordia. La paciencia se relaciona a la creación como miserable y la misericordia se relaciona a la creación con referencia a la aplicación de la justicia.

En el atributo de la paciencia aprendemos que Dios tiene poder sobre sí mismo y controla sus “sentimientos” al mostrar paciencia para con el pecador. No es erróneo decir que es en este punto que la paciencia de Dios difiere de su misericordia. Aunque beneficie a la criatura, la paciencia de Dios se relaciona principalmente a Él, porque dicha paciencia es la limitación que Él impone sobre sus propios actos a través de su poderosa voluntad, mientras que su misericordia termina enteramente en su criatura. Dios es misericordioso personalmente para con el pecador; no porque Él se contenga o se controle no expresando su ira, sino porque las deudas de los pecadores se pagaron en la cruz, exactamente donde su ira se manifiesta contra los pecados de los hombres.

RELACIÓN ENTRE MISERICORDIA Y JUICIO

Stg. 2:13 – “Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio”.

Estos dos atributos de Dios son incompatibles si se aplican simultáneamente a la misma persona. Es posible que Dios sea misericordioso y justo al mismo tiempo, pero la misericordia sólo viene a una persona cuando otra toma su lugar en la manifestación de la justicia de Dios. Sin embargo, es imposible que la misma persona reciba las dos cosas simultáneamente porque estos atributos se excluyen. Si Dios es misericordioso, deja de castigar; si Él es justo, debe castigar. El texto de Hebreos 10:26-28, que habla de los que pecan deliberadamente conociendo la verdad, indica que “muere irremisiblemente” por causa de sus pecados. Cuando hay juicio no es posible que haya misericordia. Sin misericordia el pecador está perdido. Es exactamente por esta razón que Santiago aclara

que el juicio se hará sin misericordia. Cuando Dios decide mostrar su justicia en juicio, no hay nada que se pueda hacer en favor del acusado. Él es condenado inapelablemente. La única manera de que el acusado sea libre del castigo es cuando Jesucristo lo sustituye, tomando el castigo para sí. Es solamente en este sentido que “la misericordia triunfa sobre el juicio”.

RELACIÓN ENTRE MISERICORDIA Y GRACIA

Como veremos más adelante, la gracia y la misericordia son aspectos diferentes de la misma bondad de Dios o, como se dice comúnmente, son dos lados de la misma moneda. Mientras la gracia, positivamente hablando, es la concesión de favores a los pecadores sin que estos lo merezcan, la misericordia, negativamente hablando, es Dios dejando de dar al pecador lo que realmente merece: el castigo por sus pecados.

La gracia contempla a los seres humanos como pecadores culpables y condenados, mientras que la misericordia los ve como miserables, necesitados y carentes de perdón.

Aplicación

Reconozca que las misericordias vienen del Señor

Dn. 9:9 – “De Jehová nuestro Dios es el tener misericordia y el perdonar, aunque contra él nos hemos rebelado”.

El profeta Daniel no se resiste en reconocer que la misericordia es, ante todo, una prerrogativa divina. El hombre pecador sufre castigo porque sus pecados lo merecen. No obstante, Dios, lo trata de manera misericordiosa. Perciba que misericordia y perdón son términos a fines. No existe perdón sin misericordia. Porque Dios es misericordioso, perdona. Por esto el escritor bíblico reconoce: “Pero en ti hay perdón” (Sal. 130:4). Tanto la misericordia como el perdón indican que Dios, por su bondad, suprime la imposición del castigo sobre el pecador.

Pida las misericordias del Señor para usted mismo (Sal. 51:1; 57:1)

Usted necesita desesperadamente de las misericordias del Señor, porque sin ellas literalmente muere.

Si usted está en pecado, haga como David. Ore así:

Sal. 51:1 – “Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones”.

Si usted tiene aflicciones por causa de la persecución de sus enemigos, o es discriminado por causa de su fe, ore así:

Sal. 57:1 – “Ten misericordia de mí, oh Dios, ten misericordia de mí, porque en ti he confiado mi alma, y en la sombra de tus alas me ampararé hasta que pasen los quebrantos”.

Sea cual sea su necesidad, busque abrigo y refugio en el Dios misericordioso. Sólo en Él usted encuentra apoyo para su situación de miseria.

Para los otros

Pablo le suplicó a Dios por su compañero de trabajo, Onesíforo, que ciertamente estaba enfermo o en otra necesidad calamitosa (2 Ti. 1:16-18). Pablo siempre recuerda a sus hermanos, pidiéndole a Dios que se compadezca de ellos.

El profeta Daniel hizo esto a favor de su pueblo, en estado de miseria, mientras estaba en cautiverio. Observe sus palabras llenas de amor por el pueblo, suplicando la compasión divina por ellos:

Dn. 9:18 – “Inclina, oh Dios mío, tu oído, y oye; abre tus ojos, y mira nuestras desolaciones, y la ciudad sobre la cual es invocado tu nombre; porque no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias”.

Haga como Daniel. Ruegue a Dios por sus hermanos. Hay muchos de ellos en gran aflicción en su situación de miseria física, esperando por las compasiones divinas; otros están en miseria afectivo-emocional, esperando consolación; otros están en harapos espiritualmente por causa de sus pecados. La iglesia en estos tiempos no es muy diferente al pueblo de Israel en los tiempos del profeta Daniel. Ella vive en pecado, en distorsión teológica, ética, moral y espiritual. Interceda a Dios por ellos para que puedan ser socorridos directamente por el Espíritu del Señor o que Dios mande a otros hermanos que vayan en su socorro, actuando en la vida de ellos de acuerdo con sus dones.

Cante las misericordias del Señor

No guarde silencio delante de todo lo que el Señor ha hecho en sus muchas aflicciones y pecados. Es necesario cantar en voz alta la bondad del Señor en forma de misericordia. El salmista dijo:

Sal. 89:1 – “Las misericordias de Jehová cantaré perpetuamente; de generación en generación haré notoria tu fidelidad con mi boca”.

No se olvide de proclamar a sus hijos y nietos las misericordias del Señor. Ellos necesitan saber quien es el Dios de sus ancestros. El texto habla de la necesidad de cantar siempre los atributos del Señor. Haga esto, y usted será bendecido pues estará cumpliendo uno más de los mandamientos del Señor, y mostrando que es hermano de Jesucristo por hacer su voluntad.

De gracias por las misericordias del Señor

La misericordia de Dios es la razón por la cual “no hemos sido consumidos” (Lm. 3:22) porque la misericordia nos proporciona la posibilidad de continuar existiendo sin la ira de Dios sobre nosotros y con la salvación (Tit. 3:5); porque los escogidos son llamados “vasos de misericordia” (Ro. 9:23) y porque a Dios se le denomina “Padre de misericordias” (2 Co. 1:3), “alabad a Jehová, porque él es bueno, porque para siempre es su misericordia” (Sal. 136:1). Éste es el énfasis total de todo el Salmo 136 y debemos obedecer este precepto tan enfatizado para el bienestar de nuestras vidas.

Practique la misericordia

Todos los cristianos han sido beneficiarios de las misericordias del Señor, así como de otros atributos de Él. Es curioso que el Señor, frecuentemente, diga: Así como yo hago, haced vosotros también. No es diferente con la misericordia. Jesucristo enseñó: “Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso” (Lc. 6:36).

Hablando sobre los deberes que el Señor requiere de sus hijos, el profeta Miqueas menciona la misericordia, como uno de ellos. Vea lo que dice:

Mi. 6:8 – “Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, lo que pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios”.

Si usted no ama la misericordia nunca la practicará. Ya en el pasado Dios había dicho a su pueblo que Él no quería simplemente rituales fríos y una vida destituida de práctica piadosa. Por esto Dios pidió: “misericordia quiero, y no sacrificios” (Os. 6:6). En estos tiempos de tanta injusticia social, Dios quiere que las personas miren hacia los que sufren y tengan compasión de ellas, en lugar de simplemente ir al templo a practicar rituales sin el respaldo de una vida de amor para con sus semejantes. Dios ordenó a través del profeta Zacarías: “haced misericordia y piedad cada cual con su hermano” (Zac. 7:9b). La orden está dada. Conviene que obedezcamos al Señor para beneficio de nuestros hermanos tan necesitados. La iglesia puede hasta tener una buena doctrina, pero si ella no practica la misericordia su doctrina se vuelve árida y vacía. Por lo tanto, “...vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia... de la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros” (Col. 3:12-13).

CAPÍTULO 18

LA GRACIA DE DIOS

Dios es bondadoso. Él revela su bondad en la gracia. Esta perfección del carácter divino, que tiene un carácter eminentemente salvador, es ejercida solamente en relación a aquellos que Dios amó de modo especial. Ni en el Antiguo Testamento ni en el Nuevo, la gracia se muestra a la humanidad de una manera general, mucho menos con respecto a las otras criaturas. En esto *gracia* también se distingue de *misericordia*, porque *misericordia* está “sobre todas sus obras” (Sal. 145:9) y *gracia*, sólo sobre los escogidos de Dios.

DEFINICIÓN

La gracia se puede definir como “el favor eterno y totalmente gratuito de Dios, manifestado en la concesión de bendiciones espirituales y eternas a las criaturas culpables e indignas”.¹⁸⁶ La gracia es la concesión de favores a quien no tiene mérito propio, y por los cuales no se exige compensación alguna. La gracia no es dada simplemente a aquellos que no tienen mérito propio, sino aún más a los que merecen condenación. Por ser innecesaria nadie puede exigirla como derecho. Si se pudiera, no sería gracia. Gracia y mérito se excluyen entre sí (Ro. 4:4-5; 11:6; Ef. 2:8).

CARACTERÍSTICAS DE LA GRACIA

La gracia divina posee algunas características que son propias de Aquel que concede su gracia a los pecadores:

La gracia es eterna

Las obras de la gracia no son hechas a la rápida, de manera atropellada, para resolver un problema que surge a última hora. Las obras de la gracia de Dios fueron ideadas antes de ser manifestadas a los hombres. Ellas fueron propuestas antes de ser comunicadas a ellos. Pablo confirma que Dios “nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (2 Ti. 1:9). Dios nos dio todo antes de que todo existiera. Por esta razón Pedro dice que fuimos rescatados de nuestra vana manera de vivir por medio de “la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros” (1 P. 1:18-20). Conociendo todas estas cosas, el apóstol

¹⁸⁶ Abraham Booth, *The Reign of Grace* (Eerdmans, 1949), 47.

Juan amplía la escena afirmando que Jesucristo es el “Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Ap. 13:8; 17:8).

Por lo tanto, todas los decretos fundamentales con respecto a nuestra salvación fueron hechos antes de que el mundo existiera (Tit. 1:2).

Dios no toma providencias cuando los problemas aparecen. Todo ya fue planeado debidamente, de tal modo que nada de lo que ocurre en el mundo sorprende a Dios. Su gracia preparó la eterna provisión para nuestros pecados.

La gracia es supremamente rica

Cuando Pablo habla de la gracia de Dios no escatima elogios hacia ella. Él usa expresiones majestuosas para calificarla. Escribiendo a los creyentes de Efeso, dice:

Ef. 2:6-7 – “y juntamente con él (Cristo) nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales *con Cristo Jesús*, para mostrar en los siglos venideros las *abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús*”.

Hay algunas cosas importantes que necesitan ser analizadas en estos versículos: 1) todas las realidades relacionadas a la gracia de Dios sobre nosotros están vinculadas a Cristo Jesús. Para nosotros, no hay manifestación de la gracia fuera de la obra que Jesucristo hizo al morir en la cruz en nuestro lugar y en nuestro favor. Observe las expresiones “con Cristo” y “en Cristo” en estos versículos; 2) la gracia de Dios es la expresión de “su bondad para con nosotros”, como ya nos referimos al comienzo de este capítulo; 3) la gracia de Dios es muy abundante, pues Pablo habla de las “abundantes riquezas de su gracia” y, 4) la gracia es manifestada en su riqueza abundante de dos formas:

a) Primera, cuando la gracia nos resucita con Cristo. Esta primera manifestación de la riqueza de su gracia tiene que ver con la regeneración. Son dos términos equivalentes y significan que estábamos muertos en nuestros delitos y pecados, y que además, Dios nos dio vida (vea Ef. 2:1,5). La gracia de Dios es la riqueza del poder energizador del Ser Divino que concede vida a los que están muertos. Ésta es una tarea singularmente divina que revela la inmensa riqueza de su gracia, pues presupone personas indignas que están imposibilitadas de hacer alguna cosa por sí mismas, pues están muertas. Esta verdad la expresa Pablo, cuando escribe a los hermanos de Colosas: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios” (Col. 3:1).

b) Segunda, cuando la gracia nos coloca “en los lugares celestiales en Cristo Jesús”. El sentido de “lugares celestiales” en la teología de Pablo puede tener dos significados: Primero, el lugar de la lucha espiritual de los cristianos contra las huestes malignas (Ef. 6:12); y segundo, la esfera sobre la cual Cristo reina, el lugar de las cosas santas. Cuando Dios nos resucita, Él nos eleva a los “lugares celestiales” que son los lugares en los cuales reina la gracia de Dios de forma supremamente rica y en los cuales la esfera de la pecaminosidad no posee dominio sobre nosotros. ¡Fuimos liberados de las tinieblas! No estamos más bajo el dominio de Satanás, pero sí bajo el dominio de Dios. Esta expresión, sin embargo, no significa que iremos espacialmente a los “lugares celestiales”, sino es una constatación de una acción pasada, realizada en la obra de Cristo. El verbo griego que se traduce como “nos hizo sentar” indica un tiempo pasado y concreto. Dios ya nos colocó en esta posición gloriosa juntamente con Cristo. Es por esta razón que, nuevamente, podemos

evocar la expresión paulina mencionada arriba: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios”.

Debemos conocer y experimentar la suprema riqueza de su gracia a fin de que podamos, cada día que pasa, “buscar las cosas de arriba”, ¡las cosas celestiales que armonizan con Aquel que vive en ese lugar!

La gracia es soberana

La gracia es soberana porque reina. La gracia no es un pequeño regalo que Dios nos ofrece y tenemos la libertad de aceptar o rechazar. Pablo, escribiendo a los Romanos, afirma categóricamente que la gracia reina (Ro. 5:21). Si la gracia reina es porque está en el trono, y lo que ocupa el trono es soberano. De ahí la expresión “el trono de la gracia” en Hebreos 4:16. Si la gracia es un favor merecido, no se puede considerar como una deuda de Dios o como crédito nuestro. Al contrario, si la gracia es inmerecida, se debe mostrar soberanamente. “Si Dios mostrara su gracia indistintamente a todos los hijos de Adán, estos llegarían a la conclusión de que Dios tendría la obligación de mostrar dicha gracia para con ellos, como una justa compensación por el hecho de haber permitido la caída de toda la raza humana en pecado. Pero el gran Dios no está obligado a esto con ninguna de sus criaturas, mucho menos con las que son rebeldes”.¹⁸⁷

El hecho de que la gracia de Dios sea dada soberanamente, sin que pueda ser comprada o merecida, produce en el corazón de los orgullosos un fuerte odio contra Dios. A ellos no les gusta la manera en que Dios administra su gracia. Pink pinta esta idea en colores muy vívidos:

“La vida eterna es una dádiva y, por lo tanto, no se puede conseguir por obras, ni puede ser reclamada como si fuera un derecho. Si la salvación es una dádiva, ¿quién tiene el derecho de decirle a Dios a quien Él debería concederla? ¿Está Dios *obligado* a dar por la fuerza su dádiva a aquellos que no la aprecian? ¿Está obligado a salvar a los que han decidido seguir *sus propios caminos*?”

No hay nada que enfurezca tanto al corazón del hombre natural, ni que muestre tanto su enemistad innata e inveterada contra Dios, que saber que Su gracia es eterna, gratuita y soberana. Para el corazón no quebrantado es demasiado humillante el aceptar que Dios formó Su propósito desde la eternidad, sin consultarle nada a la criatura. Para aquel que se considera recto es demasiado duro creer que la gracia elimine cualquier esfuerzo propio. Y el hecho de que la Gracia separe a aquellos que quiere para que sean objeto de Su favor, provoca las más exaltadas protestas de los rebeldes orgullosos. Es el barro que se levanta contra el alfarero y dice: “¿por qué me hiciste así?” Y el desaforado rebelde se atreve a disputar la justicia de la soberanía divina”.¹⁸⁸

¹⁸⁷ A. W. Pink, *Los Atributos de Dios* (Lima, Perú: Estandarte de la Verdad, 1971), 83-84.

¹⁸⁸ Pink, 84.

LAS OBRAS DE LA GRACIA

La gracia de Dios hace muchas obras en la vida de los seres humanos, sean ellas de carácter soteriológico o no. Todo lo que ocurre de bueno, santo y justo en la vida de ellos es producto de la bondadosa gracia de Dios sobre sus vidas. Vea algunas cosas que la gracia hace.

La gracia en la restauración del pecador

A decir verdad, todos los pasos para la redención del pecador (*Ordo Salutis*¹⁸⁹) son atribuidos a la gracia de Dios, que es la expresión de su bondad – “para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” (Ef. 2:7).

La elección es obra de la gracia de Dios

Es curioso que muchos evangélicos no creen en la elección divina de pecadores para que sean redimidos, simplemente porque ignoran que ella es producto de la bondadosa gracia de Dios. Sólo piensan en la elección como un decreto arbitrario e injusto de Dios. No obstante, se olvidan de que este decreto nace del amor lleno de gracia de parte de Dios. La elección es el primer eslabón en la cadena de la salvación que comienza y termina con la gracia de Dios. Luchando contra el concepto de la salvación por obras, Pablo argumenta acerca de la elección, en los siguientes términos:

Ro. 11:5-6 – “Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia. Y si es por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no sería gracia”.

Siempre hubo un pequeño grupo de fieles que no se postró delante de dioses extraños durante el período del Antiguo Testamento (v.1-4). En el tiempo de Pablo, había también este tipo de creyentes que sobrevivían firmes en su fe por causa de la elección por gracia de Dios y no por cualquier otra razón. Siempre ha habido creyentes fieles, pero éstos no serían fieles sino fuera por la elección por gracia de Dios. Los adversarios de la doctrina de la elección siempre encuentran en los creyentes la razón por la cual fueron elegidos. Pero, si buscamos la razón de nuestra fidelidad en nosotros mismos, la gracia ya no sería gracia y negaríamos la elección por gracia que las Escrituras afirman tan categóricamente.

La regeneración es obra de la gracia

En las Escrituras la *regeneración* es sinónimo de *llamamiento* (o *Vocación Eficaz*, que es la terminología teológica). Pablo asegura que los hombres son llamados por la gracia. Él mismo había experimentado este llamamiento. Él no tenía ninguna intención de ser un cristiano. Un día el Señor cambió su corazón, regenerándolo. Es de éste llamamiento que él habla en su carta a los creyentes de Galacia:

¹⁸⁹ La elección está incluida aquí en la *ordo salutis* (orden de la salvación) sólo para efectos didácticos, pues normalmente en ella están solamente incluidas las cosas de la salvación del pecador hechas en la historia, y elección no significa salvación, aunque aparte a las personas para la salvación.

Gá. 1:6, 15-16 – “Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que *os llamó por la gracia de Cristo*, para seguir un evangelio diferente... Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre y *me llamó por su gracia*, revelar a su Hijo en mí...”.

Pablo tenía plena conciencia de su regeneración, es decir, de que él había sido traído a la luz y a la vida por la gracia maravillosa de Dios. Nadie viene a Cristo sino por la gracia del Padre y, nadie viene al Padre sino a través de la gracia de Cristo. Es la Trinidad operando en la vida de las personas a fin de que sean regeneradas. En este texto no solamente la elección (“que me apartó desde el vientre de mi madre”) es obra de la gracia, sino también el “llamamiento”.

La justificación es obra de la gracia

Es muy común la creencia entre los cristianos evangélicos, desde la Reforma, la justificación por la fe (Ro. 5:1), y en esto están en lo correcto. En este sentido sólo se considera la justificación subjetiva. No obstante, muchos de ellos se olvidan de que la base de nuestra justificación está en la obra por gracia de Cristo al derramar su sangre (Ro. 5:9). La justificación por la sangre es una obra por gracia de Dios. Pablo habla de justificación con mucha claridad, de la siguiente manera:

Ro. 3:24 – “Siendo *justificados gratuitamente* por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús”.

Pablo es muy enfático al hablar de la justificación como obra de la gracia. No le bastó decir que somos justificados por gracia (porque esta palabra ya implica favor dado inmerecidamente). Además, agregó la palabra “*gratuitamente*”, para que no hubiera ninguna duda en la mente de sus lectores en cuanto a la gratuidad de la justificación.

Ro. 5:16, 18 – “Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó, porque ciertamente el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación, pero *el don* vino a causa de muchas transgresiones *para justificación*... Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino (la gracia) a todos los hombres *la justificación de vida*”.

Este capítulo de Romanos es maravilloso. El versículo 16 explica que Dios ejerce juicio sobre los hombres con base sólo en el pecado de Adán – una sola ofensa. De un modo muy diferente enseña que la gracia funciona. Si Dios justificara al hombre por un solo pecado, ¿qué haría con el resto de los pecados que comete? La muerte de Cristo ocurrió para que todas las transgresiones de aquellos por quienes Cristo murió fueran perdonadas, a fin de que, gratuitamente, pudieran ser justificados por sus pecados. La gracia resulta de muchas ofensas. Esto quiere decir que, donde el pecado es abundante, la gracia lo es aún más (v.20). La gracia sobrepasa al pecado a fin de que los seres humanos puedan ser justificados de todos sus pecados.

Tit. 3:7 – “para que *justificados por su gracia*, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna”.

En los versículos anteriores Pablo habla de la bondad de Dios, de su amor, de su misericordia como causa de la salvación de los pecadores que vino por la obra regeneradora del Espíritu Santo (v.4-5), teniendo como mérito la obra de Cristo (v.6). El resultado de

esto, es el hecho de que el hombre recibe la justificación gratuitamente. Si todo lo mencionado anteriormente es gracia, ¿por qué no la justificación? De ahí la negación de toda justificación por medio de las “obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho” (v.5).

La fe es obra de la gracia

Los arminianos consistentes enseñan que la fe es un don que los hombres ofrecen a Dios¹⁹⁰ y, como consecuencia, Dios les ofrece la salvación. Los calvinistas, de modo exactamente opuesto, juntamente con las Escrituras, afirman que la fe es fruto de la gracia divina sobre ellos. Hay varios textos que indican que la fe es un don de Dios, pero hay dos de ellos que hablan claramente que la fe es el resultado de la gracia divina sobre nosotros:

Hch. 18:27 – “y queriendo él (Apolo) a Acaya, los hermanos lo animaron y escribieron a los discípulos que lo recibiesen; y llegando él allá, fue de gran provecho a los que *por la gracia habían creído*”.

Apolo era un predicador “elocuente y poderoso en las Escrituras” (v.24), “había sido instruido en el camino del Señor” (v.25). “Hablabla y enseñaba con exactitud las cosas acerca de Jesús” (v.25), pero no era instruido en todas las áreas (v.26). Sin embargo, Dios usó a este predicador para ayudar a muchas personas en las regiones de Acaya. Allí encontró a personas que habían creído “mediante la gracia”. A pesar del gran poder de convencer públicamente a las personas por medio de las Escrituras (v.28) era absolutamente necesario que la gracia operara, a fin de que las personas pudieran creer. No hay medio para obtener la fe fuera de la gracia de Dios. Fue así en los tiempos apostólicos y continua siendo así en nuestros días.

Fil. 1:29 – “... a vosotros os es concedido (*la gracia*) a causa de Cristo, no solo que *creáis en él*...”.

Pocos cristianos entienden que el sufrimiento que tenemos por causa del nombre de Cristo sea una manifestación de la gracia de Dios. Es exactamente esta la idea que Pablo enseñó a los creyentes de Filipos. Ellos ya eran adoctrinados en el punto principal – que es la gracia de creer en Él. Ahora Pablo les está enseñando el punto periférico: sufrir por causa de Cristo, así como creer en Él, ¡es manifestación de la gloriosa gracia de Dios!

La santificación es obra de la gracia

Hay varios textos que indican que la santificación es una obra que Dios hace en nosotros. En general, se ha enseñado que esta tarea es una obra que realiza más específicamente la tercera persona de la Trinidad, el Espíritu Santo. Sin embargo, hay un texto muy claro que afirma la gratuidad de la santificación.

1 P. 5:10 – “Mas *el Dios de toda gracia*, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo *os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca*”.

Aunque la palabra santificación no está en este texto, hay varias palabras que son sinónimos de ella: “perfeccionar”, “afirmar”, “fortalecer” y “establecer”. A pesar del sufrimiento que pasamos en esta vida, que no es eterno sino por un “poco de tiempo”, el

¹⁹⁰ Los arminianos inconsistentes son aquellos que creen en el libre albedrío y, al mismo tiempo, afirman que fe es un don de Dios. Si por “don de Dios” ellos entienden algo que Dios les comunica infaliblemente, entonces ellos rompen con su propio sistema. Por esto deben llamarse “inconsistentes”.

“Dios de toda gracia” nos promete una gran mejora en nuestra vida espiritual, que nos conduce a la santificación.

a) Por la gracia, Dios promete *perfeccionarnos*. Esta primera expresión significa que la gracia de Dios nos va a hacer maduros, parecidos a Cristo. Este perfeccionamiento viene de parte de Dios como producto de la obra del “gran Pastor de las ovejas”, Jesucristo, a través de su sangre derramada que nos hace “aptos en toda obra buena” (He. 13:20-21). La gracia de Dios es suficiente para producir en nosotros este perfeccionamiento, conduciéndonos a la madurez espiritual.

b) Por la gracia, Dios promete *afirmarnos*. La idea aquí es que Dios nos dará seguridad en la lucha contra el enemigo. En el camino a la santificación el cristiano andará sin miedo y estará con los pies bien firmes en la verdad de Dios y confiado en lo que el Señor Jesucristo hizo por él. Él nunca apostatará de la fe, es decir, por la gracia de Dios él permanecerá firme en la doctrina de su Señor. Es por causa de la gracia que todos los cristianos no hacen como algunas personas del tiempo de Pablo que, despreciando la buena conciencia afirmada en la Palabra, algunos “naufragaron en cuanto a la fe” (1 Ti. 1:19). Al contrario, por causa de la gracia ¡ellos permanecen firmes!

c) Por la gracia, Dios promete *fortalecernos*. En días de grandes conflictos teológicos y espirituales necesitamos no sólo firmeza, sino también de constate fortalecimiento, pues nuestras energías se gastan diariamente. Por su bondadosa gracia Dios concede fortalecimiento cada día frente a los agotadores ataques del enemigo. Por esto el escritor a los Hebreos dice que los santos del pasado “sacaron fuerzas de debilidad” (He. 11:34). Por esta razón, Pablo mencionando a los héroes de la fe del pasado, reconoció en su propia experiencia: “porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”, “porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Co. 12:9-10). Necesitamos constantemente de este fortalecimiento divino en las horas de tribulación en las que vivimos. Es por la obra de la gracia de Dios que se consigue esta experiencia.

d) Por la gracia, Dios promete *establecernos*. La idea aquí es la de “fundamentar”. Es importante observar que estas cuatro palabras están, según mi parecer, en orden inverso. Ésta, por lógica, debería ser la primera pues pone el fundamento. Toda obra de santificación se afirma en la obra de Cristo que nos es transmitida a través de su Palabra. Ella es el fundamento sobre el cual toda la iglesia debe estar afirmada.

Perciba que estas cuatro palabras están íntimamente ligadas y en interdependencia, pero en el orden inverso. A fin de vencer a los enemigos debemos establecernos debidamente en la verdad de Dios. Si estamos establecidos, estaremos fortalecidos; si estamos fortalecidos, estaremos firmes; si estamos firmes, estaremos perfeccionados. La maravilla de las maravillas es que todas estas verdades son fruto del “Dios de toda gracia” en nosotros. Es por esto que podemos decir que la santificación es una obra de la gracia de Dios en nosotros.

La entrada en la gloria es obra de la gracia

El texto anterior, que trata de la santificación por gracia, también habla de la gloria revelada en nosotros como producto de la misma gracia.

1 P. 5:10 – “Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca”.

La expresión “nos llamó a su gloria eterna” puede significar tanto “nos llamó a fin de promover eternamente la gloria de Dios” o “nos llamó para disfrutar o participar en la eterna gloria de Dios”. Personalmente prefiero la segunda interpretación. Hay poca duda entre los estudiosos de que la “gloria de Dios” sea la bienaventuranza celestial de la cual todos los creyentes participarán. Esta gloria está vinculada a su santidad, un atributo que califica a todos los otros atributos. Ser participante de su gloria es ser participante de su santidad. Dios ya comenzó esta obra en nosotros, pero la va a completar solamente en el día de Jesucristo. Ese día, cuando la redención termine, seremos participantes, integralmente, de su gloria eterna. Sin embargo, nunca se debe olvidar de que el llamamiento para participar de la gloria eterna es una manifestación bondadosa del “Dios de toda gracia” por medio de lo que Cristo hizo por nosotros.

La gracia de Dios en los instrumentos de la salvación

Ya vimos que la *ordo salutis*, de comienzo a fin, es obra de la gracia de Dios. Ahora veremos que los instrumentos de la salvación son también obra de su bondadosa gracia. Nada de lo que los seres humanos reciben está fuera de la gracia divina.

El Evangelio es dado por gracia

El Evangelio de Jesucristo, por su propia naturaleza, se llama el “evangelio de la gracia de Dios” (Hch. 20:24). Se llama así porque alcanza al pecador en un estado de miseria y de desmerecimiento; porque anuncia la redención sin que el pecador tenga que hacer cosa alguna; porque se adentra al corazón del pecador trayéndolo a la vida cuando estaba muerto en sus delitos y pecados.

Este “evangelio de la gracia” es una demostración de la buena voluntad de Dios para con el pecador. La obra del “evangelio de la gracia” no se condiciona a una actitud positiva del pecador como respuesta. Al contrario, cuando el pecador responde al evangelio es porque la gracia de éste ya lo alcanzó. Dicho evangelio anuncia el perdón de Dios a los pecadores por quienes Cristo murió. Todo pecador por quien Cristo murió es alcanzado por el evangelio de la gracia de Dios de manera inevitable. ¡Bendito evangelio de la gracia!

La Palabra de Dios es dada por gracia

En las Escrituras a la Palabra de Dios también se le llama “palabra de su gracia”, a través de la cual se hacían muchas señales y prodigios (Hch. 14:3). Sin embargo, esta palabra de la gracia hacía más que simplemente milagros. Ella hacía crecer a los creyentes en santificación.

Hch. 20:32 – “Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados”.

Pablo se está dirigiendo a los presbíteros de la iglesia de Efeso. Después de darles instrucciones con respecto a la responsabilidad de ellos y de afirmar el final de su ministerio entre ellos, Pablo los “encomienda a Dios y a la palabra de su gracia”. Es como si él dijera: “yo los voy a dejar, pero los voy a dejar con Aquel que puede cuidarlos mejor – el Señor; y a los cuidados de su Palabra llena de gracia”. Esta palabra es del Señor y, por esto, tiene algunos propósitos por gracia: edificación, herencia y santificación.

Edificación – Dios hace esta obra a través de la Palabra de su gracia. Tanto el nacimiento como el crecimiento de los cristianos se produce por la “palabra de su gracia”. Ella es el instrumento que Dios usa en el fortalecimiento de sus hijos, especialmente en los presbíteros, que son los ministros de esta Palabra, a quienes Pablo se dirige. Observe algunos pasos que esta palabra de su gracia hace en nosotros: nacemos de nuevo (1 P. 1:23); somos vivificados en nuestra angustia (Sal. 119:50) y somos nutridos (1 P. 2:2). ¡Esta edificación es causada siempre por la Palabra por gracia del Señor!

Herencia – (Col. 1:12; Hch. 26:18). La herencia que los cristianos reciben es resultado de la gracia de Dios por medio del poder de la “palabra de su gracia”. La Palabra no sólo nos informa sobre esta herencia, sino también la concede, y por medio de ella tomamos posesión de la herencia. Tomamos esta posesión por la promesa de esta Palabra de gracia. ¿Qué herencia es ésta? Todo aquello que Dios nos da en y con Cristo. Somos herederos de Dios y coherederos con Cristo. Ahora que tenemos los privilegios de hijos, heredamos la vida, las riquezas y la filiación por adopción de Dios; heredamos el mundo que pertenece a los mansos; heredamos el cielo y la tierra nueva, etc. Es demasiado grande la herencia que el cristiano recibe por medio de la Palabra de su gracia.

Santificación – Es la Palabra de su gracia que causa en nosotros todas las manifestaciones de pureza que nos conducen a la santidad. Las dos palabras anteriores, *edificación* y *herencia*, se hacen una realidad sólo en aquellos que están siendo santificados. Solamente estos son los que reciben la influencia de la Palabra de su gracia. No es difícil percibir que la gracia de Dios, a través de la Palabra, alcanza todos los sectores en la vida de los santos de Dios.

El Evangelio de Dios es predicado por gracia

No sólo el Evangelio se llama “Evangelio de la gracia” o “Palabra de su gracia”, sino que su proclamación es también una obra de la gracia de Dios. Pablo, escribiendo a los cristianos en Efeso, dice:

Ef. 3:8 – “A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo”.

Pablo estaba absolutamente seguro de que la tarea de predicar el Evangelio era un don precioso, una altísima tarea de la cual él se hizo un privilegiado. La evidencia de esta gracia queda resaltada por el hecho de que Pablo se considera a sí mismo “el menor de todos los santos”. Él tenía conciencia de su pequeñez delante de lo que había hecho en el pasado y por causa del sentido de la justicia de Dios. Fue por esta razón que, escribiendo a Timoteo, dijo que era el primero de los pecadores (1 Ti. 1:15). Su idea de gracia quedaba más clara a medida que se veía indigno de todas las cosas que el Señor le proporcionaba. Y la mayor gracia que Pablo recibió fue la de ser predicador del Evangelio. El “menor” terminó haciendo la “mayor” tarea; tarea que los ángeles anhelan realizar.

La gracia de Dios en la capacitación de los cristianos

La gracia de Dios se manifiesta de múltiples maneras en la vida del cristiano (1 P. 4:10; 2 Co. 4:15). He aquí algunos ejemplos de ella en el progreso de la vida cristiana:

Los hombres reciben los dones espirituales por gracia

Todos los dones espirituales son producto de la gracia de Dios en la vida de los cristianos. No hay ningún don que escape a esta regla. Cualquier capacitación que tenemos la recibimos gratuitamente de Dios para servirnos los unos a los otros.

Vea lo que las Escrituras dicen sobre los dones como dones de la gracia:

Ro. 12:6 – “Teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada”.

Es lamentable que no haya una debida comprensión de la materia de los dones espirituales en la vida de la iglesia. Siempre ha habido orgullo por causa de la errónea comprensión de la función de los dones. Muchos se jactan de lo que poseen, olvidándose de que los dones no son habilidades conseguidas por ellos mismos, sino una concesión por gracia de Dios. Por la falsa comprensión de los dones hay discordia y disensión en la iglesia. No obstante, la idea de que los dones son un producto de la gracia en nosotros, nos guarda contra el orgullo y la jactancia. El reconocimiento de esta verdad nos hace humildes en la presencia de Aquel que nos da todas las cosas.

Ef. 4:7-8 – “Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo. Por lo cual dice: “Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres”.

Ningún miembro del cuerpo de Cristo, su iglesia, queda de lado en la concesión de los dones espirituales. Cada miembro del cuerpo recibe la gracia soberana de los dones. En este caso, Jesucristo es el dador de los dones a los hombres. Esta gracia de Cristo no solamente nos salva, sino también nos capacita para el ejercicio de nuestro ministerio en este mundo. Pablo afirma aquí que la gracia fue concedida a cada creyente para que ejercite los dones. Es la gracia del desarrollo de la vida cristiana que incluye el perfeccionamiento de los dones espirituales, que también son una dádiva de Dios.

1 P. 4:10 – “Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios”.

El objetivo de los dones por gracia de Dios es para que podamos servirnos, los unos a los otros y, no para que nos jactemos de ellos, pues todos proceden de la maravillosa gracia de Dios. Nadie debe considerarse superior a los otros, pues Dios dio a todos los miembros de su cuerpo la tarea de servir. Si todos sirven con certeza todos serán servidos. Dios es riquísimo en la variedad de la expresión de su gracia. Por esto Pedro resalta la “multiforme gracia de Dios” en la concesión de los dones a los hombres.

Los hombres son capacitados para el ministerio de la Palabra por gracia

Todos los creyentes tienen una función en el cuerpo porque la gracia tiene varias manifestaciones de capacitación (1 P. 4:10); pero la capacitación más destacada en la vida

de Pablo fue la altísima y honrosa tarea de ser ministro de Cristo Jesús en la predicación del Evangelio. Vea lo que dice a los creyentes de Roma:

Ro. 15:15-16 – “Mas os he escrito, hermanos, en parte con atrevimiento, como para haceros recordar, *por la gracia* que de Dios me es dada *para ser ministro de Jesucristo* a los gentiles, *ministrando el evangelio de Dios*, para que los gentiles le sean ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo”.

Pablo no quería que sus lectores se olvidaran de que su tarea de ser ministro de Cristo era “por la gracia de Dios” que le había sido dada. Era un privilegio tan grande que él consideró esta tarea como una “misión sagrada”. Pablo había recibido dones espirituales y los empleaba para ser un siervo dedicado a sus hermanos.

En el concepto de Pablo, ser “siervo” (ministro) es un don de la gracia. Todos los ministros, como ya vimos, son bendecidos por la gracia de Dios. Pablo era uno de estos ministros. Su ministerio era el de ser predicador del Evangelio. Vea lo que él dice:

Ef. 3:7 – “del cual (evangelio) yo fui hecho *ministro por el don de la gracia de Dios* que me ha sido dado según la operación de su poder”.

Pablo era un *diakonos* (“ministro”) de las iglesias. Y como tal, él les predicaba el Evangelio. Ser siervo era una tarea considerada por él como una expresión de la gran gracia que Dios le había concedido. Solamente dentro del cristianismo es que este concepto se fortalece. Servir a los hermanos con la predicación de la Palabra es, en el concepto paulino, gracia.

Pablo no transaba del principio de que predicar era un producto de la gracia divina. De modo semejante él escribió a los creyentes de Corinto:

1 Co. 15:10 – “Pero *por la gracia de Dios* soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; aunque no yo, *sino la gracia de Dios conmigo*”.

El trabajo exhaustivo de Pablo, aún siendo “el menor de los apóstoles” (v.9), fue tan grande que produjo muchos frutos en la iglesia cristiana. Él predicó el Evangelio más que todos los otros apóstoles juntos, pues alcanzó a los gentiles (Ef. 3:8) de varios lugares de Europa y Asia. Su esfuerzo fue extenuante; mucho más que todos los otros apóstoles juntos. Aún así él reconoce que el éxito de su trabajo es producto de la obra de la gracia de Dios en él. Pablo siempre glorificó la gracia de Dios en todo lo que hizo.

Los hombres se lanzan a la obra de fundar iglesias por gracia

Este punto es la culminación de los anteriores. Pablo no solamente consideró el Evangelio y la tarea de ser ministro del Evangelio como “el Evangelio de la gracia de Dios”, sino también consideró la tarea de ser plantador de iglesias como una expresión de la gracia divina. Vea su opinión sobre el asunto:

1 Co. 3:10 – “Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica”.

En los versículos anteriores Pablo habla sobre el hecho de ser plantador de iglesias. Él dice: “Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios” (v.6). Pablo entonces concluye su pensamiento de manera extraordinaria: “Así que ni el que planta es

algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento” (v.7). Él considera la gracia de Dios en todo. Él no atribuye ningún mérito a los hombres, aún a los regenerados. Todos somos receptores de la gracia, como beneficiarios directos de ella o como canales para que otros sean bendecidos. Él se consideraba un colaborador de Dios (v.9), pero sólo como instrumento a través del cual la gracia trabajaba. Él ponía el fundamento de las iglesias pero jamás abandonó la idea de que esto era resultado de la gracia de Dios en él.

La gracia de Dios en la vida cristiana en general

Los hombres reciben consolación y esperanza por gracia

2 Ts. 2:16-17 – “Y el mismo Jesucristo Señor nuestro, y Dios nuestro Padre, el cual nos amó y nos dio consolación eterna y buena esperanza *por gracia*, conforte vuestros corazones, y os confirme en toda buena palabra y obra”.

Pablo habla de la consolación de un modo objetivo y de un modo subjetivo. La objetividad de la consolación está en aquello que Cristo ya hizo por nosotros. En cuanto a los actos redentores de Dios ya todo fue hecho. Los verbos “amó” y “dio” están en *aoristo* (un tiempo pasado en griego) que indican acciones terminadas que tienen una connotación eterna. Tanto el amor como la consolación son eternos, lo que significa que Cristo conquistó estas bendiciones para nosotros de una manera segura. Este amor y consuelo tienen efectos en la eternidad. Al mismo tiempo, Pablo desea la consolación de Dios para los corazones de sus lectores que vivían en aflicción. Éste es el aspecto subjetivo de la consolación y de la esperanza que aún debería llenar sus corazones. Ellos aún debían apropiarse de las bendiciones que tenían origen y carácter eternos. Ambas consolaciones, la objetiva y la subjetiva, son fruto de la gracia de Dios. ¡Esto es lo más maravilloso de todo! Nada de lo que el ser humano recibe está fuera de la gracia divina.

He. 4:16 – “Acerquémonos, pues, confiadamente al *trono de la gracia*, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”.

A fin de que recibamos ambas bendiciones de la salvación –misericordia (liberación del juicio que merecemos) y gracia (recibimiento del favor que no merecemos) –, para que seamos socorridos en tiempo de necesidad, necesitamos depositar nuestra confianza en el “trono de la gracia”. Cuando Cristo Jesús dio su vida por nosotros Él transformó el trono del juicio en trono de gracia. Es terrible ver a Dios sólo como juez (que es una prerrogativa real), sin verlo como un Dios lleno de gracia. En este sentido “Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo” (He. 10:31). El pecador merece la sentencia condenatoria, pero la obra de Cristo decidió mostrar gracia a los hombres en sus necesidades. En el tiempo oportuno y soberano (de ahí, la expresión “trono” = realeza) Dios *socorre* al pecador con misericordia y gracia. Desde este trono el Señor distribuye sus bendiciones a los suyos que, por consiguiente, se deben aproximar confiadamente a él, a fin de que se apropien de las bendiciones prometidas y conquistadas por Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote (He. 4:14-15).

Los hombres son librados del peligro por gracia

Hch. 27:23-24 – “Porque esta noche ha estado conmigo el ángel del Dios de quien soy y a quien sirvo, diciendo: ‘Pablo, no temas; es necesario que comparezcas ante César; y he aquí, (*por gracia*) Dios te ha concedido todos los que navegan contigo”.

Dios no solamente concede gracia para la salvación, sino también para los eventos comunes y corrientes, aunque no siempre tan comunes, como es el caso del naufragio del texto anterior. Pablo estaba en gran peligro junto a todos los tripulantes y pasajeros del navío por causa de una gran tempestad. Hay algunos elementos de este versículo que necesitan ser analizados: a) Pablo recibió revelación especial de Dios, en medio de la tempestad, a través de un ángel sobre el futuro de los tripulantes y pasajeros del navío; b) Pablo tenía la certeza absoluta de que él personalmente pertenecía a Dios y que, por consiguiente, lo adoraba (“a quien sirvo”, *lateuo* – adorar); c) Pablo supo que la gracia de Dios le había sido dada a todos los que estaban en el barco y que ninguno se perdería. Dios podía salvar solamente a Pablo, que le pertenecía, pero decidió por gracia no dejar que nadie pereciera. Fue con base en la convicción en la gracia de Dios que Pablo dos veces instó a los pasajeros, diciendo: “tened buen ánimo” (v.22,25).

Los hombres auxilian a otros por gracia

2 Co. 8:1,3-4,6-7 – “Asimismo, hermanos, os hacemos *saber la gracia de Dios* que se ha dado a las iglesias de Macedonia... Doy testimonio de que con agrado han dado conforme a sus fuerzas, y aun más allá de sus fuerzas, pidiéndonos con muchos ruegos que les concediésemos *el privilegio (gracia)* de participar en este servicio para los santos... asimismo acabe también entre vosotros esta obra de gracia... abundad también *en esta gracia*”.

Recibir bienes de Dios se le denomina “gracia”, pero gracia también es el privilegio de dar. Dios concedió a los hermanos de las iglesias de Macedonia la gracia de contribuir para socorrer a las otras iglesias. Y ellos entendieron que el privilegio de la contribución era producto de la gracia. Por esta razón, ellos le pidieron a Pablo la oportunidad de demostrar esta acción que era producto de la gracia de Dios en sus vidas. Pablo insta, así, a los creyentes de Corinto a que tengan este mismo tipo de gracia en su vida cristiana. Somos medios de la gracia divina porque somos objeto de ella. “De gracia recibisteis, dad de gracia”. Y la orden de Pablo es que todos sean abundantes en la expresión de esta gracia. La gracia de Dios alcanza toda nuestra vida y, como respuesta, debemos actuar llenos de gracia con las otras personas.

Por la gracia los hombres pueden vivir en el mundo con sabiduría

2 Co. 1:12 – “Porque nuestra gloria es ésta: el testimonio de nuestra conciencia, que con sencillez y sinceridad de Dios, no con sabiduría humana, *sino con la gracia de Dios*, nos hemos conducido en el mundo, y mucho más con vosotros”.

Todo ser humano es un ser inteligente, algunos más y otros menos; pero tener sabiduría divina, no es propio de todos los seres humanos. Hay muchas personas inteligentes, pero pocas que muestran la sabiduría de la cual Pablo habla. Pablo distingue entre sabiduría humana y sabiduría divina. Ésta última es producto de la gracia divina. Ella

es extremadamente necesaria para vivir en este mundo agitado, y especialmente necesaria en lo que concierne al trato entre los hermanos de la fe. La gracia de Dios es necesaria para que nos comportemos de manera sabia en la presente generación. Es necesario que los cristianos hoy en día, pidan sabiduría a Dios porque Él la da libremente (Stg. 1:5). ¡Inteligencia sin sabiduría puede llevar a los seres humanos a la locura! Dios nos libre de eso. ¡Demos Él, la gracia de su sabiduría!

Por la gracia los matrimonios viven de manera armoniosa

1 P. 3:7 – “Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo”.

La vida cotidiana en el hogar no es agradable como debería cuando los cónyuges no comparten la misma fe. El trato mutuo que los cónyuges deben dar y recibir está directamente relacionado al hecho de que ellos sean “coherederos de la gracia de la vida”. Y esto nada tiene que ver con la vida natural sino con la vida renovada, la nueva vida. Esta nueva vida, que hace posible una vida armoniosa, es producto de la gracia divina. La gracia de Dios tiene que ver con el modo en como vivimos nuestra vida cotidiana en el hogar y como tratamos a nuestro cónyuge. En la ausencia de esta gracia el marido trata a su mujer indebidamente. Por esta razón, es altamente aconsejable que los cristianos que quieren vivir días felices en su vida conyugal se casen solamente en el Señor, es decir, con aquellos que son genuinamente “coherederos de la gracia de la vida”. Todos, sin méritos propios en todas las áreas de la vida, sobretodo en la esfera de la redención, deben esperar por completo en la gracia de Dios que tendrá su manifestación final en la revelación de Jesucristo en el último día (1 P. 1:13). La gracia alcanza la vida de los hombres de comienzo a fin, tanto en la esfera de la vida natural como en la vida espiritual. Es inevitable para el ser humano recibir algún beneficio de parte de Dios que no sea expresión de su gracia.

LA TRINIDAD Y LA GRACIA

No se debe atribuir la gracia sólo a una de las personas de la Trinidad, como algunos lo hacen sin pensar. La Trinidad toda está involucrada en la tarea por gracia de la redención del pecador:

Dios, *el Padre*, es la fuente de donde proviene toda la gracia (Ef. 1:3). En muchos lugares en los cuales aparece la expresión “la gracia de Dios”, se puede también entender como refiriéndose a la primera Persona de la Trinidad.

Dios, *el Hijo*, es la propia expresión de la gracia y es el canal a través del cual la gracia de Dios llega hasta nosotros (Jn. 1:17). Este texto no se debe entender como si no hubiera gracia en el período del Antiguo Testamento. Hay muchos ejemplos de su gracia en la administración del pacto en el Antiguo Testamento (Gn. 6:8; Ex. 33:19; Sal. 84:11; 90:17, etc.). La gracia y la verdad fueron reveladas claramente con la venida del Redentor al mundo y con su muerte por los suyos en la cruz (Ro. 5:15,17,21).

Dios, *el Espíritu Santo*, es el administrador y el comunicador de esta gracia. Él internaliza la gracia en nuestros corazones. Él aplica el Evangelio predicado salvíficamente,

vivificando al pueblo de Dios. Así cambia sus corazones, abriendo sus ojos, renovando sus entendimientos y transformando sus afectos. Por esta razón, se le llama “Espíritu de gracia” (He. 10:29).

¡El Dios trino es el “Dios de toda gracia”! La gracia es uno de los atributos más emocionantes que las Escrituras presentan, porque humilla al pecador y exalta a Dios. Solamente la entienden, en alguna medida, aquellos que han sido beneficiados con ella.

OBS: La doctrina de la gracia, como una obra del Espíritu Santo, será estudiada en soteriología.

DIFERENCIA ENTRE MISERICORDIA Y GRACIA

Estas dos palabras son como dos lados de una misma moneda. Es prácticamente imposible hablar de la segunda, sin que se anteceda la primera. Dios a nadie le concede su gracia sin que antes haya sido misericordioso. Con todos los que Dios muestra misericordia ciertamente muestra también su gracia. Mientras que la *misericordia* le deja de dar al pecador culpable lo que merece (el castigo por sus pecados, Lm. 3:22), la *gracia* le da lo que no merece (vida, Ef. 2:8-9). Ambas, misericordia y gracia, son variaciones de la misma cualidad de Dios: su bondad.

Aplicación

Trate de entender, cada día más, el concepto de gracia

La palabra *gracia* es una de las palabras de las Escrituras que más dulce suena a nuestros oídos. Por lo tanto, nunca atribuya nada de lo que usted tiene a lo que usted hace, ni de cabida en su corazón al concepto de autojusticia. Gracia excluye toda noción de mérito de nuestra parte. Cuanto más correcto sea su concepto de gracia, más conciencia de su pecaminosidad usted tendrá. Esto fue exactamente lo que Pablo percibió cuando dijo que de entre los pecadores él era “el primero” (1 Ti. 1:15). Él no tenía más pecado que el que tiene usted o yo. Usted y yo estamos, por lo menos, en igualdad con Pablo con respecto a los pecados. Aún así, el secreto de este descubrimiento que Pablo hizo es que él conocía muy bien la gracia divina. Cuanto más contemplemos la idea de la gracia, más entendemos el concepto de “una salvación tan grande” que las Escrituras enseñan (He. 2:3).

Aprenda a alabar la gracia de Dios

Escribiendo a los Efesios Pablo dice:

Ef. 1:5-6 – “En amor, (Dios) habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, *para alabanza de la gloria de su gracia*, con la cual nos hizo *aceptos* en el Amado”.

En este versículo se deben observar cuatro enseñanzas: a) toda expresión de la gracia de Dios tiene su base en el Amado de Dios, Cristo Jesús. Nada de lo que recibimos está fuera de los merecimientos de Jesús; b) la gracia de Dios está llena de gloria. Ella resplandece en toda su extensión en la redención de los pecadores. Nada de la redención de ellos está fuera de su gracia; c) esta gracia, Pablo enfatiza, nos fue dada *gratuitamente*; d) la

predestinación y la adopción de hijos nos fueron dadas para que la gracia de Dios fuera alabada. Ahora, es necesario que usted alabe esta gracia y cante la maravillosa gracia de Dios.

Predique sobre la gracia de Dios

Algunos predicadores no entienden la belleza de la idea de la gracia y, por esta razón, pocos la predicán apropiadamente. Ustedes, si son predicadores y testigos del Evangelio, no pueden nunca dejar de hablar de la gracia, pues en su totalidad el Evangelio es pura gracia. Es lamentable que haya iglesias que no entiendan aún la idea plena de la gracia. Pero usted que ya comprendió razonablemente lo que la gracia significa, proclámela con todos sus pulmones. El mundo necesita oír de ella. Además de esto, pídale a Dios que dicha gracia sea internalizada en la vida de aquellos a quienes usted predica.

CAPÍTULO 19

LA SANTIDAD DE DIOS

Este es el gran atributo moral de Dios. La palabra hebrea para “santo” es *qadosh*, que significa cortar, separar. El erudito del Antiguo Testamento, Eichrodt, dijo que santo es aquello que es “separado, retirado del uso común”.¹⁹¹ En este sentido, todas las cosas que fueron usadas para un uso exclusivo son consideradas santas. Por ejemplo: las vestiduras sacerdotales eran santas (Ex. 28:2), el lugar específico para la preparación del sacrificio era santo (Ex. 29:31), los vasos usados en el templo eran santos (1 R. 8:4), etc. Todo lo que era usado de un modo específico para Dios era considerado santo. Estos objetos e instrumentos no tienen ninguna connotación moral ni la idea de majestad de la cual hablaremos más adelante. Ellos sólo muestran que fueron usados para un servicio especial, separados. No obstante, este mismo raciocinio no se puede decir referente a Dios. Dios es separado de una forma diferente. Él es separado de toda forma posible de existencia creada, porque está más allá y sobre cada una de ellas, y también por causa de su naturaleza majestuosa. Él es separado de los ángeles, de los hombres y, especialmente, de los pecadores (en este último caso es una separación moral). La palabra *qadosh* es una de las palabras más importantes de la religión del Antiguo Testamento, y es aplicada a Dios. La misma idea se traslada a la religión del Nuevo Testamento, con la palabra *hagios*, que se traduce como “santo”. Por lo tanto, santidad no tiene sólo la connotación de cualidad moral o ética.

LA NATURALEZA DE LA SANTIDAD

En las Escrituras, la idea de santidad es doble y es importante que hagamos la debida distinción en Dios entre santidad majestuosa y santidad moral:

La santidad majestuosa de Dios

En su sentido original, Dios es santo porque es totalmente distinto y separado de sus criaturas, además de ser exaltado sobre ellas por causa de su infinita majestad. Porque Dios es Dios, no es difícil para nosotros entender que Él es separado de sus criaturas por causa de su majestad. En este sentido, su santidad es singular. Nadie puede ser santo como Él porque nadie puede ser separado, por sobre y más allá de las criaturas. Mirando desde este punto de vista, su santidad es, por lo tanto, un atributo incomunicable.

Esta singularidad de Dios, aún delante de otros dioses, es afirmada en las Escrituras. Ellas nos dicen que Dios es *magnífico en santidad* (Ex. 15:11). La santidad de Dios se vincula al hecho de que Él es totalmente magnífico e infinitamente distante de nosotros en la manera en como Él es: en la nobleza y en la perfección de su naturaleza; en la grandeza

¹⁹¹ Walter Eichrodt, *Theology of the Old Testament* (Filadelfia: Westminster, 1961), vol. 1, 270.

de todos sus atributos. La santidad es prácticamente un atributo que califica todo lo que Dios es. Dios es majestuoso y glorioso en su santidad (Is. 57:15).

En las Escrituras, esta santidad es proclamada por los seres celestiales muchas veces (Is. 6:3; Ap. 4:8). ¡Ninguno de los atributos de Dios se canta tan solemne y majestuosamente como éste! ¡Ningún otro atributo se canta y se repite tres veces! ¡Esto es así porque Él muestra su gran y majestuosa gloria!

El aspecto de la santidad de Dios es lo que causa en el hombre el sentido de *pequeñez*, de que no es nada delante de la majestad de Dios.

En este sentido solamente Dios es santo. Ningún otro ser es santo como el Señor. Es la gloria característica de su naturaleza. Así como solamente Dios es bueno, así solamente Dios es santo (1 S. 2:2). Él no sólo es santo, sino que es santidad. Esto no se puede decir de los hombres y de ninguna otra divinidad creada por los hombres, sino solamente de Dios.

La santidad moral de Dios

En un sentido derivado, podemos decir que existe una santidad moral de Dios, que lo hace establecer leyes santas para sus criaturas. En este sentido, la santidad moral de Dios es la causa que hace que Él sea absolutamente libre de deficiencia ética. Las leyes que Él nos da reflejan quien es Él moralmente. Es en este sentido de santidad que nos vamos a concentrar, porque se relaciona más con nosotros.

La idea fundamental de santidad moral de Dios es también de separación, pero en este caso, es separación del mal moral, del pecado (Job 34:10; Hab. 1:13). Dios está libre de toda contaminación moral. La santidad de Dios también se observa en la manera en que Él exige santidad de los hombres, hechos a su imagen y semejanza.

Berkhof define la santidad moral de Dios como “aquella perfección divina en virtud de la cual Dios eternamente quiere y mantiene su excelencia moral, aborreciendo el pecado y exigiendo pureza de sus criaturas morales”.¹⁹²

LA IMPORTANCIA DE LA SANTIDAD DIVINA

La importancia de este atributo se revela en las propias Escrituras. Ningún otro atributo, en las Escrituras, se repite tres veces para afirmar lo que Dios es. Nunca se dice que Dios es justicia, justicia justicia, o que Él sea amor, amor, amor. La Biblia dice que Dios es “santo, santo, santo” y “que la tierra está llena de su gloria”. Es el único atributo enfatizado de manera especial. Con ésta observación no estamos sugiriendo que la santidad sea más importante que los otros atributos de Dios, sino que varios de sus atributos morales son calificados y realzados por su santidad. Es sólo un asunto de énfasis que las Escrituras le dan, en virtud de la naturaleza divina.

La importancia de la santidad está también en el hecho de que este atributo califica a todos los otros. El amor de Dios es santo, su justicia es santa, su misericordia es santa, etc. Todos los otros atributos morales de Dios son calificados por éste.

La importancia de la santidad está en el hecho de que Dios la usa para garantizar la veracidad de su palabra. Este atributo parece ser el más estimado para el propio Dios.

¹⁹² Berkhof, *Teología Sistemática*, 86.

Cuando Dios va a hacer un juramento, y no teniendo a alguien más alto por quien jurar, jura por su propia santidad.

Sal. 89:34-36 – “No olvidaré mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios. Una vez *he jurado por mi santidad* y no mentiré a David. Su descendencia será para siempre, y su trono como el sol delante de mí”.

Dios jamás podría fallar en su promesa, dejando que falte un sucesor al trono de David. Su palabra fue empeñada de manera muy seria. Era la honra de su nombre que estaba en juego. Dios nunca podría deshonorarse o negarse a sí mismo, no cumpliendo su promesa. Es por causa de su santidad esencial que Él no miente ni es falso en lo que dice. La garantía de la fuerza de su juramento está en su santidad.

Am. 4:2 – “*Jehová el Señor juró por su santidad*: He aquí, viene sobre vosotras días en que os llevarán con ganchos, y a vuestros descendientes con anzuelos de pescador”.

No sólo en sus dulces promesas Él jura con base en su santidad, sino también en la expresión de sus juicios. Además, Dios no falla en sus juicios porque Él es absolutamente santo y empeña su palabra con juramento fiado en su santidad.

Su santidad es la garantía del cumplimiento de su promesa. Todos los cristianos deben confiar en la Palabra de Dios porque Él es santo, no puede mentir. Su santidad es la garantía de su fidelidad. ¡Esto es altamente significativo!

EL PATRÓN DE LA SANTIDAD DIVINA

No podemos definir el patrón de la santidad de Dios como definimos la santidad de los seres humanos o la de los seres celestiales. Esto quiere decir que no podemos acomodar a Dios a su ley moral. La ley no existe para Él. Él no se puede medir por la ley que creó para los seres humanos, para seres finitos, que están sujetos a su gobierno moral.

No existe un patrón de santidad moral de Dios fuera de Él mismo. Podemos saber sobre los aspectos morales de Dios por lo que Él revela de sí mismo. La naturaleza de Dios es el patrón de santidad. La única regla para la santidad divina es su propia naturaleza moral. Él es el patrón para sí mismo. No hay ningún medio de verificar la santidad, sino aceptando lo que Él mismo dice de sí. Las Escrituras Sagradas son el único registro de la revelación de Dios que nos enseña algo de su naturaleza moral, pues sus leyes revelan quien es Él moralmente. Las Escrituras reflejan la mente de Dios, es decir, lo que Él piensa y como Él quiere que los seres humanos piensen y actúen.

La moralidad de Dios está íntimamente vinculada a su santidad. Ésta es el patrón moral de sus manifestaciones éticas. Lo que Dios ordena o prohíbe constituye y revela su santidad. No existe santidad fuera de Dios. Su naturaleza es el patrón verificador de la santidad. La noción perfecta de lo que es cierto y de lo que es errado proviene de nuestro conocimiento de la naturaleza de Dios. Si quisiéramos saber lo que la santidad significa, sólo es necesario mirar a Dios. Sin embargo, esta noción de su santidad sólo se muestra en el Libro Santo, que es la revelación de Dios.

MANIFESTACIONES DE LA SANTIDAD DE DIOS

La santidad moral de Dios se revela de varias maneras en las Escrituras. Ella se puede ver en sus obras, en sus leyes y en la redención del pecador.

En sus obras

Dios hizo todas las cosas buenas, inclusive al hombre. Dios hizo todos los seres racionales santos: los ángeles fueron creados originalmente santos, pero ellos no guardaron su estado original (Jud. 6); Dios hizo al hombre santo, es decir, en un estado de plena rectitud, pero él buscó muchas perversiones (Ec. 7:29). Sus criaturas racionales deberían reflejar perfectamente quien era el Creador. El pecado de ellas no provino de su “fabricación”, sino que ellas no tomaron a Dios en serio cuando Él les dio leyes.

Dios es santo en todas sus obras. Nada que viene de Él es imperfecto, porque es justo y recto (Dt. 32:4).

En sus leyes

La santidad de Dios se puede ver en el reflejo de su naturaleza que es su ley. Pablo dice que la ley de Dios es santa (Ro. 7:12) y David dice que es “pura” (Sal. 19:8). Estas dos palabras reflejan el carácter del santo Legislador. Sus leyes reflejan su santidad. Ellas nacen en las profundidades de su santa naturaleza, y se adaptan a la naturaleza original del hombre. Originalmente, las leyes de Dios, aquellas que dio en la Jardín del Edén y las que imprimió en el corazón del hombre, armonizaban perfectamente con el modo en como Dios lo había hecho.

Todos los estatutos de Dios son santos y revelan su naturaleza (Dt. 4:8; Sal. 19:10). Dios revela su santidad en dos expresiones de la Ley:

Ley Moral – Esta ley es la mejor y la más clara demostración del carácter santo de Dios. Ella prohíbe el pecado en todas las manifestaciones, sea en sus manifestaciones más groseras como en las más refinadas, porque ella es una ley santa, con varios adjetivos: perfecta, buena, justa, pura, limpia, etc. (Ro. 7:12; Sal. 19:8-9). Los mandamientos de Dios se les llama frecuentemente “juicios” porque juzgan correctamente lo que es bueno y lo que es malo. La finalidad de la ley santa no es simplemente mostrar que los hombres son pecadores, sino también llevarlos más cerca de la santidad de Dios. No obstante, por causa de la naturaleza pecaminosa del hombre, la ley, al contrario de perfeccionarlo, crea en él un sentido de desesperación, por la incapacidad que el pecado le causó.

Es importante observar que la santidad majestuosa de Dios se puede ver en la primera tabla de la ley, mientras la santidad ética se puede ver en la segunda tabla.

Sin embargo, es necesario observar que esta ley moral no se revela solamente en los Diez Mandamientos del Antiguo Testamento, sino también en las páginas del Nuevo Testamento. Shedd dice que “el Sermón del Monte es una edición revisada del decálogo, y se constituye en la base legal de la nueva alianza, como el decálogo lo fue para la antigua alianza. Cristo, en el Sermón del Monte, interpreta y espiritualiza los Diez

Mandamiento”.¹⁹³ Esta ley divina que atraviesa toda la Escritura es la más alta expresión revelada de su santidad, pues expresa exactamente quien es Él.

Ley Ceremonial – La santidad de Dios también aparece en la ley ceremonial, cuando él ordena los sacrificios por los pecados, mostrando su indignación contra ellos a través de la exigencia del derramamiento de sangre.

Los juicios de Dios son derivados de su santidad. La muerte de los corderos apuntaba a la naturaleza pura y santa de un Dios lleno de ira. Es bueno tener en mente que la ira y el juicio son correlatos de la santidad. Estos dos últimos no tendrían sentido sin la santidad de Dios.

Las otras ceremonias no sangrientas, como lavados y purificaciones, también apuntan a su santidad.

Las ordenanzas relacionadas con comidas inmundas, también reflejan su gusto por cosas limpias, que se relacionan con su santidad.

En la redención

El disgusto de Dios contra el pecado, lo que muestra su santidad, ¿tiene su evidencia más vívida en la muerte de Jesús en la cruz! Aquí su santidad se hace absolutamente clara. Charnock dice:

“no todos los cálices de los juicios que han sido o serán derramados sobre el mundo impío, ni el flameante horno de la conciencia del pecador, ni la irreversible sentencia pronunciada contra los demonios rebeldes, ni los gemidos de las criaturas condenadas, dan tal demostración del odio de Dios contra el pecado como su ira que fue derramada sobre su Hijo”.¹⁹⁴

El grito agonizante de Cristo en la cruz – “Dios mío, Dios mío (no “Padre mío, Padre mío”), ¿por qué me has desamparado?” (Mt. 27:46) – muestra la mayor manifestación del desagrado de Dios con el pecado. No hay forma de castigar al pecado sin castigar al hombre. Sin embargo, Dios no está bajo la necesidad de castigar al pecador personalmente. Jesús, siendo enviado al mundo, fue la única manera de que Dios castigara al pecado, castigando al representante, para redimir al pecador.

Gálatas 3:13 muestra que Jesús fue maldecido por Dios por causa de nuestros pecados. Ésta es la mayor prueba de la santidad de Dios que se opone y castiga al pecado; Isaías 53:10 muestra que Dios quebrantó al hombre de dolores para satisfacer la justicia que su santidad exigía.

Dios ama todo lo que está de acuerdo con su ley, y odia todo lo que se opone a ella (Pr. 15:26). Dios es necesariamente santo y no puede permitir que el hombre quede sin ser castigado. Dios ha perdonado al pecador, pero jamás ha dejado de castigar al pecado. Para que el pecador sea perdonado, *Otro* tuvo que tomar el lugar del pecador, pagando el precio del pecado, porque “sin derramamiento de sangre no se hace remisión” (He. 9:22).

Es lamentable que la doctrina de la santidad no sea enfatizada en las iglesias hoy en día. Los impíos no tienen ninguna idea de lo que la santidad de Dios significa, pero esto no es admisible entre los hijos de Dios. Porque los creyentes la ignoran, es que tienen un

¹⁹³ W. G. T. Shedd, *Dogmatic Theology* (Nashville: Thomas Nelson, 1980), vol. 1, 363.

¹⁹⁴ Charnock, *The Existence and the Attributes of God*, vol. 2, 134.

concepto erróneo sobre el Dios en el que creen. Todos necesitan tener la idea de un Dios amoroso, pero que nunca ha dejado de ser vengador. Estas dos “facetas” de Dios no se excluyen. Al contrario, ellas se hacen evidentes en el sacrificio de Jesucristo, que fue la única forma de que las dos cosas se muestren al mismo tiempo.

DIFERENCIA ENTRE LA SANTIDAD DE DIOS Y LA DE LOS HOMBRES

En Dios la santidad es una cualidad esencial; en los hombres es una cualidad adquirida y derivada; la santidad es una necesidad en Dios. Si Dios no fuera santo, Él no puede continuar siendo lo que es; pero la santidad no es necesaria en la criatura. Ésta puede continuar siendo lo que es sin que posea santidad.

En Dios la santidad es una cualidad inmutable, porque es parte de su sustancia, no se puede separar de Él; en la criatura la santidad es una cualidad mutable, porque ella puede no ser santa y continuar siendo lo que es. Dios creó al hombre santo y, sin embargo, dejó de serlo. La santidad es una cualidad separada de los hombres. Si la santidad de los hombres fuera inmutable Adán no habría pecado.

En Dios la santidad es infinita; en el hombre, no. Dios es santo por excelencia porque su santidad se vincula a otros atributos suyos que le son esenciales. Dios no cambia; es absolutamente verdadero; es purísimo en su amor, etc. La santidad en el hombre es finita porque es recibida. Cuando la redención concluya, el hombre permanecerá santo por una obra de la gracia efectuada en él, no porque haya adquirido una capacidad divina. Él continuará siendo finito, aún después de la redención final. Por lo tanto, finitas serán también sus cualidades adquiridas.

COLORARIO DE LA SANTIDAD DE DIOS

La santidad de Dios determinará el concepto de evangelización

La iglesia, generalmente, encuentra la base para su tarea evangelística en el entendimiento de la necesidad humana. No es errado demostrar la necesidad de los pecadores de ser salvos. No podemos despreciar esta idea. Sin embargo, no es éste el énfasis primordial de las Escrituras ni es la razón última de nuestra tarea evangelística. La causa última está en la santidad de Dios que no puede traer a los pecadores para sí sin la tarea de la redención que hizo Cristo Jesús. La santidad de Dios exige que los pecadores sean castigados, porque tiene que ser satisfecha la justicia de Dios. No obstante, en la evangelización anunciamos que las culpas del pecador por quien Cristo murió, ya fueron pagadas. La santidad de Dios exige que el pecador sea castigado personal o representativamente. La santidad de Dios es la que exigió la muerte de Jesucristo. Y es el amor santo de Dios que hizo que Cristo se ofreciera en el lugar de los pecadores.

En la proclamación de la redención, el mensaje de las Buenas Nuevas es que aquel que es salvo tiene sus deudas saldadas por el “fiador” del nuevo pacto. Por lo tanto, es la santidad de Dios que, en último análisis, exige que el mensaje sea proferido en términos de los pecados pagados por Jesucristo. Si el mensaje no tuviese este contenido, no es Buena Nueva, ni viene del Dios santo.

La santidad de Dios determinará el concepto de adoración

Es la santidad de Dios que regula y conduce nuestra adoración. Actualmente, las personas perdieron el verdadero concepto de la naturaleza de Dios y, perdieron también, por esta razón, el modo correcto de adorar a Dios. Las personas se acercan a Dios sin el sentido de santidad ni se preocupan de su propia santidad. Lo que importa para estos adoradores es que ellos se sientan bien con lo que hacen en el culto. Su vida ética ni el Dios santo de las Escrituras importan. Sin embargo, las Escrituras dicen que debemos “acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura” (He. 10:22). Porque Dios es santo, nuestra manera de vivir y de rendir culto se debe conformar a la naturaleza de Dios. El adorador se debe adaptar al Adorado. El gusto del Adorado debe ser respetado en el culto. Nunca al contrario. Sin embargo, no es esto lo que vemos en muchas iglesias evangélicas en nuestros días.

Dios es santo, augusto y majestuoso. No podemos aproximarnos a Él sin el debido sentido de plena reverencia. El Dios del Antiguo Testamento es el mismo del Nuevo. Por lo tanto, nuestra aproximación hacia Él debe ser siempre de santo temor. Vea lo que el escritor a los Hebreos dice con respecto al modo en como rendimos el culto divino:

He. 12:28-29 – “Así que, recibiendo nosotros un reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella *sirvamos* a Dios agradándole con temor y reverencia, porque nuestro Dios es fuego consumidor”.

El contexto de estos versículos del autor de Hebreos es el de culto. El término usado para “sirvamos” se debería traducir como “rindamos culto”, pues el término griego es *λατρεύομεν* (*latreuomen*) que viene de *λατρεία* (*latreia*), que significa adoración o culto. Por lo tanto, en nuestro servicio (culto) a Dios necesitamos tener reverencia y santo temor. Éste es el culto que le agrada a Dios. Para que tengamos esta actitud en la adoración divina es necesario que sepamos a Quien estamos adorando.

La pérdida de la reverencia y del santo temor es evidente en los movimientos modernos de liturgia. Muchos adoradores no tienen en su adoración el sentido de santa reverencia a Aquel a quien adoran. El escritor sacro está hablando de un culto reverente que debemos rendir a Dios, lleno de santo temor, por causa de la *naturaleza* del Dios que adoramos. Él es fuego consumidor.

Estas nociones no están presentes en la mayoría de los cultos que se le rinden a Dios. Las reuniones que innovan la liturgia están llenas de irreverencia que pierden la formalidad, aún para reuniones sociales que las personas hacen en su vida diaria, como ciudadanos. Cuando las personas tratan con las autoridades de este mundo, incluso tienen cierta postura que las diferencia de una conversación con su igual, pero con Dios la conversación es destituida de toda ceremonia, reverencia o santo temor.

Hanko dice que la falta de temor a Dios “es la que, en gran medida, explica el bajo patrón de moral, la mundanalidad y la carnalidad, la locura del placer y la perversión ética, que caracterizan a nuestros tiempos”.¹⁹⁵ La falta de temor a Dios, que ha caracterizado a la

¹⁹⁵ Herman Hanko, “*The Fear of the Lord in Worship*”, en *Worship in the Presence of God*, eds. David Lachman y Frank J. Smith (Greenville, SC: Greenville Seminary Press, 1992), 28.

presente generación de adoradores, ha producido una adoración sin ningún sentido de reverencia al Adorado.

La presencia de la grandeza, de la majestad y de la santidad de Dios debería colmarnos de reverente temor delante de Él. El culto involucra directamente esta presencia. Por lo tanto, su presencia debería tener como respuesta el reverente temor. David dijo: “Mi carne se estremece por temor de ti” (Sal. 119:120).

Es así como deberíamos sentirnos y comportarnos delante de Él en el momento de la adoración. El Santo es el que está entre nosotros en el culto. Pero cuando el adorador

“asume una actitud de familiaridad, cuando le habla a Dios como si fuera su igual, sin ningún sentido de admiración y reverencia en su voz y palabras, en sus comunicaciones con el Santo Dios, él se hace profano y blasfemo”.¹⁹⁶

Si en nuestra adoración el sentido de admiración y el de reverencia por el Señor no están presentes, no existe una verdadera adoración. Estos son los elementos esenciales de ella. Pero cuando están presentes, entonces podemos disfrutar el sentido de la rica y majestuosa presencia de Aquel a quien adoramos.

Por lo tanto, conózcase a sí mismo, conociendo quien es realmente el Dios verdadero. Cuando usted descubra la profundidad de la santidad divina, entonces podrá ejercer una verdadera adoración.

La santidad de Dios lo hará humilde

Si usted a entendido correctamente la santidad de Dios, dicha santidad va a promover en usted la humildad no el orgullo. Recuerde el ejemplo de Pedro, registrado en Lucas 5. Después de haber intentado pescar inútilmente toda la noche, Pedro recibió la orden de Jesucristo para lanzar la red. Éste dudó al principio, de que iba a resultar, pero terminó diciendo: “en tu palabra echaré la red” (v.5). Cual no sería su sorpresa cuando Pedro intentó recoger las redes: éstas estaban llenas, al punto de que se rompían (v.6). Cuando Pedro se dio cuenta delante de Quien realmente estaba, tuvo un sentido de humildad y de pequeñez. Él se sintió impuro delante de la santidad del Redentor. Él terminó postrándose a los pies de Jesús y le dijo: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador” (v.8).

El reconocimiento de la santidad del Señor causó en Pedro el sentido de disminución de su “yo”. Solamente cuando contempló al Santo de Dios en aquel momento es que Pedro sintió su propio tamaño. Él se vio como era: pequeño y, además, un pecador. Lo que ocurrió con Pedro ya había ocurrido con Isaías, cuando tuvo la visión de la santidad de Dios. Allí él se hizo humilde y reconoció su propia miseria. Con Pedro no podría ser diferente. Ésta es la sensación que todos los seres humanos experimentan cuando se confrontan con la santidad divina.

Cuanto más conciencia tenemos de la santidad de Dios, más humildes y reconocedores de nuestro pecado nos hacemos. Porque hemos perdido la noción de la santidad de Dios, también perdemos la humildad. Es por esto que hay tantas personas presuntuosas y llenas de sí, en medio del pueblo de Dios llamados “creyentes”: ellas no

¹⁹⁶ Ibid., 32.

saben cuan pequeñas e inmundas son porque no saben cuan santo es el Dios en quien profesan creer.

ILUSTRACIONES DE LA SANTIDAD DE DIOS

Moisés y la santidad de Dios

Hay dos textos en el libro de Números que muestran que la no consideración de la santidad divina es un perjuicio para los hombres: Números 20:1-13; 27:12-14, son pasajes que muestran la ira de Moisés contra el pueblo, por causa de su reclamo por la falta de alimento y agua en el desierto (Nm. 20:3-5). El pueblo está acampando en Cades (en hebreo *Kadesh* = santo). Entonces, allí, Dios manda que, delante del pueblo, Moisés le hable a la roca a fin de que el agua brote de ella (v.8). Moisés reunió al pueblo, tomó la vara como el Señor le había ordenado, pero sucedió que él estaba airado con el pueblo, e hizo algo muy diferente a la orden del Señor. Al contrario de hablarle a la roca, él “golpeó la peña con su vara dos veces” (v.11). El agua salió abundantemente de la roca, pero el castigo vino sobre Moisés y Aarón, que no pudieron entrar en la tierra prometida (v.12).

Es muy curioso que, después de la desobediencia, Dios le dice a Moisés:

“Por cuanto *no creísteis* en mí, para *santificarme* delante de los hijos de Israel...” (v.12)

Golpear la roca fue un acto de desobediencia, una falta por no seguir las instrucciones de Dios. Esta falta fue considerada por Dios como “incredulidad”. No obstante, además de incredulidad, lo que Moisés hizo fue un acto de irreverencia para con la palabra de Dios. Una irreverencia que generó la incredulidad. La respuesta apropiada a la santidad de Dios es la reverencia para con Él, y el resultado del temor es la obediencia. Sin embargo, la ira de Moisés para con el pueblo en el desierto, había sobrepasado a su temor y reverencia para con Dios, en lugar de que su temor a Dios haya vencido su ira. Moisés dejó de manifestar la santidad gloriosa de Dios, dejando de tratarlo como el Santo que era. Moisés no atribuyó a Dios la gloria del milagro que le pertenecía. Dios no fue glorificado en su santidad por el pueblo, porque a Moisés lo venció su propia ira, en lugar de honrar a Dios en medio del pueblo, obedeciendo a su palabra. Dios, entonces, tomó muy en serio la actitud irreverente de Moisés, y lo castigó.

Más tarde, Dios se hizo a sí mismo lo que Moisés debería haber hecho y no hizo.

“Estas son las aguas de la rencilla, por las cuales contendieron los hijos de Israel con Jehová, y él se *santificó* en ellos” (v.13)

Así, Dios fue santificado en la presencia del pueblo como el Santo de Israel. Él se presentó majestuosamente a su pueblo y mostró que Él es santo moralmente, pues castiga la desobediencia, la incredulidad y la irreverencia para con aquellos que desprecian su palabra. Si Dios no fue santificado por Moisés delante del pueblo, Él mismo hizo para sí lo que los hombres no hicieron. Si Él no es glorificado por su pueblo, Él será glorificado en y sobre nosotros. Es significativo que esta actitud divina para consigo mismo, es decir, la de santificarse, se dio en el lugar llamado “Santo” (*Kadesh*).

Uza y la santidad de Dios

El texto de 2 Samuel 6:1-11 es muy impresionante, especialmente para la mentalidad de nuestro tiempo, que rechaza toda actitud drástica por causa de los errores de otros. La santidad de Dios es evidente en este pasaje en el modo en como Dios trata a aquel que pierde la reverencia por su santidad, aunque con los mejores propósitos.

El arca de la alianza había sido capturado por los filisteos y, por algún tiempo, fue guardado como un trofeo, pues era la mayor pieza de la religiosidad judaica, ya que la vara de Moisés y una muestra del maná estaban allí guardados, y era el símbolo de la presencia de Jehová en medio de su pueblo.

Después de derrotar a los filisteos (2 S. 5:19-25), David trajo el arca de regreso a Jerusalén. Este arca santísimo se escondía en el lugar santísimo del tabernáculo. Según las instrucciones de Dios, el arca sólo podría ser transportado por las varas colocadas en las argollas (ver Ex. 25:10-22). Si alguien miraba el arca (¡aún más si lo tocaba!) moría (Nm. 4:1-20).

En el viaje de regreso a Jerusalén, pusieron el arca en un carro nuevo tirado por bueyes y, en el medio del camino, los bueyes tropezaron, y Uza, uno de los hijos de Abinadab que guiaban el carro, puso la mano en el arca con miedo a que cayera (v.6). Entonces, la santidad de Dios se vio cuando vino su ira contra Uza, por haber tocado el arca, lo que fue considerado un acto de *irreverencia* (v.7). Entonces, el Señor lo hirió allí y murió. Él no debería haber tocado el arca santo del Señor santo. Aunque esto parezca extraño a nuestros ojos, esta santidad fue reivindicada por Dios, que exige reverencia para con las cosas que son santificadas.

Aquel que debería ser un tiempo de gran alegría (y lo fue momentáneamente), vino a ser un tiempo de tristeza. Ellos se habían olvidado de cuan santa era el arca, pues era el lugar donde Dios se mostraba presente en medio del pueblo. En lugar de transportarla según establecía la ley (Nm. 4:1-20), ellos violaron la ley, y esto se consideró un pecado contra la santidad de Dios, un acto de pura irreverencia.

La primera reacción de David fue de decepción frente a la actitud de Dios con Uza. La opinión de David fue que Dios no debería haber hecho lo que hizo con él. Al final de cuentas, Uza estaba intentando ayudar para que el arca no cayera. David se había olvidado de la ley santa de Dios y cuan enojado Dios se pone cuando se viola su santidad. A esta altura, David aún no sabía cuan santo era Dios. Era necesario que Dios se manifestara en ira para que David entendiera esto, materia que pocos de nosotros entendemos hoy.

La iglesia contemporánea ha perdido esta noción de la santidad divina. Es necesario que volvamos a estudiar este asunto, pues hay una gran urgencia de que se aprenda este concepto en la vida del pueblo de Dios. La irreverencia es un pecado muy serio y peligroso. Aún cuando nuestros motivos son sinceros, ella no es justificada por Dios, especialmente la irreverencia que tiene que ver con el culto divino, tratado de manera tan irreverente en nuestros días. Necesitamos acordarnos de la santidad de Dios y poseer una reverencia que se manifieste en obediencia a sus preceptos y mandamientos.

Nuestro Dios es el mismo de ayer. Él no es diferente. ¿Usted ha pensado que pasaría si Él decidiera manifestar su ira para con nosotros, por causa de nuestros actos de irreverencia, especialmente con los que están relacionados al culto de su santo Nombre?

Este ejemplo de Uza es sólo una manifestación muy pequeña del gran universo de la santidad divina. Éste es el atributo más precioso para Dios porque todos los otros son comparados con él. Por lo tanto, es de gran importancia que la iglesia contemporánea dé la debida atención a esta materia, a fin de que no seamos hallados faltos delante de Dios.

Isaías y la santidad de Dios

El texto de Isaías 6:1-10 tal vez sea, de todos, el más ilustrativo de la santidad de Dios. Isaías vio seres celestiales proclamando en alta voz la triple santidad de Dios, en un ambiente extremadamente lleno de majestad y gloria, lo que causó en el profeta una fuerte reacción, acompañada de un gran sentido de pecado. Hay, por lo tanto, dos aspectos en esta visión que necesitan ser observados: la revelación de la doble santidad de Dios y la reacción de Isaías.

La revelación de la santidad majestuosa de Dios

La santidad majestuosa de Dios se nota en la narrativa de Isaías: “El año en que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el Templo” (v.1). La idea de “sublime” es la de exaltación o elevación. Era una escena de glorificación que Isaías contemplaba. El versículo 1 muestra la manera en como el pequeño percibía al grande, el menor al mayor.

Isaías vio al Rey del universo lleno de gloria, lo que le causó un sentido de absoluta pequeñez y miseria.

La revelación de la santidad moral de Dios

La revelación de la santidad majestuosa también lleva al reconocimiento de la santidad moral de Dios. La escena que Isaías vio no solamente lo llevó a contemplar la grandiosidad de la realeza de Dios, sino también la perfección de su carácter moral. Ésta es la conclusión a la que Isaías llega cuando los serafines, en una actitud de reverente conducta, dicen: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos” (v.3).

La reacción de Isaías delante de la santidad majestuosa y moral de Dios

El texto dice, en el versículo 2, que los serafines tenían seis alas y que con dos de ellas se *cubrían el rostro*. Esta actitud de los serafines es una indicación de que la santidad majestuosa de Dios no permitía que aún las santas criaturas celestes, que cantaban “santo, santo, santo”, pudieran contemplarlo.

Ahora, ¡si seres santos no podían contemplar la santidad majestuosa de Dios, imagínese al pecador! La visión de la santidad divina despertó inmediatamente en Isaías una violenta reacción en cuanto a su comportamiento y al comportamiento de su nación. Ésta es la santidad majestuosa de Dios que despoja al ser humano de todo orgullo y presunción. ¡Isaías quedó desnudo delante de la santidad divina!

El profeta no solamente reconoció su pequeñez delante de la santidad majestuosa de Dios, sino también reconoció su pecado delante de la santidad moral de Dios. Entonces, Isaías confiesa humildemente su pecado y es purificado de él. La contemplación de la santidad de Dios causa en nosotros el sentido de que somos inmundos. Nuestro sentido de depravación es determinado por nuestro sentido de la santidad de Dios. Solamente cuando nos conscientizamos de la realidad de Dios es que tenemos conciencia de quienes somos.

Aplicación

Busque tener el sentido de la santidad de Dios

Porque Dios es santo nos debemos aproximar a Él con la máxima reverencia (Sal. 2:11; 89:7; 99:5; Ex. 3:5). Es de esta forma que los seres celestiales, que son conservados en santidad, se comportan delante de Él (Is. 6:3). Ahora, si los serafines tenían conciencia de la santidad divina, imagine la necesidad que nosotros debemos tener de esta conciencia, siendo pecadores. La única manera de tener el sentido de pecado es tener el sentido de la santidad divina.

Cuanto mayor es el sentido de la santidad de Dios, mayor es el sentido de pecado y, por lo tanto, más aceptos seremos en su presencia; cuanto mayor es el sentido de la santidad de Dios, más santos seremos en nuestros procedimientos.

Porque Dios es santo, debemos dirigir nuestra vida de acuerdo con los preceptos de Él. Dios no exige que seamos omnipotentes, omniscientes, eternos, etc., pero Él ordena en su Palabra que seamos santos como Él (1 P. 1:16). En otras palabras, Dios quiere que seamos personas diferentes, distintas de las personas del mundo, por la manera de comportarnos. No glorificaremos tanto Dios al admirarlo, al apreciarlo, al reconocer sus perfecciones, como cuando obedecemos su Palabra, andando en caminos de rectitud.

Cuando usted tenga conciencia de la santidad de Dios, usted tendrá un verdadero temor de Dios y se protegerá de las tentaciones. ¿Por qué muchas personas adulteran, roban o hacen cualquier otra cosa? Porque no tienen el sentido de la santidad de Dios y, por consiguiente, no tienen una santa admiración por Dios y un temor a Él.

Cuando usted tenga conciencia de la santidad de Dios, usted tendrá un deseo de parecerse a Él. Entonces, la imagen de Dios será cada día renovada dentro de usted. Ciertamente Dios está haciendo esto en la vida de aquellos a quienes Él ama, porque las Escrituras dicen que “nosotros todos, mirando a cara descubierta y reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en su misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Co. 3:18). Cuanto más concientes de la santidad de Dios, más desearemos reflejar la santidad de Jesucristo. Lo opuesto también es verdadero: cuanto más los hombres desconocen la santidad de Dios, más viven en pecado, y quieren menos ser como Dios.

Sepa que Dios es el modelo para nuestra santidad moral

Isaías entendió esta verdad de una manera muy personal. Él no habló de los pecados de los otros, sino de su propia pecaminosidad delante de la santidad majestuosa y moral de Dios. Dios fue la medida de la conciencia moral de Isaías.

Sin embargo, esta gran verdad que Isaías comprendió en su tiempo, los hombres de nuestra generación han olvidado. Vivimos en un tiempo cuando la noción de paradigma moral se está perdiendo en medio de una sociedad que, éticamente, se desmorona. Esto sucede por causa del pluralismo post-modernista que dice que no hay un patrón fijo o una verdad objetiva. Todo en cuestiones éticas y morales, en nuestros días, es relativo y subjetivo. La verdad es una cuestión de opinión personal, sin que haya un paradigma externo y fijo. No obstante, el cristiano tiene que tomar una actitud totalmente diferente de la sociedad presente. Para el cristiano, Dios es el modelo de verdad absoluta, y también, en

lo que se refiere a la vida ético-moral. Dios no tolera relativizar la verdad. Solamente Dios, a través de su Palabra, es el verificador de aquello que es santo.

Sea santo como Dios

Vea lo que Dios dice con respecto a la necesidad que usted tiene de ser santo:

1 P. 1:15-16 – “Sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo”.

Ésta es una orden divina, no es una opción que usted tiene. No obstante, la orden no es para que usted sea esencialmente como Dios, pues esto es absolutamente imposible. La orden es para que usted refleje al Dios que lo creó de acuerdo con la naturaleza que Él le dio. Dios quiere que usted refleje ética y moralmente sus leyes, su carácter y haga las cosas como Él las haría si estuviera en su lugar. Es una necesidad la santidad en el cristiano. Y la única manera de ser santo es andar en los pasos de la fuente de la santidad “Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Jn. 3:3).

Como hijo amado de Dios, usted tiene que andar en sus pisadas. Usted es llamado a ser imitador de Él. Es en este sentido que usted tiene que ser santo. El modo que tiene de seguirlo es obedecer sus leyes santas. “Somos conformados a su santidad cuando nos regulamos por su ley, que es la transcripción de su santidad: no lo imitamos cuando hacemos simplemente algo que se acomoda a su santa ley, sino cuando lo hacemos con respecto a la pureza del Legislador”.¹⁹⁷ Nuestra preocupación al hacer la voluntad de Dios es por causa de la propia naturaleza de Dios. Hay muchas personas que hacen cosas buenas, que son dignas de alabanza, pero no tienen ninguna apreciación por el Dios que creó las santas leyes. Ser imitador de Dios es hacer las cosas correctas por causa del santo Legislador.

Por lo tanto, sea santo porque esto es lo que Él quiere que usted sea. ¡Séalo por causa de Él!

¹⁹⁷ Charnock, *The Existence and Attributes of God*, vol. 2, 200.

CAPÍTULO 20

LA JUSTICIA DE DIOS

Este atributo moral está directamente vinculado y dependiente del concepto de la santidad de Dios. No habrá ninguna idea clara sobre la justicia de Dios sin que haya una correcta noción de su santidad. La justicia de Dios es la característica de su naturaleza que lo lleva a mantener la idea de su santidad. La justicia preserva intacta la noción de que Dios es absolutamente santo y que no puede ser manchado o provocado por los seres humanos y celestiales sin que haya una respuesta castigadora de su parte. La justicia de Dios es la fase de la santidad de Dios que se ve en su trato hacia el obediente y desobediente, ambos sujetos de su dominio. En este atributo Dios da a cada uno lo que se merece. La noción de *débito* u *obligación* necesariamente entra en la consideración de este atributo.

La ley de Dios refleja su santidad. Cuando la ley es infringida, la santidad de Dios lo obliga a manifestar su ira. El pecador está en deuda con la ley y, por lo tanto, debe recibir el castigo de ella. La idea fundamental de justicia es la de la estricta adhesión a la ley.¹⁹⁸ Los hombres tienen que vivir de acuerdo con la ley, que es la expresión de la santidad de Dios, de su carácter. De lo contrario, ellos reciben la debida retribución de parte de Dios.

Podemos considerar la justicia de Dios de dos maneras:

a) *Justicia Absoluta*

Berkhof la define como “aquella rectitud de la naturaleza divina, en virtud de la cual Dios es infinitamente justo en Sí mismo”.¹⁹⁹ Ésta es la justicia inherente a Dios. Aunque nunca se manifieste y los hombres nunca la perciban, este aspecto es muy importante porque define el aspecto de la justicia relativa, más abajo mencionada. La justicia absoluta va a definir el *modus operandi* de Dios en el trato con sus criaturas. La justicia absoluta de Dios es la que está íntimamente ligada a su santidad.

b) *Justicia Relativa*

Berkhof la define como “aquella perfección de Dios por medio de la cual Él se mantiene contra toda la violación a su santidad y deja de manifiesto en todos los sentidos que Él es santo”.²⁰⁰ Es la justicia que se manifiesta en el dar a cada uno conforme a lo que merece. La justicia inherente de Dios (la absoluta) es la base natural de su justicia relativa al tratar con sus criaturas.

Es con respecto a la *justicia relativa*, es decir, la que se relaciona con los hombres, que nos vamos a detener en este capítulo. La Biblia está llena de expresiones con respecto a la justicia divina:

- Textos que afirman que Dios es justo: Esd. 9:15; Neh.9:8; Sal. 119:137; 145:17; Jer. 12:1; Lm. 1:18; Dn. 9:14; Jn. 17:25; 1 Jn. 2:29; 3:7; Ap. 16:15.

¹⁹⁸ Ver Berkhof, *Teología Sistemática*, 77-78.

¹⁹⁹ Berkhof, *Teología Sistemática*, 77.

²⁰⁰ Ibid.

- Texto que afirma que los juicios del Señor son justos: Ap. 16:7.
- Texto que afirma que la ley del Señor es justa: Dt. 4:8.

DISTINCIONES APLICADAS A LA JUSTICIA DE DIOS²⁰¹

JUSTICIA GOBERNATIVA

Es aquella que Dios impone como gobernante de los buenos y malos. Él es el Legislador y pone a los hombres bajo sus leyes. En virtud de esto, Él instituye el gobierno moral del mundo, impone una ley justa sobre los hombres, con promesas de recompensa para el obediente, y advertencias de castigo para los transgresores.

En el Antiguo Testamento frecuentemente Dios aparece como el Legislador de Israel (Is. 33:22) y de todos los otros hombres (Stg. 4:12). En esta función de Legislador, Dios es visto como el gobernador moral del universo.

JUSTICIA DISTRIBUTIVA

Esta justicia se relaciona estrechamente a la justicia gubernativa. La justicia distributiva se usa para designar la rectitud de Dios en la *ejecución* de la ley, y se relaciona con la *distribución* de las recompensas a los obedientes y de los castigos a los desobedientes y rebeldes (Is. 3:10-11; Ro. 2:5-7; 1 P. 1:17).

Cuando esta justicia distributiva se refiere a la recompensa de los justos se le llama:

a) Justicia Remunerativa

Es la recompensa distribuida a los seres racionales, hombres y ángeles, en virtud de lo bueno que hacen.

Las bendiciones de la justicia remunerativa son siempre condicionales

Es muy importante observar que la recompensa que Dios concede a los que hacen el bien siempre se relaciona a la observancia del pacto. Todas las bendiciones pronunciadas por Dios son condicionadas a la obediencia a las leyes instituidas en la relación del pacto. Verifique el ejemplo que está a continuación:

Dt. 7:12-14^a - “Y por haber oído estos decretos y haberlos guardado y puesto por obra, Jehová, tu Dios, guardará contigo el pacto y la misericordia que juró a tus padres. Y te amará, te bendecirá y te multiplicará, y bendecirá el fruto de tu vientre y el fruto de tu tierra, tu grano, tu mosto, tu aceite, la cría de tus vacas, y los rebaños de tus ovejas, en la tierra que juró a tus padres que te daría. Bendito serás más que todos los pueblos...”.

Se puede deducir claramente del texto que las bendiciones allí prometidas tienen un carácter eminentemente condicional, pues Dios mismo coloca un “si” conectando con la

²⁰¹ Ibid., 87-88. Muchas expresiones son sacadas literalmente de Berkhof.

obediencia a sus preceptos (que Dios llama “juicios”) para que el pueblo recibiera las bendiciones de carácter temporal mencionadas en el texto (cf. 2 Cr. 6:14-15).

Sal. 58:10-11 – “Se alegrará el justo cuando viere la venganza; sus pies lavará en la sangre del impío. Entonces dirá el hombre: “*Ciertamente hay galardón para el justo*; ciertamente hay Dios que juzga en la tierra”.

Este texto es completo para nuestros propósitos: 1) dice que Dios es juez justo, porque Él ejerce justicia en la tierra; 2) la justicia de Dios se manifiesta en el castigo del impío y en la recompensa del justo. Uno de los privilegios del justo es ver la derrota del impío bajo la pesada mano de Dios, pues el texto menciona la derrota y muerte del impío. Cuando la justicia se manifiesta hay alegría de parte del justo. No obstante, el punto alto de este texto es que, en verdad, “hay galardón para el justo”. ¿Por qué un ser humano recibe recompensa de parte de Dios? Porque él es justo, es decir, porque anda en rectitud. El Señor decidió recompensar a aquel que le obedece y cumple sus preceptos. Éste es el justo.

Mt. 25:21 – “Y su señor le dijo: “Bien, buen siervo y fiel; *sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré*; entra en el gozo de tu señor”.

Es obvio que este versículo es parte de una parábola y todos sus detalles no pueden ser tomados como regla, pero una parábola trae principios que se deben ser tomados en cuenta en toda época. La parábola es la de los talentos y el principio más importante es que el siervo recibe conforme con lo que hace. Si él trabaja mucho, él conquista mucho. Por lo tanto, el siervo es recompensado proporcionalmente, de acuerdo con el producto de su trabajo. Siendo fiel en el cumplimiento de su tarea, el siervo recibió la recompensa de su señor. Sin embargo, si el siervo no trabaja, no recibe la remuneración o recompensa (ver vv. 24-27).

Las bendiciones de la justicia remunerativa no son meritorias

La criatura no tiene mérito alguno delante del Creador por las cosas buenas que hace. Jamás ninguna criatura puede alegar mérito por lo que hace, de forma que Dios se haga deudor del ser humano. Hay algunas ilustraciones de estas bendiciones de la justicia remunerativa, que muestran la ausencia de mérito de quien hace las buenas obras:

Lc. 17:10 – “Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos”.

Este versículo nos enseña el principio del desmérito humano. Hay algunas cosas que necesitan ser analizadas: 1) somos siervos y, como tales, estamos sujetos a las órdenes de nuestros señores; 2) el deber de un siervo es obedecer a su señor; 3) la obediencia no merece una recompensa, porque es una obligación; 4) cuando un siervo hace todo lo que se le ordena, aún es siervo inútil, porque hace sólo lo que debía.

El siervo recibe la recompensa por su trabajo. Es su salario, pero todo lo que hace no es meritorio porque es su deber cumplir órdenes. Es en este contexto que usted debe entender este versículo. No es un trabajo movido por el amor espontáneo, sino por causa de la orden.

1 Co. 4:7 – “Porque, ¿quién te distingue? ¿O qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?” (cf. Job 41:11).

En este versículo, Pablo está tratando con personas que se jactan de lo que eran y de lo que poseían. Eran personas llenas de soberbia porque se hallaban mejores que Pablo y Apolo (vv.6, 8). Ciertamente, los creyentes de Corinto eran personas que tenían dones, pero Pablo les enseña algunas verdades que todos nosotros necesitamos aprender:

1. Ninguno de ellos tenía el derecho de jactarse, es decir, de querer sobresalir más que otros y gloriarse de lo que tenía. Estos habitantes de Corinto eran arrogantes, engreídos, llenos de sí. Se tenían a sí mismos en alta estima cuando se comparaban con los otros: Probablemente cada uno pensaba para sí: “Yo soy el mejor”.

Ésta es la primera lección que debemos aprender: jamás debemos ser arrogantes en virtud de lo que tenemos o somos.

2. Si poseían alguna cosa, estas cosas no eran inherentes ni esenciales a ellos. Eran posesiones adquiridas. Habían sido recibidas de alguien. No pertenecían a ellos por naturaleza. Pablo le preguntó a los corintios: “¿Por qué se están comportando de manera tan arrogante? Todo lo que ustedes poseen no viene de ustedes mismos. El grupo de ustedes no es mejor que otro. Ustedes no tienen nada de que jactarse. Todos los que tenemos alguna cosa, la tenemos porque la recibimos. Si no la hubiéramos recibido, no seríamos nada”.

Ésta es la segunda lección: Nunca debemos pensar que las cosas buenas que tenemos proceden de nosotros mismos. Todo viene del Señor.

3. Ellos nunca deberían comportarse como si lo que tenían no lo hubieran recibido, dando a entender a los otros que estas posesiones eran originalmente de ellos, producto de la bondad y de capacidades inherentes en ellos mismos. Nunca deberían haber pensado que los dones espirituales y otros talentos y virtudes, demostrados entre ellos, venían de ellos mismos. A todo lo que tenían se le aplica la declaración de Santiago: “Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces” (Stg. 1:17). Si Jesucristo, que era todo y tenía todo, decidió no hacer uso de lo que tenía ni jactarse de lo que esencialmente era (Fil. 2:6-8), ¿por qué nosotros queremos mostrar lo que tenemos cuando lo que tenemos no es nuestro, sino recibido de arriba?

Ésta es la tercera lección: Cuando hacemos cosas buenas y que agradan a Dios, cuando tenemos cosas buenas que hacen bien a otros, debemos entender que Dios nos ha dado todo por gracia; son capacidades venidas de lo Alto para nuestro bien y para el provecho de los otros. Jamás debemos pensar que las tenemos en virtud de nuestro propio mérito.

Las bendiciones de la justicia remunerativa son producto del pacto

Las recompensas que Dios da al hombre vienen como fruto de su relación de pacto con su pueblo. Esta justicia remunerativa es, en última instancia, expresión de la bondad divina, y nunca debe ser considerada como *meritoria* por parte del hombre.

Vea lo que la *Confesión de Fe de Westminster* dice sobre este asunto:

“La distancia entre Dios y la criatura es tan grande, que aun cuando las criaturas racionales le deben obediencia como Creador, no podrán tener disfrute de Él como bienaventuranza o galardón, a no ser por una condescendencia voluntaria por parte de Dios, habiéndole placido a Él expresarla por medio de un pacto” (VII, I).

Esta afirmación de la Confesión de Fe de Westminster hace que el ejercicio de la justicia remunerativa sea pactual y por gracia. Esta justicia resulta de un pacto previamente hecho. La recompensa de la obediencia de la criatura es, en consecuencia, resultado de la promesa divina. El Creador no tiene obligación de recompensar a los que le sirven, sino que Él lo hace porque lo prometió en pacto. Y Él es siempre fiel a sus promesas. Podemos decir, por lo tanto, que la justicia remunerativa es la expresión del amor divino mostrado en una relación pactual con su pueblo.

Ejemplo: – Adán, al ser creado santo, *no* podría exigir de su Creador, en el momento de su creación, una recompensa por ser santo, alegando derechos sobre el Creador. ¿Por qué? Porque fue Dios quien le dio poderes y capacidades para ser una criatura santa.

Usted y yo no podemos exigirle a Dios ninguna recompensa por alguna obediencia, porque las condiciones para que le obedezcamos nos fueron dadas por Él mismo. Pero si la santidad de nuestros actos fuera auto-originada y auto-sustentada, entonces, nuestro mérito sería absoluto, y Dios debería recompensarnos por la obediencia que tiene origen en nosotros.

1 Cr. 29:14 – “Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer voluntariamente cosas semejantes? *Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos*”.

David tuvo una comprensión extraordinaria de esta verdad pactual. Él entendió que, cuando le damos a Dios alguna cosa, no tenemos de que jactarnos, porque todo lo que le damos es producto directo de aquello que Él nos da. David dedicó todos los recursos recaudados entre el pueblo al Señor, pero él reconoció que la voluntad de ellos había nacido en la relación de amor de Dios para con ellos. Por esto dijo: “Oh Jehová Dios nuestro, toda esta abundancia que hemos preparado para edificar casa a tu santo nombre, de tu mano es, y todo es tuyo” (v.16).

Sin embargo, en un sentido Dios se ve “obligado” a recompensar a sus criaturas. Él mismo estableció promesas y es fiel a ellas. En este sentido, la criatura puede pedir que cumpla sus promesas. Un hombre obediente puede pelear la promesa divina como base para su recompensa. Dios es honrado cuando luchamos por el cumplimiento de su promesa, Él es honrado cuando su criatura confía en su fidelidad (2 Ti. 2:13).

En este sentido se puede decir que Dios se hace deudor a los hombres, es decir, a través de sus promesas de pacto. Agustín dijo: “Dios se hizo nuestro deudor, no porque haya recibido algo de nosotros, sino por prometer aquello que le agradó. Porque fue por su generosidad que Él se dignó a hacerse a sí mismo un deudor” (Sermón 16).

Las Escrituras concuerdan con este raciocinio en Romanos 6:23 – A la recompensa de la obediencia se le llama “*dádiva*”, mientras que a la desobediencia se le llama “*paga*”. El pecado es una acción de la voluntad no asistida de la Gracia; pero la santidad es una acción de la voluntad traída por Dios. A todo lo que tenemos se le llama “herencia” (Hch. 20:32; Ef. 1:11,14), pero herencia no es un pago de débito al hombre, sino resultado de una relación amorosa de pacto, en que Dios se coloca en la posición de Padre y nosotros en la de hijos. No obstante, una herencia puede ser llamada “recompensa” por la obediencia filial, así como la bendición del estado futuro puede ser considerada como una recompensa por la obediencia del cristiano aquí en esta vida.

Cuando Dios recompensa a un cristiano por su ardua lucha contra el pecado dentro de sí, Él no se recompensa a sí mismo, sino que premia al hombre. Aunque la lucha haya

sido comenzada, sustentada y vencida por el Espíritu Santo, sin embargo, fue ante todo, un conflicto humano con el pecado, no un conflicto divino. Esto es recompensable y, cuando Dios recompensa, no se recompensa a sí mismo, sino a la criatura.

Ejemplo: – Pablo dice: “vivo yo”. Hay una cualidad humana y personal en virtud de la obediencia. Pero esto no puede ser exagerado como si Pablo, por sí mismo, la pudiera tener, dejando a Dios como su deudor absoluto. Entonces, Pablo agrega: “pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo” (1 Co. 15:10; ver Gá. 2:20). La recompensa por la obediencia es *por gracia* cuando es dirigida al redimido.

Dios es justo cuando remunera a sus criaturas, porque Él es fiel a sus promesas, no porque es deudor absoluto de los hombres.

Cuando la justicia distributiva se dirige a los transgresores de ley, a los pecadores, se llama:

b) Justicia Retributiva

Es aquella que se refiere a la aplicación de los castigos. También se le denomina “justicia punitiva”. Está vinculada directamente a la manifestación de la *ira divina*. Aunque no hubiera tenido lugar antes de la Caída, sin embargo, tiene un lugar prominente y necesario en un mundo lleno de pecaminosidad (Ro. 1:32; 2:8; 12:19; 2 Ts. 1:6-9). Hasta los paganos tienen noción de la justicia retributiva de Dios (Hch. 28:4).

Por causa de la naturaleza del propio Dios, la justicia divina está original y necesariamente obligada a castigar el mal, pero no a premiar el bien. Dios no necesitó entrar en un pacto para castigar el mal, como lo hizo para recompensar la santidad. El pago en el caso de la transgresión no es pactual, sino necesario, por causa de la naturaleza divina.

La justicia retributiva es un atributo cuyo ejercicio es necesario por causa de la transgresión de la ley moral. Dios no puede “dar” una ley, establecer un castigo, amenazar con castigar y, sin embargo, no hacer nada en el caso de desobediencia. La *veracidad* y la *santidad* de Dios prohíben tal actitud (Ex. 34:7; He. 6:18). La propia naturaleza santa de Dios no le permite que deje al pecador sin castigo.

LA IRA DE DIOS

Al tratar los atributos de Dios es común ver a los teólogos clasificando la justicia separadamente de la ira. Ira, para algunos de ellos, es distinta de justicia. No veo razón para esta distinción, porque la ira es el aspecto de su justicia que habla de la retribución a los impíos.

Nunca su ira tiene que ver con la justicia remunerativa, que recompensa a los justos, ni viene sobre aquellos por quienes Jesucristo murió. La ira es una manifestación de la venganza divina contra los transgresores de su palabra y para quienes no existe manifestación de su misericordia.

Porque Dios es santo no puede dejar de castigar el pecado. Ésta punición es vista en la Biblia como a Dios derramando su *ira* contra los pecadores. Éste es un asunto que no causa bienestar a muchos cristianos, por causa de sus falsas concepciones sobre Dios.

Es lamentable ver en la iglesia a personas intentando disculpar a Dios por mostrar su ira, como si esto fuera una falla en su carácter. Dichas personas confunden la ira de Dios

con sus propios sentimientos pecaminosos. Dios es santo Legislador y tiene toda la razón de mostrar su disgusto para con el pecado.

Las Escrituras no esconden esta faceta de Dios. La realidad de la ira de Dios es algo dominante en las Escrituras. El propio Dios no se avergüenza de proclamar su venganza y el furor que le pertenecen (Dt. 32:39-43; Ex. 22:23-24; Nm. 11:1, 10, 32-33; Ro. 1:18). Si usted consulta una buena clave bíblica percibirá que hay mucha más referencia al enojo de Dios, a su furor y a su ira contra el pecado que su amor y misericordia. Él odia todo pecado porque es santo; y porque odia, su furor se enciende (Sal. 7:11).

Muchos hombres cuestionan el hecho de que Dios muestra su ira, pensando que esto es injusticia, o que no concuerda con su carácter. Pablo, hablando como hombre, dice: “¿Será injusto Dios que da castigo?.. En ninguna manera; de otro modo, ¿cómo juzgaría Dios al mundo?” (Ro. 3:5-6).

Si Dios deja de mostrar su ira, será injusto consigo mismo (porque negará su propia santidad) y con los hombres (porque no les dará lo que ellos merecen). Si Dios deja de mostrar su ira, Él mostrará falta de carácter moral, porque la indiferencia con el pecado es una falta moral. ¿Cómo podría Dios, que es la suma de todas las excelencias, mirar con igual satisfacción el bien y el mal, lo correcto y lo errado, la sabiduría y la locura? ¿Cómo podría Él, que es infinitamente santo, odiar el pecado y, no obstante, rehusar mostrar su ira? (Ro. 9:22) – la propia naturaleza de Dios hace del infierno una necesidad real, un requisito tan imperativo y eterno, como es el caso de la bienaventuranza eterna.

La ira de Dios es su eterno aborrecimiento contra toda injusticia; es el desagrado y la indignación de la rectitud divina ante el mal; es la santidad de Dios puesta en acción contra el pecado; es la causa motriz de la sentencia justa que Dios pronuncia contra los que obran el mal; es la manifestación de su desagrado, porque el pecado es una rebelión contra su autoridad, un ultraje cometido contra su soberanía inviolable; no es una venganza maligna, pecaminosa como la nuestra, sino es la vindicación de su dominio como Gobernador del universo.

La ira de Dios es una de sus *perfecciones*, no sólo por lo que ya hemos mencionado, sino también porque las Escrituras nos autorizan a decirlo: “La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad” (Ro. 1:18). Ella se manifestó cuando fue pronunciada la primera sentencia de muerte, cuando la tierra fue maldita y el hombre expulsado del Paraíso, después en el diluvio, en la destrucción de Sodoma y Gomorra, etc. Pero la plenitud de la ira divina contra el pecado humano será manifestada en su mayor fuerza en la venida del Hijo del Hombre. Entonces, Dios será el vengador de los crímenes de los hombres. Además de esto, el castigo futuro y eterno de los impíos está declarado en las Escrituras en términos terriblemente explícitos. El mismo gentil Cordero de Dios manifestará su ira al final de los tiempos (Ap. 6:16-17).

CARACTERÍSTICAS DE LA IRA DIVINA

Su manifestación es necesaria

Algunos teólogos reformados sustentaron la idea de que la justicia retributiva de Dios, es decir, la manifestación de su ira, es una cuestión de su voluntad. Dios manifiesta su justicia en ira porque Él decidió hacerlo así. El castigo del pecado, igual que la manifestación de su misericordia, es una materia de la voluntad divina. Un famoso teólogo escocés, Samuel Rutherford²⁰², escribió: “Dios castiga el pecado, no por la necesidad de su naturaleza. Aún más, si Él decidiera, podría dejarlos a todos sin castigo”.²⁰³ Hubo una reacción fuerte, dentro de los propios círculos reformados, a esta posición de Rutherford. John Owen, el famoso puritano posterior a él, estuvo en desacuerdo vehementemente con la posición ya citada, diciendo: “De nuestros propios compatriotas, el único que yo se que comparte esta idea es Rutherford, un teólogo escocés, que derecha y atrevidamente asegura ‘la justicia punitiva como un acto libre de la voluntad divina’. Él no se satisface con una simple aseveración, sino defiende la falacia tanto contra Cameron como contra Voetius, los dos exponentes de la batalla teológica; aunque, en mi opinión, él no lo haga con la fuerza del argumento ni con la misma felicidad de sus oponentes”.²⁰⁴

John Owen está en lo cierto en cuanto a su crítica porque la manifestación de la justicia divina no es una expresión de su voluntad, sino una necesidad de su naturaleza. Dios manifiesta su amor si Él quiere, manifiesta todas las formas de su bondad si quiere, pero su justicia tiene que ser manifestada necesariamente, porque su santidad es manchada por los hombres y exige que la ira de Dios venga sobre los transgresores de su ley. El profeta Habacuc afirma, refiriéndose a Dios: “muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio” (Hab. 1:13). Él puede quedar impassible delante de la rebeldía de los hombres. Cuando Dios manifiesta su ira, lo hace con justicia. Él no se enoja si los hombres impíos no lo provoquen. Por esta razón, Abraham medita, diciéndole: “Lejos de ti el hacer tal, que hagas morir al justo con el impío, y que sea el justo tratado como el impío; nunca tal hagas. *El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?*” (Gn. 18:25). Dios no odia el pecado porque Él desee odiarlo, sino que lo odia porque su naturaleza santa lo obliga a hacerlo. La manifestación de la justicia es necesaria en Dios y, por esta razón, Él no puede dejar de castigar al impío. De lo contrario, Él iría en contra de su propia naturaleza santa. Si no manifestara su justicia retributiva, se negaría a sí mismo. Por otro lado, si Dios deja de manifestar amor, Él no dejará de ser amor, porque la manifestación del amor, de la paciencia y de la misericordia, no es algo que Dios le debe a los hombres, ni algo que ellos tienen derecho. No obstante, si Dios dejara de manifestar justicia, quedaría en deuda consigo mismo, porque estará negando su propia santidad. ¿Por qué en nuestros países, hay tanta impunidad delante de la pecaminosidad evidente? Una respuesta correcta es porque muchos de los que deberían aplicar la justicia también están comprometidos con la corrupción. Dios no es así. Él es absolutamente santo y su santidad lo lleva a retribuir en

²⁰² Profesor de la St. Andrew's University, en Escocia, fue uno de los delegados escoceses que participaron de la Asamblea de Westminster (1643-1648).

²⁰³ Citado por James Walker, *The Theology and Theologians of Scotland: 1560-1750* (Edimburgo, 1982), 68.

²⁰⁴ John Owen, *Works*, vol. X, 507.

ira la provocación de los impíos. Por lo tanto, Dios por necesidad tiene que manifestar su justicia porque su naturaleza santa lo exige.

Su manifestación es plenamente equitativa

¿Dios es justo en la manifestación de su ira para con todos los hombres, sin excepción?

Sí, Dios es justo para con todos los hombres, sin excepción. ¡Su justicia *retributiva* se manifiesta, necesariamente, con todos los seres racionales que pecan! Quien infringe la ley tiene que ser castigado. Pero la penalidad de la ley se puede aplicar *personal* o *vicariamente*, es decir, sobre el propio transgresor o sobre su sustituto.

La remisión del castigo bajo la administración divina no es absoluta, sino relativa. Ella se puede otorgar a alguien, pero la penalidad debe ser puesta sobre Alguien más en su lugar. Es aquí donde entra la idea de la expiación *vicaria*, que es la manera en que Dios escogió para manifestar su *justicia retributiva*.

El ejercicio de la justicia es *necesario* con relación al *pecado*, pero es *libre* y *soberano* con relación al *pecador*. La justicia exige necesariamente que el pecado sea castigado, pero no necesariamente en la persona del pecador. La justicia puede permitir la substitución de una persona por otra, con tal de que en dicha substitución no se pase a llevar los derechos de las partes interesadas. Si no hubiera posibilidad de la substitución para sufrir la justicia retributiva de Dios, no existiría el ejercicio de la misericordia en el universo de Dios.

La justicia exige el castigo por el pecado. Algunos tienen sus pecados pagados vicariamente; otros los pagan personalmente. Así, Dios ejerce su justicia para con todos. Todos tienen que tener su deuda saldada. Todos tienen que sufrir el castigo del pecado, porque Dios es justo. La exigencia de la justicia retributiva es que el pecado tiene que ser castigado del modo como está anunciado en la ley. El disgusto de Dios expresado en la justicia retributiva no se dirige al ser humano, como persona. Dios no está disgustado contra la naturaleza del hombre, como tal, porque éste lo recibió de Él, sino que está contra la naturaleza del hombre en su estado pecaminoso, situación que es causada por el propio hombre. Dios odia sólo al pecado, no al hombre en sí. Dios desea la destrucción del pecado y no la miseria del hombre. No obstante, la justicia de Dios tiene que caer necesariamente sobre el hombre, porque no es posible separar el pecado del hombre, ni es posible castigar al pecado sin castigar al hombre. Alguien tiene que sufrir la penalidad del pecado en la manifestación de la ira de Dios. Dios no puede castigar a nadie que no sea un ser humano. Por esta razón, el Verbo tuvo que encarnarse para ser el sustituto de los pecadores.

Si Dios odiara al pecador personalmente, y no a su pecado, Él no podría aceptar la substitución, porque querría castigarlo. El Juez Eterno no siente odio por el alma y cuerpo humanos. No hay sentimiento de venganza contra la persona humana, aún siendo ella la más impía de todas. Dios no tiene prejuicio o aversión por sus criaturas, sino que lo tiene por el pecado de ellas. Por esto Dios acepta un sustituto para sufrir el castigo de aquellos que el Padre entregó a su Hijo Jesucristo.

Por lo tanto, el sustituto tiene que ser igual, equivalente, teniendo la misma esencia humana. La justicia divina no transa esto. El sustituto tiene que tener la naturaleza humana completa, con cuerpo y alma, para sufrir el castigo. El sustituto tiene que ofrecer

satisfacción completa, no teniendo ninguna deuda con la ley, para poder librar a los substituidos de la maldición de la ley.

Porque Dios es justo, tiene que castigar al pecado, y porque Él es amor, providenció un substituto para recibir el castigo en el lugar de los pecadores.

Este atributo divino debería conducirnos a la meditación: primero, para que nuestros corazones sean divinamente inculcados con respecto del odio que Dios le tiene al pecado, y para que también aprendamos a odiarlo; segundo, para producir en nuestros corazones un temor a Dios (He. 12:28-29); tercero, para elevar nuestras almas en ferviente loor por habernos librado de la ira venidera. (1 Ts. 1:10).

Su manifestación es terrible

Los pecadores juegan con sus pecados como si nunca les fuera a ocurrir nada, aún a pesar de todas sus transgresiones. Pero las Escrituras le advierte a los hombres sobre la ira divina que ciertamente vendrá sobre ellos, ¡de una manera terrible!

He. 10:30-31 – “Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡*Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!*”.

Veremos más adelante, con pruebas irrefutables, que Jesucristo es el vengador de Dios. Él es el agente aplicador de la justicia divina. De cualquier forma, el juicio divino es extremadamente severo y nadie escapa de él. El texto dice que el Señor juzga a su pueblo. Este “su pueblo” no son los redimidos por Cristo, como veremos a continuación, sino los rebeldes de Israel, a los cuales el texto alude, pues el autor de Hebreos está aplicando la situación del Antiguo Testamento a los lectores de su tiempo. Él está animándolos a abandonar sus pecados voluntarios (v.26) a fin de que escapen de la ira divina. Luego, él les recuerda como Dios actuó en el pasado trayendo venganza y retribuyendo con ira a los pecadores. Entonces, él hace una afirmación amenazadora y, al mismo tiempo, una voz de alerta: “¡*Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!*”.

La expresión “Dios vivo” es para contrastar con las divinidades paganas muertas, que eran mudas, y para avivar en la mente de sus lectores que Dios es lleno de gloria y de poder eterno. Así como es dulce, agradable y confortable estar en los brazos del Dios amoroso, por el contrario, es desagradable, amargo y horrible estar en las manos de un Dios airado. Es con esta sensación vívida en su mente que Jonathan Edwards escribió su más famoso sermón: “El pecador en las manos de un Dios airado”. Allí él describe los horrores que sufren aquellos que son objeto de la ira divina. Sólo este versículo sería más que suficiente para que los pecadores se volvieran de sus pecados a Dios. Pero es una pena que muchos de ellos nunca van a saber esta verdad. Y aunque lleguen a saberlo, ¡no creen que Dios sea tan justo y ni creen que sea tan terrible caer en sus manos!

Ap. 6:15-17 – “Los reyes de la tierra, los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado y ¿quién podrá sostenerse en pie?”.

Estos versículos ilustran la idea horripilante de la manifestación de la ira divina. De su ira no escapa nadie: grandes o pequeños, ricos o pobres, esclavos o libres. Todo mundo

va a quedar espantado cuando llegue el día final. Ellos clamarán a la naturaleza para que los esconda de Aquel que está sentado en el trono (el Padre) y de la *ira del Cordero*. Ellos quedarán horrorizados con la idea de tener que enfrentar a Jesús cara a cara, como el agente administrador de la ira divina. Ellos preferirán estar muertos y suplicarán la muerte y la buscarán, pero no la encontrarán de la forma en que la van a buscar. En este día será prerrogativa del Cordero matarlos personalmente. El Cordero, manso y humilde por toda la historia de la iglesia, será implacable en este día y nadie podrá esconderse de Él, porque el gran día del Padre y del Hijo habrá llegado. En ese día, nadie podrá enfrentarlos personalmente, de tan terrible que será ese encuentro. ¡Será horripilante para los impíos, sea cual sea su posición, quedar frente a frente con Jesucristo!

Menos mal que, en ese día, los cristianos no tendrán este pavor, porque ya fueron juzgados por Dios en Cristo, su Redentor, pero los impíos tendrán un final diferente. Ellos se encontrarán con la ira personalizada, Jesucristo, y serán lanzados en la condenación. Este texto de Apocalipsis ilustra claramente el texto anterior ¡que habla del horror de caer en las manos del Dios vivo!

Su manifestación es gloriosa

La manifestación de la ira divina, al mismo tiempo que es algo terrible para los impíos, es llena de gloria, porque exalta la justicia divina. Cuando algún atributo de Dios es exaltado, el Ser de Dios es glorificado. Dios se muestra glorioso cada vez que manifiesta su justicia en ira, pero esta ira será aún más gloriosa en el día final, porque allí todos reconocerán, para la gloria de Dios, que Jesucristo es el Señor, postrándose delante de Él (Fil. 2:10-11).

La ira no es un problema para Dios. Dios no pide disculpas por aplicar su ira. Somos nosotros lo que tenemos miedo de que Dios manche su honra por hablar de su ira, como si fuera pecado tenerla. Más que nadie, Dios tiene todo el derecho de manifestar su ira porque es su ley la que violan a cada momento. Dios no pierde el control de sus “facultades mentales”, ni pierde la paciencia. Dios se enoja con razón porque su santidad es provocada por la desobediencia de los hombres. Su gobierno es despreciado cuando los hombres lo ofenden. Entonces, Dios se siente glorificado en la manifestación de su ira. Él es exaltado entre los hombres redimidos, que murieron por el testimonio de Jesús, porque se hace el vengador de ellos; y es glorificado por los impíos porque ellos se van a postrar delante de la Majestad, aunque con disgusto, para pedir clemencia. En ese día, su poder será incuestionable y todos los seres humanos y angélicos ¡glorificarán la ira de un Dios justo!

DIFERENCIA ENTRE IRA Y ODIO

Con relación al Ser Divino, ira y odio son diferentes. Ellos no son la misma cosa que en los seres humanos. En estos últimos, la ira es la manifestación positiva de un odio que un ser humano tiene por otro.

En Dios la ira es la manifestación de su justicia a los pecadores impenitentes. Ella está fundada en un acto judicial de Dios donde el ser racional (sea hombre o ángel) es

condenado por sus transgresiones. La ejecución de la justicia divina es su ira sobre ellos. Las razones de su ira están en los hombres que son sus ofensores.

Mientras la ira es una manifestación positiva de la justicia divina sobre los transgresores de su ley, el odio es un “sentimiento” negativo, donde Dios deja de mostrar amor por la persona, o deja de hacer alguna cosa para redimirla. Simplemente Él no se mueve en relación a una persona específica.

Mientras la manifestación de la ira es causada por una actitud-estímulo, que es una ofensa provocada por los seres humanos, el origen del odio está en Dios, sin que haya ninguna relación con la actitud de la criatura ante Él.

A diferencia de la ira, el odio de Dios para con los seres humanos no es por causa de su impiedad o pecado. Cuando Dios manifestó odio por Esaú, este odio no tenía nada que ver con lo que él iba a hacer, porque Esaú y Jacob

“... no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama), se le dijo (a Rebeca): El mayor servirá al menor. Como está escrito: *A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí* (Ro. 9:11-13).

Analicemos estos versículos muy cuidadosamente: Tanto el amor de Dios a Jacob como el odio a Esaú están escondidos en Dios. El texto no dice la razón por la cual Dios amó a uno y aborreció al otro.

Ciertamente, la razón del odio de Dios no está en Esaú por el hecho de ser pecador. Si así fuera, Él habría de odiar a Jacob, porque éste también era pecador (tal vez haya cometidos en su vida, actos pecaminosos peores que Esaú) y, sin embargo, Dios lo amó con amor de elección. El odio de Dios por Esaú, por lo tanto, tiene su razón escondida en su soberanía. Él decidió dejar a Esaú en sus pecados y no lo salvó. Éste es el sentido de preterición.²⁰⁵

Ciertamente también, la razón del amor de Dios por Jacob no está en el propio Jacob. Éste era pecador y su propio nombre significa “suplantador” o “engañador”. De hecho, esto fue lo que hizo varias veces en su vida. No obstante, Dios lo amó, a pesar de lo malo que hiciera.

Pablo deja muy claro que tanto la razón del amor por uno como el odio por otro están escondidas en Dios. Con certeza no está en ellos, porque cuando Dios resolvió amar a uno y odiar al otro, ninguno de ellos había nacido “ni habían hecho aún ni bien ni mal”. Lo que prevalece es el amor de elección y la preterición. Ambas cosas son producto de la soberanía divina.

Sin embargo, es necesario recordar que aquellos que Dios decidió no salvar continúan en sus pecados y nunca los abandonarán o creerán en Dios. Por causa de esto, ellos al final recibirán la manifestación de la ira divina, que es un acto judicial, donde Dios castiga a los seres humanos por causa de sus pecados. En el odio, Dios simplemente deja al pecador en sus pecados (es la preterición – un acto soberano de Dios); en la ira, Dios venga los pecados de ellos (esto es condenación – un acto judicial, que no tiene que ver con la soberanía sino con la justicia de Dios). Ésta es la diferencia básica entre odio e ira.

²⁰⁵ Preterición tiene que ver con el acto de Dios en el cual Él deja a los pecadores en sus propios pecados y decide no dales gracia regeneradora que concede solamente a aquellos a quienes ama. Sobre este asunto hablaremos posteriormente, cuando tratemos la materia de la predestinación, en el próximo trabajo.

RELACIÓN ENTRE IRA Y MISERICORDIA

En general, los teólogos reformados concuerdan que todos los atributos en Dios son esenciales. No obstante, la naturaleza de Dios no exige que todos sean manifestados necesariamente. Los reformados vieron la manifestación de la ira divina como necesaria en virtud de lo que estudiamos anteriormente, pero no piensan lo mismo con respecto a la misericordia. Ésta es expresada según su voluntad.

Dios tiene la necesidad de manifestar su justicia en ira, pero no es necesario que su justicia sea manifestada en la persona del pecador. Otra persona (que en este caso es Jesucristo) puede asumir las responsabilidades legales de otros y, así, pagar por sus pecados. Por esta razón, el escritor sacro clama: “en la ira acuérdate de la misericordia” (Hab. 3:2). Dios sólo puede tener misericordia de aquellos que tienen sus pecados pagados por otra persona. Aquellos por quienes Jesucristo no llevó el castigo reciben la manifestación de la ira divina que tiene ser mostrada, por necesidad.

Si entendemos misericordia como la no aplicación del castigo y la ira como la aplicación de su justicia, los dos atributos divinos, ira y misericordia, no pueden ser aplicados en la misma persona. Son atributos de Dios que se excluyen, cuando se aplican en el mismo individuo. Cuando Dios muestra misericordia no castiga, ni cuando castiga muestra misericordia. Por esta razón, el escritor sacro dice que “porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no haga misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio” (Stg. 2:13).

RELACIÓN ENTRE IRA Y AMOR

Una de las acusaciones más comunes hechas por los adversarios de la fe reformada es la de que Dios es injusto cuando manifiesta su ira. Ellos se olvidan de que la justicia divina es esencial en Él y que su manifestación es necesaria por la propia naturaleza de Dios. Dios es un Dios de amor, pero Él no tiene la obligación de mostrar amor a quien quiera que sea, sino que “obligación” mostrar su justicia.

Por esto, las Escrituras dicen que Dios es un Dios de venganza, un Dios de retribución. Él no permite que nadie se venga de su prójimo, sino que se reserva para sí el derecho de ser el administrador de la retribución a cualquiera que viole su santa ley. Él dice: “No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor”. (Ro. 12:19). Ira y amor no son atributos excluyentes en Dios. La manifestación de su justicia en ira es necesaria y justa por causa de su santidad y por su prerrogativa de juzgar al mundo, para quien viola sus leyes.

Por el hecho de que Dios es misericordioso o amoroso, jamás podemos decir que su ira tiene una manifestación injusta. Pablo combate la idea de la injusticia de Dios en la aplicación de su ira. Vea su raciocinio: “¿Será injusto Dios que da el castigo? (Hablo como hombre) De ninguna manera. De otro modo, ¿cómo juzgaría Dios al mundo?” (Ro. 3:5b-6) La ira es la expresión de la justicia divina por causa de la maldad de los hombres. Si la justicia no se realizara, Dios no se amaría y se negaría a sí mismo.

EL TIEMPO DE LA IRA DIVINA

La justicia divina siempre se lleva a cabo, aunque no siempre como quisiéramos. Dios es muy paciente, según la opinión de algunos cristianos, que quieren la manifestación inmediata de la ira divina, principalmente en un tiempo cuando domina la maldad y la impunidad en nuestros países. Como la justicia es un atributo esencial de Dios, Él nunca deja de manifestarla. No obstante, los juicios pueden ser manifiestos como parciales y finales. Veamos cada uno de ellos, de manera separada:

Su ira parcial

El Antiguo Testamento está lleno de ejemplos en que Dios muestra su ira con aquellos que violan sus mandamientos, pero sin una demostración final de su ira. Dios sólo trae castigos temporales a los impenitentes.

El tiempo de la aplicación de esta ira es en el tiempo presente. Vea lo que Pablo dice: “La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres...” (Ro. 1:18). Obsérvese que el verbo usado por Pablo está en presente, “e implica una revelación *constante*, actuando durante todo el tiempo”.²⁰⁶

Ejemplo de Acán

Por causa de la desobediencia de una orden expresa de Dios, de que los israelitas no debían tomar el botín de sus enemigos (Jos. 7:1, 11), Acán fue castigado severamente por Dios, lo que involucró a toda su familia y sus bienes (Jos. 7:24-25). Él tomó de aquello que el Señor condenó no tomar (v.13). Este ejemplo de Acán es una muestra del cumplimiento de lo que el mandamiento de Dios dice: “visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen” (Ex. 20:5).

Esta verdad sobre la ira de Dios que viene a los hombres por haber desobedecido a sus órdenes debería alertarnos para que no cometamos los mismos pecados.

Ejemplo de Datán, Abiram y Coré

Este evento está registrado en Números 16:1-49 – Estos tres lideraron aproximadamente a 250 hombres importantes del pueblo (v.2) en un levantamiento en contra de Moisés y Aarón (v.3). Ellos no querían la supremacía de Moisés y Aarón sobre el pueblo (v.3). Moisés, entonces, desafió a los rebeldes diciendo que el Señor mostraría al pueblo quien de ellos era santo (v.5). Y su rebelión continuó, pues no obedecieron las prescripciones de Dios (v.9-19). Entonces el Señor le ordenó a Moisés y Aarón a que se apartaran de las tiendas de los rebeldes (v.26), porque los iba a castigar. A continuación, Moisés preanuncia el castigo de Dios sobre ellos (v.27-30) y lo que Moisés dice realmente ocurre. La tierra se abre y traga a todos los rebeldes juntamente con sus bienes (v.31-33). Al final, el castigo por los pecados de estos hombres terminó recayendo sobre millares de personas, que murieron (v.49). La ira de Dios se manifestó de gran manera por causa de la insolencia de los hombres que no aceptaron el gobierno de Dios por medio de Moisés. Éste fue un juicio parcial que, en última instancia, preparó a los rebeldes para el juicio final.

²⁰⁶ J. I. Packer, *O Conhecimento de Deus* (Sao Paulo: Mundo Cristiano, 1980), 140.

Ejemplo de los días de Lot

La destrucción de la ciudad de Sodoma fue por causa del pecado que en ella había. La homosexualidad dominaba en medio de aquel pueblo, y allí vivían algunos que pertenecían a Dios, como era el caso de Lot, a quien Abraham no quería que Dios matara. Fue en este contexto que Abraham discutió con Dios, diciendo: “Lejos de ti el hacer tal, que hagas morir al justo con el impío, y que sea el justo tratado como el impío; nunca tal hagas. El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?” (Gn. 18:25). Dios libró a Lot de su juicio, pero no tuvo compasión de la ciudad. Hizo que toda la ciudad pereciera en su pecaminosidad (Gn. 19:19, 23-29).

¡Cuánta pecaminosidad del mismo tipo existe en nuestra sociedad contemporánea! Ha pensado usted si Dios fuera a ejercer su justicia parcial, ¿cuántos morirían? Dios se ha mostrado paciente para con los hombres, sin embargo, les advierte a través de su Hijo: “Acordaos de la mujer de Lot” (Lc. 17:32).

Ejemplo del tiempo de Noé

Este tiempo fue de gran pecaminosidad por parte de la raza humana. El escritor sacro registra que “vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Gn. 6:5). Entonces, como un Dios de justicia, anuncia su juicio sobre el mundo impío, diciéndole a Noé: “He decidido el fin de todo ser, porque la tierra está llena de violencia a causa de ellos; y yo los destruiré con la tierra” (Gn. 6:13). Entonces, Dios abre las compuertas de los cielos y hace llover mucho sobre la tierra y la inunda completamente, matando a todo ser viviente (v.17).

Este ejemplo de juicio parcial de Dios es típico de su juicio final sobre la humanidad impía, pues Jesús dice: “mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del hombre” (Mt. 24:37).

Conviene observar que, prácticamente, todos los que fueron objeto de esta ira temporal de Dios recibirán la manifestación de su ira final. La primera ira se manifiesta en la historia del mundo y es ilustrativa de la segunda, que tiene su manifestación en el día final.

Su ira final

La manifestación final de la ira de Dios está reservada para el último día, que es el día de la venganza de nuestro Dios. Su justicia será vista de manera plena en la vida de todos los seres pecaminosos, tanto ángeles como hombres.

Ya en el período del Antiguo Testamento había la conciencia de que el juicio de Dios sería en un día determinado. El profeta Sofonías dijo: “Cercano está el día grande de Jehová, cercano y muy próximo; es amarga la voz del día de Jehová; gritará allí el valiente. Día de ira aquel día, día de angustia y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento, día de tiniebla y de oscuridad, día de nublado y de entenebrecimiento... Ni su plata ni su oro podrán librarlos en el día de la ira de Jehová, pues toda la tierra será consumida con el fuego de su celo; porque ciertamente destrucción apresurada hará de todos los habitantes de la tierra” (Sof. 1:14-15, 18). Entonces el profeta continua, en una seria advertencia al pueblo: “Buscad a Jehová todos los humildes de la tierra, los que pusisteis por obra su

juicio; buscad justicia, buscad mansedumbre; quizá seréis guardados *en el día del enojo de Jehová*” (Sof. 2:3).

Ciertamente el profeta se refiere al día del juicio, cuando todos comparecerán delante del Señor para recibir la retribución por sus pecados. Está claro en estos versículos que el profeta está hablando de la ira de Dios, no parcial, pues el texto se refiere a la destrucción de los elementos de la tierra, juntamente con todos los hombres. El único juicio parcial de proporciones universales fue en el tiempo de Noé, que es simbólico de éste, mencionado por el profeta Sofonías, en el día final.

El Nuevo Testamento también señala un día final en que Dios manifestará su juicio con ira. Dirigiéndose a los impíos de Atenas, después de anunciarles sobre el “Dios desconocido”, Creador y Redentor, Pablo les dice: “Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto *ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia...*” (Hch. 17:30-31). Hablando de la ira de Aquel que está sentado en el trono y del Cordero, pidiendo la ayuda de los montes y de las peñas, los impíos dijeron: “Caed sobre nosotros, y escondednos... porque *el gran día de su ira ha llegado*; y ¿quién podrá sostenerse en pie?” (Ap. 6:16-17).

No hay manera en que los hombres puedan escapar de la manifestación de la justicia divina en el día final. Ella es inevitable: todos los hombres réprobos reciben la manifestación de la ira de Dios. Esta ira no se hace presente ni ocurre en nuestra historia, sino que está destinada a manifestarse en el día final, cuando esta historia termine. Por esta razón, se le llama “ira venidera” (Mt. 3:7; 1 Ts. 1:10).

LA PROCEDENCIA DE LA IRA ES CELESTIAL

Es curioso que, varias veces, se dice en las Escrituras que la ira de Dios se manifiesta desde el cielo. Esto indica de que la ira viene de Dios, no de otro lugar o de cualquier otra persona. El cielo no es simplemente el lugar donde van los redimidos, hasta que el Señor vuelva, sino es de allí desde donde el Justo Juez gobierna soberanamente toda la tierra. Por esta razón, Pablo dice: “La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad” (Ro. 1:18). Toda la manifestación de la ira es celestial. “Cielo” aquí es símbolo de poder de juicio. Cuando los cielos se manifiesten, ¡“ay” de los hombres!

Cuando Dios ejerció justicia sobre los contemporáneos de Noé, Él hizo descender lluvias (desde arriba); cuando ejerció justicia con Sodoma, Él hizo la misma cosa, sólo que con fuego; cuando Él ejerza justicia final sobre el mundo pecador, también del cielo descenderá fuego para consumir a todos los hombres.

Estos ejemplos revelan que el juicio de Dios es inmediato, es decir, el juicio viene directo de Él; Él no usa otras personas, o causas secundarias, para ejercer juicio, sino Él mismo se manifiesta en ira. En los ejemplos citados anteriormente, Dios no usó medios. Él ejerció juicio inmediato.

JESÚS Y LA IRA DE DIOS

Jesús cumple tres papeles con relación a la ira de Dios. Uno tiene que ver consigo mismo, otro tiene que ver con los hijos de Dios y, finalmente, con los impíos. Es curioso que Jesucristo, al mismo tiempo, ejerza los tres papeles: con respecto al primero, Él es el recibidor de la ira divina; con respecto al segundo, Él es el salvador de la ira; y con el último, Él es el aplicador de dicha ira. Analicemos cada uno de estos aspectos:

Con respecto a sí mismo, Jesús es el recibidor de la ira

Algunas cosas deben quedar claras en la mente de los cristianos: que Dios, por necesidad de su propia naturaleza santa, necesita que su ira caiga sobre el pecador o sobre alguien que tome su lugar; que Jesucristo fue el representante de aquellos que el Padre le había entregado, tomando el lugar de ellos; que Él fue el “fiador” del mejor pacto (He. 7:22) y, como tal, tuvo que afrontar todas las responsabilidades legales de aquellos a quienes representó. Él pagó la cuenta de ellos, de forma que Él “anuló el acta de los decretos que había contra nosotros” (Col. 2:14). ¿Cómo ocurrió esto? Él asumió voluntariamente la función de Redentor y tuvo que pagar la penalidad de todos los pecadores por quienes murió. La cuenta de los pecadores fue pagada porque Dios dejó caer su ira sobre su Hijo encarnado. “El castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Is. 53:5) – fue la manifestación de la ira divina, del Legislador, en el siervo que substituyó a los pecadores, por quienes murió.

Cuando Jesucristo estaba en la cruz, la ira de Dios vino en plenitud sobre Él, haciéndolo clamar, “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”. A fin de librar a los pecadores de su ira, Cristo tuvo que sufrir la ira de Dios.

Con respecto a los creyentes, Jesús es el Salvador de la ira

Como ya se ha dicho, Dios es justo para con todas las personas, sin excepción. Nadie escapa de su ira. Unos la reciben personalmente y otros la reciben representativamente, es decir, en la persona de un substituto, que es Cristo. Todos los hombres son merecedores de la ira porque son transgresores, pero aquellos que están en Cristo son libres personalmente de la ira divina. Esta enseñanza es ministrada por Pablo en dos textos muy claros:

Ro. 5:9 – “Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él *seremos salvos de la ira*”.

El contexto inmediato dice que Jesucristo es la prueba del amor de Dios para con nosotros, por el hecho de haber muerto por nosotros. La consecuencia de esta muerte es que todos aquellos por quienes Él murió son justificados. Es la sangre que justifica. Esta justificación por la sangre garantiza la liberación de la ira. Nunca más los beneficiarios de la muerte de Cristo enfrentarán la ira divina, porque ésta ya fue enfrentada por Cristo.

1 Ts. 1:10 – “y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a *Jesús, quien nos libra de la ira venidera*”.

Pablo es aún más específico en este texto. Él se refiere a la manifestación final de la ira divina, que Él llama “ira venidera”. Jesús es quien nos libera de esta ira. Nunca más Dios nos tratará conforme a nuestros pecados (Sal. 103:10), porque Él ya los trató con nuestro sustituto.

Con respecto a los impíos, Jesús es el aplicador de la ira

Es muy común ver a Jesucristo siendo predicado únicamente como el Salvador de los hijos de Dios, pero muy pocas veces oímos de Él como el agente vengador de Dios. La Biblia dice que Jesús no es solamente el Salvador de la ira divina, sino es también el agente ejecutor de ella. Así como la obra de la redención es efectuada por Cristo, así el juicio de los hombres también lo es. Es verdad que Dios es el Juez Supremo, pero Él usa al Verbo encarnado para ser el ejecutor de su ira, porque fue Él el recibidor de la ira divina cuando murió en el lugar de su pueblo. Así como Él se mereció a los pecadores por quienes murió, Él también adquirió el derecho de ser el agente ejecutor del juicio divino.

Hch. 17:31 – “Por cuanto (Dios) ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, *por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos*”.

El varón al que se refiere este texto es inequívocamente, Jesucristo. Dios honró a Cristo Jesús dándole la posición de Juez sobre todos los hombres (Jn. 5:22-23), en virtud de su trabajo perfecto como Redentor de sus hijos.

Jn. 5:27 – “Y (el Padre) también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del hombre”.

Así como Jesús tiene vida en sí mismo (v.26), Él recibió otro privilegio, que es ser el aplicador de la ira divina. El trabajo de juzgar a los hombres en la manifestación de la ira divina será de Jesucristo. Dios le dio esta atribución. Él la ganó como mérito.

Es importante observar que, para ejercer juicio en ira, es necesario poseer “poder” o “autoridad”. Jesús posee este poder, que es una prerrogativa de la realeza. Porque Él es Rey, pronuncia juicio y aplica ira. La palabra griega para “autoridad” en este versículo es la misma que Él usó cuando estaba por subir al cielo: “Toda potestad (o autoridad; ἐξουσία - *exousia*) me es dada en el cielo y en la tierra” (Mt. 28:18). Por lo tanto, porque Él es Rey, tiene autoridad para manifestar la ira de Dios en juicio sobre los hombres. Es importante aún observar que el texto analizado está en un contexto del día final, cuando Jesús con su voz levantará, con poder creador, a todos los muertos de sus sepulcros y así, efectuar juicio sobre todos ellos.

Ap. 6:10 – “Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo Señor, santo y verdadero, y *no juzgas y vengas* nuestra sangre de los que moran en la tierra?”.

En este capítulo 6, Jesús es el que abre los sellos que muestran los juicios de Dios derramados sobre la tierra. Entonces, cuando Él abrió el quinto sello, los mártires clamaron con insistencia por la acción poderosa de Jesucristo. Aquí se le llama “Soberano Señor”. La palabra griega usada aquí para describir la soberanía absoluta de Jesús es δεσπότης – *despotes* (de donde viene la palabra “déspota”), la misma que se le atribuye a Dios Padre.

Esta palabra indica el “poder absoluto” y sin igual, que Cristo posee. Es justamente porque Él es “Soberano Señor” que puede juzgar y vengar a sus hermanos que habían sufrido sobre la tierra la persecución de los impíos. Él es el aplicador de la ira divina, pues los versículos 16 y 17 de este capítulo, señalan esta verdad claramente.

Es curioso que Jesucristo sea Salvador y Ejecutor de la ira divina el mismo día. Para algunos, la venida de Jesucristo será de extremo alivio y para otros de extremo terror. Al mismo tiempo que abrazará a su pueblo con amor, demostrará su ira para con los impíos que siempre lo odiaron. Del mismo cielo viene la salvación y la condenación.

Aplicación

Hay algunas cosas que las personas necesitan saber sobre la ira divina:

1. Todos los hombres necesitan arrepentirse de sus pecados y confiar en Cristo, a fin de que escapen de la manifestación de la ira divina

No hay otra manera de escapar de la manifestación de la ira venidera. Todos los que tengan el castigo de sus pecados pagados por Jesucristo están libres de la ira venidera. La base de nuestra liberación de la ira, por lo tanto, está en la obra de Jesucristo, que se dio a sí mismo por nuestros pecados, pues Pablo dice que “pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira” (Ro. 5:9). No obstante, el medio por el cual nos libramos de la ira es la fe en Jesucristo. Las personas sólo pueden disfrutar de esta liberación cuando se arrepienten de sus pecados, mirando a Jesús, “el autor y consumidor de la fe” (He. 12:2).

2. La doctrina de la ira de Dios debería motivar a los cristianos a testificar de Jesucristo y a llamar a los pecadores al arrepentimiento

Pablo tuvo también esta motivación cuando dijo a sus oyentes griegos: “Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia...” (Hch. 17:30-31).

Pedro también tuvo la misma motivación de Pablo, cuando se dirigió a los presentes, en Jerusalén, diciendo: “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio” (Hch. 3:19).

El sentido de la perdición de nuestros compatriotas debería animarnos a predicarles de forma que, creyendo, escapen del juicio divino. A la semejanza de Pablo y Pedro, usted podría hacer lo mismo con aquellos que viven a su lado. Hable de la necesidad de arrepentirse de los pecados, y aliéntelos a conocer el evangelio de Cristo y a abrazarlo.

A propósito, como los apóstoles hicieron, a medida que usted evangeliza, busque presentar el evangelio aunque no sea agradable al gusto de las personas en la actualidad. Presente un mensaje que incluya el desagrado de Dios contra el pecador y su disposición de castigarlo. Sin embargo, preséntele la única esperanza que es Cristo, pero hágalo de una manera que las personas perciban que usted ha experimentado esta redención y que, por causa de Cristo, usted escapó de la ira venidera.

3. La doctrina de la ira divina es un incentivo para que usted viva una vida de rectitud

El deseo del cristiano debe ser el de agradar a Dios (2 Co. 5:9), y esto sólo ocurre cuando el cristiano vive en santidad. Pablo era extremadamente celoso de una vida santa, de forma que dijo a los Efesios: “Pero fornicación y toda impureza, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos” (Ef. 5:3). Entonces, analizando sobre otros pecados que menciona posteriormente, Pablo incluye: “porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia” (Ef. 5:6). Por lo tanto, es necesario que usted viva en rectitud, para que no reciba la manifestación del desagrado de Dios.

4. La doctrina de la ira de Dios debería hacerlo vivir incómodo con el pecado

Cuando usted conoce lo que las Escrituras dicen sobre la santidad de Dios y su ira, va a comenzar a sentirse incómodo al vivir libertinamente. La ira divina es un recordatorio de la santidad de Dios y una expresión de su desagrado con el pecado. Ciertamente estas cosas lo van a desanimar cuando practique sus pecados predilectos y lo animará a vivir santamente. Ésta no debe ser la motivación mayor para su santidad, pero ciertamente será un aliento para abandonar sus pecados.

5. Tome en serio la doctrina de la ira divina

No sea negligente en esta materia. Proclámela fuerte y claro. Ella trae gloria a Dios. La razón de esto, es que vivimos en un tiempo en que la doctrina de un Dios justo que se manifiesta en ira se ha olvidado en los púlpitos y en las escuelas bíblicas. Aún en las escuelas teológicas y en los institutos bíblicos no hay énfasis sobre este atributo tan esencial para Dios. El tiempo presente parece privar a Dios de éste su atributo, y es muy lamentable que esto ocurra. Busque, estimado lector, conocer un poco más de este aspecto de la naturaleza divina y regocíjese en el hecho de que Dios es singular en la manifestación de la justicia para, al final, terminar con todo sistema de maldad que existe en nuestro mundo, lleno de miseria, dolor y pecado.

Si usted toma en serio esta doctrina, va a contribuir a que más personas conozcan mucho mejor a Dios. Ellas necesitan saber en quien creen y ¡usted puede contribuir para esto!

ATRIBUTOS DE LA SOBERANÍA DE DIOS

La soberanía de Dios es vista en las Escrituras en tonos profundamente enfáticos. Dios se presenta como Aquel que hace su voluntad, y ésta es la causa última de todas las cosas que hay en el mundo. No solamente tiene decisiones, sino Él hace que existan todas las cosas en el mundo, así como preserva y gobierna todo aquello que creó. Todo existe por causa de su voluntad, y por su poder. Todo viene y depende de Él.

Esta creencia en la voluntad y en el poder soberanos de Dios ha sido muy debilitada o distorsionada en el cristianismo de nuestros días. En una de sus cartas a Erasmo de

Rotterdam, Lutero dijo: “Vuestro concepto de Dios es demasiado humano”.²⁰⁷ Esta misma denuncia se debe hacer con respecto a muchos líderes y predicadores cristianos hoy en día. En la actualidad se sustentan los conceptos más deshonrosos con relación a la autoridad de Dios y sobre su dominio en el universo. El Dios de las Escrituras ha sido un desconocido por gran parte de los cristianos hoy en día.

Dios dijo al impío que violaba sus principios: “Estas cosas hiciste y yo he callado; *pensabas que de cierto sería yo como tú...*” (Sal. 50:21-22). Los hombres han imaginado a un Dios parecido a ellos, destituido del verdadero poder y voluntad soberanos. Ellos se olvidan de que tanto al Padre como al Hijo se le da, en las Escrituras, el calificativo de “déspota” (δέσποτα),²⁰⁸ que significa “Señor absoluto o aquel que tiene poder absoluto”. Muchos creen que Dios es la proyección humanizada de nuestra propia condición. El Dios en el cual afirmar creer muchos cristianos no corresponde a la enseñanza de las Escrituras. El Dios que es predicado en muchos púlpitos, enseñado en las escuelas dominicales y leído en gran parte de los libros evangélicos, no pasa de ser una adaptación de la Divinidad de las Escrituras, una ficción del sentimentalismo humano. Este Dios, cuya voluntad puede ser resistida, cuyos designios pueden ser frustrados y cuyos propósitos pueden ser derrotados, no es digno de nuestra verdadera adoración. De hecho, éste no es el Dios de las Escrituras.

La soberanía universal y absoluta de Dios se puede ver en muchos lugares de las Escrituras: 1 Cr. 29:10-12; 2 Cr. 20:6; Sal. 22:28; 47:2-3,7-9; 50:10-12; 72:8-11; 93, 95:3-5; 103:19; 145:11-13. Nadie puede impedir lo que Dios decide hacer: Job 23:13; 42:2; Sal. 115:3; Pr. 21:30.

Dios tiene la supremacía en todo porque es soberano sobre los hombres y sobre toda la creación. La soberanía de Dios es el ejercicio de su supremacía. Ella indica que Dios está en el trono ejerciendo su gobierno absoluto sobre el universo, de hecho y en verdad.

²⁰⁷ Citado por A. W. Pink en *Los Atributos de Dios*, 33.

²⁰⁸ Ver Hch. 4:24 en el original.

CAPÍTULO 21

LA VOLUNTAD SOBERANA DE DIOS

Como ser personal y moral, Dios posee una voluntad. Su inteligencia exige que haya una facultad que lo lleve a la acción, que es la voluntad. Así como su inteligencia y conocimientos son infinitos, también lo es su voluntad. Ésta es una de sus perfecciones infinitas y pertenece a su naturaleza esencial. Su voluntad tiene que ver con su naturaleza moral y con su soberanía. Porque Él es santo, prescribe sus leyes para que sean cumplidas. Ésta es una de las expresiones de su voluntad; porque Él es soberano, hace lo que le place en la vida de los seres humanos y en el universo. Éste es otro aspecto de su voluntad. No obstante, la expresión “voluntad de Dios” es mucho más compleja de lo que estas palabras pueden sugerir.

VARIOS SENTIDOS DE LA EXPRESIÓN “VOLUNTAD DE DIOS”

La expresión “voluntad de Dios” aparece muchas veces en las Escrituras, pero no siempre tiene el mismo significado. Su voluntad no se expresa de la misma manera, ni con la misma fuerza de su Ser.

La palabra “voluntad”, aún en nuestra lengua, con relación a Dios, tiene varias connotaciones en las Escrituras. Puede denotar:

- a) La completa naturaleza moral de Dios incluyendo sus atributos como: amor, santidad, justicia, etc. En este caso la palabra voluntad indica la constitución divina.
- b) La facultad de determinación propia, es decir, la capacidad de determinar una acción o plan.
- c) El producto de esta actividad, es decir, el plan o propósito predeterminado.
- d) La norma de vida trazada para sus criaturas racionales.
- e) La expresión del placer o deleite de Dios.

Lo que vamos a estudiar estará relacionado con los puntos *b*, *d* y *e*.

CARACTERÍSTICAS DE LA VOLUNTAD DE DIOS

La voluntad de Dios es esencial en Él

La voluntad de Dios no se puede separar de Él. Dios no existe sin su voluntad por el hecho de ser un Ser personal, inteligente y sabio. Todos los cristianos saben que Dios tiene una existencia trina; es decir, subsiste en tres personas; sin embargo, no posee tres voluntades diferentes, porque la voluntad es característica de la esencia o naturaleza divina, no de su subsistencia personal. Es verdad que todas las personas tienen voluntad, pero las personas del Ser Divino no tienen voluntades diferentes, porque la voluntad es la expresión

de la naturaleza, que es la misma, en las tres personas. Así como la mente de Dios es una (sea la del Padre, del Hijo o del Espíritu Santo), así también es su voluntad. Mente y voluntad son propias de la naturaleza divina y, numéricamente son *una* y la *misma* en las tres personas del Ser Divino.

A diferencia, Jesucristo, el Verbo encarnado, posee dos voluntades, cada una según su naturaleza. Él posee una voluntad humana y otra divina. Por lo tanto, porque Él tiene dos naturalezas, y la voluntad es propia de la naturaleza, tiene también dos voluntades. Algunas veces podemos percibir en Él una voluntad, otras veces, otra. Pero como la naturaleza del Ser Divino (que es trino) es una sola, Él posee solamente una voluntad. Lo que es la voluntad del Hijo (según su naturaleza divina) es la voluntad del Padre y la del Espíritu Santo.

La voluntad de Dios es eterna

Si Dios es un Ser eterno, todo lo que se relaciona con sus atributos también es eterno. La voluntad de Dios está relacionada a su conocimiento. Todo lo que Dios determina para que el hombre haga fue formulado en su mente eterna; todo lo que Dios hace en la historia fue determinado en la eternidad. Sólo su voluntad se ejecuta en la historia del mundo, pero todo lo que hay en el mundo, que es producto de su voluntad, fue planeado antes de que el tiempo existiera, “dice el Señor, que hace conocer todo esto desde tiempos antiguos” (Hch. 15:18). Su presciencia, es decir, el conocimiento anticipado que Él tiene de todas las cosas, tiene su origen en su voluntad decretiva, que es determinada antes de que haya mundo, porque sus decretos son eternos. Si su conocimiento es eterno, ciertamente es porque su voluntad es eterna.

La voluntad de Dios es poderosa

La voluntad de Dios no puede ser resistida. Ella siempre vence por causa del poder de Dios. Hay una ilustración muy clara sobre este asunto, que está registrada en Hechos 16:6-10. Pablo y Timoteo querían cumplir la voluntad preceptiva de Dios de predicar el evangelio a toda criatura, como era la orden de Jesucristo. Por lo tanto, decidieron ir a Asia. Con todo, el texto de Lucas nos informa que a ellos “les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia” (v.6). Intentaron, entonces, ir para otro lugar. El versículo 7 nos informa que “intentaron ir a Bitinia”, pero otra vez “el Espíritu no se lo permitió” (v.7). Dios le impidió que ejecutaran sus propios planes porque es su plan divino el que está en primer lugar. Dios quería que ellos fueran a Macedonia, y así lo hicieron, “dando por cierto que Dios nos llamaba para que les anunciásemos el evangelio” (v.10).

La voluntad soberana de Dios es poderosa y ningún ser humano puede contrariarla, ni aunque quieran hacer lo correcto, como ocurrió con Pablo y Timoteo en los versículos ya vistos. Sólo se hizo la voluntad del Señor. Ésta, por ser soberana, prevalece por sobre la voluntad de los hombres.

La voluntad de Dios es inmutable

La inmutabilidad de la voluntad divina está fundada en la inmutabilidad de su Ser. Nada de la voluntad de Dios cambia: ni sus decretos ni sus prescripciones para los hombres, ni su voluntad secreta ni la revelada. Porque Dios no cambia, todo lo que es esencial en Él tampoco cambia. Por lo tanto, si la voluntad es esencial en Dios, su voluntad no puede cambiar.

Debemos creer que la voluntad decretiva de Dios es inmutable porque está escrito en la Palabra: “Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa *la inmutabilidad de su consejo*, interpuso juramento” (He. 6:17). Dios no regresa atrás nunca en su voluntad decretiva, pues ella es el fundamento de toda la historia humana que viene siendo realizada y tiene su punto culminante y anunciado por las Escrituras. Nada de lo que Dios decidió hacer va a cambiar. Nadie puede hacer que Dios vuelva atrás o le impida concretizar sus propósitos.

Debemos creer que la voluntad preceptiva de Dios también es inmutable porque sus preceptos permanecen para siempre. El salmista dice que “para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos” (Sal. 119:89). Esto significa que ella es perenne y que nunca es alterada, pues el cielo, en este sentido, tiene la idea de ser eterno. Por esta razón, Jesús dijo: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”. Este texto significa que el cosmos y nuestro planeta, de la forma en que existen, dejarán de existir, pero no los preceptos de Dios. Pedro, entonces, pensando en la inmutabilidad de las palabras de Dios, dice: “porque: Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del Señor *permanece para siempre*” (1 P. 24-25a). Ésta es la inmutabilidad de los preceptos de Dios, porque “esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada” (1 P. 1:25b). Estos preceptos de Dios no son variables de acuerdo con el tiempo o la cultura de un pueblo. Las leyes de Dios permanecen siempre las mismas. Ellas no envejecen con el tiempo, ni pierden su aplicabilidad en alguna época. Lo que es verdad para los hombres en una época, lo es en cualquier otra.

Si Dios cambiara su voluntad, sea la decretiva o la preceptiva, Él la cambiaría para mejor o para peor. Esta connotación de mejoría o deterioro es imposible en el Ser Divino, porque revelaría imperfección y falta de sabiduría en Él.

La voluntad de Dios es eficaz

Esta característica se aplica solamente a la voluntad decretiva, de propósito o secreta de Dios. Nunca esta voluntad es ineficaz. Él siempre realiza su voluntad, directa o indirectamente. Algunas expresiones de su voluntad decretiva se realizan de manera inmediata, es decir, sin el uso de medios. La creación del universo y la creación de la vida espiritual (la regeneración) en los seres caídos son dos ejemplos. Nadie puede ir en contra de una acción inmediata de Dios, pues esta voluntad creadora y recreadora son actos poderosos de Dios que no dependen de los seres humanos, aunque estos sean beneficiarios de ella. La primera obra hizo posible la vida natural de los seres humanos, la segunda hizo posible la vida divina en ellos.

Is. 14:24, 27 – “Jehová de los ejércitos juró diciendo: Ciertamente se hará de la manera que lo he pensado, será confirmado como lo he determinado... Jehová de los ejércitos lo ha determinado, ¿y quién lo impedirá? Y su mano extendida, ¿quién la hará retroceder?”.

La voluntad decretiva de Dios, como los versículos anteriores lo demuestran, no pueden ser contrariadas por nadie. Dios realiza sus propósitos de forma que siempre hace como mejor le agrada. Su consejo siempre permanece de pie y su voluntad siempre prevalece. De lo contrario, Dios no podría ser llamado Todopoderoso. Porque Dios es omnipotente, su voluntad es siempre eficaz. Si otra voluntad pudiera oponerse a la de Él, esta otra voluntad sería superior a la primera y, en este caso, Dios quedaría impedido por dicha voluntad, lo que contrariaría fuertemente la noción de un Dios fuerte.

La voluntad de Dios nace solamente de Él

La voluntad de Dios, sea decretiva o preceptiva, es originada solamente en Él. Nada fuera de Dios origina esta voluntad. Si hubiera algo mayor que Él o anterior a Él, entonces se podría pensar en algo más excelente que Él. Pero Dios es independiente y su voluntad también. Nada de lo que Él desea, planea y decide hacer tiene sus motivos fuera de Él. Nada de lo que Dios planea y decide hacer en el mundo tiene su razón en el mundo o en los hombres. Dios hace su voluntad en el mundo, que es una *opera ad extra*, siempre con motivos que nacen dentro de su propio Ser. Si Dios planeó crear al mundo fue decisión eminentemente suya. Nadie le sugirió esta obra. Si Dios decidió salvar a los pecadores fue con motivo nacido en su bondad. Nada de lo que Dios ha hecho por el hombre tuvo su razón en el hombre. La voluntad de Dios es independiente, siendo, por lo tanto, solamente nacida en Él. Toda la causa de su voluntad está en su Ser, nunca fuera de Él. Es por esto que su voluntad es soberana.

Aún las prescripciones para los hombres, que son su voluntad preceptiva, nacen en su mente santa y amorosa. No hay ninguna sugerencia de que sus preceptos estén basados en alguna mente humana o angelical. Porque Él es santo, sus preceptos son santos; porque Él es bondadoso, sus preceptos son justos y buenos, llenos de amor y misericordia. Toda su voluntad, sea cual sea, es nacida de Él y en Él.

La voluntad de Dios es libre y soberana

Todo lo que existe fuera del Ser Divino es producto de su voluntad. Dios no decidió ser lo que es. No obstante, todas las obras de Dios, y su relación con ellas, es producto de su voluntad. Todas las cosas existen por causa de la voluntad de Dios. Los seres celestiales, que son criaturas de Dios, entonan la siguiente canción, en una actitud de adoración:

Ap. 4:11 – “Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; *porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas*”.

Todo lo que existe fuera del Ser de Dios tiene su existencia en la voluntad de Dios. Dios no decidió ser lo que es, pero todo lo que Él hizo es producto de su voluntad libre y soberana.

La voluntad libre y soberana de Dios también se manifiesta en las obras de su providencia. En ella, están los eventos grandes y pequeños.

Con respecto a los grandes actos de los hombres, podemos percibir en la vida de Nabucodonosor, el poderoso y orgullo rey de Babilonia, que fue humillado en su dignidad, como hombre y como monarca, pasando a alimentarse como una fiera del campo y viviendo como ellas (Dn. 4:31-34), por causa de la voluntad soberana de Dios que actuó sobre su arrogancia, luego de que el rey haya ejercido su poder maligno sobre Judá. Observe lo que Nabucodonosor dijo con respecto a los hombres orgullos, después de que él había sido humillado por la poderosa mano de Dios:

Dn. 4:35 – “Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace *según su voluntad* en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y diga: ¿Qué haces?”

Los mayores hombres del mundo son considerados como polvo delante de la voluntad soberana de Dios, que actúa de una manera providencial, para cumplir sus propósitos en el mundo.

Con respecto a los eventos pequeños, percibimos que hasta aún la muerte de un gorrión (Mt. 10:29) o los cabellos de nuestra cabeza (Mt. 10:30) no escapan de la acción providente de la voluntad libre y soberana de Dios.

DISTINCIONES APLICADAS A LA VOLUNTAD DE DIOS

Sólo existe una voluntad de Dios, pero a fin de que comprendamos mejor la materia, que es compleja, acostumbremos a distinguir este asunto bajo varios puntos de vista, usando, tanto como sea posible, los términos empleados por las propias Escrituras:

1) VOLUNTAD DECRETIVA Y VOLUNTAD PRECEPTIVA

Base Teológica

Aunque estas expresiones no estén literalmente colocadas en las Escrituras, es perfectamente fácil su deducción.

Voluntad Decretiva

La expresión “voluntad decretiva” es aquella por medio de la cual Dios ordena o decreta todo aquello que decide que tiene que ocurrir, sea por medio de su intervención directa, o a través de la intervención irrestricta de sus criaturas racionales. Esta voluntad también puede llamarse *secreta*, cuando no sabemos nada con respecto a ella. Hay innumerables referencias en las Escrituras que indican un decreto de Dios que Él ya dio a conocer a los hombres. En este caso, la voluntad ya no es secreta, aunque continúe siendo expresión de su decreto.

A la voluntad decretiva le pertenecen todas las cosas que Dios decide efectuar inmediatamente (sin el uso de medios) o mediatamente, es decir, a través de sus

instrumentos secundarios, que son sus criaturas racionales, y *estas cosas ocurren con absoluta seguridad. En esta voluntad Dios no permite que alguien se le resista*. Para ejecutar su voluntad, Él no consulta la opinión de los hombres. Los hombres no tienen participación en sus decisiones. Nosotros debemos alegrarnos con ella, porque esta voluntad es buena, agradable y perfecta (Ro. 12:2) y debemos dar gracias por ella (1 Ts. 5:18).

Voluntad Preceptiva

La expresión “voluntad preceptiva” (que se relaciona a los preceptos) es la norma de vida que Dios ha señalado para que sus criaturas morales caminen, indicando los deberes que ellas tienen que cumplir, o que Él impone sobre ellas. Esta voluntad está *revelada* en la ley y en los evangelios. Es la norma de conducta establecida por Dios para todas sus criaturas morales, sean ellas creyentes o no. En esta voluntad Dios prescribe lo que nosotros debemos hacer. Sin embargo, es necesario entender que no todo lo que está revelado dice respecto a los preceptos de Dios para con nosotros, sino también se refiere a decretos que Él revela, de antemano, sobre hechos que ya ocurrieron o que han de ocurrir.

Base Bíblica

a) Voluntad preceptiva de Dios

Dicha voluntad está explícita en innumerables textos de las Escrituras. A continuación hay algunos ejemplos, con pequeños comentarios:

Sal. 40:8 – “el hacer tu *voluntad*, Dios mío, me ha agradado, y tu *Ley* *está* en medio de mi corazón”.

Observe que este versículo es colocado en los labios de Cristo en Hebreos 10:5-7. Cristo tenía por meta hacer lo que estaba prescrito para Él como norma de vida. Esta voluntad está siempre relacionada con la obediencia a la Ley. El Señor quería hacer esta voluntad.

2 Cr. 27:6 – “Así que Jotam se hizo fuerte, porque preparó sus caminos *delante de Jehová*²⁰⁹ su Dios”.

Jotam era rey de las tribus de Judá, porque reinaba en Jerusalén, al sur. Como un ungido de Dios, tenía conocimiento de la voluntad de Dios, que había aprendido por la lectura de las Escrituras (Pentateuco). Así, su vida personal era dirigida por los preceptos del Señor su Dios, lo que lo hacía aún más poderoso y lleno de autoridad. El conocimiento de los preceptos de Dios y la obediencia a ellos le daban autoridad delante del pueblo.

Sal. 143:8, 10 – “Hazme oír por la mañana tu misericordia, porque en ti he confiado; *hazme saber el camino por donde ande*, porque a ti he elevado mi alma... *Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios*; tu buen espíritu me guíe a tierra de rectitud”.

²⁰⁹ N. del T: Este versículo se sugiere aquí, pues en la versión en portugués Almeida Revisada y Actualizada dice: “... porque dirigía sus caminos *según la voluntad del Señor*, su Dios”.

Hay dos cosas que deben ser analizadas en estos versículos: 1) El salmista pide orientación a Dios para seguir el camino correcto. La voluntad de Dios es algo a lo cual se aspira, pues el salmista dijo: “hazme saber el camino...”. Él quería andar en los caminos correctos, y la única luz que el salmista tenía eran las Escrituras, pues él dice: “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino” (Sal. 119:105). Dios nos muestra el camino solamente a través de las Escrituras. Ésta es la voluntad revelada que debemos seguir; 2) El salmista muestra su deseo de aprender a hacer la voluntad de Dios. Él dijo: “Enséñame a hacer tu voluntad”. Para que aprendamos a hacerla, primero es necesario que la conozcamos. Y los preceptos del Señor están revelados en su Palabra.

Mt. 7:21 – “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino *el que hace la voluntad de mi Padre* que está en los cielos”.

Jesús está tratando de combatir a la religión formal, que consiste sólo de rituales, y está condenando actitudes hipócritas. Lo que Él está queriendo enseñar en este versículo es que sólo puede entrar en el reino de Dios aquel que “hace la voluntad de mi Padre”, es decir, el que sigue los preceptos de Dios en una vida de rectitud. No basta solamente aparentar religiosidad, sino, obedecer la voluntad del Señor que está registrada en las Escrituras. La misma idea está expresada en el texto de Mateo 12:50 – “Porque todo aquel que *hace la voluntad de mi Padre* que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana y madre”. Es un deber suyo y mío cumplir la norma de vida para nosotros, para que seamos considerados miembros de la familia de Jesús.

Lc. 12:47 – “Aquel siervo que *conociendo la voluntad de su señor*, no se preparó, ni hizo conforme a *su voluntad*, recibirá muchos azotes”.

Hay muchos que están en medio del pueblo de Dios que reciben el conocimiento de la voluntad del Señor, sin embargo, no la obedecen, ni hacen conforme a lo que les está prescrito. Note que esta voluntad de Dios se puede conocer a través de las Escrituras. No hay otro medio. Además de esto, aquellos siervos que no observan la regla de conducta prescrita reciben la debida disciplina de Dios. De ahí, la gran importancia de obedecer a la Palabra revelada de Dios.

Jn. 7:16-17 – “Jesús les respondió y dijo: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió. El que quiera *hacer la voluntad de Dios*, *conocerá si la doctrina* es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta”.

Observe que la voluntad preceptiva de Dios está ligada a la enseñanza de la Palabra de Dios. Por esta razón, Jesús dijo esto para probar si su doctrina era de Dios. Para que pudieran verificar, era necesario que conocieran las Escrituras. Hacer la voluntad de Dios, aquí, es lo mismo que conocer su doctrina y obedecerla.

Jn. 9:31 – “Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios, y *hace su voluntad*, a ese oye”.

Contrariamente a los pedidos de los pecadores, las oraciones de los hijos de Dios, que son temerosos a Él, son respondidas de un modo afirmativo por la simple razón de que estos hacen la voluntad de Dios. Esta voluntad está explicitada en las Escrituras. Su práctica

es la obediencia a ellas. Y la única obediencia que debemos a Dios es la obediencia a sus preceptos como nuestra norma de comportamiento.

Hch. 13:22 – “Quitado este (Saul), les levantó por rey a David, de quien dio también testimonio diciendo: He hallado a David hijo de Isaí, *varón conforme a mi corazón, quien hará todo lo que yo quiero*”.

A pesar de sus pecados, David fue reconocido como un hombre que obedeció la voluntad de Dios, como expresión de la norma de vida que Él puso sobre los hombres. Un hombre según el corazón de Dios es un hombre obediente. Al hombre sólo le cabe, por lo tanto, obedecer sus preceptos, que en este versículo son lo mismo que “hacer mi voluntad”.

Ro. 2:17-18 – “He aquí, tú tienes el sobrenombre de judío, te apoyas en la *Ley*, y te glorías en Dios; y *conoces su voluntad*, e instruido por la *Ley* apruebas lo mejor...”.

Los judíos tenían una gran responsabilidad ante Dios, pues ellos habían recibido los oráculos de Dios. Perciba que el texto habla de la voluntad de Dios y la iguala a su ley. Ellos eran instruidos en la ley, conociendo la voluntad de Dios. Ésta voluntad de Dios es la preceptiva, pues muestra como los hombres deberían seguirla para el bien de sus vidas. No obstante, aún aprobando las cosas excelentes, muchos de los judíos no fueron obedientes a la voluntad de Dios en sus vidas. Ellos quebrantaron muchos preceptos, como es propio de los hombres de todas las generaciones.

Ef. 6:6-7 – “... no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como *siervos* de Cristo, de corazón haciendo *la voluntad de Dios*; *sirviendo* de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres”.

Observe que el término “siervo” aquí implica que estas personas están bajo autoridad y tienen conocimiento de una orden expresa. La única manera de entender esta orden es a través de leyes objetivas que les son dadas. ¿Cómo harían la voluntad de Señor si no la conocieran? Estas leyes son conocidas porque están prescritas en las Santas Escrituras. Y los siervos deben hacer esta voluntad de Dios, pero de manera sincera, de corazón, como si fuera directamente para el Señor.

1 Tes. 4:3 – “*La voluntad de Dios* es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación...”.

Dios le exige a sus hijos una vida de acuerdo con su patrón moral establecido en su Palabra. La santidad del cristiano es fundamental para que sea agradable delante de Dios. Es decir, lo que Dios ha ordenado para la vida de todos sus hijos, como norma de vida. La santificación incluye la obediencia a los preceptos de Dios.

1 Tes. 5:18 – “Dad gracias en todo, *porque esta es la voluntad de Dios* para con vosotros en Cristo Jesús”.

Observe que la oración de acción de gracias es una de las reglas de su voluntad preceptiva que Dios estableció para su pueblo. La acción de gracias es un precepto para nuestra vida diaria.

1 P. 2:15 – “Porque *esta es la voluntad de Dios*: que *haciendo bien*, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos”.

La practica el bien es precepto para su vida. Ésta se afirma desde el comienzo hasta el fin de las Escrituras. Todo lo que Dios le ordena a sus hijos es practicar el bien. Cuando un cristiano obedece los preceptos de Dios, calla al adversario, pues no tiene nada indigno que decir en su contra. Cuando el cristiano cumple los preceptos de Dios, se dice que él hace la voluntad de Dios.

1 P. 4:1-2 –“Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado, para no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, *sino conforme a la voluntad de Dios*”.

Note que la voluntad de Dios, como norma de vida, es la vida de santidad, que es lo opuesto a las “concupiscencias de los hombres”.

1 Jn. 2:17 – “Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el *que hace la voluntad de Dios* permanece para siempre”.

Esta voluntad preceptiva o revelada está al alcance de todos, pues “no está lejos de ti” (Dt. 30:9-10; Ro. 10:8), en ella están prescritos todos los deberes del hombre y representa para él el camino en el cual éste puede gozar las bendiciones de Dios.

Observación: Esta voluntad preceptiva no siempre se realiza. No todo lo que Dios exige de nosotros como norma de vida es obedecido.

¿Conoce usted la voluntad de Dios? Sí, si usted lee lo que está escrito en la Palabra de Dios. ¿Hace usted exactamente todas las cosas que Dios quiere de usted? No. Esta voluntad, por lo tanto, puede y, frecuentemente, es desafiada.

b) Voluntad Decretiva de Dios

Hay una gran gama de textos que hablan de la voluntad decretiva de Dios, en distinción a su voluntad preceptiva. Esta voluntad decretiva infaliblemente ocurre y Dios puede operar inmediata o mediatamente, es decir, Él opera directamente o usa medios o causas secundarias para la consumación de su voluntad.

Veamos algunos ejemplos en las Escrituras:

2 Cr. 22:7 – “Pero *esto venía de Dios*, para que Ocozías fuese destruido viniendo a Joram; porque habiendo venido, salió con Joram contra Jehú hijo de Nimsi, al cual Jehová había ungido para que exterminara a la familia de Acab”.

Ocozías era un mal rey porque anduvo en los caminos de la casa de Acab y “pues su madre (Atalía) le aconsejaba a que actuase impiamente” (v.3). La muerte de Ocozías por Jehú fue parte de las duras decisiones de Dios contra la casa de Acab. Todo lo que le sucedió a Ocozías (v.8-9) era producto de los designios establecidos por Dios, de forma que sus propósitos fueran cumplidos en la vida de Ocozías, como expresión de su voluntad decretiva (leer 2 Cr. 22:1-9).

Sal. 103:20-21 – “Benedicid a Jehová, vosotros sus ángeles, poderosos en fortaleza, que ejecutáis su palabra, obedeciendo a la voz de su *precepto*. Benedicid a Jehová, vosotros todos sus ejércitos, ministros suyos, que hacéis *su voluntad*”.

Los ángeles no están bajo la voluntad preceptiva de Dios como lo están los seres humanos. Ellos obedecen a la palabra de Dios, pero dicha palabra no es la Escritura, porque ésta es sólo para los hombres. Esta palabra es la determinación divina para la vida de los hombres. Los ángeles son ministros de Dios para ejecutar sus decretos en la vida del mundo y de los hombres. El escritor a los Hebreos expresa que los ángeles “¿no son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?” (He. 1:14). Es precisamente para este servicio que recibieron la “palabra”. Ellos cumplen los decretos de Dios en la vida de los hombres. En este sentido, es que hacen la voluntad de Dios, y Dios hace su voluntad de manera mediata, es decir, a través de sus ministros.

Is. 46:9-11 – “Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios; y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: *Mi plan permanecerá, y haré todo lo que quiero*; que llamo desde el oriente al ave, y de tierra lejana al varón de mi consejo. Yo hablé, y lo haré venir; *lo he pensado, y también lo haré*”.

¡La fuerza inamovible de su decreto está en el hecho de que, Él es el único Dios! “Su plan permanecerá”, es decir, no cambia, porque nadie es capaz de hacer nada contra Él. Él controla a todos los seres vivos, hombres o animales, para que sus propósitos se realicen. Nadie puede resistir a una decisión decretiva de Dios. Por esto Dios, dice: “lo he pensado, y también lo haré”. Dios decide hacer algo y lo hace, y nadie se opone a su voluntad.

Is. 53:10 – “Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y *la voluntad de Jehová será en su mano prosperada*”.

La obra de la redención a través de Jesucristo, en la cruz, fue la expresión de la voluntad decretiva de Dios. La muerte de Cristo fue una obra del designio eterno de Dios (Hch. 2:23) y no producto de la casualidad. Ella fue predeterminada. La voluntad decretiva de Dios fue hecha en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. Por esto se dice que la obra de la redención de Cristo hizo que esta voluntad de Dios prosperara.

Dn. 4:35 – “Considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo y en los habitantes de la tierra; *no hay quien detenga su mano y le diga: ¿Qué haces?*”.

En este versículo vemos a Dios trabajando mediatamente. El ejército de los cielos (que aquí probablemente se refiere a los ángeles) es el instrumento a través del cual Dios ejecuta su voluntad decretiva. No obstante, ningún ser humano, sea pequeño o grande, puede impedir lo que Dios decide hacer y, que finalmente, hace. El ejercicio de esta voluntad no depende de la voluntad de los hombres. Éstos, nada pueden hacer contra la voluntad decretiva de Dios, ni pueden tampoco cuestionarla.

Mt. 6:10 – “Venga tu Reino. Hágase *tu voluntad*, como en el cielo, así también en la tierra”.

Como Dios es Rey en los cielos, así lo es en la tierra. El Reino de Dios siempre se cumple allá en el cielo o acá en la tierra. Lo que Jesús nos está enseñando en esta oración es pedir para que Dios cumpla sus propósitos de santidad y de justicia, propósitos que ya son realizados en los cielos.

Mt. 26:42 – “Otra vez fue, y oró por segunda vez, diciendo: Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, *hágase tu voluntad*”.

Era un decreto de Dios que Jesús pasara por lo que pasó en el Getsemaní. En sufrimiento y gran agonía Jesús se conforma a la poderosa voluntad de su Padre. Como hombre que era, el Redentor tenía el deseo de escapar del dolor (porque esto es constitucional en el ser humano), pero Él sabía que había una voluntad divina por sobre la voluntad humana. Como Dios que era, el Redentor entendió que la voluntad de Dios era inevitable para la redención del pecador. Esta voluntad decretiva tendría que ser incuestionablemente cumplida, porque estaba escrito que Él sería el Siervo sufrido, a quien Dios castigaría con ira (Isaías 53).

Jn. 4:34 – “Jesús les dijo: Mi comida es que *haga la voluntad del que me envió*, y que *acabe su obra*”.

Perciba que la voluntad de Dios, que hacía Jesús, no tiene nada que ver con la voluntad preceptiva, a pesar de que también la hiciera. En este versículo, Jesús está hablando de la realización del plan redentor de Dios para con los hombres. La voluntad decretiva de Dios era la redención de los pecadores, y esta obra fue ejecutada en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. Todo lo que le sucedió a Jesús era parte del cumplimiento de los planes redentores de Dios.

Jn. 6:39-40 – “Y esta es *la voluntad* del Padre, el que me envió; que de todo lo que me diere no pierda yo nada... esta es *la voluntad del que me ha enviado*: que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo lo resucitaré en el día postrero”.

La salvación de su pueblo no es sólo un deseo de Dios que podría o no ser realizado. Antes, fue una decisión divina firme, resoluta, de que Cristo, en cumplimiento a la voluntad de su Padre, no perdiera a ninguno, sino que los condujera a la gloria eterna. El decreto fue cumplido: todos aquellos que fueron entregados a Cristo por el Padre fueron salvos, están siendo salvos o serán salvos.

Hch. 21:11-14 – “quien viniendo a vernos (Agabo), tomó el cinto de Pablo, y atándose los pies y las manos y dijo: Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los judíos en Jerusalén al varón de quien es este cinto, y le entregarán en manos de los gentiles. Al oír esto, le rogamos nosotros y los de aquel lugar que no subiese a Jerusalén. Entones Pablo respondió: ¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? pues yo estoy dispuesto no solo a ser atado, mas también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús. Y como no lo pudimos persuadir, desistimos, diciendo: *Hágase la voluntad del Señor*”.

Los cristianos de Cesarea tuvieron noticia por el profeta Agabo que Pablo iba a ser capturado, apresado y a sufrir por causa de Jesucristo. Pablo los consuela hablándoles de su disposición incluso a morir. Entonces, percibiendo la determinación de Pablo, y que no sería removido en su intento de predicar en Jerusalén, se dijeron unos a otros: “Hágase la voluntad del Señor”. Ésta es la resignación de aquellos que entienden que todas las cosas ayudan a bien a los que aman a Dios. La voluntad decretiva del Señor siempre se realiza y necesitamos conformarnos con ella. Es así que proceden todos cuantos le aman y son llamados según su propósito.

Ro. 1:9-10 – “... hago mención de vosotros siempre en mis oraciones, rogando que de alguna manera, tenga al fin, por *la voluntad de Dios*, un próspero viaje para ir a vosotros”.

Pablo era un obrero preocupado por sus iglesias. Oraba por ellas constantemente. Por cierto, él recibía cartas pidiendo que fuera a visitarlas. A Pablo le gustaba estar con ellas, pero entendía que no tenía control sobre el destino de su vida. Oraba a Dios motivado por el deseo de visitar a sus iglesias, pero comprendía que esto sólo sería posible por la “voluntad de Dios”. Él ya había intentado hacer este tipo de viaje por su propia cuenta, y Dios se lo había impedido dos veces (ver Hch. 16:6-7). Nadie puede decir con seguridad que irá a tal o cual lugar, a menos que esto sea la expresión del designio divino (ver la enseñanza de Santiago 4:13-16 que concuerda exactamente con lo que Pablo enseñaba).

Ro. 8:27 – “Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque *conforme a la voluntad de Dios* intercede por los santos”.

¿Por qué no podemos entender esta “voluntad” como preceptiva? Porque el Espíritu Santo no está bajo los preceptos de Dios. Éstos son sólo para los hombres. El Espíritu Santo siempre ejecuta una determinación divina. Cuando Él intercede por los santos es porque es una decisión divina que se tiene que hacer. Ciertamente, cuando esta voluntad decisoria de Dios es realizada por Él mismo, los creyentes son altamente beneficiados.

Ro. 9:19 – “Pero me dirás: ¿Por qué, pues, (Dios) inculpa? porque *¿quién ha resistido a su voluntad?*”.

Cuando el asunto de la voluntad soberana de Dios entra en escena, los hombres siempre se rehúsan a hablar de ella, porque rechazan el *modus operandi* de Dios. Ellos siempre encuentran injusticia en Dios. Por eso preguntan: “¿Por qué, pues, inculpa?”, como si dijeran: “¿Qué más quiere Dios, si Él ya ejerce su misericordia según su voluntad. Acaso, ¿alguien puede ir en contra de lo que hace? ¿alguien ya ha resistido su voluntad?” – Este no es un reconocimiento sincero de la soberanía divina, sino una crítica agria que refleja su derrota delante de la voluntad soberana de Dios. ¡Nuevamente la incapacidad humana para luchar en contra de un designio de Dios! Con razón en el versículo siguiente, Pablo replica a los objetores de Dios: “Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios?” (Ro. 9:20).

1 Co. 1:1 – “Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo *por la voluntad de Dios*...”.

El apostolado no era sólo un deseo de Dios para Pablo, sino una convocación o una vocación irrevocable. Pablo no podría (y ciertamente no quería) luchar contra el llamado divino, pues dicho llamado era eficaz. Pablo entiende su vocación apostólica en términos de una voluntad contra la cual no podía luchar. Era la voluntad decretiva de Dios, que lo había separado antes de nacer y que lo había llamado por su gracia, revelando a su Hijo en él (Gá. 1:15-16). Es curioso que esta expresión de Pablo se repite en casi todas sus cartas. Pablo que nunca tuvo ninguna intención de seguir a Cristo, después de transformado, reconoce: “Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo *por la voluntad de Dios*”.

Gá. 1:4 – “(Jesucristo) el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo, *conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre*”.

Es verdad que Jesucristo vino voluntariamente a este mundo para rescatar a los perdidos que el Padre le había entregado, pero la obra de “librarnos del presente siglo malo” no era simplemente un deseo del Padre, sino un decreto o una determinación de Él. Pablo tenía plena conciencia de que Cristo vino a cumplir, y lo hizo, el decreto liberador de Dios.

Ef. 1:1, 5, 11 – “Pablo, apóstol de Jesucristo por *la voluntad de Dios*, a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Efeso... en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según *el puro afecto de su voluntad*... En él (Cristo) asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados *conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad*”.

Nuevamente atribuye su apostolado a la voluntad soberana de Dios (v.1). Después, en los versículos siguientes trata la voluntad soberana de Dios como causante de la predestinación de algunos para la salvación. Entonces, concluye en el versículo 11, que todas las cosas son hechas según el consejo soberano de Dios, que hace todo lo que le place. Él no consulta a nadie en el ejercicio de su voluntad soberana, con relación a la salvación de los hombres u cualquier otra cosa. Su voluntad es absoluta e indiscutible.

Fil. 2:13 – “porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, *por su buena voluntad*”.

Cuando usted hace un acto santo, justo y bueno, nunca se jacte como si hubiera nacido en su corazón independientemente de la acción de otra persona. Si usted es capaz de estas acciones, glorifique a Dios, porque es Él quien decide colocar en nosotros las intenciones de las cosas santas y la capacidad para realizarlas, conforme a su determinación, que se denomina “su buena voluntad”.

1 P. 3:17 – “Porque mejor es que padezcáis haciendo el bien, *si la voluntad de Dios* así lo quiere, que haciendo el mal”.

Las experiencias dolorosas que suceden en nuestra vida no vienen simple y únicamente por causa de nuestros pecados. Algunas de ellas tienen origen en la voluntad decretiva de Dios. Es parte de la economía divina hacer que muchos de sus hijos sufran. Hay quien pueda afirmar con gran énfasis que este tipo de sufrimiento es gracia (Fil. 1:29). En este caso, es necesario que los cristianos entiendan que tienen que resignarse ante la manifestación de una voluntad superior, que es la voluntad de Dios. Por esta razón, el apóstol Pedro recomienda: “de modo que los que padecen *según la voluntad de Dios*, encomienden sus almas al fiel Creador y hagan el bien” (1 P. 4:19).

Ap. 4:11 – “Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y *por tu voluntad* existen y fueron creadas”.

Todas las obras que son hechas fuera del Ser Divino, las llamadas *opera ad extra*, se deben entender como producto de la voluntad decretiva de Dios. Nada de lo que fue hecho, ha sido hecho como producto de la casualidad o de la generación espontánea, sino como resultado de una voluntad eterna y eficaz de Dios que hace que todo exista, cuando aún no existía. La existencia del universo es el producto de un plan elaborado en la eternidad y que, juntamente con el tiempo, se concretizó, por la voluntad poderosa y soberana de Dios.

1 Jn. 5:14 – “Esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa *conforme a su voluntad*, él nos oye”.

En este versículo, la “voluntad” se puede entender de dos maneras, dependiendo de cómo se aborde el texto. Si el autor está hablando de los decretos de Dios, pidiendo según lo que Dios ha determinado (decretado) para nosotros, ciertamente Él nos oirá. Pero si el autor se está refiriendo a la voluntad preceptiva, es decir, a los mandamientos de Dios para nosotros, entonces, si pedimos según esta voluntad, Él también nos oirá. (Un ejemplo es la petición de amar al prójimo: ésta es una petición que será atendida porque es exactamente esto lo que Él quiere que hagamos). Personalmente, creo que Juan está hablando de la voluntad de Dios en el primer sentido. Cuando le pedimos a Dios lo que Él ya había decidido darnos, ciertamente nos oye. Por esto, algunas de nuestras oraciones no reciben la respuesta que pedimos, porque no pedimos según su voluntad.

Obs: La *voluntad decretiva, que generalmente es secreta*, siempre es cumplida, mientras que la *voluntad preceptiva o revelada* no siempre se cumple, o mejor, frecuentemente se desobedece. Hay, por lo tanto, una gran diferencia entre lo que Dios *prescribe para que hagamos* y lo que Él *decide hacer*.

2) VOLUNTAD DE PLACER Y VOLUNTAD DE PROPÓSITO

Ésta es otra distinción de la expresión “voluntad de Dios”, pero no puede ser igualada, en todos sus detalles, a la primera distinción analizada anteriormente.

Base Teológica

La *voluntad de propósito* está ligada a la *voluntad decretiva*, mientras que la *voluntad de placer* no debe ser equivalente a la *voluntad preceptiva*, porque ésta indica lo que el hombre debe hacer, y aquella, lo que a Dios le gustaría que ocurriera, pero que no depende de una obediencia del hombre para que ocurra. Permítame explicarme mejor: Esta voluntad expresa el placer y el deleite de Dios en cosas que le gustaría que ocurrieran en la vida de los hombres, pero que no siempre ocurren. Esta *voluntad de placer* no está relacionada directamente con aquello que los hombres deben hacer, sino es un deseo que expresa la naturaleza constitucional de Dios.

Este deseo, *que no siempre es satisfecho, es constitucional* y de ninguna forma se puede negar en Dios. Los ejemplos que vienen a continuación sirven para aclarar lo que acabamos de definir:

Base Bíblica

Hay en las Escrituras varios ejemplos de la *voluntad de placer*:

Ejemplo 1

El deseo natural y espontáneo de Dios para con todos los hombres está expresado en dos textos de Ezequiel:

Ez. 33:11 – “Diles: Vivo yo, dice Jehová, el Señor, que no *quiero* la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino y que viva. *Volveos, volveos* de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?”.

Ez. 18:23 – “¿*Quiero* yo la muerte del impío? dice Jehová, el Señor. ¿No vivirá, si se apartare de sus caminos?”.

Es común, dentro de los círculos calvinistas, negar en Dios este deseo, por causa del temor a la violación de la doctrina de la expiación limitada. No hay fundamento para este temor, porque esta voluntad de Dios, expresada en los versículos anteriores, *es constitucional en Él*. Dios afirma de modo claro, en estos versículos, su deseo de dos maneras: una negativa y otra positiva. Primero, Dios no quiere la muerte del perverso; segundo, Dios anhela la conversión del impío. Por no hacer esta distinción de la voluntad de Dios, muchos calvinistas intentan negar lo que es obvio en las Escrituras. Es parte de la naturaleza constitucional de Dios no tener placer en la condenación del perverso y sí el deseo de la conversión de ellos. Nadie puede, en sana conciencia, negar estas verdades que el propio Dios dice de sí, de manera incuestionable.

No obstante, este deseo constitucional constante en Dios no siempre se realiza. Este deseo constitucional es distinto de su realización o satisfacción. Por razones desconocidas para nosotros, Dios *determina* no satisfacer o realizar su propio deseo, pues está en sus manos salvar al pecador. Es Él quien efectúa la regeneración en él y lo resucita espiritualmente. Es obra de la soberanía de Dios salvar al pecador. Él decidió no salvar a algunos (esto tiene que ver con su *voluntad de propósito*, que es igual a la *voluntad de decreto*), pero el hecho de que Él decida no salvar a alguien no elimina lo otro: que Él tenga placer en que el pecador se convierta y no tenga placer en que él sea condenado. Esto no es una contradicción en Dios (que posee una mente infinita), pues es posible este tipo de situación en nosotros mismos (que tenemos mente finita). Es posible para nosotros querer que alguna cosa buena le suceda a alguien y, sin embargo, por razones suficientes para nosotros, decidimos no hacer nada para que esto ocurra. Algunas veces no lo hacemos por incapacidad o falta de poder. Aquí está la gran diferencia entre Dios y nosotros. No es por incapacidad o falta de poder que Dios decide no salvar, sino es un acto de su soberanía que no anula su voluntad de querer ver a los impíos convertidos o su disgusto de verlos condenados. Al final de cuentas, todos los impíos que no son convertidos son sus criaturas, y esto explica porque Él no quiere la condenación de ellos. Dios les aplica la condenación porque Él es justo, pero no hay ninguna sugerencia de que Él se alegra en la condenación de ellos. Pensar en esto sería una blasfemia contra su naturaleza y una negación de su *voluntad de placer*, que le es constitucional.

Ejemplo 2

La *voluntad de placer*, que es natural y espontánea en Dios para con todos los hombres, se demuestra de manera positiva en una situación en donde Jesús dice:

Lc. 13:34 – “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces *quise* juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, pero no quisiste!” (comparar con Lc. 19:41-42).

Este cuadro presentado por Lucas es una situación similar a la de Ezequiel, pero el personaje, expresando su tristeza por la perdición del pueblo, es Dios, el Hijo encarnado. En este versículo podemos percibir un sincero placer en la salvación de los habitantes de Jerusalén. Jesús, el Dios encarnado, reveló incuestionablemente su deseo de que los habitantes de Jerusalén dejaran su incredulidad. – *Esto muestra la voluntad de placer o de deleite de Dios*. Ninguno de nosotros puede negar esta voluntad en el Dios hombre. Sería una injusticia de nuestra parte decir que Cristo se alegraba en la incredulidad y en la perdición de Jerusalén. Sus lágrimas indican su disgusto por la situación de incredulidad y, al mismo tiempo, su placer en que Jerusalén se volviera arrepentida y en fe a Él.

No obstante, por razones desconocidas para nosotros, Cristo decidió no vencer la obstinación de los judíos, pues podría haberlo hecho si así *lo hubiera decidido*, ya que Él es “el autor y el consumidor de la fe” (He. 12:2). La fe siempre viene por medio de Jesús (Hch. 3:16); la fe es un don de Jesús a los hombres, una gracia eminentemente divina. Esta resolución de Jesucristo, de no conceder fe salvadora a todos los habitantes de Jerusalén, *muestra la voluntad de propósito de Dios*.

Es muy común la cita del texto de 1 Ti. 2:4 y 2 P. 3:9 para mostrar el mismo deseo de Dios de salvar a todas las personas, con la debida argumentación, pero que pueden ser explicados de manera diferente, como se observa a continuación en la nota al pie de página.²¹⁰

Ejemplo 3

El placer natural y constitucional de Dios era que Faraón dejara al pueblo salir de Egipto, en paz. Varias veces Dios le dijo a Faraón: “Deja ir a mi pueblo...” (Ex. 7:2; 8:1, 2, 20) – El deseo de Dios era que el pueblo hebreo pudiera quedar libre de la esclavitud y que Faraón estuviera libre de las plagas, dejando ir al pueblo. *Esto muestra el deseo de Dios*. Pero este deseo de Dios no se realizó porque Él decidió no interferir en el corazón de Faraón. Vea que el Señor endureció el corazón de Faraón, a fin de que él no dejara al

²¹⁰ El argumento formulado podría ser así: El deseo natural y espontáneo de Dios es que todos los hombres, sin excepción, sean salvos, llegando al arrepentimiento y a la fe, como está claramente expresado en 1 Ti. 2:4 y 2 P. 3:9. *Esto muestra el deseo constitucional de Dios, que es la voluntad de placer o de deleite*.

No obstante, Dios mismo afirma claramente en Romanos 9:18 que Él “de manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece” – *Esto muestra el propósito de Dios*.

A decir verdad, estos textos no deben ser usados como ejemplos similares a los dos anteriores. Hay algunas observaciones que hacer en este asunto: Las expresiones de 1 Ti. 2 “acciones de gracias, por *todos los hombres*” (v.1), “el cual quiere que *todos los hombres*” (v.4), así como “rescate por *todos*” (v.6) se pueden referir perfectamente a tipos de personas indistintamente (como reyes, personas en autoridad, etc., como nos muestra el v.1), no como refiriéndose a cada hombre, sin excepción. Sin embargo, si estas expresiones fueran entendidas con el significado de “cada ser humano, sin excepción”, entonces, podemos aplicar con justicia el argumento anterior más como un ejemplo para distinguir la *voluntad de placer* de la *voluntad de propósito*. Solamente en este caso puede ser aplicable al ejemplo. Si lo entendemos como el primero, entonces el ejemplo no sirve, porque Dios a todo tipo de personas que deseó salvar, salvó. Ésta es la opinión del autor.

pueblo salir, y lo amenazó con plagas interiores en el corazón, para mostrar que solamente Él era poderoso (Ex. 9:14-16). Estos textos que muestran el *propósito de Dios*, a diferencia de su *voluntad de placer*, está expresada en Ex. 7:2-4; 8:15,19.

Dios deseó *con fervor* que Faraón espontáneamente concordara en dejar salir al pueblo de Egipto (Ex. 9:1), pero *decidió* no vencer la resistencia de Faraón (Ex. 9:12).

Estos ejemplos *no muestran contradicción* en Dios, pues encontramos paralelo de esto en las acciones de los hombres.

Ejemplo: La decisión de un hombre (que es un decreto de hombre, en un caso particular) frecuentemente es contraria a su inclinación natural. Un hombre decide sufrir dolor físico y emocional en la amputación de su pierna, aunque él sea constitucionalmente contrario al dolor. Su deseo natural sería escapar del dolor físico y emocional, pero por razones suficientes para él, decide no escapar y someterse a la cirugía. Si esto es posible en la mente humana, que es finita, mucho más lo es para la mente divina que es infinita. Si hay razones suficientes para un hombre tomar decisiones de esta naturaleza, *lo mismo ocurre con Dios*.

3) VOLUNTAD SECRETA Y VOLUNTAD REVELADA

Base Bíblica

Estas expresiones son extraídas de las Escrituras, especialmente las registradas en el libro de Deuteronomio:

Dt. 29:29 – “Las cosas *secretas* pertenecen a Jehová nuestro Dios; pero las *reveladas* son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, a fin de que cumplamos todas las palabras de esta Ley”.

Los propios términos ya indican el significado de ellas. Ésta es la distinción más común en la teología, pero no es la más completa para el entendimiento de esta materia. Hay algunas cosas que deben ser dichas en este sentido que merecen una atenta consideración.

Voluntad Secreta

Las cosas *secretas* tienen que ver con los secretos de Dios con respecto a la vida de las personas. Mientras que la *voluntad decretiva* y la *voluntad de propósito* se relacionan a las decisiones en general sobre la vida del mundo y el destino del pueblo de Dios; la *voluntad secreta* puede ser una indicación de aquello que Dios hace en nuestra vida personal y que es secreto, hasta que sucede. Santiago le escribió a sus lectores: “no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece” (Stg. 4:14). El mañana, es decir, las cosas que nos ocurrirán en el futuro, está escondido de nosotros.

Voluntad Revelada

Las cosas *reveladas* tienen que ver con la norma de vida de las personas, pues el propio texto nos indica esto. Dice que “pero las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, a fin de que cumplamos todas las palabras de esta Ley”. Estas cosas

reveladas deben ser obedecidas como norma de comportamiento para todo el pueblo de Dios. No hay como huir del deber de obedecer a la voluntad revelada para nuestro comportamiento. En este sentido, la voluntad revelada es igual a la voluntad preceptiva.

Base Teológica

Pablo, escribiendo a los Efesios, dice: “entendidos de cuál sea *la voluntad del Señor*” (Ef. 5:17). Si tomamos este texto aisladamente, tendremos un poco de dificultad para entender, exactamente, a cual voluntad se está refiriendo.

¿Cuál es la voluntad de Dios que necesitamos entender para nuestra vida?

Esta pregunta puede estar relacionada con los dos aspectos de esta voluntad, mencionados en Deuteronomio 29:29 – con la *voluntad secreta* y con la *revelada*. En este texto de Ef. 5:17 pueden estar presentes los dos conceptos ya estudiados. Depende de cómo entendemos lo que Pablo estaba queriendo decir por “voluntad de Dios”. Veamos cada una de las posibilidades:

Voluntad Revelada

Si Pablo tiene en mente la comprensión de la verdad revelada, o los preceptos normativos de Dios, entonces:

a) *Esta “voluntad de Dios” debe estar relacionada con la MANERA en como Dios quiere que yo viva*

Dicha voluntad está *revelada* para nuestra vida y está absolutamente clara en las Escrituras. Por ejemplo, usted no necesita hacer preguntas como éstas, para poder comprender cual es la voluntad del Señor para su vida:

- “¿Será que es la voluntad de Dios que yo ame a mis hermanos en la fe y a mis enemigos?”- porque la voluntad de Dios de que usted ame a su prójimo se afirma claramente en las Escrituras.

- “¿Será que Dios quiere que yo proceda correctamente en mi noviazgo?” – porque las Escrituras ya afirmaron esto de manera inequívoca. Pablo nos enseña el modo en como debemos comportarnos durante nuestro noviazgo hasta que tengamos a nuestro esposo o esposa. Vea lo que él dice de la *voluntad revelada* de Dios:

1 Ts. 4:3-6 – “*La voluntad de Dios* es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor; no en pasión de concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios; que ninguno agravie ni engañe en nada a su hermano...”.

- “¿Es tu voluntad, Señor, que yo me divorcie de mi cónyuge?” – Las Escrituras, a pesar de que no dan detalles, muestran con firmeza la posición de Jesucristo con respecto a esta materia. Vea el asunto en Mateo 19:3-12. No hay dudas en las Escrituras sobre este asunto. La voluntad de Dios está allí revelada.

Estas cosas son obvias. Estos mandamientos son cruciales para nuestra vida cristiana. Usted sólo necesita obedecer lo que Dios quiere, cuando Él prescribe sus mandamientos.

Voluntad Secreta

Si, por otro lado, Pablo en Efesios 5:17 tiene en mente la comprensión de la *voluntad secreta* de Dios para nuestra vida, entonces:

b) Esta “voluntad de Dios” puede estar relacionada con el PLAN de Dios para mi vida personal

Esta voluntad no está revelada directamente en las Escrituras. Dios no mostró nada de lo que va a suceder en mi vida mañana, o aquello que debo hacer, personalmente. Por lo tanto, es perfectamente justo preguntar:

- “Señor, ¿es tu voluntad que me case con fulano de tal, con quien estoy de novio?”.
- “Señor, ¿cómo puedo saber cual es la profesión que debo seguir?”.
- “Señor, ¿es tu voluntad que viaje a tal lugar de vacaciones?”.
- “Señor, ¿es tu voluntad que yo venda mi propiedad?”.
- “¿Debemos pensar en tener un hijo más?”.
- “¿Será que estoy en el área correcta de mi trabajo?”.

Estas preguntas piden por *dirección divina*, pues queremos saber cual es la voluntad de Dios para nuestra vida. Debemos considerar dos factores:

(a) Estas preguntas antes hechas no se pueden resolver por una aplicación directa de la enseñanza bíblica, porque lo que sucederá con nuestra vida personal no está revelado en las Escrituras.

No teniendo una respuesta definida en las Escrituras, un examen global de ellas nos puede proporcionar las posibilidades legítimas, entre las opciones que tenemos.

Si Dios no reveló claramente en las Escrituras estas cosas, ¿cómo puedo saber cual es su voluntad?

(b) Porque las Escrituras no pueden determinar directamente una elección, el factor de la motivación y de la inclinación dadas por Dios, por el cual una persona se compromete a un tipo de responsabilidad en vez de otra, y se siente en paz cuando la toma, se hace decisivo.

Es importante tener en mente que la base del engaño es presumir que toda dirección de Dios para nuestros problemas tiene estas dos características; y, segundo, que la vida se debe encarar como un campo en que este tipo de dirección se debe buscar.

Este terreno puede ser resbaladizo para muchos. Muchos se han decepcionado posteriormente, al comprobar que lo que hicieron no era la voluntad de Dios. Confiaron solamente en las impresiones que pueden ser sólo expresión de su subjetividad. La idea de una vida en la cual la voz interior del Espíritu Santo dirige y decide todo, suena muy atrayente, pues parece exaltar el ministerio del Espíritu y promueve una intimidad mayor con Dios. Lo que ocurre, muchas veces, no es la voz del Espíritu Santo hablando interiormente, sino el resultado de nuestros deseos más íntimos o simplemente una ardiente esperanza de que ciertas cosas sucedan.

Sin embargo, no nos olvidemos de que no conocemos el plan de Dios, es decir, lo que Él determinó para que ocurriera en nuestra vida personal, hasta que lo que está determinado ocurra. Hay muchas cosas sobre nuestra vida personal que Dios escondió de nosotros, que no nos ha revelado. No sabemos lo que nos sucederá en el día de mañana. No sabemos cual es el plan de Dios para nuestra vida personal. Esto no quiere decir que no le

podamos pedir a Dios algunas “informaciones” de lo que Él tiene planeado para nosotros, o que no podamos, en alguna medida, saber lo que Él tiene reservado para el futuro de nuestra vida. Es verdad que las cosas secretas pertenecen a Dios, pero Él ha dado a conocer a sus siervos muchas cosas que antes estaban escondidas.

Resumen de las tres distinciones de la Voluntad de Dios

Hicimos tres distinciones en este capítulo:

- A1) Voluntad Decretiva
- A2) Voluntad Preceptiva
- B1) Voluntad Secreta
- B2) Voluntad Revelada
- C1) Voluntad de Propósito
- C2) Voluntad de Placer

Las tres distinciones que llevan el número 1 pueden ser ecualizadas sin ningún problema. Todas ellas tienen que ver con la voluntad de Dios, que nunca deja de ser hecha. Todas ellas tienen que ver con lo que Dios decide hacer. En este tipo de voluntad, Dios puede trabajar inmediata o mediatamente. Él actúa directamente o hace que su voluntad sea cumplida a través de medios o instrumentos. No obstante, hay una observación importante que se debe hacer con respecto a la *voluntad secreta* (B1). Toda la voluntad secreta de Dios se relaciona al decreto de Dios, pero no todo lo que es decreto de Dios es secreto. Dios reveló de antemano a los hombres del Antiguo Testamento lo que iba a hacer en el período del Nuevo Testamento y a los hombres del Nuevo Testamento lo que va a hacer en el fin del mundo. Estos vaticinios son un ejemplo de que no siempre los decretos de Dios son secretos.

Las tres distinciones que llevan el número 2 tienen en común sólo el hecho de que ellas no siempre se realizan. Sin embargo, ellas no son necesariamente la misma cosa: la *voluntad preceptiva* (A2) se relaciona a los preceptos que Dios prescribe para que los hombres cumplan. Es deber del hombre conocer esta voluntad y practicarla como norma para su vida; la *voluntad revelada* (B2) es similar, en algunos sentidos, a la *voluntad preceptiva*, pero no en todos. Ocurre que Dios ya reveló a los hombres muchas cosas que nada tienen que ver con preceptos que deben cumplir; la *voluntad de placer* (C2) no posee similitud con las otras dos. Ella tiene que ver con lo que Dios desea que ocurra, pero no depende de los hombres que suceda. Esta *voluntad de placer* de Dios no es algo que está en las manos de los hombres hacer, pero sí una disposición en Él, que puede o no realizar.

Aplicación

1. Procure conocer la voluntad del Señor

Col. 1:9-10 – “Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis *llenos del conocimiento de su voluntad* en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que *andéis como es digno del Señor*, agradándolo en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el *conocimiento de Dios*”.

Observe que el objetivo final de conocer la voluntad de Dios es tener una vida práctica agradable a Él. Por lo tanto, la voluntad de Dios aquí puede estar directamente relacionada con los preceptos que son la expresión de su norma de vida para nosotros.

Las Escrituras nos instan a tener un conocimiento de la voluntad de Dios (ver Col. 1:9-10; 4:12), pero el problema es saber si Pablo está hablando de la voluntad revelada en las enseñanzas de las Escrituras, o si él está hablando de los planes de Dios para nuestra vida que, por ahora, están escondidos de nosotros.

Admitiendo que podemos conocer algo de los planes de Dios para nosotros, y entendiendo Ef. 5:17 como refiriéndose a la posibilidad de conocer esta voluntad, entonces, intente algo en este sentido.

2. Esfuércese por descubrir la voluntad de Dios

La pregunta más común con respecto al descubrimiento de la voluntad de Dios, en un caso específico, es: ¿Cómo sé si esta es la voluntad de Dios para mi vida? – Ésta es una cuestión crucial, pues todos la enfrentamos en alguna medida. Pero, ¿cómo puede usted saberlo? ¿qué elementos tiene para esclarecerlo? Hay algunas cosas que usted puede preguntar, que le pueden ayudar bastante para alivianar su carga. Hágase a usted mismo algunas preguntas:²¹¹

a) “¿Es *legítimo* lo que yo quiero hacer?”.

Ésta es una pregunta muy importante. A veces esta pregunta define nuestra situación, porque lo que es contrario a la ley no se debe hacer. Por lo tanto, si existe algún precepto en la ley divina contra lo que usted piensa hacer, entonces con certeza usted no debe hacerlo. Según Ferguson,

“ninguna acción que es contraria a la clara Palabra de Dios puede ser legítima para el cristiano. Ningún llamado a la libertad espiritual o a circunstancias providenciales, puede jamás hacer lo que es éticamente errado en alguna cosa que no sea pecaminosa. Pues el cristiano es libre sólo para amar y para obedecer la ley de Dios. Aquí reposa la verdadera libertad”.²¹²

No hay nada que deba apartarlo de la búsqueda de la verdad de Dios. Ni a pesar de que un ángel del cielo venga y le diga que usted tiene que hacer algo que sea contrario a los preceptos de Dios. Si es en contra de la ley, el punto está claro y es: ¡No!

²¹¹ Estas preguntas están basadas en las sugerencias de Sinclair B. Ferguson, *Discovering God's Will* (Edimburgo: Banner of Truth, 1984), 66-72.

²¹² Ibid., 66.

b) “¿Me trae *edificación* lo que quiero hacer?”.

En otras palabras, usted podría preguntarse: “¿Lo que quiero hacer mejora mi relación con Jesucristo? ¿Mejora mi relación con otras personas? ¿Me hace crecer en madurez?” Hay ciertas cosas que no son pecaminosas en sí mismas (Ro. 14:14). Algunas de ellas hasta son lícitas, pero no todas convienen, como Pablo deja claro, porque no traen crecimiento.

1 Co. 10:23 – “Todo me es lícito, pero no todo conviene; todo me es lícito, *pero no todo edifica*”.

Pablo es sapientísimo en esta afirmación. Los cristianos deberían aplicar este criterio bíblico a muchas actitudes que deben tomar, cuando no tienen un mandamiento específico sobre determinados asuntos. No todas las cosas convienen porque a usted no le traen crecimiento espiritual.

c) “Lo que yo quiero hacer ¿será de gran *ayuda para otros*?”.

Yo no puedo preguntar si será bueno solamente para mí, sino también para el bienestar de los otros. Hablando de los límites de la libertad cristiana, Pablo expresa su pensamiento altruista en el trato con las personas:

1 Co. 10:24 – “Nadie busque su propio bien, *sino el del otro*”.

1 Co. 10:33 – “Como también yo en todas las cosas agrado a todos, *no procurando mi propio beneficio, sino el de muchos*, para que sean salvos”.

La preocupación de Pablo era la de ayudar a muchas personas, aunque fuera en su propio perjuicio. El objetivo final de Pablo era ver a las personas salvadas por medio de aquello que él hacía. Ciertamente, este espíritu lo aprendió de Jesús. Cuando Cristo vino al mundo, vino para el bien de los otros, “no para ser servido, sino para servir”. Pablo dijo que Cristo “no se agradó a sí mismo”, sino que su objetivo era hacer el bien de los otros. Si Cristo se hubiera preocupado sólo de sí mismo y se hubiera agradado sólo a sí mismo, nunca habría hecho lo que hizo en favor de otros. Como hizo Jesucristo, así debemos hacerlo nosotros.

d) “¿Hay peligro en *hacerme esclavo* de lo que quiero hacer?”.

Hay ciertas cosas que no son malas en sí mismas, como ya dijimos, pero es posible que usted comience a hacerlas y después no pueda dejar de hacerlas. Pablo deja esta materia muy clara:

1 Co. 6:12 – “Todas las cosas me son lícitas, pero no todas convienen; todas las cosas me son lícitas, *mas yo no me dejaré dominar por ninguna*”.

Hay muchos cristianos que han sido esclavizados por cosas que no son malas en sí mismas, pero que, en último análisis, son dañinos para ellos mismos y para los que conviven con ellos. Si esto ocurre con usted, puede ser peligroso para su crecimiento. Cuando nos hacemos esclavos de un hábito (como ver televisión, por ejemplo), podemos dejar de hacer cosas mucho más importante en la vida, como conversar con la familia, o podemos dejar de producir cosas buenas para nuestro provecho y el de los otros. Pablo dice:

“voy a hacer una cosa que es lícita, sin que corra el peligro de que me domine”. Sea sabio al practicar una acción. Verifique que no lo esté esclavizando.

e) “¿Trae *gloria a Dios* lo que quiero hacer?”.

Éste es un principio genérico que orienta a todos los anteriores.

A fin de descubrir la voluntad de Dios en un caso particular, cuando usted no tiene un mandato específico, usted necesita hacer la pregunta ya formulada. Este principio vale tanto para las cosas pequeñas como para las grandes. Vea la receta de Pablo:

1 Co. 10:31 – “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, *hacedlo todo para la gloria de Dios*”.

Si hacemos algo que haga que algún hermano tropiece (1 Co. 10:32; Ro. 14:13), se pierda (Ro. 14:15) o le impida el crecimiento (1 Co. 10:24), no estamos haciendo algo que sea la voluntad del Señor. La voluntad del Señor es medida por lo que hacemos con la intención de traerle gloria a Él.

Es curioso que no hay nada de lo que hacemos que pueda escapar de este principio bíblico. Si comemos o bebemos (cosas triviales y comunes) o hacemos cualquier otra cosa (lo que incluye todo lo demás), debe ser hecho con el propósito de engrandecer el nombre del Señor, y que sea admirado y amado entre los hombres. Si lo que usted va a hacer tiene este propósito, entonces, ciertamente usted lo debe hacer.

3. *Practique la voluntad del Señor*

Si usted buscó conocer la voluntad de Dios y se esforzó por comprenderla, entonces, practíquela. Esta práctica sólo tiene que ver con la *voluntad preceptiva* de Dios. Ella está claramente revelada en las Escrituras y debe ser obedecida. Hay muchos cristianos que conocen la voluntad de su Señor pero no la hacen, y esto es malo. Vea el principio que Jesús enseñó:

Lc. 12:47 – “Aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes”.

Es obvio que ésta es una parábola, que no puede ser entendida literalmente en todos sus detalles, pero el principio que enseña es válido para todas las épocas. Recibe la disciplina de Dios aquel que, conociendo su *voluntad revelada*, no la practicó. El conocimiento de los preceptos nos hace responsables delante de Dios. Es muy seria la materia de la práctica de la voluntad de Dios. Por lo tanto, todos deberíamos tener muy en cuenta la necesidad de practicar los preceptos que nos fueron revelados. Hacer la *voluntad preceptiva* de Dios es deber de todo hombre (aunque él no la conozca – Lc. 12:48), pero principalmente los hijos de Dios que ya tienen una noción razonable de aquello que Dios quiere que sea su norma de vida.

4. *Espere la manifestación final de la voluntad del Señor*

Hay muchas cosas que están sucediendo en su vida y que usted no puede entender. Usted ya estudió la Palabra de Dios, le preguntó a otras personas, y aún así no consigue entender lo que pasa. La única salida para este caso es *esperar* hasta que una combinación de circunstancias le haga entender la voluntad de Dios. Un texto que sugiere esta materia es el de Lamentaciones:

Lea Lamentaciones 3:25-33. Los hijos de Jerusalén estaban cercados por el ejército babilónico. La única salida humana era esperar que la voluntad de Dios se manifestara. Hay consuelo para los que enfrentan grandes pruebas: 1) El Señor es bueno para los que esperan en Él y lo buscan (v.25); 2) Es recomendable aguardar la salvación del Señor silenciosamente (v.26); es decir, tranquilo, sin murmurar; 3) Es recomendable soportar el sufrimiento silenciosamente, pues nos es impuesto por Dios (v.27-28); 4) Humíllese, pues puede haber esperanza (v.29); 5) Finalmente, Dios tendrá misericordia, y quitará sus aflicciones, porque Él no se complace en ellas (v.30-33).

Éstas son lecciones que usted debe aprender en su juventud (v.27), si es que quiere aprender algo de la voluntad de Dios. Aprenda a esperar silenciosamente por la voluntad salvadora del Señor. El rey David tuvo esta comprensión cuando se dijo a sí mismo: “En Dios solamente está acallada mi alma; de él viene mi salvación... porque de él viene mi esperanza” (Sal. 62:1, 5).

Si usted no aprende a esperar en el Señor, se angustiará en la *impaciencia*, lo que le hará un mal enorme. Las pruebas que Dios nos envía son para nuestro crecimiento. Cuanto más esperamos la voluntad del Señor, más crecemos en la comprensión de ella. Es parte de nuestra tarea entender que todo lo que sucede en nuestra vida nos ayuda a bien (Ro. 8:28). Por lo tanto, espere el final para que usted comprenda el propósito de la voluntad del Señor en su vida. Al final, José entendió el sentido de todas las cosas malas que sus hermanos, la mujer de Potifar y otros le hicieron. Él esperó el tiempo oportuno y ¡comprendió que la voluntad del Señor es perfecta, buena y agradable!

5. *Aplique algunas reglas para comprender la voluntad del Señor*

Si las Escrituras nos instan a “buscar la voluntad del Señor”, entonces es posible, en algún sentido, conocer lo que Dios quiere para nosotros. Pero ¿cómo? Hay algunas “pistas” en las Escrituras que nos pueden ayudar.

1) *Su vida tiene que estar en íntima armonía con la Palabra de Dios.*

Jesús dijo:

Jn. 15:7 – “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis, y os será hecho”.

Si usted está en Cristo y las Palabras de Él permanecen en usted, usted puede pedir a Dios las cosas que están en su corazón y Él se las concederá. Si usted le pide que Él le muestre el camino correcto a seguir, Él le va a dar la luz para que usted lo perciba. De alguna forma, su voluntad va a ser aclarada por la comunión con Cristo y por la luz de su Palabra en usted.

Dios tiene un plan y dirige nuestras vidas, pero muchos cristianos no entienden de que modo Dios trabaja. El error básico de ellos es pensar que la dirección divina es *esencialmente una inspiración íntima, sin la participación de la Palabra Escrita*.

Perciba que dos cosas están involucradas en este principio: la comunión con Cristo a través de su Palabra y la oración. Así, usándolas, usted podrá comprender, en algún sentido, la voluntad del Señor para su vida.

2) *Su vida tiene que estar llena del Espíritu de Cristo.*

Pablo dijo, después de la orden de “comprender la voluntad del Señor”:

“... sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Someteos unos a otros en el temor de Dios” (Ef. 5:18-21).

Si el Espíritu Santo no está rebotando en nuestro corazón, difícilmente sabremos, con certeza, la voluntad de Dios para nuestra vida. La esfera del subjetivismo, entonces, dominará nuestras decisiones.

3) *Su vida tiene que estar involucrada sinceramente con el Reino de Dios.*

¿Cómo va a saber lo que Dios quiere que usted haga en el Reino si aún no se involucra en él? Una manera de descubrir la voluntad de Dios en su vida es saber cuáles son sus dones espirituales. Este descubrimiento define muchas cosas en nuestra vida.

Pero hay algunos errores que deben ser evitados en este asunto, al “comprender la voluntad de Dios”. J. I. Packer los menciona en su libro *El conocimiento de Dios*:

“Aún con las ideas correctas sobre la dirección de Dios en general, continua siendo fácil equivocarse, particularmente en elecciones “vocacionales”. Ninguna área de la vida demuestra más claramente la fragilidad de la naturaleza humana, aún la de los ya regenerados. La obra de Dios en estos casos debe inclinar primero nuestro juicio, después todo nuestro ser al paso que, entre todas las diferentes alternativas, Él determinó qué era más adecuado para nosotros, para su gloria y para el beneficio de otros a través de nosotros”. (p. 218).

6. *Evite algunos errores que se cometen frecuentemente en esta materia*²¹³

a) Evite tener la mala voluntad de pensar.

Las personas frecuentemente no tienen buena voluntad para meditar. La falsa piedad es un sobrenaturalismo de tipo pernicioso y perjudicial, que exige impresiones interiores, sin ninguna base racional, y evita atender a la frecuente recomendación bíblica de “meditar”. Dios nos hizo seres pensantes y Él guía nuestras mentes cuando, en su presencia, decidimos las cosas – y de ningún otro modo. “Ojalá fueran sabios... y se dieran cuenta...” (Dt. 32:29).

b) Evite tener la mala voluntad de pensar en el futuro.

Regularmente las personas no quieren pesar las consecuencias a largo plazo de las alternativas, en el curso de una acción.

“Pensar en el futuro” es parte de la regla divina para la vida, tan buena como la regla humana para la vida diaria. Con frecuencia, sólo vemos lo que es sabio y correcto (y lo que es tonto y errado) cuando consideramos los resultados a largo plazo. “Ojalá fueran sabios... y se dieran cuenta del fin que los espera!”

c) Evite tener la mala voluntad para aceptar consejos.

Las Escrituras dan énfasis a la necesidad que se tiene de esto. “El camino del necio es derecho en su opinión; mas el que obedece al consejo es sabio” (Pr. 12:15). Es una señal de inmadurez y de convencimiento pasar por alto los consejos al tomar una decisión importante. Siempre hay alguien que conoce la Biblia, la naturaleza humana y nuestras

²¹³ Sugestiones extraída y adaptadas para este libro de la obra de J. I. Packer, *O conhecimento de Deus* (São Paulo: Mundo Cristiano, 1980), 219-220.

propias habilidades y limitaciones más que nosotros mismos, y aunque no podamos aceptar su consejo, alguna cosa buena sacaremos, si pensamos con cuidado lo que nos dicen.

d) Evite tener la mala voluntad de *sospechar de sí mismo*.

A menudo a las personas no les gusta ser realistas con respecto de sí mismas, y no se conocen muy bien... ellas tienen “emociones” en una base egoísta, escapista, auto-indulgente y auto-engrandecedora. Tales emociones se deben detectar y desacreditar, para no ser tomadas erradamente como dirección... necesitamos preguntar *por qué* “sentimos” que determinada actitud es correcta, y nos obliga a dar las razones de ello – y seremos sabios si exponemos el caso delante de alguien más, en cuyo juicio confiamos, para dar su veredicto sobre nuestras razones. También, necesitamos orar: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno” (Sal. 139:23-24).

e) Evite tener la mala voluntad de *restar el magnetismo personal*.

Aquellos que no están profundamente concientes del orgullo y de la decepción en sí mismos no siempre pueden percibir estas cosas en otros (es el problema de ciertos líderes talentosos que influyen otras mentes por su magnetismo personal)... Y aún cuando un hombre talentoso y atrayente reconoce el peligro e intenta evitarlo, no siempre puede impedir que los cristianos lo traten como a un ángel, o un profeta, aceptando sus palabras como dirección segura y siguiendo ciegamente su liderazgo. Pero no es éste el modo de ser guiado por Dios. Hombres destacados no están, en realidad, necesariamente equivocados, sino tampoco ¡están necesariamente en lo correcto! Tanto ellos como sus ideas, se deben respetar, pero no venerar. “Examinadlo todo; retened lo bueno” (1 Ts. 5:21).

f) Evite la mala voluntad de *esperar*.

“Esperar en el Señor” es una expresión constante en los Salmos y es una palabra necesaria, pues Dios con frecuencia quiere que esperemos. Él no tiene tanta prisa como nosotros y no es su costumbre dar más claridad sobre el futuro de lo que necesitamos para actuar en el presente, o guiarnos en más de un paso a la vez. Cuando tenga duda, no haga nada, continúe esperando en Dios. Cuando sea necesario actuar, la luz vendrá.²¹⁴

Por lo tanto, “buscar comprender la voluntad de Dios” con relación a las cosas que están escondidas de nosotros es algo que debe ocupar nuestra extrema atención. Es un terreno resbaladizo si no estamos en plena comunión con Dios. Así mismo, no es promesa de las Escrituras que sepamos, en plenitud, de antemano, lo que Dios nos tiene reservado. Es bueno que sepamos también que, aunque hagamos todo lo que Dios quiere, esto no nos librará de problemas en el futuro. Hacer la voluntad de Dios no significa la ausencia de problemas.

Si atendemos a lo que está revelado en las Escrituras, a lo que dice relación a la norma de vida para nosotros, entonces, ya habremos hecho mucho para el beneficio de nuestra vida y para la vida de los que nos rodean.

²¹⁴ Packer, *O Conhecimento de Deus*, 219-220.

CAPÍTULO 22

EL PODER SOBERANO DE DIOS

La soberanía de Dios no solamente encuentra expresión en la voluntad divina, sino también en su omnipotencia, o en el poder de ejecutar su voluntad. Estos atributos están íntimamente ligados. La voluntad de Dios es soberana porque también su poder es soberano. Un Dios que no puede hacer lo que determina, y que no puede llevar a cabo lo que propone, no puede ser verdaderamente Dios. Dios tiene voluntad poderosa para decidir aquello que le parece bueno, como también poder para su ejecución.

DEFINICIÓN

La doctrina de la omnipotencia divina necesita ser definida lo más correctamente posible. Cuando se habla del poder de Dios, pronto nos acordamos de su autoridad. Sin embargo, estas dos cosas no son necesariamente iguales. Al igual que conocimiento y sabiduría están íntimamente ligados pero tienen diferencias, así también sucede con poder y autoridad.

El *poder* de Dios es su capacidad de hacer que ocurra aquello que desea y determina, sea en el área física, moral o espiritual. Es la capacidad de acción omnipotente que está de acuerdo con su voluntad. No obstante, *poder* no significa un acto, sino la capacidad de transformar una idea de su mente en un acto. El poder de Dios ejecuta el conocimiento y la sabiduría de Dios.

La *autoridad* de Dios es su derecho de actuar poderosamente en todas las cosas, como Él quiera. La autoridad de Dios se basa en aquello que Él es, es decir, en sus atributos esenciales, entre los cuales está su poder soberano.

LA TRINIDAD Y EL PODER DE DIOS

Se habla mucho hoy en día del “poder del Espíritu”, y el Padre y el Hijo se colocan en segundo plano por personas que tienen la tendencia de decir que hoy estamos “en la era del Espíritu Santo”. El escenario teológico contemporáneo está caminando hacia un terreno peligroso, dejando de lado la noción trinitaria de poder, aunque esto se haga sin darse cuenta. El poder y la autoridad de Dios son compartidos igualmente por las tres personas de la Trinidad, porque todas ellas comparten de la misma esencia numérica, que es la esencia divina. Sin embargo, es curioso que en innumerables textos del Nuevo Testamento, el poder sea atribuido mucho más al Padre y al Hijo que al Espíritu Santo.

Los textos del Nuevo Testamento, a continuación, comprueban lo que acabo de decir:

Textos que hablan del poder del *Padre*: Marcos 12:24; Lucas 1:35; 5:17; Hechos 10:38; Romanos 1:20; 9:17, 22; 1 Corintios 1:18; 2:5; 6:14; 2 Corintios 4:7; 6:7; 13:4;

Efesios 1:17-19; 3:7, 20; 6:10; Colosenses 2:12; 2 Tesalonicenses 1:11; 1 Timoteo 6:16; 2 Timoteo 1:7-8; Hebreos 1:3; 1 Pedro 1:5; 2 Pedro 1:3; Apocalipsis 5:12; 19:1.

Textos que hablan del poder del *Hijo*: Marcos 13:26; Lucas 4:36; 6:19; 8:46; 9:1; 10:19; 21:27; Romanos 1:4; 1 Corintios 1:24; 5:4; 2 Corintios 12:9; Filipenses 3:20-21; 2 Tesalonicenses 1:8-9; 2 Pedro 1:16; Apocalipsis 5:11.

Textos que hablan del poder del *Espíritu Santo*: Lucas 4:14; Hechos 1:8; Romanos 15:13, 19.

Con estos textos mostrados, pregúntese: ¿Por qué ha habido esta inversión de énfasis? ¿Sería para justificar procedimientos teológicos y litúrgicos? La verdad sobre el poder de Dios se debe enseñar de manera justa para con las informaciones que las Escrituras nos dan. Debemos dar gloria al Dios Padre, Dios Hijo e Dios Espíritu Santo, no gloria a una persona en perjuicio de las otras, cosa muy común hoy en día.

La virtud no está en el medio, es decir, en el equilibrio, sino en el hacer justicia a aquello que el propio Dios dice de los hombres, del Hijo encarnado y de sí mismo como el Dios único y verdaderamente trino, con las personas iguales en poder y gloria.

Ésta es sólo una materia de la Trinidad económica, que no implica ninguna diferencia esencial en ellas.

DISTINCIONES EN EL PODER DE DIOS

Se acostumbra a distinguir el poder de Dios de dos maneras: Poder Absoluto y Poder Ordenado. Obviamente, el sentido que se pretende aquí no es el mismo dado por la teología escolástica medieval, que decía que Dios podría, en virtud de su poder absoluto, efectuar contradicciones, y que podría aún pecar o aniquilarse.²¹⁵

1. EL PODER ABSOLUTO DE DIOS

Según Charnock, el *Potencia Dei Absoluta* “es aquel poder por medio del cual Dios puede hacer lo que no va a hacer, pero que es posible que haga”.²¹⁶ El ejemplo de este poder absoluto es dado por Juan el Bautista en Mt. 3:9 – “...porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras”. El poder absoluto de Dios es capaz de hacer una cosa de estas, pero ciertamente Él no lo va a hacer. Ésta es una posibilidad, pero no una contradicción. El poder absoluto

“es el poder de Dios limitado sólo por la ley de la no contradicción... Las cosas que son por naturaleza malas o imposibles (como hacer un círculo cuadrado) caen fuera de la esfera del poder de Dios. El término enfatiza la trascendencia y la omnipotencia de Dios por colocarlo aún sobre y más allá de las leyes que Él ha ordenado para la operación del universo”.²¹⁷

²¹⁵ Berkhof, *Teología Sistemática*, 93.

²¹⁶ Charnock, *The Existence and the Attributes of God*, vol. 2, 12.

²¹⁷ Muller, *Dictionary of Latin and Greek Theological Terms*, 231.

Dios no puede hacer nada inconsistente con su propia naturaleza, o aquello que es absurdo, contradictorio o una imposibilidad lógica.²¹⁸ No existe en Dios un poder absoluto divorciado de sus perfecciones divinas.

Para Charles Hodge, de modo diferente, pero no contradictorio, el poder absoluto de Dios “es su eficiencia, como es ejercida, sin la intervención de las causas secundarias”.²¹⁹ Es el poder de Dios ejercido inmediatamente.

El poder absoluto de Dios se ejerce en la Creación. “Es el poder de la Primera Causa solamente”.²²⁰ No hay ejercicio de ningún poder o causa secundaria.

También podemos decir que el poder absoluto es necesario en Dios, mientras que el poder ordenado depende del ejercicio de su voluntad, que tiene que ver directamente con su decreto.

2. EL PODER ORDENADO DE DIOS

Según Charnock, el *Potencia Dei Ordinata* “es aquel poder por medio del cual Dios hace lo que ha decretado hacer, como es sabido, lo que Él ha ordenado o dispuesto que se haga”.²²¹ Se le llama poder ordenado por causa del decreto divino. Todo lo que está ordenado tiene que ser hecho porque Dios es inmutable. El poder ordenado es parte del poder absoluto, “porque si Él no tuviera el poder de hacer todo lo que quisiera, Él no tendría el poder de hacer todo lo que realmente hace”.²²²

Su poder es la capacidad de llevar a cabo todo lo que desea, aunque no todo lo que desea lo realice, porque sus realizaciones están vinculadas al cumplimiento de su decreto. El decreto de Dios es el que limita el ejercicio de su poder. Por esta razón, Él dice: “Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero” (Is. 46:10b). Dios sólo ejerce su poder cuando cumple su decreto. Por esto, se le denomina poder ordenado.

Ejemplo: Tanto el poder absoluto como el ordenado están claros en el texto de:

Mt. 26:53-54 – “¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles? (*Éste es el Poder Absoluto*) ¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga? (*Éste es el Poder Ordenado*)”.

El poder absoluto es lo que Él tiene en sí mismo, capaz de hacer cualquier cosa que desee, aún aquellas que Él nunca va a realizar. El texto anterior muestra una potencialidad divina de control sobre los ángeles, al punto de destruir a sus enemigos, pero Él decidió no hacer esto. Por otro lado, el poder ordenado tiene que ver con la plena realización de los decretos de Dios. Por esta razón, Cristo se entregó a las autoridades para que lo tomaran preso y, posteriormente, ser muerto por ellas, porque ésta era la voluntad decretiva, y el poder de Dios se mostró cuando movió todas las cosas para que culminaran en la muerte del Señor, porque esto era el cumplimiento de su decreto.

²¹⁸ Una imposibilidad lógica, por ejemplo, es un espíritu material, una divinidad corpórea, un hombre irracional, un cuerpo sin partes o extensión.

²¹⁹ C. Hodge, *Systematic Theology*, vol. 1, 410.

²²⁰ W. G. T. Shedd, *Dogmatic Theology*, vol. 1, 361.

²²¹ Charnock, *The Existence and the Attributes of God*, vol. 2, 12.

²²² Ibid.

Es un poder ejercido inmediata y mediatamente

El poder ordenado de Dios puede ser ejercido inmediata o mediatamente. Inmediatamente, cuando la acción de Dios es directa, que fue el caso de la creación de las cosas sin material preexistente. Dios no necesitó de instrumentos o medio alguno para actuar creadoramente. Cuando no había nada, sólo Dios, no hubo ninguna causa instrumental para que Él actuara a través de ella. Las acciones fueron completamente independientes. En este sentido, su poder es totalmente incomunicable a cualquier criatura.

Dios opera mediatamente, especialmente en la manutención del universo, cuando usa sus leyes que Él mismo fijó para el gobierno del mismo. Para Hodge, el poder ordenado de Dios “es la eficiencia de Dios, ejercida uniformemente en la operación ordenada de las causas secundarias”.²²³ Es el poder de Dios ejercido mediatamente. La providencia de Dios es el ejercicio de su poder ordenado. En la manutención del universo Dios usa las propias leyes que creó. Es el ejercicio del poder a través de causas secundarias. Dios usa las cosas ya existentes para ejecutar su voluntad. La Primera Causa usa las causas secundarias para sus propósitos.

Estos dos poderes no son distintos en Dios. El segundo depende del primero. Dios no podría ejercer su poder ordenado si no tuviera el poder absoluto.

Es un poder regulado por la naturaleza divina

Los enemigos de la sana doctrina a veces aparecen con preguntas tontas, como éstas: “¿Es Dios suficientemente poderoso para hacer algo mayor que Él mismo?” o “¿Dios puede hacer un objeto tan grande que Él mismo no pueda cargar?”. Estas personas se olvidan de que el poder de Dios, que es infinito, siempre se ejerce en conformidad con su propia naturaleza.

Dios nunca manifestará su poder contrariamente a lo que Él es. Jamás cosas excluyentes entre sí pueden existir al mismo tiempo o coexistir. Es imposible que la luz y las tinieblas, la vida y la muerte, la verdad y la mentira sean la misma cosa. Por lo tanto, Dios sólo puede hacer lo que es propio de su Ser. Si Dios fuera privado de la luz, deja de ser Dios; si Dios fuera privado de la vida, deja de ser lo que es, pues Él es vida; si Dios fuera privado de la verdad, deja de ser Dios. Dios sólo hace lo que Él quiere y lo que Él desea, porque no va en contra de lo que es. Un ser sólo desea o quiere aquello que le es propio. Como Ser supremo, Dios no es diferente en esta materia. Vea, entonces, algunas cosas que Dios no puede hacer:

Dios no puede morir. Es imposible para su naturaleza morir, porque la muerte significa separación, y Dios no es compuesto. Por lo tanto, no se puede separar, porque no tiene de que separarse. Sin embargo, por sobre esto, Dios no puede morir porque Él es vida. Hay otras cosas que son incompatibles para la naturaleza santa de Dios, que Él no hace o no tiene ningún deseo de hacer, porque van en contra de lo que Él es.

Dios no puede ser engañado, porque el engaño presupone ignorancia. Si esto fuera posible, dejaría de ser omnisciente.

²²³ C. Hodge, *Systematic Theology*, vol. 1, 410.

Dios no puede mentir (He. 6:18), porque esto es imposible para su naturaleza verdadera. Dios no puede engañar porque Él es bueno y también no puede hablar falsamente, porque Él es la verdad.

Dios no puede ser infiel porque, si lo fuera, se negaría a sí mismo (2 Ti. 2:13).

Dios no puede ser tentado (Stg. 1:13), porque el mayor no puede ser tentado por el menor, y éste no puede inducir a aquel a hacer lo que no le es propio.

Dios no puede pecar, porque el pecado es una imperfección. Por lo tanto, Dios no puede ser tentado porque la tentación implica querer algo que Él no tiene, y Dios no puede desear más de la que ya tiene. Su entendimiento es infalible y, por lo tanto, Él no puede desear algo que le pueda parecer menor de lo que ya posee.

Dios no puede dejar de manifestar su justicia, porque, si lo hiciere, niega su propia santidad.

Estas imposibilidades de Dios no son indicios de debilidad, sino muestran que su poder es la capacidad de ejercer fuerza solamente en aquellas cosas que concuerdan con su naturaleza. Es en este sentido que su naturaleza regula la manifestación de su poder.

Es un poder gobernado por la Voluntad Decretiva

El poder de Dios no es simplemente regulado por su naturaleza. Hay otro factor importantísimo que debe ser tomado en cuenta. Dios puede hacer muchas cosas que en sí mismas no van en contra de su naturaleza, pero que Él no hace. Por ejemplo: Jesús le pidió a su Padre que pasara de Él la copa, si fuera posible (Mt. 26:39). En sí mismo, esto podría ocurrir. Dios tenía el poder de quitar este “sufrimiento” de Cristo. Sin embargo, no es la oración de las personas que rige el poder de Dios. Cristo iba a beber de la copa porque esto estaba ordenado por Dios. Era una decisión irrevocable. Entendiendo esto, Jesús, entonces, dijo: “pero no sea como yo quiero, sino como tú”. ¿Por qué Dios no hizo lo que Jesús le pidió? Porque su petición no era parte de su propósito en la historia de los hombres. Dios ejerce su poder solamente cuando hay un decreto de su parte para que esto ocurra. Por su poder absoluto, Dios podría haber librado a Jesucristo, pero por causa de su poder ordenado, hizo que Jesús bebiera del cáliz. Su decreto inmutable hace que su poder sea manifestado en el cumplimiento de su voluntad soberana.

Así como su naturaleza regula el poder de Dios, su voluntad soberana determina el ejercicio de su poder. Dios sólo hace lo que decide hacer. Las acciones de Dios en la historia son gobernadas por sus decretos eternos.

Por ejemplo, las Escrituras dicen que Dios creó todas las cosas, y atribuye el origen de todas ellas a su voluntad (Ap. 4:11). El poder creador de Dios solamente fue ejercido por causa de la voluntad determinadora de Dios; las Escrituras también dicen que la sangre de Jesucristo fue “destinada desde antes de la fundación del mundo (ésta es la voluntad decretiva de Dios), pero manifestado en los postreros tiempos (éste es el poder ordenado de Dios, actuando en la historia de los hombres) por amor de vosotros” (1 P. 1:20).

Nada sucede creadora, providencial o redentoramente, en la historia del mundo, que esté fuera de la voluntad decretiva de Dios.

Es un poder no comunicado a los seres humanos

Como el conocimiento es un atributo comunicable, pero no la omnisciencia, así también el poder es un atributo comunicable, pero no la omnipotencia. Ninguna criatura tiene el atributo de la omnipotencia, porque es exclusivo de la Divinidad. La limitación y la finitud de las criaturas son incompatibles con la omnipotencia. El poder absoluto y ordenado de Dios, que son un sólo poder, le pertenecen intrínseca y esencialmente. El poder que los hombres tienen es recibido y, por lo tanto, finito. No es de la esencia del ser humano el poder, aunque sea una de las cosas que él más busque. Si al hombre se le quitara el poder, aún continuaría siendo un ser humano, pero a Dios no le podemos quitar el poder o dejaría de ser Dios.

Un ejemplo de que el atributo de la omnipotencia no es comunicado a los seres humanos está en el hecho de que ellos no pueden imprimir leyes morales en la mente de sus pares. Ninguna persona puede inclinar el corazón de otra a hacer lo que la primera quiere. No obstante, Dios puede hacer esto gracias a su poder. Por ello, las Escrituras dicen: “así está el corazón del rey en la mano de Jehová; a todo lo que quiere lo inclina” (Pr. 21:1). Esta atribución poderosa es solamente divina. Sólo Él tiene el poder de penetrar lo íntimo de los hombres e imprimir en ellos sus pensamientos y sus leyes. Los seres humanos no conocen su propio corazón y, por esto, no tienen poder sobre él.

Si esto es verdadero de lo más interior de nuestro ser, imagínese la incapacidad de los seres humanos para crear lo que no existe o, para hablar en términos soteriológicos, ¡regenerar a alguien y que nazca de nuevo! Esto es imposible para un poder limitado. Es solamente por la determinación de la voluntad soberana y por el poder soberano que esto pueden suceder.

CARACTERÍSTICAS DEL PODER DE DIOS

Es un poder esencial e inherente en Dios

Los gobernantes humanos reciben su poder y su autoridad del pueblo o de aquellos que lo colocaron en el poder. La autoridad no es de un presidente de la república, sino de su cargo. Cuando él termina su mandato, terminan su autoridad y su poder, porque ambas cosas, le fueron delegadas temporalmente.

Con Dios es absolutamente diferente. Su poder y su autoridad vienen de su propia naturaleza divina. Estas cosas pertenecen original y esencialmente a Él. Dios no recibe de nadie su poder. Éste le es inherente. El salmista dice esta verdad de manera curiosa: “Una vez habló Dios; dos veces he oído esto: que *de Dios es el poder*” (Sal 62:11), y ¡de nadie más! ¡El hombre tiene poder, pero Dios es poder!

Este poder se ve en la fuerza que Dios tiene para actuar sin medios, y los medios usados no tienen ninguna fuerza si no fueran manejados por Dios. Sus criaturas reciben el poder que viene de Dios y, entonces, actúan conforme a lo que reciben, a través de la actuación milagrosa de Dios en su vida, por canales invisibles.

Como el poder de Dios es inherente a Él, su poder no puede ser separado de su esencia. Como la luz no se puede separar del sol, así el poder no se puede separar de Dios. El poder que Dios tiene de actuar se identifica con su propia naturaleza divina, porque le es

esencial, aunque el resultado de su poder termine en la creación. Si el poder de Dios fuera distinto de su esencia, Dios no sería simple, sino compuesto. Por esta razón, es hasta mejor hablar del Dios poderoso que del poder de Dios, como si los dos fueran distintos. De hecho, el poder de Dios no es distinto de su esencia. Es por causa de la esencialidad de su poder que afirmamos claramente que la omnipotencia es incommunicable a sus criaturas. Sería una inconsistencia que sus criaturas posean la esencia divina. Ser omnipotente es ser esencialmente Dios. Por esto, las criaturas no pueden ser omnipotentes: porque ellas no tienen la esencia de la Divinidad.

No obstante, el problema de la esencialidad de la omnipotencia de Dios fue de gran controversia en el tiempo de la Reforma. En este tiempo, los luteranos afirmaban categóricamente que la naturaleza humana de Jesucristo recibió los atributos de la omnisciencia, omnipresencia y omnipotencia de Dios. Fue la controversia de la comunicación de los atributos. Los calvinistas lucharon contra la idea luterana afirmando que la naturaleza humana no podía recibir la omnipotencia, porque ésta es propia únicamente de la Divinidad. Si la omnipotencia fuera comunicada a la naturaleza humana de Jesucristo, ella no sería más humana. Mucho amargura vino sobre la iglesia en esta época, pero una cosa tuvo que quedar clara: la omnipotencia es esencial a la Divinidad, nunca a la naturaleza humana.

Es un poder infinito

Pablo exalta el poder de Dios, cuando habla de “la supereminente *grandeza de su poder* para con nosotros los que creemos, según la operación del *poder de su fuerza*” (Ef. 1:19). Dios es la fuente de todo poder, y su poder es inagotable ¡porque es infinito! Si Dios tuviera el poder que los hombres tienen, un poder finito, Él no sería Dios y no podría haber hecho lo que hizo. Pablo dice que el poder de Dios va más allá de lo que podemos imaginar. Por esto, afirma:

Ef. 3:20 – “Y a Aquel que *es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos*, según el poder que actúa en nosotros”.

El texto no está hablando sólo de lo que pedimos en oración, sino de las cosas que imaginamos. Dios es tan infinitamente poderoso que nuestra imaginación no es suficiente para concebir aquello de lo que Él es capaz. Su poder alcanza alturas inimaginables, de lo infinito que es.

Los seres humanos pueden querer el poder y algunos de ellos hasta pueden alcanzarlo, en alguna medida, conferido, pero Dios es el poder personalizado. No es de sorprenderse que uno de sus nombres en griego sea *pantokrator*, ¡el Todopoderoso!

No hay nada que sea difícil para el todo-absoluto poder de Dios. Fue por este poder que las cosas que no existían, existieron (“con la palabra de su poder” – He. 1:3). Nadie, excepto el Todopoderoso, puede hacer esto. Los seres humanos pueden trabajar con los materiales y dividir los elementos, pero no pueden hacer que existan. Los hombres pueden trabajar con la vida, pero no pueden crearla. Es necesario que haya un poder infinito para que estas cosas existan y sean mantenidas. Y ¡la grandeza del poder de Dios no tiene fin! Ella está por encima de nuestra concepción, comprensión y evaluación, porque este poder es infinito. La infinitud del poder está vinculada a la infinitud de la propia esencia divina.

La infinidad del poder de Dios consiste en su capacidad de hacer mucho más de lo que Él hace. Dios podría haber hecho muchos más mundos y seres celestiales y humanos, así como animales de toda especie, pero Él hace solamente aquello que había decidido hacer. No hay límite para el poder de Dios. Sin embargo, la ejecución de su poder, como ya vimos, es controlada por sus decretos.

Dios no puede ser más poderoso de lo que es, porque Él es el poder supremo. Él no puede ser mayor porque es el mayor. No puede ser mejor porque es el mejor. Nada puede ser más que infinito. Los seres humanos crecen en poder porque el poder les es conferido, pero el poder de Dios es lo máximo. Nadie es más poderoso que Dios. Nadie se le asimila en poder. Él mismo pregunta:

Is. 40:25-26 – “¿A qué, pues, me haréis semejante o me compararéis? dice el Santo. Levantad en alto vuestros ojos y mirad *quién creó estas cosas*; él saca y cuenta su ejército; a todas llama por sus nombres; ninguna faltará; *tal es la grandeza de su fuerza y el poder de su dominio*”.

Su infinito poder se ilustra en este pasaje que trata de la creación de los mayores astros del universo, que son las estrellas, pues tienen proporciones astronómicas. Aún así, obedientemente, todas ellas, en número incontable, responden “presente” al llamado de Dios Todopoderoso. ¡Su poder es inigualable e infinito!

Es un poder eterno

La infinidad del poder divino está íntimamente relacionada con la eternidad del propio Dios. Si quisiéramos usar el sentido popular de la palabra eternidad, podemos decir que el poder de Dios dura para siempre. En Romanos 1:20 Pablo habla de los atributos de Dios que se muestran en las obras de la naturaleza, incluyendo su “*eterno poder*”. Este poder eterno está vinculado a los actos creadores de Dios, el cual fue ejercido cuando aún el tiempo, como lo conocemos, no existía. Fue su poder que creó el tiempo y todas las demás cosas. En este sentido es que se dice que su poder es eterno: él fue ejercido antes del tiempo. Por su palabra todas las cosas existieron en un “tiempo” cuando el tiempo aún no existía.

El poder de Dios es eterno porque no sabemos nada de su comienzo y no tenemos idea de su fin. Él es eterno también en el sentido de no tener límites, ni fronteras. En este sentido se parece a su infinidad. El poder de Dios no cesa nunca. Dios ejerce su poder, su fuerza, y nunca es como los hombres, pues jamás se cansa. Isaías usa la siguiente expresión: “¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno es Jehová, el cual creó los confines de la tierra? No desfallece ni se fatiga con cansancio” (Is. 40:28).

Por lo tanto, Dios va a ejercer su poder para siempre, y sus hijos percibirán esta característica de su Ser y serán grandemente beneficiados por ella. En nuestra debilidad, seremos fortalecidos por su poder. Es promesa en este mismo capítulo de Isaías que “los que esperan en Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se cansarán” (Is. 40:31). Esto muestra nuestra fuerza dependiente de Aquel que posee el poder independiente, que no se cansa nunca. Dios es la fuente eterna de poder y que, en alguna medida, lo comunica a los suyos para consolarlos y animarlos para siempre.

ESFERAS DE ACCIÓN DEL PODER DE DIOS

No es difícil tomar una clave bíblica y verificar las variadas esferas de acción del poder de Dios. A continuación, se muestran sólo algunas manifestaciones de este su poder que son más notorias para nosotros. Sin embargo, ellas no agotan lo que Dios hace poderosamente a favor de las criaturas, por su amor a ellas, y contra ellas, por causa de sus pecados.

El poder de Dios en la creación

¡Todas las cosas que hay en el mundo demuestran el poder majestuoso de Dios! El mundo es el teatro de la gloria divina (1 Cr. 29:11-12). Todas las cosas del universo manifiestan la gloria de Dios. No obstante, la grandeza del poder de Dios se ve de manera extraordinaria en el modo y en el resultado de la creación. Su omnipotencia se revela claramente de manera milagrosa en la creación. Dios sólo habló y todo existió (Gn. 1:3,6,14; He. 11:3).

Cuando contemplamos los cielos y vemos las estrellas, preguntamos: ¿de qué fueron formadas sus órbitas? Todas ellas fueron hechas sin ningún material. La obra imponente de la creación vino de la *nada*. ¿Qué instrumentos Dios, el Arquitecto del universo, usó para ajustar las diversas partes de su creación con tanta exactitud? ¿Cómo todo llegó a ser una estructura maravillosamente bien formada? Sólo una *orden* de Él y nada más (Sal. 33:6, 9). El profeta Jeremías, después de meditar sobre la obra de la creación de los cielos y de la tierra, le dice a Dios:

Jr. 32:17 – “Oh, Señor Jehová, tú hiciste el cielo y la tierra con tu *gran poder*, y con tu brazo extendido., ni hay nada que sea difícil para ti”.

El raciocinio del profeta es el siguiente: si puede hacer los cielos y la tierra, que son la mayor expresión ya vista del poder de Dios, nada más es difícil para Dios. Nada puede ser demasiado imposible de hacer para Dios si Él ya hizo el universo. Nada debe sorprender más a los hombres, si “lo más difícil fue hecho”.

Poder ejercido inmediatamente

Para hacer alguna cosa el hombre necesita herramientas, instrumentos o por lo menos, material preexistente. Es imposible para los seres humanos hacer algo por sí mismos solamente. Dios, no obstante, operó inmediatamente, sin tener material o ayudante. Él no necesitó de medio alguno, ni tuvo ningún asistente en su obra creadora. Él dijo: “Yo Jehová, que lo hago todo, que extendiendo solo los cielos, que extendiendo la tierra por mí mismo” (Is. 44:24b).

Su Palabra creó todas las cosas *ex nihilo*, de la nada, pues el salmista dice: “porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió” (Sal. 33:9). También debemos insistir de que Dios creó todo sin material preexistente (Ro. 4:17). Éste es el poder de Dios manifestado como producto de su decreto, siendo, por lo tanto, su poder ordenado.

La omnipotencia de Dios en la creación es siempre ejercida inmediatamente, es decir, Él usa su poder absoluto. Dios opera solo, sin el uso de material o ley preexistente. Sólo existe la operación de la Primera Causa, no la de causas secundarias.

Poder ejercido mediatamente

Él creó otras cosas a través de material ya existente. En este caso Él usa medios, como la propia tierra, de donde surgieron las hiervas (Gn. 1:11) y los animales (Gn. 1:24), así como creó la parte física del hombre del polvo de la tierra, ya existente. Ésta es la creación mediata de Dios.

De cualquier forma, mediata o inmediatamente, la creación toda da testimonio del gran poder de Dios y su completa independencia de todas las cosas creadas (Is. 44:24).

El poder de Dios en la preservación

Dios no solamente decretó crear las cosas sino también decretó preservarlas. Así como Dios usó su poder para crear lo que había decretado, también tuvo que usarlo para preservar todo lo que fue creado.

Ninguna criatura tiene el poder de preservarse a sí misma (Job 8:11). Todos perecerían si no existiera la obra providencial de preservación. Sin el alimento, las hiervas verdes, los hombres, los animales, las plantas, todo moriría. Si Dios no regara la tierra con las lluvias y el rocío, las hiervas verdes y todo tipo de alimento también no podrían ser producidos. Dios preserva y “sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (He. 1:3).

Que maravilla es observar la preservación de la vida prenatal. Durante nueve meses el ser humano vive en un lugar tan pequeño, sin respirar, y sin alimentación directa. Esto sólo se puede explicar por el maravilloso poder preservador de Dios, ¡*potencia ordinata* de Dios! (Sal. 66:9). Por esto el salmista afirma: “Oh Jehová, al hombre y al animal conservas” (Sal. 36:6b).

La preservación de la tierra de la violencia del mar es otro ejemplo claro del poder ordenado de Dios. ¿Cómo este elemento furioso se mantiene encerrado en sus límites, sin inundar la tierra? (Job 38:8-11). ¡Qué monumento más permanente al poder de Dios es la preservación del mundo!

En la bóveda celeste todos los astros caminan sin chocar entre sí, porque todos ellos obedecen las leyes establecidas por Dios. Por su poder, a través de las eras, siguiendo sus órbitas, todos los cuerpos celestes caminan suavemente y en plena armonía. ¡Esto es producto de la manutención y preservación del Dios todopoderoso!

Siempre en su obra providencial Dios usa su poder ordenado. En ella vemos su obra mediata. Sin embargo, las herramientas que usa son creadas de modo inmediato. Él usa las leyes ya previamente establecidas para ejecutar su obra providencial de preservación. Son las causas secundarias en ejercicio.

Ejemplos: Dios causa el calentamiento de la atmósfera por los rayos del sol, y no por el ejercicio directo de su poder absoluto; Dios gobierna los astros por las leyes físicas; Dios preserva algunos animales usando otros animales que Él creó; Dios preserva el suelo enviando lluvias, y no por su poder absoluto, etc.

El poder de Dios en la propagación de los seres vivos

La misma palabra poderosa que trajo toda la materia a la existencia, como en el caso de la creación inicial, también ordenó, ahora para las criaturas ya existentes: “Fructificad y multiplicaos” (Gn. 1:22). Sin tener ningún entendimiento de una orden verbal, todos los seres vivos (animales domésticos, reptiles, animales salvajes), capacitados por el propio poder de Dios, se multiplicaron según su especie.

Desde la creación, de una manera coordinada, ellos han venido siendo mantenidos en equilibrio, llenando la tierra. Es extremadamente extraordinario observar a los millares de especies diferentes de animales, sin contar las muchas especies y variaciones de otros seres vivos, aún no catalogados, que están repartidos por el mundo, y que aún se multiplican. Que podremos decir si hablamos, entonces, de la propagación de los seres humanos. ¡Qué maravilla! El salmista, boquiabierto, exclama:

Sal. 139:13-14 – “Porque tú formaste mis entrañas; tú me hiciste en el vientre de mi madre. Te alabaré; porque formidables, y maravillosas son tus obras; estoy maravillado”.

Él se está refiriendo a la propagación de la raza humana dentro del vientre materno. ¿Usted ha pensado si el rey David hubiera conocido los secretos que la ciencia moderna ya descubrió con respecto a los *genes* humanos? Es interesante observar cuán maravillosa es la manera en como recibimos los *genes* de nuestros padres. El avance reciente de la genética nuclear ha causado sorpresa entre nosotros. Por el “Proyecto Genoma” podemos conocer los detalles de todos los *genes* humanos que son determinantes para la vida, desde la concepción. Esta investigación prueba la manera maravillosa en como fuimos formados. Este es el poder de Dios que está siendo descubierto científicamente, pero el gran asunto es que los científicos no reconocen en estas cosas el poder de Dios. Por causa de su rebeldía natural contra Dios, muchos de ellos admiten el poder de la naturaleza, de la madre tierra, pero no le atribuyen la gloria de la reproducción humana al Todopoderoso.

Hay, sin embargo, muchas cosas de nuestra propagación que nunca tendrán explicación científica, porque sobrepasan a la ciencia. Mucho más cosas están involucradas en nuestro ser interior, que van más allá de la materia o de lo que se puede averiguar por la investigación de nuestro intelecto o emociones. Hay una esfera de nuestra existencia que no admite averiguación científica, sino que, por la fe, entendemos que es parte de nuestra formación espiritual, que no se detecta a través del estudio de nuestro cerebro o de cualquier otras células. Nadie puede explicar nuestro espíritu (o alma). Podemos analizar el cerebro, pero éste es sólo el vehículo tangible por donde todas las “informaciones” pasan, pero nuestra alma es mucho más profunda. Aunque ella sea parte esencial de nuestro ser, está muy por encima de la averiguación exacta. El alma aún es un gran misterio. Nosotros somos alma, así como somos cuerpo. Aún así, conocemos muy poco de esta gran obra de Dios, que ya está hecha y potencialmente lista en nosotros, desde que somos concebidos en el vientre de nuestra madre. ¡La formación del ser humano es maravillosa! Es obra del Dios omnipotente y los estudiosos quedan maravillados con la belleza de la naturaleza humana, aunque a pesar de esto, no le dan gloria al Creador.

El poder de Dios en el movimiento de todas las criaturas

Del mismo modo maravilloso en que las criaturas son hechas, así también ellas se mueven. El mismo poder creador es el poder motor de todas las cosas. Por esta razón, Pablo, exponiendo sobre este único Dios verdadero a los politeístas griegos, dijo: “porque en él vivimos, nos movemos y somos” (Hch. 17:28). Nada ocurre fuera de Dios. Dios participa de la vida de todos los seres vivientes de tal forma que ellos no hacen un solo movimiento que esté fuera o separado del poder de Dios. Es la sabiduría divina que organiza los movimientos, pero es su poder que mueve todas las cosas. Los seres humanos viven bajo el poder de Dios, de modo que es inevitable la actuación de este poder en sus vidas. De manera muy correcta Hoekema dice que ésta es la característica del hombre como criaturas: “En cada movimiento que hacemos, somos dependientes de Él. No podemos levantar un dedo fuera de la voluntad de Dios”.²²⁴

No solamente los seres vivientes, sino todas las cosas creadas tienen su existencia y movimientos en Aquel que la filosofía llama el Primer Motor. Dios es la causa de todo movimiento.

Ciertamente un cardiólogo incrédulo no concordará con lo que voy a decir ahora: los movimientos de sístole y diástole del corazón humano son pruebas del poder mantenedor de Dios en nosotros. No son sólo los impulsos eléctricos que hacen los movimientos del corazón, sino que hay algo además de esto. Cuando Dios quita su poder de nuestros órganos vitales, ellos dejan de funcionar inexplicablemente. Los movimientos de la musculatura lisa de nuestros órganos vitales funcionan correctamente de manera matemática, hasta que la vida sea quitada de nosotros. Estos movimientos vitales, que no dependen de un acto conciente, son producto del poder de Dios en nosotros. Solamente un médico cristiano es quien puede entender estas cosas. Hay una fuerza más allá de lo natural que preserva a los seres vivos y los hace “animados”, es decir, con movimiento. Este poder es divino. ¡Esto es lo que yo creo!

Todos los movimientos de las criaturas y los cuerpos celestes son generados por Dios, mediata o inmediatamente; es decir, a través del acto directo de su poder o a través de las leyes fijas que son causas secundarias, producto de su inteligencia poderosa. Donde quiera que la naturaleza esté funcionando, allá está Dios. La naturaleza es el instrumento a través del cual Dios opera poderosamente, como director y movedor de ella. El profeta Isaías comprendió que nuestras obras, antes de que sean nuestras, son de Dios en nosotros. Por esto, dijo: “Jehová, tú nos darás paz, *porque también hiciste todas nuestras obras*” (Is. 26:12).

El poder de Dios en el gobierno de las autoridades

Dios tiene el control sobre todas las potestades de este mundo, aún las espirituales. Tómese como ejemplo el caso de Satanás. La Biblia dice que él es “como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 P. 5:8). Él está lleno de odio contra Dios y contra los que son de Dios. Si Satanás pudiera, trataría a todos como trató a Job: él enviaría fuego sobre los frutos de la tierra, destruiría el ganado, derrumbaría las casas con el viento, cubriría los cuerpos de los hombres con llagas malignas. Aunque los hombres no se den

²²⁴ Anthony Hoekema, *Created in God's Image* (Gran Rapids: Eerdmans, 1986), 5.

cuenta, esto no ocurre porque Dios le impide que realice sus propósitos. Dios actúa sobre las potestades espirituales, refrenando la acción de ellas en el mundo. Ellas sólo actúan hasta donde los propósitos de Dios se cumplen. Estos límites nunca son sobrepasados. Reconociendo este poder de Dios, los demonios le dijeron a Cristo: “Si nos echas fuera, permítenos ir a aquel hato de cerdos” (Mt. 8:31). El poder de Dios sobre las potestades espirituales se muestra en el hecho de que ellas son expulsadas de la vida de los hombres. El gobierno moral de Dios es soberano en la existencia y en la actividad de los seres angelicales. Estos son gobernados por el poder del Señor de los cielos y de la tierra.

De la misma forma, Dios restringe la corrupción natural del hombre. Él hace que se manifiesten muchos pecados para mostrar la miseria humana proveniente de la apostasía del hombre. Pero, ¿quién podrá imaginar los horrores producidos por la pecaminosidad humana, si Dios no la refrenara? ¿Si Dios no contuviera la maldad humana, quien soportaría vivir en este mundo? *Todos* los descendientes de Adán serían capaces de, en toda su plenitud, hacer lo que Pablo dice:

Ro. 3:14-18 – “su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos”.

Si Dios no tuviera gobierno poderoso sobre las autoridades, seríamos aplastados por su maldad y violencia. Si no fuera por el poder de Dios que inclina al corazón del rey para donde quiere (Pr. 21:1), todas las autoridades humanas serían aún más impías que Hitler o de cualquier otro dictador inhumano que este mundo ha conocido. Es el poder refrenador de Dios, en el gobierno del mundo, que hace la vida soportable y hasta buena ¡en medio de tantos gobernantes pecadores!

El poder de Dios en el gobierno moral del mundo

Dios no solamente gobierna las autoridades espirituales y las autoridades humanas, sino, por su poder, Él gobierna la manifestación del mal moral en el mundo. Este mundo no está entregado a sí mismo, perdido como si no hubiera control sobre él. Dios está en el trono y, como Rey que es, ejerce poder sobre el mal moral de forma que todo lo que ocurre sea el cumplimiento de sus planes para la historia del mundo.

En la iglesia evangélica existe una idea de que Satanás es el rey del mundo, ejerciendo dominio y señorío sobre él. No hay nada que esté más alejado de la verdad. El mundo no está en un caos. Hay un gran Rey sobre todas las cosas. Si así no fuera, Satanás haría con todas las personas lo que hizo con Job. Él intentó derribar a Pedro (Lc. 22:31), como aún hoy intenta hacer caer a la iglesia de Jesucristo, “como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 P. 5:8). Sin embargo, él tropieza con el poder de Dios que lo controla. Satanás tiene su poder limitado por el Todopoderoso y le debe respeto a Él. Su acción es delimitada por los decretos del Altísimo. Por lo tanto, el mal nunca triunfará sobre el bien, porque Dios tiene el control moral del universo.

Lo que se dijo de Satanás también se dice de los seres humanos. Ellos no pecan más allá del cumplimiento de los planes de Dios. Estos son ejecutados por el poder de Dios. Si los hombres fueran entregados a su propia naturaleza pecaminosa, pecarían desenfrenadamente, sin límites, pues esta naturaleza los obliga a hacerlo. No obstante,

gracias al poder refrenador de Dios, el mal moral ocurre dentro de los límites previamente planeados por Dios, a fin de que todos sus propósitos se realicen. Ningún ser humano peca más allá de los límites impuestos por el poder soberano de Dios. ¡Dios también tiene el control moral del universo de los hombres!

El poder de Dios en el gobierno de su gracia redentora

A nuestro Redentor Jesucristo se le llama poder y sabiduría de Dios (1 Co. 1:24). Todo lo que se relaciona con el Redentor y nuestra redención es producto del maravilloso poder de Dios.

En cuanto al Redentor

Dios ejerció su poder absoluto en la concepción de Jesucristo, cuando actuó en la vida de María, de modo sobrenatural. Las Escrituras dicen que “el poder del Altísimo” cubrió a María (Lc. 1:35). La concepción de Jesucristo es una obra milagrosa y poderosa. Por el poder de Dios, Jesucristo fue generado sin pecado, y puede ser llamado “Ser santo”.

Dios ejerció su poder absoluto en la resurrección de Cristo para nuestra salvación, cuando Él operó directamente, sin la intervención de medios (1 Co. 6:14; 2 Co. 13:4; Ef. 1:19-20).

En cuanto a los redimidos

En la aplicación de la salvación, Dios también ejerce su poder absoluto, porque Él opera directamente, sin causas secundarias, especialmente porque la regeneración tiene la característica de un poder creador de Dios. Pablo habla de dos tipos de creación: la natural y la espiritual. Por esto, él dice que “porque somos hechura suya (creación natural), creados en Cristo Jesús (creación espiritual) para buenas obras...” (Ef. 2:10). Por la creación natural existimos. Por medio de la creación espiritual llegamos a ser lo que no éramos antes: vivos, en sintonía con Dios.

En esta recreación, Dios cambia el infierno en cielo, la enemistad en amistad, la muerte en vida, las tinieblas en luz. Y todo esto lo hace inmediatamente, por el poder de su Espíritu Santo.

El poder de Dios se ve en nuestra santificación (Ef. 3:20; Jud. 24). No hay como limpiar las profundidades del ser humano sin una acción poderosa de Dios, a través de su Palabra y de su Espíritu.

El poder de Dios se ve en nuestra resurrección, que será efectuada en el último día (Fil. 3:21; 1 Co. 6:14).

El poder de Dios se manifiesta también para injertar de nuevo a los judíos en el olivo natural, salvándolos (Ro. 11:23).

Todas las cosas espirituales (que son mencionadas en la *ordo salutis*) que nos son dadas por Dios, implican su acción poderosa. Por esto Pedro dice: “*Todas las cosas* que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido *dadas por su divino poder*, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia” (2 P. 1:3). Nada de lo que concierne a nuestra salvación escapa de la manifestación poderosa de Dios.

El poder de Dios en el gobierno judicial del mundo

Varias veces Dios ha mostrado su poder enviando sus juicios parciales sobre el mundo impío. Lo que ocurrió en los días de Noé es una ilustración del poder juzgador de Dios, que abrió las compuertas celestiales para hacer caer su ira sobre los hombres, por causa de sus pecados. Refiriéndose al pasaje del evento de Noé, y al mismo tiempo, hablando de los juicios de Dios, el profeta Amós dijo: “Él edificó en el cielo sus cámaras; y ha establecido su expansión sobre la tierra; él llama las aguas del mar, y sobre la faz de la tierra las derrama; Jehová es su nombre” (Am. 9:6). La abundancia de agua que cayó sobre la tierra fue sacada con certeza de la evaporación del mar, para que pudiera cubrir toda la superficie de la tierra (Gn. 7:17-20). Si ocurrió de esta manera, su poder fue manifestado de manera mediata, es decir, a través del proceso de la evaporización, aunque a niveles elevadísimos. Pero Dios hizo esto con su poder.

El mismo poder de juicio se puede ver en la castigo de Sodoma y Gomorra. En este caso, la lluvia no fue de agua, sino de fuego y azufre. Allí también Dios exhibió su poder de manera maravillosa, cuando su justicia fue manifiesta por causa de su santidad. Con seguridad Dios no sacó de la propia tierra, el fuego y el azufre. Nos parece que su acción de juicio fue inmediata, directa, sin el uso de leyes o procesos naturales. El texto de las Escrituras dice: “Entonces Jehová hizo llover sobre Sodoma y sobre Gomorra azufre y fuego *de parte de Jehová* desde los cielos” (Gn. 19:24). Los elementos ardientes vinieron directamente de parte de Dios. No fue un proceso natural, ¡sino Él lo hizo de una manera milagrosamente poderosa!

Estos dos ejemplos son indicativos y típicos de su poder de juicio que tendrá su manifestación plena en el día final. En este día, el poder de Aquel que está sentado en el Trono y del Cordero, ¡será deslumbrante! ¡Todos se postrarán delante de la Divinidad inigualablemente poderosa! Mateo, en su evangelio, narra que la venida de Jesucristo será llena de poder glorioso (Mt. 24:30). Todos los hombres van a temblar delante de su poder de juicio.

En una visión apocalíptica de la caída de Babilonia, Juan narra: “Por lo cual en un solo día vendrán sus plagas: muerte, llanto y hambre, y será quemada con fuego; porque poderoso es Dios el Señor, que la juzga” (Ap. 18:8). Para el ejercicio del juicio es necesario que haya poder. Y el ejercicio del juicio es característica de la realeza. Es por esto que solamente Dios puede ser Juez de toda la tierra: ¡porque Él es el Todopoderoso! Por esto, nadie puede resistir sus juicios (Ez. 22:14-16).

COROLARIOS DEL PODER DE DIOS

Es maravilloso que la plenitud de poder esté en las manos de Dios. No hay mejor lugar para ella porque Dios usa su poder para traer resultados benéficos a la vida de su pueblo. ¿Ha pensado usted si el poder estuviera en las manos de los hombres pecadores y de los ángeles caídos? Si ellos tuvieran poder, ¡qué males habría para todos nosotros! Sin embargo, hay bendiciones indecibles que vienen del hecho de pertenecer al Dios verdadero, ¡el poseedor de todo el poder! Esta perfección de Dios a usted, cristiano, le trae seguridad. Dios tiene todo el poder en sus manos y Él quiere asegurarle que este poder sea, en alguna medida, manifestado ya en esta vida y, ciertamente, en gran medida, en la vida que está por venir.

Usted tendrá consuelo en las aflicciones

¡Cuán confortable es para usted saber que Dios usa su poder para su bien! Si usted está en los brazos del Dios omnipotente, ciertamente tendrá consuelo en sus horas de aflicción, aunque vengan del maligno, de los hombres o de la propia providencia divina. Los males que puedan venir sobre nosotros no serán insoportables, porque el poderoso Dios nos consuela. Él puede incluso herirnos, pero es Él mismo quien nos sana las heridas. Él puede producir dolor, ¡pero de Él viene el consuelo! El mismo Dios que puede causar nuestras aflicciones tiene el poder de poner nuestras emociones en el debido orden. Cuando los males vienen de los hombres y de Satanás, no tienen el poder de traernos consuelo. ¡Ésta es una prerrogativa únicamente del poder divino! Uno de los nombres de Dios es *El Shaddai*, el Todopoderoso. Sólo Él nos conforta en nuestras aflicciones. Por esta razón, el salmista dijo: “Mi socorro viene de Jehová, que hizo los cielos y la tierra” (Sal. 121:2), es decir, el Dios Todopoderoso.

Usted tendrá socorro en las tentaciones

Porque nuestro Dios es poderoso, usted será socorrido en las horas en que siente más debilidad, que es la hora de la tentación y de la prueba. El salmista ya entendía de esta materia, cuando confesó: “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones” (Sal. 46:1). Él viene en su socorro, porque es poderoso para sostener a aquellos que son débiles (Ro. 14:4).

Para que este socorro esté muy presente en nuestra vida, Dios preparó a nuestro salvador para esta tarea. Por esto, el escritor a los Hebreos dijo: “Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, *es poderoso para socorrer* a los que son tentados” (He. 2:18).

Además de que Él nos socorre poderosamente en nuestra tentación, Dios “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Co. 10:13). Es el poder de Dios que nos libra de tentaciones sobrehumanas. Con su poder Dios nos libra de las tentaciones e impide otras más fuertes que no podemos soportar.

Usted verá las promesas cumplidas

No hay nada más simple para Dios que cumplir sus promesas. Nosotros prometemos muchas cosas, pero no cumplimos porque nos falta el poder. Dios no es como los hombres. Él no sólo es bondadoso al hacer una promesa de bendición, sino también es suficientemente poderoso para cumplir la promesa. Él no solamente es fiel a lo que promete. La omnipotencia de Dios hace la diferencia en este asunto. No es sólo una cuestión de deseo, sino de capacidad de ejecutar los deseos. Porque Él es omnipotente, no hay imposibles para Dios. Lo que a los hombres le parece imposible, no lo es para Dios (ver Mt. 19:26; Mr. 10:27).

Felices nosotros que tenemos a un Dios poderoso que nos hace promesas. En Él podemos esperar el cumplimiento de ellas. Por esta razón, el salmista exclama:

“Bienaventurado aquel cuyo ayudador es el Dios de Jacob, cuya esperanza está en Jehová su Dios, el cual hizo los cielos y la tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay; que guarda la verdad para siempre” (Sal. 146:5-6). Observe la razón de la bienaventuranza de aquel que tiene a Dios como su esperanza: Él es suficientemente poderoso, pues hizo el cielo, la tierra, el mar, etc. En Él usted y yo podemos confiar. ¿Quién puede dudar de su poder de fidelidad, si Él fue poderoso para hacer todo lo que existe? De Él ciertamente recibiremos el cumplimiento de su promesa, pues “guarda la verdad para siempre”. ¿Por qué? ¡Porque es omnipotente!

Un ejemplo del poder para cumplir su promesa, imposible para los hombres, es el caso de Abraham. Él ya tenía cien años, y Sara, su mujer, ya había entrado en la menopausia. No podía tener hijos. No obstante, Dios le prometió un hijo. A continuación, el texto dice que Abraham:

Ro. 4:20-21 – “Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también *poderoso para hacer todo lo que había prometido*”.

Abraham glorificó a Dios porque Él sabía quien realmente era Dios. Por causa de su voluntad bondadosa y de su poder, Dios no falla en sus promesas. Por lo tanto, usted y yo podemos estar confiados en las promesa del Señor, porque Él es poderoso.

Usted tendrá la base para su seguridad

Dios es poderoso para mantenernos a salvo hasta el fin. Su poder hará que estemos libres del mal y seguros hasta que nuestra salvación se complete. Por esto, Judas escribió:

“A *aquel que es poderoso* para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria...” (v. 24).

Dios no solamente es poderoso para impedir que caigamos en las tentaciones, sino también es poderoso para presentarnos sin mancha delante de su manifestación gloriosa. Él no solamente comienza en nosotros la obra de la salvación, sino también la completa, de forma que no debemos temer ninguna obra inacabada en nosotros. Al final, seremos introducidos en el reino eterno y glorioso, de cuerpo y alma, completamente limpios, es decir, sin mácula, para recibir la herencia. Porque Dios es poderoso, usted y yo podemos tener seguridad.

Usted tendrá el temor de Dios

El poder de Dios ciertamente lo va a llevar a usted a tener el temor de Él. Éste es un hecho inevitable. El profeta Jeremías trató de este asunto de manera inequívoca:

Jr. 10:6-7 – “No hay semejante a ti, oh Jehová; grande eres tú, y *grande tu nombre en poderío*. ¿Quién no te temerá, oh Rey de las naciones? *Porque a ti es debido el temor*; porque entre todos los sabios de las naciones y en todos sus reinos, no hay nadie semejante a ti”.

Hay algunas cosas importantes que debemos comentar aquí: 1) el profeta habla del poder del Señor que es grande; 2) este poder despierta el sentido de temor en los hombres. No hay como escapar del temor al Señor. El poder de Dios es tan grande que infunde reverencia y respeto en el corazón de los hombres; 3) Dios es merecedor del culto porque Él es poderoso y el único Dios. Los hombres deben a Dios este temor, que se evidencia en un culto reverente a su poderoso nombre.

Aplicación

El poder de Dios debería conducirlo a usted a la adoración reverente

La sabiduría y el poder son dos cualidades que hacen que tengamos respeto por las personas. Ahora, estos dos atributos son perfectos e infinitos en Dios. Por lo tanto, el respeto que le debemos a Dios por ellos debe expresarse en la forma en como lo adoramos. Todas las religiones, aún las primitivas, adoran a sus dioses por causa de su poder. Si esto es natural aún en los hombres impíos e ignorantes, cuanto más debe ser en los cristianos que creen en el Dios verdadero, ¡que es absolutamente sabio y Todopoderoso!

Nosotros nos postramos delante del Todopoderoso en una actitud de reconocimiento por su poder y fuerza, por el temor de su nombre, y debemos adorarlo con santa admiración y reverencia. En la esfera horizontal, admiramos a los reyes y a todos los que están en autoridad por causa de su fuerza, que es recibida de la autoridad que les es confiada por la posición que ocupan. Una vez que pierden su posición, pierden también la fuerza. Sin embargo, el poder es esencial en Dios. Él no depende de nada ni de nadie para ser poderoso y lleno de autoridad. En Dios la autoridad viene del poder que le es esencial, mientras que en los hombres es lo inverso. El poder viene de la autoridad que la posición le da. Sólo esta verdad debería colocarnos de rodilla y humillarnos en su santa y poderosa presencia. Por esta razón, un sacerdote hebreo llamó al pueblo de Dios a que lo adorara de manera adecuada:

2 R. 17:36 – “Mas a Jehová, que os sacó de tierra de Egipto *con grande poder* y brazo extendido, a éste temeréis, a éste adoraréis, y a éste haréis sacrificio”.

Los samaritanos estaban acostumbrados a otras costumbres de adoración, durante el tiempo del cautiverio y posterior a él, cuando recibieron influencia religiosa y cúltica de otros pueblos, como el contexto lo demuestra. No obstante, solamente el verdadero y poderoso Dios debería recibir la adoración sincera y reverente de parte de todos los hombres.

Nosotros no deberíamos ser influenciados por nada, sino por la propia verdad de Dios, que incluye los preceptos del verdadero culto al Dios que es espíritu. Por esta razón, el sacerdote entonces habla a los samaritanos: “Los estatutos y derechos y ley y mandamientos que os dio por escrito, cuidaréis siempre de ponerlos por obra, y no temeréis a dioses ajenos... mas temed a Jehová, vuestro Dios...” (2 R. 17:37,39). El Todopoderoso es uno solamente. Sólo Él merece el culto reverente. Expresando la propia idea bíblica, debemos decirle constantemente: “Porque tuyo es le reino, el poder y la gloria, por todos los siglos”. ¡Usted y yo le debemos culto a Él!

Medita en el poder de Dios

La creencia en el poder de la Divinidad es una de las prácticas más primitivas de la religión humana. Todos los dioses adorados por los hombres tuvieron la característica de poder. Nunca ninguna divinidad fue destituida del poder. Las personas creen en ella y le temen por causa de su poder. Por esta razón, los adeptos de todas las religiones hacen oraciones a sus dioses, y esperan siempre en ellos.

Todos creemos en el verdadero poder de Dios, sabemos que Él puede todas las cosas, que nada es imposible para Él. Sin embargo, no pasamos tiempo meditando en su poder. La historia está llena de ejemplos del poder de Dios, pero simplemente no nos detenemos a reflexionar en este poder. ¡Cuán grande es este poder! Usted necesita analizar cada una de las actividades divinas, con las grandes y con las pequeñas cosas de la creación, con los grandes y con los pequeños eventos de la historia. Este Dios nuestro es mucho más poderoso. Por esto, tenemos que pasar algún tiempo meditando en su poder, para que lo glorifiquemos más y tengamos un mejor sentido de la verdadera adoración a su santo Nombre. Nunca podremos glorificar debidamente su Nombre sino consideramos este atributo como corresponde.

Confíe en Dios por causa de su poder

Como ya dijimos anteriormente, el primer paso de la religión es la confianza en un Dios que tenga poder. Este punto es esencial para todas las religiones. Nunca nadie confiará en un Dios débil y sin ningún poder. Los hombres crean dioses para sí que sean una proyección de ellos mismos, pero en grado un mayor de poder de lo que ellos mismos poseen. No obstante, al Dios de las Escrituras se le llama Todopoderoso, inigualable. Él mismo desafía a los hombres a encontrar a un Dios semejante a Él. Él es el poder por excelencia. Por lo tanto, usted puede confiar en Él.

El apóstol Pablo era un varón poderoso en obras y palabras. Esto es un hecho innegable. Sin embargo, para evitar cualquier confusión de parte de los corintios con respecto a su persona, se dirige a ellos, diciendo:

1 Co. 2:4-5 – "... mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios".

Sea como sea, nuestra confianza en Dios debe estar vinculada no solamente a su amor, su gracia, su justicia, sino a su poder. Este atributo califica a los otros. Confiamos en el amor de Dios porque es un amor que es victorioso en nosotros, por causa del poder de este amor; confiamos en la gracia de Dios porque ella es una demostración de su poder. Una gracia que no es poderosa no pasa de un simple un regalo que no necesita ser aceptado necesariamente. Pero su gracia entra victoriosamente dentro de nosotros por causa de su poder; confiamos en su justicia, porque nuestro Dios la manifiesta de un modo. Por estas razones "nuestra fe se apoya no en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios".

Sométase y refúgiase en el poder de Dios

Hay horas en que no podemos hacer nada más sino sólo quedar tranquilos debajo de la poderosa mano de Dios. El poder de Dios debería hacernos humildes. Es en este sentido que Pedro nos exhorta: "Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo" (1 P. 5:6). Lo mejor que podemos hacer delante del poder de

Dios es humillarnos. ¿Quiénes somos nosotros delante de su poder? La doctrina del poder de Dios es un golpe bajo a nuestro orgullo, por causa de nuestra debilidad. En algún momento, Dios dijo, a través del profeta Isaías, lo siguiente:

Is. 40:23-26 – “Él (Dios) convierte en nada a los poderosos, y a los que gobiernan la tierra hace como cosa vana. Como si nunca hubieran sido plantados, como si nunca hubieran sido sembrados, como si nunca su tronco hubiera tenido raíz en la tierra; tan pronto como sopla en ellos se secan, y el torbellino los lleva como hojarasca. ¿A qué, pues, me haréis semejante o me compararéis? dice el Santo. Levantad en alto vuestros ojos y mirad quién creó estas cosas...”.

Y el texto prosigue mostrando el poder extraordinario de Dios. Lo mejor que podemos hacer es doblar las rodillas delante de un Dios así. Humillados delante de la comparación en nuestra propia pequeñez y debilidad, es reconocerlo como Él, de hecho, es.

Como un niño descansa en los brazos fuertes de su padre, así debemos colocarnos en los fuertes y poderosos brazos de Dios. Esto es bueno para nuestra propia seguridad.

Por lo tanto, espere humilde en su condición de criatura, con poderes finitos, delimitados por el propio poder soberano de Dios. Al contrario de cuestionarlo, refúgiase en el poder de Dios para su propia felicidad y para gloria de Él. ¡Sólo Él es su refugio y su fortaleza!

BIBLIOGRAFÍA

- à **Brakel**, Wilhelmus. *The Christian's Reasonable Service*, vol. 1, reedición (Morgan, PA: Soli Deo Gloria Publications, 1992).
- Banvinck**, Herman. *The Doctrine of God*, reedición (Edimburgo: Banner of Truth, 1991).
- Berkhof**, Louis. *Teología Sistemática* (Grand Rapids: Eerdmans y T.E.L.L., 1981).
- Best**, W. E. *God is Love* (Houston, Texas: South Belt Assembly of Christ, 1985).
- Booth**, Abraham. *The Reign of Grace* (Grand Rapids: Eerdmans, 1949).
- Brunner**, Emil. *The Christian Doctrine of God* (Londres, 1949).
- Calvin**, John. *Institutes of the Christian Religion*, editada por John T. McNeill, Library of Christian Classics, vol. XX (Filadelfia: Westminster Press, 1960).
- Charnock**, Stephen. *The Existence and the Attributes of God*, 2 vols., reedición (Grand Rapids: Baker, 1990).
- Dagg**, J. L. *Manual of Theology* (Harrisonburg, Virginia: Gano Books, 1990).
- Erickson**, Millard J. *Christian Theology* (Grand Rapids: Baker, 1990).
- Gill**, John. *A Body of Doctrinal and Practical Divinity* (Londres: Whittingham and Rowland, republicada por Primitive Baptist Library, Streamwood, Illinois, 1977).
- Grudem**, Wayne. *Systematic Theology* (Grand Rapids: Zondervan, 1994).
- Hodge**, A. A. *Evangelical Theology: Lectures on Doctrine*, reedición (Edimburgo: Banner of Truth, 1990).
- _____. *Outlines of Theology*, reedición (Edimburgo: Banner of Truth, 1983).
- Hoeksema**, Herman. *Reformed Dogmatics* (Grand Rapids: Reformed Free Publishing Association, 1985).
- Macleod**, Donald. *Behold your God* (Christian Focus Publications, 1990).
- Morris**, Leon. *Testaments of Love* (Grand Rapids: Eerdmans, 1981).
- Muller**, Richard A. *Dictionary of Latin and Greek Theological Terms* (Grand Rapids: Baker, 1986).
- Packer**, J. I. *O Conhecimento de Deus* (Sao Paulo: Mundo Cristião, 1990).
- Pieper**, Francis. *Christian Dogmatics*, vol. 1 (Saint Louis, Missouri: Concordia Publishing House, 1965).
- Pink**, Arthur W. *Los Atributos de Dios* (Lima: El Estandarte de la Verdad, 1971).
- Roubiczek**, Paul. *Existentialism For and Against* (Cambridge: Cambridge University Press, 1964).
- Shedd**, W. G. T. *Dogmatic Theology*, vol. 1, reedición (Nashville: Thomas Nelson, 1980).
- Sproul**, R. C. *If There's a God, Why are there Atheists?* (Wheaton, Illinois: Tyndale House Publishers, 1988).
- Ware**, Bruce A. "An Evangelical Reformulation of the Doctrine of the Immutability of God", *Journal of the Evangelical Theological Society*, 29/4 (Diciembre, 1986).
- Weber**, Otto. *Foundations of Dogmatics*, vol. 1, reedición (Grand Rapids: Eerdmans, 1988).